3 1761 08158702 4

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 17. NÚM. 193.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

ENERO 1905

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, núm. 22.—Teléfono 2.000.

10.223

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 17
no.193-95

LA REFORMA MÁS NECESARIA EN EL EJÉRCITO

No ha mucho tiempo, conversando con un general de los que tienen mejor sentido práctico en el ejército español, le oí una frase que viene muy á cuento al hablar de reformas.

Decía: «á llegar yo, que á buen seguro no llegaré, á minis»tro de la guerra, me propondría, cual principal objeto, ser un »*ministro tranquilizador*».

Tenía razón mi amigo; porque lo que más falta está haciendo de mucho tiempo acá en el palacio de Buenavista, es eso: un general tranquilizador, ya que venimos sentenciados á padecer bajo el capricho de ministros más perturbadores que verdaderamente reformistas, que cada tres, cuatro ó cinco años, con pretexto de nominales reformas, trastornan con óptimo deseo y pésima fortuna la organización del elemento armado, sin lograr mejorarla; porque, cual probaré más adelante, no se aborda la que debiera ser indispensable base de toda otra reforma; y las que se plantean son incapaces de producir beneficioso fruto, aun cuando el propio Moltke pusiera en ellas mano.

Líbreme Dios de discutir la buena intención, ni menos la competencia de los diversos generales que en diferentes épocas han llevado sus iniciativas á la *Gaceta* ó al *Diario Oficial*, no limitándolas á mejorar modestamente particularidades de constitución ó de servicio militar, sino extendiéndolas al organismo entero y queriendo mediante un *fiat lux* transformar totalmente lo que hoy no es transformable. No me propongo ahora negar aciertos ni censurar torpezas, aun cuando aqué-

llos escaseen y menudeen éstas, pues independientemente de las causas personales ó de concepto que invalidan en cuanto factor de progreso aquellas iniciativas, hay una previa de carácter genérico que sentencia á error perpetuo á cuantos quieran modificar de golpe y porrazo nuestro estado militar, causa que podemos llamar de oportunidad.

***

A reserva de que muy en breve hablaré de esa causa, séame ahora permitido insistir en la conveniencia de tener unos cuantos de esos ministros tranquilizadores á que antes he hecho alusión, pues responden á una necesidad importantísima.

Mis ya antiguos lectores de La España Moderna me conocen lo suficiente, por anteriores escritos, para saber que en mis juicios sobre asuntos militares no suelen pesar intereses personales y menudos; pues me han visto cerrar contra egoísmos y disfrutes que he señalado y censurado por inconvenientes, abogando por que desaparezcan. Por tal razón, no tengo inconveniente en hablar hoy en nombre de los intereses de la oficialidad, que si no deben atenderse cuando puedan ser rémora de mejora ó progreso, son dignos de que se tengan en consideración con preferencia á los caprichos ó vanidades de quien con el *estreno* de estas ó aquellas reformas sólo consigue satisfacer los unos ó lisonjear las otras, sin que con tal estreno mejore en lo más mínimo (y gracias no empeore) la eficiencia de nuestro ejército para cumplir la misión que tiene encomendada.

Cuando una ó varias concordantes medidas legislativas señalan un instante crítico que, dejando atrás defectuosas organizaciones, viciosos regímenes, deficiencias y corruptelas en el organismo, incompetencia, mal espíritu, egoísmos y compadrazgos en los individuos, ofrecen para lo porvenir cierto y seguro remedio á tales males; cuando de cuchillo mellado y por orín roído pasa el ejército á ser arma rutilante y afilada; cuando se transforma de premioso artefacto de perezosos goznes entorpecidos por la herrumbre y el ocio á máquina de sueltos

movimientos en aptitud de ejecutar suave y rápidamente fructífera labor, lógico es no pararse en menudencias, justificable posponer á la entidad y grandeza del fin toda otra consideración. Si en tal evento es preciso hacer víctimas, sean sacrificadas en buen hora.

Llegados tales casos, es natural que nada pesen en el ánimo del legislador los perjuicios forzosamente inferidos á la oficialidad al pasar de un ayer del que razonablemente se desea salir, á un mañana totalmente distinto; pero si ese mañana va á ser igual á los pasados días, ¿con qué título, con qué razón se imponen á los oficiales sacrificios y quebrantos por cima de lo que sus menguadas condiciones económicas consienten realizar? ¿No raya en crueldad que á quien no tiene con el mísero sueldo que el Estado le asigna lo suficiente para cubrir las más perentorias necesidades, se le impongan cambios de destino y traslaciones de residencia, que para la mayor parte significan el hambre de mañana, por la necesidad de tener que acudir al préstamo, cuando para el reintegro no queda otro camino que desprenderse de recursos indispensables y únicos para satisfacer imprescindibles exigencias de la vida; al préstamo, casi siempre usurario, en que va envuelta la ruina indefectible, no provocada por derroche ni vicios, sino traída por el cumplimiento de un deber que no proviene de necesidades ni conveniencias de la patria, ni de ningún interés respetable, sino de la satisfacción de empeños de amor propio de quien allá en lo alto no ha querido ser menos que otros autores de reformas, todas iguales en el concepto de la ineficacia?

Vosotros, los paisanos, que sólo conocéis el ejército por fuera; los que no veis al oficial sino cuando en pos de alegre música le contempláis al frente de las tropas desfilar con su batallón, ó cuando sobre alazán brioso cruza ante vuestras miradas á trote largo, engalanado con uniforme que reluce con colorines y dorados, no sabéis lo que hay debajo de ese oropel vistoso; vosotros ignoráis que como el figurante de teatro que al soltar, terminada la farsa, túnicas y dalmáticas, se acoge á mí-

sera guardilla donde le esperan ahogos y miseria, del mismo modo al envainar la espada ó al apearse del caballo que os admiró por su gallardía, vuelven la mayor parte de los oficiales á mezquinos hogares donde toda estrechez tiene su asiento, en donde á diario flotan las preocupaciones de un desgraciado que, con sueldo menor que el de muchos artesanos, ha de vivir con apariencias de caballero, imposibilitado (por impedirlo aquel uniforme que labra la miseria de quien lo lleva y de los suyos) de acudir á aumentar sus ingresos y á levantar las cargas de sus obligaciones por medios que, al alcance de cualquier español, á él le están vedados.

Sin atender sino á esta injusticia, y al carácter que envuelve de atropello ó de abuso de poder del fuerte sobre el débil, debería calificarse de inicua toda reforma que tales daños hace, sin traer bienes de orden más elevado; pero aún es más grave que, desprovistas las que se hacen de eficacia para modificar sino lo externo; sin eficiencia para influir sino en la forma; sin hacer otra cosa que *mudar los monos* de lugar, no sólo dejan todas lo esencial tal como antes estaba, sino que lo empeoran, aumentando el malestar de los que componen la parte permanente del ejército, deprimiendo su espíritu, fomentando el descontento, produciendo callada protesta, que no por silenciosa deja de ser un mal, tanto más hondo cuanto más se recata: mal que redunda en daño de la interior satisfacción, tan repetidamente recomendada en la ordenanza como primera necesidad del organismo armado, de conservar la cual tan poco se preocupan los que ejercen el mando.

A consecuencia de esto se resiente el servicio: no sólo empeorando al ser ejecutado por quienes se hallan descontentos y amargados, sino realizándose más defectuosamente á causa de los trastornos producidos por los constantes cambios de personal, que apenas impuesto de cuanto necesita saber para llenar funciones especiales, es removido y destinado á ejercer otras, en las cuales comienza á dar tropezones, hasta que, ya enterado, viene nueva reforma á llevarle á otra parte.

Ni es esto baladí, sino fundamental, ni los inconvenientes de este desorden ni de tal barullo se manifiestan únicamente en el aspecto de perjuicio á los individuos arriba señalado, sino que constituyen ya verdaderos y muy graves defectos de carácter orgánico, no compensados ciertamente con que tal ó cuál dependencia cambie de nombre sin variar de funciones ni desprenderse de sus vicios, por la mera virtud de aquel cambio de título; no compensados porque dos se refundan en una, ó una se parta en dos por gala; no compensados porque la plantilla de este cuerpo ó aquel centro suba ó baje, ni porque las funciones asignadas al capitán H las desempeñe desde mañana el comandante K.

*
* *

Es evidente que las reformas realizadas en diversas épocas no han respondido á concepto sesudo y hondo de lo que debe ser el Ejército español; que á todas les faltó la esencial cualidad de proporción debida entre el fin y los medios y elementos de realizarlo; que sólo establecieron modificaciones de forma accidentales, contingentes, llevando en sí mismas vicios que las hicieron y las hacen eminentemente inestables é incubadoras de nuevas reformas que de proyecto pasarán á hecho igualmente infructífero, tan pronto cual á ministro suban los generales A ó B, á quienes les parecieron mal las implantadas por su colega C.

¿Cuándo cesará esto? ¿Hasta cuándo vamos á seguir perdiendo tiempo y dinero, desmoralizando á la oficialidad, aumentando su descontento harto justificado al ver que se la trae y se la lleva sin más razón que el capricho, y engañando al país con esos juegos de cubiletes reducidos á encoger hoy un poco y mañana otro poco los minúsculos y ridículos efectivos de los cuerpos armados, á inflar cada día más las plantillas de jefes y oficiales, á poner nuevos motes á cosas que ya tenían un nombre, y á esconder, bajo retóricas apariencias, la vacuidad del fondo?

Muy sencillo: hasta que gobernantes y gobernados se cansen de pseudo-reformadores, y les impidan poner mano en la organización de la fuerza armada, con reformas que intenten restaurar un edificio carcomido en los cimientos mediante simples revocos de la fachada; hasta que llegue á desempeñar la cartera de guerra quien esté persuadido de que no hay posibilidad de tener la organización que necesitamos mientras no reduzcamos el número desmesurado de jefes y oficiales, que en la actualidad pesan sobre el presupuesto, á lo que debe ser con arreglo á las exigencias de los efectivos requeridos por la índole de las necesidades políticas á que el ejército haya de responder en nuestra patria, á la debida proporción entre dichos efectivos y las plantillas de generales, jefes y oficiales encargados de dirigirlos.

Males añejos y errores persistentes tienen, ha muchísimos años, agobiado el presupuesto de la guerra con las erogaciones abrumantes ocasionadas por los sueldos de una oficialidad doble, á lo menos, de la que habríamos menester para mandar un ejército doble también del que hoy, desprovisto de todo, podríamos malamente poner en pie de guerra.

Esos sueldos, pagados á gente innecesaria, consumen casi en totalidad los créditos que para el ejército votan anualmente las Cámaras; y en tanto no disminuya considerablemente el número de los que hoy tienen derecho indiscutible á cobrar sus sueldos, es inútil buscar remedio á nuestros males con reformas que, hágalas quien las haga, no pueden dar buen resultado, ni engendrar una organización verdad, ni un ejército apto para llenar su misión, ni oficiales animados de buen espíritu; pues no cabe éste en quien sabe que á cambio del sacrificio que en cualquier momento puede exigírsele de la propia vida, no se le da lo suficiente para sostenerla.

¿Cómo hemos de tener artillería, cómo hemos de tener defensas, material, vestuario, armamento, soldados, pues hasta éstos nos faltan en esos míseros remedos de batallones, cuya fuerza no llega siquiera á los dos tercios de la reglamentaria

en pie de guerra de una compañía? ¿Cómo hemos de tener instrucción, campos de maniobras, si cuanto da el Estado para todo ello no basta para que jefes y oficiales puedan alimentar sus hijos con pan duro?

De aquí arranca la infecundidad á que *á priori* están sentenciadas todas las reorganizaciones que hayan de fundarse sobre esa pletórica constitución del cuerpo de oficiales: los mejores deseos del más hábil reformador han de estrellarse forzosamente contra esa inconmovible muralla; los planes más juiciosos madurados fuera del Ministerio de la Guerra tropiezan al querer desarrollarlos desde la poltrona ministerial con imposibilidades económicas, dependientes de no ser dable destinar á otros fines de utilidad más general lo que forzosamente tiene que consumirse en sueldos, que constituyen ineludible compromiso y deuda sagrada del Estado. Por eso, la primera y más urgente reforma que es preciso acometer decididamente, como base de otras que puedan darnos en lo porvenir un ejército verdaderamente á la altura de lo que á los ejércitos modernos hay derecho á exigir, es la amortización: pero amortización verdad, que llegue á reducir en ocho ó en diez años, á la mitad, por poco, el número de jefes y oficiales.

***

A raíz de la terminación de la última guerra que hemos sostenido; bajo la presión del momento; agobiados por la enorme masa de jefes y oficiales que de Cuba, Puerto Rico y Filipinas regresaron, pesando sobre el presupuesto, se comenzó á aplicar una amortización realmente eficaz. Es indudable que los sacrificios por ella impuestos á los que la padecían eran grandísimos; pero también lo es que, mirando al interés más elevado de la patria, eran indispensables. A haber continuado aplicándola despiadadamente, puede asegurarse que al cabo de una docena de años el personal se habría reducido á lo que debe ser, atendiendo á las necesidades reales del ejército que prudencialmente puede necesitar España; pero es el caso que,

pasados unos cuantos años, se renunció á ella, reduciendo considerablemente el número de vacantes amortizables: con lo cual, trasformada en lo que pudiéramos calificar de amortización corriente, es ya incapaz de dar aquellos resultados que la anterior permitía prever.

Pero no es esto solo, sino que sobre el riesgo de no llegar sino en plazo extremadamente largo á la apetecida reducción, corremos, con el carácter de inminente, el de no *alcanzarla nunca,* por falta, entre otras causas, de propósito. Me explicaré.

Con objeto de que oficiales que regresaban de batirse, sin otros recursos que sus escasos sueldos, no vieran éstos aún más mermados por el reemplazo ó la excedencia, se buscaron pretextos para aumentar, por cima de lo exigido por el buen servicio, las plantillas de muchos centros y organismos; y no bastando esto, se inventaron nuevas oficinas, abarrotándolas literalmente de personal sobrante, viniendo á convertirse no pocas dependencias en algo á modo de cajas de auxilio.

No critico que así se procediera, pues á quienes tenían derechos respetables no era cosa de negarles el cotidiano pan; no censuro la medida, que vino impuesta por ineludibles necesidades; mas atendidas éstas circunstancialmente, lo que no puede defenderse es que todos esos rincones, en donde se convierten los oficiales en covachuelistas, subsistan años y años; que esos inútiles organismos, en los que muchos apenas tienen obligaciones, como no sea cobrar la paga á fin de mes, perduren y amenacen perpetuarse cual instituciones necesarias; lo que hay que combatir es que todo ese rodaje inútil no se extirpe paulatinamente de la máquina de nuestra organización; que lo que fué urgencia de momento se consolide como necesidad normal; contra lo que hay que protestar es contra la tendencia que se advierte bien clara á que en el presupuesto de la guerra se petrifique toda esa oficialidad inútil, á que los dispendios por ella ocasionados se consideren como normal y necesario gasto, en vez de darles el carácter de transitoria carga de justicia.

Eso es insostenible; y, sin embargo, todo eso se trata de consolidar; y á no poner en ello mano fuerte, esos refugios de oficiales hoy sobrantes prestarán mañana á sus hijos igual servicio.

***

Supongamos que un general lleno de sanas ideas sobre cuál debe ser la organización de nuestro ejército, conocido por la propaganda que de ellas haya hecho, sube á ministro y, rebosante de laudables deseos, anuncia que se propone reformarnos en armonía con lo que su criterio le dicta. Es más, voy á admitir que la organización que en mente tenga el flamante ministro sea el *desiderátum* de la perfección. Pero (ya llegamos al pero) al intentar convertir sus teorías en hechos y vaciarlas en números tropieza con la insuperable dificultad de que, para adquirir cañones y carruajes, campos de tiro, fusiles, municiones; para que sea verdad la instrucción de las tropas; para reforzar los efectivos de los cuerpos armados; para hacer tanto y tanto como está por hacer en nuestra organización, es preciso dinero, mucho dinero, que ni sueña en pedir al Consejo de Ministros ni á las Cortes, porque de sobra sabe que, con mucha razón, han de negárselo.

Vuelve entonces la vista á los recursos de que le es dado disponer: á los que tiene en el presupuesto de su departamento, y advierte que en él el personal lo consume casi todo; y como no está en su mano reducirlo de una plumada á la mitad, como no hay medio de matarlo por decreto, única solución que permitiría al proyectista plantear sus reformas tal como él las soñó, no tiene otro remedio que tomar su existencia por pie forzado del desarrollo de sus planes.

Pero es el caso que, de ser buenos, serán éstos incompatibles con tal base.

Frente á tal conflicto no se presentan sino dos caminos: ó renunciar á las cacareadas reformas, ó mixtificarlas. Lo primero es imposible, porque la confesión de la imposibilidad se-

ría el fracaso, el ridículo á los ojos de la mayor parte de las gentes, incapaces de apreciar la lealtad y el sacrificio que en aras de su país haría quien así procediera; y hay poquísimos hombres á quienes no espante el ridículo: la opinión de los más, el juicio de los tontos, vale muy poco, y con todo son muy raros los que tienen el valor de despreciarla.

En cambio mixtificar las cosas es sumamente fácil, máxime cuando se hace por partes, capitulando hoy con una dificultad, y sorteándola mediante supresión de parte de una idea; modificando luego á retazos un proyecto, quitándole cada día tan poco que no parece nada, cercenando y tajando de modo que lo variado hoy apenas se diferencie de lo pensado ayer, que lo arreglado mañana subsista casi igual á lo aceptado hoy; y así, de día en día, sin advertir las discrepancias en dos consecutivos; rehuyendo hacer la suma de lo restado en todos al primitivo plan, llega el reformador á hacerse la ilusión de que las tales restas no alteran en la esencia sus proyectos, cuando en la realidad no dejan nada de ellos, ó si algo dejan no pasa de los nombres. Tales caminos siguieron, unos en pos de otros, los diversos ministros que en sucesivas épocas implantaron reformas en las cuales fueron ellos los mayores engañadores de sí mismos, no planteando en realidad sino lo que constituía la corteza de sus proyectos, quedando sin aplicar cuanto constituía la medula de ellos, y dejando al ejército tras de cada intentona peor que antes estaba.

Admitida la primera componenda, que es la más costosa, la segunda no resulta ya tan dura para el autor de un plan, la tercera es muy fácil, la cuarta facilísima; las demás se presentan cual consecuencia lógica de la resolución plegada á la realidad impuesta por una base que no es dable alterar; y portales trámites llega el innovador á pensar, de buena fe, que lo que hace es una indispensable labor de adaptación, cuando su verdadero nombre es el de destrucción: tan absoluta como pudiera consumarla su mayor enemigo, sin otra diferencia que la de conservar en la armazón externa de la nueva organización

las apariencias del primitivo proyecto de donde se deriva, mas rellenándola con todas aquellas cosas viejas que querían arrumbarse, variadas de lugar y disfrazadas con denominaciones nuevas.

Quien desde fuera mire esa apariencia externa, podrá creer en una verdadera reorganización; el propio autor podrá engañarse de buena fe mientras se resista á entrar en cuentas consigo mismo; el que analice y penetre en la esencia de las cosas, el que por dentro examine la obra, verá que todo es viejo, que no se ha dado un solo paso útil, que nada se ha adelantado, que todo sigue igual.

***

No sólo se cae en los inconvenientes arriba señalados, sino que insensiblemente va costando al país cada día más un ejército que es tan malo ó un poco peor que el que tenía antes. No en apariencia, pues ya se cuida de que ésta no revele los aumentos; pero en el fondo sí.

Por ejemplo: hay que implantar un organismo nuevo, ó una variación en otro antiguo, y para ello no se encuentran recursos; pues el remedio es muy sencillo: se toman de otra parte, rebajando lo consignado para distintas atenciones; y sin cuidarse de que un servicio ineludible quede sin dotación ó mal dotado, se rebaja la asignación destinada á un artículo ó capítulo por su naturaleza ampliable. Que aquel servicio se hará mal por deficiencias económicas ó de plantillas... pues qué se le ha de hacer; que la liquidación del presupuesto arrojará un gasto mayor de lo que presuponían los artículos ó capítulos que fueron castigados, poco importa; pues lo esencial, lo urgente es presentar á las Cortes milagros en el papel; hacer un seductor programa aun cuando exista la evidencia de no poder cumplirlo: así como así, la gente no ha de cuidarse de investigar lo que pueda ocurrir al aplicar el presupuesto.

Tal dependencia, por ejemplo, necesita forzosamente para cumplir su misión un personal cuyos sueldos importan dos

millones, cuando no cabe sino uno y medio en la dotación asignada al capítulo del presupuesto donde debe incluirse; pues la solución no exige cavilar: se arregla una plantilla que no pase de millón y medio, á reserva de agregarle el personal restante cuando comience á funcionar, invocando la *necesidad de realizar el servicio*, lo cual implica en definitiva aumento de gasto; pero como éste no se llevó á las Cortes, los diputados no pueden impugnarlo; y como la gente dió por verdad aquel proyecto, el ministro pasa por haber organizado los servicios con gran economía, importando muy poco que no los realice con la misma, porque eso lo saben unos cuantos y esos son de dentro de casa.

*
* *

Hay que desengañarse: en tanto no se renuncie de una vez para siempre á reformas con pretensiones de producir efecto inmediato, en tanto no se establezcan sobre la base de lo que podrán ser cuando con la amortización haya desaparecido la pesadumbre abrumadora de esa oficialidad desproporcionada con las necesidades que ha de satisfacer, no hay esperanza de mejora. Por eso la única reforma que de momento hay que abordar es la de establecer la amortización abandonada; y eso con propósito, consignado en la ley, de proseguirla hasta que haya dado todos sus frutos, reduciendo el número de jefes y oficiales á los indispensables, para lo cual preciso es comenzar por fijar dicho número.

¿Y cómo se determina de antemano? Estableciendo las plantillas definitivas; pero mirando al verificarlo, no á lo que son en la actualidad, sino prescindiendo de tántos y tántos organismos inútiles hoy existentes, que deben sentenciarse á desaparecer; empezando por definir cuál es el objetivo que nuestro ejército esté llamado á llenar en lo porvenir, con arreglo á la política que la nación haya de desarrollar; sabiendo cuál es la obra presumible que habrá que realizar, para proporcionar á ella la herramienta.

Una vez definido el objetivo, sería preciso establecer con

relación á él la total fuerza efectiva del ejército, su descomposición racional en escalones de paz y guerra, en armas, cuerpos y servicios con arreglo á consideraciones meramente técnicas, sin dejarse influir por sugestiones procedentes de nuestro estado actual; y cuando se tuvieran tales bases podrían ya fijarse en una ley las futuras plantillas, cual límites que marcarían el término de la amortización, decretando que á medida que se redujeran los gastos ocasionados por el personal, se fueran suprimiendo organismos inútiles é invirtiendo los sobrantes, crecientes de año en año, en las adquisiciones más indispensables de material.

En cuanto al tiempo que hubiera de transcurrir hasta llegar á la normalidad de las plantillas, podría aprovecharse en estudiar el detalle de la organización definitiva de cuerpos y servicios, en mejorar y reformar aquellos reglamentos y leyes cuya finalidad inmediata no se traduce en modificaciones de presupuestos, en altas, bajas ni traslados de personal, sino en algo que es mucho más interesante, por constituir el alma y nervio de las instituciones armadas: la parte, en suma, que pudiéramos llamar moral de la organización, como reclutamiento de soldados, oficiales y clases, disciplina, instrucción, ascensos y recompensas, aprovechamiento de la diversidad de aptitudes, compenetración social del ejército con el resto de la nación, aumento del prestigio de la oficialidad, mejora de su insostenible situación económica, constitución y acceso al generalato. En una palabra, tanto y tanto problema fundamental como por resolver tenemos, los cuales influyen predominantemente en la bondad y eficacia de la institución armada, con influencia mucho más honda que la que pueden ejercer el número de cabos de una compañía, los traslados de jefes y oficiales, y los nombres más ó menos eufónicos ó modernistas de tal centro ó de cuál organismo.

¿Creerá nadie que porque en unos años nos abstuviéramos de reformas externas, dedicándonos á dar alma y espíritu al ejército, habríamos perdido dichos años? ¿Podrá alguien soste-

ner que el estudio empleado en tales asuntos no debe ser la indispensable base para la organización meramente material de nuestra fuerza armada? ¿Ni cabrá en mente alguna que con sosiego piense y medite sobre nuestra situación la posibilidad de mejorarla limitándonos, cual venimos haciendo, á remover el informe montón de cosas defectuosas y viejas á que hoy llamamos organización del Ejército Español?

No; si algún día hemos de tener instituciones militares que respondan debidamente al objeto para que se las crea, es preciso limpiar nuestra organización de vicios esenciales, é indispensable, no he de ocultarlo con hipocresía, hacer una depuración del personal que limpie las escalas de gente inútil que no se halla á la altura de las funciones de su empleo.

Sin violencia y paulatinamente podría irse haciendo esta depuración mediante una juiciosa y meditada ley de ascensos que fuera dejando en sus actuales empleos al personal cansado ó inútil, vedando el ascenso á los de menos condiciones para mandos superiores; con lo que, además de lograrse el importante resultado de ir constituyendo las escalas elevadas con personal escogido, obtendríase otro que si no tan interesante lo es también mucho: el de abreviar el plazo en que la amortización habría de reducir las plantillas á los números de antemano establecidos, haciendo que el retiro por edad llegara antes para el personal recluído por deficiente en los empleos que hoy disfruta, de lo que llegará si dicho personal continúa ascendiendo no por méritos, de que está desprovisto, sino en virtud de la absurda ley hoy vigente en materia de ascensos, que sin discernir aptitudes, capacidades ni laboriosidad, mide á todos por igual rasero; que constituye el alto mando del ejército con individuos investidos con él por razones fundadas en la edad, en el estado de las escalas; que eleva en ocasiones las medianías al generalato y da el retiro antes de llegar á él á personalidades tenidas en opinión de verdaderas eminencias.

IGNOTUS

LAS VARIEDADES DEL ANARQUISMO CONTEMPORÁNEO

El anarquismo activo.

Singular espectáculo el que presenciamos en esta época de cultura, de libertad y de civilización. El mundo moral y social está amenazado por una raza de hombres dispuestos siempre á destruir sin motivo todo lo que sea radicalmente humano; hoy defienden la causa de la virtud, y mañana rompen sin pudor los más sagrados vínculos de la familia y de la amistad; odian á todos y aun á sí mismos con una impudencia provocadora y soez; son enemigos de la verdad y del bien, más por instinto que por persuasión; pródigos en blasfemias y crímenes, cerrados contra la vida social, á la que conminan con sus bombas, y dotados, en fin, de todo lo necesario para poner en desorden los sentimientos y los pensamientos de la muchedumbre. Tal es el carácter de estos insensatos. Semejantes á aquellos bárbaros que andan errantes por entre las ruinas de las ciudades, gloria en otro tiempo del Oriente, acelerando la ruina de los siglos, así éstos corren sobre los restos de la sociedad europea, destruyendo las reliquias que aún conserva de su grandeza medioeval.

Los motivos de esta aberración son, en mi sentir, de varios órdenes: atavismo de tendencias embrionarias, infantilismo, últimamente interferencia social. Analicemos estos tres aspectos del anarquismo activo.

No hay necesidad de hablar de la importancia sociológica de los atavismos, ni demostrar su papel en las revoluciones modernas; pero conviene insistir en su influjo actual, en su la-

mentable relación con la criminalidad nata, con la supervivencia de ese «anacronismo ambulante», como se le ha llamado justamente. Por sus caracteres fisiológicos, psíquicos y sociales, el anarquista es, como el criminal, desde ciertos y algo restringidos aspectos, un retorno al hombre primitivo, á quien contra toda pretensión comunista hay que suponer violento é insociable. Todos están de acuerdo en esto, y podía preverse de antemano lo que iba á suceder. Una secta cuyos publicistas predican como ideal supremo la vuelta á la vida de la primitiva humanidad, ¿qué ha de realizar por medio de sus hombres de acción sino renovaciones de instintos primitivos, restos de primitivas bestialidades?

La consecuencia de este hecho, ¿es que debemos invocar la ley de la herencia para explicar toda clase de anarquía activa? De ningún modo. Tengo que indicar también, ó mejor dicho, más bien, la influencia de la «suspensión del desarrollo» en el espíritu criminal de muchos anarquistas. No se olvide que la perversidad, que aunque transitoria es normal en el niño, puede llegar á ser permanente en el hombre. He visto en una consulta de médico dos individuos que, según supe después por él, eran anarquistas. Estos individuos, por su solo aspecto exterior, hacían pensar en la degeneración más absoluta: tan repugnantes, sucios y horribles se me mostraron. Amén de esto, noté que su cráneo era angular, oblicuo, pequeño y deforme en su bóveda; la frente estrecha, deprimida, ceñuda y falta de simetría; las piernas delgadas, el vientre inflado y postrado todo el físico, pues hasta su labio inferior, sin fuerza nerviosa, aparecía como derrengado. En suma: su cabeza y todo su cuerpo ofrecían rasgos que sólo se ven en el banquillo de los acusados en las vistas á puerta cerrada, como la reciente de Cecilia Aznar. El médico me aseguró que aquellos dos pobres seres continuarían toda su vida niños y se conducirían habitualmente como tales. Añadió que la causa de esta inferioridad y de aquella anormalidad de tipo estaba en su epilepsia, origen declarado de todas las impulsiones violentas y destructoras.

Tal son, pues, algunos de los dictámenes de la patología sobre tan deplorables impulsiones. Hay otro dictamen á que no puedo renunciar, uno que por sí solo ha hecho algunas veces más que todas las influencias restantes: el de las condiciones sociales y morales del medio, respecto al cual—doloroso es confesarlo—constituye muchas veces el anarquista, de igual manera que el malhechor, un microbio inseparable. Cuéntase de cierto emperador chino, para quien el Estado era él... y también la sociedad, que al personificar en sí los deberes de ésta, acostumbraba á decir: «Si el pueblo tiene hambre, es por mi culpa; si comete un crimen, yo debo ser considerado como su autor». Esta opinión no se hallaba muy distante de la realidad; pero hoy no se puede mantener, teniendo en cuenta que el viento de la democracia moderna ha ido talando todas esas selvas que la fantasía caprichosa de los anarquistas teóricos acostumbra á poblar de miasmas morales y de focos de infección social. Si la he citado, es sólo para venir á parar al origen más *colectivo* que psicológico del anarquismo como inclinación obsesiva é impulsiva. La relación única que se ha querido establecer entre el anarquista y el tipo particular de los criminales no es muy exacta, y si se toma al pie de la letra resulta absurda. El crimen es con bastante frecuencia la expresión de una evolución descendente, pero rara vez corresponde á un estado mental de trastorno. Los antropólogos que se ocupan de criminología nos dicen que el criminal típico es intelectualmente sano, hasta lúcido. Pero el anarquista es un loco. Esta suposición no contradice, por lo menos, la idea que, en su locura, indudablemente forma el anarquista de la sociedad, como de *algo culpable* de que se venga. Semejante á una infección malárica que ataca á todos los individuos, presentando en cada uno de ellos caracteres exteriores diversos, la anarquía en nuestras sociedades dóciles, mediocres, castradas, se posesiona lo mismo del malhechor que la propaga cometiendo un delito vulgar, que del exaltado incapaz de razones y que la profesa con verdadero culto sanguíneo idén-

tico á las violentas crisis de una fiebre, que del astuto que trata de realizar con un barniz político crímenes de derecho común. Pero en pocos casos es consecuencia del interés personal, rasgo característico de la criminalidad verdadera; en la mayoría de las ocasiones el fanatismo anárquico es místico, dogmático, religioso, y obra contra sus más palmarios intereses. Hay—decía Hipócrates—lo desconocido, lo misterioso, lo «divino» de las enfermedades. *Quid divinum.* Lo que afirmaba de las dolencias comunes puede aplicarse á las revoluciones anárquicas. Sus apóstoles, como los de todos los tiempos, llevan en sí un instinto de radicalismo y consecuencia que, bajo la presión de la propia incultura, les impulsa á la destrucción de monumentos y de hombres. En esta destrucción se han complacido en todas épocas los hombres menos criminales como individuos; el genio de la muerte que agitó sus alas sobre Teodosio, sobre Mahoma, sobre los inquisidores de la Edad Media, es el mismo que se cierne sobre la Europa moderna. Bossuet, Luis XIV, Marat y Robespierre, los convencionales Pallás, Santo Caserio, los anarquistas del Liceo y de la calle de los Cambios Nuevos, Angiolillo, todos, cada cual á su manera, se han sentido poseídos de la necesidad de derribar templos ó ídolos, de consumar en la humanidad que les rodea venganzas horribles, feroces y cruelmente estúpidas. Venganzas que, semejantes á los apostolados, son el fruto de una fe ó de un fanatismo, y que para aumentar su parecido con los apostolados están preparadas, como las explosiones religiosas todas, en el fondo de ese abismo, de ese mar, de esa ola incesantemente renovada de gérmenes de hidrofobia social que se llama el mundo, el siglo, París, Londres ó San Petersburgo, como queráis. Nada se parece más á la intolerancia religiosa que el fanatismo sin Dios. ¿No debe un hombre poseer cierta intolerancia de negación y cierta tendencia á la religión de la nada, para querer, en el feroz impulso de su fe, demoler todas las iglesias, convencido de que su destrucción sería la ruina de las religiones espiritualistas, como aquel

anarquista de que habla Hamón? ¿No demuestra parecidos sentimientos aquel otro, citado por Lebon, que resumía así su programa: «Estrangularemos á los que encontremos con las armas, tiraremos por los balcones ó echaremos al mar á las mujeres y á los niños»? Esta sed de exterminio esconde un sentimiento de independencia mal entendida, contiene el culto del odio por el odio, como el amor por el amor fué el lema de la vida de los estoicos; analogía en apariencia paradójica, siendo claramente real y modelada sobre el fondo primitivo de los principios de ambos sistemas. El estoico, por el hecho de ser libre y de no dar valor más que á lo que dependía de su libertad, se convertía en amigo de los hombres y de los dioses. El anarquista, por el mismo hecho, se convierte en enemigo de unos y otros. Cada sentimiento humano tiene analogía con estas situaciones, en las que el espíritu abandona los intereses por los ideales, las conveniencias por las obsesiones; y los anarquistas han llegado á esta altura, donde todo cambia de aspecto.

Para acabar de demostrar que el anarquismo de acción no es una obsesión ó una impulsión de carácter puramente criminal, bastará tener en cuenta una cosa, y es: *que jamás sus adeptos creen, por concepto alguno, tener que reprocharse lo más mínimo, ni experimentan remordimiento por sus atentados, complaciéndose, por el contrario, en demostrar con ellos al mundo que su fe es real y sus principios verdaderos* (1). Esto es exactamente lo que se observa en los «locos altruístas» (teómanos,

(1) El P. Vicent (*Socialismo y anarquismo*, 297) dice haber recogido de un anarquista convertido, y que actualmente es socio numerario de un Círculo de Obreros Católicos, un folleto titulado *Consideraciones sobre el hecho y muerte de Pallás*, en el que, entre otras, se hacen las siguientes significativas declaraciones: «Decir que la sociedad ha sido injusta al sentenciar á Pallás fuera inocente... *De otro modo, Pallás hubiera sido un criminal;* de otro modo, los anarquistas todos seríamos unos perturbadores sin fin, sin motivo, sin causa... Ni nosotros podíamos esperar otra cosa, ni otra cosa jamás esperó Pallás, que conocía la sociedad presente... Se nos ha pagado con la moneda que merecíamos, con la moneda *que justifica nuestra actitud;* todos podemos estar satisfechos», etc.

héroes, etc.), y esto es el caso que ofrecen también todos los grandes corifeos de la intolerancia, desde Torquemada á los hombres de la Convención. Todos ellos se creían de buena fe en fraternidad con los mismos que castigaban, y tiernos héroes que no pensaban ni procuraban otra cosa que la dicha del género humano. Los anarquistas son de igual modo asesinos filántropos que en su locura matan á sus semejantes por amor á ellos. La ceguedad fanática por una creencia brutal hace tomar de la civilización recetas de fabricar explosivos á esas criaturas monstruosas, salidas de la grosera y estúpida ignorancia del populacho, y enfatuadas con predicaciones indigestas, y apasionadas con lecturas sin orden ni base firme; salvajes que se creen filósofos, bestias feroces que se creen redentores inmaculados.

Por lo demás, el sacrificio es el entusiasmo de un momento. Puede un anarquista sacrificarse con oportunidad, y producir impresión; pero no esta ahí el verdadero peligro: el peligro está en que, tanto los anarquistas como los socialistas, además del valor físico ante una ejecución, poseen la constancia en las decisiones, lo que les asegura un cierto prestigio, y hasta una cierta facilidad de propagación de sus doctrinas en esferas más elevadas que aquellas de que han salido. Hijos de las clases obreras, el socialismo y el anarquismo invaden alguna vez las clases directoras, y desconocen sus leyes, como los fluidos imponderables rompen las leyes de la mecánica, hechas para la grosería de los cuerpos sólidos. ¡Dios mío! ¡Qué cosa tan curiosa es el contagio de creencias en moda de que se está viendo ser víctima á la burguesía! Garófalo (1) atribuye la causa de ese contagio al sentimiento de temor y de aplanamiento que existe en el burgués. Hay á la vez en ello una contradicción que no se puede negar: por una parte, se teme al movimiento socialista, creyéndolo irresistible é inevitable; y por otra, se ama el ideal socialista, viendo en él el reinado de

(1) *La superstición socialiste*, 124.

la justicia y de la felicidad universal. Es una locura, y locura inexcusable, dejarse llevar de las impresiones del momento; pero para la mayor parte de nuestros semejantes no hay generalmente otros motivos de adhesión á una idea; el reparo al *¡qué dirá!* el gran número ha sido hasta aquí uno de los resortes más poderosos de la Humanidad. En todo tiempo la burguesía se ha dejado fascinar y alucinar por los movimientos de las clases populares. *Dilettantis* políticos de todas clases, filósofos, literatos, artistas, todos defensores conocidos del valor de la libertad y de la integridad de la civilización moderna, han abandonado desde este punto de vista la democracia tradicional y adherídose á la democracia socialista ó á la anarquía. Por supuesto, los más de estos señores habían de verse en grande apuro si les pidiéramos por favor que nos dijeran en resolución qué cosa sea propiamente el socialismo. En realidad, no saben lo que es; sólo lo conocen por cierta manera de instinto y sentimiento; Bourdeau asegura que de los 50 diputados socialistas de la Cámara francesa apenas si hay 12 que sepan exactamente qué entienden por socialismo, y que sean capaces de explicarlo claramente. Para nosotros, el éxito de esas teorías no es dudoso: ellas se sostienen y cunden merced al espíritu de protesta y descontento hoy dominante; ¿qué podemos ya contra ellas en el terreno de la práctica? «Decís que son locos los que gritan contra mí—escribía el caballero de Bouffers á Grimm.—Sea así; pero los locos tienen la ventaja del número, y esto es lo que decide. De nada nos sirve hacerles la guerra: no los podemos debilitar; serán siempre los amos. No se introducen usos y costumbres si no son ellos los autores».

Creo que habré obtenido hasta aquí el consentimiento del lector; mas quizá no convenga conmigo en lo que entiendo es necesario decir ahora. Al contagio de creencias en moda debe, á mi juicio, añadirse, como uno de los móviles que favorecen la propagación del socialismo entre la burguesía, el miedo, ó más bien la irresolución ante el peligro. El miedo fué siempre mal consejero, y ese socialismo de la burguesía fué hijo del

miedo á un peligro que no nos hemos quitado aún de encima. Arredrados por los socialistas, los burgueses tratan de ceder parte de su derecho, para conseguir la paz; pero esa acción, que es un oprobio, y que oculta un misterio de indecisiones, de cobardes injusticias, de planes interesados, resulta contraproducente. Los castigos á que sólo los criminales parece que debían ser acreedores están reservados, por una eterna crueldad de la Historia, á los que, faltos de carácter, han transigido con sus enemigos. Mediten los burgueses.

Por último, el socialismo se propaga rápidamente entre nosotros gracias á la culpable indiferencia de esa misma burguesía. Los individuos que componen esta clase despreciable ajustan todas sus perspectivas sociales á un lema muy cómodo: dejar que el mundo ande como quiera, según la sabiduría frailuna; hablar siempre con respeto del prior reinante; dormir en paz sobre la almohada del qué se me da á mí, y tirar hacia sí lo más que se pueda de la manta. Por eso, cuando oyen cerca de ellos estallar el volcán de la revolución social, no vacilan en atribuir á los anarquistas «moderados» y al partido «obrero» una gran influencia en sus propios ideales, considerándolos como auxiliares indirectos. Razonan como el salvaje que vive en las cercanías de los volcanes, y cree que los fuegos de estas montañas son los que encendieron sus antepasados para su cocina. ¿Dónde hay más culpa—preguntaremos nosotros:—por parte de aquellos que atacan á la sociedad, atendiendo solamente á un aspecto de la vida, al económico, y cerrando los ojos para no ver otro campo de relaciones necesarias al hombre, ó por la de aquellos que ni aun se toman el trabajo de defender el hombre, la vida, la sociedad, en sus múltiples y variados aspectos?

El anarquismo pasivo.

Acaba de verse que el llamado anarquismo activo es ateo por piedad, destructor por espíritu de justicia, criminal por

amor al bien. Esto vale tanto como decir que los medios que emplea para provocar su triunfo están en contradicción con el fin que sus principios señalan. Lógico debe, por tanto, parecer que un pequeño número de anarquistas sinceros, disgustados del dualismo entre la teoría y la práctica, hayan ensayado otros medios para rectificar la anarquía de acción, la inicua propaganda por el hecho, y poder un día constituir una anarquía más adaptable. En el número de estos visionarios de un estado social radicalmente incompatible con las actuales condiciones de la humanidad, ocupa un lugar preferente el conde de Tolstoy.

No me propongo entrar en el análisis de sus numerosas obras. Mi objeto es en absoluto diferente. No trato más que de hacer ver á grandes rasgos en qué consiste esa filosofía tolstoyana tan acreditada en nuestro tiempo y que tanto se parece á la locura si se ve desde alguna elevación.

Tolstoy es en realidad tan demente como el anarquista vulgar y furibundo y casi tan inmoral, pero mucho más tímido. Su inmoralidad está compensada por una gran dosis de sentimentalismo; su demencia, por una conciencia muy viva de los males de la vida real. Conoce demasiado que el renunciamiento, la concordancia de las acciones con las ideas, ejerce decisiva sugestión en una sociedad de dogmáticos y de ignorantes como la nuestra, contribuyendo en alto grado á dar el prestigio necesario para seducir á las masas. De aquí la pobreza en que aparenta vivir, las costumbres de hombre desprendido que gusta de ostentar, la gala que hace de despreciarlo todo, la comodidad, el placer, el amor y hasta el arte y la ciencia. De aquí también su perpetua manía de seguir en todo las enseñanzas de Jesús y no escribir un libro cuya portada no aparezca llena de citas y máximas de los Evangelios. «Líbrenos Dios—decía Víctor Hugo (1)—de aquellos reformadores que leen la ley de Minos porque tienen que hacer una constitución

(1) *Ensayos sobre política y literatura,* 23.

para el día siguiente». Líbrenos también Dios de esos otros reformadores que leen las parábolas del Hijo del Carpintero, cuando, como Tolstoy, quieren fundar todos los problemas sociales en un pietismo muy propio de la inclinación y gusto de una esposa de seres débiles que no pueden vivir sin protección, llámese divina ó llámese natural y humana.

Lo característico del ideal acariciado por Tolstoy como método único de destrucción de la sociedad actual es la condenación de la violencia, sustituída por la resistencia pasiva. Monstruosa es, según él, la sociedad á la cual declaran la guerra los anarquistas activos; pero atroces son también los medios que en esta guerra emplean. Todos estamos de acuerdo en reconocer que la humanidad es el objetivo, el glorioso triunfo de las sociedades, y puesto que tenemos el deber de trabajar para lograr ese objetivo, frente á la oposición de los reyes, de los parlamentos y de las iglesias, no debemos imitar sus procedimientos de represión que son específicamente malos. En materia de renovación, tanto en los pueblos como en los individuos, al mal no se debe oponer el mal, sino el bien, dejando á Dios el resultado: esto es de constante y provechoso efecto, lo contrario no.

El criterio que Tolstoy aplica á esta cuestión es idéntico en los puntos esenciales. De paso sea dicho que el escritor ruso, al dirigirse á cristianos, no les enseña una nueva religión, no inventa dogmas nuevos. Sólo les pide que, comparando las verdaderas doctrinas evangélicas con lo que han llegado á ser en manos de los sacerdotes, vuelvan á la pureza primitiva. Predica el amor universal como única fe y único cristianismo, y Evangelios en mano prueba que no hay en estos escritos una sola palabra que justifique las adulteraciones posteriores. No pretende en modo alguno que los Evangelios sean una revelación del cielo, sino simplemente enseña que en cada una de sus páginas está afirmada su idea fundamental, á saber: que para libertar á la humanidad no es preciso oponerse al mal y la violencia por el mal y la violencia, sino aguardar resignados

á que el hombre comprenda la mentira en que se apoya el Estado y cese de colaborar en la obra de los gobiernos dejando de proporcionarles soldados y dinero.

Tenemos un ejemplo notable que demuestra la tendencia de Tolstoy á coincidir con muchas aspiraciones del alma popular de su país. Hablo de los *dukhobors*, secta rusa, cuyos miembros pretenden seguir con toda escrupulosidad los preceptos evangélicos y á sí mismos se llaman *cristianos de la fraternidad universal*. A juzgar por las apariencias, todos están prontos á sacrificar sus vidas y hasta sus bienes terrenales, que muchas veces les son más preciosos que sus vidas, antes de recibir ni llevar armas mortales contra quienquiera que sea, conforme á la máxima de San Francisco. Su resistencia al servicio militar les ha traído procesos y persecuciones incesantes y la emigración al Canadá. Tolstoy ha hecho en su favor cuanto ha podido y ha renunciado en su obsequio los derechos de propiedad de su *Resurrección* revelando al mundo la existencia de estos fanáticos (1).

Aquí se me presenta una triste observación, hecha ya por Víctor Hugo (2), y es que en las épocas de las grandes y lamentables revoluciones los excesos de un criminalismo intemperante dan motivo á numerosos desfallecimientos y á sorprendentes metamorfosis que sirven como de mentís á aquellos feroces movimientos revolucionarios. Cuenta la Escritura que ha existido un rey que durante seis años se vió transformado en fiera, volviendo después á tomar la forma humana. Nótase que á veces á los sistemas sociales les sucede lo mismo. Pasan sus siete años de fiera, y luego vuelven á ser hombres. Tolstoy y los *dukhobors* están en este último período dentro de la evolución del anarquismo.

El ardiente y justo Chipriani caracteriza estas doctrinas de pasivismo tolstoyano, diciendo: «Son buenas únicamente

(1) Bienstock: *Tolstoy et les dukhobors*, I, 1.
(2) *Ensayos sobre política y literatura*, 22.

para eunucos». Y esta afirmación no tiene réplica ni admite distinciones de lugar ó de raza. La pasividad á que Tolstoy aspira es impotente, ora campee en imperios militares y en desiertos de arena como los del Oriente allá en otro tiempo, ora se avenga con un imperio teocrático y una región de nieves como actualmente es Rusia. ¡Y si al menos se tratase de reformas parciales y de otro género! Pero tratándose de una destrucción completa de la sociedad de nuestros días como la que predica Tolstoy, ¿quién querrá sostener en serio que para conseguir fin tan radical basta aconsejar á los hombres prudencia, calma y nada de rebeldías ni de violencias? Tanto valdría, según la comparación de Riquelme (1), aconsejar á una empresa constructora de caminos de hierro que no emplee la dinamita en horadar una montaña para dar paso á la triunfante locomotora, sino que aguarde á que la acción del tiempo haga que se destruya por sí misma la montaña, facilitando de este modo el trabajo de los operarios constructores de la vía.

El medio propuesto por Tolstoy es ilusorio y contradictorio, y en realidad no tenemos más que escoger entre el nihilismo de los procedimientos criminales y la concepción biológica de la sociedad. En una como en otra solución, la muerte no es una necesidad individual, sino una institución social.

Así lo presintió ya Comte, así lo ha confirmado Weismann en el terreno de la biología propia, y así acaba de elevarlo á principio el gran místico y sociólogo inglés Kidd en sus *Principles of occidental civilization*, publicados en la fecha reciente de 1902.

El anarquismo individualista.

Llego á Max Stirner, y creo hallar el descanso que se busca después de las fatigas de un largo camino; creo haber llegado á la luz después de haber caminado entre sombras ó por

(1) En la revista *Electra* de 4 de Mayo de 1901.

la obscuridad. En 1845 asombró al mundo con su *Der Einzige und sein Eigenthum*, obra admirable, traducida en seguida al inglés, al francés, al italiano (y mucho más tarde, por supuesto, al español), y cuya segunda edición no se publicó hasta 1882. De dicha obra puede afirmarse con razón que es la más original en su género, así por la exposición como por las ideas; y, en efecto, ella ha sido la que ha trazado á todos los adversarios de la democracia social las primeras líneas fundamentales, las que han seguido y seguirán siempre en los estudios más profundos y más concretos que de los principios del socialismo han hecho los individualistas posteriores.

No se extrañe mi entusiasmo por el simpático pensador alemán y por la hazaña de ingenio admirable á que debe su justa nombradía. Se pueden adoptar sus opiniones, sin entenderlas, sin embargo, como él las entendió. Baste á este fin recordar tan sólo cuáles fueron los precursores é inspiradores de Max Stirner: Feuerbach, Bauer, Ruge. Feuerbach había dicho: «El hombre es para el hombre el Sér Supremo». Bauer había añadido: «El hombre acaba de ser descubierto» (1).

Pero en vez de favorecer con estas fórmulas é ideas el individualismo, fueron á parar á un socialismo absurdo, á una especie de panteísmo social, á un cierto culto á la Humanidad considerada como un Gran Sér, á la manera de Comte. Lo general, lo total, lo infinitamente abstracto, lo altruísta y colectivo, se sobrepuso en su filosofía en tales términos á lo personal, lo individual y lo egoísta; llegó á tal absorción el ideal humanitario; triunfó de tal modo el conjunto sobre las partes, que en vez de un humanismo se produjo un misticismo grosero é inmanente, que no podía menos de traer la reacción de Max Stirner, la cual, como todas las reacciones, fué demasiado lejos. Pero en la afirmación de Max Stirner de que el

(1) Véase la representación hecha por el editor Wigand, de Leipzig, con motivo de la supresión del diario *Anales Alemanes de Ciencias y Artes*, ordenada por el ministro del Interior en 3 de Enero de 1843.

concepto de Humanidad es una ficción, habrá razón eternamente.

La obra de Max Stirner se divide en tres libros, consagrados: el primero, al *hombre;* el segundo, al *yo;* el tercero, al *único*. El libro primero es puramente antropología histórica, sin mezcla ni intrusión de elemento sociológico alguno. Estúdiase en él *una vida del hombre,* estudio que viene á ser como una determinación de la evolución individual del egoísmo. También se discuten las semejanzas y diferencias entre los *antiguos* y los *modernos*. Por último, examina Max Stirner el *liberalismo* como expediente de conciliación de lo moderno con lo antiguo, bajo sus tres formas corrientes: el liberalismo político, el liberalismo social y el liberalismo humanitario, todas las cuales le parecen igualmente absurdas.

Durante los años que transcurrieron desde la primera aparición de la obra, las ideas de Max Stirner no experimentaron modificaciones profundas; pero quiso, contestando á sus adversarios, intercalar nuevas observaciones en forma de *post-scriptum:* es, en efecto, una especie de testamento de su espíritu personal é individualista impenitente.

En el libro segundo, Max Stirner establece la conexión entre la propiedad y la individualidad y entre el propietario y el individuo. *Mi* poder, *Mis* relaciones y *Mi* goce de *Mi*—que los escribe así, con letra mayúscula y en pronombre de primera persona siempre — son sus tres preocupaciones, las tres ideas en él predominantes. Algunos le han llamado loco; pero ¿sabemos acaso si la locura es otra cosa que la inteligencia sublimada?

En su último libro acaba de romper toda relación con la sociedad y las personalidades socializadas, emprendiendo la más desatinada polémica, no sólo contra la política, sino contra la moral y el hecho de la democracia. Aquí vemos ya el sistema del interés, ocupando el lugar del poder del derecho ó el anarquismo individualista sancionado dogmáticamente.

Este carácter dogmático de las opiniones de Max Stirner nos

dispensa de hacer una crítica de ellas. El simpático pensador termina su libro con las siguientes palabras: «Yo soy el propietario de mi poder, y lo soy cuando me sé Unico. En el Unico, el poseedor vuelve á la nada creadora de donde ha salido. Todo sér superior á Mí, sea Dios ó el hombre, se debilita ante el sentimiento de mi inmensidad y palidece al sol de esa conciencia. Si yo baso mi causa sobre Mí, el Unico, ella reposa sobre su creador efímero y perecedero, que se devora á sí mismo, y puedo decir: Yo no he basado mi causa sobre Nada».

Esta exageración es intolerable. Ya hemos visto que el desarrollo de la persona individual y de la persona social, lejos de aparecer antagónicos, aparecen rigurosamente paralelos, casi identificados. Las dos personas son absolutamente de la misma naturaleza, y aunque separadas por transitorias perturbaciones en ciertos momentos de la historia, están destinadas á llegar á la ecuación suprema en una sociedad mejor. El porvenir encontrará á ambas en el inventario de su herencia; pero ya hoy, como hace veintidós siglos, puede proclamarse la sociabilidad como una síntesis humana, repitiendo las palabras de Aristóteles: «Para vivir solo, sería preciso ser bestia ó Dios». Pero no, que las bestias forman también sus sociedades—testigos: Espinas, Brehm y Vogt,—y Dios, con ser Dios, no se ha conformado con vivir solo, y ha querido entrar en sociedad con el Universo y con los hombres, sacándolos de la nada.

El anarquismo comunista.

La misma relación, ó mejor dicho, oposición moral que hemos reconocido entre el anarquismo activo y el pasivo, vuelve á mostrarse entre el anarquismo individualista y el comunista. Surge el primero del racionalismo egoísta del individuo, tendencia disolvente y destructora *(catabolismo)*. El segundo pretende nacer de un sistema ético que parece pro-

veerle de esa fuerza evolutiva, llamada, según se dice, á comunicar á los organismos sociales vida, facultad de obrar y de construir *(anabolismo)*. Difícilmente se conseguiría bien ninguno con ir refutando cada una de las teorías que sobre este último punto se han levantado hasta el cielo para derribarlas hasta el abismo al día siguiente. Si queremos elegir á quien represente al anarquismo comunista del modo más científico, ese será indudablemente el príncipe ruso Kropotkine. Vamos, pues, á dedicarle nuestra atención por un rato.

Kropotkine comienza haciendo ver que á la altura de civilización en que nos hallamos, el género humano ha acumulado inauditos tesoros, y somos ricos, muchísimo más de lo que creemos. «Ricos, por lo que poseemos ya; aún más ricos, por lo que podemos obtener con los instrumentos actuales; infinitamente más ricos, por lo que pudiéramos obtener de nuestro suelo, de nuestra ciencia y de nuestra habilidad técnica, si se aplicasen á procurar el bienestar de todos».

¿Cuál es, pues, la causa de nuestra miseria? La misma señalada por los socialistas: «Que los medios de producción han sido acaparados por algunos individuos en el transcurso de la Historia. Que estos mismos individuos, alegando sus presuntos derechos, se apropian hoy las dos terceras partes del producto del trabajo. Que imponiéndose al obrero, le obligan á producir, despojándole después de la mayor parte de lo que produce. Que le obligan á producir, no lo que satisfaga sus necesidades, sino lo que rinda más beneficios al acaparador». Ahora bien: todos los medios de producción son obra del trabajo manual y colectivo de la humanidad: luego *todo es de todos*. «Basta de esas fórmulas ambiguas como *el derecho al trabajo ó el derecho al producto íntegro del trabajo*. Lo que proclamamos nosotros *es el derecho al bienestar, al bienestar para todos*». Veamos en qué argumentos apoya Kropotkine la proposición de que este bienestar no es un sueño. La producción de cada hombre es suficiente para llevar el bienestar á su familia. La causa de que hoy no se haya realizado esto es que

los acaparadores, no viéndose sujetos á trabajos útiles, derrochan inútilmente gran parte del producto del trabajo. Así, pues, lo que se impone es que el capital deje de considerarse como propiedad privada y se convierta en propiedad común; y esto se conseguirá valiéndose de la expropiación, de la reversión á la comunidad. «El bienestar de todos, como fin; la expropiación, como medio». De consiguiente, según las deducciones de Kropotkine, se hace necesaria la *revolución social*.

Después de romper con la sociedad privada, una sociedad no puede organizarse más que con arreglo al *comunismo anarquista*, que es el ideal de Kropotkine. El salario no tiene razón de ser en esta organización. El salario es producto de la apropiación personal del suelo y de los instrumentos de producción. La posesión común de estos instrumentos implicará el *goce en común* de los frutos de la *labor común*.

El comunismo no es ya solamente un vago ideal: las modernas sociedades, fundadas sobre el individualismo, caminan, sin embargo, hacia un comunismo parcial como el de los siglos anteriores á los tres últimos. Ejemplo de esto son los puentes, cuyo paso se pagaba en otras épocas; el camino de grava, del que sólo quedan vestigios en Oriente; las bibliotecas y museos públicos; el agua á domicilio, los tranvías y algunos ferrocarriles, en los que ya se admiten abonos, etc. La anarquía es también una tendencia pronunciada de las sociedades humanas. Siempre han sido épocas de progreso aquellas en que los pueblos han derribado á los Gobiernos. En las mismas naciones civilizadas se acentúa cada vez más la tendencia de limitar la acción del Estado en beneficio del individuo. «Todo lo que en otro tiempo se consideró como función del Gobierno, se le disputa hoy, acomodándose más fácilmente sin su intervención. Estudiando los progresos hechos en este sentido, nos vemos obligados á afirmar que la humanidad tiende á reducir á cero la acción de los Gobiernos; esto es, á abolir el Estado, esa personificación de la injusticia, de la opresión y del monopolio».

La expropiación tiene sus fundamentos en que la riqueza de los propietarios se basa en la pobreza de los trabajadores. Es indudable, por lo tanto, que cuando el obrero no tenga que rendir el producto casi íntegro de su trabajo al capitalista, éste no tendrá razón de ser.

La expropiación, para ser fructuosa, ha de ser completa, sin limitaciones de ningún género. De lo contrario, sólo producirá un gran trastorno económico y una imposibilidad absoluta de reorganizar la vida sobre nuevas bases.

George pedía que se expropiase la riqueza territorial sin tocar á las fábricas. Los socialistas todos vienen á decir lo mismo. «Queremos que se expropie el suelo, el subsuelo; la fábrica y la manufactura son instrumentos de producción, y justo es considerarlos como propiedad común. Pero hay objetos de consumo, como el alimento, el vestido y la habitación, que deben ser propiedad privada». Kropotkine rechaza una y otra distinción.

Basta con lo expuesto para comprender que el comunismo anarquista no es otra cosa que el socialismo colectivista de Marx, y tan erróneo como él. En primer lugar, sostengo contra Kropotkine que el movimiento total de la sociedad moderna, en sus relaciones con el comunismo, ha tomado y sigue la dirección de una fuerza centrífuga. En todas partes encontramos la huella de la obligación individual y de la sustitución del grupo por el individuo, como unidad que es objeto de las leyes civiles.

Maine (1) fué acaso el primero que en los resultados de sus investigaciones supo descubrir verdad tan palmaria, é hizo de ella, aunque desde el aspecto imparcial de la crítica científica, el punto de partida de su sociología. Un carácter distingue invariablemente á la infancia de las sociedades; en ella son considerados y estimados los hombres no como individuos, sino como miembros de una agrupación particular. El hombre

(1) *Ancient Law*, 168, 183.

es primero un ciudadano; después, como ciudadano, es miembro de una orden (aristocracia, democracia, orden de patricios ó de plebeyos, ó una casta en las sociedades castizadas con esta perversión del progreso social); luego forma parte de una *gens*, de una casa ó de un *clan*, y por último es miembro de una familia.

Pero si es erróneo suponer con Kropotkine que las sociedades modernas tienden al comunismo de posesión, no lo sería menos creer con Marx que tienden á acaparar el capital. Según datos estadísticos, está hoy día demostrado que el capital, al contrario, se fracciona cada vez más. Con el aumento de la riqueza ha venido el aumento del número de capitalistas. Así, por ejemplo, si se leen los trabajos de la Sociedad Francesa de Estadística, se verá que en 1896 publicaba en su *Boletín Oficial* un extracto donde queda plenamente demostrado que el número de participantes en las rentas ha crecido de pocos años á esta parte. En 1800 el capital nominal de las rentas francesas era de 713.000.000 de francos; en 1830, de 4.426 millones; en 1852, de 5.516.000.000, y en 1896 ascendía á la cifra de 26.000.000.000. En relación con este aumento del capital, el número de capitalistas fué también aumentando progresivamente. En 1830 había 175.000 inscripciones de capitales; en 1895 ya había subido á 5.000.000. De igual modo, las empresas industriales tienden á aumentar el número de accionistas, lo cual se observa exactamente igual en las Compañías de Ferrocarriles, donde cada vez se inscriben más. En 1888 las acciones del Crédito territorial estaban en manos de 22.000 individuos; hoy día participan de ellas 40.000 personas.

Las grandes fortunas van desapareciendo, aunque parezca lo contrario. Calcúlase en un 2 por 100 el número de familias que tengan 7.500 pesetas de renta. De 500.000 herencias registradas anualmente, se ha comprobado que sólo 2.000 pasan de 20.000 pesetas. Con la propiedad sucede esto mismo. Leroy-Beaulieu ha calculado que los tres cuartos de la fortuna acumulada, y probablemente cerca de los cuatro quintos de la

renta nacional, están en manos de obreros, aldeanos y burgueses. Dos tercios de la propiedad en Francia están distribuídos entre seis millones de propietarios.

Por otra parte, sin los capitalistas, las grandes industrias morirían de consunción. Son inapreciables los servicios que presta al comercio el monopolio de las prendas de vestir ejercido por los grandes capitalistas. Alguien ha indicado la conveniencia de que los mismos capitalistas se apoderasen del monopolio de los productos alimenticios.

La riqueza trae consigo sus propios frenos y equilibrios. «La base de la economía política—dice Emerson (1)—es la no intervención. La sola regla segura es la ecuación de la demanda y la oferta. No legisléis. Mediad, y habréis conmovido á los poderosos con vuestras leyes suntuarias. No regaléis privilegios; haced leyes igualitarias; asegurad la vida y la propiedad, y no necesitaréis hacer limosnas. Abrid las puertas de la oportunidad al talento y á la virtud, y ellos se harán á sí mismos justicia, y la propiedad no estará en malas manos. En una comunidad libre y justa, la propiedad corre presurosa desde el holgazán y el imbécil al industrioso, bravo y perseverante.» «El capital tiende á difundirse en mayor número de manos, y se difunde porque constantemente aumenta. Las leyes económicas obran en este punto en el sentido de las utopias que los socialistas forjan, pero empleando medios muy diferentes de los que ellos recomiendan, porque el efecto producido es consecuencia de la abundancia de capitales, y no de su supresión» (2).

Y ahora, haciéndome cargo del apoyo que en la realidad universal y profunda puede tener el anarquismo comunista, ¿fúndalo Kropotkine en la verdad antes que en la utilidad? Entonces su causa ha triunfado; no discuto más. Si se trata de una profesión de fe panteísta, no es él quien primero ha nega-

(1) *La ley de la vida*, 78.
(2) Lebon, *Psychologie du socialisme*, VII, 1, 2.

do que lo propio y lo de otros es una misma cosa en el fondo de la existencia. No puede darse mayor cantidad de filosofía colectivista y comunista que la que pusieron los indios en esta sentencia: «Las nociones *yo soy* y *esto es mío*, que tanto influyen en la Humanidad, no son más que ilusiones de la madre del mundo. Disipa, ¡oh Señor de todas las criaturas!, este concepto ideal que procede de la ignorancia».

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

LOS NATURALES Y LOS ESPIRITUALES

—Bueno, ¿y después?

—¿Después? Seguir chillando hasta desgañitarse.

—O lo que es lo mismo, ladrar á la luna; ¿no es eso?

—Sí, ladrar á la luna, para que las gentes vean que la luna se deja ladrar y no por eso cesa en reflejarnos la luz del sol, y siga alumbrando, pero nadie le haga caso ni pierda el tiempo en contemplar á la luna con la boca abierta, no siendo para descansar el ánimo.

—¿Y después?

—¿Después? ¡ladrar al sol!

—¿Y después?

—¿Después? ¡morirse!

—¿Y después?

—¿Después de morirse? Quedarse muerto, y que vengan nuevos ladradores. Nadie nos quita ya lo ladrado y lo vivido.

—Pero al muerto, ¿no le quitaron ya lo vivido?

—No; los que fueron han sido, han vivido, y los que han vivido en una ó en otra forma viven.

—Pero esos ladridos...

—Alguno se despertará al oirlos, y dirá: pero á ese condenado perro, ¿qué le pasa?

—Y luego, al ver que ladra á la luna, volverá á acostarse ó saldrá y le tirará una pedrada al perro para que se calle.

—El que una vez se ha despertado y saltado de la cama, difícilmente vuelve á conciliar el sueño; y aunque se acueste de nuevo, da vueltas y más vueltas en la cama meditando.

—¿En los ladridos del perro?

—¡Al arrullo de ellos!

—¡Vaya una música!

—Las hay peores, es decir, más adormecedoras. ¡Sí, hay que ladrar, y ladrar mucho!

—Y también aullar, me parece.

—También aullar, y luego morder, si se puede. Pero para hacer coraje, para que nos vengan con el palo ó con la piedra y tengamos que defendernos á mordiscos, primero hay que ladrar.

—Bueno, dejémonos de parábolas y hablemos derechamente: ¿qué ganas con todo ese protestar y atacar y acometer y agitar?

—Sentirme hombre.

—¿Y para sentirte hombre vas á perturbar la sociedad en que vives?

—¡Claro está que sí! ¡Que sean hombres también ellos!

—¿Y quiénes son ellos?

—¿Ellos?... ¡Los otros!

—Vas á no poder vivir en sociedad.

—También lo creo. Amo mucho á mis semejantes, me intereso demasiado por todos aquellos á quienes veo y oigo para poder vivir entre ellos. Me llega al alma el oir decir una tontería ó una vaciedad á un prójimo, y quisiera ir á él y quitarle aquella tontería de la cabeza, de cualquier modo, á golpes de maza, con violencia. Sufro mucho, sufro mucho porque no puedo acudir á todas partes y discutir con todos y sacar del error á todos los que en él se hallan.

—Tiempo perdido: no convencerás á nadie. Cada cual se atiene á sus ideas, y los que parecen ceder antes son los más retusos en recibir lo nuevo, son elásticos. Observa que las personas que parecen estar de acuerdo con la opinión del último que habla, vuelven siempre á lo mismo. Es torpe discutir y querer sacar á nadie de sus ideas; los hombres no quieren dejarse convencer. Lo mejor es dejarlos.

—No, sino repetir una y dos, y cien, y mil y millones de veces la misma cosa, que en fuerza de oírtelo repetir acabarán por creértelo cuando ya no les suene á cosa extraña. Un día y otro y otro, siempre con la misma canción.

—Pero si una vez no se lo pruebas, ¿te lo van á creer la milésima?

—Claro que sí. La cuestión es que no les suene ya á cosa extraña y nueva, que sea corriente, que estén hartos de oirla. Lo que se oye á diario acaba por aceptarse, por absurdo que sea. El valor del hombre está en repetir constantemente su palabra. Como se sepa dar forma clásica á un disparate, pasará.

—¿Y por qué forma clásica?

—Porque la forma clásica es la que se ha hecho ya corriente y usual. Las nuevas ideas se rechazan porque hay que hacerlas lugar entre las viejas, variando cuando menos la colocación de éstas. Según Bagehot, un inglés de la clase media, con decir «¡en mi vida he oído semejante cosa!» cree haber refutado un argumento.

—Lo cual me recuerda algo que dice Schopenhauer acerca de los tres grados por que pasa entre el público toda doctrina nueva, y que si no estoy trascordado es que primero se hace el silencio en su derredor, después se la mira como novedad peligrosa, y acaba por decirse: «eso es muy antiguo».

—También yo recuerdo haber leído en él algo de eso, aunque no los términos precisos; mas lo que sí tengo observado es que de declarar una cosa ininteligible, paradójica, embolística y enredosa se pasa á decir que es una antigualla renovada. Rara es la doctrina que admite el pueblo como nueva, porque cuando la ha admitido ya, es cuando, habiendo dejado de ser nueva, tiene tradición.

—¿Y la tradición quieres hacerla á puro repetir una cosa?

—Sin duda. Es el procedimiento de la educación jesuítica; al niño hay que meterle en la cabeza, á puro martilleo, un número de principios en fórmulas, consagradas é invariables,

entiéndalas ó no, que luego, cuando sea mayor, fructificarán en él.

—Si es que fructifican...

—En efecto, si es que fructifican. ¿Crees que las respuestas del Catecismo tienen nada de claro ni de comprensible, no ya para el niño, mas ni aun para el adulto? Los más de los que las aprenden se mueren sin haberlas entendido. Pero pasan como cosa corriente en fuerza de saberlas todos desde niños. Y el pueblo es un niño. ¿No has visto nunca á dos niños ponerse al sí y no?

—¿Qué es eso?

—Que empieza uno por afirmar algo, y el otro se lo niega, y aquél dice «que sí» y replica éste «que no», y vuelve el primero á su sí y el segundo á su no, y se están en sí-no, sí-no, sí-no... y al último, á una vez y seguido, el uno recita su sí, sí, sí, sí, sí, y el otro su no, no, no, no, no..., hasta que alguno de ellos se cansa y el otro queda encima ó se vienen á las manos y se traban á cachete limpio, que suele ser lo más común. Y así con el público y con el pueblo no importa tanto dar pruebas y razones de la afirmación que se sustenta cuanto estarlo afirmando de continuo y no hartarse de repetir, un día y otro y otro y ciento, sin descanso ni parada, sí, sí, sí, sí, sí..., ó no, no, no, no, no..., y gritar más que los demás, ladrar, ladrar fuerte. Porque eso de que no por más gritar se tiene más razón, resulta, de hecho, una tontería. Eso que se llama misoneísmo sólo se cura á puro repetir novedades.

—No creo en la eficacia de tal proceder. A un pueblo no se le convence sino de aquello de que quiere convencerse; cuando creemos haberle dado una idea nueva, si la recibe, es que se la hemos sacado de las entrañas de su propio pensamiento, donde la tenía sin darse él mismo cuenta de ella. Y á este propósito voy á leerte lo que leí hace poco en el ensayo de Roberto Luis Stevenson acerca del poeta americano Walt Whitman, y que me pareció tan exacto que lo traduje y copié, y aquí lo tengo, en este mi cuadernillo de notas. Dice: «Ahora bien, ¿cómo va

á convencer el poeta como la Naturaleza, y no como los libros? ¿Hay parte alguna de la Naturaleza que pueda mostrar á otro hombre como puede mostrarle un árbol si pasean juntos? Sí, la hay: los pensamientos del hombre. En realidad, si ha de hablar el poeta con eficacia, ha de decir lo que está ya en la mente del que le oye. Es lo único que creerá el oyente; es lo único que será capaz de aplicar inteligentemente á los hechos de la vida. Una convicción cualquiera, aunque sea todo un sistema ó toda una religión, tiene que pasar á la condición de lugar común ó de postulado antes de que llegue á ser completamente operativa. Elucubraciones extrañas y teorías de alto vuelo pueden interesar, pero no gobernar la conducta. Nuestra fe no es la más alta verdad de que nos percatamos, sino la más alta que hemos sido capaces de asimilarnos en la trama y método mismos de nuestro pensamiento. Así es que no se renueva al hombre de veras blandiendo ante sus ojos las armas de la dialéctica, ni por inducción, deducción ó construcción, ni forzándole á pasar de un modo de razonar á otro. No cabe hacerle creer algo, pero cabe hacerle ver que lo ha creído siempre. Y éste es el canon práctico. Cuando el lector exclama «¡ah, sí, lo sé!», y tal vez llega á medio irritarse al ver cuán de cerca se le ha anticipado el autor en sus propias ideas, entonces es cuando está en camino de lo que se llama en teología la fe salvadora». Hasta aquí Stevenson; ¿qué te parece?

—Me parece que apenas hay idea, por extraña que sea al prójimo, que no podamos llevarle á creer que se le había ocurrido á él, y que era desde siempre suya. Y esto es más fácil con lo que se llama por excelencia pueblo, con la masa anónima é inculta. Es más fácil hacer que acepte novedades el pueblo que no la clase media de la cultura, los leídos, los que han pasado por aulas. Don Quijote pudo arrastrar tras de sí á Sancho, no al bachiller Sansón Carrasco.

—¡Es claro! Porque Sancho era ignorante.

—¿Ignorante? ¡Sea! Todos somos ignorantes, y todos ignoramos algo hasta que lo hayamos aprendido. Y á este caso

suele gustarme repetir que si el principio de echarse á andar es estar parado, y el de pararse estar andando, así el principio de empezar á saber es ignorar, y no pocas veces el principio de ignorar es saber, y por esto suelo decir que el principio de la sabiduría es la ignorancia, ó aun, mejor dicho, que el principio de la sabiduría es saber ignorar. Y Sancho sabía ignorar, y no lo sabía el bachiller Carrasco, como no suelen saberlo los bachilleres, y sí los palurdos.

—Eso está bien, menos aquello de que el principio de ignorar es saber, sentencia que no entiendo, y sospecho que tampoco la entiendes tú, sino que la has soltado por la fuerza del consonante ó por afición á la antítesis, y sin más razón.

—Te equivocas, y baste que recuerde aquellos versos de Leopardi de que «descubriendo, sólo la nada crece». A lo que suele decirse que de cada misterio aclarado surgen varios misterios por esclarecer. Y así puede decirse que el mucho y hondo saber acerca á la ignorancia, y que á los grandes genios antes y mejor puede entenderlos el vulgo bajo que no los doctos. O empleando otras palabras, que por habérmelas oído muchas veces me las entiendes: antes se entienden los espirituales con los naturales que no con los intelectuales, así como le es al ateniense más fácil entenderse con el beocio que no con el filisteo. La brutalidad y la genialidad pueden unirse; lo que ya no es tan fácil que se una con esta última es eso que suelen llamar discreción, ó sea el sentido medio.

—Yo creo, sin embargo, que es el pueblo, guardador de las tradiciones y conservador por excelencia, el que más resiste y rechaza las novedades del genio.

—Ni las del genio suelen ser tales novedades, ni el pueblo es conservador, ni guarda tradiciones de ésas.

—¿De ésas?

—De ésas, sí; porque, al hablar de tradiciones, sé á qué soléis referiros. Y, empezando por lo de conservador, te diré que no puede serlo quien nada tiene que conservar. Nuestro pueblo está por encima ó por debajo, pero ciertamente fuera de

esas distinciones que hacemos entre conservadores y progresistas, sin que le importen un comino las cuestiones que dividen á éstos. Porque si tomas la de libertad de imprenta, no puede importarle al que no sabe leer ni escribir; si la de libertad de asociación, no se asocian; si la de libertad de conciencia, carecen de esa conciencia que aspira á ser libre; y todo por el estilo. A su vida no llegan aquellas cosas por las que peleamos. Y en cuanto á tradiciones, te diré que nada hay menos tradicionalista que el pueblo, y que no son tradiciones suyas, vivas en él, todas esas doctrinas y enseñanzas que hay que administrarle en cada generación, porque se le despegan. Las tradiciones suyas verdaderas, el caudal de consejas y supersticiones y agüeros y hechicerías que se trasmiten de padres á hijos, es muy distinto de ese legado que hay que estarle de continuo inculcando para que no lo deje caer. Aun á pesar del refrán que dice «el que calla, otorga», yo no creo que el pueblo otorga con su silencio todo lo que se quiere atribuirle.

—Te concedo que el pueblo no tenga opinión alguna en porción de cosas, pero no cabe duda que hace suya la que le dan aquellos en quienes tiene confianza. Su fe implícita...

—Ya diste con el concepto, con el terrible concepto, con la doctrina pestilente y dañosa que está envenenando las raíces de la vida social de esta nuestra Patria: ya diste con uno de los peores males...

—Pero, hombre; me choca que te exaltes así, tú, el hombre sereno, el hombre...

—Sí, no puedo oir en calma lo de la fe implícita; nada encuentro más repulsivo que elogiar la fe del carbonero, la del que, bajo palabra ajena, dice creer en lo que cuenta tal libro sin haberlo leído...

—Pero fíjate en que las más de las personas ni tienen tiempo ni criterio para enterarse de muchas cosas, y han de reposar, por fuerza, en los demás, y fiarse de lo que les digan personas de autoridad y crédito. El que necesita sus horas para ganarse el pan de cada día no puede meterse en teologías...

—Es que la teología no es religión, ni es para nadie religión lo que no obre eficaz y directamente en su espíritu. Si un individuo me dice que cree en tal ó cuál misterio y no tiene la menor idea de éste, ni esa creencia obra en él frutos de acción, ni cree en ello, ni Cristo que lo valga. Y tal es la fe del carbonero, la del que dice «creo lo que cree la Santa Madre Iglesia», y luego, al preguntarle qué cree ésta, replica: «lo que yo creo»; y no se sale de ahí. Eso es creer en la Iglesia, pero no en lo que ella enseña.

—Para el caso...

—No, para el caso no es igual. Para nadie puede tener la religión más contenido que aquél presente y vivo en su conciencia. Si uno me dice que su religión encierra dogmas ó principios que él ignora, esos no son dogmas ni principios de *su* religión, porque ésta no es suya. Lo que no sé no es mío, ni me sirve.

—Sin embargo, tu médico sabe cosas que ignoras, y con él saberlas te cura.

—Pero la religión no es delegable ni es ciencia. Y aquí está el mal: en haber hecho de ella una metafísica, con sus especialistas. Y por eso te repito que el pueblo no cree la mayor parte de las cosas que se dice constituyen su creencia, y no las cree porque no las conoce, y, de conocerlas bien, tampoco las creería. Los que aparecen como maestros suyos en lo que toca á lo más íntimo de su vida no son fieles representantes de él: van á imponerle la letra muerta de una doctrina que ni conoce ni siente, y no á sacarle de las entrañas espirituales la que tiene allí dormida. Lo más de esa tradición que se dice ser la de nuestro pueblo ha constituído una constante violencia contra su más íntima tradición. Su fe honda, su fe inconciente, riñe muchas veces con esa su llamada fe implícita.

—Vé cómo vienes á contradecirte.

—¿Contradecirme?

—Contradecirte, sí; porque no ha mucho que decías que en puro repetir una cosa se acaba por hacer que la crea el que

nos la oye, y que apenas hay idea, por extraña que sea al prójimo, que no podamos llevarle á creer que se le hubiera ocurrido á él, y que era desde siempre suya; y ahora sales con esto otro de que no han logrado, en constante predicación de siglos, darle una tradición.

—Y no, no han logrado dársela, aunque reconozco que me has cogido en una contradicción, aparente al menos.

—¿Aparente?

—Aparente, sí, y lo irás viendo. Yo no sé si es que no han sabido inculcarle eso que se le trataba de inculcar, ó que ello riñe con su profunda manera de ser; mas lo cierto es que tal tradición histórica, y no más que histórica, no es su tradición viva y vivida, como hay muchas leyes que, á pesar de imponérselas siglos hace, no han logrado suplantar á las costumbres primitivas que con ellas riñen. Y el día en que hombres de autoridad, el día en que hombres de veras espirituales digan á este nuestro pueblo, á los naturales, «te engañan los intelectuales esos, y no creas lo que te dicen que crees y repites tú que lo crees», entonces Sancho, de quien no se cuenta que muriera, despertará á la voz de Don Quijote, redivivo, y, dejando al bachiller Carrasco con la palabra en la boca, volverá á irse tras su amo, á quien pedía con lloro que no se muriese, sino que le llevara á la ínsula prometida. Sancho espera á Don Quijote, aun sin saber que lo espera; los naturales esperan á los espirituales, hastiados de los fríos y hueros sermones del intelecto revestido de piedad. Vuelvo á mi tema: nada más cerca de la naturalidad que la espiritualidad; y tú me entiendes lo que con esto quiero decir.

—Te entiendo, sí, pero no me convences de ello; porque si el pueblo no entiende á los que le hablan con lógica, con la voz de la ciencia media, y dándole la tradición histórica fraguada por cadena de doctos rebuscadores; si no entiende esa voz, menos entenderá los arrebatos líricos, que apenas son otra cosa, de esa especie de profetas de nuevo cuño á que aludes al hablar de espirituales; me parece...

—Te equivocas. Lo menos acomodado al pueblo es la doctrina tradicional fraguada por teólogos, y esa ciencia de vulgarización que se le quiere ahora dar. Todo eso no le da vida. Y nada más cerca de lo natural que lo espiritual, ni nada más cerca del pueblo que el poeta. El poeta, el vidente, el soñador, el utopista, no el hombre de ciencia, no el físico, ni el químico, ni el teólogo. El espiritual, en puro espiritualizarse, vuelve al pueblo. Ya Blumhardt, el poderoso predicador, decía que hay que convertirse dos veces, una de la vida natural á la espiritual, y después, otra vez de nuevo de la espiritual á la natural, en cuanto es justa ésta. La suprema naturalidad se alcanza en el somo de la espiritualidad, en su cumbre. No espero que me lo tomes á paradoja, si te digo que los santos, los verdaderos santos, han llegado á cobrar inocencia de animales, y tanta pureza de intención como un borrego, un tigre ó una víbora; esto los verdaderos santos.

—Y ¿por qué insistes en lo de verdaderos?

—Porque una cosa son los santos según la naturaleza ó, si quieres, según la gracia divina, y otra los santos según esta ó aquella hermandad de hombres; á unos los canoniza Dios mismo, á otros la Humanidad, á otros esta ó aquella Iglesia. No llamo santos á todos los que figuran como tales en el calendario, pues los hay puramente eclesiásticos, y hasta puramente litúrgicos.

—¡Entendido!

—Pues bien: los grandes santos verdaderos, que son los hombres que han llegado á la alta espiritualidad á que cabe llegar á hombre nacido, los más grandes santos, que han sido los supremos poetas, por haber hecho de la vida poesía, esos han sido los hombres cuya vida se acercaba más á la animalidad. En puro santidad llegaron á la inocencia de los animales, y si uno de esos santos picó, dió zarpazos ó devoró á alguien —con una ú otra manera de devorar, — fué con tanta pureza de intención y tanta falta de malicia, como pica la víbora y da zarpazos ó devora el tigre. La gracia les había vuelto á la pura naturaleza. Y por lo tocante al hecho supremo de la vida,

que es morirse, recuerdo haber leído en un escritor ascético, me parece que el P. Faber, que aconseja á los fieles no hagan comedias á la hora de la muerte, ni conviertan en tablado de teatro el lecho mortuorio, sino que se mueran natural y sencillamente; y á esto añade que muchos de los más grandes santos se murieron como los animales, acostándose á morir. Y de aquí saco que, al decirse eso de «murió como un perro», no se tiene en cuenta que es la tal muerte un morir de santo.

—Me parece que te excedes...

—No lo sé, pero sí, como repito, que la muerte del santo es muerte de perro. Para el hombre perfecto es el morir una mera función fisiológica, algo como el dormirse. Y si el parir la mujer con dolor dicen ser efecto de la caída de nuestros primeros padres, y de haber con ella perdido el estado de pura naturaleza, el que sólo mediante la gracia se recobra, efecto también de la caída, signifique ésta lo que significare, ha de ser el morirse con dolor ó el dolor de la muerte. Mas veo que vamos alejándonos mucho de nuestro hito, y perdiendo el carril de nuestro discurso.

—¿Y qué más da?

—Cierto que da poco si esta nuestra conversación hubiera de irse y perderse con las aguas corrientes de la vida; pero como me consta de ciencia cierta que habrá de quedar cuajada en escrito, como si esas aguas se helasen, y habrá de publicarse, bueno es que le demos cierta unidad, no sea que el público que nos lea se queje.

—¿Y por qué ha de quejarse?

—Porque cuando la gente se pone á leer pónese á que le cuenten algo con principio, medio y fin, pues para estarse leyendo una conversación tirada y suelta, de esas que por cualquir punto cabe cortar, una de esas sartas sin cuerda, para eso se van al Casino á oir charlar junto á la chimenea.

—Pero ¿no es una esclavitud el que hayamos de conversar para veinte, cien, mil ó más personas, y no para nosotros mismos?

—Bueno, amigo; dejemos eso, y puesto que hablamos para que se escriba y publique lo que hablamos, y puesto que eso de escribir, y más aún lo de publicar lo escrito, sea una de las cosas más antinaturales que cabe concebir, renunciemos á lo natural para someternos al arte, ó lo que fuere.

—Pero también el arte es naturaleza, como dijo el otro, quien lo dijera.

—Schiller, y antes de él supongo que otros, aunque esto importa poco, menos aún que el perder el hilo de nuestro discurso. Lo cierto es que eso de escribir es una de las cosas menos naturales, y por ello andan los escritores tan lejos de la naturaleza, y tan lejos del pueblo, que se está arrimado á ella. Y entiende que quiero decir aquí por escritor algo muy poco recomendable.

—Me lo figuraba.

—Y te lo figurabas bien. Escritor ó literato es algo no tan mezquino, sino mucho más mezquino que intelectual. Un literato francés ha dicho esta solemnísima majadería: «no hay más que una manera de tener talento, y es tener estilo»; y otro inglés, Stevenson, dijo antes que en un literato sólo hay un mérito que deba tenerse en cuenta, y es el que escriba bien, y sólo una falta condenable, y es la de que escriba mal.

—Ahora habría que saber á qué llaman estilo esos caballeros.

—¡Desde luego! Mas de esto hablaremos otro día, y de cómo se confunde el estilo con el lenguaje, sin ver cuán poderoso estilo puede revelar uno chapurrando lengua que apenas conoce, y cuán desprovistas de él están muchas melopeas escritas con el más chinesco artificio gramatical y retórico. Y así el pueblo, guiado por certero instinto, desprecia á los escritores que no son otra cosa, y si influyen algo en él es porque le trasmiten algo del espíritu de otros no escritores, pero sí espirituales. Cierto es que un Kant, pongo por caso, jamás fué leído por el pueblo, ni lo será en mucho tiempo al menos; pero no es menos cierto que gracias á él y á haberse empapa-

do en su espíritu, pudieron muchos escritores llevar hasta el pueblo algo de lo que escribieron. Los intelectuales — Kant, en rigor, y á pesar de las apariencias engañosas, no lo era;— los intelectuales, digo, apenas sirven más que de intermediarios entre los espirituales y los naturales. El verdadero director de los movimientos íntimos de un pueblo suele ser, á menudo, el que menos se ve y de quien menos se habla.

—Sí, un Moltke dirigiendo una campaña desde su gabinete.

—Aunque sea una leyenda esa de Moltke, que no sé si lo es ó no. Pero hay Moltkes de éstos, y lo más curioso del caso es que á las veces no los conocen ni aun los mismos que obran obedeciendo á su dirección, no ya los soldados, mas ni aun los generales. Escritores hay que protestarían airados si se les declarase de quién ó de quiénes son inconcientes ministros. Y para la mayor parte de las personas, no hay más remedio que resignarse á ser órgano de algún otro.

—Buena prueba de ello estamos dando ahora nosotros dos, pobres entes de razón, que no venimos á conversar aquí sino sirviendo de juguetes y ministros al escritor que nos trae y nos lleva y nos hace hablar por escrito.

—¡Pobre manera de hablar!

—Muchas veces no hay otro remedio. Pero se me ocurre una cosa al respecto que tratamos, y es que me choca mucho que con ese tu constante estribillo de que hay que dirigirse al pueblo y darle ó devolverle espiritualidad...

—Despertársela.

—Bueno, sea despertársela; pues con eso de que es menester despertar la espiritualidad del pueblo, no te haya oído nunca formular una doctrina concreta, clara y aplicable que se haya de dar al pueblo.

—Ya salió aquello: la cantinela de los intelectuales, la doctrina concreta, clara y aplicable...

—Pues claro; ¿qué has de decir al pueblo?

—¡No deleguéis!

—Pero, hijo de Dios, ¿cómo no van á delegar gentes que no tienen ni preparación, ni tiempo, ni humor para formarse una doctrina?

—Que no deleguen, he dicho; que no deleguen. Al pueblo hay que repetirle, un día y otro y otro, que no delegue lo íntimo del espíritu; que se fragüe por sí mismo sus esperanzas y sus consuelos.

—Pero eso no es posible.

—Posible y muy posible. Hay que darle fe en sí mismo...

—En su ignorancia.

—Justo, fe en su ignorancia, fe en la sabiduría entrañal, y sobre todo quebrantar en él la fe del carbonero.

—Te he oído hablar muchas veces del Brand de Ibsen, ¿lo recuerdas?

—Sí, y recuerdo á aquel heroico Kierkegaard, de quien es Brand reflejo en el arte, y sé por dónde vas; sé quieres decirme que el pueblo no quiere que le señalen caminos, sino hitos; que el pueblo no quiere que se le enseñen modos de producir, sino que se le den productos; que quiere se le den las cosas hechas y las verdades resueltas.

—Evidente.

—Pues es evidencia que no me convence. Y te digo y repito que hay que despertarle la fe y no darle dogmas...

—Fe sin dogma, como si lo oyera...

—Mil veces mejor que dogmas sin fe, que es su alimento actual. ¿Dogmas? Que él se los haga y se los deshaga y rehaga.

—Y que él se invente una química y una física y una fisiología á su gusto y capricho.

—Ni la química, ni la física, ni la fisiología, ni nada de eso, con ser tan grande y tan bueno y tan útil, es cosa propiamente del espíritu, aunque sirvan de preparación para lo espiritual. Todo eso es cosa del intelecto.

—Sutilezas escolásticas, que dirías tú.

—Nos entendemos, y basta. Todo eso es cosa de ciencia,

más que de sabiduría, de lo que llaman los alemanes *Wissenschaft* y los ingleses *knowledge* más que de lo llamado por aquéllos *Weisheit* y por éstos *wisdom*. Por la ciencia van muchos á la sabiduría, ó sea que van por el intelecto al espíritu; pero no es ese el camino obligado, ni hemos de creer que para llegar el pueblo á la sabiduría espiritual tenga que pasar por la ciencia intelectual. Aquí está el error de los intelectuales; aquí está el error de los que se van á los obreros con nociones de física ó de química generales, aunque es mucho mejor irles con esto que no con física ó química aplicadas á sus oficios. De irles con física y química, creo que comprenden mejor y que les son más provechosas las altas teorías de esas ciencias, su parte filosófica, lo que de ellas puede sumirnos en el reino del espíritu, que no esas otras nociones técnicas. Observa que nada interesa tanto al pueblo como aquello que le es menos útil para la vida práctica cotidiana, y es la astronomía. No le vayas á un herrero de lugar con explicaciones sobre eso de que el calor dilata los cuerpos, y que el hierro es cuerpo simple, y que su combustión es oxigenación, que todo eso le entrará por un oído para salirle por el otro, y así debe ser; pero sácale al campo en una noche estrellada, y muéstrale en la infinita bóveda el camino de Santiago, y dile lo que es la nebulosa y los millones de mundos de que consta, y que nuestro sol y nuestro sistema todo no es sino una molécula de ese inmenso anillo; y si se lo haces entender, verás cómo te lo agradece y le has removido los hondones del espíritu, y no tan sólo arañado el pellejo de la inteligencia.

—Por donde se ve lo que sirve dar ciencia al pueblo y enseñarle cosas concretas y claras y...

—Sigue.

—Y... no sé lo que iba á decir.

—Aplicables, hombre, aplicables; acaba.

—No, aplicable no, pero dogmas astronómicos.

—Sí, aplicable, aplicable á lo espiritual, y no dogmas, porque no los recibe como tales. Tan ciencia ó más es lo de la di-

latación por el calor y la oxigenación del hierro, y eso no le importa. Pero dile luego que el trozo de hierro es también una nebulosa, y que allí dentro hay sistemas planetarios de moléculas y soles acaso y astros con sus órbitas, y logra hacérselo entender y que relacione una cosa con otra, y verás.

—¿Y eso no es ciencia?

—No, eso es ya filosofía. Y convéncete de que los grandes principios científicos modernos, ó mejor dicho, los grandes principios filosóficos sacados de la ciencia moderna, no serán eficaces para la vida honda y verdadera de los pueblos mientras no se reduzcan á religión. Que si todas aquellas filosofías del Logos encarnaron en la religión cristiana, en religión y en la misma religión cristiana pueden encarnar los principios de la conservación de la energía y de la evolución de las formas.

—Ahora defiendes la ciencia para el pueblo.

—Repito que no, porque eso no es la ciencia de los intelectuales, por útil que ésta sea. Pues hasta sus más elevadas hipótesis son doctrinas frías. Hay que hacerlas poesía, que es el alimento que recibe el pueblo, ni hay doctrina que se asimile mientras no se haga poética. El poeta, el poeta es el que está más cerca del aldeano y es el que puede llevarle de la naturalidad á la espiritualidad, ó ya paso á paso por camino de intelecto, ó más bien por salto.

—¿Por salto?

—Por salto, sí, suprimiendo la intelectualidad. Y á eso responde mi palabra ¡no deleguéis! No hay que delegar, porque delegando se entrega el tesoro espiritual á intelectuales, y lo que es peor, á intelectuales de escaso ó casi nulo intelecto, á meros repetidores de fórmulas muertas; el espíritu es indelegable. Y si se le predica un día y otro y otro al pueblo que no delegue, es posible que, recogido en sí y buscando con anhelo por dónde romper, se eleve de su naturalidad á su espiritualidad por salto. Y cómo se manifieste ésta y qué formas tome-eso no importa. Y aquí veo la superioridad del espiritual respecto al intelectual para con el pueblo: y es que el intelectual

le enseña lo que ha aprendido, conocimientos que tiene almacenados en su intelecto, y el espiritual le enseña lo que es, le enseña su propia alma, su personalidad. Y da al pueblo la visión más robusta, la más fecunda, la más avivadora que puede dársele, cual es la visión de un hombre entero y verdadero, la revelación de un alma al desnudo. El poeta, si lo es de verdad, no da conceptos ni formas; se da á sí mismo. ¿De qué valdría el Sermón de la Montaña y las parábolas y los preceptos todos evangélicos, si Jesús no se hubiese dado á sí mismo, y si el libro en que se atesora su espíritu no nos diera, no ya sus enseñanzas, sino á él mismo, al hijo del hombre? Pilato le mostró al pueblo diciendo: He aquí el hombre. Debemos todos abrirnos ante el pueblo el pecho del alma, desgarrarnos las vestiduras espirituales, y mostrándole nuestras entrañas decirle: He aquí el hombre. Y el pueblo que se eduque á ver hombres acabará por buscarse, zahondar en sus entrañas espirituales, descubrir en ellas la fuente de su vida, y decir á los demás pueblos: ¡He aquí el pueblo!

—¿Y no puede llegar á ese descubrimiento por la ciencia?

—No sé de nadie que haya llegado á descubrirse de veras estudiando fisiología y anatomía é histología y todas esas ciencias tan útiles para que el médico llegue á curarnos las afecciones corporales y para otras muchas cosas.

—Entre ellas, para llegar á curarnos las afecciones morales.

—Así dicen, aunque yo no lo creo.

—Pues yo sí lo creo, y tú y yo, bien mirado, somos hermanos gemelos é hijos de un mismo padre y hasta puede decirse que desdoblamiento de una sola y misma persona.

—Pues bien: convendrá que esa persona lo crea y no lo crea, y reciba con su inteligencia lo que tú le enseñas, y recoja en su espíritu lo que le enseño yo, y que su fe y su razón anden á la greña de continuo, porque eso es vida. Él puede contradecirse, ya que el principio de contradicción es el principio del progreso en la vida; pero á cada uno de nosotros no nos es lícito contradecirnos.

—Y, sin embargo, me acusas á menudo de que me contradigo, y yo te acuso, también á menudo, de que te contradices.

—Sí, te acuso de que te contradices, porque defiendes á la vez tradiciones teológicas y novedades científicas, y eres de los que andan con eso de la armonía entre el dogma viejo y los principios nuevos. Y todo eso me parece sin importancia ni alcance. Nunca me ha interesado, ni lo más mínimo, el qué concierte ó no concierte el relato mosaico de la creación del mundo con las adquisiciones de la geología; es punto que cae fuera del espíritu, y su discusión sólo puede servir para hacer gimnasia intelectual y para divertirse un poco.

—Y yo, te lo he de decir una vez más, no veo en todas esas vaguedades tuyas y en todos esos juegos conceptistas que haces acerca del intelecto y el espíritu y los naturales, intelectuales y espirituales, y lo de no delegar, y lo de fe sin dogmas y dogmas sin fe, y toda la demás monserga con que me aturdes los pacientes oídos, no veo en todo eso sino revoloteos en el vacío, ó, como decía Juan Pablo, un pintar éter con éter en el éter. Todavía no sé, ni lo sabes tú mismo, me parece, qué es lo que crees ni lo que piensas, ni veo que estés lleno sino de ti mismo...

—¿Y te parece poco? Eso es lo primero, llenarse de sí mismo, y luego desbordar y volverse sobre los demás.

—Pero ese tú mismo, ¿sabes si le importa á nadie, y si á nadie le sirve para algo?

—Todo hombre sirve á todo hombre. Si el prójimo que te parezca más insignificante y sin valor alguno, el que te haya molestado con más tonterías y á quien sólo hayas oído necedades, si ese prójimo se te vaciara por entero, no en lo que sabe, sino en lo que es, y recibieses algo de su espíritu en el tuyo, verías cuán renovado te encontrabas. Conocí un sujeto al que no podía soportar, por lo impertinente de sus tonterías; jamás le oí sino perogrulladas irresistibles ó lugares comunes, que me duelen los oídos de oirlos repetir; sus juicios eran los de todo el mundo, y estaba el desgraciado tan henchido de sen-

tido común, que no le quedaba ni el más menudo rinconcillo para el sentido propio. Huía de él como de la peste, porque á pesar de la vulgaridad de su mente, era un buen hombre, y no quería reñir con él. Pero le encontré una vez abatido y triste por desgracias de índole familiar y doméstica, y el infeliz, entre sollozos y lágrimas, me vació su espíritu. Y vi al hombre, un hombre hecho y derecho, todo un hombre, un espíritu repleto de eternidad y de infinitud. Su vida de familia era una tragedia oscura que no había trascendido al mundo. Y salí de aquella entrevista, de aquella comunión espiritual más bien, renovado y espiritualizado. ¿Y crees que nada de lo que me dijo era concreto y claro y aplicable? No, sus sollozos me enseñaron más que sus palabras. El hombre da más de sí á sus hermanos cuando llora y cuando ríe, que no cuando habla, y más que cuando habla, cuando canta. El pueblo necesita que le canten, que le rían y que le lloren, mucho más que el que le enseñen.

—¿Pero es que cantando se enseña?

—Sí, la tabla de multiplicar á los niños en las escuelas.

—No rechazo el canto, pero ha de ir con letra.

—Sí, y en latín para mayor claridad.

—¡Ah! Vuelves por la claridad.

—Hay dos claridades...

—Está visto que no nos entenderemos nunca.

—Ni conviene que nos entendamos.

—Adiós, entonces, y hasta... ahora.

—¡Hasta ahora; adiós!

Y se fundieron los dos en uno.

MIGUEL DE UNAMUNO

LOS CENTINELAS DEL ESCORIAL

Cuando casi niño vino á reinar en España el hijo augusto de la reina loca, á cuya ambición eran estrechos los ámbitos del mundo, entristecióse su alma al ver que en todo el solar heroico de Castilla no quedaba lugar para su tumba. Desde el remoto altar de Covadonga, donde reposan en paz las cenizas venerandas del infante Don Pelayo, hasta Sevilla, donde duermen el sueño eterno de la muerte San Fernando y Alfonso el Sabio, y Granada, que á par guarda el sepulcro de piedra de sus reyes conquistadores, Isabel y Fernando, y sus hijos esclarecidos Juana y Felipe de Borgoña, de quien nació el emperador, cada ciudad readquirida custodia aún las tumbas sagradas de aquellos sublimes reyes conquistadores, cuyas hazañas constituyen el inmortal poema del génesis nacional. Pero realizada la restauración y la unidad de la Patria, ¿en qué lugar, bajo qué mármoles ó con qué símbolos de trofeo el rey emperador Carlos de Gante haría descansar las propias cenizas, y con las suyas las de su ilustre generación y estirpe, que dieran á la nación y al mundo motivo permanente de un recuerdo de glorificación perpetua, perpetuamente amado, y de un nuevo culto nacional perpetuo, perpetuamente sostenido?

¡Ah! La epopeya de Carlos V también inundó de vivos esplendores el nombre y la grandeza de España. Él, con sus empresas esparcidas por todos los ángulos del planeta, hasta los entonces desconocidos, también puso su temido cetro de fanal y antorcha delante del carro de fuego con que el astro gene-

rador del día hace su revolución incesante en torno al eje de diamante que mantiene nuestro globo en el espacio, y el rayo benéfico de su luz, bajo el cetro de aquel semidiós del imperio y los combates, jamás dejó de alumbrar dominios españoles. Entonces el heroico César meditó el arca santa de los despojos humanos, que encierra como un misterio el eco de las grandezas que formaron las aureolas de la vida. Felipe el severo, su hijo, le levantó después sobre el haz de sus victorias, y en la profunda cripta del majestuoso altar que el genio de Herrera cubrió con bóveda de granito, retadora del viento y las tempestades, en medio de la montaña agreste, abrió las acordonadas fosas en que habían de residir, inertes para siempre, los que con sus mandatos hicieron estremecer al mundo.

¡Qué austeridad presidió tan gran fábrica! Aquellos sepulcros majestuosos que enriquecieron, ó tallados ó bruñidos, duros bronces y duros mármoles, bajo el monte de piedra que con severas inspiraciones labró el arte, no se fabricaron en medio de la ciudad populosa, centro de la actividad y la vida, donde el trono tiene su asiento y la majestad soberana ejerce su poder; no en medio de la fértil llanura, al lado del río de crujientes aguas, bajo la sombría arboleda donde, impasible y sencilla, el ave alegra con sus cantares el festín de sus amores: el sepulcro del César que domó al mundo y de la generación del César que gozó el poder y la prosperidad de sus conquistas, se alzó en la ladera escabrosa, empenachada de gigantescos picos, bajo la cúpula altiva del gran templo, por cuyos inmovibles minaretes, como brisas de valle, resbalan de continuo vientos furiosos, olas de nieve y todas las demás tempestades del cielo.

¿Qué misterio encerraba esta soledad, aquel apartamiento y el vasto panorama de aquella naturaleza tan árida y bravía?

Cuando en remotos siglos, en el campo de Re-Pelao, los paladines góticos de España enarbolaron su bandera de libertad, blandieron la espada vengativa y erigieron sobre un pavés el solio de una augusta soberanía, el grito de la fe, el gri-

to de la ambición, el grito de la esperanza, fué por extremo lacónico, pero expresivo: —*¡De mar á mar!* Así lo oyeron las montañas astures y resonó en las lejanas montañas de Tarifa.

¡Cuántos siglos costó la reconquista! Pero desde las del caudillo Alfonso el Católico, cada avance de la espada revelaba una nueva y siempre creciente continuidad de la Patria. Constituyéronse otras Monarquías peninsulares cristianas, como grupos diversos de operarios tenaces hábilmente distribuídos en el vasto palenque de un trabajo común. En alianza concorde, frecuentemente riñeron todas unidas las batallas patrias de la emancipación. Y cuando, estrechando al mahometano dominador en sus últimos reductos, ya sólo quedaban enhiestos los cubos de su Alhambra, fundidas todas las coronas peninsulares en vínculo eterno de unión, vinieron Fernando de Aragón é Isabel de Castilla á arrojar de aquel último baluarte, en nombre de la unidad nacional, á los degenerados descendientes de Muza y de Tarik.

El grito del valle de Cangas había realizado toda su misión. España se extendía *de mar á mar*. Los regios sepulcros diseminados por todo el territorio patrio, desde el altar de Covadonga, el claustro de San Juan de la Peña y las galerías ojivales de Poblet, hasta el rojo muro de la ciudad de las hadas que genios fantásticos de otra edad enclavaron bajo los picos nevados del Muley-Hacen, fueron los símbolos de aquellas largas etapas en que se eslabonaron las gloriosas fatigas de la reconquista y los símbolos también de la perpetua unidad é indivisibilidad de la Patria emancipada. El tiempo futuro, con sus grandezas sucesivas, exigía otra cripta, otras tumbas, otro altar.

Felipe III mandó construirlos en San Lorenzo; mas es fama que el espíritu de Carlos V, el retraído de Yuste, fundador del más dilatado Imperio que hasta entonces había conocido la Historia, y el espíritu de Felipe II, que aún logró conservarle con las armas, la política y las leyes, vagaban por la tierra, anhelantes y temerosos, como augustos centinelas de

la guarda de aquel Imperio. En vano se dió en aquella cripta á sus deshechos restos magnífica sepultura. Sus almas, emancipadas de los trabajos del mundo, no volaban hacia el cielo. Juntas sus dos figuras en vaporosos espectros, de aquí allá volaban sin descanso, desde las cimas al valle, desde el jardín á la cúpula, mirando con ojos encendidos la progresión de los tiempos y los accidentes de la Historia.

¡Qué negro y qué terrible juicio á cada rey que moría! Bajo monarcas de tristes destinos, veían de día en día deslucirse el brillo supremo de aquella corona que imperó sobre los orbes, y luego con hondas lágrimas lloraron día por día, por el espacio de siglos, la pérdida sucesiva de tantas conquistas gloriosas, la anulación progresiva de tanto poder acumulado, la sumisión vergonzosa á los mayores adversarios que contrastaron sin descanso aquel poder desde su génesis, la abdicación humillante de todo espíritu, de toda empresa, de toda iniciativa nacional. ¡Qué deshonor y que vergüenza para su augusta memoria!

¡En tres siglos continuados, siempre se renovó su dolor, siempre fueron creciendo sus tormentos! Cada dominio perdido era como el jirón arrancado á sus propias carnes por el pico de acero del carnívoro insaciable, de negras plumas y de repugnante aspecto, que sin cesar también revoloteaba en torno de aquellos espectros desvanecidos. Aún viven los que en la soledad de noche tan prolongada, una noche de más de trescientos años, vieron entre el misterio de sus obscuras sombras vagar el inerte grupo incorpóreo por los alrededores del monasterio donde bajo lápidas cinceladas yacen sus restos cautivos, mirando siempre á la cima de la montaña cercana, como si la aspiración á la cumbre fuera la aspiración á la luz.

No faltaron á veces á su esperanza fatuas ó efímeras llamaradas que la animasen, y ellos tejieron la corona que cubre el recuerdo de los héroes inmortales del Parque de Monteleón. —¿Resucitará España?—se preguntaban; y hubo momentos de luz; mas pronto se disipó la incertidumbre. Aquel que pa-

reció rayo no fué sino un relámpago, y la nación, aletargada, no supo despertar al calor del meteoro. ¡Cómo se hacinaron y qué densas nuevas sombras después! La más perspicaz visión no podía profundizar más que el caos en la obscuridad.

Un día, sin embargo, los picos del Guadarrama brillaron con un indescriptible resplandor. El aún vacío claustro del monasterio poblóse de sombras ilustres de reyes y de príncipes, en cuyas coronas de oro, enmohecidas por el tiempo, y en cuyos heráldicos mantos, donde la humedad y el polvo aún no habían carcomido completamente las refinadas labores del arte, se hacían conocer los emblemas de los que compartieron las mayores dignidades con los más ilustres monarcas de la tierra, presididas por aquella cohorte de reyes de que el emperador era cabeza. Todos llevaban la esperanza en el semblante. Todos murmuraban en sordas voces un nombre y una oración. ¿Había llegado, por ventura, el grato anuncio, tanto tiempo esperado, de una nueva y celeste promesa? ¿Había llegado el día de la reivindicación?

El crepúsculo matinal doraba las cumbres de purpúreos arreboles. La procesión fantástica de sombras inundó la ancha nave del templo, llenó el coro y pobló hasta las más recónditas capillas; y á los acordes acompasados del órgano, movido por manos invisibles, un canto de gloria se elevó hasta el altar en donde, siempre triunfante aunque impalpable, se halla la presencia del Señor. Aquel *in excélsis* parecía un nuevo cántico de la noche de Nazareth. A poco un eco lejano hizo retumbar en el espacio como la refracción sorda del sonido del monte, rumores bulliciosos como de apiñadas multitudes, zumbar de truenos como de pólvora comprimida que se inflama dentro del cilindro de acero, músicas y campanas, y todo el majestuoso concierto que forma la explosión del entusiasmo cuando un pueblo se conmueve por el frenesí de la victoria ó por el frenesí de la esperanza.

A aquel murmullo solemne, á aquella confusión de gritos y sonidos á que unían sus roncas notas metálicas el címbalo en

la torre y el órgano en el templo, entreabriendo sus descarnadas bocas toda la egregia cohorte de almas en espectro que el emperador presidía, rompió en el solemne himno de la glorificación inmortal, el sagrado *Te Deum*, que también pobló con su divina armonía, como el grito de Pelayo en Covadonga, todo el vasto espacio que desde el robusto muro mediaba en derredor hasta la lejana arena de un mar y del otro mar.

¿A quién semejante honor? Rey de sublimes destinos, Alfonso el deseado, aquel himno era á él. Él era la promesa viva del Señor. Él era la reparación de los siglos de decadencia y la reparación del siglo de la lucha y el caos. Él era la esperanza suprema de una luminosa resurrección.

En su persona augusta, en su espíritu atrevido y magnánimo, en su corazón altivo y generoso, encarnaban todas las nobles ambiciones de una suspirada reparación.

No obstante las sombras de los pasados reyes, que desde el lóbrego sepulcro en que sus despojos humanos se encierran son los centinelas de la integridad y de la gloria de nuestra decaída nacionalidad, á pesar del paso del ungido, no reposaron bajo sus lápidas de piedra el día de tan venturosa proclamación. Aun desde las torres erguidas que dominan el largo valle y los dilatados términos que el genio del siglo ha abierto al paso veloz de la febril locomotora, agrupados y reunidos en viva expectación esperaron largo tiempo su paso victorioso para aclamarlo y bendecirlo cuando volvió radiante y envuelto por las aureolas de la paz. Mas cuando ante el concurso de sus mayores se presentó decorado con su oliva, de que venían orlados también en su ilustre comitiva los gloriosos adalides que combatieron bizarramente á su lado por cortar para siempre la deforme cabeza á la hidra envenenada de la discordia civil; cuando con el lauro de la paz amasaba las palmas del bienestar común y con la felicidad de su pueblo creció por todas partes el prestigio de su nombre y la autoridad de su nación; cuando al pie de las enhiestas torres donde los reyes, sus antepasados, velaban por sus destinos,

pasaron las espléndidas cabalgatas de los príncipes y de los embajadores de los príncipes que de todo el orbe vinieron á sus umbrales á cultivar su amistad; cuando dado á respetar en Europa, árbitro de sus contiendas le aclamaron pueblos poderosos de América, África le entregó el legado de sus destinos, y con atónito asombro le vió impávido, valiente y magnánimo, entre el tumulto salvaje de la plebe desarrapada de la presuntuosa París; cuando para mantener su derecho en Oriente desplegó su autoridad y su razón y el vicario de Dios pudo tomar el arbitraje de su causa, porque él era la verdad y la justicia, todavía el lúgubre cortejo de las muertas realezas, centinelas del Escorial, inmóvil en la cima enriscada que domina la atrevida cúpula de Herrera, con ojos ansiosos y fosforescentes, y lanzando estridentes ayes, como truenos de tempestad, miraba al bosque lejano y á la ciudad abandonada, con la agonía de un presagio fatídico que delataba el largo martirio de cuatro siglos.

¡Qué triste entonces se formó la nueva caravana del duelo y de la muerte prematura! ¡Cuánto volvieron á ennegrecerse los horizontes de la esperanza! ¡Qué mustia languidez en las almas de aquellos espectros intranquilos que por tanto tiempo habían abrigado el sueño de la resurrección!

¡Rey de sublimes destinos, Alfonso el malogrado! Ni aun la muerte logró imperar de ti. Cuando en fúnebre cortejo eran tus despojos, cubiertos de lágrimas y de flores, conducidos á aquel que hasta entonces había sido el lugar de la muerte, y desde entonces tus cenizas veneradas han convertido en nuevo altar de la fe nacional; ¿por qué hasta las avanzadas de la sierra, hasta donde no habían adelantado nunca, llegaron á recibirte gloriosamente en bulliciosa comitiva aquellos reyes desterrados de tres siglos que permanecían como insepultos en la centinela de la nación?

¡Ah! aunque tú moriste, no murieron contigo las esperanzas que despertaste, ni las promesas que el cielo hizo encarnar en ti. Prematura fué tu muerte, y ella cortó el hilo de tus mag-

nánimos pensamientos; pero dejaste quien los heredase, y tras la tregua de la menor edad, en tu hijo augusto te reprodujiste tú con todos tus destinos. Ellos se cumplirán.

¡Centinelas augustos del panteón del Escorial, que veláis despiertos é insepultos hace cuatro siglos por la suerte de la Patria: id pacíficos á descansar en el fondo de vuestras tumbas! Alfonso XIII ya reina, y en él se simboliza nuestra ansiada resurrección. Lo que en Alfonso XII no se cumplió á causa de su muerte prematura, en él se cumplirá.

Juan Pérez de Guzmán

RECUERDOS

Quedé en el artículo anterior nada menos que en Basilea, donde terminaba el tren en que yo iba, y donde tenía que esperar dos ó tres horas á otro tren en el cual había de continuar el viaje.

Para matar el aburrimiento de estas dos horas, resolvimos recorrer la población, y con los alumnos de la Escuela emprendimos agradablemente un paseo por calles y por plazas, sin dirección fija, sin saber á dónde íbamos, sin entender á nadie y sin que nadie nos entendiese; es decir, en las condiciones más agradables y pintorescas para visitar un país desconocido.

Y el tiempo se nos hizo ligero, pero, aun así y todo, yo tuve conciencia de que se iba haciendo tarde; y, como mi reloj estaba parado, consulté á D. Manuel Pardo, el cual me aseguró, después de mirar el suyo, «que teníamos tiempo de sobra».

Seguimos, pues, nuestro paseo, y volví á insistir, al cabo de un rato, en que había llegado el momento de dar la vuelta; mas Pardo, con aquella seguridad que era su nota característica, afirmó de nuevo «que no era hora todavía».

Al fin, yo tuve intuición evidente de que perdíamos el tren, é insistiendo de nuevo, y mirando yo mismo el reloj de mi discípulo, observé que estaba tan parado como el mío.

Volvimos á toda prisa á la estación, y vimos alejarse majestuosamente el tren en que debíamos haber salido.

Dos veces en mi vida, sólo dos veces, y conste bien, porque esto es muy interesante, he perdido el tren, y ninguna de las dos ha sido por mi culpa.

Yo soy puntual, mejor dicho, exactísimo; ó aún mejor, me anticipo á las horas y á los acontecimientos.

A las juntas llego con media hora de anticipación; á los trenes, con anticipación de una á dos horas.

Si yo fuera astro, en cuyo caso es evidente que discurriría mucho peor que siendo hombre, por mal que ahora discurra, llegaría á ser la desesperación de los astrónomos, porque me anticiparía en todas las conjunciones, eclipses y momentos de paso.

Tendrían que hacer un estudio muy detenido de la *ecuación* propia de mi movimiento de avance.

Pero como no soy astro, me limito á ser la desesperación de cuantos me acompañan en un viaje, pues no les dejo momento de reposo con mis inquietudes y mis prisas.

Nos quedamos, pues, en Basilea, pero sólo dos horas más, al cabo de cuyo tiempo pudimos continuar nuestro viaje.

Y ¿á dónde fuimos á parar?

No lo recuerdo bien: cito de memoria, y no quiero ni corregir ni rectificar ninguno de mis recuerdos.

Creo, porque así *me suena*, no por recuerdo visual, sino por recuerdo *fonético*, que fuimos á parar á un valle muy ancho, por cuyo fondo corría, en un lecho de cantos rodados, un río muy castigado por el estiaje, valle donde habían levantado una especie de fonda ó casa de postas.

Me parece que se llamaba aquel sitio *Saint-Jean de Morienne*, y, si no se llamaba así, se llamaría de otro modo: éste es el recuerdo fonético á que me refería.

Y aquí el hilo de mis memorias se rompe, y tengo que saltar á otro momento de mi viaje en el cual me veo caminando en una diligencia por entre montañas altísimas. ¡Los Alpes! Ni más ni menos que Aníbal ó Napoleón.

Y, después de todo, tanto se les daba á los Alpes de Napoleón ó de Aníbal como de mí.

Y vuelve á romperse el hilo, y me veo en Turín, término casi de mi viaje, paseando por una calle hermosa, con arcadas á uno y otro lado, y en el fondo unas colinas pintorescas, á manera de decoración de teatro ó de telón de fondo.

Me parece que la calle se designaba con este nombre: «via di Po».

De toda la calle no recuerdo sino que, bajando por ella hacia el río, á mano izquierda y entre las arcadas, había una fonda, adonde iba con mi mujer cuando llegaba la hora de almorzar ó de comer.

Fonda en que se comía admirablemente y con extraordinaria economía.

Sobre todo, recuerdo que servían para entretener el hambre unas tiras muy largas de pan muy tostado, á que daban el nombre de *grissi*, y que crujían deliciosamente al mascarlas.

Todo esto, para algún espíritu superficial, serán nimiedades insustanciales y ridículas, que yo no debiera mencionar, ni aun recordar, y, si las recordaba, debía callarlas.

¿Y por qué no he de recordar lo que recuerdo?

¿Por qué estos hechos insignificantes, bien ordenados y bien interpretados, no han de servir para el estudio de las grandes leyes de la psico-física? Hechos nos piden los positivistas, y á luego que los presentamos los rechazan! ¡Qué inconsecuencia!

Yo no recuerdo cosas de mucha importancia, y esta calle de Turín, las colinas del fondo, las blancas arcadas de la izquierda, la entrada de la fonda, y sobre el blanco mantel el manojo de tiras de pan tostado, todo esto lo veo ahora mismo con *recuerdo visual* de notable firmeza. Por algo será.

Además, estos momentos plácidos y tranquilos deben influir notablemente en el equilibrio del sér humano.

¿Quién me asegura que el deleite de hacer crujir aquel pan

tostadito no quedó almacenado en el cerebro y no se transformó andando el tiempo en alguna frase feliz de alguno de mis dramas, que á su vez se transformó en entusiasmo y aplauso del público?

No hay como no entender las cosas y tener vista de poco alcance para desdeñar algo que, por ruindad nuestra, nos parece pequeño y ruin.

Vamos á ver: ¿no es la patata un alimento prosaico, humilde, vulgarísimo, aunque á mí sabrosísimo me parezca?

¿No creerá cualquier espíritu ramplón que la patata no está llamada en modo alguno á grandes empresas, que jamás podrá teñirse con los divinos colores del iris?

Pues recientemente se ha inventado un sistema de fotografía de colores, del cual he dado cuenta en el *Diario de la Marina,* y que se funda en el empleo de la fécula de patata.

No desdeñemos lo que nos parezca pequeño, que pudiera agigantarse al compás que nos encogiésemos nosotros.

No desdeñemos lo que se nos antoja prosaico, que quizá en el fondo de la prosa se agita lo sublime.

Pero sospecho que estoy divagando.

Volvamos á Turín.

*
* *

Dos días dediqué en Turín á visitar las cosas notables de la población y de los alrededores, y no fué trabajo muy provechoso, porque todos estos recuerdos se han borrado de mi cerebro; sólo me queda una fotografía cerebral é incompleta, cuadro cuyas extremidades se pierden en las nieblas del olvido, como las calles de Londres se perdían también en dos manchas de niebla que, cual cortinas flotantes, descendían de la atmósfera.

En este cuadro se destacan, á modo de puntos de luz, unas cuantas armaduras completas. Y nada más: una fila de armaduras.

Ni sé qué armaduras eran aquéllas, probablemente serían de los viejos duques de Saboya, ni sé á qué museo pertenecía el salón en que gallardeaban sus reflejos metálicos.

Todo ello es un fragmento de recuerdo.

El presente es como cristal, que recoge imágenes y perspectivas, y el tiempo y el uso lo rompen; y del cristal completo no quedan más que trozos sueltos, que son memorias aisladas, fragmentos de un todo que formó otro presente, y ahora quedan sembrando lo pasado de puntos más ó menos luminosos.

Al cabo de dos días hice mi visita al general Menabrea, presentándole la carta de recomendación del duque de Frías.

El general estuvo amabilísimo. Me dió á su vez otra carta de recomendación, que casi era una orden, para los ingenieros que dirigían los trabajos: Grandi, Grattoni y Somellier se llamaban.

Advirtiéndome, sin embargo, que á pesar de la carta encontraría algunas dificultades para el estudio que yo deseaba hacer, porque sobre las perforadoras habían tomado los inventores privilegio de invención en Francia y en Italia, y, además, querían conservar el mayor secreto hasta no comprobar los resultados que esperaban obtener.

Al despedirme del ilustre general, y sabiendo, porque yo se lo había dicho, mi gran afición á las Ciencias Matemáticas, me regaló dos ó tres Memorias suyas sobre Física-matemática, en que demostraba sus grandes conocimientos sobre la materia.

En Italia, tierra fecunda del genio, siempre ha habido matemáticos insignes; si no estoy equivocado, el gran matemático Lagrange era piamontés.

Y volviendo muy atrás, diré que el renacimiento matemático en Italia fué verdaderamente admirable. Pero sigamos.

Dejando á mi mujer con una familia para la cual había obtenido eficaz recomendación, me fuí con los alumnos de la Escuela, en un carruaje, á visitar el túnel de Mont-Cenis.

Los dos extremos del túnel eran Modana y Bardoneche; naturalmente, nosotros nos dirigimos á la boca del túnel correspondiente á Italia, que era la parte más adelantada de la perforación, en donde se hallaban ya concluídos los compresores hidráulicos, y donde estaban montándose las perforadoras.

Llegamos, *vimos* al ingeniero, pues sólo uno de los tres estaba en el terreno; y aunque *llegamos* y *vimos*, no *vencimos*, aunque al pronto creímos vencer.

Pero en esto de las victorias hay muchas ilusiones.

El ingeniero, que no sé cuál de los tres antes citados era, leyó atentamente la carta del general y se mostró muy afectuoso con nosotros, asegurando que no había para mí ningún secreto que guardar. Nos quiso dar albergue, que rechacé cortésmente, y quedamos citados para la mañana del siguiente día.

Yo estaba contentísimo; en todas partes me habían asegurado, en Francia como en Italia, que no conseguiría mi objeto, que ni vería las perforadoras, ni mucho menos podría estudiarlas. Y, sin embargo, el ingeniero me había dado toda clase de seguridades, y me había hecho toda clase de corteses ofrecimientos.

Pero llegó la mañana, y en vez de presentarse á buscarnos el ingeniero en persona, vino uno de sus ayudantes en su nombre, diciéndome que su jefe había tenido que salir apresuradamente la noche anterior por una orden del director de la obra; que en su nombre me presentaba las más repetidas excusas, y que él nos guiaría y enseñaría los trabajos de perforación, suministrándonos cuantas noticias pidiésemos.

La estratagema estaba vista: el ingeniero, no pudiendo oponerse de frente á la carta del general Menabrea, había apelado á la estratagema de la fuga.

Paciencia. Había que poner buena cara, y aun era estratégico mostrarse agradecido.

Nuestro guía nos llevó á la boca del túnel, y en él penetramos un buen trecho.

Pero, con ser la obra grandiosa, nada de aquello me interesaba, porque hasta entonces la perforación se hacía por los procedimientos ordinarios.

Así es que me detuve y le dije que, aunque todo aquello me interesaba sobremanera, como teníamos que regresar aquel mismo día á Turín, y el tiempo nos venía muy tasado, lo que yo deseaba ver era las perforadoras.

El hombre pareció contrariado é indeciso; pero le recordé la carta del general Menabrea y las promesas del ingeniero jefe la noche anterior, agregando que, después de todo, las nuevas perforadoras, que seguramente serían muy interesantes y muy ingeniosas, no constituían una invención extraordinaria y excepcional, porque perforadoras pueden inventarse muchas, aunque quizá no fuesen tan eficaces ni tan perfectas como las de los tres ingenieros inventores; y ante mis observaciones quedó perplejo.

Convencido ó vencido al fin por mis razones, ó para que yo no fuese con la queja al general Menabrea, se decidió á llevarnos á una especie de cocherón, donde estaban los misteriosos mecanismos.

Pero ¡cuánto retraso, cuánto rodeo, qué empeño en enseñarnos con gran derroche de amabilidad una multitud de cosas, que ningún interés tenían para mí ni para los alumnos que me acompañaban!

El hombre se batía en retirada; pero era una retirada brillante, pues pasaban horas y horas, y al cocherón de las perforadoras, que veíamos de lejos, no llegábamos nunca.

Yo estaba ya nervioso. Traía orden de España de ver las perforadoras, de estudiarlas y de escribir una Memoria sobre la marcha de los trabajos y la manera de funcionar de los mecanismos en cuestión.

Esto último era imposible, porque aún no funcionaban, pero podía al menos verlos y estudiarlos; y si no lo conseguía,

el viaje era inútil y el dinero que me habían dado para él se había gastado sin provecho alguno, convirtiéndose mi expedición científica en *tourné* de puro recreo.

Volví á la carga, saqué el reloj, le hice observar que apremiaba el tiempo y que yo tenía que emprender el regreso inmediatamente; y de tal modo le asedié, que al fin nos encaminamos al cocherón en que tenían guardadas ú ocultas las perforadoras.

En él entramos; y la verdad es que casi todas estaban desmontadas, y sólo una parecía completa.

Ante ella me planté, y, como la cosa más natural del mundo, saqué un papel y un lápiz para tomar el croquis del aparato. ¡Era mi venganza! Aquí mi acompañante, sin poder dominar su alarma, me detuvo diciéndome que lo sentía mucho, pero que estaba prohibido tomar dibujos de ningún mecanismo de los que habían de emplearse en la perforación.

Yo le manifesté mi asombro, aunque realmente no estaba asombrado, diciéndole que el ingeniero jefe no había puesto reparo de ningún género á que yo examinase y estudiase los nuevos mecanismos.

Pero él insistió, y yo entonces, guardando el papel y el lápiz, le rogué que fuera á consultar el caso, en compañía de don Manuel Pardo, con su jefe inmediato, y que yo esperaría la contestación sin insistir en mis propósitos.

Así lo hizo, y me quedé contemplando la perforadora bajo la vigilancia de dos ó tres empleados que por allí andaban.

Unos veinte minutos tardó en regresar, y yo aproveché el tiempo en aprender de memoria las diferentes piezas visibles de que la perforadora se componía, empezando por un extremo y acabando por otro.

No hice esfuerzo ninguno para comprender su modo de funcionar, concentrando únicamente mi atención en *la forma* y *sucesión* de las piezas.

Una rueda, decía yo de memoria, un resorte, otra rueda, un escape, y así sucesivamente.

Y me volvía á otro lado y repetía para mí la letanía mecánica, y perdóneseme la frase.

Miraba de nuevo al aparato, y comprobaba la serie; y así varias veces, hasta que estuve seguro de no equivocarme en la *lista lineal* de las piezas de la perforadora.

En esto volvió el ayudante, diciéndome que sin orden superior le era imposible permitirme sacar el dibujo que pretendía.

Me incliné respetuoso; le dí las gracias por sus atenciones, lamenté que el viaje del ingeniero me impidiera despedirme de él, y á toda prisa me fuí á la posada.

Mientras enganchaban los caballos, escribí en un papel, *por su orden*, las piezas que había aprendido de memoria, y con esto tuve ya la seguridad de reconstruir, en cuanto llegase á Turín, el misterioso aparato, que, en verdad, nada tenía de misterioso, ni nunca me lo había parecido.

Nos metimos en el coche, y antes de llegar tenía yo reconstruída la perforadora con bastante aproximación.

La empresa no era en verdad difícil, y cualquiera hubiese hecho lo mismo.

Se trataba de un mecanismo, que había de realizar determinado trabajo, que había de ejecutar determinados movimientos, ya continuos, ya alternativos; esto por medio de una serie de piezas, cuya forma aproximada y enlace sucesivo conocía yo de antemano.

No era un problema, ciertamente, como el que realizó Cuvier, reconstruyendo por un hueso la forma y los órganos de un animal antidiluviano; pero cada cual hace lo que puede.

Mi problema era un problema sencillísimo, perfectamente definido, y que cualquier aprendiz de cinemática ó de mecánica habría resuelto como yo.

Pero, en fin, con ningún mérito, ó con escaso mérito, yo lo resolví, á pesar de la fuga del ingeniero, de los movimientos estratégicos del ayudante y de las prohibiciones del subjefe.

Había ido á estudiar la perforadora, y me la traía en la imaginación.

Había ido á estudiar los compresores de aire, y sabía de ellos lo bastante para escribir la Memoria que luego presenté. ¿Fué legítimo lo que hice?

Yo creo que sí. Porque no falté á ninguna de las prescripciones que me impusieron, ni cometí el más pequeño abuso de confianza.

No me permitían sacar ningún dibujo. *No lo saqué.*

Pero no me habían prohibido mirar, y *miré.*

Tampoco me habían prohibido que pensase en cómo podría funcionar aquel aparato, y ejercité mi pensamiento en campo lícito y honesto.

Por otra parte, mi propósito no era, ni fué, arrebatar al inventor ni su gloria ni su provecho.

Y, por último, yo no iba por cuenta propia, sino por orden del Gobierno español, y no con fines de piratería industrial, sino para instrucción de los alumnos de la Escuela de Caminos.

Era un estudio científico, no era una competencia de privilegios de invención.

Y, sobre todo, no se trataba de la solución de ningún problema sublime ni recóndito.

Una perforadora podía inventarla cualquiera, hasta mi improvisado amigo el del vapor de las Mensajerías Imperiales, que tan contento estaba por haber descubierto la perforadora de doble acción.

***

Llegamos á Turín, y á los pocos días salimos para Génova mi mujer y yo, con el fin de embarcarnos y regresar á España.

En Génova me detuve una semana, y de Génova sólo conservo recuerdos muy vagos.

Una ciudad de calles estrechas, y en cuesta la mayor parte de ellas.

Un puerto admirable, hermosas perspectivas, multitud de palacios, muchos de los cuales visité por dentro evocando históricos recuerdos; sobre todo, el de Simón Bocanegra.

Y, por último, un convite cariñoso y una comida detestable.

Decididamente, mi naturaleza tiene bastantes rinconadas prosaicas; pero yo no quiero pintarme en estos recuerdos más poético de lo que soy.

Cuando tropiezo con alguna buena condición de mi sér, no la dejo en la sombra, sino que la saco á plena luz, y en ella me recreo, y como ejemplo y enseñanza la muestro á mis lectores.

Y asimismo he de sacar á la vergüenza la prosa, las deficiencias, las imperfecciones de la parte mala y vulgar de mi naturaleza.

Hago con mi persona lo que haré con mis dramas, cuando en estos recuerdos los estudie y los juzgue. Diré que es bueno lo que bueno me parezca, si algo me parece bueno, y criticaré sin piedad lo que me parezca malo.

Y es el caso, que de mi estancia en Génova las memorias son lastimosas. Tantos recuerdos históricos, tanta riqueza artística, tantos puntos de vista admirables, y todo esto se ha borrado de mi masa cerebral; y en cambio, conservo vivo, punzante y salpicado de repugnancias y hasta de enojos brutales una comida infernal, que con buen deseo, pero con éxito lastimosísimo, me dió una pobre gente, que hizo lo que pudo, pero que pudo poco y pudo mal.

Es el caso, que yo tenía en la Escuela de Caminos un alumno, al cual llamaré Z, el cual, andando el tiempo, una noche quiso matarme, ó al menos lo fingió.

Ya daré cuenta más adelante de esta aventura cómico-trágica.

Este alumno tenía un hermano que era agente comercial de varias casas italianas, y enterado de mi viaje, y queriendo congraciarse conmigo, escribió á uno de sus corresponsales de Génova para que al llegar yo me visitara y me obsequiase en cuanto pudiera.

Así lo hicieron aquellas buenas gentes, que yo les hubiera querido hallar menos obsequiosos, no por falta de agradecimiento á sus finas atenciones, sino porque así como hay cariños que matan, hay obsequios que están á punto de matar, y que por lo menos molestan ó amenazan con formidable indigestión.

Fueron á recibirme á la estación del ferrocarril, me acompañaron á la fonda, y se empeñaron en que comiese un día en su casa.

Como era gente modesta del pequeño comercio, claro es que yo no quise hacerles un desaire, y me presté cual víctima resignada á todos sus obsequios, atenciones y amabilidades.

¡Pero cuánto mejor me hubiera sido ir solo por la ciudad desconocida, por sus calles estrechas y tortuosas, interrumpidas aquí por una escalera de piedra, allá por una rampa que desemboca de pronto en una explanada desde la cual se domina el puerto, ó en una plaza con algún antiguo palacio, de aquellos viejos genoveses que disputaban el dominio del Mediterráneo á turcos, venecianos y pisanos!

Pues no, señor; la cortesía y el agradecimiento me impusieron un par de *cicerones,* á saber: el señor de aquella pequeña familia burguesa, y el hijo mayor, reservista, á lo que entendí, y que siempre iba de uniforme; de suerte que yo por entonces crucé las calles de Génova con acompañamiento militar.

Era gente muy buena, muy amable, que se desvivían por complacerme; pero que no vivían en el mundo intelectual en que yo vivía, y con los que ni podía hablar de ciencias ó de literatura, porque de estas materias ellos no entendían, ni de comercio ó milicia, porque ni de lo uno ni lo otro entendía yo.

Mas llegó el día del banquete, día de tormento para mi mujer y para mí.

No quiero ofender á tan honrada y simpática familia, que

eran buenos ciudadanos de clase laboriosa; bien al contrario, yo, á través de los años, les estoy profundamente agradecido; pero mi paladar y mi estómago, que son órganos egoístas, prosaicos y rencorosos, recuerdan con horror aquel banquete de Génova, que marcó con sello antipático todo el presente de la vieja República.

Y vamos al banquete. Pero antes tomemos fuerzas.

José Echegaray

LOS JARDINES DEL BUEN RETIRO

NOTAS DE SU HISTORIA

Dentro de poco darán principio las obras en virtud de las cuales van á desaparecer los *Jardines* que llaman con error los madrileños *Jardines del Buen Retiro*. Aquel lugar, apacible y deleitoso, que en los veranos ha explotado particular empresa, y donde en las abrasadas noches estivales buscaban los habitantes de la coronada Villa aire, solaz y esparcimiento de que no pueden disfrutar en ninguna otra parte de ella, está irremisiblemente condenado, y las seculares frondosas arboledas que le hermosean, ó serán sin piedad alguna destruídas, ó serán trasplantadas al *Salón del Prado*, como se pretende, para emplazar el edificio de *Correos y Telégrafos*.

Borrada, pues, quedará en breve la memoria de lo que fué tan hermoso sitio, de igual modo que el famoso *rasgo* de 1865 ha borrado el recuerdo placentero de los amenos boscajes, de las glorietas deliciosas y de las fuentes cristalinas que embellecían toda aquella parte de los verdaderos *Jardines*, cedida por Isabel II en la fecha memorada, y en la cual, con el *Palacio de Portugalete*, levanta el caserío de la *calle de Alfonso XII*, y el de sus accesorias las *de Valenzuela*, *de Montalbán* y *de Juan de Mena*, hasta la *de la Lealtad* y el *Prado*, empeñado el Madrid moderno en ahogar sin compensación de ningún género los paseos de la corte con espesas manzanas de construcciones incoloras.

Así han venido á resultar encajonados y sin ambiente *Recoletos* y *la Castellana*, así *el Prado*, y así quedará el *Retiro*

dentro de no muchos años, como si estuviera la Villa tan sobrada de sitios donde sus habitantes puedan respirar aire sano, y los alrededores de la gran población ofrecieran por aventura algo de lo que va perdiendo poco á poco, y de que cada vez se encuentra más necesitada para su vida.

Aquel jirón delicioso de lo que fué en conjunto el *Buen Retiro*, y que Carlos III cerró con la elegante verja aún en parte subsistente, ha perdido de tal manera entre la generalidad la memoria de su verdadera representación dentro del antiguo Sitio Real, como para que, no sólo el vulgo, sino personas de reconocida cultura, crean de buena fe era en realidad el *Jardín del Buen Retiro*. Así, una de éstas, procurando años hace dar discretamente consejos higiénicos al público que acostumbraba concurrir al *Jardín* mencionado, escribía: «Situado en la antigua huerta donde existió la ermita de San Juan,—por cuyo motivo llevó también esta denominación el jardín que se extendía en torno suyo,—tiene, como es sabido, gran celebridad en la historia de nuestra nación, así como también recuerdos no menos gloriosos en la literatura española, á cuyo siglo de oro están unidos aquellos sitios, que hollaron las plantas de preclaros ingenios, de cuya portentosa imaginación brotaban raudales de poesía, mil veces más fragante y espléndida que la multitud de flores de que sus jardines estaban esmaltados.

»Si hubieran de evocarse—decía más adelante—las ideas del recuerdo, ningún otro paraje habría que pudiera estar revestido de más poesía y belleza, de más fantásticas imágenes, que la mente á sus solas engrandecería, al pensar que Lope, Calderón, Quevedo, Rojas, Moreto y Tirso tuvieron algunas de sus inspiraciones fundadas en los árboles poéticos de aquellos pensiles, en cuyas auras parecen todavía escucharse aquellos idilios de imperecedera memoria y de gratísimo recuerdo» (1).

(1) *La Patria*, periódico madrileño, del domingo 16 de Agosto de 1885, en el artículo titulado *El Jardín del Buen Retiro*, firmado por nuestro buen amigo el docto catedrático de la Universidad Central y académico de la de Medicina, Sr. D. Joaquín Olmedilla y Puig.

Y sin embargo: no llevó nunca el impropiamente denominado hoy *Jardín del Buen Retiro* semejante nombre, sino el de *Huerta* ó *Jardín de San Juan*, y de uso exclusivo fué de los alcaides de aquel Real Sitio, desde el Conde-Duque de Olivares, el primero en ejercer tal cargo, hasta el Conde de Altamira, que lo era en 1759, época en la cual quedó reducido á simple título de honor únicamente. La celebridad de la *Huerta de San Juan* no comenzó sino en tiempo de Carlos III, y esto porque en el antiguo *Palacio de San Juan*, que en 1833 era cuartel de Caballería y luego lo fué de Artillería, se expendieron los productos de la *Real Fábrica de la Porcelana*, acrecentándose la fama de aquel lugar el año 1808, con motivo de la débil defensa que los aspillerados tapiales del Jardín hicieron de la Villa el 4 de Diciembre ante la presencia de las huestes de Napoleón I. El moderno *Palacio de San Juan*, donde se halla instalado el *Museo de Ingenieros Militares*, obra es de los días de Fernando VII, contemporánea de las demás reformas hechas por él en los Jardines propiamente dichos.

Hácese, por tanto, evidente que aquel resto de la *Huerta de San Juan*, donde las clases medianamente acomodadas de Madrid, que no pueden por el verano huir de la Villa y disfrutar del campo ó de las delicias del mar en las costas del Cantábrico ó de Levante, procuraban por módico estipendio forjarse la ilusión durante algunas horas de la noche de que se hallaban muy lejos de la abrasada corte de las Españas,—ni tuvo gran celebridad en la historia de nuestra nación, ni vínculo de ninguna especie con el siglo de oro de nuestra literatura, ni en él es dado con exactitud evocar el recuerdo de Lope, de Calderón, de Quevedo, Rojas, Moreto y Tirso, conforme la generalidad gratuitamente supone, pues son muy otros los *Jardines* en los cuales lucieron con frecuencia las galas de su ingenio aquellos preclaros escritores, y distinto el que se dijo *Buen Retiro*, nombre que no ha podido llevar nunca el referido *Jardín*, por muy ameno que sea todavía.

Refieren las historias de la corte que, allá por los años de

1464, y para perpetuar la memoria de cierto *Paso* caballeresco, en el cual hizo alardes de valentía y arrojo el famoso don Beltrán de la Cueva á orillas del Manzanares, fundóse en el propio sitio uñ monasterio de Jerónimos, amalgamando así lo religioso y lo profano, según uso y costumbre de aquellos pasados tiempos. Mas como el paraje de la fundación, que era cerca del *Puente Verde* en el camino del Pardo, se hallaba distante de la Villa; como, en consecuencia, eran para los buenos de los religiosos grandes las molestias que esto les ocasionaba, y como venían á resultar escasos los provechos, muy discutibles y dudosas las ventajas que para el porvenir allí se ofrecían, y nula ó muy corta la influencia que podían ejercer sobre los habitantes de la población en todas sus categorías,—recurriendo á procedimientos empleados siempre con fortuna por los religiosos en diversas localidades, cayeron á los pocos años en la cuenta los de aquel monasterio, de que el sitio era malsano por la cercanía del río, cosa que pudieron haber visto antes, y que para introducirse en Toledo habían alegado respecto del Tajo otras comunidades religiosas antes y después de la fecha en que se supone la alegación de los jerónimos.

Lo cierto es que, nacido el monasterio bajo los auspicios reales, y hecha la alegación en forma, protegidos por Isabel la Católica, solicitaron, y sin dificultad obtuvieron conforme deseaban, permiso competente para escoger en lugar más próximo á la Villa en la cual había venido al mundo aquella reina, el que mejor pudiera convenirles, eligiendo, con buen acierto para ellos, la altura del *Prado*, en la que todavía subsiste algo de la fábrica del monasterio, el cual era conocido por *San Jerónimo del Paso*, en memoria del que, para festejar al embajador de la Gran Bretaña, había mantenido, cual quedó indicado, don Beltrán de la Cueva, en las inmediaciones de la Villa, el año 1464.

Tal y tan grande hubo de ser el prestigio que con arte singular supieron conquistarse los jerónimos en el ánimo de los Reyes Católicos, protectores, padrinos y bienhechores decidi-

dos de toda Orden religiosa, como para que en aquella santa casa, ya largamente dotada y enriquecida, se aposentasen con frecuencia las reales personas, y el propio Fernando V reuniese Cortes en el templo de la misma, conforme años después, en el de 1528, el gran Carlos de Gante, cuya voluntad habían ganado, hiciera allí jurar y reconocer á su hijo Felipe como príncipe de Asturias. Fácil es de comprender que con estos hechos el monasterio adquirió significación é importancia harto notorias y preponderantes, acrecentando su influencia de tal suerte que vino á ser obligado aposento de soberanos y caballeros cuando la Corte á Madrid venía, con desprecio del *Alcázar* que restauraba á la sazón el maestro Luis de la Vega por orden de Carlos V.

Pero aquel manantial inagotable para los religiosos, no bastaba á éstos, sin duda, cuando, interesado el Cardenal Cisneros en protegerlos, solicitaba á su favor, aunque sin obtenerla, la exclusiva de la impresión de la Bula de Cruzada contra el turco, diciendo en carta el 18 de Julio de 1516, dirigida al canónigo obrero de Toledo López de Ayala: «El monasterio de sant jeronimo, extramuros de esta villa de madrid, *tiene muchas necesidades*... porque como está aquí la corte, lo más del tiempo siempre se aposentan allí las personas rreales y otros muchos cavalleros de la corte».

El afecto y la predilección que mostró Felipe II por los jerónimos,—entre quienes fué en Yuste á refugiarse Carlos V, para quienes el vencedor de San Quintín comenzaba á labrar en 1563 el grandioso monasterio de San Lorenzo, y en cuya compañía pasaba aquel austero monarca temporadas frecuentes,—parte hubieron de ser no poco poderosa para decidirle á trasladar la capitalidad de la monarquía á Madrid, siendo en este concepto deudora la Villa de su engrandecimiento á los indicados religiosos, quienes por semejante caminó buscaban y perseguían sin tregua su engrandecimiento propio. Y allí, al lado del edificio conventual donde tuvieron su *Cuarto* Fernando V y Carlos I, allí labró Felipe II el suyo, aposentándose

en él, no sólo en el tiempo santo para hacer penitencia, sino también con ocasión de los lutos en la familia real, y en otras varias circunstancias, tales como la recepción de embajadores, rodeándole de un jardín y construyéndole á semejanza de cierta quinta de Inglaterra, según se dice, en la cual había don Felipe vivido con su mujer doña María.

Llamábase este edificio *Cuarto Real de San Jerónimo;* y aunque, atendidas las costumbres del monarca, no hubo de ser grande la suntuosidad en él desplegada (1), no por ello dejó de influir en los destinos de España, por residir allí el soberano mientras proseguía en Toledo las obras del histórico *Alcázar*, ejecutaba las de restauración proyectadas en el del propio Madrid; y la fábrica solemne del monasterio del Escorial adelantaba. Ello es, que á aquel regio *Retiro*, y á la sagacidad y al interés crecientes de los padres jerónimos, Madrid, repetimos, debió más que á otras causas la capitalidad de la monarquía, la cual quizá habría de otra suerte en Toledo permanecido; y bien merece de parte de los madrileños, por esta causa, una mirada de gratitud el templo aún subsistente de aquel monasterio, aunque le hayan adulterado primero los franceses, al destruir en 1808 su ojival portada é instalar en su única nave la artillería, y luego los españoles, ya utilizando después de 1835 la iglesia para parque de la misma arma, ya desdichadamente restaurando el edificio, el cual ha servido también para almacén de la Villa, y es hoy Parroquia de la barriada que allí existe.

«Puesto en alto á la parte de Oriente», el sitio —decía en 1629 Quintana— «goza de buenos aires, dentro tiene abundancia de agua, grande y espaciosa huerta, cielo abierto y claro, apacibles y deleitosas vistas»; distaba entonces de la Villa *en buena proporción,* y, elogiando el templo, aseguraba era «bien

(1) Procedente del *Palacio de la Moncloa,* se conserva en el *Museo Arqueológico Nacional* un lienzo en que, al parecer, figura este edificio; era de construcción vulgar de mampuesto con cadena de ladrillos en los ángulos, y tenía una arquería á la italiana, sobre los jardines.

proporcionada la Iglesia de la fábrica de aquel tiempo», pues, á juicio de este escritor, era «la más bien entendida y fabricada que ay en muchas leguas al contorno», hallándose enriquecida por «sumptuosas y bien labradas Capillas, algunas de mayorazgos de Madrid», y «las demás de personas principales», cuyos sepulcros, así como sus estatuas yacentes, hoy no existen.

Ya en 1569, y con motivo de la solemne entrada en la corte de la reina doña Ana de Austria, habíanse acrecentado la belleza y la frondosidad de aquel paraje, aunque sin llegar al extremo que alcanzó en tiempo de Felipe IV, construyendo un anchuroso estanque, origen acaso del existente, donde se hicieron muy vistosos simulacros de tierra y mar, presenciados á placer por Felipe II y su esposa, y que midiendo «más de quinientos pies de largo y ochenta de ancho, con buena profundidad», había sido labrado en el breve «espacio de diez días». En dicho estanque, cuyas aguas parecían batir en la muralla de la «muy formada fortaleza» allí levantada, y que «en la artillería y disposición parecía á Argel», según la frase del maestro López de Hoyos al describir estas fiestas, «armáronse ocho galeras», cada una de las cuales «llevaba sus remeros con sus ropillas y bonetes azules, y zaragüelles, hasta en pies encadenados», un cómitre, «veinte soldados de pelea, bravamente aderezados, cuatro tiros en cada una, con gran número y cantidad de cohetes», y «en sus mástiles y antenas banderas de tafetán carmesí y en la capitana las armas reales, trompetas y músicas, que parecían armada copiosa y muy á punto de guerra».

Hoyos, con la prolijidad que le caracteriza, hace relación detallada del *combate naval* trabado en las aguas del estanque; y respecto de éste Quintana incurre en error, suponiendo se hallaba en el *Prado*, «y que por inconveniente se mandó cegar», cuando con toda evidencia el cegado antes de dichas fiestas fué el que según Pedro Medina aseguraba en 1560,—data de la impresión de sus *Grandezas y cosas memorables de España*,—existía entonces en el *Prado*, y ayudaba mucho «á

la grande hermosura y recreación de la alameda», pero cuya capacidad no consentía el *combate naval* mencionado, tanto más cuanto que la «formada fortaleza» que semejaba á Argel estaba «á un lado del Prado, á la mano izquierda, por la parte superior de la parte de Sant Hierónimo», y el agua del estanque referido parecía «batir en la muralla».

Sea como quiera, es lo cierto que merced á las obras ejecutadas por Felipe II en el *Cuarto Real de San Jerónimo*,—origen del que hoy oficialmente se denomina *Parque de Madrid*, y único sitio de recreo para los madrileños de todas categorías,—al inaugurar su reinado el desvanecido Felipe IV, el antiguo *Retiro* de sus mayores se hallaba convertido en verdadera estancia real, si bien desprovisto en su fábrica de todo aparato, y mucho menos frecuentado ya por las personas reales, una vez terminadas las obras del *Alcázar* destruído luego por el incendio en 1734. En su perímetro, y arrimada á la huerta del monasterio, se contaba también una casa de aves extrañas, denominada por esta causa *El Gallinero,* y precursora de la *Casa de fieras* ó *Jardín Zoológico*, la cual casa dió entre el vulgo nombre á aquellos agregados del monasterio de San Jerónimo, á los que, no obstante, continuaban llamando indistintamente los documentos oficiales ya *Quarto Real de San Jerónimo*, ó ya sencillamente *Casa Real*, con lo que por modo ostensible aludían á la que Felipe II había construído como ampliación del primitivo *Quarto de Retiro*, cuya entrada había Felipe III reformado y embellecido con la *Puerta del Ángel*, que lleva la fecha de 1599, y que trasladada después de 1868 á la entrada del *Parterre*, frente al antiguo *Casón*, hoy *Museo de Reproducciones*, ha desaparecido, sin grave daño para el Arte.

Ganoso de acrecer, si era posible, y de consolidar el favor de que por tan extenso disfrutaba en el ánimo de Felipe IV, lisonjeando al propio tiempo los deseos manifestados quizá por el propio monarca, el célebre don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares, duque de Sanlúcar la Mayor y su primer

ministro y valido, ideó la ampliación y engrandecimiento de aquellos edificios, proporcionando al joven Felipe mayor número de distracciones y recreos, con los cuales quedaran en la penumbra de los segundos términos, obscurecidas y como veladas, las graves tareas del gobierno, que había encomendado el destino á tan flacas manos, para desdicha de la patria.

En los primeros meses del año 1630, nueve cumplidos del fallecimiento de Felipe III y de la exaltación al trono de Felipe IV, dió comienzo la ejecución del proyecto imaginado por el duque de Sanlúcar, y trazado por don Juan Bautista Crescenci, marqués de la Torre, con la adquisición de todos los terrenos y posesiones inmediatos por una y otra parte al *Convento Real de San Jerónimo* y al apellidado *Gallinero*, hasta una extensión asombrosa, quedando por tanto comprendidos, en lo allegado con tal propósito, varios jardines y distintas huertas, y el estanque abierto en diez días, donde, á modo de *Naumaquia*, parece se celebraron en 1569 las famosas fiestas navales ya mencionadas, con que obsequió solícita la Villa á la cuarta mujer de Felipe II (1). Sin presentir las inmensas ventajas que la fundación de aquel Sitio Real debía reportar á Madrid en lo futuro, cedió la Villa numerosos terrenos, y «con forzada y ruinosa lisonja», como primer presente, contribuyó con la enorme suma de 20.000 ducados, que fueron empleados en comprar varias haciendas, en desmontar terrenos, y en reformar algunas de las sencillas ermitas con que la devoción y la piedad de los madrileños habían santificado aquellos lugares, tan apartados de la población entonces.

Muy al principio de las obras, y á causa de haber cesado el

(1) Mesonero Romanos supone que la fundación empezó en 1631 (*El Antiguo Madrid*, pág. 313); D. Ángel Fernández de los Ríos (*Guía de Madrid*, pág. 340) fija el año de 1630, más conforme con los documentos que hemos tenido ocasión de consultar en el *Archivo de Palacio*; Álvarez y Baena asegura que fué por los años de 1632 cuando Felipe IV adquirió por compra los terrenos que el Real Sitio ocupa (*Compendio histórico de las grandezas de la coronada villa de Madrid*, cap. XIV, § III, pág. 246).

conde de los Arcos en el cargo, nombraba el rey Alcaide del *Quarto Real de San Jerónimo* y *Casa Real* al Conde-Duque de Olivares por cédula de 10 de Julio de 1630, significando así el placer que en su ánimo producía la aduladora empresa, con visible empeño comenzada por el favorito; y tanto y con tal ahinco hubo de trabajarse en ella, que ya en el año de 1632 se hallaban terminadas la plaza y el cuerpo principal del *Palacio*, y en disposición y conformidad tales que, en 22 de Julio, decidían al rey á hacer merced al duque de que fuese «perpetua en su casa la Alcaydía del Quarto Real del Combento de San Gerónimo, con las mismas prerrogativas que las de los Alcáçares de Sevilla, excepto el tener Alabarderos», y en 1.° de Octubre, «al presentarse Felipe IV para visitar [el *Palacio*] y ver los preparativos de la fiesta que en él había de hacerse para celebrar el nacimiento del príncipe don Fernando,—hijo de la emperatriz doña María, su hermana,—el Conde-Duque de Olivares, como Alcaide que era de esta posesión real, salió á la puerta de ella, y en una fuente de plata presentó al rey las llaves, que recibió con agrado, volviéndoselas á entregar; hubo, pues, con tal ocasión—dice el autor de quien tomamos la noticia,—un suntuoso *sarao*, y para las damas *bolsillos de ámbar llenos de escudos, y ricos cortes de vestidos*» (1).

Poco tiempo después dieron comienzo las fiestas destinadas á celebrar con toda ostentación y singular aparato la inauguración del que fué titulado *Palacio Nuevo*, en lo que continuaban todavía llamando modestamente *Cuarto de San Jerónimo* los documentos oficiales. Tuvieron dichas fiestas principio por «un gran juego de cañas, en que corrió el Rey el primero, acompañado de su indispensable favorito, y luego la Villa de Madrid, el Condestable de Castilla, el Almirante y demás grandes señores, llevándose la gala, como siempre, S. M., *no como rey, sino como caballero más galán y más diestro*» (2).

(1) Mesonero Romanos, Op. cit., págs. 313 y 314.
(2) Mesonero Romanos, ibídem.

Aunque el ilustre Mesonero Romanos con toda seguridad señala para el principio de tales fiestas el 5 de Octubre de aquel año de 1632, no fué sino un miércoles del mes de Diciembre cuando se inauguraron. Así por lo menos lo atestigua la musa del insigne Lope de Vega, que consagró *A la primera fiesta del Palacio Nuevo* sus primores, escribiendo:

«Pidió prestado un día
al verde Mayo el *rígido Diciembre*,
porque visto no había
rayo de sol *su antecesor Noviembre*,
cuya corona de guedejas rubias
peinaban hielos y bañaban lluvias».
.....
«Y no siendo comunes
tales milagros para todas partes,
retirando *de un lunes*
la nieve, *que vistió de plata el martes*,
salió con tal templanza y alegría,
que dió Diciembre el tiempo y Mayo el día».

Hermoso hubo de ser aquel en que Mayo,

«bañando los pinceles de oro y flores,
hizo las nubes arcos de colores».

Había llovido con grande insistencia durante el mes de Noviembre, y el propio lunes había nevado; teníalo todo preparado y convenientemente dispuesto el Conde-Duque, y cuando aquel miércoles,

«de sereno crepúsculo vestida,
sacó la hermosa frente
de perlas y crisólitos ceñida
la blanca y roja aurora, en quien suaves
lloraron fuentes y cantaron aves»,

no dudó en solicitar la venia del rey para la inauguración de aquel edificio real que, aun con carecer de toda importancia arquitectónica y de valor artístico, cual patentizan sus restos, obtenía de Lope de Vega la lisonjera calificación de ser

«un edificio hermoso,
que nació como Adán joven perfeto,
tan breve y suntuoso,
que fué sin distinción obra y conceto,
en cuya idea, á fuerza de cuidado,
fué apenas dicho, cuando fué formado».

Para correr cañas, habíase hecho una plaza circular, cuyas gradas ocupaba «cuanto ser podía—de fábrica real precioso adorno»; de manera, que con la asistencia de las damas de la corte, lujosamente ataviadas, presentaba aspecto tan sorprendente, que el poeta decía:

«Nuevo pensil hispano,
una línea de flores esmaltaba
á la siniestra mano,
donde, al principio del invierno, estaba
tan viva la florida primavera,
que la tierra pensó que ya lo era».

Allí, presenciando el espectáculo,

«sus lugares tenían
concejos, reino, nuncio, embajadores;
la esfera componían
graves ministros, nobles senadores:
que son las armas y las santas leyes
potencias de las almas de los reyes».

Corriéronse en los siguientes días toros, lanzas y sortijas, y como era de esperar, los premios, consistentes en fuentes de plata dorada, fueron ganados por el rey, quien obsequió con ellos á la reina y al príncipe, no pareciendo sino que con la construcción de tan menguado edificio se había logrado triunfo tal que debía ser con públicos regocijos celebrado. Entre tanto, la Villa, para la cual sin duda todo sacrificio era poco tratándose de lisonjear al monarca y su privado, venía repetidamente contribuyendo á la realización de aquella aduladora fantasía del Conde-Duque sin reparar en gastos, si bien, quizás, más obligada por la misma voluntad del soberano que por el gusto propio. Así, pues, no sólo en los primeros momentos

contribuyó con los terrenos cedidos y con los 20.000 ducados de que queda hecha referencia, sino que por cédula de 1632 mandaba el rey al licenciado D. Francisco de Tejada, del Consejo de S. M., hiciera que la Villa tomara «con los menores intereses que pudiese» 40.000 ducados para la obra del *Cuarto Real de San Jerónimo*, disponiendo por decreto de la misma época la formación de una Junta para procurar un asiento de 40 ó 50.000 ducados, tomados «á daño», con garantía de la Sisa del Cuarto de Palacio, para activar la obra del *de San Jerónimo* (1).

La planta, á lo que parece, de lo hasta entonces con diligencia y solicitud tales construído, reducíase á un «quadrado grande regular con torres en las esquinas», edificio que recibía el pomposo nombre de *Palacio,* y del cual da idea bien exacta el ala conservada que constituye en la actualidad el *Museo de Artillería*. Núñez de Castro, en su libro *Sólo Madrid es Corte* (1658), decía, refiriéndose á él: «Doy á alguno de los demás monarcas [del mundo] igual, ó sea superior magnificencia en la fábrica material de los palacios, en la sumptuosidad de los alcázares: aunque tuviera el apoyo de grandes artífices, si dixera que el nuestro *ni en la hermosura, ni en el arte, no tiene por qué ceder á los más famosos del orbe*» (2); pero á pesar de tan inmerecido como cortesano elogio, aquel desdichado engendro no mereció nunca los honores que se le tributaron. Constaba la fábrica de dos pisos, levantado el principal sobre sótanos acusados al exterior en la fachada, en la cual se distinguía aquél por los agudos frontones triangulares de las ventanas pertenecientes á las estancias reales; el piso superior tenía adornados sus poco airosos huecos con jambas y dinteles lisos, de piedra berroqueña, y el conjunto carecía en verdad «de toda belleza arquitectónica, como si el sentimiento del

(1) Archivo Municipal, secciones 1.ª y 2.ª, legajos 162 y 230, números 18 y 6.

(2) Libro I, cap. VII, folio 15.

arte hubiera negado toda complicidad al sentimiento del deleite, que con el lujo y la profusión se proponía inundar de prestado y pasajero esplendor aquel templo de la disipación» y del desvanecimiento (1).

Entretanto, las construcciones, los desmontes y la repoblación del arbolado, con otras obras, proseguían sin tregua á la una y otra parte del *Palacio* ideado por Crescenci, y lindando con la primitiva *Puerta de Alcalá,*—erigida en 1599 próximamente donde estuvo la *de la Glorieta,* que dió, hasta 1865, ingreso á los jardines del *Retiro* por este lado,—dispusiéronse la *Ermita de San Juan*, con el *Jardín* llamado hoy á desaparecer, que ha servido de nocturno recreo en el verano á los madrileños, y el cual regaba un estrecho canal denominado el *Río chico*, de que no queda rastro; el *Juego de Pelota*, en el *Prado alto*, ó sea en el espacio de monte comprendido entre la *Huerta de San Juan* al Norte, la línea de construcción de las obras al Este, el *Monasterio de San Jerónimo* al Sur, y el *Prado* al Oeste, como se dispusieron otros varios edículos de escasa importancia, que para los distintos servicios eran indispensables, regularizándose ó ampliándose al par por aventura el estanque grande, en cuyo centro se hizo una isleta de figura elíptica, cruzada por dos sendas ó caminos, en la intersección de los cuales se alzaba un templete.

«Para la conservación de la casa real de buen retiro, y gastos que se offrezerán en esto, he resuelto—disponía el rey en 3 de Mayo de 1633—tenga de consignación quatro mil y quinientos ducados, consignados en esta forma: cada año 3.000 por mitad en las mesadas eclesiásticas de Castilla y Aragón, y los 1.000 y 500 restantes en las rentas del Alcázar de Sevilla», previniendo en testimonio de predilección para con el nuevo edificio, que «desta consignación no se ha de sacar para ninguna otra casa real ny conuento en ningún otro effecto, *aunque sobre*, que el mayor adorno y luzimiento y conserua-

(1) Fernández de los Ríos, *Guía de Madrid*, pág. 340.

ción de buen retiro, y fuera de lo que se consumiere en salarios y reparos, se ha de gastar lo que restare, como sea en la misma casa, á disposición y arbitrio del Conde Duque como Alcaide della y de los que le sucedieren» (1); pero ni aun esto era suficiente, pues demás de contribuir todavía en aquella fecha los Consejos y la Villa por decreto de 30 de Agosto del año mencionado, época en la cual no se había aún dado principio ni á la construcción de la *Plaza Grande,* ni á las viviendas de los oficiales dependientes del *Palacio,* ordenaba el rey como arbitrio que la sexta parte de la cantidad presupuestada para la obra de la Plaza del *Retiro*, que se calculó sobraría, se aplicara á la fábrica de aquella casa, y que su importe se entregase á Cristóbal de Medina, pagador de las dichas obras (2), dando de nuevo facultad á Madrid para que pudiese tomar «á daño» otros 40.000 ducados para la obra del *Cuarto Real de San Jerónimo* (3), y encargando á D. Francisco Tejada y Mendoza, del Consejo y Cámara, hiciera tasar varias tierras que se tomaron para ampliar el *Buen Retiro,* previa entrega de su valor á los propietarios (4).

En tal disposición, sin terminar las obras, sin completar los jardines y los bosques, pero ávido el privado de adormecer con el estruendo lisonjero de las fiestas al infeliz monarca, y acaso también, como recurso y medio de acrecentar las cuantiosas sumas que se invertían tan sin fruto á la sazón en aquel espléndido *Sitio,*—por el mes de Diciembre de 1633 se celebraron en él hasta dos fiestas de toros y cañas, que dieron de aprovechamiento del alquiler de balcones, tablados y nichos de la Plaza (5), «vn quento tresçientos y ochenta y ocho mill qui-

(1) Arch. de Palacio: *Felipe IV.—Buen Retiro.*

(2) Arch. municipal, sección 1.ª, legajo 162, núm. 23.

(3) Idem íd. íd., núm. 14.

(4) Idem íd. íd., núm. 22.

(5) Aunque es común que los escritores atribuyan la construcción de esta *Plaza* al año 1637, consta por el *Reglamento* que para el buen gobierno del *Retiro* se dió á los comienzos del año 1634, que en esta fecha

nientos y veinte y seis marauedís de vellón» (1), enriqueciéndose la colección zoológica, á que sirvió de base como queda dicho la antigua casa de aves extrañas apellidada *el Gallinero,* con un león regalado por el duque de Berganza, y una tigre cachorra, á los que, en 30 de Noviembre, había dispuesto el rey les fuera señalado alimento por la *Junta de Obras y Bosques* (2).

También, en el propio año, había recibido notable incremento y desarrollo el estanque grande, el cual hubo de quedar terminado para las fiestas mencionadas del mes de Diciembre, construyéndose en él hasta seis torrecillas ó embarcaderos, unidos á los antepechos de hierro que cercaban el dicho estanque; se había abierto el llamado *Río Grande,* canal que iba por donde hoy el paseo de carruajes; se había fabricado el puente de hierro y la puerta del mismo metal que le cerraba por el lado del estanque, y habían sido, por último, levantadas las cuatro norias, que en parte todavía subsisten. Según *Memorial* de 22 de Enero de 1635, casi en su totalidad había hecho la obra de rejería el maestro cerrajero Domingo Cialceta, por orden de la Villa, á la que acudía en el citado *Memorial,* expresando: «Domingo de Cialceta, maestro de hacer rejas y balcones, diçe que de orden del S.^{or} Don Franc.^{co} de Tejada y mendoça del q.^{o} (cuarto) y Cam.^{a} (cámara) de su mag.^{d} y de Don fran.^{co} de Sardaneta regidor de M.^{d} (Madrid) y de Xpoual de aguilera, hiço los balconcillos que están asentados en la torrecilla del estanque del buen retiro q. son ocho y los antepechos de la puerta del dho. estanque y puerta de yerro, y vn tramo del cerco grande del dho. estanque, y toda la dha. obra hiço con gran priessa, ofreçiéndole pagar más de

estaba ya terminada. En el citado *Reglamento* decía el rey: «Por cuanto yo he mandado fabricar una Plaza donde se puedan celebrar fiestas y regocijos, es mi voluntad que se guarde, cumpla y execute ahora y en todo tiempo la planta que está hecha, en orden á la distribución y repartimiento de ventanas, tablados y sitios, en la misma forma que en ella está señalada», etc. (Archivo de Palacio).

(1) Archivo de Palacio.

(2) Idem.

lo que valiese porque se hiciese con mucho... (1) y presteça y así la hiço sin asentar preçio, y aunq. de catorce meses que la dha. obra está asentada asta aora no se le a pagado cosa alguna aunque muchas veces se lo a pedido a Xpoual de aguilera el qual dize que no está por su qüenta la paga. Por remedio de lo qual...» etc. (2).

Por aquella misma época, á lo que parece, esto es, ya en 1634, el aparejador mayor de las obras reales, y maestro mayor de la casa y sitio de *Buen Retiro,* Alonso Carbonell,—á cuyo cargo estuvo, con la traza de Crescenci, la obra del *Palacio,*—había levantado en parte de lo que fué después y sigue siendo *calle de las Estatuas,* en el ingreso del estanque, la *Ermita de San Bruno*, á que se agregaba la apellidada *Sala de las Burlas*, adquiriéndose en dicho año las tierras de D. Juan Gaytán de Ayala, las de los herederos de Juan de Murcia, Matías Martínez de Figueroa, y las demás que convinieron para incorporarlas á las huertas y bosques (3), á fin de hacer del *Buen Retiro* rival aventajado de la *Casa de Campo,* y poblarle para la caza menor de toda suerte de animales, trasladándose por último para el decorado de las estancias reales de aquella posesión, diversas piedras de jaspe de las dispuestas en el Escorial para la obra del *Panteón,* las cuales no llegaron á ser utilizadas, por no hacer falta alguna (4).

Madrid, como siempre, seguía en buena proporción contribuyendo, ora con tomar «á daño» 50.000 ducados con las sisas del cuarto de palacio por garantía, ora otros 17.500 que aseguraba la sisa del vino, y ora, finalmente, y por autos del señor D. José González, del Consejo y Cámara de S. M., tomando varias cantidades más «á daño con intereses», para el mismo objeto (5). Todo esto no impedía que el rey, á instigación

(1) Está roto el papel por el doblez y no se entiende la palabra.
(2) Archivo municipal, sección 3.ª, legajo 399, núm. 18.
(3) Idem, sección 1.ª, legajo 162, núm. 28.
(4) Archivo de Palacio.
(5) Archivo municipal, sección 1.ª, legajos 161 y 162, números 34 del primero y 24 y 25 del segundo.

y por consejo del Conde-Duque, continuase celebrando ruinosas fiestas en el *Retiro,* cuyo espectáculo, no por ser dado á las personas reales, dejaba de ofrecerse como interesable para la Corte; pues el aprovechamiento ó alquiler de los lugares destinados á ésta produjo un beneficio de «vn quento dosçientos y treinta y siete mill y quinientos maravedís», que ingresaron en poder del tesorero Sebastián Vicente (1), á quien por aquel entonces se entregaban asimismo 18.400 ducados para los gastos del *Buen Retiro*, por orden de D. Francisco de Tejada, al pagador D. Cristóbal de Medina (2). No sólo para el decorado y embellecimiento suntuario de este Sitio Real se pretendía utilizar los mármoles y los jaspes dispuestos para el *Panteón* del monasterio del Escorial, sino que, por decreto de 29 de Abril de 1635, disponía Felipe IV que «de las cosas que ay en Aranjuez en la casa de la munición», se llevase «á la cassa y sitio de buen retiro lo que... no estuviese puesto en Aranjuez en parte que sirva». Conservábanse entonces, en la que se decía *Casa de la Munición*, objetos de verdadero valor artístico, muchos de los cuales había traído el insigne Velázquez de Italia; y de su importancia puede juzgarse por el adjunto documento, firmado del protonotario Jerónimo Villanueva, que el rey enviaba con el decreto referido á la *Junta de Obras y Bosques:*

MEMORIA DE LO QUE HAY EN ARANJUEZ EN LA MUNIÇION

«Una cabeça de Julio César de bronce pequeña.

»Vn Retrato del Señor Rey Don Phelipe 2.°, con su peana de jazpe.

»Vn Niño de Alabastro sacándose una spina, sobre su peana.

(1) Arch. de Palacio. Certificación de D. Nicolás Ontañón y Enríquez, veedor del Real Palacio y sitio del *Buen Retiro.*

(2) Arch. municipal, sección 1.ª, legajo cit., núm. 53.

»Vna Estátua del Rey Don Fernando el Cathólico, de dos tercias: es de bronce.

»Ocho caueças grandes de Emperadores, las quatro de bronçe y las quatro de Alabastro.

»Tres tablas de Alabastro guarneçidas de madera.

»Dos niños de bronçe, muy buenos, sentados sobre unos çierbos.

»Vn muchacho de bronçe con una culebra revuelta al Cuerpo.

»Vn Aguila de bronçe, de bara y media de Alto: es buena.

»Vna medalla de Bronçe del Emperador, obada, de vna bara de largo.

»Tres figuras en vna de bronçe rebueltas en una cadena, de vna tercia de Alto.

»Cinco cabeças de perssonas reales, las tres de çera leonada y las dos de piedra.

»Vn muchacho de bronçe: bueno.

»Vna Reyna de bronçe, de dos baras de largo.

»La Emperatriz, de dos baras y quarta de alto.

»Medio Cuerpo grande del Emperador, muy bueno.

»Medio Cuerpo de Phelipe 2.°, de Alabastro, muy lindo.

»Otro medio cuerpo de Alabastro sobre pedestal, muy bueno.

»Otro cuerpo de la Emperatriz, con mucho ropaje, de bronçe, muy bueno.

»Tres ó quatro figuras antiguas maltratadas, que se pueden adrezar.

»Vn muchacho con vna urña de piedra, de bara y media de Alto y muy ancho.

»En la Torrecilla que está entre el jardin de la Ysla y los molinos, hay vna fuente que es vna figura de bronçe, echada, con pedestal de alabastro, muy buena» (1).

---

(1) Archivo de Palacio. Es muy de sentir que entre los documentos conservados no aparezca por desdicha la resolución de la *Junta de Obras*

Aunque en el perímetro de tan vasta posesión real existían ya hasta cinco Ermitas, que lo eran la de *San Juan*, *San Isidro*, *San Bruno*, *San Pablo* y la *de la Magdalena*, todavía en Junio de 1635 Alonso de Carbonell emprendía la construcción de otra nueva en la isleta formada por el *Río Grande*, al extremo meridional de los jardines, la cual fué dedicada á *San Antonio*, y cuya fábrica debía ser, aunque mayor, tan suntuosa como la de la *Ermita de San Bruno*, próxima al estanque grande, disponiendo el rey por decreto de 27 de Septiembre de aquel año «que los pescadores que señalase el secretario P. Martínez, pudiesen pescar bermexuelas en el río de Madrid, desde la Puente segoviana hasta el Pardo, para traerlas al Arroyo de buen retiro», ó sea al *Río Grande* memorado.

Sucedíanse al par y sin interrupción las fiestas unas á otras dentro de aquel recinto tan lleno de encantos y de maravillas, que no semejaba sino que la Corte de España era realmente la Corte de los deleites. En pos de las de 1635, en las cuales el aprovechamiento y beneficio fueron de «un quento quinientos y treinta mill maravedís», seguían las de Mayo de 1636 con motivo de las capitulaciones matrimoniales del conde de Oropesa con la marquesa de Alcaudete. Apenas terminado el rumor, y aun quizás no del todo desvanecidos los ecos de esta fiesta, con ocasión de la de San Isidro, ya en el mes de Junio se corrieron toros con tres caballeros en plaza; en Julio se representó la *Fábula de Daphne* (1), con notables tramoyas inventadas por Cosme Lot, ingenio peregrino para estos artificios, ascendiendo con tales regocijos el aprovechamiento á la respetable suma de «dos qüentos quinientos y veinte y cinco mill maravedis», que como los de los anteriores festejos ingresaron en poder del tesorero de aquella Casa real,

---

y Bosques, que era la llamada á decidir los objetos que debían ser trasladados, siendo, por tanto, difícil de averiguar cuáles de ellos figuraron en el *Buen Retiro*.

(1) Acaso *Daphne y Apolo* ó *Triunfos de amor y desdén*, drama armónico de *Un ingenio de esta Corte*.

y se aplicaron á la prosecución de las obras, las cuales no tenían nunca término, y á la satisfacción de salarios de los oficiales, juntamente con 43.600 ducados que dieron los escribanos de número para el propio objeto (1).

Las fiestas más grandiosas y variadas, sin embargo, fueron, á no dudar, las que inauguraron el año siguiente de 1637, las cuales son reputadas, y no sin causa legítima, como las más espléndidas y vistosas de cuantas se hicieron durante el reinado de Felipe IV. Tenían por pretexto, no ya, cual hubiera podido presumirse, la celebración de acontecimientos que, por lo capital de su interés y de su importancia para la nación, habrían excitado el entusiasmo público, sino sencillamente el de la elección de rey de romanos, las fiestas de San Juan y San Pedro, la llegada de los embajadores de los grisones y la de la célebre duquesa de Chevreuse, acontecimientos todos que á los ojos de aquel monarca eran otros tantos motivos para distraer al pueblo en medio de la miseria que le agobiaba, y proseguir la interminable serie de placeres, disipaciones y dispendios que caracterizan y distinguen época tan calamitosa para nuestra Historia.

Daban comienzo las fiestas á que aludimos en la noche del domingo 15 de Febrero del año referido; y describiendo una parte de la de dicho día, dice el autor de los *Anales de Madrid*: «El lugar donde se corrió fué el Prado (el *Prado alto*), allanado, y hoy hecho de él una plaza que tiene 200 pies de largo más que la Mayor y 200 de ancho (2). Rodéanla por todas partes edificios de madera de dos altos, divididos en apo-

(1) Fernández de los Ríos, Op. cit., pág. 355.

(2) Mesonero Romanos cree que esta plaza «luego se hizo de fábrica y se tituló *de la Pelota*, única que» al publicar en 1861 su curioso libro este escritor, quedaba en pie de todas las construcciones del Retiro; y para formarla y allanar el paso, dice Pinelo que *hubo que quitar un monte que allí había desde que Dios crió el mundo*, con más de 100.000 ducados de coste, que pagó la villa de Madrid (*El Antiguo Madrid*, nota de la página 371).

sentos, con repartimientos y balaustres, y debajo de ellos unos tablados; por todo lo alto del techo y por los pilares había blandones y hachas. La Reina y María de Carignan tenían un aposento cerrado todo de cristales de arriba abajo, y con sus ventanas, pintado por dentro su techo de grutesco, teniendo los palenques y estafermos delante. Habiéndose S. M. vestido en casa de Carlos Stratta (banquero genovés), que es la del marqués de Spínola (1)..., y encendidas en la plaza todas las luces, entraron en ella... primeramente los tres padrinos, después los de la máscara de manera derecha, el Rey y el Conde-Duque, haciendo sus caracoles. Eran en todo 16 cuadrillas, y cada cuadrilla de á 13, con costosísimas libreas, y llevando cada uno una hacha en la mano, acompañados también de criados que las llevaban. Siguieron tras éstos dos carros de excelente arquitectura, en ellos diversos personajes y música, adornados de infinitas luces, los cuales, habiendo llegado hasta delante de la Reina, se apartaron, y divididos, salieron dando vuelta, como habían hecho los caballeros. Tornaron éstos segunda vez á entrar con otros caballos, é hicieron sus demás caracoles y lazos que suelen, representando una viva imagen de batalla y escaramuza. Tornaron también los carros para cantar y representar los que en ellos venían..., y, finalmente, el Rey y algunos caballeros, porque no todos corrieron el estafermo... Y con esto se dió fin á estas fiestas, que fueron tenidas por las más grandiosas que jamás se han visto, porque sólo el aparejo de la plaza costó 30.000 ducados; los dos carros, 3.000; 7.000 luces se contaron alrededor de la plaza, cuyo gasto montó á más de 8.000 ducados; las libreas fueron de gran valor, de suerte que el gasto de la fiesta y el haber allanado la plaza se estima que llegó á 300.000 ducados. Dicen los discursistas que tan grande acción ha tenido otro fin que el de recreación y pasatiempo, y que fué también ostentación para que el cardenal Richelieu, nuestro amigo, sepa que aún hay dinero en

(1) El palacio de Híjar.

el mundo que gastar y con que castigar á su Rey... Hubo muchas ventanas vacías y lugares desocupados. Los de los tablados, que al principio se alquilaron en un doblón, vinieron á la postre á darlos en un real y en cuatro cuartos».

Tres días adelante, el 18 del mismo mes de Febrero, verificábase en las estancias reales del *Palacio del Buen Retiro* muy singular certamen poético, en el que los vates congregados al efecto debían improvisar sobre varios temas; y grande es, con verdad, el sonrojo producido por la lectura de algunos de ellos, que ponen de manifiesto la abyección y la bajeza de aquel monarca desventurado, á quien no obstante llamaban sus aduladores cortesanos *el Grande* y *el Cuarto Planeta*, y la servil lisonja de la Corte, que seguía deslumbrada en sus extravíos al degenerado vástago del gran César de Austria. Ofendiendo el decoro y la majestad reales, que con tan espléndido aparato procuraban cubrir Felipe y el Conde-Duque, extrañeza grande causa tomaran parte en liza tan descompuesta, oprobiosa y disparatada, no sólo Luis Vélez de Guevara, ya famoso, sino el mismo y respetable D. Pedro Calderón de la Barca, desarrollando con la maestría de sus sublimes creaciones asuntos como éstos:—*¿Por qué á Júpiter le pintan con barba rubia?—¿Por qué á las mujeres ó criadas de palacio llaman mondongas, no vendiendo mondongo?*

Hubo el 21 academia y también certamen poético, en el cual se debatirían, seguramente, asuntos del mismo interés que los del 18, constituyendo el jurado el insigne Francisco de Rioja con Esquilache, el conde de Muncada, Francisco Calatayud y Antonio Mendoza, quienes al discernir el premio no pudieron evitar los agraviados por el fallo, y las quejas, acaso fundadas, de la justicia. Al siguiente día, 22, tuvo efecto una mojiganga costeada por el Protonotario de Aragón, la cual fué á estilo de aquella tierra, interviniendo como actores en ella todos los oficiales del Estado, á caballo, con máscara y trajes muy peregrinos, quienes subieron luego á un tablado que había en la plaza para alegrar el concurso con danzas al

estilo aragonés, al castellano y al morisco, finalizando el día con una comedia. El sábado 28, anterior á Carnaval, hubo cucañas y diversos juegos de carnestolendas, apedreándose las damas con huevos de olor; el domingo 29 prosiguieron las fiestas con mojigangas y comedias; el lunes de Carnaval, 1.° de Marzo, se corrieron *alcancías* (cañas en que los caballeros tiraban huevos, y se defendían con rodelas de madera; algo parecido á las *serpentinas* de ahora), poniéndose en escena por la noche la comedia de Rojas *El robo de las Sabinas*, que tan acepta y simpática debía ser por su argumento á la disipada Corte.

El martes, la mojiganga salió ya formada de la Villa: estaba dividida en cuadrillas, y había en ella *pasos* como en la procesión de Semana Santa, con lo que resultaba escarnecida la religión en aquellos tiempos que se estiman ejemplo de piedad y de buenas costumbres. Traían todos máscaras, encubriendo así su borrachera, y sus motes y divisas eran agudos, y algunos tan satíricos cual el de la cuadrilla de los escribanos, cuyo letrero decía:

Todos los de esta cuadrilla
son los gatos de la Villa.

Entre las diversas figuras con que se presentó la cuadrilla de los portugueses, llamó la atención, al decir de los escritores contemporáneos, una bastante intencional y expresiva, que era, en realidad, protesta y al mismo tiempo trasunto de la época, la cual figura iba vestida de pieles de carnero, pelo adentro, con el rótulo:

Sisas, alcabalas y papel sellado
me tienen desollado.

Otra cuadrilla ponía de manifiesto el vergonzoso nepotismo y la inmoralidad reinantes entonces, como ahora y como siempre, llevando multitud de hábitos y cruces de las Ordenes militares, con un letrero en que se leía:

Estas se venden.

Varias caricaturas más se presentaron, algunas de las cuales describe al pormenor un escritor contemporáneo de estas fiestas, dando noticia de otras en esta forma: «No cuento nada de los demás que salieron... vestidos de cardenales, echando absoluciones y otras cosas», disfraz que no se habría consentido en los tiempos presentes. «No se atrevió á salir el que había hecho un vestido de papel sellado. Siguieron los carros (á las cuadrillas); los dos primeros fueron los de la basura, llenos de esportillos, y pícaros que, con campanas, cascabeles, sartenes y almireces, hacían un grandísimo ruido. Venía después otro, en que se reconocía una cama de campo, con un borrico en ella, asistido de frailes que ayudaban á bien morir, y de médicos que, mirando la orina en los orinales, la bebían, porque era vino, y brindaban á los frailes, que hacían la razón; y fáltame ahora la memoria para contar las demás circunstancias. Habiendo todas pasado procesionalmente delante de SS. MM., *que las miraron con atención y gusto,* subieron al cadalso y en él bailaron todas, la una en pos de la otra... Rematáronse las fiestas con una famosa comedia, que se representó en el salón», y era el *Don Quijote de la Mancha*, de Calderón de la Barca; «y no siendo de ordinario exentas las fiestas de algunas desgracias—concluye el autor de quien tomamos tan curiosas noticias,—ha habido en éstas *muchos palos*, *heridas y rempujones*».

En aquel mes de Marzo, escaramucearon delante del rey dos compañías de jinetes de Andalucía, que iban de paso para Navarra; en el mismo hubo sortija y estafermo. En esta fiesta salió uno con un cuartago, que aparentaba, como él, estar desollado, y un letrero que decía:

Salgo triste, desollado
por este papel sellado.

Otro conducía varios jumentos, y un cartel en que se leía:

Buenos son estos señores
para ser Corregidores.

Uno y otro fueron castigados por la broma, recibiendo el primero doscientos azotes, lo cual no es del todo comprensible, cuando en las fiestas del martes de Carnaval se había tolerado, y SS. MM. vieron *con atención y gusto* la cuadrilla que llevaba la letra copiada arriba:

Sisas, alcabalas y papel sellado
me tienen desollado.

Las noches de San Juan y San Pedro fueron celebradas con grandes festejos, comedias y músicas; «las tramoyas para cambiar de decoraciones, trece veces en hora y media», costaron 6.000 ducados. Hubo una danza de planetas, y en vestidos y aparatos de carros se gastaron 20.000 ducados. Para la regata, que costó 800.000, llegó un gran número de estatuas de bronce, de más de cuarenta arrobas cada una, y entraron con tan mal pie, que una de ellas aplastó la cabeza de un hombre. El 28 de Noviembre llegaron los embajadores de los grisones, y con tal motivo hubo fiestas, cuyo importe ascendió de 6 á 7.000 ducados. El 6 de Diciembre entró con gran aparato en Madrid María Rohan-Montbazon, duquesa de Chevreuse, á quien ha pintado Dumas de tan picante modo en sus *Mosqueteros;* y en obsequio suyo hubo festejos de todas clases, juegos de cañas y sortijas, toros, máscaras, funciones teatrales y diversiones acuáticas en el *Retiro*, y monterías en el Pardo. Los poetas entonaron sus cánticos en alabanza de la duquesa, y por último, Velázquez hizo su retrato.

Seducidos los ánimos por tales y tan costosas recreaciones, apenas comenzado el año 1638, tenían de nuevo principio, inaugurándose el 5 de Febrero con juegos de estafermo y sortija, á que siguieron corridas de toros, en que se lancearon no menos de veintiocho, rejoneando entre otros D. Juan Pacheco, heredero del marqués de Cerralbo, y en el Carnaval hubo máscaras y comedias, á que fueron convidados los religiosos de todas las comunidades y algunos predicadores, haciéndose el martes, por vía de entremés, *La Boda de una*

dama, en que se repartieron todos los papeles los caballeros.

Larga sería la tarea de referir cuantas fiestas animaron aquella viciosa posesión real, en que tantos tesoros se habían invertido; baste saber que en los siguientes años continuaron, aunque no exentas de riesgo, cual ocurrió en la noche de San Juan de 1639, en que se rompió un estanque y las aguas destruyeron el balconcillo destinado á los reyes; en igual noche de 1640, en que, celebrándose en el estanque grande una fiesta dramático-mitológica, y ocupando los reyes, la corte y los músicos sendas barcas, se levantó de repente tan recio viento, que las barcas zozobraron y se malogró la función; en las carnestolendas de 1641, en las cuales se prendió fuego al *Palacio*, «quemándose las dos torres principales y todo un lienzo del lado que miraba á Madrid, con gran pérdida de cuadros, muebles y alhajas», lo cual se tuvo por los maliciosos como agüero fatal para el Conde-Duque, según advierte y hace notar el diligente Mesonero Romanos (1).

No exento de imperfecciones, aunque en cierto estado de prosperidad, llegaba el *Buen Retiro* á los días de Carlos II, en los cuales prosiguieron las obras indispensables para la reparación de los edificios, cuya fábrica no ofrecía las seguridades de construcción necesarias, á pesar de la pericia de Crescenci y de Carbonell, ocupando á la sazón aquel Sitio Real una superficie de *más de diez y siete millones de pies*, repartidos en construcciones, jardines, bosques, estanques, ermitas, corrales y sotos.

Saliendo de la Villa por la *Carrera de San Jerónimo*, que

(1) Op. cit., pág. 314, donde dice: «De suerte que estas tres calamidades, ocurridas en el espacio de pocos meses al nuevo Real Sitio, dieron pábulo á los comentarios del vulgo malicioso, el cual, aludiendo á ellas y á la privanza de su fundador, el odiado Conde- Duque, se dejó decir que en la primera ocasión había dado en *agua;* en la segunda, en *aire*; en la tercera, en *fuego*, y á la cuarta daría en *tierra*, como así sucedió efectivamente, de allí á poco, en Enero de 1643, en que cayó de su alto valimiento con Felipe, y salió desterrado á Loeches y después á la ciudad de Toro, donde falleció en 21 de Julio de 1645».

era por entonces la principal salida de la corte, extendíase á la una y otra mano *el Prado,* á que dió nombre el convento, y cuya transformación se proyecta en estos días, no con el mejor acuerdo, y sin respeto á su historia, presentándose en la disposición en que el maestro Hoyos lo describe. Cruzado muy modesto puente sobre el *Arroyo de Valnegral* ó *Abroñigal*, como se dijo luego, y que corría inmediato á la desembocadura de la *Carrera*, encontrábase, poco más ó menos en el lugar donde fué originariamente por Villanueva situada la fuente de *Neptuno,* otra modesta fuente, ó mejor abrevadero, frente á la cual, y á la derecha, se alzaba la apellidada *Torrecilla del Prado*, que era cuadrangular y sin importancia, y al ingreso de la cuesta reformada para los festejos de 15 de Febrero de 1637, y que conducía á la entrada del *Convento Real de San Jerónimo*, había otra fuente no más monumental, conocida con el nombre de *Fuente del caño dorado*, sin duda por ser de cobre el que tenía. En la misma línea horizontal que ésta, pero en la mano derecha, había otra torre, bien modesta por cierto, de la cual partían las tapias que, prolongándose por detrás del abrevadero mencionado, bajaban inmediatas al *Arroyo de Valnegral,* para continuar por el *Prado de Atocha.*

Detrás de la *Fuente del caño dorado*, hileras de árboles, oblicuas entre sí, costeaban el *Prado alto,* el cual era, como de su nombre se deduce, parte de la eminencia escogida por los jerónimos en los días de los Reyes Católicos, para trasladar á ella el antiguo *Convento de Nuestra Señora del Paso*. Allanado en 1637 para la erección de aquella lucida plaza de madera donde se celebró la elección de Fernando III para rey de romanos, conservaba en 1656 su aspecto escabroso, que ha hecho desaparecer la urbanización de nuestros tiempos, y servía de límite oriental al *Prado de San Jerónimo.* Inmediato á éste, si bien en el extremo occidental del *alto*, en el eje casi de aquella elevación, había un edificio de planta irregular, formado por la agrupación de otros tres ó cuatro, y destinado al *Juego de*

pelota, cerrando el *Prado alto* por el Norte sencilla cerca, la cual, tomando origen en la *Ermita de San Juan*, seguía las ondulaciones del terreno en dirección al *Prado de San Jerónimo*, y bajando á éste, se encaminaba, con varias dependencias y torrecillas, hacia el *Prado de los Recoletos Agustinos*, para doblarse frente á la *calle de Alcalá*, en cuyo punto había delante de las tapias cinco fuentes de taza circular; después la cerca se corría hasta la *Puerta* de aquel nombre, que estaba próximamente donde hoy el *Palacio de Portugalete.*

Tenía tendencias de palacio la *Ermita de San Juan*, y por esta causa fué destinada á vivienda de los Alcaides del *Retiro*, cuando en él se hallaban el rey ó cualquiera persona de la real familia; y formando ángulo recto con el costado oriental de aquella construcción, que nada tenía de monumental, bajaba paralela al *Prado de San Jerónimo* la tapia que enlazaba la *Huerta de San Juan*, donde va á construirse el edificio de *Correos y Telégrafos*, con el *Palacio del Buen Retiro*, hallándose al extremo las *Caballerizas*, establecidas en un corral cercado, unida al cual se espaciaba la *Plaza Mayor*, destruída en 1869. Era ésta un vasto cuadrado, compuesto de edificios de dos pisos, de aspecto nada artístico, y cuyo ingreso proporcionaba por el *Prado alto* un arco bien mezquino. En esta plaza se corrían toros y sortijas, y se jugaba el estafermo, para lo cual se cerraba el anillo con madera, apoyando los tablados en las construcciones.

En el ángulo SE. de la *Plaza* estaba el *Coliseo de las Comedias*, unido al lienzo meridional de la misma, que era ya un ala del *Palacio*, por una torrecilla, siguiendo el *Salón de los Reinos,* que constituía el costado oriental del regio edificio, y es lo único de aquellas construcciones que sobrevivió á la ruina, y que sobrevive arrinconado vergonzosamente y medio oculto por el moderno caserío de la espaciosa *calle de la Lealtad;* allí se juntaron las Cortes hasta el año de 1789 inclusive, y desde el de 1841 se halla en él instalado el *Museo de Artillería*, no sin reformas y aditamentos que han alterado la fisono-

mía propia de aquella fábrica. Aún conserva el rico artesonado, en el que destacan las armas blasonadas de los reinos que en el siglo XVII correspondían á la Corona de España, y, entre otras joyas artísticas, de sus muros pendieron muchos de los cuadros que pasaron luego al *Museo de Pinturas*, y entre ellos el muy famoso de la *Rendición de Breda*, vulgarmente llamado *de las lanzas*, y el *Desembarco de los ingleses cerca de Cádiz*, habiendo en este *Salón* venido al mundo el primogénito del fundador de la dinastía borbónica, Luis I.

De planta cuadrangular, tenía la regia morada, en cada uno de los ángulos, una torrecilla, de las cuales quedó una, la del SE., por cuyo modelo se ha completado la opuesta; y en el centro del edificio se formaba, rectangular y de lados desiguales, la llamada *Plaza de Palacio*, de menores dimensiones que la *Mayor*, espaciándose detrás del costado Norte de aquel edificio otras dos plazas, que eran la *del Fortín* y la *de los Oficios*. Por el costado meridional opuesto, se repartían la longitud del mismo dos patios cuadrados y ajardinados, con bojes y fuentes centrales, de que dan idea exacta los cuadros del *Jardín de los frailes*, en el Escorial; formaba el límite superior oriental el *Coliseo de las Comedias*, el de Poniente un muro que daba al *Jardín del Príncipe* ó *del Caballo*, y se hallaban ambos patios separados entre sí por la *Sala de Bailes*, denominada vulgarmente *El Casón*, edículo insignificante, inmortalizado, sin embargo, por el techo, que pintó luego Jordán en él, y cuya fábrica descompuesta ha desaparecido en la envoltura ideada por el arquitecto Velázquez Bosco, para utilizar aquella construcción en *Museo de Reproducciones Artísticas* (1).

(1) Sirvió antes para *Museo topográfico*, para *Picadero*, para *Gimnasio*, *Exposición Industrial* y *Depósito* de material de Estancadas. El techo fué restaurado bajo la dirección de los pintores murcianos D. Germán y D. Víctor Hernández Amores, y gallardamente descripto en *Los Lunes de El Imparcial* (el correspondiente al 10 de Mayo de 1880), por nuestro buen amigo el sabio escritor murciano D. Andrés Baquero Almansa, quien firmó el artículo con el seudónimo de *Macías Coque*.

Más á Poniente, corriéndose hasta llegar á la iglesia del *Convento de San Jerónimo*, estaba el *Jardín de la Reina*, y paralelo á él, conservando la primitiva fábrica del *Cuarto Real* de Felipe II, que en dirección de Norte á Sur intestaba en el *Claustro* de dicho *Convento*, aunque desmantelado, subsistente todavía, se hallaba el denominado *Jardín del Príncipe* ó *del Caballo*, donde, sobre bien exiguo pedestal, se alzaba la estatua ecuestre de Felipe IV, obra de Pedro Tacca, hoy colocada en el jardín central de la moderna *Plaza de Oriente*.

Prescindiendo de otras varias construcciones desaparecidas que rodeaban la iglesia y el Convento, por lo que hace á los jardines propiamente dichos, es de recordar el *Río grande*, caudaloso canal que nacía del ángulo SE. del *Estanque*, y corriendo por la calle que hoy guía al *Jardín Zoológico*, dejaba allí á la izquierda la *Atarazana*, doblaba por el actual paseo de carruajes á la derecha, y tomando luego dirección al Oeste, rodeaba la plazoleta en que figura el *Angel Caído*, de Ricardo Bellver, y en la cual se levantaba entonces la *Ermita de San Antonio de los Portugueses*. Al lado oriental del *Estanque* se hallaba el *Cazadero de las liebres*, enlazando por el Norte con la *Huerta de San Juan* y el *Río chico*, y por el Oeste, á espaldas del *Paseo* actual *de las Estatuas*, se hallaban, como queda dicho, la *Ermita de San Bruno* y la *Sala de las Burlas*; frente á aquélla, ocupaba el centro de una glorieta un estanque ochavado, con un templete ó torrecilla al medio, siguiendo al Sur de la glorieta una calle á cuyo extremo se hallaban las *Jaulas de las aves*, con una pequeña plaza en forma de semicírculo, cercana á la *Ermita de San Pablo* y al delicioso *Jardín del Ochavado*, que era un rectángulo en el cual se inscribía un círculo formado por entoldada galería, tejida con las verdes hojas de los árboles; de este círculo partían ocho radios simétricamente distribuídos, que eran otras tantas calles cubiertas de flotantes y deliciosas bóvedas, llenando los intersticios olorosas plantas que embalsamaban lozanas el ambiente y predisponían en aquellas noches de fiesta á disfrutar los ha-

lagos seductores del amor, en medio del misterio de que tan pagados aparecen Venus y el clásico Cupido.

Terrenos incultos destinados á los placeres cinegéticos se extendían por último, con otros terrenos plantados de árboles, al S. del *Estanque,* entre éste y la *Ermita de los Portugueses*, figurando en los jardines, que llegaban hasta el *Campo de San Blas* y el *Olivar de Atocha*, crecido número de pequeños edificios religiosos; y aunque el desdichado Carlos II eligió por morada en distintas ocasiones el *Buen Retiro*, era tal el abandono en que estaban las construcciones y los jardines, que daba lástima; pues mientras en aquéllas, incluso el *Palacio*, se hicieron de todo punto precisas urgentes reparaciones que le diesen condiciones de habitabilidad, éstos se hallaban tan desatendidos que la maleza lo invadía todo, y época hubo en la cual la caza menor, y especialmente los gamos y los ciervos, vagaban por los planteles, destruyendo los prodigios del arte de la jardinería con que Felipe IV había encantado á sus desvanecidos cortesanos (1).

El salón de baile, el *Casón*, hoy como joya del arte guardado en sólido estuche, estaba tan descuidado, que únicamente la soledad y la ruina dominaban en él; hundíanse las cubiertas del *Palacio*, desmoronábanse las primitivas puertas de entrada al *Sitio Real*, no pareciendo, en fin, sino que era llegado el momento de desaparecer por incuria la obra maravillosa del de Olivares. Esto no obstante, y deseando sacudir sin duda Carlos II el malsano sopor que le embargaba, para celebrar los días de Ana de Neoburg, su mujer, disponía en 1682 una fiesta de toros en el *Retiro*, encargando la construcción de la plaza á la Villa, y «habiendo de pasar á residir por algunos días la reina madre» al *Palacio*, se decía de orden del rey á la *Junta de Obras* y *Bosques* en 1684 diera «luego orden para que

(1) En 5 de Noviembre de 1682, Álvaro Manuel Alemán y Vázquez, teniente Alcaide, hacía oficialmente notar que «este Sitio se pierde, si no se dá providencia prompta y muy breve» (Archivo de Palacio).

se reconozca lo que será menester *para poner aquello capaz* de que Su Majestad pueda ir», demostrando tan despectiva frase el menosprecio con que aun en la misma Cámara real era mirada la creación de Felipe IV.

En 10 de Octubre de 1685, tres días después de lo que deseaba, hizo el pobre rey jornada al *Retiro*, acompañado de la reina madre, ejecutándose con gran precipitación los reparos más indispensables, de que dan cuenta los documentos (1), pasando allí también el monarca con su mujer la semana de pascua de 1686 y parte de Octubre del mismo año. Seis más tarde, en Mayo de 1692, llegaba á España, llamado por el rey, el napolitano Lucas Jordán; y aunque la situación del país y de la casa real no era en verdad grandemente desahogada, reparóse por entonces la abandonada sala de baile ó *Casón*, y habiendo terminado Jordán sus trabajos en el Monasterio escurialense de San Lorenzo, encomendóle Carlos II la decoración de aquella Sala, obra en la cual, al decir de los autores, «se excedió... á quantas habia pintado en Italia y España, así en la invención, como en el dibuxo, composición y colorido, por lo que se tiene por su *capo d'opera*, como dicen los italianos» (2), honrando tan menguado edificio con desarrollar en él un verdadero poema: la *Institución de la Orden del Toisón de Oro*. No fué ésta la única obra pictórica ejecutada por orden del monarca en el *Retiro,* pues entre otras, y con motivo de sus infecundas bodas con doña María Ana de Neoburg, ya citada, había mandado antes á Isidro Arredondo y á otros pintores de no menor crédito, adornar y decorar con alegóricos frescos el aposento destinado á la reina, y la cámara de la misma, así como pintar su despacho (3).

(1) Es curiosa la respuesta dada por el secretario de la *Junta de Obras y Bosques* al que lo era de cámara. D. Manuel Francisco de Lira, quien le había en 27 de Septiembre ordenado practicar las obras necesarias. Dicha respuesta figura en el Archivo de Palacio, *Obras y Bosques*.

(2) Cean Bermúdez: *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España*, tomo II, pág. 334.

(3) Idem: íd., tomo I, págs. 127 y 128.

Por iniciativa y á instigación principalmente de la reina madre y de su desacordado favorito el célebre Valenzuela, habían entre tanto continuado los festejos, ya con cañas y torneos, ya con representaciones escénicas en el teatro del *Buen Retiro,* á las cuales se obligaba al público á asistir por la fuerza, y ya con otros espectáculos nada edificantes. Emulando las fiestas celebradas de la Corte anterior, hacíanse también en los jardines representaciones maravillosas, entre las cuales es digna de memoria la de 29 de Junio de 1695, para la cual sirvió de escenario el estanque grande, representándose en la isleta central la comedia *Los encantos de Circe*, en que la encantadora caminó por el agua en un carro triunfal tirado por delfines; la fiesta terminó con danzas en tierra y en el estanque, acabándose á la una de la madrugada, y repitiéndose la función cuatro noches seguidas, no sin escándalos en los jardines (1).

La noticia de la paz firmada entre España y Francia, con la devolución de Barcelona, fué motivo, legítimo esta vez, para nuevas fiestas, que se celebraron en Octubre de 1697, y duraron por espacio de diez días. En un muy interesante *Cuaderno* que se conserva, entre otros papeles, en el Archivo de Palacio, y que comprende desde el año de 1685 al de 1698, consta la relación de los autos y comedias representados en el *Buen Retiro* durante aquel espacio de tiempo; según ella, el 7 de Julio de 1685 se representó en el *Salón Grande* del *Palacio* el auto sacramental *A Dios por razón de Estado*, de Calderón; el 6 de Noviembre, sólo ante los reyes y personas convidadas, se hizo en el *Coliseo* la comedia, también de Calderón, *La fiera, el rayo y la piedra*, la cual se repitió para el pueblo catorce días seguidos; el 15 del propio mes, ante las personas reales, fué en el *Salón* representada la comedia de D. Francisco Cándamo *Por su rey y por su dama* ó *Más es el ruido que las nueces*; el 25 de Agosto de 1686, días de la reina, se dió á Sus Majestades, en el *Coliseo*, la que el *Cuaderno* llama comedia,

(1) Fernández de los Ríos, Op. cit., págs. 342 y 343.

y es el auto sacramental de Calderón titulado *Andrómeda y Perseo*, el cual en Octubre se representó para el pueblo; el 22 de Abril de 1687, *Montescos y Capeletes;* el 24, la comedia de Calderón *Troya abrasada;* el 25, la de D. Francisco de Rojas *Jerusalem destruída* (1); el 29, *A un tiempo rey y vasallo*, comedia de Belmonte y de Vargas (2); el 1.° de Mayo, *Amparar al enemigo;* el 2, la comedia *Las Amazonas*, de Lope de Vega; el 10, *Alpheo y Aretusa;* el 20, otra vez *Montescos y Capeletes;* el 21, las *Maravillas de Babilonia*, de Guillén de Castro; el 23, *El secreto á voces*, de Calderón; el 24, *Para vencer amor, querer vencerle*, del propio Calderón, funciones éstas en que trabajaron las compañías de Damián y de Agustín Manuel; el 25 de Agosto, *Los tres mayores prodigios*, del insigne Calderón de la Barca, obra que fué repetida el 9 de Noviembre para celebrar los cumpleaños del rey, y el 23 en obsequio del embajador moscovita, habiendo trabajado las compañías de Simón Aguado y Agustín Manuel, citado arriba; el 25 de Agosto de 1688 se representó *una gran comedia*, como dice el *Cuaderno*, el cual calla el título; el 21 de Mayo de 1691 se puso en escena *Triunfos de amor y fortuna*, de Solís y Rivadeneyra; el 26 de Julio, la de D. Melchor Fernández de León titulada *Ícaro y Dédalo;* el día de Santa Ana de 1693, *Psiquis y Cupido*, auto sacramental de Calderón, y *La Estatua de Prometeo*, también auto sacramental, de D. Manuel de Arriaga Feijóo y Rivadeneyra; en 1695, *La Fuente del desengaño* y *Amor procede de amor;* el año de 1696 no hubo fiestas dramáticas, por el fallecimiento de la reina madre; el 26 de Julio de 1697, *También sin envidia hay celos;* el 28 de Octubre, cumpleaños de la reina, *Los triunfos de la hermosura y los infiernos de amor*, de D. Car-

(1) Llevó también los títulos de *La Hierusalén castigada por Vespasiano y Tito* y *La Venganza en el Imperio*, siendo idéntica á la de *Los desagravios de Cristo*, de D. Álvaro Cubillo de Aragón.

(2) *A un tiempo rey y vasallo (Reinar siendo fiel vasallo)* y *Villano prodigioso*, comedia de D. Luis de Belmonte Bermúdez, del Dr. Manuel Antonio de Vargas y de D.....

los de Villamayor, y *Muerte de amor es la ausencia*, de D. Antonio Zamora, el 17 de Noviembre; y el 30 de Julio de 1698, la comedia de D. Sebastián Rejón titulada *Ipodamia y Pelope*.

Con tales alternativas llegaba aquel *Real Sitio* á los días de Felipe de Anjou, durante los cuales había de experimentar singulares reformas, pues su estado continuaba siendo lamentable, como lo comprueban los informes periciales y la respuesta que el teniente alcaide del *Buen Retiro*, D. Alonso Antonio Alemán y Rosales, daba en 11 de Julio de 1707, con motivo de la jornada que iban á hacer allí SS. MM. No era esto obstáculo para que en 1708 quedasen agregadas á los jardines unas tierras pertenecientes á una capellanía de la *Parroquia de Santa Cruz*, y para que las obras se ejecutasen con cierta parsimonia, siendo tan importantes que en Abril de 1710 la *Junta de Obras y Bosques* hacía presente la necesidad de «Reedificar la ruyna del lienzo de mediodía de la Plaza grande»; esto es, el destruído en 1640 por un incendio. Hasta el 21 de Enero de 1712, sin embargo, no se dispuso que el maestro mayor, D. Teodoro Ardemans, desembarazase galerías y aposentos para ejecutarlas, habiéndose reparado la *Torre del Relox*, que debió ser una de las cuatro del *Palacio*, y labrado cuartos nuevos para el rey, construyéndose en las cercanías del estanque grande el *Juego del Mallo*, «donde S. M. tiene su mayor dibersión», é ideándose abrir otro estanque próximo al anterior para criar los cangrejos que servían á la mesa del rey.

No hubieron de ser muy del agrado de éste los bosques y jardines donde tan á la continua habían hallado placentero solaz y recreación deleitable, ya que honesta no, los cortesanos de otro tiempo. Quizás porque en las vicisitudes y alternativas que experimentaron hubieran padecido bastante, perdiendo en mucha parte su lozanía y su belleza, ó porque, no siendo conformes á las prácticas y modas del arte de la jardinería, tan atendido en Francia, no presentasen á los ojos del nieto de Luis XIV el aspecto de los de Versalles,—es lo cierto que

en Diciembre de 1712 daban comienzo las reformas por el misterioso jardín del *Ochavado*, cuyas amenas enramadas y frondosas arboledas tantos recuerdos conservaban de las fiestas nocturnas celebradas en los días de Felipe IV y del infortunado Carlos II. Las obras costosísimas del desmonte, dirigidas por el duque de Havre, ejecutadas fueron por soldados del regimiento de Guardias Walonas y del de Guardias Españolas, que transformaron el jardín también llamado *de las ocho calles*, en el francés *Parterre,* que será siempre extraño en el *Retiro;* construyóse la iglesia de *Nuestra Señora de las Angustias*, como parroquia para los dependientes de Palacio; convirtióse en *Juego de sortija*, cuyas cubiertas de pizarra se comenzaron en 1724, el *Jardín del Caballo ó del Príncipe*; dióse en 1733 principio á la reedificación de la *Ermita de San Antonio de los Portugueses*, que había sido presa de un incendio; reformóse el *Coliseo*, é hiciéronse otras muchas alteraciones en el *Real Sitio*, el cual, desde que las llamas destruyeron en 1734 el *Alcázar*, era morada del monarca.

Carlos III mandó construir la verja de la *Puerta de la Glorieta;* instaló á Bonicelli y los demás artistas y operarios que con él trajo de Nápoles para fundar la *Real Fábrica de la Porcelana*, en la *Ermita de los Portugueses,* cegando la parte de ría que la rodeaba; construyó la *Fábrica* en el emplazamiento de dicha *Ermita,* que es hoy la *Plaza del Angel Caído;* cegó el *Río grande;* estableció el *Juego de la Raqueta*, y aumentó con otros los divertimientos destinados allí para educación y recreo de los príncipes.

En tal disposición, poco más ó menos, se hallaban los jardines del *Buen Retiro*, cuando en los primeros días de Diciembre de 1808, y al penetrar victorioso en Madrid Napoleón I, eran sin piedad destrozados aquellos amenos lugares, que lo habían sido de deleite, donde por espacio no interrumpido de doscientos años, cuatro generaciones gozaron del regocijo que inspiraban en las galantes aventuras de los días de Felipe IV y de Carlos II, y del apacible bienestar con que brin-

daban en los de Felipe V y de sus sucesores. Regados con la heroica sangre de los madrileños, veíanse los añosos troncos, mutilados por la metralla, y arrojados por el suelo: quizás al pie de ellos habían murmurado gratas palabras de apasionado amor y de deseo las enamoradas parejas que animaron los jardines en las memorables fiestas del tiempo de Felipe IV; acaso donde la metralla dejó huellas indelebles de la saña destructora de los hombres, una mano amorosa trazaría trémula apasionado juramento de eterna dicha, ó un nombre idolatrado!

Pasaron para el *Retiro* los días de gloria. Arruinado el *Palacio*, no podían tampoco subsistir los jardines; y trocados éstos en campo de operaciones, eran destruídos paseos, arboledas y edificios para emplazar piezas de artillería, fortificar defensas, construir baterías y dar aparato y aspecto de templo de Marte á lo que fué por naturaleza templo consagrado á Venus y á Cupido!

La *Real Fábrica de la Porcelana*, convertida en formidable baluarte, fué con este motivo conservada por los franceses; preciso había de ser, cuando el 14 de Agosto de 1812 se entregaba Leflond al duque de Ciudad Rodrigo, que nuestros aliados y el general Hill, su jefe, temerosos de que fuera luego por los franceses utilizada, volaran la referida *Fábrica,* cuyos productos buscan hoy con tanto empeño los coleccionistas.

Vuelto Fernando VII al trono, procuró reparar tantas desdichas; y mientras conservó el antiguo *Salón de Reinos,* el *Casón* y el *Monasterio,* construyó en los jardines el *Paseo de las Estatuas,* repobló los viveros, edificó la *Casa Oriental,* la *Casita del guarda*, la *Casa de fieras,* el *Telégrafo,* la *Montaña Rusa,* la *Casa del Pescador,* y cuantos prodigios de recreo encontró en 1868 la Villa dentro del *Parque,* algunos de los cuales han desaparecido. A él también se debe el *Palacio de San Juan*, donde se halla instalado todavía el *Museo de Ingenieros militares,* siendo obra de Isabel II cuanto ha tendido á la conservación y mejora del que fué Real Sitio. En 1836 presentóse á la Mayordomía Mayor cierto proyecto para darle

vida, pues la moda de concurrir á él los madrileños había llegado á caer por aquel entonces en desuso.

El insigne Mesonero Romanos decía en la indicada fecha, con relación al proyecto referido: «El inventor de él, haciéndose, sin duda, cargo de la alta importancia de este Real Sitio respecto á la capital, reconociendo las inmensas ventajas que puede producirla, y considerando además que en el día es más gravoso que productivo al Real Patrimonio, propone á S. M. que, cediendo á una empresa en arrendamiento, por un tiempo limitado, dicho Real Sitio (siempre con las reservas que S. M. y real familia creyesen convenientes), se le autorizase para sacar de ella todo el partido posible, combinando su interés con el de la población de Madrid, y la conservación y mejoras del Real Sitio.

»Esta es en globo la idea... En manos especuladoras é inteligentes, podría este recinto convertirse muy en breve en una mansión de placer que nada tuviera que envidiar á los parques más celebrados, ni al Wauxall de Londres. En su inmenso término podría el empresario disponer huertas de producción, jardines de aclimatación de flores y plantas medicinales, bosques y paseos á pie y á caballo, un *hipódromo* para carreras de éstos, juegos de pelota, de destreza y equilibrios, góndolas en el estanque principal, casa de vacas, salas de baile, teatros y juegos escénicos; un diorama, belvederes y gabinetes de física recreativa, y, sobre todo, habitaciones campestres, como las *villas* que se observan en los parques de Londres y en los jardines de Italia. Estas habitaciones, y las que se regularizasen en todo el patio principal», ó sea lo que fué *Plaza mayor* del *Palacio*, «atraerían durante la estación ardiente considerable número de familias, que ahora van á pasarla bajo las tétricas chimeneas de Pozuelo y de Carabanchel» (1).

***

(1) *Semanario Pintoresco Español*, tomo de 1836, págs. 52 y 53.

Cuanto, no con la extensión debida, dejamos aquí consignado, bien de manifiesto pone el error en que están los que denominan *Jardines del Buen Retiro* á lo que resta de la antigua *Huerta de San Juan*, destinada en su origen sólo á recreo de los que fueron Alcaides de aquel Real Sitio, donde los madrileños que no pueden abandonar la corte en la estación estival, buscaban frescura y distracción por módico precio, y donde ha de ser emplazado el edificio de *Correos y Telégrafos*. Séanos permitido repetir otra vez, que jamás allí discurrieron, como quieren, Lope de Vega, Calderón, Quevedo, Rojas, Moreto y Tirso, ni ninguno de los ingenios que han hecho grande el siglo de Felipe IV, usurpando así por yerro indisculpable á los verdaderos *Jardines,* á lo que es hoy *Parque de Madrid,* la gloria de que en ellos hallasen motivos de inspiración los poetas de la corte. La desaparición de los mal llamados *Jardines del Buen Retiro,* después del rasgo de 1865, de la urbanización del *Prado alto*, la demolición de la *Plaza Grande*, la apertura de la *calle de la Lealtad* y la de las demás calles que allí figuran, sobre que se impone como indispensable, dígase lo que se quiera, en nada amengua ni disminuye la importancia histórica de la fundación lisonjera del Conde-Duque de Olivares, á la que, con terrenos y dinero, contribuyó frecuentemente la Villa, hoy propietaria de aquel lugar de recreación y esparcimiento para Madrid, tan necesitado de parques y jardines que higienicen la población, cuyo crecimiento, como los tentáculos de un monstruo, van abrazando y encajonando y destruyendo poco á poco cuanto la embellece.

Rodrigo Amador de los Ríos

YANG-HUN-TSY

(EL DIABLO EXTRANJERO)

NOVELA DE COSTUMBRES CHINAS

I

LA CARTA

El desapacible crepúsculo del otoño siberiano descendía lentamente sobre la ciudad y comenzaba á envolverla en una bruma violada. Sobre las aguas del río, una sombra ligera, primer hálito de la noche, se alzó, se ensanchó, oscureció el reflejo de las nubes blancas y del poniente purpúreo.

En el centro, las elevadas casas de los comerciantes bañaban aún en la luz fugitiva sus techos multicolores; pero el amontonamiento de las bajas casucas suburbanas, acribilladas, según la costumbre, de numerosas ventanas con persianas de color, se esfumaban en una vaga mancha sombría agujereada por filas cada vez más apretadas de puntos luminosos.

La morada de la señora de Brzeska se alzaba en el límite mismo de la ciudad, en medio de jardines y de sembrados, no lejos del cementerio católico, que erguía sus altas cruces.

La dueña de la casa entró con impetuosidad y golpeó el suelo con sus pies transidos.

—¡Ese pillastre de Teodoro acaba de hacer otra de las suyas!—exclamó.—Pero, tan cierto como adoro á Dios, no le perdonaré esta vez; y por San Miguel se le despedirá del cuarto... ¿Estás leyendo todavía, Juanito? Déjalo; es de noche; te

vas á destrozar la vista... ó si no, espera: voy á encender la lámpara...

Alzó la pantalla de cristal, encendió un fósforo, y un instante después entraba en el cuarto de su hijo, llevando la luz con precaución.

Juan, un mocetón pálido, cuyo fresco labio sombreaba un bigotillo poco poblado, estaba sentado junto á la ventana, con un libro en las rodillas; miraba, pensativo, á lo lejos, los jardines, de hojas amarillentas por el otoño, y más lejos aún las altas cruces del cementerio. Al entrar su madre, volvió hacia ella sus pupilas de un azul plateado.

—¿Qué ha sucedido, mamá?

—¿No has oído?

—Sí; pero pensé que la cosa no sería más grave que de costumbre... ¿Disputaba Teodoro con su mujer?

—Exactamente; es un bribón, ¿lo oyes? Me asomé á la puerta y esperé, fingiendo no verle y como si mirara hacia otro lado. En esto él se quita la gorra y trata de deslizarse por detrás de mí; le cierro el paso. «¿Qué es esto—le digo.—¿Borracho otra vez, y me juraste que no volverías á estarlo? ¡Es muy bonito el deber seis meses de alquiler y beberse todo el dinero! Únicamente los mayores tunantes se conducen de esa manera». Entonces él se pone de rodillas y me tiende el cuello. «¡Córteme la cabeza, madrecita, córteme la cabeza! He pecado, soy un sér innoble». «¿Y qué quieres que haga yo con tu cabeza? No es una olla llena de dinero, y lo que yo te pido es dinero». «Córtela, madrecita, líbreme de esta vida de pecado: soy un hombre perdido», gemía. «Está bien—le dije,—te enviaré al Juzgado para que se apodere de tus muebles y utensilios... ¿Y con qué ganarás el pan cuando te hayan quitado tus lesnas y tus hormas?» «¡Que las cojan—repetía llorando,—que me quiten todo lo que tengo, y después mi mujer, y luego mis hijos, y después todo, todo lo que encuentren...» ¿Qué hacer? Me encogí de hombros... Viendo que los vecinos salían de sus casas y se reían, me fuí á esconder en

el fondo del jardín. Al volver encontré á Teodoro, que continuaba de rodillas y con el cuello tendido. «Vamos, Teodoro, basta de comedias; vete, acuéstate, y trata de echar un buen sueño». Se levantó entonces sin decir nada, se marchó y le seguí. Escuché de qué manera le recibió su mujer desde la puerta. «¡Borracho, perdido! En vez de pagar el alquiler, te...» Con esto debió de ponerse rabioso, porque fueron tales los gritos y el estrépito, que hube de entrar en su casa. Él la había cogido por los pelos y la tenía así inclinada sobre el suelo, pegándola con el puño cerrado en la cara, en la espalda, en todas partes, al azar, y gritando: «¿Quién es tu príncipe? ¿Quién es tu amo?» «Teodoro—le dije,—suelta á tu mujer». Y á ella: «Suelte usted á su marido». Ni siquiera me oían, y tuve que echarles un cubo de agua...

—¿Y dónde está él ahora?—preguntó el joven levantándose.

—En el vestíbulo. Le he echado afuera y he cerrado la puerta con llave. Y no le dejaré entrar; le dejaré fuera toda la noche. Ha maltratado á su mujer, ha puesto malos de miedo á sus hijos...

—Mamita, hay que terminar de una vez; concluirían por matarse; hay que echarles sin dilaciones.

La señora de Brzeska se dejó caer en una silla, con las manos puestas en las rodillas.

—En efecto, habría que echarles, solamente que...

En aquel momento la puerta del vestíbulo rechinó, se entreabrió, y apareció una cabeza desgreñada.

—¡Alma generosa! ¡María Kazimirovna!...

—¡Fuera de aquí! ¡Largo! No conseguirás nada, no te concederé ni un minuto—exclamó la señora de Brzeska.—Ya ves, Juanito—añadió cuando la cabeza hubo desaparecido,—perderemos de esa manera seis meses de alquiler.

El hijo iba y venía, con las manos en los bolsillos.

—Pero, mamá, de todas maneras lo perderemos; preciso es que tomemos una determinación.

La señora de Brzeska suspiró.

—La cosa será dura: el jardín ha producido poco, las legumbres no valen nada, las patatas ni un perro viene á comprarlas... Y los gastos van á aumentar cuando te hayas marchado á tu *academia*...

Su voz se hizo temblona, y apartó su rostro del cono de luz que proyectaba la lámpara. La puerta rechinó de nuevo muy suavemente.

—¡Alma generosa!...

—Le ruego, Teodoro—exclamó Juan, irritado,—que no venga á atormentarnos hasta aquí. Váyase y cierre la puerta.

La puerta se cerró lentamente, y durante mucho tiempo aún se percibió tras ella un murmullo confuso.

Mientras tanto Juan se había puesto de rodillas junto á su madre.

—¡Querida mamá! ¡mamita querida! ¿No valdría más, te lo repito sin cesar, venderlo todo y partir juntos? Ganaría algo dando lecciones, y añadiendo lo que recibimos de nuestro tío, tendríamos bastante...

La señora de Brzeska meneaba la cabeza.

—No, hijo mío, no... No me moveré ya de aquí; tenemos poco, es verdad, pero á lo menos es seguro; has acabado el Liceo con la ayuda de Dios; también acabarás la Escuela superior.

—La Academia—rectificó el hijo.

—¡Bah! todo es uno. La Academia, sea, la Academia. En mi tiempo eso se llamaba la Escuela superior. Poco importa... Pero prefiero no contar con esas lecciones problemáticas. Soy demasiado vieja, hijo mío; estoy fatigada, gastada. Una vida como la mía no es capaz de vivirla más que una vez un sér humano.

—Pero precisamente por eso, mamá, quisiera...

Y siguiendo de rodillas, escondió su cabeza entre las manos rugosas de su madre y las besó.

—No—insistía la señora de Brzeska,—permaneceré aquí;

subarrendaré un cuarto á cualquiera rentista, ó bien tendré jóvenes en pupilaje. En la Academia te verás obligado á gastar mucho más... ¡Pero escríbeme, escríbeme todos los días! ¡No dejes de hacerlo! Escribe largo, con muchos detalles, sin olvidar nada... ¡Ah! ¡cómo me quedaré!...

Las lágrimas corrieron á lo largo de sus mejillas y cayeron sobre los cabellos enmarañados de su hijo.

En aquel momento se oyó de nuevo ruido en el vestíbulo; Juan se levantó. Aquella vez la puerta se abrió de par en par, y en el umbral apareció Teodoro en todo su esplendor.

—Alma generosa, María Kazimirovna... el correo—murmuró con aire de misterio.

La señora de Brzeska se estremeció y se apresuró á levantarse.

—¿Qué hay?—dijo.

—El cartero que viene... Y trae probablemente una carta, porque ha sacado de su bolsa una cosa blanca que está leyendo...

En realidad, la oscuridad era ya completa en el exterior y no era posible que se leyese nada; pero entró en efecto un cartero, y entregó á la señora de Brzeska un papel en que se le avisaba que había llegado á su nombre una carta de valores.

—Es del tío—dijo en voz baja la anciana.—Pero esta vez te envía mucho, me parece: ¡trescientos rublos!

—¡Buen tío!—dijo el joven;—no quiere que te quedes sin dinero...

—¡Alma generosa, María Kazimirovna!—se oyó gemir del lado del umbral.

—Bien, bien, se ha concluído. Pero no olvides, Teodoro, que es la última vez. Come lo que queda aquí de pan y de carne. Estás helado y serías capaz de caer enfermo... Como tu mujer no ha hecho comida hoy, no habrá sin duda nada que comer en vuestra casa.

Teodoro exhaló un profundo suspiro del fondo de su pecho,

y comenzó á roer un hueso, lanzando amorosas miradas á las botellas alineadas en el aparador. Pero la señora de Brzeska hacía como si nada viera; iba y venía por la estrecha cocina, preparando el samovar, mientras que Juan ponía el cubierto y colocaba las tazas en la mesa...

. . . . . .

Al día siguiente, la señora de Brzeska esperaba con ansiedad la vuelta de su hijo, que había ido al correo. Por fin le vió en la calle, al través de la verja del jardín. Venía andando lentamente, con la cabeza baja y las manos metidas en los bolsillos de su gabán. Tenía un aspecto tan abatido, que su madre no pudo contenerse: se bajó rápidamente las mangas de su blusa sobre sus manos enharinadas por la pasta que moldeaba en aquel momento, y le salió al encuentro.

—¿Qué es eso? ¿Qué tienes? ¿Qué ha sucedido?

—Nada, mamá... un instante...

—¿Te han entregado el dinero?

—Sí.

—Entonces, ¿qué tienes?

—Un instante... tú misma lo vas á leer, mamá.

Entraron en la casita. Juan sacó de su gabán la carta y se la dió á su madre. Esta examinó atentamente los sellos, reconoció la letra y, viendo el sello del correo y la indicación Kiachta, se tranquilizó.

—¡Hum!... es muy larga—dijo:—toma; léela, porque no sé dónde están mis anteojos.

Y devolvió la carta á su hijo; mientras tanto éste se había quitado el gabán.

—«Mi querido sobrino»—comenzó el joven con voz alterada...

—¿Ves? está dirigida á ti mismo.

«...Ya eres un hombre hecho y derecho. Has acabado tus clases alcanzando un premio, por lo que te felicito: ha llegado el momento de mostrar que eres verdaderamente serio. Comprendo tu deseo de entrar en una *academia;* pero hay en nues-

tro país muchos tontos instruídos, incapaces de ganar un pedazo de pan. Ahora bien: cada nación, lo mismo que cada individuo, debe ante todo preocuparse de su subsistencia. Además, tienes una madre de edad; cuando hayas terminado la Academia, tu madre será ya completamente anciana. Tienes demasiado corazón para meterla en un asilo; y te estorbará para viajar por el mundo y buscar un empleo. Por todo esto te propongo que marches desde luego á China.»

—¿A China?—balbuceó la señora de Brzeska, dejándose caer en su silla.—¿A China? ¡Pero es horriblemente lejos! ¡No tiene compasión!

Juan no contestó nada; prosiguió su lectura con la voz llena de lágrimas.

«...Nuestra administración necesita un hombre joven é instruído que conozca el chino. Está dispuesta á pagar por sí misma las lecciones necesarias: consagrará á este estudio una suma de mil rublos oro durante un año. Estudiarás en Pekín, en donde es más fácil encontrar un profesor. Después de lo cual, para ejercitarte en la práctica, irás á nuestros almacenes de té de In-Ku. Una vez que hayas entrado en el servicio, percibirás dos mil rublos al año. La alimentación en China es barata si no se hacen excesos. En estas condiciones podrás no solamente asegurar el bienestar de tu madre, sino ahorrar algo. Además ascenderás con el tiempo: en nuestro negocio hay quienes ganan seis y hasta diez mil rublos. Nada vale el soldado que no aspira á llegar á ser general. Cuando hayas reunido una buena suma volveremos todos juntos á Polonia, como es consiguiente. Porque nuestro país es pobre, y hay que llevarle dinero, á fin de serle una ayuda y no una carga. Así, pues, muchacho, aplícate, sé asiduo, laborioso, económico y, sobre todo, cumple con tu deber alegremente, puntualmente, con todas tus fuerzas, y lo demás vendrá de por sí. Créeme porque soy un viejo experimentado. Tus superiores, al ver tu aplicación, te distinguirán, y tú te acostumbrarás al trabajo y llegarás á ser un hombre de provecho, al que nadie tendrá

que dar lecciones y que sabrá salir á flote en todo lugar. Prepárate, pues, á marchar sin ninguna sensiblería. Haz ver á tu madre que, puesto que debéis estar separados por un millar de millas, lo mismo da para ella que te encuentres hacia Oriente que hacia Occidente; aquí ó allí no ha de estar contigo. Vale más que vayas á Oriente mientras eres joven y tu cabeza está todavía llena de quimeras, porque del Occidente volverías pronto para marchar en seguida más lejos aún...»

—Sin embargo, es verdad—dijo la señora de Brzeska, temblándole la voz.

«...Haz, pues, los preparativos. Con el dinero que te envío procúrate lo que necesites, como calzado, trajes y ropa blanca, todo en pequeña cantidad, pero de la mejor calidad; y dirígete por de pronto á Sewipalatinsk, adonde llegará de un momento á otro, si no ha llegado ya, la expedición científica y comercial de Sajonia-Coburgo-Gotha. El jefe de la expedición, mi amigo y compañero de colegio, me ha prometido llevarte á Pekín. Esto llevará más tiempo y costará más caro que el trayecto por Kiachta, pero te aprovecharás de la compañía de gentes instruídas. Hazte útil al jefe, para que no lamente su amabilidad. Si te falta dinero, se lo pides y me avisas. Sé, sin embargo, económico; cuanto más economices, más pronto volveremos al país. Consérvate bueno. Besa las manos á tu madre; que no tenga cuidado alguno: eres un hombre, y el destino de los hombres es errar por el mundo. ¿Hubiera pensado nunca mi madre, tan sedentaria, que había de ir yo á vivir á Kiachta, y que me dedicaría al comercio del té? Así, pues, ten esperanza y confianza; nada sucede sin permiso de Dios.

»Os abrazo y soy siempre vuestro afectísimo,

TOMÁS SNIETYCKI.»

Permanecieron algún tiempo silenciosos, inmóviles, en medio del cuarto. La madre contemplaba fijamente á su hijo, que miraba vagamente hacia la ventana. Por fin salió ella, amortiguando el ruido de sus gruesos zapatos de suela sin tacones.

Un instante después la mesa de la cocina crujía, y sonaban en ella los utensilios. La pobre señora, sin decir nada, fué varias veces á observar á Juan, que se había echado en su cama. Pero cuando se sentaron ambos á la mesa para cenar, declaró ella con su viveza é ingenuidad habituales:

—Vamos, Juanito. Tu tío tiene razón. Lloraremos un poco, nos apenaremos y, por último, aceptaremos.

—¡No tiene ninguna razón! Yo no siento la menor afición al comercio.

—El comercio, como todo, reclama gentes honradas, hijo mío; ha pasado el tiempo en que se decía: «Si no engañas, no vendes». Tu padre era un hombre honrado, poseía tierras, aldeas, en Polonia, y tampoco yo había tenido que ver nunca con el comercio. Y sin embargo, cuando tu padre fué deportado aquí y yo vine á reunirme con él, nos sucedió más de una vez el llevar con nuestras manos la carretilla de legumbres por las calles. Pasábamos días enteros, cubiertos con toscas pellizas y calzados con gruesas botas, en medio de campesinos, en el mercado. El trabajo no ha envilecido nunca á nadie.

—Eso ya lo sé. Pero no se trata de eso, mamá. Yo pensaba llegar á ser... literato. ¿No me han impreso ya una pequeña composición poética?

—Ten paciencia: tal vez llegarás á serlo. Si tu tío te inclina tanto al negocio, será porque piense legarte toda su fortuna. Entonces podrás escribir cuanto te plazca, puesto que tendrás con qué imprimir tus libros.

—Deja eso, mamá; no es bueno hablar de herencia. Pero, en fin, no es una bagatela una estancia en China.

—Pues bien, ya ves: no te faltarán asuntos para escribir.

Poco á poco Juan se animaba y se hacía locuaz. Desarrollaba proyectos, sin observar que cada vez que hablaba de aventuras y viajes los labios de su madre temblaban. Por lo demás, la señora de Brzeska no manifestaba de otra manera su emoción; permanecía tranquila y satisfecha, en apariencia, con la marcha de las cosas.

—Mamá, de esos mil rublos te enviaré inmediatamente quinientos...

—Es inútil, hijo mío. Soy vieja, y con lo poco que produzca el jardín me basta. No daré bailes.

—¡Ah! harto lo sé; ni siquiera comerás lo que tu hambre necesite. Júrame, mamá, que por lo menos no te impondrás privaciones...

—Perfectamente, hijo mío, perfectamente. Pero no envíes nada. Es imposible que te quedes sin recursos en ese país lejano y salvaje...

—Mamá, la China no es un país salvaje: su civilización es más antigua que la nuestra...

—Ya me han contado eso, pero yo no tengo confianza alguna en esas gentes: se visten Dios sabe cómo, los hombres llevan trenzas, se saludan poniéndose á cuatro pies, comen perros, gatos, gusanos de tierra... Verdad es que fabrican también buena porcelana y buena seda... Pero tú, Juanito, cuando te encuentres entre ellos, te lo ruego, presérvate de sus costumbres paganas... ¿me lo prometes?

Estaba roto el hielo.

Desde el día siguiente comenzaron los preparativos de viaje: visitas á los amigos y conocidos, trabajos de costura... embalaje...

. . . . . .

Diez días después, la señora de Brzeska volvía de la estación sin su hijo. Teodoro la acompañaba á distancia. Descendía de nuevo un anochecer neblinoso, envolviendo á la ciudad en sus brumas violadas. La madre marchaba inclinada, con paso lento y torpe, como si solamente entonces experimentara con la herida de la separación toda la carga de su existencia llena de trabajos y de pesares. Al llegar cerca de la casa se volvió á Teodoro, le hizo un signo con la mano, y dijo:

—Vete, Teodoro, vuelve á tu casa, y que Dios te recompense.

Teodoro no se movía, y consideraba compasivamente el ros-

tro pálido, rugoso, de la buena señora, y sus ojos velados por las lágrimas.

—Vamos, vete.

—¿Y la señora?

—Entraré en seguida.

—Entonces *la mía* podrá tal vez encender el fuego de usted.

—Eso es, que lo encienda.

El zapatero saludó y franqueó la verja. Sin embargo, no entró: ocultándose detrás de un macizo, espió á la señora de Brzeska. Ésta dirigió una mirada al río, que brillaba en su profundo cauce; después volvió sus ojos al otro lado, más allá de los jardines; allí, en el cementerio, se erguía muy alto, hacia el cielo—como un bosque sombrío, matizado de rosa por el crepúsculo,—la masa de cruces cubiertas de musgo. Algunas se alzaban altivamente, rectas, en su fúnebre majestad; otras, medio caídas hacia atrás, se abandonaban en una desesperación impotente; otras, en fin, se inclinaban audazmente hacia adelante, tendiendo sus brazos hacia el punto del horizonte por donde el sol acababa de ponerse.

La anciana vaciló, y se apoyó en la verja con un gemido.

Teodoro murmuró, pasándose la mano por los ojos:

—Ahí está, y todavía le dicen á uno que no beba. ¡Farsantes!

II

EN MONGOLIA

Brzeski saltó ligeramente de su coche de alquiler, franqueó la puerta y penetró en el patiecillo fangoso, lleno de inmundicias y separado de la calle por una empalizada de maderos pintados de azul. Pendientes de una cuerda tendida en el centro, secábanse camisas rojas, blancas, pintarreadas, y ropa blanca de toda especie. En el fondo se alzaba, amplio, bajo

un techo pesado y agudo, un edificio con profusión de ventanas con persianas de color azul como la empalizada.

Brzeski bajó la cabeza, pasó sin tropiezo bajo la ropa colgante y miró alrededor de él. La casa se miraba en los charcos fangosos, dorados por el sol, azulados por el cielo. Dos entradas, bajo dos galerías absolutamente idénticas, conducían al interior de la casa. Más allá, cerca de los establos, tras una pila de leña, se oían los golpes cadenciosos de un hacha, y un campesino inclinaba y erguía alternativamente su amplia espalda. Brzeski se dirigió á él.

—¿Dónde se aloja el barón de Butberg?—preguntó.

El campesino interrumpió su faena, y miró á quien le interrogaba, rascándose la cabeza.

—Dígame dónde pára aquí el barón de Butberg, jefe de la expedición comercial científica.

—¡Ah! el jefe; sí, aquí es... pero no sé... si es expedidor...

La inquietud que molestaba á Brzeski desde que hubo dejado el tren desapareció al punto; miró alegremente al campesino, cuya nariz roja le recordaba á Teodoro.

—Y ¿cómo es el jefe? ¿es buena persona?

—Como acostumbran á ser los jefes—respondió evasivamente el campesino.—Vaya usted por allí...

Y con el dedo indicó la entrada. Brzeski penetró en un vestíbulo y llamó tímidamente.

—*Herein* (Entra)—gritó desde el interior una voz ruda de bajo.

Por la puerta entreabierta el joven vió, destacándose sobre las ventanas inundadas de sol, un cuerpo alto y robusto, con un chaqué de botones brillantes, inclinado sobre una mesa llena de papelotes. El barón no levantó su cabeza enorme, de cabellos cortos; sin mirar al que entraba, continuó paseando sobre un mapa su grueso dedo, adornado con una brillante sortija de oro.

—¿Quién es?

—Juan Brzeski.

—¿Qué desea usted?

—Vengo de parte de mi tío... para formar parte de la expedición... en la que debía ser admitido...

—¡Ah! sí... me acuerdo... ¿Tiene usted las cartas, los papeles?

—Aquí están.

Juan se adelantó, con su carta en la mano. Se oyó un gruñido, y al mismo tiempo un perrazo amarillento se irguió sobre sus patas.

—Échate, Dor, échate—dijo suavemente el barón.

El perro, que lo era de presa, volvió hacia su amo su cabeza monstruosa; parecía expresar un desprecio indecible por el visitante.

Mientras tanto, el barón leía la carta del tío Snietycki. Su rostro sombrío se iluminó poco á poco.

—¡Ah! sí, me acuerdo... Historias viejas... Y ¿qué hace ahora su tío?—preguntó á Brzeski, indicándole, al fin, una silla.

—Lo ignoro. No le he visto.

—¿Cómo? ¿Nunca?

—Nunca.

El barón arqueó ligeramente las cejas. El perro se acercó á Brzeski y le olió una pantorrilla con aire equívoco.

—No es esto muy agradable—pensó el joven; pero no se movió, ni pestañeó siquiera: ¿no debía formar parte de una expedición que encontraría tal vez hasta tigres?

Sin embargo, el barón había observado un ligero coloramiento en la frente del joven.

—No tenga miedo, no le morderá—dijo con cierta satisfacción, para tranquilizar á su huésped.—Vamos, Dor, á tu sitio. Échate.

El perro se retiró y se fué á oler por todos los rincones con una terquedad estúpida.

—No temo á los perros. No tengo miedo á nada—replicó Brzeski vivamente.

—Y ¿qué sabe usted hacer?

—Nada; acabo de terminar mis clases en el Liceo.

—¿Sabe usted dibujar?

—Un poco, muy poco.

—¿Y fotografiar?

—Absolutamente nada.

El barón, pensativo, se acarició con la mano la punta de su corta barba.

—Poco importa... Ensáyese usted durante estos días, porque la expedición no puede recibir sino miembros útiles... será usted ayudante de fotógrafo.

—¿Ayudante de fotógrafo?—repitió Brzeski con sorpresa. —¿Y podré cazar?

El barón reflexionó un minuto.

—Sí, mientras no estorbe á nuestras operaciones generales —replicó gravemente; dicho esto, se levantó, esbozando una inclinación de cabeza.

—El criado le guiará á usted—añadió, mientras que el joven se volvía hacia la puerta.

En el vestíbulo se detuvo Brzeski para reponerse. Experimentaba el sentimiento penoso de haberse presentado como el último de los asnos. No había obtenido ningún dato, no había tratado de nada; ni siquiera había preguntado á expensas de quién marcharía así, en calidad de «miembro útil» de la expedición; no había procurado enterarse de si el barón había recibido el dinero que su tío debía haber enviado. Pensaba con descontento en sí mismo, con enternecimiento en la bondad y alta inteligencia del barón.

—Quería probarme con su perro, pero yo no he dejado ver nada.

Juan recordaba cómo reflexionaba el barón, cómo hablaba lenta pero deliberadamente, de qué manera paseaba su dedo por el mapa.

—Debe de ser un hombre completamente superior—pensó.

Pero todos sus pensamientos, buenos ó malos, estaban do-

minados por la alegría de verse admitido. Conocería la China, el país encantado en que los hombres llevan trenzas y sayas como las mujeres, en que las mujeres tienen ojos oblicuos y pies minúsculos, el país de las ceremonias raras y costumbres extrañas, el país en donde florece el té, en donde se fabrican porcelanas maravillosas, en donde se fuma opio y en donde, durante los eclipses, se disparan cañonazos contra el sol. De contento, hubiera abrazado á todo el mundo, hasta al criado encargado de indicarle el domicilio del fotógrafo.

Decidió dar á su guía una moneda de diez kopeks.

Pero le buscó en vano: el campesino había desaparecido. Bandadas de gorriones y de palomas blancas revoloteaban por el patio. El viento agitaba suavemente la ropa que se secaba; las nubes que se deslizaban por el cielo se reflejaban por fragmentos en los charcos de agua fangosa, como en los trozos de un gran espejo roto. Al otro lado de la empalizada, el cochero dormía á pierna suelta en el pescante.

—Podrían robarme la maleta—pensó Juan, y se apresuró á dirigirse á la salida.

En el momento de ir á bajar la cabeza entre dos camisas que colgaban solemnemente, se encontró frente á frente con un individuo uniformado que se disponía á efectuar la misma maniobra. Brzeski vaciló, retrocedió, se irguió.

El hombre del uniforme le examinaba atentamente con sus ojuelos grises.

—¿Me permite usted, señor, que le importune preguntándole dónde...?—balbuceó el joven.

—Sin duda; para servir á usted.

—Soy un nuevo miembro de la expedición de Sajonia Coburgo Gotha, y me han dicho que vaya en busca del fotógrafo —dijo de un tirón Brzeski, poniéndose muy encarnado.

—¡Ah! ¿Sin duda es usted el Sr. Juan Brzeski, al que esperábamos?... También yo soy un miembro de la expedición, á título de doctor. ¿Ha visto usted ya al jefe?

—Vengo de verle. Me ha dicho que sería ayudante de fo-

tógrafo, pero en cuestión de fotografía no sé nada más que lo que aprendí al estudiar física en el Liceo... El jefe me ha dicho que me ejercite... ¿Tendré tiempo? ¿Permaneceremos aquí mucho tiempo todavía?

El rostro del doctor se iluminó jovialmente.

—Tendrá usted tiempo, lo tendrá. Después de todo, no es una ciencia tan extraordinaria.

—Confieso que preferiría otra cosa.

—A lo que creo, usted paga su viaje.

—Lo ignoro... no lo he preguntado. Mi tío es quien lo ha arreglado todo...

—Tal vez preferiría usted recoger plantas y preparar animales. Precisamente tengo necesidad de un ayudante joven como usted. Me parece que usted debe de ser vivo.

—Es usted muy amable, caballero. Pasaba por bastante hábil entre mis compañeros.

—Pues bien, si usted quiere, querido colega, hablaré del asunto al jefe. Pero no confíe usted mucho: mi intercesión no significa nada, absolutamente nada... Vaya usted á ver al fotógrafo; vive cerca de aquí, en una casita de persianas verdes. Yo habito al lado, con el topógrafo de la expedición. Celebraremos mucho el ser agradables á usted; venga á tomar el té esta tarde.

—¡Qué amables son todos!—pensaba el joven, mientras andaba...—hombres de ciencia, y todos colegas míos.

Pero el fotógrafo, un hombrón rubio de facciones cansadas, desencantó su optimismo: recibió á Brzeski con rudeza, casi brutalmente.

—¡Perfeccionarse en algunos días!—exclamó.—El barón se figura que la cosa es tan sencilla como beberse una copa de aguardiente. Yo he estudiado asiduamente durante cinco años, señor. Al cabo de algunos días, lo más que sabrá usted es llevar el aparato y el soporte.

—Haré todo lo que sea necesario... Sin embargo, pienso que un simple criado... yo quisiera hacerme útil.

El fotógrafo se encogió de hombros.

—No tengo yo la culpa.

—En tal caso, diré al jefe que no tiene usted necesidad de mí—se apresuró á replicar Juan.

—No he dicho eso, no he dicho eso... ¿No va usted más que hasta Pekín?—preguntó el fotógrafo, con tono más dulce.

—Sí.

—Le habrán dicho á usted probablemente que viva conmigo. Sin duda piensan que poseo una habitación demasiado vasta. Pues ya ve usted lo estrecha que es. En fin, no hay más remedio. Ponga usted su equipaje... Usted hace el viaje á su costa, según creo. Es usted rico... Habrá que traer una cama.

—¿Para qué? Me acostaré en el suelo. Nos pondremos pronto en marcha, probablemente.

El fotógrafo le examinó con mirada escrutadora.

—¿Sabe usted algo? ¿Le ha hablado de ello el barón?

—No. Es una suposición mía...

—Le aconsejo que no se fíe—gruñó el otro, y volvió la espalda á Brzeski.

Este, desconcertado, no sabía qué hacer. Sentíase metido en una trama de sentimientos y de intereses completamente nuevos para él. Lamentábase ya de ser un hombre limitado, que no sabe adivinar el carácter de las gentes, y comenzaba á poner en duda la benevolencia del barón.

—Va á ser preciso que esté en guardia—se dijo, y retirándose á un lado permaneció mudo.

El fotógrafo se había sumido en un libro. Se estableció un silencio molesto, interrumpido solamente por una aparición del criado trayendo el equipaje de Juan.

Aquel día Brzeski conoció á otros dos miembros de la expedición, á los dos intérpretes: Sin-Ya, chino de edad madura, de rostro arrugado como una manzana de invierno, y el siberiano Malykh; este último, á la verdad, sabía apenas el chino, pero era el único de toda la comunidad que comprendiese á Sin-Ya, el cual hablaba el ruso en el dialecto usado en Kiachta.

En la presentación el chino ahogó á Brzeski en un diluvio de palabras, en medio del cual el joven creyó distinguir el nombre de su tío. Como no ignoraba que el chino pudiese conocer personalmente á Snietycki, tuvo curiosidad de informarse. Pero á pesar de todos sus esfuerzos, y aunque en el hablar del intérprete le parecía percibir varias consonantes familiares, no comprendió, en suma, absolutamente nada.

—*¡Na-cha sy-lo-fa mi-sy, na-cha! ¡Ka-va-li mo-cha-na. Si-to-poy ka-fa-li ni-li-sya!* — exclamó al fin el chino, con aire irritado, y se volvió bruscamente de espaldas.

—Se incomoda porque dice que no puede hablar con usted, y que usted no comprende ni su propia lengua ni ninguna otra—tradujo Malykh, con una sonrisa de superioridad.

—¿Y antes qué había dicho de mi tío?

—Nada... Le ha preguntado á usted cuántos años tiene y cómo están sus padres. No le choque á usted... Los asiáticos siempre están haciendo preguntas.

Por la noche Brzeski escribió á su madre una larga carta, echando de menos las maneras sencillas, los sentimientos límpidos que no había encontrado sino junto á ella.

«Estaré en guardia, mamá, como tú me lo has aconsejado; pero presumo que todas estas gentes son otra cosa de lo que parecen ser, que son mejores, que me tienen buena voluntad; ¿por qué me habían de querer mal? Soy desconfiado sin razón, estoy convencido de ello, y egoísta... Trataré de desembarazarme de todos estos defectos»—añadía al final.

Se arregló, se vistió y fué á casa del doctor.

—No hemos obtenido nada, querido colega — dijo aquél, acogiéndole con la mayor amabilidad.—Tendrá que ser ayudante del fotógrafo, que éste no necesita.

—¿Cómo sabe usted eso?

—¡Oh! aquí todo se propaga con la rapidez del rayo, y suscita ecos de una extraordinaria potencia; acuérdese de esto, colega.

Le presentó al topógrafo, mocetón gigantesco y taciturno.

—¡Ah! ¿existe usted de veras? Lo confieso francamente: pensaba que representaba usted un mito, que servía de pretexto á nuestra inacción fundamental.

—¿De modo que me esperaban ustedes, señores?

—No exagere usted, Nicolás—dijo el doctor conciliando;—no esperábamos... Por lo menos, si esperábamos, no era á causa del señor.

—Por supuesto, no tenía usted la culpa. En cada localidad hemos encontrado mil obstáculos... y aquí mismo surgirá uno inmediatamente. No en vano llevamos un título interminable: *Expedición comercial y científica de Sajonia-Coburgo-Gotha.* Antes de llegar al fin hay que hacer escala... ¿Por qué apresurarnos, puesto que no iremos más allá de Zaisann?

—Pues bien, ya ve usted que es injusto; Malykh me ha afirmado que nos pondremos en marcha pasado mañana.

—¡Oh! ¡si Malykh lo ha afirmado! — murmuró el gigante con tono irónico, y fué á tumbarse en la cama con el cigarrillo en los labios.

El doctor, mientras hacía el té, interrogaba al recién llegado sobre lo que poseía ya y lo que se proponía comprar aún para el camino, y le daba diferentes consejos, en tanto que el topógrafo, desde su rincón, lanzaba observaciones prácticas con voz de bajo profundo; Brzeski olvidó su resolución de mantenerse en guardia, y contó alegremente cómo en el Liceo él y sus compañeros organizaban excursiones en barca por el río, y los preparativos que esto requería.

. . . . . .

Por fin, á despecho de las predicciones siniestras del topógrafo, partieron.

Una noche cálida, tempestuosa, cubría la tierra. Entre las tinieblas brillaba vagamente la carretera de la estepa, ancha y bien construída. Delante resonaba cadenciosamente el coche, en el que habían tomado puesto el barón con el fotógrafo y Malykh. Los demás viajeros sufrían las sacudidas del amplio vehículo de dos ruedas usado en aquellas comarcas. Brzeski

formaba parte del segundo grupo. Sentado en el pescante, al lado del conductor Kirghizo, pensaba en la casita lejana, cerca del cementerio católico... Pensaba también en su posición actual; sentíase en desacuerdo consigo mismo. ¡Cuántas nociones y cuántos sueños suyos veía ya desvanecerse y palidecer desde hacía algunos días! ¿Por qué no se amaban todos aquellos hombres? ¿Por qué aquellas discusiones entre sí? ¿Y quién tenía razón? ¿No estaban, sin embargo, íntimamente ligados? La gratitud le obligaba á tomar el partido del barón; pero su corazón le atraía hacia el doctor y el «partido de oposición». Echó una mirada sobre sus amigos, que silenciosos fumaban cigarrillos con encarnizamiento... Sin murmuraba palabras indistintas:

—Khy-lo-sann, ki-bu-da...

Nadie respondía al guía: se calló, y se adormeció poco á poco. El conductor, que al principio hacía mucho ruido y chasqueaba alegremente el látigo, se apaciguó también, y se abandonó á los balanceos adormecedores; los caballos, dejados á ellos mismos, iban al trote corto. El rumor del primer coche, en donde estaba instalado el barón, se alejaba, se debilitaba, se perdió al fin en el enorme silencio de la dormida estepa.

Habían de esta manera recorrido una buena etapa, cuando fueron súbitamente despertados por gritos y por el galope de un caballo. Brzeski se apresuró á empuñar el revólver que colgaba de su cinturón, el cochero arreó á los caballos; pero el doctor y el topógrafo mandaron parar.

—¡Alto! Parece que nos llaman. Ha debido producirse un incidente... Tal vez hemos olvidado algo...

No tardaron en ser alcanzados por el jinete, en el que reconocieron á Simón, el criado particular del barón.

—¡El dinero!—exclamó con voz sofocada,—¡habéis perdido el dinero!

—¿Qué decía yo? ¡que los diablos se lleven á los Sajonia, los Coburgo y los Gotha!—mugió el topógrafo.—Ya veréis cómo nos volvemos antes de haber llegado á la frontera de China.

—¿Cómo te has encontrado detrás de nosotros?—preguntó el doctor al criado.

—Nos hemos extraviado—replicó el otro con mal humor.—Tomamos un camino falso.

En pocas palabras explicó toda la aventura. Después de haber comprobado el error, volvieron á la carretera: los caballos se asustaron de repente ante un objeto que estaba en medio del camino. El jefe, entonces, ordenó examinar el objeto, y se vió que era el cofre con los lingotes de plata destinados á los gastos de la expedición.

—Si alguien los hubiera encontrado, no habría sido mala presa—observó Simón con cierto pesar.

El cofre, antes de desfondar la caja del coche, se había abierto, de suerte que una parte de la plata formaba en el suelo un largo arroyo. A orillas del camino se encendió una hoguera, y provistos de antorchas se pusieron á buscar el dinero desparramado. Llegó el barón mientras tanto, é instalándose ante la hoguera con el perro á sus pies, esperó el final de la operación.

—Se han dormido ustedes, señores, ¡qué diablo!—decía al doctor en tono de censura.—Sin embargo, hay que tener cuidado, porque es todo lo que poseemos en especies.

El doctor respondía por monosílabos, se excusaba, trataba de justificarse.

—Habrá que inventar otro modo de embalaje—dijo el barón.—¿No valdría más dividir esta enorme carga en varias partes? Cada uno de nosotros llevaría una, cosida en un saco de cuero.

—Excelente idea!—exclamó el fotógrafo con entusiasmo.—En caso de accidente, salvaremos por lo menos una parte del dinero. Es una idea ingeniosísima.

El barón no respondió nada, pero se veía que estaba satisfecho de su invención. Sin embargo, concluyó por recordar que pocos días antes había censurado aquel mismo medio, propuesto entonces por el topógrafo. Miró atentamente al gigan-

te sentado ante el fuego, pero éste no simuló darse por enterado.

El arreglo de los sacos hizo que se pasase tres días en Zaisann en vez de uno, y apenas si ocho días después de la partida se encontraban á la vista de los montes Yerké, que separan la Siberia de los territorios chinos. Se hizo alto por la noche al pie de una colina, en el fondo de un valle tranquilo por el que corría un torrente. Las hogueras lucían vagamente, semejantes á débiles braseros, en la oscuridad brumosa; los viajeros hablaban con voz apagada, dejando errar miradas inquietas sobre las pendientes rocosas que se perdían en las tinieblas. Un viento frío y húmedo descendía de las cumbres; á veces, cuando su soplo llegaba á desgarrar el amontonamiento de nubes que coronaban las cimas, se entreveía la pálida claridad de las nieves allá en lo alto, bajo el cielo.

Al día siguiente amaneció un día brumoso; llovía pesadamente; la niebla se corrió por lo largo de las vertientes hasta la base de las montañas. El viento empujaba rudamente las nubes allá arriba, sacudía la niebla de abajo, y unas veces descubría por un instante las escarpadas rocas, los macizos de árboles, los pesados bloques de hielo, los torrentes formando cascadas; otras les hacía desaparecer por completo, ahogándoles en un mar de nubes que la aurora iluminaba poco á poco.

Jinetes y vehículos se metieron por aquellas brumas antes de salir el sol.

Un destacamento de cosacos del puesto de Tchagan-Obo, que debía escoltar á la misión hasta la frontera china, formó á la cabeza de la caravana y entonó un canto. Pero la niebla enronquecía las voces, el viento las dispersaba, y los sonidos se amortiguaban lamentablemente entre las rocas.

El viento soplaba cada vez con mayor violencia, el frío aumentaba. Pronto se encontró la caravana en medio de un paisaje de invierno: por todos lados la blancura de las nieves. La borrasca enviaba á los rostros de los viajeros agujas de hielo. Los caballos avanzaban trabajosamente contra el hura-

cán. Solamente los conductores kirghizos mostraban alegremente sus dientes.

—¡Hua! ¡Hu! ¡Frío!... Pero no hay moscas... Pronto se pasan las montañas. La tempestad calla, y el frío galopa— decían para animar á Brzeski, transido de parte á parte.

El joven, aunque fatigado, aunque helado, respondía con una sonrisa. Amaba á aquellas pobres gentes. Al principio, sus caras feas y aplastadas, su suciedad, sus pieles de cordero mal olientes, le habían disgustado; pero poco á poco se acostumbraba á ellos. Al mismo tiempo se daba cuenta de que la actividad, la resistencia, la buena fe y la disciplina de aquellos pastores salvajes eran los únicos que mantenían algún orden en aquella expedición, roída por una extraña indolencia. Seguía con admiración los movimientos de aquellos caballejos que avanzaban sin cansarse por la montaña, por senderos resbaladizos, al través del viento y de los torbellinos, ó franqueaban con habilidad los terrenos pedregosos. Trataba de imitar á aquellos indígenas, aprendía de ellos á servirse de un caballo, escuchaba con gusto sus consejos y sus gritos de aliento.

El camino tan pronto descendía hasta el fondo estrecho y escarpado de las hendiduras, como escalaba cornisas al borde de precipicios.

Por fin se llegó á la frontera; y, en contra de lo que esperaba Brzeski, la tal frontera no le produjo ninguna impresión. Consistía sencillamente en dos pirámides de piedras elevadas en el camino, dos vulgares «obo» mongoles. En aquel lugar comenzaba la otra vertiente de la montaña. La bajada se presentó mucho más penosa que la subida.

Cuando hubieron llegado por fin al llano, una noche profunda envolvía la región. Toda cohesión desapareció en la caravana: bestias y hombres, transidos, agotados, se desparramaron en pequeños grupos, á merced de sus fuerzas y al azar. Nadie se preocupaba de los demás. Brzeski se quedó solo, rezagado. Su caballo, más débil que los otros, ó fatigado por la

manera inhábil con que le había conducido su jinete inexperimentado, apenas podía andar. Para aligerarle, tanto como para calentarse, Brzeski se apeaba con frecuencia y trataba de andar. Pero aquel suelo arcilloso, mojado, se pegaba á sus pies y paralizaba sus movimientos. A cada paso resbalaba. Por todo consuelo oyó tras sí, cada vez más claro, el ruido de los carros de equipajes.

Había tomado ya el partido de confesar su agotamiento y subir á uno de los carros, cuando de repente su caballo relinchó, se sacudió y partió al trote. A poca distancia brillaban algunas hogueras; oyó voces humanas y ladridos.

No tardó en encontrarse ante algunas tiendas sombrías, puntiagudas, semejantes á pilas de heno. Por fin se encontró entre un grupo de jinetes, en los que reconoció á sus compañeros; allí estaba el doctor con el inseparable topógrafo.

—¡Señores... señores! aquí hay una vacía... Venid por aquí—gritaba en la oscuridad Alejo, el criado del doctor.

Sin apearse, el topógrafo y el doctor se dirigieron del lado de la voz; Brzeski se vino á ellos.

Por una abertura muy baja penetraron en una vasta tienda redonda.

Alejo, arrodillado en el centro, encendía fuego con estiércol seco; los viajeros se agruparon alrededor de aquel mezquino brasero, y se desembarazaron de sus ropas caladas de agua y de sus calzados helados.

De repente hizo irrupción en la tienda un viejo kalmuco medio desnudo que, lanzando injurias y dando empellones á Alejo, empezó á destrozar el fuego á puntapiés y á meter precipitadamente el estiércol en una cesta.

—Alejo, ¿en dónde has cogido ese estiércol?—preguntó severamente el doctor, adivinando lo que ocurría.

—Ahí, çerca, afuera.

—Sin duda es de él... Espera, viejo, vamos á pagarte.

Pero en vano le gritaban en todos los idiomas que conocían. Solamente cuando le hubieron dado una moneda de plata

se calló, permaneció un instante como indeciso; después, apoyándose ambas manos en el pecho, se inclinó, salió prestamente, y volvió casi en seguida con un nuevo cesto de estiércol seco. En seguida trajo un cubo de agua y se mostró muy servicial.

El calor, el tumulto de las voces, el humo, llenaron la tienda. Al poco tiempo apareció una banda de indígenas de afeitados cráneos, con una trenza solamente en la coronilla. Sin cumplidos, lo examinaban y tocaban todo, charlando y lanzando estrepitosas carcajadas. El doctor soportaba benévolamente su indiscreción, apartando con dulzura á los más importunos. Pero el topógrafo se exasperaba.

—¡Hay que echarlos de aquí! ¿Qué es esto? Trota uno hasta la noche, y después se acampa en el primer sitio que se encuentra. ¿Qué significa esto? ¿No tenemos nuestras tiendas? No hay medio de tomar una sola nota, ni de comer como seres humanos. Y en las poblaciones se perdía el tiempo sin necesidad. No sé en verdad para qué me han contratado... ¡Ah! ¡bonito mapa voy á hacer! Pero ¿qué les importa el mapa? ¿qué les importa todo lo demás? Se trata solamente de recorrer tántas verstas por comarcas desconocidas... Esto es toda la gloria que persiguen... ¡Que el diablo se los lleve!

Brzeski le contemplaba con asombro. Jamás le había visto tan furioso. De repente el topógrafo se calló; en la tienda acababa de entrar Malykh, que venía á buscar á Brzeski de parte del jefe.

—¿Dónde estaba usted, joven?—le preguntó el barón, sacando ceremoniosamente de un saco unas galletas, que distribuía á los asistentes.

—Con el doctor... Estaba transido.

—¡Ah! el viaje á China no es un juego—replicó secamente Butberg; y volvió la cabeza á Brzeski.

Los otros imitaron su ejemplo.

El pobre muchacho, triste y mortificado, fué á sentarse en un rincón apartado, donde se heló hasta los huesos.

. . . . . .

Al amanecer le despertó el rumor de numerosas voces. En la tienda nadie se movía aún. Se puso el capote y salió con una cartera al hombro. Le deslumbró la irradiación de la nieve recién caída. Entornando los ojos aspiró con avidez el aire vivo y confortante de la estepa. El estrépito, que se había interrumpido á su aparición, estalló de nuevo.

Los kirghizos con toscas hopalandas rayadas, los kalmucos y los mongoles con pieles de corderos, llevando la lana al exterior y en la cabeza altas *malahaikas* de pieles, gritaban desaforadamente, golpeando los pies y agitando los brazos. Parecía que iban á pegarse. En realidad, se trataba solamente de una conversación amistosa, acompañada de alegres y generales carcajadas. Desde el interior de las tiendas abiertas, mujeres mongoles, de rojizo rostro, adornadas con anillos, pendientes y brazaletes, con pañuelos de seda amarilla en sus opulentas cabelleras negras, miraban.

Brzeski contemplaba curiosamente aquel cuadro tan particular.

Escuchaba con atención las entonaciones incomprensibles emitidas por los indígenas, mediante las cuales expresaban, por razones desconocidas y misteriosas, de una manera tan diferente, pensamientos y sentimientos análogos á los que le poseían. Poco á poco nacía en él la percepción oscura de algo grandioso, infinitamente poderoso y vario, existente desde siglos, por encima de los límites de su saber, y que existiría aún durante siglos.

Se adelantó y miró en torno de él, buscando agua. Un arrogante muchacho le vió, y se acercó inmediatamente. Brzeski le señaló una caldera de cobre colgada sobre el fuego, al mismo tiempo que hacía ademán de lavarse. El mongol inclinó la cabeza, y le trajo en seguida... una taza de té. Como Brzeski no la tomara y, riendo, moviese la cabeza negativamente, los mongoles le rodearon, consultándose muy seriamente para adivinar lo que pedía. Felizmente, pasó un intérprete, que puso en claro el asunto.

Mientras tanto, se habían despertado los otros miembros de la expedición. El doctor salió provisto de los útiles de dibujo, y comenzó un croquis. Al instante se vió rodeado por una multitud de indígenas; algunos corrían á instalarse ante él para ver cómo manejaba el lápiz, y le quitaban la vista. Pero se trataba de una curiosidad completamente animal: ninguno adivinaba lo que significaba aquello, ni reconocía su propio retrato. También al fotógrafo se le ocurrió tomar algunas vistas, y llamó á Brzeski; pero la señal de marcha dió fin á todos los proyectos.

El sol se alzaba tras las nubes, ornándolas de oro, escarlata y todos los colores del arco iris. A espaldas de la caravana, al Norte, las nubes sombrías, desgarradas, volaron en jirones que se agarraban á los flancos de la montaña, mientras que por delante se abrían los claros azules, soleados, y hasta perderse de vista se extendía la llanura blanca. Aquí y allí solamente rompían la soledad algunos negros arbustos, como el «saksaal» enano, y malezas de «tschii», cuyos altos y flexibles tallos no puede romper, ni doblegar siquiera, el vendaval.

La larga fila de la caravana comenzó á serpentear al través de las blancas estepas, según las ondulaciones y los pliegues del terreno, dejando una débil pista de nieve sucia. Los viajeros costeaban algunas escasas tiendas escondidas entre los macizos de las altas hierbas. Al lado de cada uno de aquellos sombríos pabellones cónicos había indefectiblemente un caballo ensillado; no lejos, se amontonaban pilas de leños y de estiércol seco que esperaban el fuego; al lado, camellos arrodillados rumiaban melancólicamente, por centésima vez, su alimento ya ingerido. Terneras y vacas de leche, encerradas tras un cercado de cueros, asomaban sus cabezas por encima.

Algunos mongoles, atraídos por el tintineo de las campanillas de la caravana, salían de las tiendas y, acurrucándose en el umbral, la miraban desfilar; asomábanse también mujeres sucias, á medio vestir; acudían niños y perros, corriendo y saltando, al encuentro de la caravana.

Los viajeros marcharon así todo el día, salvo un corto descanso para la comida, y, sin fin, ante ellos retrocedía la inmensidad del cielo y la soledad de la estepa. Las nieves habían desaparecido. Mostrábase un suelo rojizo, sobre el que se destacaba vagamente, apenas algo más oscuro, el camino, medio invadido por las arenas movedizas y salpicado de esqueletos de animales.

Cuando el sol estuvo más alto, envolvió bruscamente á toda la estepa un velo vaporoso, traslúcido y abrillantado. Por encima, semejantes á islas, emergían las cimas de las colinas. Los macizos de «saksaal» y los matorrales de «tschii» habían tomado la apariencia de bosques lejanos en pleno verdor; las aldehuelas lejanas, llenas de irisaciones, se separaban del suelo y aparecían como suspendidas del cielo con los rebaños y los hombres. Pero en cuanto se alzaba en el horizonte la más ligera nube, todo instantáneamente palidecía y se ensombrecía.

Al principio, tales espectáculos interesaban grandemente á Brzeski; pero no tardó en cansarse, en estar harto. Todos los días lo mismo, perpetuamente, y siempre lo mismo... A menudo, por la tarde, se encontraba de tal manera fatigado que ni el mismo esplendor de las puestas de sol le procuraba ya emoción alguna. Buscaba con impaciencia la aparición de alguna humareda al borde del camino ó el brillo, en la oscuridad, de las hogueras de alguna aldea.

Las noches se pasaban generalmente cerca de los ríos ó de los manantiales, en donde se reunían también los escasos habitantes de la estepa. Varias veces se acampó en pleno campo, y aquellos pintorescos altos, junto á las fogatas, bajo las estrellas del cielo, prestaban alguna vida á la monotonía del viaje.

El tiempo no había producido ninguna mejora entre las relaciones de los miembros de la misión; «la oposición» se mantenía aparte, sin que por lo demás el barón hiciese nada para atraérsela.

El topógrafo marchaba á retaguardia, con su brújula y su cuaderno de notas en mano.

El doctor, con los ojos fijos en el suelo, saltaba á cada instante del caballo para atrapar algún animalíllo nuevo ó arrancar alguna planta curiosa. A veces disparaba sobre los pájaros. También permanecía á retaguardia, y desaparecía frecuentemente del lado de sus amigos, ó bien llegaba con retraso para la hora de acostarse.

—Haga usted el favor, le ruego, de atenerse al movimiento general de la caravana y no entorpecer su marcha—le dijo al fin el barón.

—Ese Gotha dice unas cosas estupendas—exclamó el topógrafo con irritación.—Siempre ha de soltar alguna de las suyas. ¿Qué quiere decir con el movimiento general de la caravana? Es una frase tan cómica, que para comprenderla habría que haber pasado por tres Universidades alemanas, cuando menos. ¡Ah! si yo fuese un tipo como él, no tendría necesidad, para ganarme el pan, de corretear por las estepas con mi brújula. Me enseñaría en una barraca de feria.

—Sin embargo, el barón tiene razón—replicó el doctor;—la caravana no puede detener su marcha por los insectos y las mariposas. Le volveré á rogar que me deje á Brzeski para que me ayude; de otro modo no puedo hacer nada.

—¿Consiente usted?—añadió, volviéndose hacia el joven.

—¡Ya lo creo! Con mucho gusto. Esto es aburridísimo.

—¡Qué inocentes son ustedes! Ya verán cómo se niega. ¿Creen ustedes eclipsar con sus colecciones á Su Señoría Góthica? ¡Qué candidez!

Efectivamente: no tan sólo fué de nuevo rechazada la petición del doctor, sino que el fotógrafo se dedicó á observar con gran solicitud las ausencias de Brzeski.

—Señor Brzeski, cuide usted de que no se rompan las cajas de los clichés.

—Señor Brzeski, ¿ha empaquetado usted el soporte?

—Señor Brzesqui, busque usted en mi equipaje un saquito verde.

—Señor Brzeski, en cuanto lleguemos mande preparar lo

necesario para la noche, porque mañana haremos una larga etapa, y nos pondremos en marcha antes de amanecer.

Brzeski se entristecía, pero ejecutaba lo que se le pedía. En cambio, en cuanto encontraba un momento de libertad dirigía su caballo á la cola de la caravana.

—Permítame, doctor, sujetaré su caballo—decía amablemente al doctor, que se esforzaba en coger algo del suelo, mientras que el animal, asustado, le contrariaba tirando de la brida.

—Gracias, hijo mío. Un lagarto sumamente interesante acaba de esconderse allí, bajo aquella piedra... y no consigo atraparle... En fin, démosle la partida por ganada. Vuelva usted, vuelva pronto á sus ocupaciones.

—No soy un esclavo. No hay ninguna tarea fotográfica pendiente. No me he vendido—murmuró el joven.

El rostro del doctor se coloreó vivamente.

—El que quiere hacerse útil debe, hasta cierto punto, hacerse esclavo, abdicar de su voluntad por algunos días, algunas semanas ó algunos años; venderse, como dice usted. Un individuo llega á ser completamente libre, emancipado de la sociedad, solamente cuando, como Robinson, lo saca todo de sí mismo. Con el cambio del trabajo, la esclavitud comienza. La disciplina es un lazo social indispensable. La obediencia no nos produce ninguna mella; restringe únicamente el uso que hacemos nosotros mismos de nuestra autoridad.

Brzeski escuchaba sin entusiasmo las disertaciones del doctor; prefería los aforismos breves y contundentes del topógrafo.

—Todo tiene un límite, todo—murmuraba con enfado.

—Me figuro que en Hu-Tchen cambiarán muchas cosas y concluirán estos procedimientos — respondía el doctor. — Se unirá á nosotros un destacamento de tropas, y las tropas introducen en todo el orden y la regularidad; avanzaremos con más lentitud, y se encontrará tiempo para todo.

—¿Qué tropas? ¿tropas chinas? ¡Bonita canalla! —exclamó

el topógrafo, lanzando una carcajada. — ¿Esperar qué?; y si nada cambia, ¿qué hará usted entonces, doctor? Bah, convirtámonos francamente en bestias; extingamos nuestras almas, y reconozcámonos como voluntariamente condenados á dos años de trabajos forzados. Miren, aquí vienen á buscar á usted, joven.

Efectivamente, Malykh llegaba á rienda suelta.

—Ya sé, ya sé—dijo Brzeski adelantándose.

El barón poseía el dón especial de producir la perturbación y el descontento cada vez que se mezclaba en algo. Únicamente cuando dormía en su kibitka ó se absorbía en sus cálculos sin cuidarse de nada, se efectuaba sin tropiezos el viaje. Poco á poco el jefe de la expedición perdía, hasta para los simples cocheros, los restos de su prestigio y autoridad; solamente su aspecto de furia y su brutalidad impedían las quejas en alta voz. Unas veces hacía apresurar la marcha con exceso, y otras concedía reposos demasiado largos; tampoco sabía elegir los altos para la noche. Convencido, por lo demás, de que solamente él dirigía la expedición, y de que solamente á él se debía un viaje tranquilo, desconfiaba de todo el mundo y lo embrollaba todo. En realidad, la caravana avanzaba por su propio impulso, por inercia en cierto modo, merced á la experiencia rutinaria de los guías, al instinto y resistencia de los camellos.

El paisaje se modificó poco á poco: el llano, uniformemente liso hasta entonces, comenzó á ondular; aparecían bosquecillos, y eran más frecuentes las tiendas de los nómadas.

El camino se precisaba cada vez más en aquellas inmensas soledades. Por fin, en las lejanías, sobre el azul del cielo, se perfiló una línea de nubes perladas, una cadena de montañas nevosas; á su pie apareció una mancha sombría.

—¡Hu-Tchen!—exclamaron alegremente los guías. — ¡Hu-Tchen!

WENCESLAO SIEROSZEWSKI

(*Continuará.*)

LECTURAS AMERICANAS

REVISTAS.—*España* (Buenos Aires).—Los jornaleros de la Sierra de Aracena.—El alma española en América.—La inmigración española.—Cualidades que llevan y adquieren los inmigrantes.—Cómo trabajan.—La industria *registrera*.—Las opiniones políticas.—Lo que esperan de España los inmigrantes.—El monumento á Isabel la Católica.=*Chile Moderno*.—El ingeniero y militar Holger Birkedal.=*Ideas* (Buenos Aires). El feminismo intelectual en la Argentina.

Aunque sea una perogrullada, ó como dicen ahora los neologistas, un *truismo*, conviene repetir en toda ocasión que la única manera de poder hablar con fundamento de una cosa es estudiarla; y como la mayoría de las cosas que á los hombres interesan y preocupan son de las que sólo se muestran diluídas en series de fenómenos y manifestaciones sumamente concretas y variables según los casos, hay que estudiarlas acudiendo á esas manifestaciones y teniendo en cuenta la individualidad de todas y cada una. Así, cuando se discute en Ateneos y Parlamentos la cuestión municipal, v. gr., lo primero que se me ocurre preguntar á los que en la discusión intervienen es esto:—¿Ha visto usted muchos Municipios? Porque estoy seguro de que si han visto cierto número de ellos, pertenecientes á regiones distintas, sus opiniones acerca de la reglamentación municipal serán muy diversas de las de aquellos que hablen de la cuestión en abstracto, desde el punto de vista de lo que suele llamar el vulgo la Filosofía del Derecho, confundiéndolo con la vaga y amena generalización de un talento ingenioso y amplio.

Pues esto que digo de los Municipios, cabe decirlo también

del problema obrero. Están muy bien las filosofías, económicas y no económicas, que para el caso se esgrimen; pero lo que ante todo debe conocer un economista, ó un político, si quiere intervenir en la solución del problema de *sus* obreros, los de su tierra, es conocerlos directamente, saber de su vida y de sus necesidades, en vez de cortarlos *in mente* por el patrón de un hombre ideal que en todas partes tiene iguales aspiraciones, iguales quejas é igual programa que llenar.

Todas estas consideraciones me las sugiere un artículo de José Nogales, titulado *Propietarios y braceros*, que publica en su número de 16 de Agosto la revista *España*. En ese artículo traza Nogales el cuadro de vida de los obreros de la sierra andaluza de Aracena.

«Pueblos exclusivamente agrícolas los de aquella región —dice,—no sienten la crudeza é influjo del problema agrario. El clamor del proletariado de la tierra llana llega á las cumbres como voz confusa que entraña novedades peligrosas. Allí no hace prosélitos ningún anhelo reivindicador. Yo, hablando con gente jornalera, he lanzado alguna vez, á manera de sonda, especies de esas que en fuerza de uso oratorio han perdido su aspereza, y he podido apreciar el espanto interior que les causaban.

»Ningún observador se explicaría esto, á no ser que á renglón seguido viera, como yo he visto, al *amo* haciendo contratos de compra de corcho á nueve años fecha, con sus propios jornaleros.

»Es que allí tienen de antiguo resuelto el problema agrario, en los términos preliminares ó preparatorios que señala y pide Joaquín Costa. No todos los propietarios son jornaleros, pero todos los jornaleros son propietarios. Sirve el jornal para cubrir el déficit de la propiedad ó la propiedad para cubrir el déficit del salario; mas el déficit se cubre, y la vida se asegura en sus estrictas y exiguas necesidades. . . . . .

»El carácter mixto del bracero imprime algo de aquella «dignidad» que el ilustre sociólogo desea. Es frecuente oir en

aquella sierra que faltan brazos para todas las labores algo apremiantes. El propietario va á demandarlos con cierta inquietud solícita á las propias casas, porque tal vez el bracero terrateniente no quiera ó no pueda, ó prefiera emplearse en lo suyo durante los días más acomodados.

»El mercado de brazos en la plaza pública, tan común en Andalucía baja, es allí, por punto general, desconocido. Hay que *mimar* un poco—según frase del propietario—al jornalero. Al bracero andaluz hay que pagarle todos los días para que pueda comer al siguiente; al jornalero serrano se le paga semanalmente, los sábados por la noche, porque el jornal es cosa necesaria, sí, pero que cae encima del aceite, de las legumbres, de las patatas, del pan y tal vez del cerdo guardados en su vivienda. «Su vivienda»; porque comprada, heredada ó levantada por él, raro será el labriego que no sea propietario de una casuca. Son en esto bien poco exigentes.

»La posesión de la casa imprime hábitos de hormiga, afán de ahorro y de acarreo; la posesión insuficiente de la tierra, hábitos de diligencia y de trabajo. Estos hábitos, la necesidad de estar al tanto del precio y consumo de las cosas que han de vender y comprar, de las fluctuaciones del mercado, de las causas felices ó perturbadoras que influyen de cerca en su vida material. Cuestiones económicas que desconoce el siervo de la llanura».

Todo bracero tiene su ganadería: algunos cerdos, que se mantienen, reunidos en piara concejil, de los pastos de baldíos y veredas y de los rastrojos propios y ajenos. Con la venta de ellos, por San Miguel, cubren los dueños muchas atenciones de su casa. Poseen, además, una bestia de carga, con la que van al trabajo y que también se mantiene de la rastrojera, el pastigal, el prado, las lindes y márgenes del terreno en que trabaja el bracero.

«Una lenta ó brusca acumulación de propiedad territorial, un buen año, algún negocio, cualquiera circunstancia aleatoria, libertan del jornal al hombre, y se hace labrador de lo su-

yo. Causas contrarias, extremas divisiones del caudal, años ruinosos ó peculiares desdichas del carácter, le restituyen á la situación mixta, y de estos vaivenes se origina la existencia de una sola clase y un solo fondo de cultura práctica».

En sentir del autor, «la transformación de la propiedad de uso y disfrute común en la actual organización individualista y generalizada, se ha operado allí en términos naturales bien poco sensibles. Acabaron las dehesas comunales, donde el proletario mantenía su vaca, engordaba su cerdo y se proveía de leñas y carbones, amén de labrar su parcela á canon de San Miguel á San Miguel; mas la desamortización le abrió las puertas de la propiedad definitiva.

»Los orígenes más ciertos de esa propiedad subdividida y parcelaria son la desamortización de capellanías y bienes eclesiásticos, la repartición algo *revolucionaria* de antiguas dehesas concejiles y las roturaciones arbitrarias. De estas tres fuentes, que implican una relativa violencia ante el pacífico derecho constituído, ha emanado otro estado de derecho más útil, más humano, más progresivo; lo que prueba que alguna violencia y esfuerzo hay que hacer para desarraigar todo lo arraigado, y que no debemos parar mientes en esto cuando una suprema necesidad ó una general conveniencia lo demandan».

Para el jornalero de la Sierra de Aracena, los dos males peores que pueden sobrevenirle son estar preso y caer soldado. Para evitarlos, procura estar bien con el que manda, se doblega al cacique. Y he aquí cómo el caciquismo viene, una vez más, á ser fuente de dolor y esclavitud, aun en estados sociales sencillos y de pocas aspiraciones, casi satisfechas por completo.

En el número de 9 de Septiembre de la misma revista, comienza el Sr. Atienza y Medrano, dignísimo presidente de la Asociación patriótica, una serie de artículos, que se continúa en otros números de aquel mes y del de Octubre, y cuyo tema es *El alma española en América*. Pocos asuntos hay que puedan interesarnos más que éste, y así no han de extrañar mis lectores que me detenga largamente en su examen.

Empieza el articulista sentando la necesidad de completar el movimiento de comunicación ideal de los españoles de España con los de América, mediante la difusión de los escritos de aquéllos y la colaboración asidua de algunos en revistas americanas, con otro «que llevara á nuestros compatriotas de la Península la expresión viva y sincera de las transformaciones que ha experimentado el alma de la raza, trasplantada al suelo de América».

Para el Sr. Atienza—que se propone iniciar ese movimiento—el estudio de nuestra raza en aquel Continente interesa, sobre todo, desde dos puntos de vista: «primero, bajo el aspecto de la influencia que ha ejercido el elemento español en la población de las Repúblicas hispanoamericanas, para poder apreciar, en la aproximación posible en este género de asuntos, cuál es la proporción actual de este factor étnico, en su concurrencia con el indígena y con los demás de origen europeo, que tan gran contingente han aportado á estas nuevas sociedades, y principalmente á los países caracterizados por el cosmopolitismo de la inmigración, á la cabeza de los cuales hay que colocar á la República Argentina; y segundo, bajo el aspecto de la evolución que han experimentado las agrupaciones de españoles que con el nombre de colonias han venido á radicarse en cada uno de estos pueblos, luego de constituídos políticamente en la condición de nacionalidades independientes y soberanas.

«Aunque no he dejado de recoger antecedentes, datos y observaciones sobre aquel primer problema, paréceme que á los americanos es á quienes incumbe dilucidarlo y determinar cuáles son los rasgos y caracteres del alma española que han sobrenadado en la mezcla de elementos que han contribuído á formar estas poblaciones, todavía lejos de haber conquistado sello nacional y fisonomía propia. En la Argentina, verbigracia, esa tarea está muy adelantada, mediante el trabajo de sus historiadores, como el general Mitre y D. Vicente Fidel López, y los estudios de Sociología nacional de pensadores, escritores

y publicistas, entre los cuales hay que citar, entre muchos otros, al Dr. Joaquín V. González, actual ministro del Interior, cuyas obras son conocidas en España, y los Dres. Juan Agustín García y José Ramos Mexía, muy estimados también entre nuestros hombres de ciencia».

Absteniéndose de opinar, cuando menos por ahora, en cuanto á ese problema, el Sr. Atienza se propone dirigir su estudio especialmente al otro enunciado, ó sea «el relativo al modo de ser de las agrupaciones españolas ó colonias residentes en los países hispanoamericanos», refiriendo, como es natural, sus observaciones y juicios á la colonia de la República Argentina, que es la única que directamente conoce, y que por su número y cualidades es, sin duda, la de más importancia.

Según los datos que aporta el Departamento Nacional de Inmigración, el grueso de esa corriente que desde España se dirige á la Argentina está formado de población trabajadora, que tiene allí establecidos parientes desde hace tiempo, ó trae cartas de recomendación para casas comerciales. Según esos mismos datos, son «rarísimos los casos en que hay que dar alojamiento á los trabajadores españoles en el Hotel de Inmigrantes por un plazo de cuarenta y ocho horas».

«Algunos encuentran acomodo en esta misma capital; pero la inmensa mayoría se esparce por el interior de las provincias para dedicarse á las faenas de la agricultura y la ganadería, y cierto número, aunque no muy crecido, halla ocupación en el comercio de las poblaciones rurales difusas, ó sea lo que aquí se llama la campaña. No hablo especialmente del trabajo industrial, porque fuera de las dos industrias madres, la agrícola y la ganadera, que constituyen y constituirán aún por mucho tiempo las principales fuentes de riqueza de este fecundo suelo, no existen todavía empresas de tal índole que por el grado de su desarrollo y por su capacidad económica autoricen á decir que el país ha entrado en el período industrial específico. Faltan para ello población consumidora suficiente,

que guarde relación con la inmensidad del territorio, y personal de obreros debidamente adiestrados para poder competir con el producto extranjero en la elaboración de artículos manufacturados.»

No quiere esto decir que no haya inmigrantes ocupados en empresas y establecimientos industriales, como los vitivinícolas y los azucareros, así como también en los ferrocarriles, en las fundiciones, cervecerías, etc.; pero su número es cortísimo en relación con el de los dedicados á la agricultura, la ganadería y el comercio aldeano.

Aunque el número total de españoles que viven en la Argentina no puede determinarse con exactitud, cabe considerar la cifra de 300.000 como muy aproximada.

«Según los datos del último censo nacional, levantado en 1895, la población española era entonces de 198.685 personas. Si se tiene en cuenta que durante los últimos nueve años los saldos que ha dejado la entrada y salida de españoles que vienen de Ultramar y por vía Montevideo suman un contingente de 105.790 personas, el número de españoles residentes actualmente en este país puede calcularse, con muy pequeño error, en 304.475.

»Por de contado que la inmensa mayoría de esa población está compuesta de menestrales y artesanos. Es mucho suponer que un 20 por 100 haya logrado conquistar su plena independencia económica. Aun en ese supuesto, siempre resultará que 240.000 españoles de los que aquí han venido son gente humilde que vive del trabajo de sus manos y que, faltos de instrucción cuando llegaron al país, no han debido cambiar gran cosa bajo este respecto.»

Aparte de que las diferencias intelectuales entre el grueso de la colonia y el resto de ella no son tan hondas que abran un abismo, y de que de los 60.000 que, según los datos antes enunciados, han conseguido emanciparse del trabajo manual, sólo puede considerarse verdaderamente culta una minoría reducidísima, hay en esos 60.000, y entre ellos y la masa, «una

extensa escala de numerosas gradaciones» que hacen el tránsito poco sensible.

La fuerza y el valor de la colonia no reside en la «minoría de los emancipados económicamente, ni en la otra más exigua aún de los relativamente ilustrados, sino en la gran masa popular, que es también donde más vivo se conserva el recuerdo de la patria ausente, donde los rasgos originarios persisten más intensos y más puros, y donde la mayor despreocupación de intereses egoístas es causa de que vibren los hondos impulsos y los sentimientos apasionados del alma española. En las circunstancias críticas, esos elementos han sido los que han ofrecido más elocuentes ejemplos de desprendimiento y abnegación, como tendré ocasión de notar más adelante; y aun en el curso de la vida ordinaria ellos son los que sienten con más íntima ternura, en medio de su evidente transformación, el culto de las tradiciones, de las añoranzas del ambiente nativo y las nostalgias del terruño».

Ahí es donde «hay que cavar hondo para desentrañar el sentimiento oculto de sus adivinaciones y esperanzas en lo tocante al problema de la anhelada reconstrucción de nuestra patria».

Cree el autor que las mudanzas que esos elementos han experimentado y las nuevas aptitudes que han adquirido por efecto de su trasplante al suelo americano «los han puesto en las condiciones más favorables para sentir en toda su integridad las exigencias del problema que España no acierta á resolver, y aun para columbrar caminos de solución, si sus todavía vagos presentimientos llegaran á ser fielmente interpretados».

Expuestos los antecedentes y las consideraciones que quedan referidas, el Sr. Atienza comienza á estudiar «la evolución del inmigrante». Estima el autor que el primer impulso del que se expatría arranca de su voluntad, sin sugestiones de elementos extraños al medio en que vivía antes de abandonar la patria.

«Quiero decir con esto, que en los españoles que vienen á América, y en muchos de los que quedan por allá, hay materia de primera calidad para hacer hombres laboriosos y emprendedores; que no han desaparecido los rasgos característicos de la raza, ni se han extinguido sus aptitudes; y que si en los llegados aquí, convertidos en nutrida legión, esas dotes congénitas se desenvuelven con más facilidad y producen resultados que sorprenden á nuestros compatriotas de la Península, como lo ha declarado elocuentemente el Sr. Zulueta en una hermosa solemnidad literaria celebrada en Almería, no es sólo porque en esta región del planeta «la vitalidad de las energías humanas se desarrolle en tierra virgen, y en aquella otra región, tan amada por nosotros, eche sus raíces en tierra agotada y cubierta de escombros que dificultan la expansión», sino también, y en primer término, porque la decisión de cruzar el Océano para luchar á brazo partido con la suerte, y tratar de vencerla, es ya de por sí la revelación de un alma llena de fe y templada para el combate.

»Creo asimismo—continúa diciendo el Sr. Atienza—que sería un error y una injusticia confundir al emigrante español de nuestros días con el aventurero de la época del descubrimiento de América ó de los tiempos posteriores del Gobierno colonial.

. . . . . .

Hoy no vienen de España aventureros, hablando, se entiende, en tesis general y salvando las excepciones. Muy contada ha de ser, si existe alguna, y es sabido que una golondrina no hace verano. Los españoles que se dirigen á este país, lo mismo el obrero que el agricultor, el industrial que el comerciante, el que ha de vivir del trabajo de sus manos como el que ejerce una profesión liberal, saben perfectamente, desde el día en que emprenden el largo viaje, que aquí han de trabajar tanto ó más que en España. A poco de permanecer en la República Argentina, se convencen de que han de trabajar más que allí; pero pronto echan de ver igualmente que no han

sido defraudados en sus esperanzas de que el trabajo sería abundante y bien retribuído, y de que la tenacidad y la perseverancia en la labor obtienen segura recompensa. Es incalculable la eficacia de estos animadores estímulos.

»Hasta algo de presentimiento, y como de obscura sugestión, debe entrar en los motivos determinantes de esa resolución heroica de abandonar los patrios lares, si he de juzgar por los casos de audacia temeraria verderamente típicos que conozco, unos por relatos que dan á la tradición de las proezas realizadas aquí por los modernos españoles contornos de leyenda, y otros de que he sido observador directo y personal.»

Como ejemplo, cita el de un Sr. Santamarina, que llegó á América cuando apenas entraba en la adolescencia, solo y obligado á dedicarse á las más rudas labores. Al morir ha dejado una fortuna de muchos millones. Otros ejemplos más que aduce el autor, muestran cómo á los españoles no les arredran ni el trabajo ni los reveses económicos, y que su éxito personal lo deben allí á su perseverancia, que es cabalmente lo que aquí les negamos como cualidad de su espíritu. No quiere esto decir que á veces no se retrasen en la acción dejándose ganar por otros elementos.

Con imparcialidad, más que nunca exigida en estos estudios, el Sr. Atienza indica que «durante los últimos años los españoles hemos perdido terreno, por no haber acertado á seguir la evolución que han realizado los comerciantes de las demás naciones aquí establecidos. Grandmontagne describió gráficamente las peripecias á que aludo en un notable artículo, titulado *La agonía del registro*, que publicó la revista *España* en uno de sus primeros números. Hasta hace poco, los españoles habían ejercido con extraordinario provecho el comercio llamado «de registro», organismo intermediario entre el comercio de importación y el minorista ó de detalle. Desarrollaron aptitudes excepcionales, trabajaron con bríos nunca superados por nadie, acreditaron gran número de marcas y conquistaron una posición digna de envidia. Pero de la noche á

la mañana las casas importadoras, especialmente las inglesas y alemanas, empezaron á establecer relaciones directas con el comercio minorista, al que dieron grandes facilidades para el cumplimiento de sus compromisos; prescindieron del intermediario, y el gremio de *registreros* comenzó á decaer de una manera visible y rápida. Es de notar que el personal que dichas casas han utilizado para llevar á cabo la evolución, ha sido español en su inmensa mayoría. Nuestros compatriotas debieron incorporarse, y aun anticiparse, á ese movimiento, para el cual contaban con un personal formado que les aseguraba la superioridad en la lucha con sus competidores. No lo hicieron, sin embargo, y bien sea por carencia de iniciativa, por excesiva confianza en la eficacia de su organización, por falta de capitales ó de crédito en los centros industriales de Europa, y principalmente en los de la Península, se dejaron aventajar por sus rivales, y ahora es mucho más difícil reaccionar contra las pasadas inadvertencias. A pesar de todo, hay síntomas evidentes de reacción, y no pierdo la esperanza de que muy pronto empiece á dar resultados fructuosos».

El español en América se hace también ambicioso, sintiendo á la par que la pasión por el bien, la pasión por la justicia, la pasión por la belleza, por el progreso, la de «ensanchar cada hombre el radio de su influencia y la esfera de su actividad en todas las manifestaciones de la vida», en vez de contentarse con lo poco é ir pelechando con ello á trueque del descanso, ó sea de cesar en el trabajo á media vida.

Hácese también el español allí tolerante, sincero, práctico, sin esfuerzo alguno; y mediante esa transformación, á que contribuyen mucho las condiciones del medio social americano, se han desvanecido en gran parte las diferencias que en la Península parece que dividen á los españoles de un modo irreductible.

Los españoles de la Argentina siguen con palpitante interés el desarrollo de la política en la madre patria. No obstante el pesimismo que hechos recientes han dejado caer sobre

sus almas, no se ha extinguido en ellas «el inagotable manantial de su fe en el resurgimiento de España.' Viven alerta, acechando el más leve indicio de reacción bienhechora. Y ese es su mayor dolor: que por ninguna parte perciben todavía un rayo de luz diáfana y pura á cuyos resplandores pueda nuestra patria orientar de nuevo su vida y volver á encontrar la huella de sus grandes destinos... Para aplacar sus ansias, acuden á la abundante información telegráfica de los grandes diarios argentinos, á las íntimas confidencias de la correspondencia epistolar, á la conversación con los que juzgan mejor enterados de los asuntos de la tierra; y cuando, después de haber apurado todos estos recursos, se encuentran con la decepción de la insulsa palabrería derrochada en los debates parlamentarios; con la estéril agitación de una política que no fomenta la navegación y el comercio, ni impulsa el progreso de la educación nacional, ni favorece la agricultura, ni abre un canal de irrigación, ni planta un árbol, ni funda una escuela; con instituciones docentes como la Universidad Central, donde el profesor designado para pronunciar el discurso de apertura del nuevo curso (¡y ese ha sido el profesor de Historia que el rey tuvo!) acaba de ofrecer á las naciones cultas de Europa el caso anacrónico de hacer la apología de la Inquisición desde lo alto de la cátedra; con reglamentaciones del descanso dominical en que se ordena la clausura de los mercados en las primeras horas de la mañana y se permite que día y noche permanezcan abiertas las tabernas; cuando, además de todo esto, se encuentran nuestros compatriotas de la Argentina con la insustancialidad absoluta de que adolecen los programas de todos los partidos, lo mismo el que está en el poder que los que aspiran á sucederle, natural es que se llamen á silencioso recogimiento, que se refugien en su mundo interior, y que á solas con su conciencia la interroguen si no está la salvación que anhelan y en que ponen todas sus esperanzas en otros principios y energías diferentes de aquellos á que fiaron hasta ahora la obra de la redención de la patria.»

Todas las opiniones políticas están representadas en la colonia. La más numerosa es, á lo que parece, la republicana; por lo menos, es la única que «colectivamente se ha constituído en forma de Liga, con un comité central y gran número de comités locales». Pero el Sr. Atienza afirma que «sumados monárquicos y republicanos, no representan más que una pequeña minoría en relación con los 300.000 españoles». Conforme á este hecho, puede considerarse desdoblada la colonia en dos grupos perfectamente caracterizados. De una parte, «los que se creen en posesión de una fórmula llamada á resolver en un día, y como por ensalmo, todos los problemas, en lucha encarnizada y sin cuartel con los poseedores de otras recetas igualmente milagrosas; y de otra parte, los que forman esa gran masa de trabajadores, libres de egoísmos, ambiciones y rivalidades, llenos de patriotismo y de espontaneidad, prontos al sacrificio y á la abnegación, y en cuyas almas es el recuerdo de la patria ausente algo santo y excelso, digno de un culto religioso, alimentado con ofrendas de impulsos viriles y de silenciosas veneraciones».

¿Y qué es lo que piensa esa masa respecto del presente y del porvenir político de España? Su situación de espíritu es, á juzgar por lo que dice el articulista, análoga á la de muchos patriotas peninsulares, á quienes la viciosa organización de nuestro Estado oficial impide llevar su acción á la obra de reforma.

«El grueso de esta colectividad — dice el Sr. Atienza — ha respondido siempre, con unanimidad admirable y entusiasta, á los llamamientos del patriotismo. Las explosiones de su amor á España en el duelo desigual con los Estados Unidos, son el rastro fulgurante de una leyenda; su desprendimiento en aquellas supremas circunstancias, un ejemplo único en la historia. Alucinada por el brillo sobreviviente de las glorias pasadas, no pudo sospechar la posibilidad de la derrota; y cuando la evidencia de la catástrofe cayó sobre su espíritu como un golpe de maza asestado por mano de gigante, quedó

anonadada por el estupor y el asombro. Y más tarde, á medida que iba recobrando la conciencia de la verdadera situación, y volviendo al sentimiento de la realidad, convirtióse toda ella en ojos y oídos, para tratar de percibir los todavía inciertos fulgores de reacción del espíritu patrio, y escuchar en el rumor de las olas que venían de las lejanas playas los primeros vagidos de la esperanza, precursores de varoniles renacimientos. Han pasado seis años desde aquellos días sombríos, y todavía no ve claro, ni ha oído la palabra profética de la ansiada regeneración. Sus incertidumbres y sus zozobras no son más que el reflejo fidelísimo de la confusión de ideas y propósitos que sigue reinando en la Península.»

Ni en los partidos gobernantes, ni en la masa del pueblo español, han visto aquel arranque necesario para remediar las faltas pasadas y resurgir como Prusia en 1808, Francia en 1871. Ni aun las agrupaciones políticas que se tienen por más radicales «han acertado á interpretar los anhelos generales de la masa, pronunciando el verbo de la revolución, para hacerla desde abajo, ya que no se ha hecho desde arriba». «La acción personal de Joaquín Costa, la más substanciosa y varonil de cuantas se han exteriorizado en la escena política, no ha conseguido conquistar energías colectivas suficientes para transformarse de fuerza latente y, por decirlo así, potencial, en fuerza viva, capaz de producir efectos positivos inmediatos.

»Todo esto ha llegado, por invisibles caminos, á la mente y al corazón de nuestra colectividad en la Argentina, y de aquí, no diré su desaliento, pero sí su actitud reservada y de expectativa, ante el fracaso de ese patriótico intento.»

«Vengan, sea de donde fuere, soluciones claras y definidas que lleguen á la entraña de nuestro pueblo, para reconstruirlo económicamente, para fomentar su progreso intelectual, para ponerlo á la altura de las naciones europeas, y la opinión en la Península se pronunciará en su favor con empuje irresistible, y sus palpitaciones se transmitirán instantáneamente al

alma de esta colonia. *Mientras esa honda revolución no se opere allí, no se espere que aquí renazca el entusiasmo, ni que estos españoles abandonen la actitud de expectación y reserva en que se han colocado.*»

El Sr. Atienza continuará, en números sucesivos, estas interesantísimas observaciones, de que seguiré dando cuenta en las *Lecturas*.

También en *España* (número de 2 de Septiembre) publica D. Gonzalo Segovia un artículo, que aquí importa recoger, titulado *El monumento á la Reina Católica y el descubrimiento de América*. Es una excitación á la colonia española, para que coadyuve con entusiasmo á la realización de la iniciativa de la Sra. Eva Canel y el Sr. D. F. de P. Oller, referente á la erección en Buenos Aires del monumento á que se refiere el título del artículo. Adheridos ya á la idea muchos de los elementos españoles de la Argentina, la Asociación Patriótica entre ellos, y bien acogida, como era lógico presumir, por nuestro Gobierno y por su representación diplomática en aquella República, se ha nombrado «una comisión mixta de españoles y argentinos, la que, sin pérdida de tiempo, se ocupase de nombrar comisiones en todos los centros importantes de la República; de pedir al Congreso Nacional el permiso correspondiente; de arbitrar recursos por todos los medios posibles, y de abrir un concurso entre escultores españoles (esto fué pedido por los señores argentinos presentes) para encargar la realización del monumento al autor del proyecto más grandioso y que mejor represente el hecho y las figuras de los que fueron partes activas en el descubrimiento.

»También se nombró una comisión provisional, compuesta del señor Intendente municipal D. Alberto Casares, concurrente á la reunión y decidido partidario del pensamiento, y de los Sres. Cané y Segovia, para que elijan el sitio en que ha de emplazarse el monumento y lleven adelante todos los trabajos preliminares».

La primera piedra del monumento debió colocarse, si es

que no han encontrado obstáculo los propósitos de la comisión, el día 26 del mes de Noviembre próximo pasado.

El número de Diciembre de 1903 de *Chile Moderno* (último que hemos recibido) forma un volumen de cerca de 300 páginas, con dos magníficas fototipias, y está, en su mayor parte, dedicado á Spencer, de quien traduce seis capítulos del conocido libro *Justice*, y varias monografías y fragmentos. Amén de otras traducciones, contiene igualmente una numerosa serie de *Apuntaciones bibliográficas*, por K. Newman, en que se pasa revista á obras americanas, españolas, inglesas y francesas, y un artículo del Sr. Cannobio, sobre el ingeniero dinamarqués Holger Birkedal, que tanto se ha distinguido en Chile.

Es hijo Birkedal, del Pastor Wilhelm Birkedal, que tanto influyó en Dinamarca en los días aciagos de las luchas con Prusia. Holger fué, como casi todos los dinamarqueses, soldado en la segunda guerra de Slewig-Holstein, terminada la cual volvió á sus estudios, hasta graduarse de ingeniero civil.

Trasladóse luego á los Estados Unidos, buscando, no sólo olvido á sus amarguras de patriota, sino «un campo más amplio para las empresas referentes á su profesión, llegando así á correr el trayecto del proyectado Canal Interoceánico por el lago de Nicaragua, Centro-América.

»Encontrábase en California cuando fué noticiado de las grandes empresas del famoso «Rey de ferrocarriles» Enrique Meiggs, en Chile y Perú. Guiado de su espíritu amigo de conocer países extraños y lejanos, se embarcó á fines del año 1869 en San Francisco con rumbo al Perú, dándose pronto á conocer en el trazo del ferrocarril de Pacasmayo á Cajamarca, ante el superintendente de la línea, Mr. Thomas Goin, como un ingeniero hábil y de irreprochable contracción y seriedad.

»Por eso, cuando en 1871 el Sr. Goin fué encargado de la construcción de un ferrocarril entre la caleta de Patillos y la salitrera de Lagunas, contrató á Birkedal para que efectuase el estudio y trazo de esa línea.

»Durante los tres años que se gastaron en completar esos trabajos y la construcción de la línea, hizo además un estudio, por encargo de un sindicato formado en Iquique, acerca de las posibilidades de regar una extensa parte de la Pampa del Tamarugal, trabajo de gran observación, y cuyo resultado hállase comentado en una obra dada á luz por el estadista peruano Guillermo Billinghurst».

En 1874 se trasladó á Lima, donde fué contratado por *The Guano Loading C.°* para efectuar las obras de esta empresa en Pabellón de Pica, Punta Lobos y Huanillos. En 1875 hizo un estudio para surtir de agua potable á Pisagua, tomada de pozos situados en la Pampa del Tamarugal en Dolores.

«El plano topográfico de la parte Norte de la provincia de Tarapacá que resultó de ese estudio, y que fué litografiado en Londres, como asimismo el plano que con anterioridad había levantado de la parte Sur de la región al terminar sus trabajos para la construcción del ferrocarril de Patillos, conjuntamente con una triangulación efectuada en la parte central de la región con el objeto de agregar nuevos datos al primitivo plano de Jorge Smith, sirvieron de base para la publicación que hicieron en 1886 los señores Wensioe y Wilson de un mapa del litoral de la provincia de Tarapacá, y en el cual encontramos como fuente de datos el nombre de Birkedal.

»Entre otros estudios de aquella época, es preciso mencionar un plano de la parte de la provincia comprendida entre el macizo de Lirima y el paso á Bolivia por Sibaya, como límite Este, y las salitreras de Pena Grande y Pozo Almonte, como límite Oeste, y un plano especial de la bahía de Patillos con un sondeo científico de la rada. Este trabajo fué publicado en la colección de mapas náuticos del Almirantazgo inglés, siendo de notar que Birkedal corrigió un error astronómico de longitud que había en planos anteriores. A continuación hizo la mensura para el levantamiento del plano de Iquique, con el fin de obtener la concesión para implantar un servicio de tranvías, efectuando al mismo tiempo un escrupuloso sondeo de la

bahía y un estudio de la isla Serrano, con el propósito de hallar el mejor modo de unirla con la tierra firme, formando con las rocas hacia adentro de la rada un rompeolas, lo que habría permitido la formación de una buena dársena».

Trasladóse, en 1886, á Chile. Las obras que en esta República ha realizado son numerosas, y notable su concurso militar en la guerra con el Perú.

Entre aquellas obras figuran: el plano minero del mineral de Batuco, como primer paso para efectuar la compraventa de la famosa mina «Desengaño», realizada en un millón y medio de pesos con la sociedad que, para continuar su explotación, se formó en Santiago al amparo de los prestigios de los Sres. Luis Aldunate y Uldaricio Prado; construyó el ferrocarril urbano de la Serena; estudió una línea eléctrica para competir con el ferrocarril de Coquimbo á Serena; contrató la construcción del ferrocarril del Estado de Huasco á Vallenar, y levantó, por encargo de D. Jorge Fergie, el plano minero de las pertenencias de la compañía minera inglesa «La Culebra», Vallenar, obra que fué litografiada en Londres. Todos esos trabajos constituían su constante afán hasta el año 1889, época en que, asociado al compatriota suyo, Brock, que le secundaba, hizo un notable estudio de un ferrocarril que tenía ideado desde mucho tiempo atrás. La línea de dicho estudio parte de Iquique, pasa por Pica, el lago del Huasco, el paso del Guallagalla, Salinas, las orillas orientales de los lagos Aullagas y Po opó, á Oruro, y de allí á La Paz, con un ramal en Oruro á Cochabamba.

Sobre esta importante obra trasandina, para cuya realización contaba con capitales ingleses, tuvo Birkedal en La Paz una conferencia con el Presidente de la República, D. Aniceto Arce, quien se manifestó favorable á la idea.

Efectivamente, este proyecto fué muy acogido por ambos países. Las concesiones de Bolivia estaban aseguradas, porque la conveniencia para esa república era obvia. Por otra parte, ese ferrocarril había sido una llave espléndida para el

fomento industrial y minero de Tarapacá, porque debía pasar por regiones muy importantes bajo diversos aspectos.

Presentados esos planos en 1890 á la Cámara de Diputados de Chile, no alcanzaron ser estudiados á causa de las dificultades que surgieron entre los Poderes Ejecutivo y Legislativo. Traspapelado permaneció ahí hasta que el incendio del Congreso, ocurrido en 1895, lo destruyó.

Tan guerrero como científico, tomó parte en la revolución chilena de 1881 y en la brasileña de Sareiva, combatiendo en ambos casos al lado del Gobierno. También peleó en la guerra turco-griega de 1897. En 1899 regresó á Chile y se encargó, por comisión oficial, del estudio del ferrocarril de Rayada á Papudo. Estudió luego la industria pesquera chilena, y en su informe se declaró contrario al sistema de emigración, recomendando la contratación de pescadores maestros.

Además, dió á luz en *El Ferrocarril*, en los números 2, 3 y 4 de Julio, un artículo intitulado *Los mares de Chile, inagotable fuente de prosperidad nacional*, destinado á mover las iniciativas particulares á la fundación de compañías de pesquería y de escuelas de pesca.

Prescindimos de mencionar otros servicios oficiales y trabajos técnicos de Birkedal, y terminaremos diciendo que los numerosos libros que ha escrito en danés, en castellano y en inglés son indispensables para el conocimiento de la moderna historia política é industrial de buena parte de Sud-América.

En la revista *Ideas*, de Buenos Aires, publica D.ª Elvira R. de Dellepiano un curioso artículo sobre *La mujer intelectual*. Prescindiendo de las consideraciones generales que contiene este trabajo, me limitaré á recoger los datos que trae acerca del feminismo intelectual en la Argentina.

Hace veinte años ingresaron dos mujeres en la Escuela de Medicina. Hoy son diez las doctoras en esta ciencia, y cincuenta las que estudian en diversas Facultades.

La primera doctora, Cecilia Grierson, tiene hoy una posi-

ción independiente y respetable. Ha sido fundadora de la Escuela de enfermeras y masajistas, de la de Primeros auxilios, de la Técnica profesional de mujeres y del Consejo nacional femenino, institución de gran trascendencia.

«La doctora Eyle, entrerriana, estudió en Suiza y revalidó su título en la Argentina. Médica de la Sociedad Militar durante mucho tiempo, cuenta hoy con una excelente clientela, fruto de su valiente lucha.

»La doctora Mauthe de Imaz, médica y madre, una de las primeras alumnas de su curso, desempeña una cátedra en la Escuela Normal, presta sus servicios profesionales en la clínica de mujeres del Hospital de Clínicas, y aún ha tenido tiempo de dictar un curso de Psicología experimental en la Facultad de Filosofía y Letras.

»Las doctoras Ucberda y Ratto, dos inteligencias robustas y animosas, recién egresadas de la Facultad de Medicina, con notas distinguidas, empiezan su carrera bajo los mejores auspicios. La primera es adjunta á la clínica del Hospital de Mujeres, y la otra ejerce con general aceptación en Entre Ríos, su país natal. Ambas tienen numerosa clientela.

»Las inteligentes doctoras Ana Mauthe, Atilia Canetti, Elvira y Ernestina López, que formaron el plantel de la Facultad de Filosofía y Letras, han dejado en ella marcado su nombre en caracteres imborrables, alcanzando las más altas clasificaciones, y siendo laureada una de ellas.

»Todas dan su valioso concurso á la educación común, desempeñando con conciencia cátedras que hasta hoy habían sido confiadas á profesores especiales.

»La doctora Canetti ha leído una serie de interesantes conferencias en que resaltan por igual su vasta erudición y su sano criterio. Y Ernestina López, después de haber colocado en primera fila el colegio que dirige, ha sido encargada por el Consejo Nacional de Educación de representarlo en la Exposición de San Luis, y estudiar en Europa y Norte-América todo lo que se relaciona con la educación.

»Tengo la seguridad que desempeñará cumplidamente su honrosa misión.

»Las Facultades de Medicina, Ingeniería, Derecho, Filosofía y Letras cuentan con discípulas que siguen los cursos á la misma altura que sus compañeros; y me es grato decir que en la última hay algunas que ocupan posiciones de primera fila, no obstante desempeñar al mismo tiempo las tareas del magisterio, pues es cosa curiosa que todas estas luchadoras han tenido que trabajar para costear sus estudios, siendo, por lo tanto, *todas*, fruto de sus propias obras.

»Ni la Farmacia, ni la Odontología, han escapado al asalto mujeril, y contamos con químicas, farmacéuticas é infinidad de dentistas, algunas de notable competencia.»

La autora hace constar que esta dedicación á los estudios no ha dañado lo más mínimo á la vida doméstica ni á las funciones de las estudiantes como «mujeres de su casa».

Refiriéndose á las que ya tienen título, dice:

«Cuatro de ellas son esposas, y hasta hoy no he oído que ninguno de estos matrimonios sea desgraciado, inmoral, ni que la mujer haya usurpado los derechos del esposo.

»Como madres, lo son en toda la acepción de la palabra, moral y materialmente, y espero que sus hijos serán hombres buenos, útiles, de conciencia y carácter, porque ellas pueden y saben dirigirlos.»

Como se ve, los antifeministas no hallarían fácilmente dónde hincar el diente, tratándose de las intelectuales argentinas.

HISPANUS

CRÓNICA LITERARIA

EL ARTE Y LA DEMOCRACIA

Uno de los poquísimos *gestos bellos*, una de las raras actitudes artísticas que se han visto en nuestra política de los días actuales, que por lo general se hace la ropa en la calle de Toledo, ó por los alrededores, fué el de D. Francisco Silvela al renunciar jefaturas presentes y presidencias futuras. Creo que desde aquel otro gesto hermoso de Cánovas tirando el poder en pleno Congreso para que no le soportaran, no ha habido en nuestra política cosa más ajustada á los cánones del buen gusto. Lo cual no impide que resoluciones como cualquiera de las citadas sean impopularísimas entre los partidarios de cualquier hombre político, cuyo ideal (el de los partidarios, y á veces también el del hombre) es adherirse al poder como una lapa, y no soltarle ni á tiros. Pero el sentir de los gobernadores de provincia y de los jefes de administración, á quienes resoluciones tales suelen inferir notorio perjuicio en sus carreras, no es decisiva en lo que pudiéramos llamar la estética de la conducta política.

Aunque no hubiera hecho otra cosa de gusto en su vida, creo yo que bastaría ésta para justificar la entrada del Sr. Silvela en la Academia de Bellas Artes. Muchos hay en ella que han entrado por menos. El Sr. Silvela no es crítico profesional de bellas artes, ni es tampoco pintor, escultor ó músico en sus ratos de ocio, ni siquiera se sabe que pinte acuarelas como el Sr. Maura; pero supuesta la latitud que suele darse al

concepto de la especialidad de cada Academia, y admitiendo, por tanto, que en la de Bellas Artes puedan ingresar los artistas de la palabra hablada ó escrita, hay que confesar que al Sr. Silvela le sobrarían títulos para ostentar esta nueva investidura académica, en la hipótesis de que para ser académico de alguna cosa se necesitasen, en efecto, títulos; hipótesis que la experiencia declara temeraria.

Hay algunos oradores más completos, más briosos, más grandilocuentes que el Sr. Silvela; hay bastantes escritores de mejor estilo y más caudalosa inspiración literaria; pero con dificultad podría sacarse orador de más ponderado buen gusto, de tan excelente proporción entre las facultades, tan ajeno á toda chocarrería y vulgaridad, como este político pretérito que después de haber representado primeros papeles en el escenario de la vida pública, ha ido, sencilla y discretamente, á sentarse en su butaca de espectador. Si es costumbre que los señores académicos de Bellas Artes hablen alguna vez en sus reuniones de esas artes que les están encomendadas, tengo por seguro que pocos habrá entre ellos que puedan y sepan decir sobre la materia cosas tan agudas é ingeniosas como las que dirá de seguro en tales pláticas el Sr. Silvela.

El cual, al ser académico, ha tenido que escribir un discurso. Es la primera y tal vez la única obligación del académico. Ese discurso trata de las bellas artes, como era razón tratar dirigiéndose á una corporación creada para honrarlas y representarlas.

Pero la disertación del Sr. Silvela no se encierra en las cuatro paredes de una tesis ni acota de antemano el terreno por el que va á discurrir, señalándose al empezar un asunto determinado. Se ha dicho que el discurso trataba de la situación del arte en las democracias, y de eso habla, en efecto, pero tocando antes muchas otras cuestiones que con la filosofía social de las artes se relacionan. Parece como si el Sr. Silvela, en vez de proponerse desde el principio el tema concreto de las relaciones del arte con la democracia, fuese mirando al pasar

cuestiones diversas referentes á las bellas artes y se detuviera al cabo frente á ésta, que le inspiró más interés que las anteriores ó le pareció de mayor importancia ú oportunidad. Su discurso es un discurso peripatético que se pasea filosofando amenamente por entre los problemas tocantes al aspecto social del arte, y al llegar á ese problema particular del arte y la democracia se pára algunos instantes para considerarle con mayor atención.

El Sr. Silvela emprende su excursión partiendo del movimiento de socialización que se observa en todas las esferas al finalizar el siglo XIX. Y, como es natural, se pregunta qué papel toca al arte en este movimiento y por qué sendas deben encaminarle los hombres para que contribuya á la obra del progreso humano. Aquí invoca el Sr. Silvela la trilogia de los fines ó los ideales humanos: el bien, la verdad y la belleza, por la afición á la cual le censuran algunos modernistas, alegando que todo eso data del tiempo de Cousin. En realidad viene de mucho antes, pero el tiempo ni pone ni quita al valor de los principios; y si algo hace, más bien les pone que les quita, puesto que les da la autoridad que emana del consentimiento histórico. La mayor parte de las verdades son muy viejas, y las que pretenden ser nuevas no lo son á menudo más que en la expresión y en el ropaje. Dos y dos son cuatro hace mucho tiempo, desde mucho antes que naciera Cousin.

Sigamos al Sr. Silvela. Va á desvanecer, según nos dice, pesimismos que andan muy en boga acerca del porvenir de las artes; nos va á indicar lo mucho que importa cuidar del sentimiento estético en los pueblos, los peligros que le amenazan y las tendencias que deben seguir los gobiernos para evitarlos. Lo primero que nos hace observar es que después de las religiones el arte es el elemento más poderoso de socialización, porque «no une tanto á los hombres pensar lo mismo y aun querer lo mismo, como sentir lo mismo». El fin principal del arte le parece que es producir una emoción estética con carácter social. El arte es en la sociedad una fuerza, es «un medio de

concordia social, universal y poderoso» que alivia las amarguras de la vida y dulcifica las costumbres. Realiza, en suma, el mito de Orfeo. Pero como la crítica de la razón pura y la crítica de la razón práctica andan á lo mejor desavenidas, resulta que no siempre hay armonía entre los progresos del arte y los de la sociabilidad.

El Sr. Silvela no cree en la teoría de Taine sobre la preponderante influencia que ejerce el medio social sobre la producción artística. La aparición del genio, las aptitudes especiales de cada uno de estos hombres singulares, y hasta el grado de capacidad de las muchedumbres para apreciar la belleza, le parecen cosas para las cuales no hay explicación histórica ni filosófica suficiente. Por ahí llega al problema especial de la posición en que se encuentra el arte en las democracias, y llega muy bien dispuesto para reconocer que son ilusorios los peligros que, según algunos, correrá en las futuras sociedades, plebeyas y materializadas, el culto á la belleza.

No el desorden, porque desorden no hay, pero la soltura de las razones del discurso, que no están atadas por la cadena de un argumento único ó de un método apretado y riguroso, convida á la imaginación á reconstruir la historia de este discurso en la mente de su autor. Ese indiscreto atisbo al fuero interno puede hacerse, tratándose del Sr. Silvela, con todos los riesgos de error inherentes á esta clase de imaginaciones; pero sin el peligro del aburrimiento. Tratándose de otros académicos, la aridez del paisaje que se ofrecería á los ojos de la curiosa é indiscreta fantasía la haría volver apresuradamente sobre sus pasos.

Yo me figuro al Sr. Silvela con la pluma en la mano, frente á las cuartillas, escribiendo su discurso. Como es hombre leído é ingenioso, se le ocurren muchas cosas acerca de las bellas artes, pero ninguna cautiva por completo su pensamiento. Como él fué político, aunque ha tenido el buen gusto de dejar de serlo, y como las cuestiones sociales están en el

ambiente, por el lado del aspecto social del arte van sus disquisiciones. De vez en cuando se complace en una digresión que atrae sus aficiones de hombre culto y erudito, como cuando se detiene á refutar la teoría de la decadencia fatal de la escultura á medida que los hombres fueron poniéndose más ropa, y el desnudo, frecuente en los espectáculos de Grecia, quedó proscrito del aire libre. Así, paso á paso, examinando una y otra teoría, recordando uno y otro autor, llega á esa cuestión de la democracia y el arte, y advierte que ha hallado lo que buscaba, y que su discurso, como el soneto á Violante, se ha hecho sin sentir.

*
* *

Detengámonos un momento, imitando al Sr. Silvela, ante esa cuestión del arte y la democracia. En el discurso del nuevo académico de Bellas Artes hay dos citas que pueden servirnos de jalones para hacer un deslinde previo en el asunto. «Renan declara—dice el Sr. Silvela—que no pudiendo vulgarizarse lo bello y no siendo posible que en las sociedades modernas se reduzca ya nada al disfrute de una selecta minoría, está destinado á desaparecer obscurecido por la ciencia; y Hartmann pronostica que en la edad madura de la humanidad, el arte será en la vida social lo que son en el día los teatros humildes, donde los tenderos de Berlín descansan de sus diarias tareas.»

Tenemos ahí dos cuestiones, dos oposiciones supuestas: el arte y la democracia, el arte y la ciencia; cuestiones que aunque en la realidad contemporánea estén estrechamente ligadas por los hilos que tejen entre sí y juntan en uno á los acontecimientos históricos de una época, son, en esencia, independientes y distintas. El que la democracia cree un medio social más ó menos propicio para el arte es cosa diferente de la competencia que pueda hacer al arte la ciencia en el futuro desarrollo espiritual de la humanidad. Mas como ahora coinciden

la democracia y el desarrollo de la ciencia, se ven estas dos cuestiones como aspectos diversos de una sola.

Y no sólo hay dos cuestiones. Hay también dos puntos de vista subjetivos, dos posiciones sentimentales diversas (porque aquí, como en muchas que parecen obras de la razón, el sentimiento tiene voz y voto decisivo). Uno es la arrogante é indiscreta apología de la ciencia, que se la representa saliendo de su Reino, llenándolo todo, triunfante y conquistadora, haciéndose dueña exclusiva del espíritu del hombre y absorbiendo poco á poco todo lo que en él ocupó algún lugar, concepciones religiosas, imperativos morales, delectaciones estéticas. El otro punto de vista es elegíaco y melancólico. Es una lamentación por el arte que no encuentra ya en las nuevas condiciones sociales, ó no encontrará en lo porvenir, clima propicio; es una elegía por la pérdida del misterio, que pereciendo á manos de la ciencia, nos deja huérfanos de arte y de poesía.

Estas dos cuestiones y estas dos posiciones subjetivas, y ante todo sentimentales, nos abren dos caminos diferentes, si es que, como al Sr. Silvela, nos tienta la curiosidad de saber cuál será el porvenir del arte. ¿Qué senda seguiremos? ¿Haremos rumbo hacia la democracia para inquirir qué destinos reserva al sentimiento estético, ó correremos tras la ciencia para preguntarle como Jahvé á Caín qué ha hecho de su hermano el arte? Si la cuestión del arte y la democracia es la que nos atrae, nuestro pensamiento se encontrará en el camino con la sombra de Renan; y si la interrogamos con maña, como antaño hizo Ulises en la tierra de los cimerianos con el adivino Tiresias, quizás nos dará la clave de sus recelos de artista epicúreo y aristocrático contra las democracias. Renan, que para los ultramontanos es un terrible revolucionario, era en realidad un hombre del antiguo régimen. Su credo político, tal como aparece en la *Reforma intelectual y moral* y en los *Diálogos* y *Dramas filosóficos*, esto es, en la plena madurez del pensamiento del célebre exégeta, historiador y filósofo, es un des-

potismo ilustrado, libre de preocupaciones teológicas, un régimen de clases y aun de castas. «Los países donde hay clases marcadas—dice—son los mejores para los sabios, pues en ellos ni tienen deberes políticos ni deberes de sociedad, y nada de esto les falsea... Por eso el sabio se inclina gustoso (no sin cierta dosis de ironía) ante los militares y las gentes del gran mundo. El contemplador tranquilo vive á sus anchas detrás de ellos, mientras que el sacerdote le estorba con su dogmatismo y el pueblo con su criterio superficial de escuela de primeras letras y sus ideas de maestro de aldea». Esto era lo que le satisfacía dentro de las realidades históricas inmediatas del pasado ó del presente, aunque su ideal remoto fuese aquella aristocracia de sabios, amos y señores de los demás hombres por derecho de su propia sabiduría, aristocracia cuya posibilidad expone Theoctisto en el diálogo *Rêves*. «En la Edad Media, la posesión exclusiva de caballos y buenas armaduras dió por siglos superioridad absoluta al noble sobre el villano. En el puente de Meaux, veintisiete caballeros acabaron con la Jacquerie en un día. La pólvora de cañón sólo sirvió al principio á la monarquía. En lo porvenir podrá haber máquinas que, fuera de las manos del sabio, sean utensilios sin eficacia alguna. Podemos imaginarnos así tiempos en que un grupo de hombres reine sobre los demás por virtud de un derecho indisputado. Entonces se habrá convertido en realidad el poder que la fantasía popular atribuía antes á los brujos. La idea de un poder espiritual, es decir, basado en la superioridad intelectual, sería una realidad. El brahmanismo ha imperado por espacio de siglos gracias á la creencia de que el brahmán podía aniquilar con la mirada á quien excitase sus iras. Esta creencia, basada en un completo error, carecía de cimientos sólidos; pero acaso llegará día en que la ciencia goce de un poder semejante, sin que haya en él ilusión alguna. La superioridad de sus medios será tal, que no podrá existir siquiera la rebelión. Durante siglos, los dogmas cristianos tuvieron fuerza suficiente para quemar á los que los ne-

gaban: los dogmas científicos podrán aniquilar directamente, *ipso facto* á quienes los nieguen».

Estos ensueños de Renan, esta concepción de una aristocracia que fuese la cabeza de la humanidad, el depósito de la razón colectiva, dicen ya por sí solos que no podía ser juez imparcial de la democracia ni de su capacidad, para nada, hombre que así pensaba. Fouillée, en su *Concepto moderno del Derecho*, refutó con razones morales y jurídicas la teoría del autor de la *Historia del pueblo de Israel*. El Sr. Silvela la refuta también con un argumento de mecanismo político que es concluyente. Todo lo que se dice del triunfo abrumador de la mediocridad en las democracias tendría cierta razón de ser y de decirse si se tratase de democracias directas que pudieran juntarse en un foro para imponer la vulgaridad con sus plebiscitos. Mas las democracias modernas obran por representación, delegan en minorías, no son un cuerpo amorfo en que todos sean á la vez directores y dirigidos. Y no está probado que, como medio de selección de elementos directores, sea inferior una organización democrática á una organización de clases bien deslindadas, en que la ley de herencia ha de flaquear en plazo más ó menos largo. Tiene el gobierno popular moderno sus puntos vulnerables, y no es el menor ser un régimen de palabra, de oratoria, que ofrece fáciles caminos de ensalzamiento y predominio á charlatanes y sofistas. Pero no hay sistema de gobierno que no tenga inconvenientes, y algo hay que fiar en la difusión de la cultura, que, elevando el nivel de los ciudadanos, ha de elevar también el de sus gobernantes, al enseñar á aquéllos á escogerlos mejor.

Lo que teme el Sr. Silvela es que estas minorías directoras, salidas de la democracia y encumbradas por ella de súbito, carezcan de buen gusto y se comporten como groseros advenedizos. Recela que pueda predominar un ruin y estrecho criterio de utilidad, que desdeñe ó tenga en poco los adornos y el recreo del espíritu, jubile á las humanidades y al culto á la belleza, y se ocupe sólo en crear productores de riqueza. Pero

¿no advierte el Sr. Silvela que es poco equitativo comparar estas aristocracias nuevas, que en sus principios tienen tan cercano el origen plebeyo, con las históricas, depuradas por largos siglos de posesión de su superioridad y por una herencia ya larga de ociosidad elegante y trato social distinguido? Muchas generaciones de barones toscos y groseros, desdeñosos hacia el saber, sin pizca de estética en la mollera, hombres de presa y de rapiña, se han necesitado para que, afinándose el tipo, llegara á convertirse en el cortesano del siglo XVIII ó el noble de los días actuales. Cualquier tocinero de Chicago ó cualquier comerciante de la City de Londres tiene muchísima más cultura y más sentido estético que los fundadores de los linajes feudales, y además el ambiente de las sociedades modernas ofrece tales facilidades para la asimilación de todo lo que representa superioridad, que la obra de afinamiento, que antes requería siglos, se hace hoy en espacio de una generación. El hijo de un contratista enriquecido emula en distinción á un descendiente de los godos. Y hay que contar, además, con que la estética del trato social no es la estética, grande y luminosa, del arte.

Tampoco la ciencia parece amenazar con sus futuros progresos la existencia ni la estimación del arte. Fecundo en descubrimientos y trabajos científicos ha sido el siglo XIX, y no inferior en producción artística, como observa el Sr. Silvela. La relatividad del conocimiento humano asegura perpetuos y dilatados dominios al misterio. Y aun en el mismo territorio explorado y alumbrado por la ciencia, á lo maravilloso fantástico de antaño sucede otro género de maravilloso, que, con ser positivo, ofrece alimento equivalente á la fantasía. El radio, por ejemplo, es casi tan interesante como la piedra filosofal de los alquimistas. La sugestión puede poner en parangón sus portentos con los de la antigua hechicería. Lo de que la ciencia torne prosaico y vulgar al mundo, y quite motivos á la inspiración artística, es un prejuicio de espíritus anticientíficos que creen que la ciencia puede llegar á explicarlo todo, y

que las cosas explicadas y claras carecen de interés para el artista. El saber afina el espíritu y aumenta los motivos del sentimiento estético; da á la mente mayor potencia visual; nos hace ver más objetos y más aspectos y matices en cada objeto. El peligro que pudiera ofrecer el desarrollo científico, si siguiera siempre por sus actuales derroteros, para el porvenir de las bellas artes, sería el fraccionamiento extremado de los conocimientos, la visión parcial y minuciosa del especialista, menos adecuada para engendrar creaciones artísticas que las concepciones generales y sintéticas de las cosas. Mas el especialismo en su predominio actual es una fase del desarrollo científico. De sus inducciones saldrán sistemas, filosofías, metafísicas, y quedará reducido á lo que es: á una parte de la investigación y del saber.

Además, el saber sirve para que se conserve mejor el patrimonio artístico de la humanidad. Como dice muy bien el Sr. Silvela, hoy es mucho más difícil que se cometan los atentados contra el arte que en otras épocas, que algunos juzgan más saturadas de sentido estético, se cometieron.

No parece, pues, que haya que temer, ni de la democracia ni de la ciencia, peligros serios para el porvenir de las bellas artes. Más bien puede esperarse que la nueva constitución política de las sociedades (porque en los tiempos actuales la democracia más que una escuela es un fenómeno histórico, una realidad de los tiempos, en que todos participamos) y los progresos del saber científico han de crear un medio más favorable para el refinamiento estético. La independencia del artista sale ganando con que el éxito de sus obras dependa, no del amparo de un Mecenas, sino de la aprobación de públicos numerosos. El que depende de muchos á nadie está sujeto en particular, y de hecho es libre, ó se aproxima mucho á la libertad. Hay que tomar esos temores de la desaparición del arte como una lamentación postrera del espíritu tradicional. La estética suele ser el último refugio de las cosas amenazadas de muerte. La fuerza, la razón y el sentimiento estético

marcan con frecuencia etapas distintas en la existencia de las cosas de creación humana. En su triunfante juventud se imponen por la fuerza; cuando empiezan á declinar se defienden con la razón, y cuando ya andan escasas de argumentos y destituídas de fuerza, se amparan de la elegancia, de la distinción y el buen gusto. El último ataque de las cosas vencidas á sus adversarios es llamarles *cursis*.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: La literatura animalista.—Los epigramas de Montaspro.=Costumbres: El gran sacerdote del Sol en Chicago.=Psiquiatría: El sentimiento musical en los dementes.=Impresiones y notas: La nación polaca.—El ferrocarril de la Virgen y el del Monte Blanco.—El oro en el mundo.

LITERATURA

La literatura animalista.—El famoso libro de Rudyard Kipling, *La Jungle*, ha abierto el camino del género, y los norteamericanos se han lanzado de lleno por la nueva vía, contándose entre los mayores éxitos de librería tres obras en que los animales son protagonistas, siendo los autores miss Inés Repplier, Ricardo Harding Davis y Jack London. De este autor y de su obra *El llamamiento de los antepasados* es de la que queremos hablar especialmente, por tratarse de un autor realmente genial y de una obra que se aparta de todo lo hasta el presente conocido, por la viveza y verdad de las descripciones y lo vívido de las escenas que contiene.

Jack London nació en San Francisco en 1876; obligado á ganarse la vida, ejerció toda clase de oficios, incluso el de vagabundo, y recorrió el inmenso territorio de los Estados Unidos, teniendo unas veces qué comer, y durmiendo no pocas al aire libre con el estómago vacío; de regreso en Oakland, se le ocurrió seguir los cursos de segunda enseñanza, se aficionó á

los libros, y se decidió más tarde á entrar en la Universidad de California para completar su educación; pero al año, en 1897, estalló la fiebre de las minas de oro del Klondike, y London no pudo resistirla; no trajo de allí mucho dinero, pero sí su vocación de autor, siendo sus mejores obras las que reflejan los recuerdos de su estancia en aquel país. La crítica ha saludado en Jack London un astro de primera magnitud, y aunque algunas de sus producciones dejen algo que desear, fuerza es reconocer que hay otras de verdadera valía, y entre ellas *El llamamiento de los antepasados*, que podría traducirse mejor por *La voz de la sangre*.

El héroe de la novela es Buck, un perro magnífico, hijo de un san-bernardo y de una perra escocesa de pastor; se cría señorilmente en una opulenta granja, hasta que un día uno de los criados de la casa pierde al juego, y lo vende á unos agentes encargados de reclutar perros en 1897 para los trabajos de transporte de Alaska. Entonces comienza la historia del retroceso del perro doméstico al perro salvaje, que es el fin de la novela.

Buck no había sido nunca atado ni golpeado; cuando le quisieron meter en la jaula se defendió con bravura; pero le apretaron la cuerda, y medio ahogado entró en el tren, donde pasó dos días sin comer atravesando países desconocidos. A la llegada fué transportado á un patio, donde le esperaba un hombre con un jubón rojo, como los antiguos verdugos; Buck quiso vengar en él todas las humillaciones y malos tratos que acababa de sufrir, y saltó sobre él furioso; un golpe formidable que recibió en el hocico le hizo comprender que tenía delante un enemigo terrible; cayó rodando, pero se levantó más enfurecido y brincó de nuevo sobre el hombre rojo, que le dió otro golpe como el primero; y así continuó la pelea, hasta que el pobre Buck cayó extenuado, sin fuerzas para levantarse; entonces el hombre rojo se acercó á él, y á sangre fría le descargó en el hocico el último golpe, más violento que los anteriores; con un aullido de dolor, Buck se incorporó y saltó ra-

bioso sobre su adversario, y entonces vino el golpe final, inesperado, reservado para aquel instante; Buck cayó desvanecido, y aprendió la terrible lección que se le enseñaba: un hombre con un palo es una fuerza á que hay que someterse.

Y Buck se sometió, llegando á Alaska en compañía de otros perros, y aprendiendo allí á transportar trineos. Mordido al principio por los perros veteranos, se resigna esperando su hora; un compañero menos astuto se hizo provocar á combate singular, y vencido en él, fué devorado por los demás perros de la tropa; Buck aprovecha la terrible lección y sabe aguantar todas las bromas, hasta las de los perros que le quitan su ración por no darse bastante prisa á devorarla. Una horrible noche de frío y de tormenta en que le echaron de la tienda, Buck busca á sus compañeros para enterarse de lo que debe hacer, y no los encuentra por ninguna parte, hasta que al fin tropieza con una hura abierta en la nieve endurecida que abrigaba á uno de sus colegas; hace lo mismo que él, y desde entonces no se apura por falta de albergue, sabiendo cómo buscárselo, y hasta complaciéndole aquella vida aventurera.

El momento épico de la vida de Buck es su combate con Spitz, un terranova jefe de la traílla, que desde el primer día había olido en Buck un rival y se había declarado su enemigo. Buck sufrió con paciencia las primeras perradas de Spitz y hasta algunas dentelladas; pero á medida que iba estando más seguro de sí mismo, protestó contra aquellas injusticias y provocaciones continuas, y acabó por amotinarse contra él, arrastrando á sus compañeros á desconocer la autoridad del perro conductor del trineo. Una tarde vieron una liebre, y todos los perros corrieron tras ella, con Buck á la cabeza; Spitz aprovechó la ocasión para atacar cobardemente de costado á Buck; éste creyó llegada la ocasión, y plantándose de pronto, hizo frente á Spitz aceptando el combate; los demás perros formaron círculo en torno de ambos rivales. La página es épica y merece ser citada íntegra, como lo hace Alberto Schinz en *La Revue*.

«La hora había sonado. Era á muerte. Spitz era luchador experto; su cólera era terrible, pero no ciega. En su pasión de desgarrar y destruir, no olvidaba que su adversario estaba animado de la misma pasión de desgarrar y destruir. No se precipitaba nunca antes de estar dispuesto á recibir al contrario, precipitándose sobre él á su vez, y nunca atacaba sin tener prevista la parada. En vano Buck intentó hundir sus dientes en la garganta del gran perro blanco; dondequiera que atacaba buscando la carne blanda, encontraba siempre los dientes de Spitz. Los dientes chocaban contra los dientes y los labios colgaban ensangrentados. Buck no conseguía siempre alcanzar á su enemigo, siempre en guardia. Entonces se calentó y envolvió á Spitz en un torbellino de asaltos; se esforzaba siempre en llegar á aquella garganta blanca donde se veía hervir la sangre cerca de la superficie, y todas las veces Spitz le daba un mordisco al parar la acometida. Buck adoptó todavía otra táctica: aparentaba dirigirse á la garganta, y luego, de pronto, echando atrás la cabeza y resbalando con el cuerpo hacia delante, lanzaba sus espaldas como un carnero sobre las espaldas de Spitz para derribarle; pero su espalda era la que salía acribillada á cada tentativa, mientras que Spitz saltaba ligeramente de lado. Spitz estaba todavía sin heridas, mientras la sangre corría en arroyos del jadeante cuerpo de Buck. La lucha se hacía desesperada, y todo el tiempo el círculo silencioso de los perros-lobos estaba esperando para arrojarse sobre el vencido y devorarlo. Como Buck parecía perder aliento, Spitz empezó á tomar la ofensiva y le obligó durante mucho tiempo á luchar para tenerse en pie. En un momento dado Buck rodó, y los sesenta espectadores avanzaron para el festín; pero se rehizo casi antes de tocar la tierra, y el círculo de perros volvió á formarse en nueva espera muda.

»Buck poseía una cualidad que suplía, llegado el caso, á la solidez: la imaginación. Combatía por instinto, pero podía combatir también por el cerebro. Atacó de nuevo como si en-

sayase otra vez el golpe de espaldas de antes; pero en el último instante, en lugar de ataque, se deslizó por la nieve, y sus dientes se cerraron sobre la mano izquierda de Spitz; se oyó un chasquido de huesos, y Spitz hizo frente á su adversario en tres patas. Por tres veces intentó Buck derribarlo, y luego repitió la astucia anterior rompiéndole la otra mano. A pesar del dolor y la debilidad, Spitz luchó ferozmente por mantenerse; veía el círculo temible de los ojos ardientes y de las lenguas colgando cerrarse sobre él como había visto muchos otros círculos semejantes cerrarse sobre sus antagonistas. Aquella vez él era el vencido. No había esperanza; la piedad era cosa reservada á climas menos severos. Buck era inexorable y maniobraba para el asalto final; el círculo se había estrechado, y sentía el cálido soplo de los perros-lobos en sus costados. Podía verlos por encima de Spitz y de ambos lados, recogiéndose ya como para lanzarse todos; sus ojos estaban fijos en él. Se pasó un instante. Cada uno estaba tan inmóvil como si fuera una estatua de piedra. Sólo Spitz temblaba y se erizaba, vacilante, balanceándose de atrás adelante y gruñendo espantosamente como para asustar á la muerte amenazadora. Entonces Buck saltó, y su espalda logró encontrar en ángulo recto la de su adversario, derribándolo. El lúgubre círculo se hizo en seguida un punto negro sobre la nieve inundada de luz lunar; Spitz había desaparecido instantáneamente. Buck se quedó donde estaba, mirando como campeón afortunado, bestia victoriosa y señora, que había efectuado su asesinato y que le encontraba bueno.»

Buck conquistó así el cargo de jefe, y se negó á ser dirigido por ningún otro perro. Sus instintos de lobo eran cada vez más pronunciados, y cuando oía á los lobos aullar á la luna, su pelo se erizaba como electrizado por aquellos gritos. Un día corrió tras un lobo largo tiempo, y cuando le alcanzó se acercaron sus hocicos y quedaron amigos. Así hizo algunas escapatorias; y cuando perdió á su último amo en un combate con salvajes, pareció decidirse á dejar la vida doméstica. Al

principio hubo una lucha feroz entre Buck y los lobos, pero al final todos se reconciliaron.

«Un lobo largo, macilento y gris se adelantó con precaución y de un modo amistoso; Buck reconoció al lobo tras el que había corrido y con el que había pasado una noche y un día. Gemía suavemente, y cuando Buck se puso á gemir también, se reconocieron y sus hocicos se tocaron. Entonces un lobo viejo, descarnado, estropeado por la batalla, se acercó á su vez. Buck le enseñó los dientes como para gruñir, pero acercó su hocico. Tras esto, el viejo lobo se sentó, levantó la cabeza hacia la luna y lanzó un largo aullido. Y los demás lobos se sentaron y aullaron también. Y en aquel momento la voz de la sangre habló en el interior de Buck con acentos que no era posible desconocer. Se sentó también y aulló como los demás. Hecho esto, salió del ángulo donde se había retirado para hacer frente á los lobos que le habían atacado, y todos se oprimieron en torno suyo gritando de un modo medio salvaje medio amistoso». Y así entró Buck á formar parte de la sociedad de los lobos, sus antepasados.

Lo que nos emociona en el libro de London es lo que hay de humano en aquel perro, que es lo mismo que nos fascina en La Fontaine: el hombre que hay siempre oculto detrás de sus animales y que habla por boca de ellos.

***

Los epigramas de Montaspro.—El marqués Paulucci de Calboli exhuma en *La Revue* el recuerdo de los grandes desconocidos de la literatura del siglo pasado, abriendo la serie con el nombre casi ignorado del marqués Ludovico Merlini ó Luciano Montaspro, digno verdaderamente de salir del olvido en que yace.

Ludovico Merlini nació en Forli en 1805; arruinada su familia por las guerras napoleónicas, fué destinado á la carrera eclesiástica; pero le faltaba vocación, y se dedicó á todo, menos al sacerdocio. Era cínico, librepensador, mordaz, bueno

en el fondo, pero acerado en cuanto se le acometía, vivo y oportunísimo en la réplica, y teniendo lo que J. B. Rousseau llamaba *razón sazonada*, pero con pimienta.

Sirviendo de cicerone al obispo de Imola en la pinacoteca de Forli, el obispo preguntó á Montaspro qué le parecía de un cuadro que representaba á Adán y Eva en el paraíso terrenal.

—Este cuadro—dijo Montaspro—me parece completamente herético.

—¿Por qué?

—Porque, según la Biblia, ni Adán ni Eva han nacido de mujer, y ahí los han pintado con ombligo.

Otro día, en el casino, después de haber leído un nuevo periódico titulado *El Despertador*, escribió debajo: «Si se vuelve á dormir, hará mejor».

Murió en 1888, á los ochenta y tres años, conservando, gracias á su vida sobria y arreglada, todas sus facultades, y sus últimas palabras fueron: «Siento que la muerte está en la antesala; dejadla que éntre».

Se conocen de Montaspro 800 epigramas publicados y otros muchos inéditos, que corren de boca en boca; los publicaba por cientos, y los vendía á peseta; pero se vendían tan pocos, que tenía en su casa montones de ejemplares, y como no era rico, pues su principal ingreso era el de novecientas y pico de pesetas que le daban como bibliotecario del Municipio, cocía los huevos de su almuerzo quemando algunas hojas de sus folletos; siendo, por lo mismo, muy difícil encontrar hoy la colección completa de sus epigramas.

En ellos no se acomoda á regla ninguna; y si hay epigramas que cumplen el precepto clásico de ser «pequeños, dulces y punzantes», los hay de 24 y 30 versos, que son más bien pequeñas sátiras. El estilo es frecuentemente pesado, y el verso es pobre; pero, en cambio, el contenido es precioso, lleno de salidas ingeniosas, de rasgos profundos y oportunos, de flechazos certeros. Comparado con los antiguos, se diría que tiene

el colorido de Caluto, la vivacidad de Petronio y la gracia de Marcial; de los modernos, tiene el dón de morder en frío de Piron, las buenas formas de Pons de Verdau y la sonrisa cínica de Voltaire; entre los italianos, recuerda el modo de otro desconocido, Ceferino Re, de quien es el epigrama que dice:

Estudiando francés está Fanní,
y ya sabe decir á todos: *oui*.

La labor de Montaspro es obra de saneamiento social, y todos los partidos, todos los pueblos y todas las edades le ofrecen ocasión para soltar algún flechazo; todos los problemas sociales suministran flechas á su arco, y todas las iniquidades le tienen por enemigo resuelto, trocándose á veces el burlón en filántropo indignado; así puede citarse este grito de noble dolor, que vale por un tratado entero de moral:

Parece que alguien llama. Lisa, corre.
La chica corre, y vuelve: —¡Nadie! ¡Un pobre!

Así también pueden citarse estos otros acerados versos contra la costumbre de las *reemplazantes* ó amas de cría:

Si los nobles y los príncipes
dan sus hijos á criar,
¿por qué has de reconvenirles?
Así se hacen desde niños
La sangre de los pobres á chupar.

Los burgueses no suelen emplear bien su dinero, ni destinan bastante á los pobres; de aquí otro epigrama sangriento:

Se lee entre los gastos
de cualquiera burgués
del país que se quiera:
«Gastado en este mes:
para pobres, un franco;
seiscientos francos por un galgo inglés».

Y como esa burguesía, no sólo en vida, sino después, sigue haciendo mal uso de su dinero, dejando los ricachones su for-

tuna para costearse pomposos funerales, muchas misas y un soberbio mausoleo, como si «no hubieran nacido más que para hacerse enterrar», les flagela así:

En este rico túmulo
de oro y mármol fulgente
el ilustre Odaliso,
de la plebe apartado,
se pudre noblemente.

La hacienda de los Gobiernos merece también su vapuleo, y Montaspro no se lo perdona:

Preguntado Bautista,
profundo publicista,
por las pesetas que con más provecho
gasta todo Gobierno, con derecho,
respondió: —Las pesetas
que deja á cada cual en sus gavetas».

La irritante distribución de condecoraciones que, creadas con fines nobilísimos de enaltecimiento y distinción del mérito, se ven prostituídas por el favoritismo y la venalidad, exalta la vis satírica del marqués Merlini:

Tus cruces, caballero,
cruces son de cementiero:
cada cruz en tu frac ó cada palma
indica una virtud muerta en tu alma.

—

Todo en el mundo se halla en proporción:
al simple bribón, la cuerda;
pero al grande bribón, el gran cordón.

—

¿Sabe alguien lo que cuestan
los honores al noble Salvador?
Le cuestan el honor.

Al lado de estos flechazos sangrientos hay epigramas que más bien parecen máximas morales, como el siguiente, tan lindo como delicado:

A un famoso agricultor
preguntaba un aldeano:
—¿Cuál abono es el mejor
para obtener mejor grano?
Y él le respondió: —El sudor.

Estando en el café de los Cazadores, de Bolonia, con Carducci, Panzacchi, Richi, Paulucci y otros, se suscitó una violenta discusión entre poetas veristas é idealistas, que Montaspro terminó con el siguiente epigrama, calificado por Carducci de golpe de maza aplastante contra los sanchopancescos adoradores de la materia:

Un bravo coronel, en un combate,
grita desesperado:—¡La bandera!
¡Salvadla, vive Dios, aunque se os mate!
Y un soldadejo, oyéndole, que era
poetilla verista:—¡Qué dislate!
dijo, huyendo cobarde.—¡Yo me escapo!
Morir no quiero por salvar un trapo.

Con los diplomáticos es cruel: «La moral de un jesuíta, el corazón de un carretero, la religión de un cardenal viejo, la digestión de un verdadero filósofo, la razón de un soldado, la conciencia de un abogado, el honor de un cortesano y el enfurruñamiento de un fraile franciscano; orgullo español, hipocresía china, palabra griega, cortesía francesa, el cerebro lleno de números y las uñas de tinta, le gusta la cruz, pero sólo en el pecho; ¿te parece un monstruo? ¡Imbécil! ¡Es el perfecto diplomático!»

También las mujeres tienen su ración de sátira, siendo el amor para Montaspro una debilidad, y la mujer el *homo imperfectus* de Averroes; de aquí sus dardos, no tan envenenados, pero sí despreciativos:

—¿Qué hace allí de rodillas Trimalción?
—Da á Nina, en homenaje, su razón.

—

—Mira, mira, ¿qué veo?
¿Aquella señorita en el paseo?

—Es muy digna de aprecio.
—¿Tú la conoces?—Mucho.—¿Y es decente?
—Sí, decente... ¡en el precio!

—

—¿Cuántos años me dais?—dice Violante.
—Ninguno, porque tiene usted bastante.

—

Por conquistar al hombre, las mujeres
usaban antes recortar su popa.
Hoy, si popa no tienen, la fabrican,
y se la hacen de estopa.

Montaspro tiene sus ribetes de antisemita, y de ahí epigramas como el siguiente: «El día en que resuene la trompeta del juicio final, ¿quién saltará primero de su tumba? De seguro un judío, á quien le parecerá oir la trompeta de una subasta pública».

Bastan las citas hechas para apreciar el valor satírico de Montaspro. ¿Rectificará la posteridad el juicio de los contemporáneos?

COSTUMBRES

El gran sacerdote del Sol en Chicago.—La América anglosajona, asiento de todos los grandes progresos de la vida moderna, es también el gran laboratorio de las supersticiones contemporáneas, demostrándose así una vez más la necesidad que los hombres más materializados sienten siempre de un ideal, de una creencia en algo que les desligue de los puros intereses terrenales; allí florecen los mormones, y Dowie y la madre Eddy, y allí ha hecho su aparición Hanish, un persa real ó fingido, cuyo nombre parece ser Otman Sar Adusht Hanish.

Habiendo comenzado á predicar su doctrina de salvación física y espiritual en Denver, en el Colorado, sin gran éxito, trasportó su centro de predicación al Ilinwa, á Chicago, que es la ciudad más á propósito para la siembra de dogmas nue-

vos, según afirma en *La Revue* L. de Norvins. El Sar Hanish se anuncia como el *Gran sacerdote del Sol*, poniendo su culto por encima del de los Guebros y demás Zoroastristas. Su traje sacerdotal tiene colores simbólicos variados, tan hábilmente dispuestos que impresionan vivamente, lo mismo que sus rítmicas ondulaciones, á los pobres de espíritu que le siguen; éstos le llaman y honran como padre, y él los llama hijos, extendiendo sobre ellos las manos y derramando sobre su frente «la gran fuente de toda luz y vida» que emana de él, purificándolos de todo germen de corrupción y hablándoles en términos místicos y altisonantes de la filosofía exotérica del *Mazdao*, de la que es revelador de nueva especie.

Llegado á Chicago en Septiembre de 1902, Hanish se ha declarado heredero sin mancha de los primitivos sacerdotes del Sol, ofreciendo comunicar los secretos y virtudes de su pureza; pronto llegó á reunir en torno suyo unos centenares de adeptos, seducidos por su elocuencia apasionada y vibrante y por su juventud y su belleza; cuando, les dice, en Teheran, entró en el templo de Kermanshah, á los doce años, y allí le instruyeron en los misterios del verdadero culto de la luz hasta los veinte años; de aquella antiquísima filosofía, grabada en jeroglíficos cuya clave tienen aquellos sacerdotes, han tomado sus máximas todas las religiones, el Avesta, la Biblia, los Evangelios y el Corán; Jesús mismo estuvo en el templo de Kermanshah, donde le enseñaron aquella religión que luego modificó en Judea; pero ni Jesús ni Zoroastro han podido salvar al mundo porque, según Hanish, han cimentado su culto en un Dios personal y en la vida futura, cuando lo que se llama Dios no es más que la Verdad inmanente en todo hombre, y de la vida futura no sabemos nada, ya que el hombre sólo conoce el presente y todo lo que sabe es que existe.

El Sol mismo no debe ser adorado sino como un símbolo; el Sol que creemos ver no existe realmente; es el foco en que convergen las luces de todos los astros, y también «el foco de la gran luz que es la vida». La vida es esencialmente terres-

tre, y el deber principal del hombre es prolongarla. El culto predicado por Hanish es el de la longevidad, y por ahí seduce á los que aspiran á vivir muchos años. El hombre, según Hanish, puede vivir en las condiciones actuales de la sociedad cerca de cinco siglos; el promedio de cuarenta, cincuenta ó sesenta años es irrisorio; el hombre de hoy se mata cada día un poco por su mala alimentación, por la falta de higiene y de método.

El nuevo culto es una especie de macrobiótica religiosa de mesianismo vegetalista. Comemos demasiado; las tres comidas diarias que por lo menos hacemos son perjudiciales al estómago y, por consiguiente, á la vida. El dogma higiénico de Hanish es «comer poco para vivir mucho»; y cuando dice «comer poco», no se crea que ésta es una expresión vacía de sentido, pues Hanish quiere que todos los creyentes se limiten, por todo alimento, á comer dos granos de trigo al día; entiéndase bien, «DOS GRANOS DE TRIGO». «Dos granos de trigo, dice, pueden dar perfectamente á un hombre valido y robusto toda la fuerza y salud apetecibles, y son locos lo que comen más; el alimento es mucho menos útil al cuerpo que el aire; si el hombre se dedicase á respirar aire puro, sacaría de él todo lo que necesita para vivir; no es del todo imposible ayunar durante semanas y meses enteros, y hay sacerdotes en Kermanshah que han vivido sesenta y cinco años sin tomar jamás diariamente más que un vaso de agua y dos granos de trigo tal como los produce la naturaleza».

«Si hay proletarios, añade, es porque se come demasiado; obligad á vuestro cuerpo á someterse á un ayuno bienhechor, y os haréis ricos hasta los que no tenéis más que un corto salario, pues de ese salario no tenéis que tomar más que un ochavo para atender á vuestra alimentación. Cuando los ricos se sometan á esta ley, comprendiendo que la longevidad es el único bien real de la existencia, si se basa en la salud, harán servir sus fortunas para las buenas acciones; lo que el hombre necesita es oxígeno para la vida física, y fósforo para la vida

mental. ¿Y qué hace hoy? Gasta como insensato el oxígeno y se deja invadir por el ázoe, que acabará con la humanidad si logra eliminar el oxígeno, desperdiciando además el fósforo; el mundo progresa por ciclos, y ahora estamos en el «ciclo azótico»; dentro de cincuenta años entraremos, si la razón del hombre se encarrila, en el ciclo fosfórico; los que entonces quieran vivir mil años, los vivirán sin más que hacer lo que yo; yo no cómo más que dos granos de trigo diarios, ni bebo más que un vaso de agua, y estoy seguro de vivir tanto como Abraham; ¿por qué? porque creo en el mazdao y lo practico».

Todo esto lo dice el Sar Hanish solemnemente, revestido con una blanca túnica ceñida al talle por ancho cinturón, y envuelto en un manto rojo, amarillo, azul ó purpúreo, según el ritual del día, conmoviendo profundamente á su auditorio, aunque parezca increíble, con el fin de llegar á fundar un templo grandioso para la nueva religión. En Denver, antes de Chicago, consiguió convencer á una señorita sencilla y exaltada, que se impuso rigurosamente el régimen de larga vida, y se murió á los pocos días de imponérselo; como era enfermiza, no acusaron al gran sacerdote del sol de su muerte; pero Hanish comprendió que aquel ejemplo podía ocasionarle un fracaso serio, y emigró á Chicago.

En Chicago hizo otra prosélita no menos entusiasta, la señora de Gilbert, alma inocente que creyó en las promesas de Hanish; casada con un multimillonario, no vaciló en prometer 25 millones de francos para la construcción del templo; y aunque su marido se opuso, como ella disponía de fondos personales, todo su hubiera realizado sin un lastimoso incidente ocurrido en la época señalada para colocar la primera piedra del suntuoso edificio: que la señora Gilbert, que estaba buena y sana, comenzó á practicar el ayuno mazdeísta, y se desmejoró de tal modo, que no queriendo tomar ningún remedio, y llena de fe en la eficacia soberana de los dos granos de trigo, se murió sin haber firmado el documento que había de poner al

gran sacerdote en posesión de los 25 millones destinados á la edificación del templo.

Fué un golpe terrible; pero Hanish se rehizo, y no tardó en encontrar otra ilusa, Miss Reusse, cuyo entusiasmo por la luz predicada por el Sar era mayor todavía. Ayunó realmente durante cuarenta días, sin tomar más que los dos granos de trigo y el vaso de agua, y aquel acto de fe y de voluntad le valieron el ser proclamada escogida entre las escogidas. Entonces dió todo lo que poseía, dinero, alhajas y bienes, sin conservar nada para sí; Hanish en tanto se enriquecía, y nuevas conversiones acrecentaban constantemente su prestigio, reforzando las cajas del Tesoro del Sol, de que era gerente irresponsable. Miss Reusse quiso repetir su experimento ayunando otros cuarenta días, pero aquella excesiva fe dió en tierra con su salud; su cerebro se trastornó al mismo tiempo que su cuerpo enflaquecía; su hermano quiso encerrarla en un asilo, y los sectarios se opusieron á ello; fueron en tropel al asilo é intentaron sacarla de allí, pretendiendo que sólo podía curarse mediante la fiel observación de las prácticas mazdeístas. El Tribunal tuvo que intervenir. Miss Reusse fué sometida á un examen médico, y comprobada la locura se decretó el ingreso de la desdichada en un manicomio. Cuando aquella sentencia se ejecutó, los adoradores del Sol fueron en son de protesta á la residencia de Hanish, aplastándose por entrar y besarle la mano ó la orla de su manto, mientras él les prometía, radiante de alegría ante aquella explosión, que llegarían á vivir quinientos años como él, sin otro alimento que los dos granos de trigo.

PSIQUIATRÍA

El sentimiento musical en los dementes.—La más emocional de todas las artes es, sin disputa, la música—dice, en *La Renaissance Latine*, N. Vaschide; y sabido es, por otra parte, que los dementes en general son sensibles á la música,

que Leuret ha empleado frecuentemente en el tratamiento moral de la locura. Pero Vaschide ha juzgado conveniente salir de estas generalidades, é investigar en una serie de experimentos hechos sobre el mecanismo de las *enfermedades del sentimiento* hasta qué punto podía desarrollarse el sentimiento musical en los locos, y cuáles eran en ellos la forma y la expresión de la emoción musical. Este cuadro de investigaciones no sólo abarca el análisis puramente psicológico del estado mental musical, sino los coeficientes psico-fisiológicos de las perturbaciones musicales de la circulación, de la respiración y, sobre todo, de esa delicada sensibilidad vaso-motriz, clave de nuestra expresión biológica en la vida social.

Para el primer experimento, Vaschide, ayudado por Duprat, eligió doce enfermas del Dr. Toulouse, bastante inteligentes, aficionadas á la música, pero sin instrucción musical, la mayor parte epilépticas; se eligieron dos trozos: una *marcha en do mayor* y el *adagio* en *la* bemol de la *Sonata patética*; y he aquí las impresiones que las dementes consignaron por escrito: PRIMER TROZO: 1.ª enferma. La música me pone alegre, dispuesta á bailar y á cantar.—2.ª Me gusta mucho la música, me pone alegre.—3.ª La música me pone triste y pensativa, recordándome ciertas escenas de mi vida; á pesar de todo, me gusta oirla, y no me cansaría de ella.—4.ª Eso me da mucho gusto y no me incomoda nada, pues distrae mucho cuando se toca bien.—5.ª No siento ninguna emoción, más que un placer alegre y agradable, gustándome mucho la buena música.—6.ª Doy muchas gracias á nuestro músico; ese trozo es muy bonito; siento que me dé pesares ó, más bien, tristes recuerdos.—7.ª La música nos hace olvidar muchos disgustos que experimentamos en nuestra situación, de estar separados de los suyos desde hace mucho tiempo.—8.ª La música me da ganas de bailar.—9.ª Esta música cambia mis ideas y me pone alegre.—10. Me dan ganas de bailar.—11. Me dan ganas de cantar y de bailar.—12. Me da ganas de bailar y me pone el corazón contento.=SEGUNDO TROZO: 1.ª Prefiero el

primero porque era una marcha.—2.ª Me gusta más el otro: éste no es tan alegre ni tan animado.—3.ª Prefiero este trozo al otro: soy algo romántica.—4.ª Distrae mucho, pero no me gusta como el otro. —5.ª Es muy bonito, pero me da más emoción que el primero; éste me ataca un poco los nervios.—6.ª Deseo que nos den música frecuentemente: me da recuerdos de mi país.—7.ª Me gusta más el primero: ¡el vals!—8.ª Me dan ganas de bailar y cantar, pero no sé.—9.ª Me gusta más el vals.—10. Me dan ganas de bailar y de andar, porque es bonito.—11. Nada.—12. Prefiero la música que nos pone alegres y distrae las ideas.

Tras este experimento, preguntaron aisladamente á las locas sobre sus aptitudes musicales y sobre la influencia en ellas de la música. Los detalles son curiosos, pero sería preciso reproducir íntegro el artículo para recogerlos. Después estudiaron cinco idiotas y epilépticos y una enferma muy inteligente, hija de un profesor de música y profesora ella misma. Este tipo es el más interesante, aunque todos ofrecen motivos de estudio. La excitación musical que en ella se produjo fué grande: se levantó con el rostro encendido y quejándose de dolor de cabeza, diciendo que hacía mucho calor, pero sin querer confesar que estaba fatigada; suplicó que continuasen; y á petición suya se tocó un *allegro* en *re*, de Mozart; al comenzar, la enferma parece alegre y feliz; pero luego la asaltan recuerdos melancólicos, y habla de su pobre madre, muerta. Luego, durante el descanso que siguió á aquel trozo, la enferma cae de rodillas, chapurrea inglés y francés, y al cabo de algunos segundos delira por completo. Quince días después llegó alegre y gozosa, dispuesta á oir música «bella y grande». La preguntaron si la música la enervaba, y dijo que no, pero que la emociona, y que la última vez no había sentido ningún malestar, sin acertar á explicar qué clase de emoción experimenta, más que diciendo que la música hace su efecto en el corazón, primero, y en todo el cuerpo después, mezclándose lo agradable de la emoción con el sentimiento de los recuerdos

tristes que evoca la audición, haciéndola pensar en las personas que ama, que acaso hayan muerto. Tocaron las piezas de Schuman de la vez anterior, y luego pasaron á Bach, que no le agradó, por parecerle demasiado complicado; volvieron á sus autores favoritos, y *El último pensamiento* la enerva mucho, haciéndola tomar una postura extática, con las manos juntas y murmurando: «¡Madre mía!... ¡Pobre madre mía!...» Durante la audición de la *Marcha de Atalía*, de Mendelssohn, se agita, y acaba por delirar como quince días antes.

Sorprenden las divergencias existentes entre las enfermas. Algunas admiran y disfrutan la música de Chopin, Weber y Mozart; otras, por el contrario, se aburren oyendo obras verdaderamente musicales, gustándoles el flonflon de las marchas militares ó las melodías vulgares de un aire de baile. Estas ni siquiera distinguen la diferencia esencial entre el tono *mayor* y el *menor*, y el efecto que en ellas produce Chopin es semejante al de la charanga de *Sambra y Mosa;* en los dementes puede y debe conservarse la distinción que se hace en las personas normales: las que comprenden, sienten y quieren la música, que son las menos, y las que sólo comprenden, sienten y quieren lo vulgar y ordinario, estando desprovistas de toda facultad estética. Fijando, sin embargo, la atención, se observa que existe cierta progresión ininterrumpida que va de las no *músicas* á las músicas, lo que hace posible establecer una especie de escala de los diversos tipos emotivos, que pueden dividirse en dos grupos: el *motor* y el sentimental.

La música obra sobre el organismo como un agente físico que produce un vago sentimiento de placer ó de malestar. Dauriac decía á Ribot: «Las consonancias ó disonancias relativas, compuestas de terceras mayores ó de terceras menores, producen en el organismo efectos agradables ó penosos, independientemente de toda impresión y de todo juicio estético». En toda frase musical, hasta en la más sabia, hay un elemento de ritmo, más ó menos complejo ó velado por las construcciones armónicas; la impresión motriz de ese ritmo es la que

perciben nuestras enfermas, el movimiento de la frase musical; lo demás no les importa, y la melodía misma sólo es considerada como elemento de ritmo; la música para ellos es sólo un excitante motor. De ahí los gestos, los movimientos desordenados, las carcajadas, y si la sobrexcitación es duradera de más de un cuarto de hora, el delirio, la especie de embriaguez que de ellos se apodera; el sistema nervioso, quebrantado por esas excitaciones sucesivas, provoca verdaderas crisis de agitación; los ojos se inyectan, las manos arden, el rostro se enciende, y, á pesar de todo, los enfermos son felices y quisieran que aquella excitación se prolongase. Es una especie de intoxicación comparable á la alcohólica, en cuya producción lo subconsciente representa el principal papel. Esto por lo que hace á los enfermos que hemos clasificado como correspondientes al tipo *motor*.

En los del tipo *sentimental* se percibe algo más que el ritmo: la melodía desempeña importante papel y el mecanismo psicológico es más variado y complejo. En el tipo más sencillo, los enfermos dicen que prefieren tal trozo á tal otro; el por qué suele ser obscuro, pero la preferencia existe; en vez de una excitación siempre la misma, como la del ritmo, hay aquí una complejidad de emociones que reviste ya cierto carácter estético; dentro de estas condiciones generales del tipo sentimental, hay que distinguir en él dos categorías: 1.ª Los enfermos que quieren la música porque «les quita las malas ideas», porque «les hace olvidar» su estado, porque «les distrae»; hay aquí un comienzo de actividad estética, y aunque los del tipo motor se distraigan también con la música, el olvido de su estado no es consciente, ni hay discernimiento para preferir una pieza á otra; los enfermos, olvidando con la música su mal, son felices; pero hay en ellos dos modos de gozar la emoción musical: una sencillísima, caracterizada por la falta de ideas é imágenes, y otra más compleja, en la que la emoción se liga con una serie de imágenes y de recuerdos; el primer estado es una especie de inercia mental, y el segundo

una hipermnesia afectiva que produce las explosiones del sentimiento que hemos notado en la enferma profesora. 2.ª La segunda categoría del tipo sentimental no se contenta con olvidar, sino que sueña ó fantasea, habiendo en ellos una especie de construcción, muy primitiva sin duda, pero construcción al fin; así, una niña de seis años, citada por el Dr. Ferrari, decía á propósito del *rondó* de la *Sonata patética:* «Son niños que han perdido á su mamá y que están solos en el bosque, y luego la han encontrado y se ponen á cantar muy contentos». Otra característica del grupo es que, aumentada la sentimentalidad, hace surgir en el enfermo el sentimiento religioso, siendo de notar que la emoción musical y la emoción religiosa suelen hermanarse en el espíritu de las enajenadas.

Las conclusiones del trabajo de Vaschide, hecha la salvedad de que se trata de un estudio preliminar y forzosamente incompleto, son las siguientes, formuladas como simple consignación de los hechos observados:

1.ª Los dementes son sensibles á la música, y hasta tienen con frecuencia especial aptitud para este arte.

2.ª Podría fácilmente constituirse una terapéutica musical; el médico debe estar, ante todo, acostumbrado á los análisis psicológicos, y lo que se necesita es un conocimiento más hondo del mecanismo psicológico de las «enfermedades de los sentimientos humanos». Recogidos más datos, es de esperar que la música sea utilizada como uno de los medios sutiles de la psicoterapia.

3.ª Hay estrecha relación, no sólo entre la estructura de la frase musical y el pensamiento, sino también entre la inteligencia y la composición técnica de la orquesta: los instrumentos de cuerda fatigan demasiado á ciertos sujetos, siendo la emoción demasiado violenta; los de madera son muy higiénicos, si la expresión es lícita; el arpa es un manantial de equilibrio mental, y el piano es un instrumento delicado y precioso para la terapéutica; la voz humana, en cambio, es la más peligrosa y nociva y la menos musical para el demente.

4.ª La música, como ritmo, obra sobre el organismo debilitado de los neurópatas comunicándoles una sobreactividad ficticia que termina á veces por una crisis morbosa. Para los sensibles á la melodía es ante todo «una distracción», un arte de olvido que aleja la enfermedad con todo su séquito de tristezas y sufrimientos; un arte de recuerdo que excita la memoria afectiva, dando á los enfermos recuerdos tristes, pero relativamente pacíficos y resignados, y un arte de ensueño que revela la existencia de la imaginación musical como única aptitud estética en seres desprovistos de imaginación plástica y literaria y cuya inteligencia ha sido fuertemente atacada. La música, en este caso, es «la lengua comprensible para todos», y no necesitando de conceptos intermediarios, es la *liberación* de que habla Schopenhauer. En los seres que sufren, el arte musical puede producir alguna emoción, hacer olvidar algún sufrimiento y resucitar recuerdos extinguidos.

IMPRESIONES Y NOTAS

La nación polaca.—¿Existe Polonia? Sí, á pesar de todos los sucesos que se han verificado desde su desaparición como Estado independiente en 1772 hasta la fecha. La *Quarterly Review*, de Londres, dedica un artículo al estudio de la cuestión polaca, encontrando en ella un problema insoluble. El país, aun repartido y despedazado, sigue teniendo conciencia de su existencia y de su misión histórica, y se niega á morir y á ser absorbido por las naciones que cometieron la iniquidad de repartírselo: jamás abdica su libertad, y en todo corazón polaco hierve el amor á la independencia y el ansia de reconstituir su nacionalidad. Pero ¿cómo? Las naciones que se lo repartieron no quieren devolverle su autonomía, ni pueden conseguir destruirle, pues en cada nueva generación retoña siempre vigoroso el afán de las reivindicaciones. No se puede pensar en una sublevación, que sería ahogada en cuanto estallase, ni menos en abrir veinte millones de sepulturas para acabar de una

vez con los veinte millones de polacos que reclaman su emancipación. Y así continúa el problema siempre en pie y sin solución posible.

*
* *

El ferrocarril de la Virgen y el del Monte Blanco.— La Jungfrau (la Virgen), pico famoso de los Alpes suizos, que se levanta muy por encima de la región de las nieves perpetuas, está á punto de rendirse á los exploradores y alpinistas, que podrán recorrerlo sin dificultad en toda su extensión y sentarse tranquilamente en el observatorio que ha de establecerse en su cima.

En 1894, Guger-Zeller, de Zelrich, obtuvo la concesión de una vía, y en 1896 todos los obstáculos preliminares quedaron orillados, pudiéndose empezar á colocar los rails, y terminándose la primera sección en Septiembre de 1898. La línea parte de Scheibeg, en la cima de Wengernalp, enlazada por tranvía con Interlaken, y desde allí un tranvía eléctrico conduce al Mar de Hielo, donde concluye la sección que acaba de terminarse. Desde aquí la vía sube la pendiente del Eiger, siempre cubierta de nieve; penetra en la región rocosa por medio de un túnel cuyos trabajos adelantan paulatinamente á razón de 1,75 metros diarios, y así se llega á la segunda estación, Rothstock, á unos tres kilómetros de la primera; la tercera y última parada estará situada en una meseta, donde se instalará el observatorio; allí un ascensor llevará á los viajeros ochenta metros más allá, á la cúspide misma de la Jungfrau, á más de 4.000 metros de altura, desde donde se descubre uno de los más grandiosos panoramas del mundo, con el Aletschorn, el Finsterraarhorn, el Diente Blanco, el Monte Rosa y el Monte Cervino.

Más importancia todavía que esta obra tiene la del ferrocarril del Monte Blanco, en cuya ascensión se emplearán unas cuatro horas, á fin de que la transición del verano al invierno no sea tan brusca, pues la diferencia de temperatura entre los

puntos extremos de la línea no bajará de 25 grados, siendo la temperatura del verano en la región glacial de ocho á nueve grados bajo cero. La concesión de la línea se ha firmado el 3 de Agosto último; las pendientes son de 250 milímetros por metro, el avance vertical de 1.200 metros por hora, la velocidad de siete kilómetros por hora, los trenes de 40 toneladas arrastradas por locomotoras eléctricas de 150 caballos, la cremallera del centro de 34 kilos de peso por metro, y los gastos presupuestos unos diez millones de francos. El turismo alpestre está de enhorabuena con estos dos nuevos triunfos.

*
* *

El oro en el mundo.—Según las evaluaciones del Director de la Moneda de los Estados Unidos, el valor de la producción de oro en el mundo entero en 1903 ha sido de 1.627.635.000 francos, contra 1.578.600.000 en 1902 y 1.364.800.000 en 1901. He aquí la producción de oro por países y en orden de mayor á menor:

Australasia	446.050.000	francos.
Estados Unidos	367.957.500	»
África	339.990.000	»
Europa	134.590.000	»
Asia	127.170.000	»
Canadá	94.172.500	»
América Central y Meridional	62.317.500	»
Méjico	53.387.500	»

Entre los países europeos Rusia figura á la cabeza con una producción de 123.162.500 francos; luego viene Austria-Hungría, con 11.225.000; y por último, los demás países, con una producción insignificante.

Fernando Araujo

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

O duello e o infanticidio, por Phaelante da Camara, con un prefacio del Dr. Clovis Bevilaqua. Bahia (Brasil), livraria Magalhães, 1904.

«El espíritu crítico—dice el prologuista—es la tonalidad dominante en estas dos monografías. Pero si *O duello* mira más á la acción social de la institución, en *O infanticidio* se estudian con preferencia las fórmulas imaginadas por los legisladores y los conceptos elaborados por los autores. Esta circunstancia influye en su factura. Mientras la primera es un trozo de sociología penal, la segunda es una bien organizada disertación jurídica: aquélla muestra más la amplitud de concepción, ésta es más precisa y más práctica.»

Esta caracterización es bastante exacta, á juicio mío. Las dos monografías son muy heterogéneas en todo. No tienen entre sí nada de común, salvo el estar escritas por la misma mano y el hallarse reunidas en el mismo volumen. A pesar de esta última circunstancia, son por completo independientes, y podrían sin la menor dificultad haberse publicado en folletos distintos. Carecen de todo vínculo interno. En cierto modo, hasta parecen debidas á autores diferentes, pues no se advierte apenas uniformidad en la doctrina y en la manera de estar desarrolladas. Teniendo ambas aproximadamente la misma extensión, la referente al duelo representa mayor trabajo que la otra, ya que si ésta se reduce, en último resumen, á comentar y discutir los preceptos de los Códigos penales del Brasil, así del antiguo como del ahora vigente, en punto al infanticidio, aunque aderezando el comentario, según es uso entre los

juristas, con algunas observaciones doctrinales y críticas y algunas citas de autores y de legislación comparada, en cambio la consagrada al duelo descubre horizontes más amplios, pues lo estudia en sus raíces biológicas (instinto de combatividad), en su evolución sociológica, histórica y legal, y en lo que podría llamarse su apreciación jurídica, como hecho que merece ser reprimido penalmente, ó quedar, por el contrario, libre de toda sanción legislativa.

Si he de manifestar clara y completamente mi opinión sobre las disertaciones del Sr. Phaelante de que al presente me ocupo, habré de decir que ninguna de ellas me ha dejado satisfecho. Ambas, incluso la referente al duelo, superior como he dicho á la otra, me parecen pobres. Hoy, para que los trabajos de esta índole, que tanto abundan, merezcan llamar la atención y compensen el tiempo que les dedicamos, robándoselo forzosamente á otras cosas, preciso se hace que tengan algo de notable que les recomiende y que no pueda encontrarse en ningún otro de los publicados antes. De no ser así, «no llenan ningún vacío»; serán un libro ó folleto más, igual á otros, y por consiguiente, superfluo.

De las opiniones que el Sr. Phaelante parece tener sobre el duelo y el infanticidio, habría que decir también no poco. Él mismo creo que ha debido justificarlas más extensa y sólidamente de lo que hace. Por lo que dice, no creo convencerá á muchas gentes, ni de que el duelo sea un hecho que no deba ser reprimido, y hasta que deba ser fomentado, como él lo desea para su país, donde no existe, y él desearía verlo implantado, ni de que el infanticidio *honoris causa* no merezca indulgencia ni atenuación alguna.

P. Dorado.

INDICE

Págs.

La reforma más necesaria en el Ejército, por Ignotus..... 5

Las variedades del anarquismo contemporáneo, por Edmundo González-Blanco..... 19

Los naturales y los espirituales, por Miguel de Unamuno..... 40

Los centinelas del Escorial, por Juan Pérez de Guzmán..... 59

Recuerdos, por José Echegaray..... 67

Los Jardines del Buen Retiro, por Rodrigo Amador de los Ríos... 80

Yang-Hun-Tsy (el diablo extranjero), por Wenceslao Sieroszewski. 120

Lecturas americanas, por Hispanus..... 151

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 172

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 183

Notas bibliográficas (O duello e o infanticidio, por Phaelante da Camara, con un prefacio del Dr. Clovis Bevilaqua), por P. Dorado. 206

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 17. NÚM. 194.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

FEBRERO 1905

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, núm. 22.—Teléfono 2.000. 10.258

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

ALGO SOBRE EL PROBLEMA LATINO

(Á PROPÓSITO DE DOS LIBROS RECIENTES) (1)

¿Quiénes son los pobres? Los nietos de los ricos.

(Dicho popular.)

Desde hace algunos años, preocupa bastante á ciertas gentes, sobre todo de las naciones interesadas, el llamado problema latino. La preocupación pudiéramos decir que alcanza más todavía. Los hombres que pertenecen á la civilización antigua, y con especialidad los europeos, no dejan de experimentar inquietud ante el advenimiento á la vida civilizada de los grandes Imperios orientales del Japón y la China. Se ha hablado por eso del «peligro amarillo», temiendo que nos hallemos expuestos á una nueva invasión que destruya y se trague las naciones existentes desde hace siglos. Aun cuando no sea ésta la causa única de la cuestión del Extremo Oriente, es sin duda uno de los principales factores de ella. La rivalidad y el miedo del europeo y americano frente al asiático entran por mucho en la tendencia á constituir una federación europea ú occidental que sirva de dique al avance y á la ambición de los orientales.

---

(1) Bazalgette, *Le problème de l'avenir latin*, París, 1903; Colajanni, *Razze inferiori e razze superiori. Latini e anglo-sassoni*, Roma, 1903.

El presente artículo fué escrito ya hace un año; deseo que los lectores tengan presente esta circunstancia. Posteriormente se han publicado, traducidos al español, los dos libros á que se refiere.

Iguales temores pueden abrigarse para el día en que las tribus del inmenso continente africano despierten de su amodorramiento mental. Los blancos y los amarillos tendrán entonces que habérselas con el «peligro negro». Sin embargo, este último se halla todavía lejano, cuando menos relativamente: aún hay tiempo de prevenirse contra él. Tampoco parece muy inmediata la invasión amarilla; el Oriente del Asia, excepto las islas del Japón, más bien parece destinado á ser presa de las conquistas y de la expansión europea que asiento de pueblos dominadores y emprendedores. Los chinos que emigran de su país no adquieren gran preponderancia en aquellos otros adonde se dirigen. Parece, pues, que los blancos de ambos mundos pueden todavía por algún tiempo respirar tranquilos.

Donde existe el peligro más inminente es en su propio seno, entre ellos mismos. Hay para los del Sur un peligro en el Norte; los latinos, tanto de Europa como de América, pueden ser muy pronto invadidos y conquistados por los anglosajones y los germanos de ambas partes del mundo. Las naciones latinas pueden llegar á desaparecer; sobre ellas se cierne, á lo que parece, hoy por hoy, la amenaza de otras naciones más vigorosas y adelantadas.

He aquí el problema del porvenir latino, problema que tiene muy intranquilas á no pocas personas. Por eso se ha producido respecto de él en los últimos tiempos una no escasa literatura, aumentada recientemente con los dos libros de Bazalgette y Colajanni. Políticos, literatos, etnólogos, antropólogos, sociólogos, personas de diferentes clases, de distinta filiación científica, de muy varia cultura y tendencias, vienen ocupándose, directa ó indirectamente, de la cuestión, que por cierto enfocan y resuelven, como es natural é inevitable, de maneras bastante diversas. Hay quien niega, aunque son los menos, la llamada «decadencia» latina, considerándola tan sólo aparente, ó ni siquiera eso. Hay también, al contrario, quien reconoce tal decadencia, pero la estima transitoria,

confiando en que el Mediterráneo volverá á ser, como en otro tiempo, el centro de la civilización, y las naciones que lo rodean readquirirán la hegemonía que antiguamente les correspondiera. Para éstos, la diversidad de condiciones sociales y de ambiente histórico es la que decide el destino y la grandeza de los pueblos; y como esas condiciones se hallan sujetas á modificación, en la que interviene en buena parte el factor de la voluntad humana, resulta que el cetro de la cultura y de la superioridad no lo tiene vinculado nación alguna, sino que pasa fácilmente de unas á otras, con lo que las decadentes de hoy pueden ser las dominadoras y prósperas de mañana, y viceversa. Pero tampoco falta quienes tengan por irremediable tal decadencia é inferioridad, diputándola por un resultado de influjos fatales, de condiciones físicas y telúricas, de conformación corporal y funcionamiento psíquico inherente á la raza; no hay sino pensar á este efecto, verbigracia, en las pretensiones y conclusiones de los antroposociólogos (Gobineau, Ammon, Lapouge, etc.). Y todavía existen más criterios é hipótesis respecto del asunto. Luego diremos sobre ellos algunas palabras.

Ahora, por de pronto, veamos, en resumen, cómo afrontan la cuestión los dos autores mencionados, comenzando por advertir que entre sus libros hay muchas diferencias. Fuera de la comunidad de la materia que uno y otro tratan, y de que ambos se oponen á la explicación mediante el que podríamos llamar «criterio de la raza», apenas es posible notar entre las dos publicaciones ningún otro parecido. El escrito de Colajanni está muy documentado, igual que todos los que salen de su pluma; tiene todo el aspecto de la obra de un hombre de ciencia, sin que con esto pretendamos dar juicio alguno tocante al valor de sus afirmaciones. El de Bazalgette carece, en cambio, de citas y documentación, y parece, más que otra cosa, producto de un espíritu aficionado al hacer literario. Mientras el profesor y diputado italiano examina el problema por distintos aspectos, el autor francés solamente lo mira por

uno de ellos, que por cierto escapa al análisis de aquél, lo mismo que se observa también en casi todos los escritores que lo han tratado y de que yo tenga noticia. Los dos libros pueden, quizá, ser considerados, no tanto en su mérito intrínseco, como alegatos respecto de la cuestión á que se refieren, sino ante todo como sintomáticos del estado en que se encuentra ésta en el pensamiento de la generalidad de cuantos hablan de la misma.

La argumentación de Colajanni, de la cual voy á presentar un breve extracto, se encamina toda ella á combatir la teoría de la superioridad de unas razas y la inferioridad de otras, y á demostrar que la cultura, el poder, la prosperidad de los pueblos, dependen de condiciones históricas y sociales, de condiciones externas que pueden cambiar fácilmente, y que en efecto cambian. Es una tesis de la que el autor ha hecho también aplicaciones en otros libros suyos sobre diversas materias.

Por de pronto—dice—no sabemos en qué consiste la raza, ni aun siquiera si la raza existe. Hay quien niega, como Babington, los caracteres de la raza, y sólo admite los de los individuos. De aquí la multiplicidad de criterios adoptados para clasificar las razas y el número tan diferente de éstas admitido por los distintos autores. Tampoco se sabe si primitivamente hubo una sola raza (monogenismo) ó más de una (poligenismo).

Las mismas dudas hay respecto del lugar donde apareciera por primera vez el hombre y respecto á la época de tal aparición. De cualquier manera que ello sea, lo que puede decirse es que, después de tantos siglos, y por virtud de tantísimos cruzamientos y vicisitudes, es difícil que hayan podido sobrevivir razas puras y, por consiguiente, que sea posible hablar hoy de razas superiores é inferiores. Según Lapouge, «á la vigésima generación, ó sea al cabo de mil doscientos años, el número de los ascendientes directos de cada individuo se eleva

á más de dos millones; á la generación cuadragésimoquinta, ese número es de unos siete mil millones. El número de los parientes colaterales es, en este caso, inconcebible» (1).

Prescindiendo de la comparación con los negros y los amarillos, y concretándonos á la civilización occidental, que pretende ser la más adelantada, tenemos en ella, según los antropólogos, tres grandes razas: la del *homo europaeus*, la del *homo alpinus* y la del *homo meridionalis* ó mediterráneo. ¿Cuál de ellas es la superior? Los antroposociólogos sostienen con fanático entusiasmo que esta superioridad corresponde al *homo europaeus*, ó sea al ariano, dolicocéfalo, de alta estatura, con la piel, los cabellos y los ojos claros. Pero tal aseveración ha provocado la protesta de no pocos antropólogos ilustres (Ripley, Sergi, Manouvrier y otros). Por otra parte, aún no han sabido decir los defensores de este punto de vista cuál sea el actual asiento de los arianos, ni dónde aparecieron, pues del origen asiático de los mismos, un día en boga, van ya prescindiendo los autores. Con razón dicen los más eminentes antropólogos contemporáneos que todo cuanto se refiere á los orígenes del *homo caucasicus* es muy discutible, y que la única conclusión respecto del particular es ésta: *ignoramus!*

De otro lado, la correspondencia entre los caracteres anatómicos y los psíquicos es sumamente cuestionable, y más bien cabría negarla, según Colajanni (tanto en este libro como en algún otro, sobre todo en el tomo I de su *Sociologia criminale*). El valor de los índices cefálicos es para el autor nulo, como el de la antigua frenología de Gall. «Las formas craneanas de una raza determinada—añade—son hoy, conforme nos

(1) Es muy sugestivo á este respecto un diagrama sobre el origen, entrecruzamientos y probables mezclas futuras de las razas, que reproduce y explica M. Lester F. Ward en su folleto *La différenciation et l'integration sociales*, París, 1903, tomándolo de un discurso del antropólogo norteamericano W. H. Holmes, ante la Sociedad Antropológica de Washington, sobre el «Origen, desarrollo y probable destino de las razas humanas».

enseña la paleontología, las mismas que hace treinta siglos, durante los cuales la raza ha surgido, ha decaído y ha resucitado. La geografía muestra que pueblos con iguales caracteres anatómicos tienen una mentalidad muy distinta, y al contrario, otros, como los hebreos, han ido cambiando psíquicamente á medida que cambiaba el medio, pero conservando la misma estructura anatómica». Ejemplos análogos podrían citarse en gran número, y Colajanni pone unos pocos, para concluir que lo que hay no son razas, sino naciones y civilizaciones superiores é inferiores.

No puede atribuirse el progreso de la humanidad—progreso innegable—á tal ó cuál raza determinada, puesto que no permanece pura ninguna de ellas; habrá, por el contrario, que atribuirlo al cruzamiento de las mismas, como piensan muchos etnólogos, antropólogos y sociólogos. Con esto queda excluída la necesidad de las uniones ó matrimonios *eugénicos*, es decir, entre elementos de la misma raza superior, uniones que, viceversa, darían por resultado la degeneración, si es verdad, como algunos afirman, que la consanguinidad entre los contrayentes hace degenerar á la prole. ¿A qué raza seremos deudores de los primeros pasos de la civilización, más meritorios é importantes que los dados por los continuadores? ¿Por ventura, á los arianos dolicocéfalos, de quienes no sólo se ignora el origen, sino que ni siquiera se sabe si efectivamente son dolicocéfalos ó *braquicéfalos?* ¿Cómo se explican las grandes civilizaciones mediterráneas, que se desarrollaron fuera del influjo ariano? ¿Será que la raza superior sea la del *homo mediterraneus*, á la cual se pretende precisamente aplicar hoy el calificativo de inferior?

Las consideraciones y observaciones anteriores están apoyadas en hechos referentes al orden económico-político-militar, al intelectual y al moral.

Para juzgar de la fuerza político-militar de los pueblos y razas, no hay otro criterio posible que el criterio vulgar del éxito. Ahora, respecto de este particular, la Historia nos da

enseñanzas muy contradictorias. Los triunfos militares y políticos no se hallan vinculados á ninguna raza ni nación: todas ellas han sido ora vencedoras y prepotentes, ora vencidas y subyugadas. Lo propio cabe decir de la posesión de la riqueza y del dominio industrial y mercantil.

Desde el punto de vista intelectual, se advierten las mismas variaciones. La instrucción y la cultura han estado en algún tiempo mucho más difundidas en los países mediterráneos que no en los del Norte de Europa. En Italia, por ejemplo, durante ciertas épocas, las clases trabajadoras fueron muy instruídas; hoy la situación de las cosas ha cambiado, sin cambiar la raza. El Gobierno inglés no hace más que treinta años que se preocupa de la instrucción. Hasta 1870, Inglaterra figuraba á la cola de los Estados de Europa en punto al alfabetismo. Ahora consagra á la instrucción 250 millones anuales, y el analfabetismo ha quedado vencido. Pero la raza sigue siendo la misma. Y si no se toma el dato de la difusión de la cultura como medida de la potencia mental de las razas, sino la aparición de genios ú hombres superiores, forzoso será llegar al mismo resultado: Aristóteles nada tiene que envidiar á Spencer, ni Euclides y Arquímedes á los más grandes matemáticos anglosajones; Volta y Lavoisier valen tanto como Franklin y Faraday; Galileo, tanto como Newton; Dante, tanto como Shakespeare y Goethe; Ariosto y Cervantes, más que Milton y Schiller... En todas las manifestaciones de la Ciencia y el Arte han hecho y representan tanto, por lo menos, los latinos y mediterráneos, *inferiores*, como los arianos, *superiores*.

Toda superioridad política, militar, económica, intelectual, es bien poca cosa si falta la superioridad moral, el más delicado producto de la civilización. Aun cuando carecemos de un método infalible para medirla, hay, sin embargo, índices que sirven para conocerla: verbigracia, la delincuencia, que da esa medida negativamente, como también la prostitución, el alcoholismo, el número de hijos ilegítimos, de vagabundos, de sui-

cidas, etc. Ahora, en casi todos estos vicios los países del Norte de Europa van á la par, y aun superan frecuentemente á los del Sur, como lo prueban las estadísticas, y eso que éstas no registran todas las manifestaciones de la inmoralidad, escapándosele, por ejemplo, muchísimos delitos sexuales. A menudo vienen por eso revelaciones sensacionales de grandes escándalos y corrupción, como las de *Pall Mall Gazette*, las de Havelock Ellis, Carpenter, Stead (sobre los Estados Unidos) y otros. En otros respectos, como la corrupción política y las relaciones internacionales, la inmoralidad de los anglosajones llega mucho más allá que la de los latinos, quienes, claro está, no se hallan tampoco libres de ella; pero, en cuanto al primer punto, el *Panamá* y el *Banco Romano* quedan obscurecidos ante la corrupción sistemática de la *Tammany Hall* y ante los hechos de los Bancos alemanes. Y *Si Cristo fuese á Chicago*—dice Stead,—escaparía horrorizado de allí. Por lo que á las relaciones con otras naciones y con otras razas se refiere, no ha habido conducta colonial más cruel y más egoísta que la de Inglaterra, ni modos de opresión más duros y censurables que los empleados por este país con Irlanda, reproducidos últimamente con los boers. Los ejemplos comprobatorios de ello (Colajanni cita bastantes) son muchos.

Resulta, pues, que los hechos no autorizan para atribuir á los pueblos que pretenden ser de raza ariana una verdadera superioridad natural y congénita, y en cambio á los latinos una correspondiente inferioridad de la misma índole. Sin embargo, si se mira á la historia más reciente y á la contemporánea, no hay otro remedio sino reconocer la presente superioridad de los anglosajones y de sus afines los germánicos en todas las manifestaciones de la vida colectiva. En Inglaterra, «las libertades públicas, la instrucción, la moralidad, el bienestar económico, se han desarrollado armónicamente. El *Standard of life* de las clases trabajadoras se ha elevado considerablemente, pero todavía ha subido más el de las clases medias, la aristocracia y el elemento bancario. El enorme volumen del

comercio inglés, que supera, ó cuando menos iguala actualmente, con sus 20.000.000.000, al de las dos mayores potencias mercantiles é industriales, reunidas, ó sea á los Estados Unidos y Alemania, dice á qué vertiginosa altura ha llegado el desarrollo económico de Inglaterra».

Pero la historia sigue su curso; si se detuviese en el instante actual, la fotografía del pueblo inglés sería la de un pueblo superior permanentemente. No es así; la fotografía de un momento no corresponde á la realidad de los momentos sucesivos. Pueblos en otro tiempo grandes y prósperos decayeron. También los anglosajones, prósperos, fuertes y *superiores* en el instante actual, pueden decaer. Y en efecto, ya ha comenzado su decadencia, que puede reconocerse por diferentes signos: tales, por ejemplo, entre otros varios, la gran corrupción electoral, política y administrativa de los Estados Unidos, que realmente pone espanto en el ánimo, y el nuevo imperialismo tanto de este país como de Inglaterra, manifestado con toda evidencia en guerras recientes (con España y el Transvaal), y que ha traído consigo el militarismo y el *jingoismo*. En lugar de fijarse aisladamente en la instantánea de un pueblo en un determinado momento, que es lo que engendra el orgullo de las naciones, es preciso comparar las instantáneas correspondientes á momentos sucesivos de pueblos diversos, que es lo que constituye la observación histórica y, por decirlo así, cinematográfica. La cual demuestra de un modo luminoso: 1.°, que permaneciendo inalterable el ambiente físico y geográfico, cambian profundamente las manifestaciones sociales de los pueblos que viven en él (India, Egipto, Persia, Grecia, Perú, etcétera); 2.°, que permaneciendo inalterables los caracteres antropológicos de un pueblo, cambian profundamente en el tiempo sus manifestaciones sociales (latinos y anglosajones, Italia, Francia, España, Inglaterra, etc.); y 3.°, que hay fotografías, tomadas en diferentes momentos, de pueblos pertenecientes á distintas razas, donde se ve las grandísimas semejanzas en los rasgos psicosociales fundamentales de los dichos

pueblos, y al contrario, fotografías tomadas en un mismo momento, de pueblos pertenecientes á la misma raza, las cuales difieren profundamente entre sí. La historia, pues, enseña que los representantes del *homo europaeus*, del *homo alpinus* y del *homo mediterranensis* se equivalen, y que todos pueden alcanzar las altas cimas de la civilización del tiempo en que florecen, aunque, como es natural, los que vengan después posean mayores medios que los anteriores y puedan, por lo mismo, sobrepasarlos. «La civilización se intensifica en razón directa del tiempo trascurrido y del número de los elementos trasmitidos por los anteriores pueblos civilizados. La *superioridad* es esencialmente relativa: la adquieren y la pierden, unos tras otros, todos los pueblos y todas las razas...»

Si á cuanto acabamos de decir se añaden las dos siguientes tesis: 1.ª, todas las naciones, una vez en el punto culminante de la grandeza conocida en el momento histórico de su superioridad, han decaído más ó menos rápidamente; y 2.ª, la decadencia de las naciones se ha iniciado siempre en su estructura y vida internas, manifestándose en lo moral antes que en lo intelectual y en lo económico, tendremos un resumen, que me parece bastante exacto y completo, de la doctrina sostenida en su libro por el profesor napolitano. Para fundamentarla y desenvolverla se sirve el autor de una muy copiosa suma de datos y citas que yo tengo forzosamente que omitir. Por ejemplo, hay unos capítulos que ofrecen grande interés y de cuyo contenido, por prestarse mal al extracto, y además por el deseo de ser breve, he debido yo prescindir; capítulos en que Colajanni examina los factores de la evolución y progreso y los de la decadencia de los pueblos, fijándose, como comprobación de la doctrina que sustenta, en algunos Estados florecientes, que son la república de Venecia, Inglaterra y los Estados Unidos, la primera con habitantes de raza distinta que la segunda y los últimos, y fijándose también en algunas naciones de las que se dicen decaídas, ó sea en las latinas.

Por último, aunque con reservas muy prudentes que con-

viene hacer siempre en casos como el actual, el autor consagra largas páginas á hablar del porvenir de estas naciones y de las condiciones para su regeneración, así como también á reconstruir en líneas generales el proceso de lo que podríamos decir solidaridad é integración de las razas y de los pueblos, para preparar un organismo superior, verdaderamente humano. No confía, para la futura regeneración de las llamadas naciones decadentes, en la infusión en ellas de sangre nueva, de sangre bárbara, pues ya no hay bárbaros que la puedan proporcionar como en otro tiempo; el *stock* de los bárbaros se ha agotado ya, dice el autor. Lo que se necesita, según él, es, ante todo, que los pueblos inferiores se den cuenta plena de su inferioridad y que, como consecuencia de ello, sientan el deseo de mejora, tendiendo hacia la realización de un ideal que siempre han de tener ante la vista. Cuando el estado presente no satisface, procuramos cambiarlo. Para conseguir tal cambio es preciso acudir á la introducción de elementos exteriores. El injerto de una civilización sobre la precedente fué el proceso normal en la evolución primitiva de las naciones y de los pueblos; no podrán tampoco acudir á otro los pueblos que renacen, y mucho menos los contemporáneos, los cuales tienen en común los principales elementos de la civilización. Anglosajones y latinos, en cooperación, podrán prestarse recíprocamente algo de bueno. La civilización de los pueblos que representan una gran parte en la escena del mundo fué siempre comunicada ó provocada por el contacto con otros pueblos más civilizados. Esto mismo habrá de suceder ahora. Las guerras y la enemiga todavía hoy existentes entre los pueblos, pero cada vez menores, habrán de desaparecer enteramente mañana; á eso conducen las frecuentes y de día en día más estrechas relaciones internacionales, el aumento de las comunicaciones, la tendencia á constituir grandes federaciones de razas y pueblos semejantes (panlatinismo, pangermanismo, paneslavismo, federación europea, hispanoamericana, etc.), el cruzamiento de multitud de intereses y la aspiración á abolir

los ejércitos. Cuando así suceda, y formen un solo pueblo, en concepto de miembros de él, los que ahora se creen pueblos independientes y rivales, acabará esa cuestión de superioridad ó inferioridad; «las razas, numerosas y diversas en los comienzos de la historia y de la vida social, asimilándose y aproximándose más cada vez en sus necesidades, en sus sentimientos, en su mentalidad, acabarán por constituir la humanidad, que todavía no existe, pero que continuamente *deviene* (1).

Vengamos ahora á dar cuenta, en el menor número posible de palabras, de la obra de Bazalgette, *Le problème de l'avenir latin*, obra no poco diferente, según ya se ha advertido, de la de Colajanni. Me parece mucho menos completa, ó acaso sería mejor decir complicada, que la de este último. Quizá una de las principales observaciones que quepa hacer á la misma sea que es lo que suele llamarse «unilateral» y sistemática, advirtiéndose bien que el autor mira el problema demasiado en línea recta, sin fijarse en multitud de conexiones que guarda con otros.

La decadencia actual de los pueblos latinos, que Bazalgette da por incuestionable, depende, para él, de una sola causa, y es el haberse éstos latinizado ó romanizado. En alguno de los notables trabajos publicados por D. Joaquín Costa acerca de la historia primitiva de España, recuerdo haber leído esta afirmación: que la conquista de nuestro suelo por los romanos y, por consiguiente, la romanización de España, trajo para nosotros consecuencias bien deplorables, por cuanto tronchó en flor una civilización incipiente, pero robusta, que, á seguir

(1) No pocos filósofos y sociólogos han hecho indicación de esta misma tendencia á la unión y compenetración de las razas, á la cual se refiere aquí Colajanni. Últimamente la ha hecho objeto de un estudio especial Lester F. Ward en su opúsculo antes citado, aunque presentándola—según lo hace, al cabo, también Colajanni—como una *utopia sociológica*. Los lectores de LA ESPAÑA MODERNA recordarán que de esta utopia trató aquí mismo el Sr. Posada en el número de Diciembre de 1903.

su desarrollo natural, hubiera llegado á ser la potente y fecunda civilización ibera. Esta misma es la tesis que sostiene Bazalgette con relación á todos los pueblos latinos, aun cuando del que habla casi exclusivamente es de Francia, con el resuelto propósito de hacer extensivas á todos los demás las observaciones que tocante á éste se le ocurren, por cuanto «las naciones coherederas de Roma, nacidas de la desmembración del Imperio romano, y cuyo catolicismo persistente indica todavía hoy su origen, tienen todas una *comunidad de espíritu* que subsiste por debajo de las divergencias debidas á sus caracteres nacionales». No hay una «raza latina», en el sentido antropológico, pero sí la hay—según el autor—en el sentido psicológico, puesto que hay una civilización latina, distinta de la civilización germánica: el carácter fundamental é interno de la primera es su romanismo y consiguiente catolicismo; el de la segunda, su rebeldía y repugnancia contra ambos.

«Haciendo antes de ahora investigaciones acerca de los acontecimientos religiosos del siglo XVI, de entre las hojas de un vulgar atlas geográfico surgió para nosotros, muy fortuitamente, un rayo de luz. Acabábamos de consultar el mapa de la Europa occidental después de la Reforma, donde estaban trazados los límites entre el «mundo protestante» y el «mundo católico», cuando, al hojear sus páginas, otro mapa, casi idéntico, apareció ante nuestra vista llamándonos la atención; casi idéntico en cuanto al trazado, principalmente esquemático, de la línea que separaba ambos «mundos». Los contornos de ambos, fijándose sólo en el conjunto y no en los detalles, y concretándose á la Europa continental, casi coincidían. ¿Y qué es lo que figuraba en el segundo mapa? Los límites entre el «mundo bárbaro» y el «mundo romano» en el siglo IV de nuestra era. Esta involuntaria comparación parecíonos enormemente sugestiva. El *mundo romano* y el *mundo católico* de una parte, el *mundo bárbaro* y el *mundo protestante* de otra, se confundían geográficamente. Los pueblos que formaron parte del Imperio romano en el siglo IV eran aquellos mismos que,

doce siglos más tarde, se habían decidido por el mantenimiento del papismo, mientras que los bárbaros, que se habían defendido del contacto romano, se metamorfoseaban, al comienzo de la historia moderna, en conquistadores de la libertad espiritual... Ni por un instante se nos ocurrió la idea de que se tratase de una coincidencia puramente fortuita». He aquí la clave de toda la obra.

Con poquísima resistencia por parte del vencido, conquistó César la Galia y la convirtió en provincia romana. Esta romanización externa va seguida de una rápida romanización interna. La cultura romana, las costumbres romanas, la vida social romana, con sus vicios y corrosivos interiores, al lado de la externa brillantez, todo lo hicieron suyo los galos y, en general, los pueblos del Sur de Europa subyugados por Roma. «La Galia, dominada, se somete al yugo, no solamente sin pena, sino más bien con una especie de complacencia íntima». La ruina de su independencia queda consumada, con lo que se entroniza una completa trasformación. Dejan los galos de ser bárbaros y se hacen romanos. Cubren su territorio de palacios, de templos, de teatros, de termas, de *villas,* tomando por modelo á Roma. El lujo de Roma, su literatura, su arte toda, les invaden. Las divinidades célticas son sustituídas por las del Olimpo greco-romano. «Se romanizan igualmente la vida política, la vida municipal, la administración, el derecho». La lengua céltica desaparece totalmente, y con ella la personalidad del pueblo que la hablaba, la originalidad del carácter, la originalidad nativa, lo más esencial en los pueblos como en los individuos, y cuya pérdida no puede compensarse con nada, dice Bazalgette. No es, pues, de hoy ni de ayer la decadencia de los pueblos latinos, según éste, sino que lleva ya dos mil años de fecha. La base de semejante decadencia, que para el autor es indudable, ya se ha dicho, como para Sergi y para muchísimos otros, se halla en el referido romanismo, el cual fué primeramente imperial y después eclesiástico. «No dejó de pertenecer al Imperio, sino para pasar al dominio de la Igle-

sia». Los pueblos latinos, después de ser conquistados por Roma, lo fueron por el catolicismo romano, heredero del romanismo. He aquí cómo Bazalgette resume su doctrina sobre el particular: «Por medio de Roma y de la lengua latina, la Iglesia aseguró primero y después extendió su influencia. En los pueblos sometidos al Imperio es donde se estableció por de pronto y donde ha echado más fuertes raíces. La Roma católica ha invadido espiritualmente, ante todo y sobre todo, los territorios que la Roma imperial había conquistado materialmente».

Todo lo contrario ha sucedido con los países del Norte. Estos, no sojuzgados por el Imperio romano, no se han dejado cristianizar sino muy tarde y oponiendo gran resistencia; y aun después de cristianizados conservan su original carácter. Su cristianismo es superficial; no se han dejado dominar por él; lo único que de él han tomado es sus ventajas. «Han recibido una impresión; no han sufrido un aplastamiento. El alma antigua ha continuado subsistente, renovada, sí, pero no abismada y disuelta, como en los pueblos latinos». La Reforma, tentativa de liberación espiritual, no prende en estos últimos y sí en aquéllos, en los que conservan todo el vigor de la «barbarie». De aquí arranca la superioridad de los países germánicos, protestantes, sobre los romanizados, católicos.

Los romanizados hemos heredado de Roma y conservamos todos los rasgos de una civilización agotada y ruinosa. Somos incurablemente retóricos; hablamos mucho y no sabemos obrar. Padecemos atrofia de la acción. Profesamos un culto excesivo á la exterioridad y á la forma. Estamos muy intelectualizados, lo cual no es lo mismo que ser educados y cultos; y la intelectualización indica decadencia, como en Grecia hubo de suceder. Nos ocurre lo que á los viejos, en quienes el cerebro está desarrollado en demasía, á expensas del resto del cuerpo; de aquí que carezcamos de un vigor total, orgánico, hijo del equilibrio normal.

Por todo ello, los pueblos latinos no forman parte de la ci-

vilización occidental más que de nombre: de hecho están en el Oriente todavía; no han llegado á entrar en el círculo de la vida moderna. «Ser latino y católico equivale á ser un oriental moralmente, un antioccidental, un antieuropeo, un antimoderno». El eje de la civilización ha pasado de los pueblos latinos á los germánicos.

¿Qué remedio hay contra tal estado de cosas? ¿O no hay ninguno? A estas preguntas trata Bazalgette de dar contestación en la tercera parte de su libro, la menos sólida de todas, á mi parecer. Ese remedio existe, según nuestro autor, y está en cambiar de pellejo, ó sea en una *recreación* de los pueblos latinos, recreación que debe hallarse á cargo de una dictadura de la inteligencia, bien encarne ella en una persona individual, bien en una junta ó comité. Se trata de un remedio peligroso, es verdad, pero necesario, como que el organismo al que va á aplicarse está enfermo y no en estado normal.

El programa en que ha de inspirarse esta dictadura debe ser un programa *radical*, no en el sentido en que se toma muchas veces la palabra, como revolución jacobina que no deja títere con cabeza, sino en el sentido de una constante y paulatina trasformación verdad, que empiece en la raíz, en la base, y mediante la cual se rehagan los pueblos referidos, con un *nuevo cuerpo* y una *nueva conciencia*. Sin esta recreación, cuya finalidad está en deslatinizarnos, no nos salvaremos de una muerte segura. Como Costa nos ha planteado á los españoles el dilema: ó nos europeizamos nosotros mismos, ó perecemos como nación á manos de otros pueblos que nos europeicen por fuerza, M. Bazalgette nos plantea este otro á todos los latinos: ó deslatinizarse, ó morir absorbidos por razas superiores cuya creciente influencia en el mundo no puede detener nadie. En esto, como en tantas otras cosas, el punto de vista en que se coloca nuestro autor es muy análogo al que adoptaron muchas personas aquí en España después de las derrotas de 1898. El programa que propone para lograr la «regeneración latina» se parece bastante al que no pocos compatriotas nuestros propu-

sieron para conseguir la regeneración española. Pero, del propio modo que entonces aparecieron libros (no pienso ahora en los malos, sino en los mejores, como el de Macías Picavea), cuya parte negativa y crítica del pasado y el presente era, en general, sólida y aceptable, mientras que la constructiva, al contrario, era demasiado fantástica y poco de fiar, así también creo que puede decirse algo parecido de la obra de Bazalgette.

La mentada regeneración latina depende, según él, de una triple reforma: física, moral y mental. Para la primera propone, no tan sólo una vigorosa educación física general, tal y como ahora suele ser practicada en contados casos, sino también una verdadera labor inteligente y científica de puericultura, una selección artificial antropotécnica, semejante á la que realizan los agricultores y ganaderos entendidos en fitotecnia y zootecnia. La regimentación que al efecto aconseja implantar será tachada por muchos, acaso no con gran inexactitud, de tiránica y deprimente para la dignidad humana. Forman parte de ella, incluso los medios recomendados por los «seleccionistas» para impedir la reproducción de los individuos degenerados y fomentar la de los superiores. La reforma mental también ha de verificarse absolutistamente: el Estado monopolizará é impondrá la enseñanza, que será menos literaria y retórica que actualmente, y en cambio más realista, dándose en ella mucha importancia á las ciencias naturales. Por último, la reforma moral implica la descatolización; «siendo el catolicismo la forma moderna del romanismo, él es el lazo que nos liga á una antigüedad decadente y á una concepción de la vida que ya no se halla en relación con la vida real del mundo». Bazalgette no parece sentir tampoco aquí grandes escrúpulos. A fin de lograr la descatolización deseada, no repara mucho en los medios que deben ser empleados, comenzando por la prohibición del culto católico. Nada de medias tintas, que se ha visto por experiencia no dan resultado alguno beneficioso. Por más que el autor asegura ser «de toda necesidad que esta amplia y fecunda depuración se efectúe sin violencia... volun-

taria», y que «no hay que mezclar en ella ningún bajo sentimiento de vindicta, de injuria ni de crueldad», á mí me ha parecido entrever á través de las páginas que consagra al asunto un marcado espíritu de hostilidad, tan crudo y persecutorio como el que á menudo advertimos en los contrarios, los ultramontanos *enragés*.

No hay más que fijarse en lo que dejamos expuesto, para comprender cuán difícil es la resolución del problema que nos ocupa, solución que acaso sea hasta imposible encontrar de un modo seguro. Las apreciaciones de los dos autores cuyas doctrinas se han resumido son bien distintas; lo que uno de ellos considera como causa primordial y aun única de la decadencia latina, ni siquiera lo menciona el otro, no obstante que este último (Colajanni) procura considerar la cuestión bajo todos sus aspectos. La misma diversidad puede observarse en cuantos hablan del asunto. Y es que éste es de tal manera complejo y encierra tan grande multitud de elementos y puntos de vista, que no hay posibilidad de abarcarlos todos de una sola mirada, por lo que cada uno se fija preferente ó exclusivamente en uno de ellos, descuidando los otros, y así se explica, junto con la misma índole y dificultad de la materia, la variedad de juicios y apreciaciones.

Mas no se trata de una característica especialísima de lo que se llama el problema latino, sino antes bien, de una condición común á todos los problemas sociales, y hasta pudiera añadirse que á todo problema humano. Yo tengo para mí que lo que el hombre sabe con certeza, si sabe algo, es muy poco. La mayoría de las denominadas pomposa y presuntuosamente «verdades científicas» no son más que simples hipótesis, lo que vale tanto como decir que la mayoría, si no justamente la totalidad de las interpretaciones que nosotros damos de los seres y fenómenos del Universo, no alcanzan más categoría que la de meras conjeturas. Y si esto es así en general, ¿con cuánto mayor motivo no ha de serlo con respecto á la interpretación

de los fenómenos sociales, donde juega un número tan crecido de factores? ¿Quién será capaz de discernir, verbigracia, las causas productoras de la constitución presente de una sociedad, de su adelantamiento ó atraso? Suelen los estudiosos de temas semejantes señalar varias de esas causas, tales como la raza, la religión, la historia, la geografía, etc.; pero ninguno de ellos puede demostrar la eficiencia indiscutible del factor que señala. Se fija en uno ó en varios, en los que más le gustan ó mejor conoce, y les atribuye una virtud omnipotente. Pero sus razonamientos no convencen á otros escritores, quienes por su parte conceden eficacia mirífica ó poco menos á otros elementos distintos. ¿Quién tiene razón? No es fácil decirlo. Se trata, más que de verdaderas convicciones con base indestructible, de preferencias, la mayoría de las veces injustificadas, y que el que las tiene no sabe comprobar sólidamente, no tanto á los ojos de los demás, sino ni siquiera á sus propios ojos. Puede suceder, sin embargo, que todos cuantos sostengan cosas diferentes tengan razón, aunque sólo parcial, completándose entonces entre sí los múltiples puntos de vista. Pero aun partiendo de este supuesto—que, dicho sea de paso, no suelen admitir los enemigos,—bueno es advertir que tratándose de asuntos complejos como el de la superioridad ó inferioridad de los pueblos, y en general como todos los sociales, falta no poco camino que andar para que nuestra mente se quede tranquila. Yo puedo admitir que en la producción de un resultado cualquiera (por ejemplo, en la prosperidad económica de un país) influyen determinados factores.

Mas con eso el problema no queda resuelto, sino que, por el contrario, sigue en pie: de un lado, porque aparte de los elementos cuya virtualidad se reconoce, pueden existir otros muchos que fácilmente echa en olvido ó no percibe el observador; de otro lado, porque aun suponiendo que fuesen conocidos todos ellos, sin que quedara ninguno fuera del alcance de nuestra vista, no por eso sabríamos el resultado que su concurso habría de dar, ya que para ello necesitaríamos saber la

intervención y potencia de cada uno cuantitativamente, lo cual es de todo punto imposible. Si, aun en el caso de que un producto concreto obedezca tan sólo á la concurrencia de dos factores, nos es difícil, si por ventura es posible, aquilatar el grado de causalidad que á ambos corresponde, ¿qué diremos del caso en que el número de aquéllos aumente de tal modo que llegue á ser de ocho, de veinte, de ciento...? ¿Cómo desentrañar las mil y mil interferencias y anastomosis que, al entrecruzarse, forman los múltiples hilos de esa trama, tan diferentes en longitud, diámetro, potencia? Y el tejido social es de los más complicados.

Notemos también que la superioridad ó inferioridad de un pueblo, de una nación, de una raza, no pueden calificarse de otro modo que como se cualifica la superioridad ó inferioridad de otro sér cualquiera; es á saber: por su actividad y por los resultados de la misma. Pasemos por alto el obstáculo grave de saber hacer esa calificación, esto es, de saber decir qué es lo superior y lo inferior y cuál el criterio ó criterios discriminativos sobre el particular, por cuanto se trata de un concepto relativo al punto de vista del calificador; demos por sentado que no hay aquí dificultad alguna y que todos estamos conformes respecto á la característica infalible de los pueblos superiores é inferiores. ¿Cuándo decimos que son lo uno ó lo otro? Cuando obran de tal ó de cuál manera, cuando tienen estas ó las otras instituciones, estos ó los otros elementos de vida, y hacen de ellos buen ó mal uso. La superioridad ó inferioridad social es, por lo tanto, una cuestión de conducta y, por lo mismo, cuestión de psicología. Ahora bien: ya se sabe lo enmarañados y podríamos decir indiscernibles que son los problemas psicológicos. Fuera parte del campo de la metafísica trascendental, acaso no haya ningún otro donde la hipótesis, y por consecuencia la incertidumbre, abunde tanto. Apenas hay nada seguro, si es que hay algo, en la psicología individual. El hacer del hombre es un gran misterio. Se habla á menudo de los factores tales ó cuáles determinan-

tes de sus acciones (constitución orgánica y sobre todo nerviosa, herencia, temperamento, educación, costumbres, historia, etcétera, etc.), pero de positivo y fijo no hay nada ni se sabe nada. Solamente se puede hablar conjeturalmente; por eso hay en los psicólogos posiciones y explicaciones tan diversas. El acto humano es un nudo que nadie hasta ahora ha sabido desatar y que quizá (muy probablemente, á mi juicio) no se desate nunca.

¿Qué decir, en vista de esto, de la psicología social, aún más complicada que la individual? Es un vivero de hipótesis y de teorías (en el mal sentido de esta palabra, no en el bueno, equivalente á ciencia y, como tal, á saber seguro). Recordemos el estado presente de la sociología, que al cabo, quiérase ó no se quiera, es una psicología social, un intento de explicación de los fenómenos sociales, actos éstos privados del espíritu social. ¡Cuánta confusión é incertidumbre en la materia! Yo, por lo menos, no veo claridad en torno de aquellos temas con los que me estoy ocupando más directa y constantemente, y en lo que conozco advierto iguales tinieblas alrededor de los otros problemas. Las conjeturas para explicar los distintos productos del sér social abundan bastante, pero no pasamos de conjeturas. Acaso no haya un solo hecho social suficiente y definitivamente explicado.

¿Y qué decir, por otra parte, de las psicologías de los pueblos en estricto sentido, esto es, de la pretensión de sorprender los caracteres psicológicos comunes á los diversos individuos que los componen? A mi parecer, no se puede menos de tenerlas por muy aventuradas é hipotéticas, lo mismo que cabe decir en general de la psicología de los sexos, y en cierto modo de toda psicología colectiva, á no ser que la agrupación á que se refiera esté formada por corto número de miembros. Si este número es crecido, como pasa siempre que se trata de naciones, pueblos ó razas, la psicología correspondiente es muy difícil de conocer. Dada la variedad grandísima de los componentes del sér social cuyas cualidades psíquicas comunes se

buscan, apenas si puede encontrarse característica alguna fundamental que á todos ellos abarque. Las que cuadran á unos no las tienen los otros. Además, á lo mejor se encuentra uno sorprendido con que las que venía estimando propiedades privativas ó muy acentuadas de tal determinado grupo social no lo son efectivamente, sino que comprenden también á otras colectividades. Por eso es siempre posible argumentar con hechos contrarios á las mentadas psicologías, de igual manera que lo es argumentar contra toda caracterización fija de un tipo, ya sea esa caracterización física ó ya psíquica. El establecer en estas cosas principios ó reglas indefectibles, generalizaciones con valor absoluto, es muy expuesto á cometer errores y ligerezas. Los relativos conceptos son sumamente vagos é incoercibles, y lo que puede hacerse es presentarlos como tales, sin otra pretensión. Haciéndolo de esta manera, hay acaso alguna posibilidad de aproximarse á la verdad en eso de la psicología de los pueblos, en cuyas aspiraciones también yo encuentro bastante de aceptable. Dentro de ciertos límites, parece que cada pueblo, como en general toda agrupación un tanto permanente de hombres, tiene su propia estructura y fisonomía moral (y acaso física, igual que los individuos), un conjunto no bien determinado de rasgos fundamentales, donde se dibujan después las diferencias entre sus distintos componentes. Es algo así como una fotografía compuesta, resultado de la superposición de multitud de imágenes individuales, y la cual, cabalmente porque los elementos yuxtapuestos que han servido para constituirla son tantos y tan multiformes, con caracteres contradictorios que se excluyen recíprocamente aun cuando también se completen, no puede menos de ser una fotografía muy borrosa y confusa, especie de impresión fugaz en la retina, debida á un objeto complicadísimo y muy abundante en detalles. Fotografías como éstas son las que pueden ser comparadas, me parece á mí, cuando pretendemos hablar de superioridad é inferioridad de pueblos y naciones; superioridad ó inferioridad que, por virtud de lo dicho, no son

nada fáciles de reconocer de un modo perfectamente claro y seguro.

A eso atribuyo yo el que los mismos escritores que tratan del problema latino vacilen cuando se preguntan si las naciones latinas actuales son ó no, efectivamente, inferiores á las germanas y anglosajonas. Parece que, en una cuestión de hecho, tales dudas no habrían de existir; pero existen.

Con todo, en general, puede afirmarse que la superioridad de los anglosajones y germanos frente á los latinos, á lo menos en el momento actual, la reconoce todo el mundo. La admiten aun aquellos mismos que á veces pretenden negarla. Nuestros periódicos, verbigracia, se complacen á menudo en comparaciones, de que pretenden deducir que nosotros nos hallamos al alto nivel de los países que gozan nombradía de más adelantados, ó que, al revés, esos países están á la misma humilde altura que nosotros. Recuérdese lo que se escribió y se dijo, hace pocos años, cuando la guerra de España con los Estados Unidos. Aun los que pasan, ó pasaban, por más sensatos y dueños de sí, intentaron demostrar entre nosotros que en poder, grandeza, prosperidad, lo propio que en las contrarias condiciones, allá se iban uno y otro país. Pero aquello fué un período de fiebre que duró poco, y aun los que entonces sostenían semejante punto de vista estaban persuadidos, cuando menos en su mayor parte, de que en el fondo no era verdad lo que sostenían, y de que lo sostenían bajo la presión de las circunstancias. Ahora mismo, es decir, en épocas normales, sucede con frecuencia otro tanto. Por ignorancia algunas veces, pero muchas también sabiendo que no es exacto lo que se dice, aseguramos que en tal ó cuál cosa, en tal ramo de la ciencia, de la industria ó del arte, no hay en el mundo nada mejor que lo nuestro. Y nuestras glorias parece que se ven colmadas cuando logramos encontrar en los otros pueblos, en esos que pasan por superiores á nosotros, alguna manifestación de brutalidad, de inmoralidad ó de injusticia, semejante á las que

entre nosotros son habituales y como endémicas; en tales casos parece como si se nos quitara de encima un enorme peso, al poder decir: «*también* los superiores tienen sus máculas». ¿No han de tenerlas? Ese «también» es la satisfacción menguada del que se siente pequeño y débil.

Fuera de esto, la superioridad de los pueblos del Norte de Europa y América, sobre todo de los sajones y germanos, se reconoce y confiesa de un modo muy general frente á los latinos; con tanta mayor resolución y fuerza, cuanto más se conocen las condiciones de unos y otros. Hace poquísimo tiempo, al darnos cuenta un escritor español de los caracteres ó cualidades constitutivas del alma colectiva de una comarca española, hubo de hacer una indicación, á mis ojos muy interesante, y que por eso me parece oportuno recoger. Vale, creo, por todo un paralelo psicológico. Refiérese únicamente, como digo, á una región española; pero bien podría preguntarse si no es aplicable á todas, ó á la generalidad, cuando menos, de las del país. Habla D. José Nogales del alma andaluza, y dice que en Andalucía «mientras el medio físico convida á la acción, los habitantes se amodorran en la inercia, en la quietud, en un desaliento heredado, en un desencanto sin explicación, en una total desconfianza á todo y á todos, que trae consigo el desdén hacia el colectivo esfuerzo, porque se ha perdido la fe en el esfuerzo individual. Las quejas de otras regiones activas contra la codicia y la rapacidad del fisco y las trabas absurdas de una administración rutinaria, son bien acogidas allí, temo que *más como justificantes de la propia inercia* que como anhelo del propio vivir. ¡No hay posibilidad de crear nada, de perfeccionar nada; la agricultura, la industria y el comercio mueren ahogados en la balumba de impuestos, arbitrios, socaliñas, trabas y obstáculos que el Estado impone y opone al desarrollo de la actividad! Esto dicen... Pero á despecho de esos obstáculos y de ese clamor, llegan los extranjeros, ingleses, alemanes, franceses, belgas, y establecen industrias, acaparan los saltos de aguas, electricidad y sanea-

miento; montan fábricas de abonos, se apoderan de los medios de trasporte, perfeccionan la fabricación de productos naturales, como el aceite, y hacen rendir su parte de riqueza á los residuos; monopolizan la exportación de frutos meridionales, como la uva y la naranja... En la importación ejercen el mismo señorío comercial...» (1).

Probablemente, esto mismo que el Sr. Nogales dice con relación á Andalucía pudiera hacerse extensivo á otras varias regiones de España, y aun á la mayoría de ellas, cuando en ellas caen los extranjeros, y principalmente los ingleses. Decimos á menudo que en manos de extranjeros y de compañías extranjeras está una grandísima parte de la riqueza española. La explotación de las fuerzas naturales que en nuestro suelo existen la han emprendido casi siempre extranjeros, y en manos de extranjeros se hallan todavía en su mayor parte, según se ha reconocido hasta en documentos oficiales. En el renacimiento presente de la industria en España, ¿podrá negarse el influjo extranjero manifestado en diferentes formas? Recordedemos igualmente la obra de los norteamericanos en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, después de la guerra de España con los Estados Unidos.

Ciñéndonos más concretamente al punto que venimos tratando, difícil parece desconocer la superioridad que sobre los pueblos latinos tienen actualmente los anglosajones, tanto en Europa como en América. Años hace que viene hablándose de ella, y cuando tratamos de buscar modelos que puedan servirnos de enseñanza en alguna cosa, pocas veces dejamos de volver la vista hacia Inglaterra ó los Estados Unidos, cuando no á Alemania, como sucede, verbigracia, respecto de esta última, en asuntos universitarios, científicos y pedagógicos. ¿Quién no ha oído encarecer, ó ha encarecido él mismo, no tan sólo el gran desarrollo mercantil é industrial de Inglaterra, sino jun-

(1) *Alma andaluza*, por D. José Nogales, en la revista *Alma Española*, de 6 de Diciembre de 1903.

tamente con él la civilización entera y las buenas condiciones individuales y colectivas de los ingleses? La civilización industrial, como opuesta á la militar y superior á esta última, según las enseñanzas del inglés H. Spencer y de multitud de escritores que le siguen, ninguna nación la ha encarnado hasta ahora tan perfectamente como la Gran Bretaña. Prescindiendo de la conducta inglesa en la guerra del Africa meridional y de otras varias manifestaciones recientes del imperialismo británico, y prescindiendo así bien del recrudecimiento proteccionista producido, sobre todo, por obra de Mr. Chamberlain (señales precisamente, dicen muchos, del comienzo de la decadencia inglesa), la verdad es que, de Inglaterra, hace tiempo que apenas se nos habla más que para que la admiremos é imitemos los demás pueblos. Hemos oído ponderar y recomendar la robustez de su industria, el alto sentido mercantil que la inspira, su librecambio, la campaña perseverante y eficaz seguida para introducirlo en el país, el sistema de colonización, el vigor físico de sus habitantes, su culto por los juegos y deportes como medio de educación á la vez corporal y psíquica; la formación omnilateral de los educandos, de quienes se procura hacer hombres completos, y no meramente personas más ó menos instruídas y sabias; el arraigado sentido conservador-progresivo del pueblo, que ha servido de baluarte á las convulsiones revolucionarias del continente europeo, sobre todo de los países latinos, y que se traduce muy bien, verbigracia, en el hecho de no haberse publicado allí un solo Código (ni político, ni civil, ni penal...), cuando en las otras naciones los tenemos por docenas, sin que por eso disfrutemos de mayor orden y prosperidad, sino muy al contrario; la constancia y tenacidad para persistir en la persecución de un fin; el vigoroso espíritu de individualidad é independencia, que hace de cada inglés un *self made man* que confía ante todo y sobre todo en sí mismo, en sus propias fuerzas *(self-help)*, aunque para aquello á que éstas no alcanzan busque la cooperación libre de otros individuos, más que la del Estado oficial, por lo

que es Inglaterra acaso el país donde la asociación privada tiene mayor florecimiento y eficacia como manifestación y á la vez complemento del mentado *self-help;* el progreso constante, enlazado con ese desarrollo á que nos acabamos de referir, de las instituciones sociales tutelares y preventivas, en favor de los pobres, los enfermos, los desamparados, los delincuentes, los niños en peligro moral, los ebrios habituales, los miserables..., hasta en favor de las bestias; la ayuda legal á tales instituciones, ó sea la poderosa legislación social, que constante aunque lenta y prudentemente va creciendo, y que ha hecho de Inglaterra la nación donde, sin hablarse apenas de socialismo, quizá sea aquella en que exista más socialismo en acción, ó sea más legislación protectora de los trabajadores manuales y de toda clase de individuos débiles y necesitados; la criminalidad de este país, relativamente menor que la de otros, efecto de la multitud de medios preventivos contra la misma que en él existe, y de su progreso penitenciario; la firmeza y estabilidad políticas, el funcionamiento normal del constitucionalismo, sin las adulteraciones y ficciones que se advierten en los pueblos del continente europeo; el ejercicio real y verdadero y el respeto profundo que allí existe á la libertad en sus varias formas... Todo esto y algo más se nos viene continuamente preconizando — no habrá quien no lo reconozca— como méritos de los anglosajones, sobre todo de los ingleses, y como señales de su preeminencia y hegemonía sobre los otros países que carecen de semejantes dotes ó que las poseen en grado inferior.

Reconocido el hecho, conviene decir sobre él algunas palabras. Por orgullo nacional, ó por patriotismo verdaderamente *chauvinista*, hay quien lo niega; pero tal negativa apenas merece, creo yo, que se le haga caso. De no estar inspirada por un gran desconocimiento de la situación efectiva de las cosas, sólo puede obedecer al sentimiento que impulsa á los pequeños y débiles en cualquier respecto á confesarse tales. Es

muy difícil reconocerse inferiores á otros, y en las colectividades este reconocimiento cuesta quizá ordinariamente más trabajo que en los individuos, con costarles muchísimo á éstos. Hay un instinto sumamente poderoso que lo estorba. Antes que declararnos públicamente inferiores, acudiremos á mil subterfugios y ficciones para impedir que se descubran nuestros defectos ó escasez de fuerzas y recursos. Y cuando podemos poner de relieve las lacras de otros, principalmente las de los pretendidos superiores, experimentamos un regocijo indecible, como si con ello se aminorasen ó cubriesen las nuestras. ¿Quién no ha visto, por ejemplo, el placer con que la prensa habla á menudo de los males ó abusos que en otros pueblos advierte, tendiendo con ello de modo explícito ó implícito á justificar los de casa? El «en todas partes cuecen habas», del que aquí hacemos un empleo frecuente, quiere ser una capa de nuestra endeblez y atraso.

Pero, del otro lado, hay también un fenómeno correspondiente. Los anglosajones pretenden ser superiores á todo trance, y hasta sus brutalidades é inmoralidades quieren presentarlas á los ojos del mundo como signos y manifestaciones de su superioridad. La caricatura pone á menudo bien de relieve esta condición. El inglés, por ejemplo, se conduce como si el rey de la creación fuese, no ya el hombre, sino él. La traducción de la doctrina de Monroe en esta fórmula: «América para los... yanquis», pudiera aplicársela también el inglés y decir: «el mundo para los ingleses»; ó mejor, se la podían aplicar de común acuerdo ingleses y yanquis, para declarar que el mundo lo ha hecho Dios para ellos, y que todas las demás cosas de él, incluso los hombres de raza inferior, las ha creado para servicio de los anglosajones. Contestando á una información abierta por la revista de París *La Renaissance Latine*, acerca de la América latina en sus relaciones con los Estados Unidos, decía uno de los informantes de la República de Honduras, y que firma con las iniciales M.-A. S.: «Sin ser amigos íntimos, los ingleses y los yanquis parece que se han entendido última-

mente para imponer la dominación de la raza anglosajona, creyéndose llamados á cumplir una misión civilizadora para con los pueblos que ellos consideran como inferiores. Desde su punto de vista, los pueblos latinos están destinados á desaparecer, porque la raza latina no sabe gobernarse» (1). Mucho hay de esto, efectivamente. Por un concurso de varios elementos poco conocidos, los anglosajones se encuentran favorecidos por la fortuna, y á causa de ello se figuran ser como de naturaleza distinta y superior á los demás hombres, y llamados por lo mismo á dominar á todos éstos, y aun á exterminarlos, para poblar el mundo de individuos pertenecientes á su propia raza. Los procederes de la colonización inglesa pueden enseñar bastante sobre el asunto, así como también la historia de la vida internacional de esa nación, donde se considera á otras moribundas y en trance de dejar libre el puesto á las vivas y fuertes, que vendrán á heredarlas.

La psicología humana es muy engañosa, por lo complicada. Puede uno tener poquísima confianza en sus propios juicios, en los cuales intervienen múltiples causas de error apenas perceptibles, ni aun después de fijarse atentamente. El éxito es una de esas causas. Propendemos grandemente á admirar á los que lo obtienen lisonjero, atribuyéndolo á condiciones y méritos individuales. No solemos tener en cuenta entonces la eficacia de combinaciones fortuitas, ó cuya acción escapa á nuestro conocimiento y análisis, y á las cuales, sin embargo, se debe tanta parte de los productos que creemos puramente personales, hijos tan sólo del querer individual. Gentes que á la continua pasaban inadvertidas por nuestro lado, y en quienes ni siquiera estaríamos dispuestos antes á reconocer las dotes de un ingenio despierto, se truecan de repente en objeto de admiración y hasta casi de culto para nosotros, tan sólo porque les ha acompañado la fortuna en cualquier empresa; entonces descubrimos, ó pretendemos descubrir, en ellas una

(1) *La Renaissance Latine*, núm. 2.° París, 15 de Junio de 1902.

porción de cualidades excelentes, extraordinarias, que en otro caso no habríamos sospechado jamás. Fácil es en ocasiones semejantes ver lo que no existe, ó ponerse cristales de aumento para engrandecer exageradamente una cosa ordinaria y vulgar.

¿No ocurrirá algo parecido en el problema que ahora tratamos? Si á los antroposociólogos no les desorientase el hecho de la prosperidad presente de los anglosajones, ¿habrían encontrado en el *homo europaeus* la superioridad étnica que ahora dicen que encuentran? Y los anglosajones mismos, ¿se atreverían á mostrarse, como lo hacen hoy, arrogante y despreciativamente superiores por naturaleza á los otros pueblos y razas? Casi me atrevería á contestar negativamente. Si es verdad, como muchos aseguran (Colajanni entre ellos, según hemos visto), que ya está iniciada la decadencia inglesa; si tal decadencia se acentúa y adelanta hasta el punto de perder Inglaterra el predominio que en ciertas cosas tiene hoy, pasando ese predominio á otras naciones, supongamos latinas, ¿qué quedará de la actual arrogancia y pretendida superioridad de raza? Fácil es que cambien de sitio y que los nuevos superiores temporalmente pretendan también erigirse en superiores por naturaleza. ¿Quién nos dice que no esté cercano el día en eso suceda, verbigracia, con el Japón, ó con la misma China, tenidos hasta ayer por raza indefectiblemente inferior?

Pocas afirmaciones habrá más verdaderas que aquella del filósofo griego, según la que «el hombre es la medida de las cosas»; y así como por esta causa propendemos á constituir en representantes de la verdad absoluta nuestros juicios y criterios relativos, variables, personalísimos, declarando erróneos los de los demás, diferentes de los nuestros, así también con facilidad suma atribuímos carácter de perpetuidad y de esencial á lo que observamos como propio del momento presente, sin percatarnos de que es transitorio. De esta suerte, el anglosajón de principios del siglo xx erige en natural y constante su superioridad del momento, lo mismo que acaso la erigiera

también en constante, natural é imborrable el español de siglos pasados, y como quizás la erija también el japonés ó el africano de épocas venideras. Este defecto de perspectiva histórica y de trabajo mental comparativo es acaso el principal factor determinante de la teoría en que se afirma la existencia de razas superiores y de razas inferiores.

¿Qué puede decirse, en definitiva, acerca de ella? A mi juicio, si no es posible afirmar de un modo seguro, ni con mucho, que tal teoría responda á la verdad de las cosas, tampoco hay datos suficientes que permitan negar en redondo su exactitud. Más que otra alguna, creo que la contestación que aquí cabe es un *non liquet* que deje la cuestión abierta, encomendando su solución á las generaciones venideras, cuando existan para resolverla, si alguna vez llegan á existir, lo cual dudo mucho, elementos bastantes sobre los cuales poder apoyar un juicio irrefutable y admitido por todo el mundo. Hoy por hoy no estamos en ese caso.

La teoría de las razas tiene sus fanáticos, que todo quieren explicarlo por ella. Esa teoría encuentra, no obstante, mil obstáculos para ser aceptada, obstáculos de que el libro de Colajanni ofrece un resumen bastante completo. Pero las razones que en contra de la misma se alegan no son tampoco de aquellas que convencen y se apoderan irresistiblemente del ánimo de quien las llega á conocer. A mí, francamente, no me dominan. El estado de mi mente respecto del problema que se discute es de abstención prudente ó, si se prefiere decirlo así, de indecisión y duda. No me atrevo á dar la razón á ninguna de las dos posiciones extremas, ni tampoco las juzgo del todo desacertadas. Quizá ambas tengan razón. Si no alcanzo á comprender claramente de qué manera sea la raza de los dolicocéfalos la causa única de la superioridad actual de los anglosajones, en general reconocida, tanto menos cuanto que los elementos étnicos están en dichos países sumamente mezclados, igual que en los otros, ó más acaso, como lo demuestra el ejem-

plo de los Estados Unidos, tampoco me allano á dejar completamente á un lado el factor de la raza, ó quizá sería mejor decir el factor endógeno, como ineficaz en absoluto para la evolución sociológica. Nadie, hasta ahora, ha demostrado suficientemente esa eficacia; pero ¿se ha probado tampoco lo contrario? De la propia manera que, sin haber precedido una demostración análoga sobre el influjo del temperamento individual en la conducta de cada hombre, yo propendo á admitir ese influjo, si bien no como exclusivo, sino como mezclado y combinado con otra multitud de ellos, así también me inclino á dar cierta parte de influencia (sin determinar matemáticamente su cuantía) al elemento étnico en el alma y el hacer de las colectividades.

Los que tan sólo quieren explicar la historia, es decir, las manifestaciones de la conducta de los hombres, por causas externas, ¿han demostrado sus asertos? Hay quien atribuye, tocante al particular, un poder único á la situación geográfica y al clima, pretendiendo, por ejemplo, explicar por la posición insular de Inglaterra y las condiciones de su suelo (abundancia de yacimientos de hulla) el desenvolvimiento lentamente orgánico de esta nación, y su grandeza industrial y mercantil, desconociendo todo otro influjo; hay quien establece una ley, que puede llamarse histórico-geográfica, según la que la civilización se va inevitablemente apartando de los países del Sur y cálidos para refugiarse más cada vez en los septentrionales y fríos; muchos sólo admiten la eficiencia de causas sociales; no falta quien habla de edades en los pueblos como en los individuos, y cree que aquéllos, lo mismo que éstos, crecen, llegan á su apogeo, envejecen y mueren, para dejar su sitio y su herencia libres á otros; los de acá confían en la infusión de sangre nueva, de sangre bárbara, como medio de regeneración de las razas decaídas, y achacan á la pérdida de la barbarie y á la latinización, que vale lo mismo que refinamiento y decadencia, la postración actual de algunos pueblos; á veces se pretende enlazar toda la vida social, toda la historia, con la

religión ó con religiones determinadas, en relación de efecto á causa única; hay asimismo quien da una intervención poderosa, como por instinto, presentimiento ó presunción, á causas que obran inconscientemente, en muy complicada y mutua acción y reacción, que á nosotros no nos es dado discernir y conocer... Y aún podríamos referir más puntos de vista. Pero nadie pone bastantemente en claro sus asertos. A lo sumo, cita en demostración de los mismos algunos hechos, que fácilmente se desvirtúan y contradicen con otros. Todas esas afirmaciones ó criterios que acabamos de mencionar no tienen, pues, más valor que el de simples hipótesis y conjeturas, sin nada seguro y unánimemente reconocido.

Tengo, como he dicho, inclinación á reconocer algún influjo, sin saber cuánto, á la raza ó factor endógeno. Sin semilla no hay planta, aunque no la haya tampoco sin algunas condiciones externas favorables para la germinación, y aun cuando no nos sea posible aquilatar el *quantum* de participación é influjo de unas y otras. Sin que para ello sea precisa la existencia de razas puras, puede, creo, afirmarse el valor de la raza en la germinación y floración histórica, del propio modo que se afirma la de la semilla en la germinación y floración del vegetal. La semilla puede ser el producto de multitud de cruzamientos; mas no por eso deja de ser semilla, con su índole especial y característica, diferente de la de otras semillas. Igual puede suceder con las razas. En absoluto, no será lícito declarar á unas superiores ni inferiores á las otras; en todas ellas puede haber individuos naturalmente bien dotados, y otros que lo estén mal. Pero no será permitido sostener que todos los miembros de una raza ó pueblo son superiores ó inferiores á todos los de otra ú otro. Se trata de una cuestión análoga á la de la superioridad ó inferioridad de los sexos: no todos los hombres son mejores ó peores, más ó menos capaces mentalmente, más ó menos morales, más ó menos aptos para ejercitar sus fuerzas, sus derechos y demás, que todas las mujeres. Sucede también aquí lo mismo que con las semillas: no todas

las de una especie de trigo, supongamos, son mejores que todas las de otra especie.

Pero se puede establecer la comparación en globo, y decir: las semillas de la primera especie son, en general y salvo excepciones, más adecuadas para obtener estos ó los otros productos *en un mismo ambiente externo*. ¿No es esto aplicable á los hombres (herencia, temperamento, condiciones nativas...) y á las naciones? ¿No hay pueblos cuyos individuos están, en general, mejor ó peor dotados que los de otros *para ciertas cosas?* ¿Qué, sino esto, es lo que se pretende significar con la ya mentada psicología de los pueblos? Esa psicología es el reconocimiento de la existencia de un factor endógeno, diferentemente desarrollado, ya que no de cualidad diferente en cada uno de ellos. Obedezca esa diferencia á lo que quiera (conformación craneana, dolicocefalia..., distintas cualidades psíquicas, etc.), el hecho es que existe y que se reconoce su existencia. Aunque todos los hombres y todas las razas, lo propio que todas las semillas de una misma especie, se compongan de iguales elementos, la proporción en que éstos se combinan varía, y esta variabilidad es la causa de diferencias cuantitativas, que á veces alcanzan la categoría de cualitativas, no de otro modo que la desigual proporción con que se combinan unos mismos elementos químicos origina cuerpos diversos con caracteres y fenómenos distintos.

Pero el germen no lo es todo. Más aún, el germen solo es infructífero. Necesita para desarrollarse una suma de condiciones favorables que constituyen el medio. Sin esas condiciones, no hay desarrollo germinal posible. Y esas condiciones pueden ser y son á menudo muy diversas, y de sus combinaciones pueden resultar medios muy propicios ó muy contrarios. ¿Quién es capaz de decir cuáles hubieran sido los productos sociales de la llamada raza anglosajona, superior, si se hubiera visto constreñida á hacer su vida en ambiente no sólo geográfico y en general físico, sino también social, distinto de aquel de que ha estado rodeada? ¿Y qué hubiera sido en

este último ambiente de pueblos de otra raza, como los latinos? Es de advertir que á estas preguntas solamente podría darse contestación satisfactoria cuando se hubieran hecho los experimentos respectivos, cosa que no ha sucedido ni es fácil tampoco que suceda.

La acción constante de un medio determinado más ó menos favorable para el desplegamiento de las condiciones nativas ó germinales produce también al cabo, sobre todo mediante la herencia, tanto individual como social é histórica, cierta modificación en aquellas condiciones. No se conseguirá, sin duda, sustituir radicalmente la índole ó naturaleza de los seres, es decir, de las semillas; pero sí cambiarla bastante y hasta de un modo profundo, con tal de que el influjo exterior sobre ella se ejerza continuadamente en una misma dirección y no haya otros elementos que lo contrarresten.

El medio se halla así bien sujeto á posibles cambios, especialmente el medio social, el más importante para nuestro asunto. Cuanto mayor va siendo la civilización de un grupo humano, mayor va siendo también su dominio de las fuerzas meramente naturales, y por lo tanto su independencia frente á éstas y al conjunto de las mismas, que se denomina ambiente físico. Pero al compás de este decrecimiento aumenta el influjo del ambiente social é histórico, que vale tanto como decir de los elementos psíquicos y propiamente humanos. Los cuales son variables en gran manera. El plexo que forman es susceptible de múltiples y relativamente fáciles modificaciones. Por eso la civilización y el predominio histórico pasan con frecuencia de unas naciones y pueblos á otros, constituyendo lo que alguien llama la *rotación de las naciones*. A todas ellas puede decirse que les llega su hora. La civilización y la superioridad no están vinculadas á ninguna. Todas atraviesan períodos de iniciación, de florecimiento, de postración, de resurgimiento. Si nos fijamos sólo en una época determinada, supongamos en un siglo, no es muy difícil calificar á los pueblos entonces existentes de superiores ó inferiores, de

más ó menos civilizados. Pero la historia humana no comprende sólo un instante, comprende muchos siglos, y abarcándola toda con una gran ojeada, se perciben las vicisitudes históricas, la sucesiva aparición, hegemonía y decadencia de pueblos, y se persuade uno de lo efímero y relativo de toda superioridad y de toda prepotencia. Ningún grupo humano puede fundada y racionalmente arrogarse la pretensión de ser constante y absolutamente superior á los otros, sin temor á caer nunca en inferioridad y aplanamiento; ninguno tampoco debe desesperar de elevarse y adquirir preponderancia. A los grandes dominadores y fundadores de vastos imperios, como Roma, la España de otros tiempos, la Inglaterra del jubileo de la reina Victoria, no se les ha debido de ocurrir como cosa posible la idea de que aquéllos se desmoronaran; cincuenta años hace, nadie sospechaba que el Japón había de llegar á ser lo que es hoy: una potencia que resiste victoriosamente la comparación con cualquiera otra de las del mundo civilizado occidental y que hasta infunde temor, militarmente hablando, á Rusia, una de las más poderosas. ¿Qué sorpresas no tendrá reservadas el porvenir á las generaciones futuras? ¿Qué será mañana, por un lado, de los fuertes y superiores de hoy, y por otro de los débiles, de los atrasados, de los decaídos, de los salvajes?

El ejemplo del Japón, más que nada porque lo tenemos aún á nuestra vista, ofrece materia de enseñanza. Nos explica cómo el medio social é histórico tiene, para los efectos de la civilización, más eficacia é interés que el físico; cómo ese medio social es susceptible de una modificación relativamente rápida, y cómo ella puede conseguirse por la intervención é influjo de factores exteriores. Es éste un punto que, á mi ver, merece que en él fijemos nuestra atención. Porque si la prosperidad y engrandecimiento de los pueblos están ligados, no diremos exclusivamente, á fin de dejar un puesto al factor endógeno, pero sí en gran parte, con aquel conjunto de condiciones é instituciones que constituyen su ambiente social;

si, por otro lado, á ambiente social invariable corresponde forzosamente un estancamiento en el desarrollo histórico, resultará ser un requisito *sine qua non* de progreso el de agitar y modificar ese ambiente. El de cada grupo ó colectividad de hombres es, en cada momento, un ambiente de equilibrio; mas es de advertir que este equilibrio conviene que sea inestable, es decir, que se aparte de todo lo que signifique cristalización, tranquilidad mortal, y se convierta en saludable agitación y renovación de vida. Y la renovación de todo ambiente supone la introducción de elementos nuevos. Ambiente confinado y ambiente letal es lo mismo, en lo físico como en lo histórico. Pueblo cerrado á todo influjo extraño, á los influjos que producen efervescencia en sus elementos propios, es pueblo irremisiblemente perdido, pueblo que no incorpora su actividad á la corriente general de la civilización y de la vida, donde poder purificarse de sus detritus y renovar de continuo el caudal de su sangre. La comunicación con el exterior, el vivir en el extranjero y con el extranjero, á la vez que en y con el país propio, el extranjerizarse hasta cierto punto, parece condición indispensable de progreso social. Ahí está el caso del Japón, si no hubiera otros muchos análogos, bien significativos á este respecto.

De manera, pues, que, aun cuando sean únicamente fuerzas naturales (incluyendo entre éstas las psíquicas y sociales) las que determinen la marcha de los pueblos y su esplendor ó decadencia, y aunque entre esas fuerzas figure la de la raza, ó será mejor decir el factor endógeno, cuyo influjo parece innegable en tesis general y dentro de ciertos límites; sin embargo, no por eso está nadie autorizado para hablar de fatalidades históricas ni de superioridad é inferioridad absoluta é irremediable de pueblos, naciones ó razas. Más bien, lo que cabe inferir es que la vida social y sus factores dan muchas vueltas, y que los que hoy están arriba pueden mañana estar abajo, igual que hasta el presente ha venido sucediendo.

Si alguna consecuencia puede sacarse fundadamente de cuanto dejamos dicho—fuera de la de reconocer que el problema es sumamente complicado y difícil, que apenas si se ha comenzado á estudiar, y que no caben, respecto de él, á lo menos hoy por hoy, afirmaciones terminantes, sino más bien dudas;—si alguna consecuencia, repito, podemos sacar, es, probablemente, ésta: no puede invocarse la teoría de las razas para encender en nombre de ella luchas entre los pueblos, sino para entablar entre los mismos toda clase de relaciones pacíficas y cooperativas.

Notemos, por de pronto, que, según ya queda advertido, las ideas de superioridad é inferioridad son esencialmente relativas. Si cada agrupación humana, por ejemplo, cada nación, tiene un elemento étnico diferencial, que representa un germen digno de cultivo apropiado, lo que conviene es buscarle el medio más idóneo para su desarrollo, conforme á los fines que persigan como más útiles los hombres. Tales fines son y deben ser muy variados; y si necesitamos fuerza y vigor físicos, verbigracia, y á la vez inteligencia y cultura, arte, sentimientos delicados y nobles, fuerte sentido moral... y cada grupo étnico es más apto que los demás para el desarrollo de alguna de estas varias cualidades, sin que ninguno de ellos pueda arrogarse el monopolio de la superioridad en todas; claro es que todos pueden contribuir con los restantes á un resultado común y contribuir desde su propio sitio, que no será superior ni inferior, sino equivalente, al de sus colaboradores. En lugar del exterminio de unas razas por otras, se impone la fusión de todas en beneficio recíproco. «La sangre latina comunicará á la sajona su sentimentalismo, su idealismo, su amor á lo bello, y los sajones infundirán á los latinos su espíritu positivo, su amor al orden, al trabajo, á la libertad y al progreso.» Esto decía no ha mucho un hispanoamericano (1),

(1) El citado M.-A. S., en su contestación á la información de *La Renaissance Latine, loc. cit.*

refiriéndose al porvenir de la América latina; añadiendo que de este modo «la raza futura de la América española será la más completa de la humanidad, y que, por consiguiente, su porvenir será grandioso y brillante». Aunque no se trate sino de una conjetura, de un deseo ó ilusión optimista del autor, no compartida por otros de los que concurrieron á la información para la que él escribió estas palabras, yo no la tengo por una utopia descabellada; al contrario, me parece que lo que él dice sólo con respecto á la América latina podemos extenderlo á todos los pueblos y razas, sin preferencias entre unos ú otros, como lo hace el Sr. M.-A. S., abarcándolos á todos por igual.

Yo me fijo, por un lado, en que á medida que el hombre va conociendo más y más las fuerzas naturales y, por consecuencia, sometiéndolas á su servicio, no sólo se va haciendo más inteligente y previsor, sino á la vez, y por efecto de ello, más humano y benevolente. Su horizonte mental se ensancha, pero al mismo tiempo se fortalece y amplía su sentido moral. Así como cada día que pasa se descubre un nuevo modo de utilidad de las fuerzas meramente naturales, con lo que se va restringiendo el campo de las cosas inútiles, hasta el punto de haber hoy multitud de industrias que aprovechan como materias primas lo que en otro tiempo se consideraba como del todo inaprovechable (residuos de otras industrias, etc.), así también el número de los servicios que los seres humanos pueden prestarse mutuamente ha aumentado mucho y sigue en aumento. El concepto de la inutilidad entre los hombres se limita continuamente. Todo el mundo puede servir para algo; hay operaciones cuyo desempeño se confía con facilidad á individuos tenidos en otras épocas por inútiles ó perjudiciales (viejos, valetudinarios, niños, mujeres, delincuentes...). La idea de la asistencia gratuita para estos seres va siendo reemplazada por la de la asistencia por el trabajo; es decir, que la relación puramente parasitaria se convierte en relación de mutualismo, de simbiosis, de asistencia recíproca. En el lugar

de la limosna graciosa (y, por lo mismo, á menudo degradante y humillante) se pone la limosna onerosa, interesada, pero que no por eso se da con menos amor al prójimo, el cual, al recibirla, la recibe sin abdicación alguna de su dignidad, porque da á cambio de ella un equivalente en servicios, y en tal sentido, tan limosna como la que á él se le da lo es la que da él y lo son los servicios que unos á otros se prestan todos los hombres. Ahora, ¿no es perfectamente aplicable este criterio á la resolución del problema de las razas, lo mismo que al de los sexos? ¿No se sustituye así, conforme debe, quizá, suceder, el concepto de razas superiores é inferiores, de razas rivales, por el de razas equivalentes y solidarias?

De otro lado, ya se ha dicho que, en sentir de los antropólogos, por más que ninguno de ellos pueda dar una demostración suficientemente clara de su aserto, no existen actualmente razas puras. «Todas las razas actuales están completamente mezcladas... Lo que nosotros vemos hoy y llamamos razas son sencillamente algunos de los grupos compuestos mucho tiempo antes de que haya habido anales humanos. Mucho antes de que los hombres fabricaran cosa alguna de las que los arqueólogos reconocen como obras de arte, se había repetido multitud de veces el proceso de amalgamación de las razas, y todas ellas estaban absolutamente confundidas» (1). Pero este proceso de integración de las razas ha continuado. Imagínese lo mezcladas que estarán ya hoy, y sobre todo lo mezcladas que estarán en el porvenir, teniendo cuenta que «el mundo parece hallarse todavía en la infancia... Las razas se mezclarán más y más cada día, y cuanto más se mezclen más se confundirán... La integración de las razas continuará hasta que todas las razas de hombres se hallen fundidas en una sola y grande raza homogénea: la raza humana... La sangre y la cultura serán cosmopolitas... Esta raza humana perfeccionada, final, reali-

(1) Lester F. Ward, folleto citado.

zará entonces todo lo que haya de más grande y bueno en el hombre...» (1).

El autor de las frases que acabamos de citar presenta sus tesis como formando parte de una utopia. Pero ¿realizable? A mí, que no me gusta extralimitarme en hacer afirmaciones, dando como seguro y positivo lo que no lo sea, y que, antes bien, propendo, cada vez con mayor fuerza, á exagerar acaso el opuesto punto de vista, poniendo atenuaciones á cuanto digo y dando carácter hipotético á casi todo lo que se nos suele ofrecer como científico; á mí, digo, me parece la dicha utopia bastante verosímil. Téngase en cuenta la multiplicidad de enlaces, cada vez mayor, que se van entablando entre los diferentes pueblos y regiones de la tierra, á consecuencia, sobre todo, de la facilidad de comunicaciones, lo que no puede menos de traer cruzamientos de los individuos pertenecientes á esas regiones y pueblos, y por lo mismo la unificación de razas y sangres. Aún hay sitios privados casi enteramente de todo contacto y comunicación con los demás, y donde hay pocas mezclas, porque sus habitantes viajan poco y no son apenas visitados por nadie; pero con el tiempo cambiará tal estado de cosas. Puede decirse que ya hoy no hay terrenos inaccesibles. Más pronto ó más tarde, todos entrarán en el concierto universal y vivirán la misma vida que los otros y en estrecho vínculo con los otros. Échese una ojeada en derredor, y véase lo que al presente está sucediendo. Y este proceso de integración y unificación, «que hoy nos parece tan lento, y que, sin embargo, es rápido cuando se le compara con las épocas antiguas, irá siendo más y más rápido en lo porvenir». ¿Cómo estarán las cosas de aquí á mil años, verbigracia? ¡Y eso que mil años apenas representan nada en la historia entera de la humanidad!

Un grave obstáculo existe para que semejante ideal se con-

(1) L. F. Ward, *loc. cit.*

vierta en hecho: el mismo obstáculo que muchísimas veces enciende la guerra entre las naciones y, en general, entre las colectividades, y que también ha traído en buena parte el actual problema de la superioridad ó inferioridad de las razas. Rara es la agrupación de hombres que no se muestre muy celosa de su independencia y sustantividad. Ninguna suele querer ser absorbida por otra, ni unirse, y mucho menos confundirse, con ella, para constituir agrupaciones más amplias, personas sociales más completas, podríamos decir, donde por su propia voluntad quedara reducida á la categoría de simple miembro componente, cual acontece, por ejemplo, en los llamados Estados federales. Esta repugnancia á la absorción se advierte, sobre todo, en aquellas colectividades que se reconocen más débiles ó más pequeñas que otras, porque temen que, al unirse su personalidad, será sacrificada en aras de la colectividad más poderosa, la cual seguirá subsistiendo. En cambio, les halaga el absorber ellas á otras é imponerse á éstas. Así se viene observando desde que los hombres vivían vida de tribu, cada una de las cuales, al propio tiempo que tendía á subyugar á otras, se mostraba rebelde á ser subyugada por cualquiera de ellas. Tampoco los municipios pequeños se avienen á incorporarse á los grandes, perdiendo su sustantividad como tales municipios, aun cuando con ello ganen sus habitantes en comodidades, por ser mucho mayores los servicios que pueden utilizarse en los centros populosos. Y no digamos nada de las naciones: aun las más minúsculas parece que quieren conservar su realidad propia perpetuamente, y se revuelven y enfurecen ante la perspectiva ó la simple idea de ser despojadas de ella.

Tal es el estado presente de las cosas en lo esencial: un estado de recelo y de lucha, en que cada agrupación territorial de hombres se libra, hasta donde le sea posible, de las acometidas de otras agrupaciones, á fin de no confundirse con ellas, pero tratando, en cambio, de que otras vengan á formar parte de su círculo propio. No es, sin embargo, de creer que esta

situación dure eternamente. Hasta podría decirse que hay una poderosísima propensión inconsciente ó, si se prefiere decirlo así, una ley histórica que lo impide. Por debajo de las apariencias de lucha y separación hay un fuerte vínculo que une. Las mismas guerras, actos de hostilidad y de prepotencia, son á menudo manifestaciones de ello, y los grupos que las sostienen, instrumentos, aun á pesar suyo, de semejante unión. Del fraccionamiento grandísimo de la soberanía política en las épocas feudal y municipal, durante las cuales existían multitud de Estados autónomos donde ahora no existe más que uno, surgieron las naciones contemporáneas; de los varios reinos y soberanías regionales ó locales que en pasados siglos existieron en España, Francia, Italia, etc., enemigos unos de otros, ha venido la integración que esas naciones representan, sin que con la absorción y la pérdida de muchas independencias se haya retrocedido históricamente, sino al contrario, si es que de progreso ó regresión puede alguna vez hablarse. Se han agrupado, casi siempre de una manera violenta, muchas antiguas personalidades en otra más amplia, mezclándose sus respectivos miembros y formando un solo cuerpo étnico é histórico: el cuerpo nacional.

Es de suponer que la historia no se detenga en el instante actual, sino que, antes bien, siga su curso, y que continúe cumpliéndose la referida ley que podríamos llamar de fusión y constitución de entidades sociales cada vez mayores, todos cuyos miembros se estimen—cual ahora ya ocurre con los habitantes de las distintas naciones—como pertenecientes á una misma raza, como procedentes de los mismos orígenes y como coparticipantes en unos mismos intereses comunes. En nombre de todo esto, que es lo que en fin de cuentas significa el llamado principio de las nacionalidades, se han constituído á nuestra vista, no hace muchos años, algunas naciones de Europa. Entre éstas, es decir, entre las naciones, median todavía hoy fuertes rivalidades; mas ¿no serán tales rivalidades el mayor acicate para su unión futura, como pasó antaño con los

Estados regionales y municipales, agrupados por fuerza para formar naciones? Nótase ya bien marcada la tendencia á ensanchar el concepto de nación por encima de las existentes actualmente, pretendiendo identificarlo con el de grupo étnico; como al amparo del principio de nacionalidad se han formado, ya queda dicho, algunas unidades políticas contemporáneas, al amparo de ese mismo principio se quiere también formar otros círculos más vastos dentro de los cuales queden incluídos los presentes círculos nacionales; se habla de panlatinismo, de pangermanismo, de paneslavismo, como las grandes entidades entre quienes se producirá mañana la lucha: frente á la América del Norte, ó frente á la de origen anglosajón, se pone la América del Sur, ó la hispanoamericana; contra los Estados Unidos americanos, ó sea contra todas las Repúblicas americanas confederadas, los Estados Unidos de Europa, ó sea la federación europea, preconizada ya á estas horas por algunos sociólogos y políticos; también se tiende á constituir la lengua en vínculo de nacionalidad, y junto á la unión de todos los pueblos que hablen, por ejemplo, inglés (federación de Inglaterra con sus colonias antiguas ó actuales), se aspira á establecer la de los que hablen español (federación de España con las suyas)... Todo parece inclinar el ánimo á creer, sobre todo cuando se levanta la vista por encima del momento actual para espaciarla en más amplios horizontes históricos, que en un porvenir quizá no lejano habrán desaparecido, por estrechas y mezquinas, las naciones actuales, y habrán sido reemplazadas por agrupaciones más comprensivas. «Ningún pensador un poco serio—dice un escritor y diplomático sudamericano, Vargas Vila (1)—podrá creer que en el siglo próximo América ha de hallarse dividida en tantas pequeñas naciones como hoy». Es posible, en efecto, que no lo esté; quizá forme una sola; acaso se haya constituído un solo gran Estado hispanoamericano, ó anglosajón-hispanoamericano; y los españoles, me-

(1) En la citada información abierta por *La Renaissance Latine*.

diante esta federación y mediante tratos de España con Inglaterra, ó mediante conquista pacífica ó guerrera, por Galicia, por Málaga, por Gibraltar, por otros puertos, se hallen de tal modo confundidos con los ingleses, que constituyan con ellos una sola nación, una sola entidad social ó raza histórica. ¿Ganaremos con ello? ¿Ganarán los ingleses por haberse mezclado con los españoles, raza que antes juzgaban inferior? ¿Nos prestaremos los unos á los otros nuestras buenas cualidades, ó los males y los defectos? Todo puede ocurrir; nadie será capaz de hacer una previsión segura sobre el caso.

Lo que sí puede quizá decirse es que, mirando la cuestión de esta manera, todo eso del orgullo nacional, de la independencia nacional, del patriotismo *chauvinista*... resultan cosas bien mezquinas, tan mezquinas como podría serlo la pretensión —que hasta tendríamos hoy por ridícula — de los leoneses, ó los navarros, ó los aragoneses, á resucitar por patriotismo sus antiguos reinos. ¿Fué un bien que desaparecieran? ¿Fué un mal? ¿Será un bien ó un mal que, de manera análoga, y por estos ó los otros procedimientos, desaparezcan mañana España, Francia, Inglaterra, tan celosas hoy de su autonomía, para formar juntas una unidad superior donde se recojan y fundan las oposiciones de todo género ahora existentes entre ellas?

Los destinos de la humanidad dependen más acaso de lo imprevisto que de la voluntad y propósitos actuales de los hombres que se mueven y dirigen, al parecer, el mundo en cada instante. Aun cuando las naciones más poderosas realicen mil brutalidades sobre las más débiles, y en sus relaciones con ellas y con las colonias se dejen guiar exclusivamente por sus egoísmos y ansia de prepotencia y dominación, por veleidades imperialistas, por el afán de conquistar nuevos mercados para sus productos, nuevas fuentes de donde sacar materias primas para las industrias de la metrópoli, y nuevos territorios donde plantar orgullosamente la bandera del propio país, la verdad es que, aun sin quererlo, y aun cuando lo hagan á costa de muchas tropelías y sacrificios innecesarios del

sometido, están quizá realizando una obra providencial de progreso y preparando un estado de compenetración y fusión de pueblos, que habrá de ser más perfecto que el presente de separación y hostilidades. Si, por ejemplo, la guerra reciente de Inglaterra con las Repúblicas del Africa meridional, que trajo como consecuencia la sumisión de aquéllas al poderío inglés, tuvo mucho de injusta y censurable, sobre todo á primera vista; sin embargo, es posible que con ella se haya prestado algún importante servicio á la solidaridad y al fomento de los intereses humanos, incluso á los de índole más elevada é ideal. Probablemente se habrá tendido con ella un fuerte cable de unión entre el actual mundo que se dice civilizado y el inmenso continente negro, unión de la que pudieran resultar grandes bienes para todos, por incorporarse á la corriente general de la historia y la civilización humanas una fuerza poderosa, que hasta ahora ha permanecido inactiva en este respecto.

P. Dorado

CLÍNICAS DE LA HISTORIA

ESTUDIO DE CRÍTICA

I

La Historia Universal es una inmensa clínica del espíritu, en la que se hallan representadas todas las dolencias del alma colectiva, todas las infecciones político-sociales, el *morbo* gigante que corroe la entraña humana desde los tiempos legendarios hasta la presente civilización.

Lo difícil es hacer en esa clínica, frente á los cadáveres ya momificados de tanto *degenerado* con *corona*, la luminosa *etiología* que nos dé la clave de la enfermedad y el secreto de su curación. Son necesarios, para hacer tan admirables análisis, médicos-filósofos, y hasta el momento sólo han desfilado por ahí embaucadores y curanderos. Taine, Renan, hicieron algo, pero la odiosa turbamulta de preocupados fanáticos ahogó su voz elocuente y acusadora. ¡Inspiran tanto respeto los muertos, que pocos se atreven á hacer justicia á sus actos cuando fueron vivos! La crítica busca ideas, y no debe detenerse ante ningún respeto para encontrarlas.

El filósofo es el único hombre que tiene derecho á remover la tierra de los cementerios históricos y á sorprender entre las tumbas, cubiertas con el musgo de los siglos, los grandes secretos de la política. Hay que ahondar con afilado bisturí en la masa cerebral de reyes y ministros, hasta encontrar el ger-

men del mal. Hay que construir la nueva Historia: la Historia depurada, real, experimental, la única verdadera; que esta ciencia, contra lo que piensa un falso idealismo, se rige por leyes perfectamente naturales. Por no hacerlo así venimos escribiendo ha muchos siglos una verdadera *novela de la Historia*, novela en la que sólo han colaborado, hasta hoy, la fantasía, el fanatismo y el miedo, pésimos artífices para construir el edificio de la verdad.

Casi tenía razón aquel pensador que dijo «que la Historia no enseñaba otra cosa sino que nada puede saberse con su estudio». Hay pueblos que no son dignos de tener historia. ¡De tal modo la falsean al escribirla!

Nosotros los españoles hemos forjado una historia oficial, tejido de sublimes hipérboles y atrevimientos grandiosos, de la que resulta la superioridad de nuestro espíritu, el invencible temple de nuestro carácter. Ahí está el secreto de nuestra decadencia, que hemos hallado para infelicidad nacional, mordiendo el polvo en espantosas derrotas y marchando tras el carro del progreso como una legión de rezagados y de parias, impedimenta que va á la cola de todos los ejércitos. Sagunto, Numancia, Zaragoza, la lucha de ocho siglos, las guerras de Flandes, Lepanto y Pavía, San Quintín, El Callao, etc. ¡Qué hermoso y áureo sueño! Hasta nuestras derrotas aparecen sublimadas por la patriotería. Rocroi y Trafalgar, ¡qué admirables hecatombes! El pueblo español grita con el Dante: «Un bello morir honra toda una vida». ¡Error gravísimo! Lo esencial es vivir, pelear noblemente en la lucha por el progreso, en la que no se derrama sangre y donde no mueren hombres, sino ideas caducas y reaccionarias. España es el sepulcro de Europa. Con el fósforo de los huesos de nuestros hijos sacrificados habría para abonar los campos de este hermoso pedazo del planeta. Saber morir por altas causas es bello; pero saber vivir sin vilipendio en el concierto internacional, más bello todavía.

Algún día se convencerá la humanidad de que todos esos

grandes tópicos de honor nacional, espíritu de raza, etc., no valen una sola de las lágrimas que una madre vierte junto al cadáver de su hijo asesinado en aras del mal llamado *deber militar*. España se parece á uno de esos jefes de familia que, teniendo hijos rebeldes y díscolos en su propia casa, pretenden gobernar en los disturbios de la ajena. Por propagar la fe de Cristo hicimos una guerra salvaje é implacable en los Países Bajos, sembrando de patíbulos y hogueras el camino por donde debían marchar, cogidas de la mano, la tolerancia y la persuasión.

El duque de Alba escribía á Felipe II: «Señor, hoy, *miércoles de Ceniza*, he preso y mandado ajusticiar á 500. Para después de Pascua temo que pasarán de 800». Y mientras el de Alba ensangrentaba los campos flamencos en nombre de aquel caballero de la fe, como á sí mismo se llamaba Felipe II, la Inquisición confiscaba bienes, achicharraba cuerpos, mutilaba prensas, ponía candados al progreso y mordazas al genio en nombre de la religión más democrática de la Historia: de la sublime religión de Cristo. Las guerras de Flandes, Italia, América y Francia se miran como honrosas páginas de nuestro historial y ejecutorias de prestigio, cuando no fueron sino actos del eterno bandidaje internacional, ejercido en gran escala desde los tiempos más remotos por los pueblos fuertes, como lo han ejercido Inglaterra en África y Europa con Grecia en nuestro siglo.

Un sentimiento de estúpida adoración á los triunfos militares, que aún subsiste, y que yo llamaría *deificación del sable*, ha tejido coronas de laurel para muchos aventureros de espada y rodela, cuyas hazañas más dignas son, en puridad, de las sanciones del Código penal que del homenaje debido á los grandes heroísmos. Don Juan de Austria, el duque de Alba, Cortés y Pizarro, ¿merecen tamaña glorificación y ensalzamiento como por la rutina académica se les tributa? ¿Qué otra cosa fueron que bárbaros ejecutores de ambiciones imperiales y concupiscencias religiosas? Al que me diga que miento, yo

le enseñaré los patíbulos de Egmont y Horu, los templos violados en Méjico, las melancólicas campiñas de Holanda, reflejando la siniestra luz de un vastísimo incendio, árboles sosteniendo en sus ramas racimos de cabezas de mártires (que lo mismo en Bélgica que en España, mártir es el que muere por la libertad de su patria), los tesoros saqueados, las ciudades trocadas en vastos lupanares, y en gigantesco patio de Monipodio, donde unos hombres que se llaman cristianos violan y matan, roban ó confiscan, y levantan para los enemigos en ideas religiosas el mismo madero afrentoso que la barbarie pagana levantó para Jesús, el primero entre los grandes reformadores.

Desde niños marchamos por ahí canturreando las hazañas de nuestros pretendidos héroes; de nuestra historia, como de un gran matadero, sale olor á sangre, que embriaga; conocemos á Gonzalo, á Paredes, al Cid, al Tenorio, antes que á Homero, á Semíramis, á Víctor Hugo, San Vicente de Paúl y Pestalozzi; vamos conducidos de la mano por nuestros padres á la fiesta taurina, en lugar de visitar los grandes dolores humanos en los hospitales y cárceles; nos enseñan á ser crueles y feroces, y miramos con desdén á los prudentes, motejándoles de cobardes en aras de nuestra pueril jactancia, de invencibles matones históricos. En nuestro cerebro, manchado con las negruras de la ignorancia y la mojigatería, batallan ideas peregrinas y atávicas en caótica confusión.

Esperamos ver aparecer á Santiago en su blanco caballo, y al rey de Navarra rompiendo de un hachazo el férreo círculo de las tiendas árabes en las Navas de Tolosa; y cuando un pueblo extraño nos desacata ú ofende, nos figuramos que no han de faltarnos nuestros dioses tutelares, y marchamos á la pelea con cañones prehistóricos y barcos de madera, creyendo que con nosotros va entera toda una legión de héroes mitológicos, desafiando el número, la naturaleza y la muerte, como los gigantes de Homero, víctimas del falso espejismo de la leyenda, y ciegos á los luminares esplendorosos de la realidad.

¡Cavite y Santiago, sombras funestas! ¿seréis, al fin, para mi patria, escarmiento y lección?

II

¿Qué enseñanzas nos da la Historia? La Historia, bien estudiada, demuestra que aún nos encontramos en una verdadera infancia de cultura moral. Hoy, como ayer, nos enseña experimentalmente la negación por los pueblos de los grandes principios ético-jurídicos, la perversidad de este endiosado mamífero que se llama racional, inteligente y religioso, y ha inventado la guerra, la Inquisición y la horca. La Historia nos muestra el incesante y rapidísimo progreso material al lado del horrible estancamiento de los principios del orden moral. Recorriendo sus páginas y contrastándolas con la realidad presente, se alcanza la dolorosa convicción de que no progresan jamás de un modo paralelo la materia y el espíritu. Sólo el mundo físico se transforma. El mundo moral parece la petrificación del egoísmo y la fuerza. El hombre con sus pasiones hace inhabitable este hermosísimo palacio de la creación. Al observar cómo tras diez y nueve siglos de predicación constante, desde Jesucristo y San Agustín á Kant y Tolstoy, el hombre sigue rindiendo culto á la mentira y la guerra, se llega á sospechar si será moralmente imperfectible nuestra especie. Al ver al cabo de tantas cruzadas de reivindicación psíquica subsistir todas las grandes opresiones del espíritu bajo formas diversas, pero en perdurable vigor de esencia, se llega á dudar de la eficacia del progreso. ¡Progreso! ¿Y qué es progreso? Máquinas de hierro atraviesan los campos; innúmeros canales, esos *caminos que andan*, como dijo Pascal, refrescan el abrasado seno de la tierra pródiga; la diosa utilidad levanta á la industria suntuosos palacios en los que el trabajo templa sus armas bienhechoras para la lucha con la Naturaleza; silba la locomotora al cruzar entre los algodonales de la India como al trepar al cerro de Sión, teatro de la sublime tragedia

cristiana; el océano soporta sobre su monstruosa espalda millares de ciudades flotantes que llevan de polo á polo las ideas y los productos; se perpetúan la voz y el sonido, y se transmiten las impresiones de los mundos por ingeniosos mecanismos. Si esto es progreso, confieso, en verdad, que hemos progresado de un modo increíble.

Pero las naciones no son sólo organismos que comen y asimilan. Tienen un alma, y el progreso para el alma consiste en la Libertad, el Bien, la Razón y el Derecho. ¿Somos libres? La libertad se alcanza con dos elementos: pan é instrucción. ¿Somos buenos? El bien se alcanza cultivando el deber, que debe ser, como afirmaba el gran Cimbali, la religión del porvenir. ¿Somos racionales? La razón se alcanza emancipando el cerebro de la coyunda odiosa de la ignorancia. ¿Tenemos Derecho?... La respuesta es bien triste. Nuestros obreros comen mal, y son en su mayoría analfabetos. Esclavitud del cerebro y del estómago, es decir, negación de libertad. Despreciamos al pobre y al ignorante, perseguimos en lugar de convencer á los que no piensan como nosotros, deificamos el ocio y el egoísmo; es decir, somos malos. Continuamos adorando las formas y los símbolos como los antiguos fetiches, volvemos la espalda á la ciencia para cultivar la fantasía, levantamos patíbulos y armamos ejércitos para ventilar nuestras discordias, es decir, procedemos por instinto, negando la razón. ¿Tenemos Derecho, Igualdad legal, etc.? Sólo teóricamente. La Ley es como el Jano de la Mitología. Tiene dos caras. La una es adusta y feroz, y mira á los peldaños sociales inferiores; la otra es placentera, y mira á las cimas de la jerarquía social. ¿Qué Derecho ni qué Ley son éstos que castigan el hurto de leñas y dejan impunes las más grandes violaciones jurídicas?

Y no hay exageración en mis palabras. En 1895, los jueces de Lecco (Italia) condenaron á una campesina por el hurto de un haz de leña á treinta y cinco días de cárcel, y pocos días después los de Roma condenaron á quince días de reclusión á un repugnante *plutócrata* que dió á una mujer quince puñala-

das por resistir valientemente á sus lascivos y bestiales deseos. Hubo una ciudad en la antigüedad que vendía en pública subasta los honores y los destinos, y hay una España y una Europa donde suelen venderse en subasta privada. Hubo una Edad Media que mataba moriscos y albigenses, y hay una Edad Contemporánea que asesina judíos y africanos. Hubo una Inquisición para los heterodoxos, y no ha mucho se creó otra Inquisición para presuntos delincuentes (la creada en Montjuich para los anarquistas). Tuvo el pensamiento una *aduana* que impedía circular libremente los productos del espíritu sin el *regium exequatur* de la tiranía, y hoy hay una aduana para ciertas ideas y una mordaza para las bocas libres que enseñan en las aulas universitarias. Bacon decía que prohibir la circulación de un libro es tanto como asesinar la razón, y yo pudiera citar hoy más de uno de esos asesinatos. La ciencia oficial en España vive aún del dogmatismo, de la leyenda y de la tradición, y en ese horrible triángulo se han ahogado muchas inteligencias preclaras. Los grandes maestros del pensamiento humano jamás sometieron sus enseñanzas al vicioso reglamentarismo del Estado. Si Aristóteles y Vico, Hegel y Kant hubieran explicado en nuestras Universidades la *Ciencia Nueva* del uno, la *Razón Pura* del otro y la Filosofía de los demás, hubieran sido tachadas por los *payasos* científicos de algún flamante Consejo de Instrucción pública.

III

Si la Historia nos enseña la esterilidad de los esfuerzos de la Filosofía para espiritualizar al hombre y hacerlo verdaderamente humano, nos demuestra igualmente cómo la fuerza es el gran árbitro de los destinos de la colectividad. En todo litigio internacional triunfan las bayonetas, ó el dinero que sirve para fabricarlas. La justicia, rara vez. Para un Morgarten y un Sempach hay cien Sedán. El viento que en Salamina so-

plaba contra la escuadra de Jerjes, parecía un instrumento de justicia providencial que se encargaba de equilibrar la enorme diferencia numérica de las escuadras griega y persa, y coadyuvaba al triunfo de la libertad helénica. Hoy, ni aun esa esperanza tienen los pueblos débiles. Nadie pelea bajo la acción de corrientes ciclónicas profetizadas por la ciencia, y la metralla puede más que el viento en los combates. En las guerras antiguas solía abrirse paso un sentimiento de filantropía en el fragor de la lucha, porque, como observa un gran pensador, se luchaba muy de cerca, y no había corazón tan duro que rematase al herido ó se ensañase en el agonizante. El agente de la guerra moderna es la Química, y este agente es anarquista: hiere sin plan, tira al montón, y sus terribles fórmulas son como el instinto ciegas, como la fatalidad inconscientes y brutales.

La fuerza es el gran instrumento y la vanguardia de la Historia. La ciencia y la virtud van á retaguardia, olvidadas ó perseguidas por sus contemporáneos, cuando no muertas ó despedazadas en el inmenso furgón que sigue al ejército de las razas. ¡Qué admiración despiertan en todas las almas los hechos sangrientos de los conquistadores!

Alejandro, Cambises, César, Tamerlán, Carlos V, Solimán, Napoleón. Jamás se apagó para ellos el incienso de la lisonja, y aún resuena en todos los oídos el aplauso universal para sus actos de bandidaje. El hombre aprende á dar la muerte antes que la vida, y por eso la Historia es un cementerio sin fin, en cuya lúgubre portada ha puesto la demencia humana una inscripción horrible, que dice: ¡Gloria al asesinato! Hojeando los anales de los pueblos, principalmente los de España, casi me siento inclinado á creer, como Rousseau, que la guerra es el estado natural del hombre.

En cambio, para el genio, el bien y el civismo, ¡qué antítesis! Para Jesús, la cruz; para Arístides, el destierro; para Colón, cadenas; para Galileo, mordazas; para el dulce Fray Luis de León, la cárcel; para Moorse, el desprecio; para Só-

crates, la cicuta; para el ilustre patrono de Dreyfus, la impopularidad; y para nuestro gran Castelar, la calumnia, peor que la crucifixión y la muerte.

El perímetro de las grandes ciudades de Europa está cubierto de estatuas, elevadas á los que yo llamo *grandes matadores de hombres*. ¡Cuántas madres habrán maldecido al pie de la columna Vendome, donde se levanta la figura pétrea de Bonaparte!

¡Qué lástima—dice Jorge Sand—que para los hombres de bien haya tan pocos monumentos! La ilustre escritora ignora que la historia del bien es casi desconocida por lo anónima, y que al presente sólo conocemos la historia de la perversidad humana. No sé quién ha dicho que los versos más hermosos de un poeta son siempre los que no imprime; y yo digo, parodiándole, que lo más hermoso de la Historia está inédito ó por escribir.

Hojead la Historia oficial. ¡Qué enseñanzas! Alejandro, aquel hombre de alma tan extraordinaria que jamás sintió orgullo por sus espléndidos triunfos y afortunadísimas empresas, mata á Clito, su hermano de leche, que le salvó la vida en la batalla del Gránico; la vieja sociedad romana da de puñaladas á César, en evitación de la sabia selección por él preparada para sanear su organismo, como más tarde apuñala á Rienzi, otra gloriosa víctima del idealismo revolucionario; el austero Catón vende su mujer á un amigo; Nerón establece en su palacio culto á la *pederastia*; las mujeres cambian de maridos (según frase célebre) como los pueblos de cónsules, y Santa Mónica llama al matrimonio contrato de servidumbre; y el único gran filósofo, Alejandro Severo, que menosprecia el poder y la riqueza, glorificando en frases inmortales la paz del corazón y la conciencia, es motejado de loco por la envilecida muchedumbre.

Quien defiende á Cristo y su doctrina es tildado de perturbador; la reacción, nefanda como todas, intenta ahogar en sangre el hermoso renacimiento espiritual que predican los

cristianos con la palabra y el ejemplo; la calumnia se asienta en el solio regio y mancha con sus fauces venenosas el misterioso antro de las Catacumbas, donde se elabora en silencio la magnífica idea de la igualdad humana; erígese el Circo romano en sala de justicia, en magistratura el fanatismo y en verdugos los leones; la púrpura imperial se enrojece aún más con la sangre de las víctimas, y el Tíber arrastra legiones de cadáveres que se pierden en el mar, sin que por eso las ideas naufraguen ni se pierdan los principios proclamados por la inspirada palabra del primer reformador de la Historia.

Sobreviene luego la Edad Media, edad de las grandes antítesis, en que se mata y se ora, al mismo tiempo en que el sacerdote es al par soldado y misionero, en que se levanta el torneo al lado de los certámenes de la *Gaya Sciencia*, y los juicios de Dios al lado de las lides trovadorescas en que brotan las Universidades al compás de las inacabables guerras, y se cultiva la ciencia por los mismos que empuñan la homicida espada.

Al lado del despotismo surge el Municipio; junto á la centralización absorbente, el mágico principio de la Monarquía representativa; frente al rey, que humilla al pueblo, el justicia mayor, que pide cuenta de su conducta al rey. El fratricidio es título para escalar el trono, y desde la época goda se vislumbra ya el podrido germen de la perdurable guerra civil que ha de formar el tejado de nuestra borrascosa historia, convirtiéndonos en un pueblo de Caínes. Las grandes *locuras colectivas*, tan admirablemente descritas por Lombroso, se enseñorean del alma universal, dando lugar á episodios tan hermosamente trágicos como las Cruzadas y tan odiosos y antipáticos como la persecución de judíos y albigenses. Las bellas palabras de Jesús á sus discípulos, *La paz sea con vosotros*, se borran entre el griterío belicoso y la vorágine de los fanatismos, y un legado del Pontífice grita á sus soldados, que le presentan atraillados un montón de herejes: *Matadlos á todos, que Dios conocerá á los suyos.*

Renace algún tiempo la calma y se inaugura la que ciertos filósofos han llamado *Edad de la armonía*. Colón lleva la revolución al seno de la geografía, y Gutenberg la lleva al espíritu humano, *materializando* las ideas; y en medio de esta magnífica florescencia de progreso, descuella el árbol del Renacimiento, alimentado con los jugos del suelo de la bella Italia, dando nueva vida á esos *grandes muertos* que se llamaron Homero y Fidias, é inundando con frutos copiosos el fértil campo de la Literatura y del Arte. Pero ¡qué fatalidad! El bien tiene en la Historia la duración de las sombras en el sueño, y al lado de la dorada espiga de la renovación intelectual crecen las cizañas del cesarismo y la intolerancia. León X, Lutero, Erasmo, Savonarola, Carlos V, San Vicente Ferrer y Torquemada. La superstición y la fe, el vicio y el deber, la anarquía y el orden juntos siempre y siempre en pugna. Por los jardines del Vaticano pasean corrompidos sacerdotes que reniegan de Cristo, viviendo como Epicuro. Igual que en los poéticos tiempos de propagación del Cristianismo, la verdadera Iglesia de Cristo, formada por los sacerdotes de la virtud, se esconde en las tinieblas de las catacumbas sociales, mientras sobre la superficie, iluminada con las luces de un realismo grosero, danza la inmensa legión de los eternos *fariseos* y *Pantojas* en loca bacanal de risas y algazara, concupiscencias y egoísmos. Se enseñan el dogma y la religión á hachazos, y en los campos malditos de Mulhberg se levantan por los soldados católicos pirámides de huesos humanos, como trofeo y homenaje á un Dios que es todo bondad y tolerancia. Y aquí me detengo, porque el vapor de la sangre me embriaga, y cruzan por mi cerebro sombras siniestras, como las de Thou y la Saint Barthelemy, las víctimas del Santo Oficio, los seis mil demócratas sacrificados por aquel rey moderno que con su crueldad hizo piadoso á Domiciano; Prim, Dreyfus y tantos mártires inmolados por las atávicas pasiones de secta, que ennegrecen el pabellón del Cristianismo y deshonran la cultura moderna. «Los hechos contemporáneos—dice el insigne Gal-

dós—no se *pueden disecar, porque algo vive en ellos que duele y salta al ser tocado con el escalpelo.*»

Ya veis lo que es la Historia. La Historia es una acción y reacción continuadas de indisciplina y orden, tolerancia é intransigencia, absolutismo y demagogia, opresión y libertad; y el sujeto de ella se asemeja al Tántalo mitológico, cuyos brazos, por la fatiga doloridos y exánimes, en váno pugnan por alcanzar el codiciado fruto del derecho y la armonía sociales, que siempre viene á separarlo de ellos la maléfica influencia de un dinamismo fatal. ¿Tendrá razón el ilustre autor de la *Sciencia Nueva* al afirmar que la humanidad está destinada á andar y desandar eternamente los mismos círculos de hierro que le sirven de cárcel y tortura?

IV

Para confirmar estas rápidas impresiones, penetremos de una vez en el gran anfiteatro de la Historia oficial, que es al par museo y clínica. ¡Admirable estudio, que agotaría muchas vidas y cerebros más vigorosos y mejor organizados que el mío! Larguísima línea de cadáveres yacen allí, y en sus rostros, acartonados por el tiempo, pero íntegros en lo que pudiera llamarse *póstuma expresión psicológica*, se lee la vida que les animara, sus pasiones, el secreto y la causa de su muerte. ¡Cuánto loco sublime! (Tomás Moro, Enrique IV de Francia, Rousseau, Rienzi, Savonarola.) ¡Cuánto degenerado y neurótico! (Felipe III, Carlos II, Carlos IV.) ¡Cuánto sér teratológico! (Ivan IV, Enrique VIII de Inglaterra, Kengis Kan, Fernando VII.) ¡Qué pocos caracteres superiores! (Pedro I de Castilla, Pedro el Grande de Rusia, César Napoleón I, Prim.) Y sobre todo, ¡cuánto imbécil coronado!, que harían interminable la lista. La Historia es pintoresco museo naturalista, en el que están representadas, con representación simbólica, todas las especies zoológicas. Son muy escasos los leones, como

Gustavo Adolfo, y las abejas, como Carlomagno; pero, en cambio, abundan mucho los tigres, como Torquemada, y las zorras, como el R. P. Nithard, verdadero *rey de hecho* en la decadente España del último Austria. Abundan en ese museo los que yo llamo *Janos históricos* ó reyes de doble personalidad moral, que por un lado copian en sus actos á la hiena, y por otro semejan dioses, héroes ó ángeles. Estos casos notabilísimos de psicología patológica muestran lo complicado y difícil del estudio de esa *maraña* que llamamos espíritu humano. Salen de aquellos labios, con poco intervalo de tiempo, resoplidos de fiera y dulces incitaciones al amor. Las manos esgrimen puñales homicidas, y á poco restañan con suave lienzo las sangrientas heridas que en la carne de las víctimas abrieron. Brota de los caldeados cerebros la chispa destructora de la cólera y la luminosa, bienhechora ráfaga de la virtud, la ciencia y la fe. ¡Antítesis extraordinarias que revelan cuán juntos están en nosotros el instinto y la razón, y acreditan ser el hombre el animal menos conocido de los innumerables que pueblan la tierra!

He ahí unos cuantos ejemplos. Salomón, el rey sabio, levanta al vicio lupanares, y á la ciencia y la fe perdurables monumentos; Alfonso X, que tan claro vió el Derecho y tan hondo miró en los astros, vive en perpetua discordia con sus hijos; Alejandro mata á los griegos y perdona á los persas, y en medio de las batallas, y entre los venablos que surcan el aire, lee con voz vibrante y calurosa los poemas homéricos; Luis XV seduce á las mujeres del pueblo, y luego las indemniza haciéndolas sus cortesanas y sus primeros ministros; Ivan IV de Rusia distrae sus ocios arrojando sobre la multitud, que baila bajo los balcones de su alcázar, osos hambrientos, y por otro lado coloniza extensos desiertos, lleva la civilización á la Siberia y da leyes sabias á su pueblo; Pedro el Grande mata por su propia mano á los Strelitz condenados, y un día se arroja al Neva, helado, por salvar la vida á un infeliz marinero; Pedro I de Castilla, que no tiene compasión pa-

ra los nobles rebeldes y los bastardos turbulentos, escucha con vivísimo interés las quejas del pueblo, que le pide justicia; Federico el Grande, que no tiembla en las grandes batallas, se sobrecoge de espanto al ver un niño en peligro; Felipe V, que tuvo valor para disputar el trono español á Europa entera, no lo encuentra para resistir los caprichos de su mujer, que le pide un trono para cada uno de sus hijos; Catalina de Rusia, la primer ramera de su país, es al mismo tiempo la mujer más ilustrada y el corazón más hidalgo de su siglo, hasta el punto de arrancar un grito de admiración al escéptico Voltaire.

El marqués de Pombal, el Richelieu portugués, el asesino de Almagrida, el estadista implacable y austerísimo que mandó matar en un solo día á trescientos ladrones, que, aprovechándose del terremoto que destruyó á Lisboa, ejercían sus malos instintos, llora desolado porque un cazador furtivo da muerte por equivocación á su perro favorito, y por último, el gran Napoleón, el mayor perturbador del derecho ajeno, es al mismo tiempo el más ilustre entre los legisladores de nuestro siglo. (Véase el Código Napoleónico, verdadero modelo de nuestro Código civil.) La historia se ha venido escribiendo con verdadero espíritu sectario, y de ahí las falsedades que contiene. Leed á Thiers y á Goldsmith, y os convenceréis. Los católicos llaman á Felipe II el magnánimo y el prudente. Los holandeses le apellidan el asesino. Y es evidente que ni unos ni otros tienen razón, pues el sombrío habitante del Escorial tuvo todas las buenas y las malas cualidades de su siglo. Pedro I de Castilla es comparado á Nerón por unos, y llamado el justiciero por otros. Y la verdad es que fué lo que debía ser: un vigoroso defensor del principio monárquico, atacado por la cohorte nobiliaria é inficionado por aquellos Laras, Castros, Garcilasos y Trastamaras, verdadera legión microbiana, que al amparo de la impunidad venía poniendo sus huevecillos en el ya podrido seno del organismo político de Castilla.

Las leyes de herencia y adaptación al medio disculpan ó atenúan muchos errores históricos cometidos por reyes y ministros, papas y legisladores. Pero el gran mérito de los hombres está en sobreponerse á las impurezas del medio con la energía moral y en modificar los efectos de la herencia con la educación. De ahí la justicia que encierra esta hermosa frase: «fué tan grande, que se adelantó á su siglo». Para mí, el monarca más ilustre de la historia es Pedro el Grande de Rusia, porque supo educar á su pueblo, educándose antes á sí propio, ya en los salones de París, ya en la obscura fragua del herrero, ya en comunicación constante con poderosos y humildes, cortesanos y pecheros.

Hoy los reyes son plantas de estufa criadas al calor palaciego, á quienes jamás se enseña la realidad ni las necesidades de su pueblo. El rey ideal es para mí el que está en más íntimo contacto con las masas. Y séame lícito aquí saludar respetuosamente la memoria de aquel caballeroso é hidalgo Alfonso XII, que tenía algo de la temeridad y abnegación de nuestro Quijote clásico y desafiaba la muerte en los hospitales de Aranjuez, envenenados por el microbio, y en las calles de París, pobladas de encolerizada muchedumbre, y en las desoladas llanuras de Alhama, envuelto en torbellinos de nieve y sintiendo bajo sus pies la trepidación del suelo, conmovido por el terremoto. Por lo demás, tanto el rey (representación del equilibrio funcional del poder), como el Gobierno (expresión de la voluntad colectiva) son, como alguien ha dicho, *males necesarios*, que aún subsisten por la incapacidad y raquitismo moral de los gobernados. El hombre ha progresado tan poco en la esfera ético-política, que no puede vivir sin tutela.

El gran Gobierno, dice Hegel, sería aquel que hiciera el gobierno superfluo. Pero ¡qué lejano está el día de esa magnífica victoria del Estado oficial sobre la masa que en los surcos sociales se agita y ruge indisciplinada y rebelde! Mientras la coacción política sea la violencia y no el consejo, la fuerza

material y no la sabia admonición, tenemos derecho á pensar que no hay verdadero Gobierno, porque éste es una fórmula feliz de orden, educación y libertad, y jamás debe disfrazarse con el férreo traje de la dictadura. Los atributos en que encarna hoy la autoridad y fuerza del poder son la bayoneta, el cañón, la mordaza y el patíbulo, instrumentos de mando necesarios por el estado anárquico de la voluntad nacional. Y así se cumple el derecho, de modo triste, entre dolorosas amputaciones y de bárbara quirúrgica, en lugar de cumplirse por la santa eficacia de la educación gradual, única terapéutica que cura las infecciones de la inteligencia y ahuyenta el *morbo* de las almas.

A riesgo de que me llamen *atávico,* declaro que admiro profundamente las antiguas formas y reglas políticas. Me entusiasma la antigua organización patrimonial, los banquetes públicos y la severa educación física de los espartanos; aquellas mujeres, que lloraban porque sus hijos habían sido heridos por la espalda en los combates; aquellos pueblos germanos, rigiéndose por sus costumbres, que no conocían el testamento, porque decían que Dios, y no la ley, instituía al heredero. ¡Admirable y sabia lección que daba un pueblo tachado de bárbaro, á los modernos legisladores que, al estatuir las legítimas, han convertido en prosaica obligación, sancionada por la ley, lo que es el cumplimiento de un deber del corazón, el mágico grito de la sangre, que resuena poderoso hasta en el alma de los hombres más feroces!

V

Resumamos. La historia es un todo orgánico sujeto á leyes indeclinables. Así como en el orden físico, según afirma un sabio, si faltare una sola molécula de carbono, se desquiciaría el universo; así en el orden moral y jurídico, cualquier perturbación de sus elementos integrantes hace vacilar, tras-

torna y, por último, derriba el edificio social. La libertad humana no puede á veces evitarlo. El hombre es libre, según Laurent, al modo que un pájaro en su jaula, pudiendo moverse sólo en el espacio que limitan los hierros. Sin embargo, si la libertad no es el principal agente de la historia, es, sin duda, uno de los más importantes, y puede encauzar los hechos por derroteros fecundos de paz y de justicia. De ahí la existencia de una ley de responsabilidad histórica, admirablemente explicada por el P. Gratry, por la cual los pueblos, como los individuos, reciben el premio ó castigo que por sus actos merecen. Los pueblos sobrios se enriquecen. Los pródigos y ociosos se arruinan. La civilización es una fórmula moral, que resulta de la mezcla de dos elementos: utilidad y justicia. Toca el primero á la vitalidad orgánica y económica. Responde el segundo á la vitalidad ética. Menospreciar una de esas fuerzas sociales, es introducir el desequilibrio en la economía nacional. No se vive sólo con el estómago y con los músculos. Se vive también, y por cierto vida intensa y rica, con el corazón y el cerebro. Un atleta sin sentido moral es un sér teratológico. Un místico ó un sabio sin energías físicas ni nerviosas son como una luz muy viva esclava de los caprichos del viento.

La raza anglosajona, por atender exclusivamente al sentido de lo útil, se ha hecho odiosa y erigido en *suprema ratio* de sus codicias la fuerza, con la que trata de abrir nuevos horizontes á su espléndida potencia mercantil. Por algo Inglaterra es patria de Bentham, el apóstol del principio de la conveniencia como suprema verdad moral, y por algo también los Estados Unidos son patria de Edison, el gran apóstol de la mecánica y la física modernas. La raza latina, por cultivar el sentido idealista en religión, arte y política marcha á retaguardia de las razas progresivas y vive en perpetua lucha de fanatismos y discordias civiles sobre un suelo abrasado por el fuego de las revoluciones. El sol, ese gran enemigo de la actividad, amodorra nuestro espíritu ó lo enardece con neuróti-

cas incitaciones al amor, á la lucha y á la intemperancia, enriqueciendo los anales de la criminología con numerosos ejemplares y poblando el orden social con crecida falange de alcoholistas, teorizantes y vagos de levita. Sergi, el ilustre catedrático de la Universidad de Roma, acaba de publicar un libro hondamente sincero y de admirable espíritu crítico, con el título *Decadencia de las naciones latinas.*

Piensa Sergi que el gran error de nuestros pueblos y la causa de su petrificación ante el progreso está en no tener conciencia clara y cierta de su evolución. Exactísima es la observación del sagacísimo escritor italiano.

Como la mujer de Lot, los latinos dan la espalda á la civilización, y miran de frente, con la terrible fijeza de la sugestión, al pasado; á ese pasado de su historia, negro, con la cerrada tiniebla de los fanatismos, y henchido de lúgubres tradiciones y sangrientas leyendas de civiles venganzas. El afán de conservar por la fuerza una hegemonía que se perdió por menosprecio de la cultura y del derecho, las hace volver con ansia los ojos al militarismo, y erizan sus costas de cañones, y pueblan sus campos de soldados, y se arman hasta los dientes sosteniendo esa *paz armada*, ruinosa para la vida económica, que hizo exclamar con acento profético al gran Montesquieu: *La Europa se perderá por los guerreros.*

Raza la más bellamente dotada bajo el punto de vista psíquico, resulta la más enteca y pobre de todas, por *inadaptación educativa* y *fatalismo del medio físico.* La única salvación de los pueblos latinos está en la educación física. Aunque parezca pueril la afirmación, es gran verdad. Pueblo que come mal y no higieniza su organismo, dejando irse la vida por el cerebro, en lucubraciones estériles y poéticas fantasías, es tierra abonada para la esclavitud y la conquista. La primer condición que debe buscar el hombre es ser buen *animal* (Spencer); es decir, apto para la lucha con la Naturaleza, con los hombres y el destino. Puede sentarse como axioma que, en la vida física y psíquica, una gran producción supone un gran

consumo. Somos los españoles grandes ayunadores. Se nos elogia por esto, cuando yo creo que debía censurársenos. Hombre mal comido es hombre displicente, apático, pesimista. Hombre que come bien y se nutre es materia dispuesta al bien, al esfuerzo, á toda gran expansión de la vida, así corpórea como espiritual.

El valor, la resolución, la energía, son una resultante de la salud, y la salud es un corolario de la buena alimentación. Yo creo que hemos perdido las colonias y la guerra por dar á nuestros soldados una manutención tan pobre y esquilmada, que era tanto como llevar la anemia á sus cuerpos y la atonía á sus espíritus. El fenómeno es tan viejo como la inmoralidad de gobiernos y caudillos. Los soldados del Gran Capitán marchaban descalzos y hambrientos por los campos de Italia, teatro de sus magníficas proezas. En Flandes, Portugal y el Rosellón hervían la indisciplina y el motín en los ejércitos por falta de pagas, y era de ver á guerreros cuyos pechos cruzaban gloriosas bandas de premio al valor, ganadas en ambos hemisferios, entregarse al latrocinio, al robo y las depredaciones, falanges ebrias de orgullo é intemperancia, á cuya presencia quedaban desiertos los pueblos, y cuyos pasos dejaban huellas horribles en las mieses destrozadas, los caseríos saqueados y en los hogares, manchados con la deshonra que consumaban aquellos miserables (que Calderón llamó bandidos con uniforme), á la trágica luz de los incendios. . . . . .

. . . . . .

Gimnasia de cuerpo y de cerebro, tónicos para nuestra sangre empobrecida por el desgaste de diez generaciones de progenitores, agotados por el ascetismo ó por la guerra; tónicos para el alma, con el fecundo ejemplo de la práctica de los deberes tan olvidados de una raza á la que pueden aplicarse estas hermosas palabras de Kant: *Duerme y sueña, que la vida es belleza; cuando despierte, verá que es deber.*

Se nos califica por ahí de brigantes y logreros. No tenemos derecho á protestar. De diez y ocho millones de habitantes

que pueblan la Península, la mitad, por lo menos, viven del fraude y el contrabando, más ó menos hipócritamente velado. Contrabando administrativo, económico, político, hasta moral (llamo contrabando moral al ejercicio fraudulento de ciertas profesiones liberales). Al bandidaje en sierras y montañas sucede el bandidaje en oficinas y dependencias públicas.

Noventa y siete mil burócratas (más que en Rusia) cobran pingües sueldos por emborronar expedientes, y cualquier *yernócrata* disfruta de más honorarios que un catedrático encanecido y prematuramente agotado en el noble sacerdocio científico. A José María y Diego Corrientes, poetizados por la leyenda, suceden el político concusionario, el gobernador venal, el comerciante sin escrúpulos de conciencia, el periodista estafador y el doctorzuelo farsante. La política, que es cargo de honor y abnegación, se trueca en medio rápido de hacer fortuna. En el siglo XVI decía el pueblo de los virreyes que marchaban á América «*que iban pobres á provincias ricas, y volvían ricos dejando provincias pobres*».

Otro tanto pudiera decir hoy de los miserables agiotistas que llenan su bolsa en las Haciendas provinciales, mientras en los Hospitales é Inclusas se asesina á los asilados, y en las cárceles agonizan innúmeros parias embutidos en la sombra fría y miasmática de horribles cubiles, que encontrarían incómodos los tigres, y donde quizá no harían su nido las serpientes.

La enfermedad más grave que padece España es la atonía moral. No protestamos de nada, porque ya nada nos conmueve. Vivir, vivir tendidos en el surco ardiente de nuestro feracísimo terruño, viendo con los ojos nublados por la modorra cómo se aleja el carro del progreso, y recibiendo sobre las espaldas doloridas por la enorme pesadumbre de las pasadas guerras el latigazo de las razas vencedoras. Miramos con ojos indulgentes á los viciosos, y nos duele negar el saludo á los infames.

Hora es ya de emprender una cruzada práctica contra los grandes ladrones. Entre los malos, por elevada que sea su alcurnia social, y los buenos, por humilde que su cuna sea, hay

una barrera infranqueable, levantada por el desprecio de las almas rectas y las sanciones del Código penal. Fuimos temibles en otro tiempo por el valor. Hagámonos respetables por la honradez, único blasón del escudo de las naciones que no puede empañar la adversidad. Vivamos, pensemos y obremos á la *española*, sin regirnos por patrones extranjeros. Triste cosa es ver que, siendo propietarios de nuestro suelo por título inscrito en el Registro oficial de la Propiedad internacional, no poseamos más dominio efectivo que el *directo*; el *útil* pertenece de *hecho* á los extranjeros que nos explotan. Tiene razón Ives Guyot: *España no es de los españoles, ni para ellos.* Detestemos ese espíritu de imitación, tan felizmente llamado por alguien *espíritu de rebaño*, que nos constituye cerca de las otras naciones en la más ignominiosa de las esclavitudes: en la del pensamiento.

Dice con gran verdad Cajal que en España no tenemos sino medio sabios, medio filósofos, medio generales, etc. Seguimos viviendo en aquellas Batuecas del espíritu, tan maravillosamente descritas por Larra... donde no se escribe porque no se lee, ó no se lee porque no se escribe. La ignorancia en que yacen las clases sociales abochorna y desconsuela. Ejemplos históricos que puedo comprobar si alguien los niega. Un aristócrata dice á otro en el *foyer* de un regio coliseo: «Chico, estoy leyendo un libro muy divertido». «¿Cuál?» «El *Quijote*, escrito por un tal Cervantes».

Un catedrático decía, sin asombro ni protesta por parte de los que le escuchaban, que los terremotos que afligieron á Granada en el luctuoso año 1884 fueron una represalia de la cólera divina contra las matanzas de frailes en 1837, y la expulsión de los mismos decretada cuarenta años antes por el conde de Aranda, discípulo de Voltaire.

Otro profesor dice, en letras de molde, «que la desamortización de los bienes del clero fué un robo; que la enseñanza en manos del Estado es un peligro para la moral, y que todo matrimonio que no sea canónico es un amancebamiento». Cuan-

do en el austero recinto de una cátedra se escuchan semejantes sandeces, y se estropea el cerebro de la juventud con tales afirmaciones pseudo-científicas, ¡qué de extrañar es, Dios mío, el languidecimiento del alma nacional y el caótico estado de los cerebros juveniles, en los que toda patraña tiene asiento y toda rutina cabida holgada!

Decía Napoleón I que el maestro debía ser el primer funcionario del Estado. En España es el último y el peor retribuído. No hay apenas profesor (hay esclarecidas excepciones) que explique más de media hora. Y en ciento cincuenta ó doscientas medias horas de que consta el curso se pretende enseñar Historia, Lógica, Derecho civil, etc.

Verdad es que tres mil quinientas pesetas de *ciencia* son poca ciencia y pocas pesetas.

Dos cosas hay que deben pagarse antes y mejor que ningún servicio público: la Ciencia y la Justicia. Por no hacerlo así son las Universidades un plantel de parias intelectuales, comandados por unos cuantos proletarios científicos, y la administración de justicia una entidad pobre y sin autonomía, bloqueada por la administración, y cuya integridad moral está constantemente amenazada por las pasiones políticas, las asechanzas del soberno y las brutales exigencias del odiosísimo cacique.

Voy á concluir con una piadosa excitación á la juventud, si es que aún la hay, en el alto sentido de florescencia espiritual, que es la prenda más valiosa, la más rica virtud, de esa edad creadora y expansiva. «Fía sólo en ti misma, esculpe tu alma y tu cerebro, forja tus convicciones sobre el yunque de la realidad con el martillo de la razón. Prepárate para el combate de la vida, procurando emanciparte por tu fuerza y tu vigor espiritual antes que te emancipe el Código por el simple motivo de la edad. Pelea siempre al lado de los débiles; que nunca es más grande la encina que cuando cubre con su hermosa lozanía y robusto tronco el enteco arbusto que crece á su sombra protectora. Deja la mentira para los impotentes y afe-

minados, y di la verdad á los que están junto á ti; que la verdad no se pierde nunca en el orden moral, como no se pierde un solo rayo de sol en el inmenso anfiteatro de la naturaleza física. No te importe el vencimiento ni la caída en las batallas del pensamiento. Hay muertos que están de pie y triunfan, como dijo el poeta, porque de los cuerpos abatidos y exánimes álzanse, triunfantes y avasalladoras, las ideas. Ten fe en el deber y en la ciencia, nuevo Edipo, que ha de acertar todos los secretos que guarda almacenados, ha siglos, la eterna esfinge del fanatismo. Aíslate cuando el medio social en que vivas sea impuro; que el aislamiento engrandece en ese caso, como dice un poeta ruso, y, sobre todo, porque la virtud no ha de quedar sola, pues vela Dios á su lado.

Niega tu saludo y amistad á los falsarios, á los grandes criminales impunes de la política, á los fariseos, á todos esos *contrahechos del espíritu* que llevan jorobas en el alma y la conciencia. Desprecia á todos esos que consideran la crápula como cosa de *buen tono*, y guarda tus energías viriles para engendrar seres robustos, aunque á tu muerte no les dejes otra herencia que la salud y el honor, elementos que forman una riqueza inestimable.

Procura aprender en la realidad más que en los libros. La sociedad es un inmenso arsenal científico de viva y espléndida cultura abierto á la investigación. La ciencia oficial crea *doctores*. La ciencia personal crea *doctos*, *pensadores* y sabios. Y así como la virtud se acrisola mejor en las luchas de la vida que en la atmósfera del claustro, y la fe se alcanza mejor peleando de pie que orando de rodillas, y la santidad humana se gana junto al lecho del enfermo ó en el tugurio del desvalido mejor que con estériles ayunos y maceraciones en las Tebaidas del misticismo, así la ciencia y la patria hallan mejores defensores y apóstoles en los cerebros libres y en los ciudadanos íntegros que en el sabio de oficio y el político profesional.

PASCUAL SANTACRUZ

RECUERDOS

Quedó aplazado un banquete al terminar el artículo anterior, pero me arrepiento de mis propósitos de describirlo.

¡Pobre gente! Hacía lo que podía, y como sabía y podía me obsequiaba; y yo, les debo gratitud, y no les debí una indigestión gracias á las fuerzas digestivas de mi estómago. Esto me estimula á decir algo sobre la cocina.

La cocina es un Arte, Arte difícil, Arte elevado, y en que á veces se llega á lo sublime, así como otras veces se cae en los abismos de lo repugnante y de lo indigesto.

Sí, la cocina es un Arte, y además es una Ciencia; y como en toda Ciencia y en todo Arte, hay que distinguir el talento, la aplicación, el estudio, el saber positivo, la erudición, de otra cosa que está por encima de todo esto, y á que todo esto no llega: el genio.

Hay cocineros de nota y reputación y de casas grandes, y aun de palacios reales, que guisan bien, de una manera correcta, y que además poseen extenso repertorio: son unos sabios de sartén y cacerola.

Serían capaces de escribir un poema épico; es decir, de disponer un banquete de lujo y de etiqueta, un banquete regio, á ser preciso, en forma irreprochable. Pero nada más.

En cambio, una pobre vieja de aldea, un ama de cura, un mocetón de la huerta de Valencia, pueden hacer un plato aquélla, y una paella éste, en que fulgure el genio de la coci-

na. Como la musa popular y espontánea puede escribir un romance que valga cien veces más, y que produzca más emoción estética, que mil octavas reales, con arte cuadradas á la medida del sillar clásico de solemne monumento.

Este es un tema importantísimo, sobre el cual volveré en otra ocasión, pero en que hoy no puedo detenerme porque fuera alargar mi viaje más de lo justo.

*
* *

Pocos días después salí de Génova, regresé á España, y á mis habituales ocupaciones: desempeñar las clases de la Escuela, dar dos ó tres lecciones particulares de aquellas para las cuales me autorizaba el director, leer Matemáticas, leer novelas, pronunciar discursos librecambistas en la Bolsa, y discursos democráticos en el Ateneo.

A todas estas ocupaciones agregué otra, que se prolongó tres ó cuatro meses: escribir una Memoria consignando los resultados de mi visita al túnel de Mont-Cenis, y consignando la descripción de las nuevas perforadoras, tal como yo suponía que podrían ser.

Terminada mi Memoria, y habiendo conseguido de la Dirección un dibujante para poner en limpio las láminas, presenté mi trabajo, y con esto terminó la comisión á los Alpes.

La Superioridad la tuvo en su poder más de un año sin decidirse á imprimirla, porque la reproducción de las láminas hacía la impresión muy costosa.

Al fin tomó un término medio: autorizar á la *Revista de Obras públicas* para que la reprodujese en su Colección de Memorias y Documentos, no sé si con alguna subvención del Estado.

Entre unas y otras vacilaciones transcurrieron dos años, y vino á terminarse la impresión el año 62, época de la Exposición Universal de Londres, donde apareció ya la descripción auténtica de las perforadoras de Mont-Cenis, y aún pude

en un apéndice de mi Memoria dar la descripción exacta de estos aparatos, descripción que en lo principal y en casi todos los pormenores coincidió con la que yo había anticipado dos años antes.

Con esto hice mi liquidación definitiva con los Alpes, que ya no he vuelto á cruzar más que otra vez, y creo que habrá sido cruz y raya. Entre los Alpes y yo toda comunicación ha quedado interrumpida desde entonces.

*
* *

¿Cómo pasé los dos años que median del 60 al 62?

Pues nada recuerdo de este período, que debió ser tranquilo y pacífico, que vale tanto como si dijera que fué muy feliz.

Ninguna gran emoción, pero ningún disgusto de importancia. Un lago de superficie igual, rizado por tenue y manso oleaje.

Se recuerda lo bueno ó lo malo, como se ven en la planicie la montaña que se eleva ó el abismo que se abre á sus pies.

Pero si no hay montañas ni abismos, la monotonía pacífica no graba recuerdos en las planchas fotográficas de la memoria.

Todos los días, á la Escuela de Caminos, desde las nueve á las doce; todos los días, mis lecciones particulares, desde las dos á las cinco.

Todos los días, lecturas de Matemáticas, desde las cinco hasta la hora de comer.

Algunas noches al teatro, cuando había estreno; si no, al Ateneo, ó á la *Revista de Obras públicas,* para oir hablar de librecambio, ó de política, ó de asuntos del Cuerpo.

Y después de acostarme, una ó dos horas leyendo novelas.

Y de este modo un día y otro día, repetición casi de geométrica igualdad, del mismo cliché.

Así es, que en este período sólo se destacan dos recuerdos, á saber, dos nuevos intentos dramáticos, que fueron: la come-

dia titulada *Un sol que nace y un sol que muere*, en un acto y en verso, y un dramita muy extraño, medio fantástico medio simbólico, que se tituló *Morir por no despertar,* también en verso y también en un acto.

Ambos se representaron muchos años después, y ambos tuvieron muy buen éxito, sobre todo el primero.

De ambos hablaré cuando llegue el momento oportuno, haciendo el juicio crítico que estos dos ensayos me merezcan.

Hoy he de contentarme con dar algunas ligeras noticias.

Escribí *Un sol que nace y un sol que muere*, y con razón ó sin ella, ó por espíritu de justicia, ó por debilidad paternal, quedé bastante satisfecho de mi obra.

Si todos los escritores en general, y todos los autores dramáticos en particular, tuvieran suficiente franqueza, veríase que la mayor parte de ellos, en su esfera humana, repiten lo que en esfera divina le ocurrió exclamar al Hacedor: *Deus vidit omnia que fecerat et erant valde bona.*

Todo autor dramático tiene la mayor parte de las veces un momento en que su obra dramática le agrada.

Lo que sucede es que á muchos le sigue agradando por tiempo indefinido; y otros, los menos, cambian de opinión, y hasta abominan de sus propias creaciones.

La idea de la comedia á que me refiero era muy sencilla, y á mí se me antojaba que era poética.

Un joven, el galán de la comedia, yendo de caza, ha visto en un bosque á una joven hermosísima, que huyó rápida al despertar el cazador, que previamente estaba dormido.

El joven se enamoró, como era natural, de aquella poética visión, que desde entonces fué para él un ideal divino.

Algún tiempo después se encuentra á la hermana de la joven, que resulta ser una jamona hermosísima, pero al fin y al cabo *jamona.* Un sol espléndido, pero que se inclina á su ocaso, aunque cualquiera, al verla, creería que, más que el sol de la tarde, era el sol de la mañana.

El galán, al verla, cree que aquella mujer es la realización

de su ideal, y se enamora de ella perdidamente, es decir, sigue enamorándose y ella á su vez se enamora del mancebo no menos perdidamente, y unidos en ardiente amor, van caminando hacia el matrimonio.

Pero la hermanita joven, la del bosque, viene de Granada, y al verla el enamorado comprende que ella es su verdadero ideal, ella es el verdadero sol que nace.

De aquí resultan tristezas, desengaños, dolor profundo para la hermana mayor.

Y todos estos sentimientos los analiza, y sobre ellos filosofa, el padre ó el abuelo, ó cosa así, de las chicas: no recuerdo el parentesco.

Escribí la comedia en verso y repetí el *Deus vidit*, y, en suma, dicté sentencia favorable á mi obra y me propuse intentar un supremo esfuerzo para llevarla al teatro. ¡Ya es fácil la empresa!

Pero siempre el temor, la vergüenza y la timidez, y quién sabe si algo de pereza, debilitaban mis energías y paralizaban mi acción.

Como en las ocasiones anteriores, en vez de marchar de frente, oculté el cuerpo y acudí á movimientos de circunvalación.

Le dí mi comedia á Gabriel Rodríguez, para que éste se la diera, sin decirle que era mía, á D. Laureano Figuerola, rogándole que se la llevara al celebrado actor D. Joaquín Arjona, para quien yo creía haber escrito en la comedia un papel de lucimiento y muy acomodado á sus facultades.

La comedia fué por sus pasos contados á manos de D. Joaquín, y de las manos de D. Joaquín, por sus pasos descontados, volvió á las mías, con este juicio crítico del insigne actor:

Que la comedia era bonita, y hasta poética; que estaba muy bien escrita, y que el autor tenía relevantes condiciones literarias: es decir, las ordinarias de la ley, lo que todos me habían dicho en obras anteriores, lo que se dice siempre en casos semejantes; pero agregando que tenía poco interés, que

era muy pálida y que, en su concepto, no podía representarse. ¡Anda con Dios!

Equivocóse en esto el bueno de D. Joaquín, porque doce ó catorce años después, ó acaso diez y seis años más tarde, se representó en el Teatro del Circo y gustó muchísimo y ganó estrepitosos aplausos.

No me resigné yo con la fatal sentencia, y apelé al juicio de D. Aureliano Fernández Guerra, el cual afirmó que la obra era muy buena, que le gustaba mucho y que debía representarse.

Y esto no me lo decía á mí directamente, de modo que sus elogios no eran de pura cortesía. D. Aureliano fué siempre para mí un paño de lágrimas.

Con este triunfo relativo me contenté por entonces, y archivé la obra, esperando mejores tiempos, que al fin llegaron, porque todo llega y todo pasa.

Algunos meses más tarde escribí un drama en un acto, que, como dije antes, se titulaba *Morir por no despertar*.

Había yo leído una novela francesa en que el personaje principal, desengañado ó desesperado de amor, se va á un caserón viejo, próximo á la orilla del mar, y en aquella soledad esparce las soledades de su alma, y ante el mar infinito desata las tempestades de su infinito dolor.

Me impresionó esta idea y, á mi modo, combiné un argumento y escribí el drama trágico de que se trata.

Este no se lo mandé á ningún actor.

Había hecho tres pruebas, con Romea, con Teodoray con Arjona, y las tres me habían resultado mal. Así es que empecé y concluí por donde siempre había concluído, mandándole mi obra á D. Aureliano Fernández Guerra, que por bondad de carácter ó porque realmente no le disgustasen mis obras, siempre las acogía bien y las alababa.

Esta le llamó mucho la atención: dijo que era muy poética, que estaba muy bien sentida, pero que resultaba muy extraña; que sólo á fuerza de sentimiento se podía dar carácter

de realidad á una verdadera fantasía, porque el drama era un sueño más que un drama.

Yo, con este juicio, me dí por satisfecho, y archivé el drama, en compañía de los dos anteriores.

Es decir, que para aquella fecha ya había escrito yo cinco obras.

Primero, *La Cortesana,* drama que hice añicos y que arrojé al cesto de los papeles rotos.

Segundo, otro drama, imitación lastimosa del *Hamlet*, que por tamaño delito descuarticé, como había descuartizado *La Cortesana*, esparciendo, ya que no sus cenizas, sus añicos por el viento.

Tercero, *La hija natural*, que archivé cuidadosamente, envolviendo la obra en no sé qué vaga esperanza.

Cuarto, *Un sol que nace y un sol que muere*, que fué al archivo en compañía de la anterior, y al cual tuve siempre mucho cariño.

Y quinto y último, *Morir por no despertar*, que durmió en compañía de sus dos hermanos mayores muchos años, no sé cuántos; acaso diez y seis.

Y suspendí por entonces mis ensayos dramáticos, que no reanudé hasta tres ó cuatro años más tarde.

***

Llegó el año 62, y se anunció la Exposición Universal de Londres, y como sin duda al director de la Escuela le remordía la conciencia por el enorme perjuicio que me había causado impidiéndome salir del Cuerpo y dedicarme á la enseñanza privada de las Matemáticas, me dió, por satisfacerme y compensar su antigua severidad, otra comisión para Londres, pero á mí solo, sin alumnos que me acompañasen.

Yo debía estudiar la Exposición Universal y escribir una Memoria.

Y, en efecto, allá fuí con mi mujer, y resultó la expedición por lo menos tan agradable como la de los Alpes.

Pero, como tenía tiempo de sobra, resolví hacer el viaje lenta y cómodamente, como el que saborea un manjar delicado, no engulléndolo de pronto con ansias de glotón, sino poco á poco, y paladeándolo como refinadísimo *gourmet*.

A mí, por entonces, me gustaba mucho viajar; era para mí un encanto, un placer vivísimo, más aún, casi un verdadero delirio.

Desde niño me enloquecían los viajes; durante todo el invierno estaba yo soñando con el viaje á Cartagena, que hacíamos al llegar el verano.

¡Qué dicha, preparar á las doce de la noche la tartana, enganchar la redonda y lustrosa mula, que era la niña mimada de la casa, salir á la una, subir con la fresca el puerto de las Cadenas, andar y andar hasta las doce del día, detenernos las horas de calor en una venta y comer las ricas provisiones que llevábamos, y á la caída de la tarde seguir hacia Cartagena, ver ensancharse el horizonte, ver bajar el cielo hacia el mar, sentir la brisa marina, y como centinelas avanzados, multitud de molinos de viento revolviendo sus alas. Y al fin, á la caída de la tarde, entrar por las calles de Cartagena y llegar á un callejón donde había muchas tiendas de pescado frito, y, por último, subir á la casa de huéspedes de costumbre, que, con ser muy mala, yo no la hubiera cambiado por un palacio!

Todo esto lo soñaba yo, como digo, una y otra y veinte veces durante el invierno, y al terminar aquellos sueños siempre despertaba en el momento de entrar en la tartana para emprender el viaje. ¡Qué tristeza y qué llantos solitarios y silenciosos entre las sábanas, para no despertar á mis padres!

No, estamos en invierno; falta mucho para el verano: gemía yo.

Sí, estamos en invierno, pero han pasado muchos meses; no está tan lejos el verano.

Ha sido un sueño; no hay viaje todavía, pero ya no falta más que un mes.

Faltan quince días.

Faltan ocho días.

¡Mañana, es mañana! Y me parecía percibir el olor de aceite frito del sucio callejón en que estaba la casa de huéspedes. Sensación deleitable y poética á que no ha llegado ninguna otra sensación para mí; sobre todo cuando se combinaba con la impresión salobre de la brisa de mar.

*
* *

Mucho me gustaba viajar cuando niño.

Mucho me gustó viajar cuando joven, y aun después de casado; pero había en los viajes una cosa que me molestaba grandemente.

Pasar la noche sin dormir.

Y no se diga que mi sibaritismo llega á la cama como llega á la comida, y que exijo lecho de plumas y platos regalados.

Ni lo uno ni lo otro.

Cómo más á gusto un plato español de esos que llaman vulgares y ordinarios, que el manjar más exquisito de la alta cocina francesa ó italiana.

No creo que la desdicha del pobre sea fatal y necesaria por no poderse alimentar con trufas, *foie-gras* y faisanes; porque afirmo que un modesto cocido, un plato de patatas con bacalao, un plato de arroz ó cualquier otro alimento de esta clase, puede ser tan bueno, tan sabroso y tan exquisito como los más aristocráticos manjares.

Sucede en la cocina, como otras veces he dicho, lo que sucede en el Arte: con lo más sencillo, á veces, se llega á lo más sublime, lo más vulgar se remonta, lo más pretencioso se hunde; y una frase, prosaica al parecer, encuentra vibración estética y hace sentir y llorar, mientras nos deja fríos y hastiados todo un poema épico, con sus octavas reales por sillares, como decía Martínez de la Rosa.

Y lo que digo de la mesa, digo de la cama; y aún llego en este punto á mayores extremos democráticos.

Al fin y al cabo, exijo que la comida sea buena y hasta *inspirada;* en la cama, ni aun esto exijo: no exijo inspiración. Para dormir sólo necesito una superficie horizontal, algo que sirva de almohada, aunque sea duro, y abrigo si es invierno: nada más.

Yo he dormido muchas noches, como referí en una de las primeras crónicas, cuando era niño de doce y trece años, en la acera de una plaza de Murcia, sirviéndome de almohada el escalón de un portal, mientras bajaba á abrir la puerta mi profesor de Matemáticas, D. Francisco Alix, y nos preparábamos para los trabajos topográficos de la población.

Y así, á las cuatro y las cinco de la mañana, echaba sueños deliciosos sobre la piedra y á la intemperie durante media hora y aun tres cuartos de hora: y esto no una ó dos veces, sino durante dos y tres meses del año.

Ni más ni menos que cualquiera de los golfos que hoy nos inspiran tanta simpatía.

Como si no tuviera padre ni madre, que los míos por de contado ignoraban estas travesuras de niño soñoliento.

Pero esto me da el derecho de decir que he conocido la vida del pobre, y que no por dormir sobre la piedra me tenía por desgraciado, ni sentía los huesos más molidos que cuando dormía sobre el blando colchón.

Antes bien, el mayor de mis tormentos es un colchón blando: en él sí que no puedo conciliar el sueño.

Yo he dormido sobre los tablones de la cubierta de un vapor, yendo de Almería á Cádiz, con el saco de noche por almohada, y he dormido durante siete horas seguidas.

Yo he dormido, en mis trabajos de ingeniero, sobre el santo suelo, muchas noches, y muy regaladamente.

Yo he dormido, y creo que habré sido el único que ha dormido de este modo, en el suelo de una diligencia, entre los pies de mis compañeros de viaje, y dando la vuelta al cuerpo como un perro para no tropezar con el eje de las ruedas, que iba por el interior de la caja de la diligencia.

Este dato es histórico: fué una vez que venía de Talavera de la Reina á Madrid.

Y en el suelo de los coches del ferrocarril he dormido infinitas veces.

Me parece que esto no es sibaritismo.

Pero dirá el lector que, ya que no sea sibaritismo, tampoco tiene condiciones ni estéticas ni de interés dramático, ni siquiera de interes cómico, para comunicárselas al público.

Pues yo afirmo lo contrario: que estos hechos, vulgares, prosaicos, insubstanciales al parecer, importan mucho á la higiene, á la sociología, al problema de la miseria y á las más intrincadas y arduas cuestiones del orden social.

Porque, al fin y al cabo, yo no he sido nunca, á Dios gracias, y en buena hora lo diga, pobre de solemnidad: he pertenecido á una familia, no rica, pero sí acomodada; he gozado prácticamente de algunas comodidades, si no de grandes lujos; y cuando ha llegado el caso he sufrido las molestias, que para mí no lo eran, y que parecen caracterizar la miseria.

Mejor dicho, las he experimentado, no las he sufrido, porque no he sufrido con ellas ni han constituído para mí desgracia ni dolor.

Y estos hechos prácticos me prueban que se exageran mucho las necesidades sociales en las dos principales de la vida: comer y dormir.

Para comer basta muy poco, para dormir basta menos; y lo demás, más se exige por vanidad ó por envidia que por verdadera necesidad.

Se quiere gozar de lo que otro goza, suponiendo que goce, que esto no está probado; y no porque tales goces constituyan verdaderas exigencias del organismo, sino que más bien son rabietas y pataleos del orgullo y de la envidia.

Sobre este tema podría yo disertar ampliamente, no en forma retórica ni con ejemplos fantásticos ni con teorías *á priori*, sino con hechos positivos y con pequeñas escenas en

las que yo he sido el actor y de cuya exactitud, por lo tanto, respondo por mí mismo y no por referencias.

¿Se va enterando el lector displicente de que todo esto que digo constituye datos de importancia en la cuestión social?

Porque, al fin y al cabo, yo soy un hombre más ó menos modesto, pero perteneciente á la esfera intelectual y aun á la esfera artística; y para vivir con vida tranquila y con toda la felicidad que es permitida á la raza humana no he necesitado ni lujos ni refinamientos, ni el lujo ni el refinamiento ajeno me han pintado nunca de amarillo el cristal de los ojos.

Pero sospecho que me voy desviando de mi objeto, y que á este paso nunca llegaré á Londres ni podré recordar las maravillas que vi durante la célebre Exposición internacional del año 1862 en el palacio de Kensington.

Emprendamos, pues, el viaje; pero viajemos por pequeñas etapas, para no hacer nunca noche en el camino y poder descansar el cuerpo sobre un plano horizontal y poder cerrar los ojos con descanso íntegro de todo el organismo.

Para *dormir* basta la horizontal.

La vertical, para *vivir*.

Y en los crepúsculos, menos que una butaca: un banco.

José Echegaray

RADICALISMO Y REACCIÓN

ÍNDICE

Caracteres de este estado de la conciencia nacional.—Hechos sociales.—Hechos individuales.—El radicalismo y la reacción como tendencias.—Pasado y porvenir.—Negación de presente.—La irrealidad nacional determinada por estas dos fuerzas difluentes.

—

¿Es normal esta oposición?—Carácter adjetivo de la tradición.—¿Quiénes la sustantivan?—Tradición viva y tradición rediviva.—Carácter sustantivo del progreso.—¿Quiénes lo adjetivan?

—

El sentimiento y la imaginación utópica como característicos de radicales y reaicconarios.—La falta de voluntad en ambos grupos.—Sectarismo de los mismos.—El individuo y la masa.—Libre examen y dogmatismo.—Libertad y autoridad.

—

Formas sociales, políticas, ecomómicas y religiosas del radicalismo y de la reacción en España.

—

Tipos.—Psicología individual del reaccionario. Su caudal intelectual (misoneísmo).—Su sentimiento (individualismo).—Su acción (parasitismo en el pasado).—Temperamento flemático.—Carácter simple incomplejo.

—

Psicología social.—La intolerancia.—Espíritu de provocación.

—

El radical.—Mentalidad (filoneísmo).—Sentimiento asolidarista ó anárquico.—La acción (parasitismo en el porvenir).—Temperamento sanguíneo.—Carácter poliforme.

—

El tratamiento de esta enfermedad moral.—La fórmula de un nuevo liberalismo.—Educación del individuo en la libertad, para la libertad.—El ascetismo.—La tolerancia.—La autofé.—El mundo interior y la vida religiosa.—El mundo exterior y la vida económico-social.—La aristocra-

cia en las almas y la democracia en las personas.—El individuo organismo muscular y pensador máquina de trabajo, no parásito de riqueza.—El nuevo sentido de la vida.—La sustantivación del presente como nexo entre el pasado y el porvenir.—Radicalismo y reacción integrados é integrables.

Mientras la gran mayoría de los pensadores españoles se engolfan *ingenuamente* en el tráfago diario del vivir pensando, bueno es que algunos pretendan pensar viviendo, es decir, dando trascendencia inmediatamente humana, social, nacional, al objeto de sus investigaciones. ¡Es tan difícil que la partícula de arena arrastrada por la corriente se resista á su impulsión y baje al fondo, dejando que resbale impetuosamente por su diminuta superficie y permaneciendo ella inconmovible! ¡Es tan difícil que el individuo, en este marasmo social, tenga el alma serena, para flotar en él sin naufragar! ¡Es tan difícil!

¡Qué pocos son los que poseen serenidad espiritual, perfecto dominio de sí, para descansar al lado del camino, á fin de ver el rumbo que otros transeuntes llevan! Nuestras individualidades son máquinas movidas vertiginosamente por la pasión, máquinas ciegas, que avanzan al acaso, sin trayectoria. La realidad exterior es un imán, que fatalmente las atrae. El mundo interior rezuma toda su savia, los puros manantiales de la verdadera vida, que al contacto de la realidad exterior se cuaja en fruslerías, en nonadas. Si pobres son los parajes de la tierra, de esta nuestra tierra peninsular, desiertos, sin fauna y flora copiosas; miserables parecen los ambientes del espíritu, estos paisajes, sin fauna de ideas, ni floración de emociones y de acción, sin raíces en el pasado, sin tallos robustos que hacia el ideal nos yergan, sin alas que hacia el progreso nos lleven.

El fondo real de la conciencia española es pobre, miserable. Es una conciencia sin cultivar que, como espejo pequeño y desazogado, refleja poco y mal de lo que fuera de sí sucede. El problema de nuestra formación espiritual, la misión de hacer hombres con capital de ideas, con riqueza de emociones,

está abandonado. No hay maestros. Si los hay, su espíritu es impotente para despertar espíritus dormidos, ó propinar la eutanasia á los moribundos. A lo sumo, se emplea como estimulante la novedad, la idea que viene de París, de Berlín ó de Nueva York, que nuestros grandes modistos del intelectualismo rehacen, deshacen y adulteran, para tener derecho á ponerle etiqueta personal y cobrar corretaje por la confección.

¿Quién estudia nuestra realidad nacional? ¿Cómo se estudia? ¿Para qué? La estudian unos cuantos profesionales, que sobre ella viven y de ella viven, pero no para ella. Como no la crean, cada día se depaupera más. ¿Cómo la estudian? Atiborrados de letra de molde, ó hinchados de preocupaciones. ¿Para qué? No para conocerla, sino para distraer con su ignorancia á los que vulgarmente llaman ignorantes y lo son en menor grado que ellos.

Obligación moral muy grande, y al mismo tiempo cívica, es la del escritor, que al transferir á la conciencia social, por medio de la prensa, lo que en la suya se refleja, no se contenta con puras y sinceras espontaneidades mentales, con pensar en alta voz; sino que en alta y al mismo tiempo libre voluntad, aspira á poner remedio á lo que él cree un mal, proponiendo medios prácticos para que la colectividad logre lo que él en sí, por el esfuerzo propio, ha logrado.

Con disertar filosóficamente sobre nuestras enfermedades morales y sociales, nada se consigue. No puede estar satisfecho el espíritu verdaderamente cristiano, al escribir un comentario á las obras de misericordia, mientras á su puerta hay mil pobres que se mueren de hambre. Dar de comer al hambriento, no es entregarle un tratado de panificación, sino un pedazo de pan. Comulgar en espíritu con nuestro pueblo, es entregarnos por entero á él, no con el entendimiento tan sólo, ni con el corazón á él unidos. Hay que darle lo más precioso, lo más hondo, lo más íntimo: la voluntad... voluntad, para que tenga voluntad. La piedad nos obliga á ello. Debemos revertirnos

siempre al manantial que nos vertió en el mundo, para que no se agote jamás.

¡La voluntad! Si este elemento psíquico es el núcleo celular de una individualidad vigorosa y sana, el foco que, en las concavidades de la conciencia, hace converger hacia sí de un modo sinérgico, la luz y el calor de la mente y del corazón, y divergir de sí lo que del corazón y de la mente recibe, calentando é iluminando el mundo, que dió luz á nuestros ojos y calor á nuestro cuerpo; es también en la vida social, en la conciencia colectiva, el crucero de todos los caminos de la mente y el manómetro de todas las ansias del corazón del pueblo.

Por falta de voluntad, se nota en nuestra conciencia nacional la polarización de dos estados, de dos elementos de vida psíquica que deben vivir siempre unidos. Sólo en la vida infantil y en la senectud se divorcian. Una conciencia sana no es ni radical ni reaccionaria; es humanamente viva, que significa solidaridad entre lo que de los muertos vive y lo que de los vivos puede pervivir, es decir, tradición, memoria, é imaginación, facultad creadora, mente y voluntad.

En la conciencia individual española, y en la conciencia social, ó sea la opinión, los elementos psíquico-radicales y los psíquico-reaccionarios viven en perpetua guerra. La ley sociológica de la repetición predomina en unos, en los tradicionalistas reaccionarios; y la de oposición en otros, los progresistas radicales. Unos viven en el pasado. Otros aspiran á vivir en el porvenir. Ambos niegan el presente.

Sustantivar el radicalismo como fuerza predominante, y sustantivar la reacción como única fuerza salvadora, y hacerlo con persistencia, con tenacidad, hasta con fiereza, acusa un estado de salvajismo brutal ó de civilización gastada, vieja. A los radicales y reaccionarios hay que oponer el grupo de los verdaderamente progresivos, de los pocos españoles que quieren conquistar el ideal andando hacia él, en el camino del presente al porvenir, después de haber afirmado su individualidad en el presente, con ella y por ella enriquecido. A los que

no quieren moverse, y á los que quieren volar sin tener alas, hay que oponer los otros, los que marchan paso á paso con fe, con viva y ferviente fe en su esfuerzo, con la esperanza de que llegarán, ellos ó sus hijos, para descansar en el ideal patrio, denominador común de todos, absolutamente todos los individuales ideales del pueblo español presente.

Mientras las fuerzas individuales y sociales de la comunidad española se encuentren en tensión, por antagonismos sostenida, no hay progreso posible: dos hombres tiran del extremo de una cuerda hacia un lado; otros dos de igual fuerza, á otro contrario; y si ninguno de ellos se cansa, jamás se moverán del mismo sitio.

Pero es que los que tiran hacia atrás —los reaccionarios y los otros, los radicales—¿tienen en la conciencia social la misma ponderación? No; porque entonces sobrevendría irremisiblemente la muerte en el organismo nacional. Lo que sucede es que unas veces ganan unos la batalla, y otras recobran los restantes el terreno que han perdido. Así, el progreso de la vida social española se parece, más que al manso correr de un río hacia el mar, que lo absorbe y lo alimenta, á un péndulo de irregulares y no isócronas oscilaciones.

El radicalismo y la reacción, pueden ser socialmente necesarios, cuando como movimientos espasmódicos ó instintivos del organismo nacional ó individual se consideran. Puede ser necesario á un radical bañar su alma en tradición, para hacerse progresivo. Algunos conozco que después de una conversión de esta naturaleza, resultaron ser verdaderos obreros, *pionners* de la civilización española, siendo antes, por el contrario, mendigos vagabundos de las extrañas, que ejercían en la nuestra un apostolado, una predicación sin catecúmenos. Pero radicalismo y reacción, como estados, como enfermedades crónicas y endémicas del espíritu español, lucha bárbara y perpetua entre pasiones iguales, impulsando distintas ideas, pleito estúpido de terquedad y de ceguera, sin resultados para la vida y sobrevida, obcecación, odio, intolerancia; todo eso, sin finalidad

moral, por perezoso deporte de codicia, ó por juego salvaje de soberbia; todo eso para vivir abotargados, mordiendo rabiosamente la propia carne, no por ascetismo, sino por hacernos la ilusión de que es extraña; todo eso, para atascarnos en pantano de convenciones, de intriga y de mentira; todo eso sin fe intensa que lo alimente, sin esperanza de triunfar, sin caridad para el vencido, cuando momentáneamente resulta; todo eso demuestra un estado de barbarie, del cual sólo hemos de redimirnos haciéndonos salvajes *puros* primero y civilizados después. Sí, es necesario el salvajismo, la redención por el salvajismo.

***

En la conciencia contemporánea, no solamente española, sino universal, el radicalismo y la reacción son dos afirmaciones capitales. Los bandos están bien definidos. La juventud, que es lo más espontáneo de la humanidad en una época, los refleja perfectamente ¿Y á qué obedecen? ¿Cómo se explican? ¿Por qué el que es radical piensa y obra como radical y para él es inconcebible que de otra manera se piense y se obre? ¿Cómo explicar la ceguera del espíritu reaccionario que, viendo y tocando la realidad del progreso, disfrutando de sus ventajas, reniega, sin embargo, de ellas?

Toda idea radical ó reaccionaria es elaborada por un cerebro radical ó reaccionario; y al serlo, se hace ostensible á los demás, y sobre ellos ejerce sugestibilidad, mayor ó menor: una sugestibilidad proporcional á la ignorancia ó falta de poder de inhibición mental, para elaborarla reflexivamente, con conciencia. Y el cerebro, á su vez, es también un producto, está condicionado por el medio económico y social en que el hombre vive. Un estado industrial progresivo en todas sus formas, un estado genuinamente nuevo, determina un condicionamiento nuevo también de la vida mental. La perspectiva real de las cosas varía, porque el ojo que ve es distinto. Un norteamericano, un neoyorkino, tiene ante sus ojos un mundo

real y moral distinto del nuestro: la ciudad es inmensa, su vivir intensísimo, un vivir hijo del esfuerzo personal nada más, que supone avispamiento en la mente y tenacidad en la acción, un vivir para almas libres, para personalidades poderosas. El hijo de los campos castellanos tiene una acción soñolienta y perezosa, monótona y rutinaria, y piensa pobremente, sin poseer jamás iniciativas, porque no se le presentan casos nuevos; su pensar es hijo de la experiencia, pero no padre de ella; no puede tener la misma concepción de la vida, ni fijarle la misma trayectoria, que el anterior. Si el ambiente del primero determina en él un aceleramiento de la acción y el sentido de la existencia es el de la vida intensificada, el del segundo le condiciona para ahorrar acción, para una acción cada vez más lenta, que, comparada con la primera, dada su tendencia, es reacción. Acción y reacción son, por consiguiente, tendencias, dos tendencias distintas, alimentadas por un diverso sentido de la vida, hijo de una diversa estructura mental en las ideas. El hombre creador de ideas tiene que vivir en su mundo de un modo muy distinto del que sólo usa, ó comercia con ellas. Y el que usa ó comercia con ideas nuevas, tiene un tráfico y una forma distinta de negociar ó usar del que sólo se vale de las viejas. La inconcebilidad del uno respecto á la posibilidad de concebir del otro, nace del distinto ambiente en que ambos conciben. Una vez más, la ley del materialismo histórico pesa sobre la economía de la vida mental, como sobre cualquier otro factor de la social.

Pero, además, la ley de la división del trabajo y la característica fundamental del pensador moderno, son otra causa mental del radicalismo en las ideas, causa que explica el radicalismo mental de los verdaderos intelectuales. El pensador antiguo era un sol que irradiaba luz sobre inteligencias que de él la recibían y á otras la reverberaban. La escuela y el maestro venían á justificar la autoridad y el dogmatismo, esa fuerza de adhesión á las enseñanzas recibidas, como la teoría heliocéntrica explicaba el sistema planetario antiguamente. Hoy

cada pensador es una estrella fija ó móvil, y la mentalidad colectiva de nuestra época, una constelación de pensadores, todos generadores de luz propia y todos irradiándola mutua y simultáneamente. El que hace una conquista de una verdad nueva, ó el que redime de las tinieblas una inteligencia que ignora, ama con tanto más amor su cosecha de mentalidad, cuanto más pequeña es ésta ó cuanto mayor es el peligro de que otro la presente primero en el mercado. El descubrimiento de una verdad, ó la visión rápida de su contenido, llevan al pensador á una adhesión ciega á su evidencia. Y el efecto producido en los que ignoran, suele ser más de sugestión de aptitudes en afirmar ó negar algo, que el conocimiento de los motivos que á la afirmación ó negación le han inducido. El público ignorante, y aun el semiesciente, se adaptan más fácilmente á una *pose* imitada que á una posición mental, que es consecuencia de las premisas mentalmente sentadas por el primero que la adoptó. Cuesta trabajo repetir en sí la serie integral de procesos que determinaron un resultado, sabiendo de antemano que éste ha sido obtenido por otro. Por eso, las almas perezosas é indolentes propenden más á descansar, con su confianza ó su fe, en las palabras de otro, que alimentar su fe con el propio esfuerzo, para llegar, por él, donde otro llegó. Nueva comprobación de mi aserto, de que radicalismo y reacción en la masa social, son tendencias colectivas que la sugestión determina y la imitación ó la rutina consolidan y encauzan.

Si éstos son los caracteres generales de toda reacción y de todo radicalismo en el vivir consciente de nuestra época, ¿son los mismos en España? Nuestro radicalismo y nuestra reacción, ¿significan lo mismo que en otros países? No, porque nuestro estado económico social no es de tal naturaleza, que nos presente, junto á un agrarismo rudimentario, un industrialismo progresivo, creador. Precisamente en España el radicalismo y la reacción, como afirmaciones vivas y conscientes, sólo se dan en nuestras ciudades más progresivas, de las cua-

les fluye, como de reflejo, el espíritu de proselitismo bicoloro al resto de la nación. Los campos, la España rural, es inconsciente á estos movimientos superficiales, y en el fondo son reaccionarios porque no pueden ser activos, pero no porque no quieran serlo. El radicalismo y la reacción son dos enfermedades al mismo tiempo padecidas por nuestra sociedad, cuyos microbios, ejerciendo aparentemente un falso apostolado de cultura, aspiran á tener campo abonado para su vida y proliferación. No es un radicalismo hondo y serio el radicalismo español, que vive umbilicalmente atado al radicalismo francés, como la reacción española umbilicalmente atada vive á la reacción italiana. En el fondo, el radicalismo y la reacción en los espíritus latinos, no son más que supervivencias de barbarie, última forma de la invasión de las almas, de almas hambrientas de felicidad y cuerpos necesitados de pan, que irrumpen de la ignorancia, sin redimirse antes de ella, unos hacia el porvenir, que quieren engendrar sin presente y sin pasado, y hacia éste los otros, que son los más, para quienes sobran presente y porvenir. No somos originales ni en nuestro radicalismo ni en nuestra reacción. Nuestro negativismo es puramente imitativo, y en el fondo negación pura, nada. Los radicales niegan la tradición que ha vivido y la que pervive en nuestros regímenes político-sociales, y cuando no la pueden negar, reniegan de ella. Los reaccionarios niegan y reniegan las ventajas de nuestro presente político y social sobre el pasado y llaman utopia á lo que aspiran á realizar política ó socialmente en el porvenir los radicales. ¡Cómo conviven bajo un mismo medio social las fuerzas que debieron emplear para trabajar solidariamente en un presente de todos y para todos; en un presente amplio, de vida robusta; en un presente que, al dejar de serlo, transfiere su paternidad al inmediato; en un presente que deja meditar en sí el genio de la especie, de la humanidad eterna é inmortal, insaciablemente progresiva en su temporal manifestación é incesablemente perfectible en su natural actividad! El radical español no crea ideas: las compra

ó las arrienda, no para que vivan en él y en él produzcan la floración de mentalidad serena: son para él proyectiles que lanza sobre el pasado. ¡Su militarismo es el más odioso de todos los militarismos, y conste que todos, á mi ver, lo son! El reaccionario es peor aún, porque, combatiendo con los viejos y gastando su vitalidad en lucha que le es desfavorable, aminora el capital intelectual de que vive y sin el cual jamás podrá vivir. Son, radicales y reaccionarios, del mismo nivel en su vivir intelectual, que los pueblos pescadores y cazadores, que distan enormemente del industrialismo y del agrarismo, tanto, por lo menos, como estos estados del *liber-al-ismo*, que después estudiaremos. Se alimentan de lo que cazan y de lo que pescan en el pasado y en la utopia ó en el ideal, pero no lo alimentan con su esfuerzo, único medio de poder vivir personalmente lo que se sueña y hacer revivir ó despertar lo que en el alma personal ó colectiva duerme.

No puede considerarse como normal la oposición entre estas dos fases, afirmaciones ó factores de afirmación del alma contemporánea. La Naturaleza en sí ni es radical ni reaccionaria. Las ideas y sentimientos humanos tienen una intensidad gradual en su crecimiento y una disminución gradual en su intensidad. Son formas de vida, pero formas vivas y espontáneas, cuya manifestación jamás hemos de contrariar con determinado *parti pris*. Hay en toda idea ó proceso mental que vive, materiales viejos de asociación y nuevos materiales de representación, que adecuadamente coordenados en la conciencia individual, nos dan el esquema exacto del progreso mental. Todo progreso encarna, pues, una tradición con carácter adjetivo y un elemento nuevo que como tendencia se hace ostensible en nosotros, con carácter adjetivo también. Lo substancial, lo fundamentalmente substancial es el progreso mismo, que en último término no es más que la forma del humano vivir en solidaridad actual con lo presente y lo pasado, y en solidaridad virtual y posible, con el porvenir por medio del ideal, que al porvenir con voluntad y esfuerzo nos ata. El in-

dividuo por una parte y la sociedad por otra, reflejan exactamente el carácter normativo del vivir de un grupo dado. El grado de evolución mental y moral del mismo indicará la trayectoria que, consciente ó inconscientemente, sigue con sus esfuerzos. O pone la voluntad á contribución del sentimiento, y en este caso la forma del vivir es rutinaria, ó pone el sentimiento y la voluntad á contribución de la inteligencia, y en este caso, su vivir será progresivo. O sin voluntad ni inteligencia, con imaginación exclusivamente, tiende hacia el ideal, realizando entonces la forma del vivir utópico. Conservotorismo ó reacción, utopismo ó imaginación (mejor dicho, fantasía) y progresismo ó voluntad, razón: he ahí las tres formas del vivir del individuo y del grupo social, considerados en la dirección de sus movimientos vitales.

Psicológicamente analizada la cuestión, claro está que no pueden llevar la mejor parte en ella aquellos cuya fuerza normativa es el sentimiento, ni los otros en que predomina la fantasía, facultad en corto sentido irreal, propensa al ilusionismo y á la alucinación mental.

Sentimiento y fantasía en el individuo y en la masa, carecen de fuerza de coordinación sintética y de diferenciación analítica, que el intelecto y la voluntad poseen. Por eso llamamos vulgarmente desequilibrados á los espíritus utópicos, é impulsivos, esclavos del sentimiento ó de la imaginación. Claro está que este desequilibrio, si individualmente puede ser justificado, socialmente no, porque en el grupo ó la masa debe haber siempre equilibrio y ha de ser inestable.

La tradición no puede ser más que un adjetivo, un cofactor de progreso. Si los movimientos del mismo tienen una forma inmanente, una trayectoria helicoidal y no lineal, llevar las energías hacia el pasado es hipotecarle el presente, es hacer un perpetuo presente de una modalidad temporal, circunstancial y pasajera. Hay en toda tradición elementos virtualmente eternos, que no mueren jamás, que son como las primeras impresiones y representaciones infantiles, núcleo y centro de todo

el mundo de impresiones y representaciones posteriores; y hay también otros, efímeros, circunstanciales, contingentes, de pequeña vitalidad, que en la selección van pereciendo, como bagaje inútil, como secreción ó excreción, dañosa al organismo, que si no la expulsa, está propenso á prematura corrupción. El tino está en distinguir, por un escrupuloso análisis, lo que es contingente y lo que es eterno en la tradición, lo inmortal y lo muerto en ella, lo que hoy aparece para morir mañana ó para pervivir siempre.

Considerada la tradición en su sér abstracto, no hay más que una, es el interés de un capital creciente, á él acumulado y por él acumulable; que en un momento dado, siendo parte integral de él, represente su poder de crecimiento, su intensidad de producción.

No hay, no puede haber tradiciones redivivas en cuanto éstas no sean natural y espontáneamente producidas: movimientos atávicos del individuo ó de la especie, no para actualizar lo pasado muerto, sino para hacer vivir mejor lo presente, con lo virtualmente vivo en lo pasado. La tradición que tiene fuerza para vivir, no muere jamás; como no muere en la conciencia lo que subconscientemente en ella vive. A la tradición muerta se le puede galvanizar con vida aparente ó aparatosa, pero es á expensas de las energías vitales de los organismos jóvenes.

¿Y el ideal? ¿Y el utopismo? Ese soñar del alma, ese vivir en las lejanías de un más allá no ultrahumano, esos hartazgos de fantástico bienestar, ¿qué valor tienen? En sí ninguno, absolutamente ninguno. Son alas con que puede volar el hombre; pero han de mover al hombre mismo. Son las grandes irrupciones del espíritu en el mundo ignorado, buceos en el ideal remoto, juegos de la mente y de la voluntad, para no dejar criar herrumbre de pereza en el alma. Su finalidad es impulsiva y nada más. Sirven para indicarnos que nuestra misión es caminar y sin cansera, no en línea recta, sino trazándonos con el propio esfuerzo la propia ruta. Son los gran-

des catalejos del espíritu, por los cuales ve el campo de acción, los nuevos campos que con su esfuerzo ha de cultivar. Sueños ideales que no sirven para idealizar la vida, encarnando primero en ella sugestiones hipnóticas de bienestar, producidas por la letra de molde ó la palabra de un *meneur*, son los que condicionan la existencia de las nuevas sectas, de rebaños apacentados por un pastor astuto en un campo ideal, cuya nutrición, meramente ideal, si primeramente los harta de alimentos ilusorios, los extenúa á la larga, haciendo que se devoren á sí mismos; porque si la imaginación fantástica le da sueños, el instinto de vivir les pide pan, y el de pervivir robustez.

En último término, los que de este estado de cosas se aprovechan son los que llevan la masa, actuando en ella y sobre ella de apóstoles, los que le moldean á su gusto, para convertirle en escabel de personales aspiraciones, de encumbramientos rápidos y sin prestigio.

*
* *

Hemos hecho hasta ahora un prolijo análisis del radicalismo y de la reacción como formas vivas de la conciencia individual y social contemporánea, que en cuanto imitativamente se reflejan en nuestro individuo y en nuestra masa, toman un carácter anormal, porque anormal es el vivir de este pueblo en esta actualidad, es vivir de inadaptado. Y por ser anormal el radicalismo y la reacción en España, anormales son también sus productos, sus concreciones, sus formas. No todas traducen el estado del espíritu nacional con la misma intensidad, ni por otra parte pueden hacerlo dada su penuria, su pobreza. En realidad, son manifestaciones del instinto, bajo dos formas: bajo la forma económica y bajo la forma religiosa, que en último término forma económica del instinto de conservación es también. Los radicalismos políticos, puros ó impuros, son convencionales; no responden al estado de alma de quien los predica, ni de quien los aconseja. Muchos espíritus radicales co-

nozco, que como tales militan en este campo y son en realidad reaccionarios. Muchos reaccionarios políticos son, por el contrario, radicales en el orden económico por dentro, aunque por fuera otra cosa aparenten. Es el radicalismo político una fórmula de adaptación de individualidades agregadas, ó congregadas para la conquista del poder, que pone á contribución la virtualidad de ideas que cree radicales, para lograr mejor y más pronto su efecto. No es extraño ver en programas de partidos radicales grandes manifestaciones de reacción política, económica y aun religiosa.

En realidad, donde con algidez se muestra esta enfermedad con manifestaciones dobles, es en el campo religioso y en el económico. En síntesis, todo se reduce, como decía antes, á economía más ó menos individual, más ó menos hija del instinto de conservación, de proselitismo ó de procreación. Porque para nuestro pueblo, que carece de conciencia normalmente religiosa, de ideas y sentimientos íntimamente casados con unción, reguladores, normativos y propulsores de la acción religiosa, la religiosidad se concreta en el culto, y el culto, en lo que tiene de social manifestación, ata gregariamente las almas para afirmar exteriormente una creencia, que en las interioridades vive lánguidamente ó está muerta. La reacción religiosa en España no bucea en la tradición, vive del espíritu religioso de nuestra comunidad, alentado vigorosamente por el más firme misticismo. La tradición mística duerme, y duerme también la tradición ascética. Lo que pervive y perdura es una organización formidable para la defensa y el ataque, como no se ha visto jamás. El proselitismo persuasivo, que la idea cristiana incuba y cuya realización histórica está aún en evolución, este proselitismo que en las comunidades jóvenes toma una forma ético-social, aquí no existe.

¿Por qué? Porque la religiosidad española no está basada en el amor, sino en el temor. El temor nos hace luchar, no con la confianza en el triunfo, sino con el miedo de perder la propia casa solariega. Suele también acompañar á esta oposi-

ción sistemática, á esta negación de progresividad religiosa, un fin trascendentalmente político, una tendencia á dar doble sustantividad á la religiosidad de nuestro pueblo, no para afirmar su primacía jerárquica en sentido social, sino para negar la preponderancia política del Estado en su esfera pública de acción. Es, después de todo, la reacción religiosa en España, no la aspiración á *instaurare omnia en Christo,* no la cristiana aspiración á la sencillez y sinceridad primitiva, no. Aspira á ostentarse bajo la forma de una milicia eclesiástica, de un militarismo hierático, á organizarse en ejército de creyentes para combatir, no en una grey de almas buenas, para prepararse á vivir la vida eterna. Se afirma la integridad del dogma con el culto; pero se le niega eficacia moral desde el momento en que las enseñanzas de la Iglesia no nos disponen á un vivir mejor. Por eso no es raro ver en las masas eclesiásticamente organizadas, almas empedernidas en el pecado, que hipócritamente confiesan en la publicidad lo que en la vida privada desmienten con su conducta. Así, estableciendo un muro entre el *ser* y el *aparentar*, no hay repugnancia en admitir en la santa grey los mayores renitentes conocidos. Pero en el fondo de esta reacción religiosa, ¿qué hay? Primeramente una afirmación de la religiosidad innata en nuestro pueblo, religiosidad que no debemos ahogar, sino educar, estableciendo en la conciencia individual y la conciencia social un nexo entre el *dogmatismo* y el *practicismo*, hoy disociados. En segundo lugar, hay también una profunda pereza, una apatía al vivir religioso con carácter dinámico, activo, activo de voluntad y de entendimiento, no simplemente en ritualismo y cultos. Hay también una profunda ignorancia, una falta de cultura científica, en los *meneurs* de estas masas, que ven instrumentos mortíferos donde otros encuentran herramientas de laboriosidad, que facilitan la vida. Así se engendra la intolerancia, que es hermana gemela de la reacción. Es de notar que la reacción religiosa toma estos caracteres en nuestros centros urbanos excesivamente jóvenes, como Bilbao, ó excesivamente viejos,

como Cataluña y Valencia, y en los rurales, alguna vez por imitación, lo cual demuestra que, positivamente, la conciencia religiosa del pueblo español progresa y se ensancha, adquiriendo horizontes nuevos, pues hay en ella remoción de vida cuando se la hiere en lo más hondo, en las tendencias de religiosidad hereditaria, que llega á hacerse instintiva. Sólo á fuerza de afirmar nuestra vida religiosa y de negarla, hemos de hacernos verdaderamente religiosos, llenando en espíritu el sentido actualmente ético-social de esta palabra.

En contraposición á la reacción religiosa, hay en nuestro país un radicalismo no religioso, como sería de esperar si aquí tuviésemos espíritu religioso, ni *a-religioso*, si la ciencia, como sustitutivo, viniese á proclamar un agnosticismo en este orden. El radicalismo en el campo religioso no afirma verdades ó principios, contra dogmas y creencias, no, ni critica científicamente sus bases; es simplemente, como antes se decía, una negación de una afirmación, y una afirmación de una negación, que, algebraicamente consideradas, pueden expresarse así: creencia + dogma — (negación de creencia + negación de dogma) = 0. Afirmación de progresismo utópico —(negación de progreso utópico y real = — progreso, reacción. Como la afirmación de la utopía no va acompañada de esfuerzos para encarnarla en la realidad, es para nosotros una cantidad imaginaria el infinito matemático, que tiene, sí, valor convencional, pero no real. De la misma manera que la reacción religiosa se fija principalmente en afirmar lo que de cuerpo posee para parecer más ostensible, así también el radicalismo va encaminado á negar prestigio y valor á estas exteriorizaciones y á sus agentes. Mientras en la Facultad de Teología de Berlín Harnack contrapone al dogma católico un escepticismo diligente, investigador, celébrase con fausto solemne en Bilbao el año jubilar por unos, y por otros se dan mueras á la reacción y se vocea abajo los frailes. Sepulcros blanqueados son unos, y cuerpos sin espíritu religioso, otros; creyentes de una fe aprendida y no vivida los primeros, cre-

yentes de una idea no comprendida y vivida los segundos; masa rebañega aquéllos, masa borreguil éstos; fanáticos del pasado los católicos de procesión, fanáticos del porvenir los radicales del mitin; parásitos de la tradición eterna, aquéllos; obstáculos del progreso temporal, éstos.

Hermanos en la exaltación de una fe, carecen de *piedad* para asimilar su espíritu, que ocultamente les dice que las manos son para trabajar y la inteligencia para dirigir las manos; pero no para forjar máquinas de guerra, ni para destrozarse sobre una tierra perezosa, sobre un subsuelo virgen é intensamente rico, que traga sus restos y se atesora con ellos. Hermanos en un mismo punto de partida, que es el amor que los engendró y los dió al mundo, al vivir en él, la ceguera del odio los lleva á estrellarse brutalmente. Y así, la historia de esta pobre patria es tela de Penélope, sin cesar tejida y destejida; tejida con amor para vestir las desnudeces y miserias del espíritu, destejida con odio para mostrar las vergüenzas de un cuerpo feo y asqueroso. ¡Qué vivir este nuestro vivir! ¡Este luchar nos ofusca y embrutece, no nos permite ver que hay un más allá donde la paz reina y donde el espíritu goza; que el corazón ha de redimirse por la libertad y que la libertad ha de unirnos en el amor! Por ser hombres, somos hijos de la humanidad y padres de ella. Alimentar la humanidad con nuestro espíritu y nuestro esfuerzo es devolverle con creces lo que ella, como sagrada herencia, nos entrega. Vivir en la humanidad es vivir para la humanidad, y vivir íntegramente para ella es pervivir en ella, sobrevivir en espíritu y en memoria. La sed de inmortalidad, si es codiciosa, nos lleva á atentar contra la sed de otro hombre, y el exclusivismo en saciarla podrá engendrar después el hastío y aburrimiento en gozarla. Procurando apagar esta sed en nuestros hermanos, el reino de los espíritus inmortales ha de sernos más sabroso.

Por no pensar hondamente en esta verdad, por no comprender ó querer comprender que la muerte no puede borrar jamás las huellas del espíritu en el mundo, y que aquél, además

de su propia inmortalidad personal, se inmortaliza aquí también; que los muertos siguen viviendo en el alma de los vivos, como viajeros que se van hacia lejanías ignoradas, pero que en ellas nos esperan; que la muerte es el tránsito de una vida del espíritu á otra vida, y de una vida del cuerpo á la de otros; que vida y muerte son tesis y antítesis de la existencia, suprema síntesis del sér en permanencia; por ignorar todo esto, devoramos mutuamente nuestras vidas como animales carniceros, para saciar el apetito de un vivir pasajero y efímero. El hambre de inmortalidad sólo con inmortalidad se apaga; y ¡ay del hombre que no la siente! ¡ese tampoco será capaz de amor!

El radicalismo en el orden religioso es un accidente del radicalismo económico. Adquiere formas exteriores en el alma latina, porque aquí la religiosidad é irreligiosidad, ó mejor dicho, contrarreligiosidad, al exteriorizarse se militarizó con exceso.

Por eso los creyentes del nuevo dogma de la conquista del pan y de la defensa de la propiedad luchan tan encarnizadamente: porque el ultra y el intra de la vida individual se transfirió al extra. El hombre busca una base telúrica á su existencia moral, sin cuya base no puede existir moralmente; sólo que, una vez conquistada esta base, el edificio queda sin terminar. Las tendencias de nuestro pueblo á industrializarse por imitación determinaron la aparición de una burguesía de *arrivistas* sin cultura, y, lo que es peor, sin ansias de ella, y, lo que es peor, con repugnancia y odio á ella. Tienen la cenestesia del poder, de la riqueza, del dinero. Son los nuevos hércules de este nuevo régimen falseado. Miran el saber y los que saben con aire compasivo. El hábito de luchar para enriquecerse ahogó en sus almas los instintos de piedad, de amor y de simpatía. Como no sienten, no pueden re-sentir el sentimiento extraño. Como no padecen, no pueden compadecer. Como gozan de la opulencia, les es inconcebible la miseria. ¡Pobres espíritus! ¡Esclavos del placer y sin capacidad y fortaleza para el dolor! Su aislamiento de los demás humanos concita los

odios contra ellos, odios de la mente y del corazón, ofensas de los brazos.

Así, la doble legión de obreros intelectuales y manuales de este país, unida por el instinto de vivir, los odia con odio muy humano, por instinto de vivir. Los que trabajan con el entendimiento ven cerrarse poco á poco sus fábricas, porque el producto pensamiento personal apenas se cotiza en el mercado y sólo se solicita á buen precio la literatura con virtus dormitiva ó afrodisiaca; es un aperitivo para el placer ó un calmante como el opio. Los morfinómanos de la letra de molde y los mentómanos pagan la mercancía á cualquier precio, con tal que como específico apetecido obre, y lo logran. El cerebro que libremente piensa está condenado á perecer de asfixia en estas soledades donde la verdad no brilla, ó brilla desde la ausencia. Una de dos: ó se adapta á la mentira convencional, entregando las armas verdaderas de acero bien templado para recibir en cambio otras armas de latón, que cual juguete infantil brillan más y cortan menos, ó se redime por sí y para sí y, al redimirse, se revela. Su instinto le induce á mirar con simpatía otra legión de desheredados, como almas sin ambiente espiritual y estómagos sin alimento. La idea entonces al servicio del odio que el instinto de conservación engendra ó prohija, surge de media docena de cerebros osados que la predican y siembran entre la muchedumbre inadaptada. Y ésta, que tiene hambre y está impaciente por satisfacerla, no piensa en organizarse en milicia de resistencia, sino que individualmente aspira á realizar el ideal, el único ideal de redención que sació su espíritu, antes de que su cuerpo perezca de inanición. Los impulsivismos del radicalismo económico en almas sin cultura y en estómagos con hambre, son terribles, ¡tremendos! Para un moribundo desesperado no hay consuelo; el amor huelga. Para un estómago sin pan no hay castigo; la coacción social es inútil. No hay que defenderse del mal, de lo que se cree sea mal y no es mal ni bien, sino producto social de los elementos sociales presentes; con la mano, contra los que

con la mano atacan. El instinto de defensa social debe aspirar á evitar los movimientos impulsivos del desesperado, á quien no mueve otra cosa más que el propio instinto de defensa, ó de simpatía por los indefensos. El espíritu social debe aspirar á evitar estos antagonismos entre el instinto individual y el colectivo. No hay que reprimir con un régimen policiaco los abusos del radicalismo económico, sino prevenir con un régimen de cultura las tendencias á tal radicalismo y aconsejar y obligar á los que tales tendencias fomentan con su ignorancia y su codicia á que procuren hacerse cargo de lo que piensan y sienten sus contrarios.

Es hecho muy significativo el que nuestros obreros y jóvenes titulados sin nómina alimenten su hambre espiritual en unas mismas traducciones de literatura radical, económica y religiosamente radical, restando á su ínfimo salario, ó á su bolsillo, dinero para comprar pan ó satisfacer otras necesidades. Esa literatura de desesperados, al injertarse en vidas sin porvenir, cunde como gota de aceite en papel de seda.

***

¿Es el radicalismo y la reacción en las ideas la causa ó razón de ser de nuestros tipos nacionales de *radicales* y *reaccionarios*, ó son éstos los que producen y determinan nuestro radicalismo y nuestra reacción? ¿La razón de ser del radicalismo es originariamente subjetiva ú objetiva? ¿Hace el radical ó el reaccionario las ideas radicales, ó las ideas radicales y reaccionarias moldean, ó plasman á su modo el cerebro en que se vierten? Hay, á mi modo de pensar, una coadaptación. Si el cerebro español, en vez de ser radical ó reaccionario, fuera exclusivamente, genuinamente crítico, críticamente se asimilaría en las ideas su valor objetivo y nada más, eliminando en su aprehensión todo subjetivismo pasional del que primeramente las elaboró. Pero no es eso. El primer movimiento, el espontáneo, es el de creencia. La *doxis* en el cerebro del creyente se hace

dogma. La enseñanza persuasiva se convierte en geométrico teorema. El segundo movimiento no es el de análisis, de reflexión ó ponderación de las ideas previamente creídas, no; es de negación sistemática, es la pura y vacía afirmación de lo contrario á lo que anteriormente se afirmaba; pero no por vía de antítesis necesaria para llegar á una síntesis, á una integración armónica de contrariedades aparentes, sino para destruir lo anteriormente construído. Cuando la antítesis de la tesis se pone en un cerebro laborioso, es para buscar un denominador común á ambas, una síntesis real, ó por lo menos formal, de convivencia en tolerancia. Cuando es sostenida por un cerebro perezoso, no es para prepararse á un proceso superior de síntesis, sino para descansar en un dogma emotivamente el mismo y mentalmente contrario á otro. Lo que en el primer caso es diligencia científica, ó prudencia al dar valor á predicados contrarios de una proposición, es en el segundo ignorancia terca y estúpida, y en el fondo convencionalismo perezoso y soberbia en concebir.

Analizando los caracteres del tipo reaccionario, se ve que en el orden intelectual su característica es el *misoneísmo*. Incapaz de comprender lo nuevo, lo odia. No sabiendo escoger en él lo que de bondad y verdad existe, reniega de él *á priori*. Es el tipo del vegetariano *á fortiori,* que renuncia al *bisté* inglés porque no tiene dinero para comprar carne, y no se contenta con renunciar tan sólo, además lo desprecia, ¡lo desprecia hidalgamente! Odiar sistemáticamente la novedad, es odiar el progreso mismo, es renunciar á marchar hacia delante y hacia arriba. Porque el progreso implica novedad, y la novedad progreso; ahora, que no hay que perseguir el progreso por lo que de novedad proporciona, sino por lo que de utilidad tiene; ni la novedad por la satisfacción agradable que implica, sino como signo revelador de progresos efectivos, nada más que efectivos, pues muchas veces, bajo el manto de novedad se ocultan miserias y errores muy viejos.

El odio á lo nuevo implica el amor de su contrario; y el

apego excesivo á lo *viejo,* el añejismo, es en el fondo pura conservación de anacronismos, deseos de revelar ostensiblemente en una época lo que en otra ha existido, ignorando que en lo que hoy existe, *subsiste* también aquello que otros quieren revelar, si es que ha tenido vitalidad para subsistir; y si no, su vida artificial resta vida á las realidades vivientes actuales. Suele ser el caudal intelectual del reaccionario pobrísimo en ideas. Lo que pierden éstas en riqueza prolífica, lo ganan en poder de cohesión inorgánica; no son nimbos de aurora, mensajera del sol, que al besar la tierra la fecunda; son bloques de granito, sillares de la misma magnitud, labrados por patrón, artificiosamente superpuestos y exteriormente adheridos por aparente unidad, por unidad formal, no viva. Así es que las ideas tienen carácter estático en la mente del reaccionario. Se dejan someter á combinaciones múltiples, pero jamás se asocian vivamente. Las contradicciones formales ocultan semejanzas vivas, y las contradicciones vivas subsisten veladas bajo formales unidades. El dogmatismo á presión ahoga la expansión del libre examen. La rigidez férrea en las ideas ahoga los movimientos espontáneos de su inmanencia activa. El dogmatismo á presión brota de la autoridad compresiva, del autoritarismo, de la brutalidad lógica, que mantiene en servidumbre la vida mental por puro instinto de dominación.

La vida emocional del tipo reaccionario carece de complejidad. Predominan en él los instintos egoístas, un sentimiento del yo rudimentario; una tendencia á conservarse defensivamente contra todo elemento extraño, que á su parasitismo negativo en el pasado se oponga. El temperamento y el carácter carecen de originalidad y de riqueza. Los caracteres suelen ser simples, de una pieza, bloques de cuarzo, cantos rodados de tradición, ocultos bajo tierra improductiva para el progreso. El temperamento acusa un linfatismo exagerado. Marchan como buey descuidado por una vía férrea. Cuando la locomotora los amenaza, huyen; después del peligro vuelven á exponer-

se á él. En el aspecto social, suele ser la intolerancia la nota distintiva de este grupo; intolerancia que consiste en no moverse, ni en dejar mover á los demás.

Su concepción de la ciencia y de la vida, que á remolque los lleva, ó como lastre les obliga á resistir cuando los empujan, y aprisionar el alma de aquel que, sintiéndose con alas, quiere emprender libre vuelo, es estática, fija.

Suele ser el tipo del radical muy diferente, por más que algunas notas de semejanza tenga con el anterior. Si el reaccionario odia lo nuevo, el radical lo ama con exceso. Si el reaccionario sustantiva el añejismo, el radical sustantiva el filoneísmo; y al darle valor absoluto, confunde frivolidades y trivialidades del progreso con sus seriedades más hondas, con sus resultados más decisivos. Es un hombre de imaginación fantástica, un vidente de lontananzas ilusorias, un impresionista é impulsivo de inestable mentalidad, de proteica organización en sus formas representativas, que pasan por el campo de mirada de la conciencia como visión cinematográfica, sin dejar en ella impresiones hondas y duraderas. Por eso el espíritu radical, el verdaderamente radical, es en el fondo anárquico, destructivo. El sentimiento excesivo de la idea de que es instrumento, le lleva á gravitar irreflexivamente sobre el porvenir, del que después se convierte en parásito, así como el reaccionario gravita sobre el pasado y es un parásito de él. Su temperamento es predominantemente sanguíneo; su carácter poliforme, mejor dicho, en formación.

Ambos tipos suelen tener semejanzas fundamentales. Son perezosos ambos, espectadores uno y otro de este vivir laborioso de la humanidad, que se levanta con el día y se acuesta con la noche; aburridos uno y otro de las monotonías íntimas y de las inadaptaciones al exterior; patronos con distinto capital, pero en igual negocio: en el de explotar la credulidad y la ignorancia de estas masas, que á unos ó á otros acuden, para hipotecar su libertad en confianza, y pagar crecida renta al hipotecario, que en ignorancia y credulidad los sostiene ini-

cuamente á sabiendas, entreteniendo esta noche del espíritu con sueños de la mente ó con rutinas del corazón.

*
* *

¿Es posible curar esta enfermedad ético-social del pueblo español? Absolutamente, por completo, no. Es enfermedad de la época: como vemos, es europea, más que europea, universal; pero cabe aproximar nuestra alma al alma contemporánea, introducir en ella saludables divisiones, que acusen un radicalismo científico, y no huero, y una tradición sanamente conservadora, y no reaccionaria. Han de responder, radicalismo y reacción, á movimientos vivos del alma toda; han de ser desbordamientos de energía, condensados y acumulados en tendencias ricas en espíritu y en acción; han de brotar de lo íntimo, con fervor, con religiosidad, con candor; no han de ser nunca la exaltación del *barbarismo*, que nos tiraniza á un intelectualismo pasional. Si la voluntad, esta potencia formidable que en el alma moderna representa lo íntimo, lo substancial, lo más hondo y sintético entre las energías psíquicas, es la única que puede servir de tejido conjuntivo á una tradición estancada y á un radicalismo utópico, para que ambos cuajen en progreso, para que los sueños, como simiente de nueva vida, germinen en tradición maternal, como en tierra preparada por la labor del hombre; si la falta de voluntad es lo que explica la disociación de estos dos elementos de progreso, causa fundamental de la rutina y de la inestabilidad mental y moral de nuestra época, cultivemos la voluntad, forjemos voluntad, tengamos fe en ella, en su eficacia, que la fe la agrandará. ¡Fe! ¡aliento vital, que sin cegar el alma la remueves en su quietud perezosa; entierras los cadáveres de la creencia, y convertidos en gusanera, alimentas con su substancia el espíritu que á ti se ofrece, sacias su sed de saber y le das clave propia para vivir! ¡Fe! ¡Desciende como lluvia vivificante sobre estas almas, almas muertas, arcillosas, resquebrajadas y sedientas! ¡Ven á despertar al dormido, ven á crear voluntad á este

pueblo esclavo! ¡Voluntad, voluntad de vivir y pervivir, y no grosero y animal instinto de vegetar! ¡Voluntad, fuerza humanizante, emancipadora, clave de personalidad y fuente de independencia! ¡Voluntad, hogar íntimo donde, como sagrado tesoro, cobija la individualidad ricas energías, para los instantes de prueba, para los fracasos, para las luchas, para la adversidad, para el dolor! ¡Voluntad, encarna y vive en las entrañas de la raza, conmuévelas, á fin de que pára con dolor acción, acción sinérgica, solidaria, fecunda, no reacción aislada, muerta, atómica y estéril!

Eduquemos al individuo en la libertad, para la libertad. Hagamos de ella un medio para vivir independientes y un fin, además, para convivir como hermanos. Forjemos libertad adentro, en el corazón, antes de que aflore á los labios su fórmula teórica. Hagamos individuos libres antes de sancionar jurídicamente la fórmula de sus relaciones. Encendamos en el corazón del hombre el fuego sagrado de la independencia, de la dignidad y del honor, con viva lumbre de mentalidad nueva, que tantas veces se apagó por vientos extraños y crueles. Pero para forjar libertad, precisamos ascetismo y tolerancia; ascetismo moral, fortificador, estoico; ejercicio saludable, labor cotidiana, para conquistar el título de hombres, la *andreïa*, la suprema virtud helénica, que plasmó aquellas individualidades en un canon moral aún más hermoso que el que sirvió de tipo á sus esculturas; ascetismo que nos dé conciencia del propio vigor, confianza en el propio esfuerzo, afecto especial á lo por él conquistado en trabajo. Tolerancia, virtud moderna, que consiste en tener caridad para el que creemos extraviado, en humana ley de reciprocidad para el prójimo que sumidos en error nos vea á nosotros mismos; tolerancia, es decir, prudencia en creer y en afirmar, caridad, paz espiritual para convivir. Ascetismo, propio ambiente de vida interior; tolerancia, ambiente social de convivencia humana.

En este mundo interior ha de guarecerse, basada en autofé, la ultrafé, fundamento de religiosidad y fe exterior; de ella ha

de manar, como de fuente que jamás se seque, el mundo exterior, donde nuestra individualidad social se asiente, para echar bases sólidas á la vida social y á la vida económica.

El nuevo liberalismo, que debe consistir en el *making* del *selfman,* no puede acabar con la superioridad íntima del alma, no puede echar raíces en la conciencia, aspirando á consolidar igualitarismos estúpidos, que al carecer de realidad en la vida interior del hombre, se hacen ostensibles al exterior, atacando la estabilidad bienhechora de una igualdad externa, necesaria para convivir en trabajo y en amor. El nuevo liberalismo, al proclamar la democracia como fruto de nuestra autonomía personal y de nuestra capacidad social para organizar el Estado y determinar sus funciones, no puede cortar de raíz la aristocracia de las almas, su riqueza nativa, su fuerza, su potencia natural, que en el mundo íntimo se manifiesta y obra.

Hay que considerar al hombre moderno como un organismo muscular y pensador, como una máquina psicofísica de trabajo personal y libre, acumulador de riquezas naturales para crear capital social, no como parásito de otros hombres ó de una naturaleza benigna, que si le alimenta con amor de madre, castra su virilidad al tenerle siempre en tutela.

El nuevo sentido de la vida debe ser para nosotros éste: somos seres que debemos realizar, de una manera consciente y responsable, lo que otros seres naturales, vivos y semejantes á nosotros realizan de un modo fatal y necesario. Nuestra ley de vida es ley de adaptación, pero de adaptación intercurrente, de adaptación de la individualidad externa al medio social, de adaptación del medio social á la individualidad interna.

Para lograrlo hay que sustantivar el presente; hay que considerar la vida como una progresión orgánica, no geométrica, de presentes; hay que estar siempre presentes á nuestra propia vida; hay que ver concienzudamente cómo libremente fluye de nosotros al mundo y en nosotros refluye desde el

mundo. El pasado es un presente en la memoria; el presente es un presente á los ojos; el porvenir, un presente en la imaginación y en la voluntad (no en la fantasía). El presente actual, este presente creado por voluntad, debe ser nexo entre el pasado y el porvenir, así como la voluntad debe serlo entre la imaginación que sueña y la inteligencia que concibe. Así, sustantivado el presente, la tesis de la reacción y la antítesis del radicalismo se fundirán en viva síntesis, se integrarán. Los que guerrean hoy como enemigos, serán mañana (deben ser, quiero decir) hermanos, obreros mancomunados y solidarios en la causa del progreso. ¿Acaso será ventajosa esta tenaz diferenciación de dos ambientes, para mejor integrarlos? ¿Habrá una juventud que, alimentándose en dos savias, podrá nutrir en su alma la nueva planta de la libertad, para gozar de sus frutos? Sembremos con fe y con amor, aunque la muerte nos impida ver nuestras mieses y recoger nuestras cosechas. Sembremos...

ELOY L. ANDRÉ

LA ASAMBLEA UNIVERSITARIA DE BARCELONA

En los primeros días del mes de Enero celebróse en Barcelona la segunda Asamblea Universitaria. No pueden menos de aplaudirse estos congresos de profesores; son útiles, no tanto por la labor de eficacia inmediata que realicen, como por otros motivos. En efecto: de una parte, el hecho solo de que se celebren, revela que hay entre los miembros del profesorado español quienes se preocupan con los problemas de su función importantísima; y de otra, tales Asambleas sirven de ocasión para que las gentes *del oficio* se conozcan y traten, y cambien impresiones é influyan unas en otras, á más de entrañar, tales reuniones, momentos culminantes muy favorables para la determinación de tendencias colectivas, y para la condensación de corrientes reformistas. Es indudable que el principal defecto que hoy tiene la Universidad española, el defecto capital, causa ó consecuencia de todos los demás, es la falta de vida, la ausencia de espíritu corporativo; no hay entre sus miembros solidaridad, ideal común, nada, en suma, de cuanto se necesita para ser una gran fuerza social; y no digo yo que las Asambleas puedan por sí solas infundir en la Universidad la vida que no tiene; pero es indiscutible que algo, aunque sea muy poco, pueden contribuir á suscitarla.

La Asamblea de Barcelona tuvo unos comienzos que auguraban, ó un fracaso grave, ó un desarrollo agitado. Ciertos elementos, los que representan en el profesorado un sentido contrario á la neutralidad científica de la Universidad, tomaron una actitud de protesta y, en definitiva, de retraimiento,

ante la ponencia redactada por el rector de Salamanca, señor Unamuno, de que en su lugar hablaremos. Si tales elementos no iban á la Asamblea, podía ésta perder importancia; y si iban, era de esperar una discusión movida, por plantearse, en la ponencia citada, una de las cuestiones que más hondamente dividen á las gentes: la cuestión del carácter confesional de la enseñanza, ó del derecho de la Iglesia á inspeccionarla, con la ayuda del Estado. Como indico, los contrarios á la ponencia del Sr. Unamuno se retiraron de la Asamblea, estimando, por lo visto, como indiscutible, un punto de vista que de cierto no es el imperante por esos mundos, ni el que mejor se compagina con los principios fundamentales de nuestro régimen constitucional. Y la Asamblea se celebró tranquila y serena, conservando su importancia, como reunión de profesores preocupados con el porvenir de la enseñanza nacional.

Procuraremos reseñar en breves términos sus tareas.

*
* *

Según los datos que he podido recoger, la Asamblea de Barcelona contó desde el primer momento con más de doscientas adhesiones; quizá el doble que la primera Asamblea de Valencia, que sólo reunió ciento seis.

Entre las adhesiones figuran las corporaciones siguientes:

Escuela Normal de Maestros de Barcelona, Escuela Normal de Maestras de ídem, Escuela de Arquitectos de ídem, Escuela Superior de Comercio de ídem, Escuela de Ingenieros Industriales de ídem, Instituto de segunda enseñanza de ídem, Universidad de Salamanca, Escuela Normal de Maestros de Alicante, Escuela Superior de Comercio de ídem, Escuela Normal de Maestras de ídem, Instituto General y Técnico de Reus, Universidad de Valencia, Escuela Normal de Maestros de ídem, Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, Escuela de Comercio de Valencia, Universidad de Santiago, Universidad de Zaragoza, Instituto de Figueras, Instituto de Palma,

Escuela de Bellas Artes de ídem, Escuela de Industrias de Tarrasa, Instituto de Gerona, Universidad de Valladolid, Escuela Normal de Maestros de Burgos, Universidad de Oviedo, Universidad de Sevilla, Universidad de Granada, Universidad de Madrid, Escuela Normal de Maestros de ídem, Escuela de Pintura de ídem, Instituto de Huesca, Escuela Normal de Maestras de Murcia, Instituto de Castellón, Escuela Normal de Maestros de ídem, Escuela Superior de Maestros de Cartagena, Escuela de Artes y Oficios de Sabadell, Escuela Industrial de Bilbao.

La Mesa designada para representar y dirigir la Asamblea se constituyó de este modo:

Presidentes de honor: el ministro de Instrucción pública, Sr. Lacierva, y el rector de la Universidad de Barcelona, doctor Rodríguez Méndez. Miembros de honor: los rectores, senadores y diputados. Presidente efectivo: D. Aniceto Sela, de la Universidad de Oviedo. Vicepresidentes: D. Juan Barterat, D. Blas Lázaro, D. Lorenzo de Benito, D. Prudencio Requejo, D. Federico Schwart y D. Augusto Pi y Suñer. Secretario general: D. Luis María Jordá. Secretarios de actas: don Augusto Vidal y D. Enrique Mir y Miró.

***

La Asamblea celebró varias sesiones y algunas fiestas interesantes, asistiendo de ciento á doscientas personas á los debates, los cuales recayeron sobre varios temas del mayor interés, que abarcan, desde diversos puntos de vista, el problema de la enseñanza. Como de costumbre, se habían redactado, con el objeto de encauzar los debates y preparar la votación de conclusiones prácticas, varias ponencias por distintos miembros del profesorado español.

Nada más adecuado para dar una idea de la importancia de la labor de la Asamblea barcelonesa, que anotar los temas de las ponencias, é indicar algunas propuestas de los que tu-

vieron el encargo de redactarlas, toda vez que no tengo datos completos ó suficientes para reseñar las discusiones y resoluciones de la Asamblea misma.

Tenía ésta que debatir sobre tres temas de carácter general y ocho de índole especial.

Hablaremos primero de los temas generales. Helos aquí: 1.° Autonomía universitaria. 2.° La enseñanza universitaria. Y 3.° El profesorado.

El tema primero tuvo por ponente al Sr. Azcárate, quien, acomodándose á las exigencias de la realidad y tomando en cuenta los hechos, y dentro de ellos lo posible, en vez de disertar sobre la autonomía universitaria de una manera doctrinal, ciñó sus consideraciones á razonar la oportunidad de proponer, como solución al problema, el proyecto de ley presentado á las Cortes por el Conde de Romanones, y que quedó en el Senado, en 1902, pendiente de aprobación definitiva.

«Por fortuna—decía el Sr. Azcárate,—el problema de la *Autonomía universitaria* es uno de los pocos, poquísimos, en que han llegado á convenir todas las escuelas y todos los partidos. Unos, porque echan de menos aquellos tiempos en que la Universidad, por ser real y positivamente *Universitas scholarium* ó *magistrorum*, ó de éstos y aquéllos; otros, por estimar que á esta institución debe alcanzar la saludable rectificación de la obra de un sentido individualista extremado; quiénes, por considerar que durante medio siglo han podido apreciarse los frutos de la organización centralizada y burocrática que se dió á la enseñanza, resulta que todos vienen á parar en la conclusión de que, en mayor ó en menor grado, se impone el reconocimiento de la independencia, de la autonomía de las Universidades...

»La autonomía implica la facultad, por parte de la Universidad, de regirse y gobernarse á sí misma, y comprende: primero, el reconocimiento de su personalidad, y por tanto, de su capacidad para adquirir derechos y contraer obligaciones; segundo, el régimen de la enseñanza, con inclusión del nom-

bramiento de los que han de darla; tercero, la designación por ella misma de las autoridades académicas y de los funcionarios á su servicio; y cuarto, la administración por sí propia de sus recursos.

»Claro está que no es posible, y si lo fuera no sería discreto, pasar de golpe de un régimen centralizado y burocrático á uno de independencia y autonomía, no tanto por los vínculos económicos que ligan á las Universidades con el Estado, respecto de los cuales, dicho sea de paso, conviene hacer constar que las diez Universidades sólo cuestan á aquél poco más de 200.000 pesetas al año, como porque la transición es obra delicada de arte, que pide moderación en las exigencias y cautela en su otorgamiento, siendo lo que importa sentar el principio y señalar la tendencia, dejando al porvenir su completo desarrollo.

»Teniendo esto en cuenta, se redactó el proyecto de ley presentado en 1902 por el señor conde de Romanones, ministro de Instrucción pública, y que con el asentimiento y cooperación de todos los partidos fué aprobado en ambas Cámaras.»

***

De la *Enseñanza universitaria* fué ponente el Sr. Unamuno, quien, después de un luminoso preámbulo, formuló las conclusiones siguientes:

«1.ª Declarar que las Facultades universitarias no deben reducirse á ser simplemente Escuelas de abogados, médicos, farmacéuticos y catedráticos, sino que han de ser, además y sobre todo, centros de elevada cultura y de formación de filosofía, ciencias, letras y artes.

2.ª Pedir la reforma de la segunda enseñanza, dividiéndola en dos grados: uno de cultura general y otro con bifurcación en dos secciones, de cultura más especial, y que sirvan cada una de esas secciones de preparatorio para las Facultades universitarias.

3.ª Estudiar el modo de crear, con subvención del Estado y bajo su amparo, publicaciones universitarias con cierto carácter como las de las Academias, de índole filosófica, científica y literaria, como complemento, hoy obligado, á la función docente.

4.ª Pedir al Parlamento el que, para garantía de la libertad de investigación y exposición de principios filosóficos y científicos, derogue formalmente el art. 2.º del Concordato, los artículos 295 y 296 de la ley de Instrucción pública hoy vigente, y cuantas disposiciones tiendan á establecer la ingerencia, en cuestiones de enseñanza pública, de cualquier autoridad no académica.»

Como he indicado más arriba, esta ponencia fué la que suscitó la protesta de determinados asambleístas, que se consideraron imposibilitados de acudir á la Asamblea á discutir cosa alguna, mientras se mantuviera en el programa de sus trabajos la conclusión 4.ª de las copiadas.

La importancia que, independientemente de la Asamblea y de los disidentes de ella, tiene el asunto, me obliga á dedicarle breves líneas. No ofrece para mí la menor duda que es indispensable una libertad efectiva de investigación y de exposición para que la Universidad pueda desempeñar su misión científica y pedagógica: la *neutralidad de la Universidad* y la devoción del profesor dentro de ella, al puro interés de la ciencia y de la formación de la juventud, en la práctica de sus métodos, y en la vida elevada y moral que la investigación de la verdad exige, son, creo yo, condiciones esenciales de la acción universitaria.

Pero ante la conclusión formulada por el Sr. Unamuno, la cuestión no es ésta, ni siquiera otra más honda, cual es la de la práctica efectiva de esa neutralidad por el profesorado mismo, que no debe hacer tribuna de propaganda ni centro de proselitismo de la cátedra, y por cuantos tienen que ver con la Universidad: verbigracia, los que intervienen en la designación de su personal activo, que no deben, si cumplen como

buenos, designarlo sino en vista de las aptitudes científicas y pedagógicas, y jamás á título de racionalista ó católico por ejemplo.

La cuestión, repito, es otra. El Sr. Unamuno planteó un problema de derecho. ¿Es que en España no tenemos de hecho y de derecho la neutralidad de la Universidad? ¿Es que la libertad del profesor depende de una simple tolerancia del que eventualmente ejerza el poder público?

***

Veámoslo rápidamente.

Por fortuna, no necesito esforzarme en buscar argumentos; hay todo un arsenal de éstos, en cierta discusión habida el año 1899, en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, entre los señores Orti y Lara, Azcárate y Sánchez de Toca (1).

La neutralidad de la Universidad es un hecho exigido por las condiciones mismas de la vida moderna; no quiero decir que sea, en efecto, un hecho en el sentido de que aquella neutralidad tenga una realidad aceptada por todos, sino que es una imposición, la cual se deja sentir, y contra la cual no puede irse sin suscitar graves trastornos y producir grandes daños.

Discutiendo con Orti y Lara decía el Sr. Sánchez de Toca: «La premisa cardinal de sus razonamientos (del Sr. Orti y Lara) consistía en que el Estado, como católico que es, según la Constitución, está obligado á que la enseñanza que se profese en sus escuelas no encierre especie alguna que no resulte estrictamente ajustada á la doctrina católica. Pero estos gravísimos problemas no se resuelven por la mera virtualidad de lo que aparece consignado en un texto constitucional. Aún suponiendo la declaración más explícita de los textos consti-

(1) Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. *Extracto de discusiones.* Tema: *Sentido general en que debe llevarse á cabo la reforma de la enseñanza en España* (tomo I, 1901). Todas las citas que se hacen á continuación se refieren á esta discusión.

tucionales sobre este punto, la realidad de si un Estado es ó no católico no descansa en lo que se escriba en la ley, sino en otros factores mucho más esenciales...» «Digan lo que quieran los textos escritos de la Constitución, ni en la vida oficial del Estado ni en el orden extraoficial de nuestra vida nacional tenemos esa gran realidad de la fe viva...; y si se pretendiera hoy que las fuerzas coactivas del Estado impusieran en nuestras Universidades, tal como desearía el Sr. Orti, esa unidad de doctrinas y criterio sobre los principios raíces, que no existe en las conciencias de los españoles, aunque las leyes lo mandaran y los poderes públicos se prestaran á ello, se cometerían grandes tiranías, y en vez de lograr la unidad se producirían mayores disidencias, y las Universidades y todo el cuerpo social vendrían á tremenda anarquía» (1).

*
* *

Pero además de ser un hecho que se impone, la neutralidad de la Universidad es el estado legal del momento; los artículos que le estorban al Sr. Unamuno están bien y perfectamente derogados. Basta estudiar la cuestión desapasionadamente para convencerse. La sumisión de la enseñanza á la Iglesia, y la consiguiente inspección del episcopado, se fundaban antes de 1868 en el régimen de unidad religiosa é intolerancia de la Constitución de 1845, cuyo artículo 21 declaraba que «la religión de la *nación española* es la católica apostólica y romana». En armonía con este principio—decía el Sr. Azcárate en la Academia de Ciencias Morales y Políticas—se redactaron los artículos 1.°, 2.° y parte del 3.° del Concordato de 1551. En efecto, dice el 1.° que: «La religión católica apostólica romana, que, *con exclusión de cualquier otro culto, continúa siendo la única de la nación española*, se conservará *siempre* en los dominios de S. M. Católica...» «Pero viene en seguida el artícu-

(1) *Loc. cit.*, p. 261.

lo 2.°, y noten los señores académicos cómo empieza: «*En su consecuencia*, la instrucción en las Universidades, Colegios, Seminarios y Escuelas *públicas ó privadas* de cualquiera clase, será en todo conforme á la doctrina de la misma religión católica; y á este fin, no se pondrá impedimento alguno á los obispos y demás prelados diocesanos, encargados por su ministerio de velar por la pureza de la doctrina, de la fe y de las costumbres, y sobre la educación religiosa de la juventud en el ejercicio de este cargo, aun en las escuelas públicas». En el artículo 3.° se promete á los obispos el apoyo del Gobierno para impedir «la publicación, introducción ó circulación de libros malos ó nocivos» (1).

***

Y la cosa es clara: todas las facultades de los obispos en materia de enseñanza y en lo demás indicado, son, como advierte el Sr. Azcárate, *una consecuencia* de la unidad católica proclamada como estado de derecho y de hecho, por la Constitución y por el art. 1.° del Concordato.

Ahora bien: ¿no ha pasado aquí nada desde 1851? La Revolución de 1868 con su decreto-ley de 21 de Octubre, la Constitución de 1869 con su declaración favorable á la libertad de conciencia y de cultos, el Código penal de 1870, ¿no significan nada?

Pero se dirá: el régimen de la Constitución de 1876 no es en materia religiosa y de relaciones con los cultos: el de 1869 sea; pero tampoco es el de 1845. Con el art. 11, que habla de religión *del Estado* (no de la nación), y proclama la tolerancia religiosa, pues «nadie será molestado en el territorio español por sus opiniones religiosas ni por el ejercicio de su respectivo culto...»; con el art. 13, que proclama la libertad de pensamiento; el 15, que declara á todos los españoles admisibles á los empleos y cargos públicos «según su mérito y capa-

(1) V. *Ob. cit.*, p. 275 y sigs.

cidad», y con el 12, que afirma la libertad de enseñanza (1), no hay manera de sostener la *consecuencia* del Concordato ni los arts. 295 y 296 de la ley de 1857.

Por todo lo cual puede asegurarse, con el Sr. Azcárate, que «la legalidad hoy vigente es la consignada en la Real orden de 3 de Marzo de 1881, que no ha sido derogada ni modificada por ninguna otra», no obstante haber pasado por el Ministerio de Instrucción pública los hermanos Pidal...

Y vamos ya á las demás ponencias.

*
* *

La relativa al profesorado la redactó el Sr. Lázaro. No dispongo de espacio para copiar íntegras las 23 conclusiones formuladas por el sabio profesor de la Facultad de Farmacia de Madrid. Me limitaré, pues, á señalar las principales.

«La reorganización del profesorado universitario no será eficaz si se efectúa aisladamente. Para que esta medida sea fecunda, debe realizarse simultáneamente la reforma de los procedimientos de enseñanza, no la de los planes de estudios, y transformarse la vida de las Universidades.

»En las Universidades deben existir los siguientes órdenes de enseñanza: 1.°, estudios generales, profesionales ó de licenciatura; 2.°, estudios especiales ó complementarios de las Facultades; 3.°, estudios de preparación para el profesorado; y 4.°, estudios superiores...

»En los estudios especiales ó complementarios se incluirán las materias más importantes que en cada Facultad puedan considerarse como especialidades, sin ser precisas á todos los que hayan de ejercer la profesión. Estas enseñanzas, que pueden ser comunes á dos ó más Facultades, constituirán el período del doctorado, en que sólo se exigirá la aprobación de tres asignaturas, elegidas libremente por el aspirante entre

(1) V. Azcárate: *loc. cit.*

las señaladas para su Facultad ó sección, si excediesen de este número...

»Se creará dentro de la Universidad una escuela especial destinada á la preparación para el profesorado universitario. Sus enseñanzas serán regentadas por catedráticos numerarios de las diversas Facultades, los cuales, si continuasen desempeñando sus cátedras en los estudios generales, disfrutarán de las ventajas de la acumulación.

»Se establecerán en la Universidad los cursos de estudios superiores de investigación, los cuales no formarán parte del plan de estudios de ninguna Facultad...

»El sueldo de ingreso para los catedráticos numerarios deberá ser de 5.000 pesetas anuales, aumentándose en 1.000 pesetas cada cinco años hasta la reunión de seis quinquenios.

»Para que esta reforma no origine un excesivo aumento de gastos, los catedráticos numerarios de Universidad podrán desempeñar, además de la cátedra de que sean titulares, otra en concepto de acumulada, siempre que sean análogas. Para este efecto, son acumulables las cátedras de los estudios generales y las especiales ó complementarias de todas las Facultades y las de la escuela especial de preparación para el profesorado universitario. El desempeño de una cátedra acumulada se gratificará con 4.000 pesetas anuales. Ningún catedrático podrá desempeñar más de una cátedra como titular y otra acumulada. Los profesores encargados de las enseñanzas especiales, que no sean catedráticos numerarios, no podrán desempeñar cátedras acumuladas. Para los catedráticos numerarios que desempeñen cátedras acumuladas se declara incompatible el ejercicio profesional...

»Deberán establecerse diez pensiones de 5.000 pesetas anuales cada una, las cuales se otorgarán á otros tantos catedráticos numerarios que se hayan distinguido notoriamente por su laboriosidad y amor á la enseñanza y por sus trabajos de investigación. Los catedráticos que hayan de ser objeto de esta distinción serán designados cada cinco años por votación de

los Claustros. Ésta se efectuará separadamente en cada Universidad, remitiéndose las actas á Madrid para que se efectúe el cómputo de los votos emitidos. Se concederán las pensiones á los que obtengan mayoría de votos, aunque no reúnan la mitad más uno...

»La misión de los profesores no puede limitarse á la exposición del contenido de las asignaturas y á la puntual asistencia á todos los actos académicos, sino que debe tender en primer término á la formación y educación de la juventud, preparándola para ser útil al progreso intelectual y social de nuestra patria...

»En las enseñanzas de carácter experimental y en las de observación deberán suprimirse las exposiciones sistemáticas y descriptivas, dedicando el tiempo que en ellas se emplea y otra tanto más á trabajos de comprobación realizados con los alumnos en los laboratorios, clínicas, etc. Las explicaciones verbales de los profesores se limitarán á las cuestiones en que éstos crean útil emplear dicho procedimiento.

»Los catedráticos deberán tomar parte activa en la difusión de la enseñanza fuera de la Universidad mediante la institución de cursos populares, conferencias y sesiones experimentales públicas, estableciendo relación con las demás instituciones, juntas y comisiones que se ocupen de la enseñanza y de propagar la cultura entre todas las clases del país».

*
* *

Ocho son las ponencias sobre otros tantos temas especiales que tengo á la vista, á saber: 1.ª, 2.ª, 3.ª, 4.ª y 5.ª sobre la reorganización de las Facultades de Ciencias, Medicina, Farmacia, Derecho y Filosofía y Letras, 6.ª sobre las Escuelas Normales, 7.ª sobre la enseñanza de las Artes industriales, y 8.ª sobre las Escuelas de Comercio (1).

(1) La ponencia 1.ª fué redactada por los Sres. Marzal, Vila y Calderón; la 2.ª por el Sr. Calleja Torres; la 3.ª por el Sr. Casares Gil; la 4.ª por el Sr. Sela; la 5.ª por los Sres. Ibarra y Ribera; la 6.ª por el Sr. Vidal; la 7.ª por el Sr. Domenech, y la 8.ª por el Sr. San José.

Me es imposible, no ya copiar, pero ni resumir siquiera, las conclusiones de las ponencias indicadas. Ante semejante imposibilidad, he de contentarme, bien á pesar mío, con señalar algunas indicaciones entre las que me han parecido más interesantes; por ejemplo, estas del Sr. Calderón á propósito de la reorganización de la Facultad de Ciencias (Sección de Naturales). Habla el distinguido profesor del doctorado, y dice:

«A mi juicio, el trabajo que debiera exigirse para obtener el grado de doctor en Ciencias no consiste en el estudio de tales ó cuáles asignaturas, sino en realizar una investigación que no demandase menos de un año de labor. Este trabajo debería hacerse en los laboratorios de la Facultad, para que el aspirante dispusiese de todos los medios necesarios, y al mismo tiempo como garantía de ser obra personal del que lo presentara á examen del tribunal calificador. Entre las Memorias que actualmente redactan los aspirantes á dicho grado, siempre deficientísimas, hay algunas, sin embargo, en las que se adivina un propósito de realizar algo nuevo y á veces trascendental, que no se cumple por la falta de medios y por la escasa importancia concedida á este ejercicio entre nosotros.»

Refiriéndose á las relaciones entre maestros y discípulos, escribe:

«La enseñanza de las ciencias naturales exige una labor constante y principal de laboratorio para orientar al principiante en una técnica por extremo variada: de carácter geométrico y físico, tratándose de la Cristalografía; químico, para la Mineralogía; histológico, para la Zoología y Botánica generales; el alumno debe además dibujar, clasificar y reconocer ejemplares. Todo esto implica su permanencia en la Facultad durante casi todo el día, estando abiertos constantemente los laboratorios; y claro es que catedráticos y ayudantes habrían de permanecer también en aquéllos muchas horas diarias para dirigir los trabajos. Quizás algunos de éstos exigirían hacer venir, siquiera temporalmente, profesores extranjeros ó enviar

de los nuestros á los centros de investigación más adelantados (que no es esta ocasión de discutir cuál de los medios sería preferible); lo indudable es que, de no ser práctica la enseñanza y de conservar el carácter predominantemente oral que reviste, se obtendrán, á lo sumo, eruditos en Historia natural, pero no naturalistas; y si la Facultad ha de limitarse á exponer poco más ó menos lo que es factible aprender por la lectura de obras y revistas, no vale la pena de que el Estado costee un personal de profesores y alumnos relativamente numeroso.»

*
* *

También por vía de ejemplo estimo de especial interés estas conclusiones del Sr. Sela:

«La enseñanza será intuitiva y realista, procurando el profesor indagar en común con los alumnos, ya en la clase, ya en Seminarios ó Escuelas prácticas que deben organizarse dentro de la Universidad, facilitando ésta los medios materiales necesarios.

»No habrá exámenes de prueba de curso. Cada profesor juzgará quiénes de sus alumnos se hallan capacitados para pasar al curso siguiente, y quiénes deben repetir el año, sin que los que se encuentren en este último caso puedan ser admitidos á examen alguno después de las vacaciones de verano. El grado de licenciado requerirá ejercicios detenidos que prueben de un modo suficiente la capacidad del aspirante.

»Por regla general, las lecciones serán alternas, bisemanales ó semanales.

»El doctorado se organizará como Escuela Normal para la formación de los profesores de la Facultad, durando los estudios dos años, y verificándose en forma tal que el Claustro pueda conocer las condiciones de moralidad, carácter y aptitud pedagógica de cada aspirante, y proponer en lista los que han de ocupar las cátedras vacantes, confirmándose este nombramiento provisional, previo informe favorable del Claustro de

la Universidad respectiva, después de un período de ejercicio de cinco años».

*
* *

Por último, he aquí varias declaraciones que estimo importantes de la ponencia relativa á la Facultad de Filosofía y Letras, de los Sres. Ribera é Ibarra:

«Los trabajos de investigación que sustituyen á las actuales Memorias doctorales debieran redactarse bajo la dirección de los profesores durante el año en que se cursa el doctorado; á este fin se establecerán, bajo la dirección de profesores libremente elegidos por el Gobierno de entre las personas que públicamente hubieran dado muestras de que sabían investigar, ya fueran nacionales ó extranjeros, Seminarios de estudios semíticos, Estudios de Historia de la Edad Media (especialmente de España), Estudios de Historia moderna y contemporánea (especialmente de España), Estudios clásicos (griego y latín), Estudios de Filosofía (que debieran ser dobles): *a)* espiritualista; *b)* positiva ó experimental.»

«El ideal es, á nuestro juicio—añaden,—la absoluta libertad de estudios, sin sujeción á planes, cursos, carreras ni títulos; es decir, que cada cual estudie lo que juzgue necesario al fin que se propone; reconociendo que este ideal está lejano, se ha procurado en el presente proyecto conservar en lo posible las actuales enseñanzas, completarlas y darles el carácter práctico que necesitan para orientar á la juventud española por los derroteros que hace tiempo siguen las naciones más cultas...»

*
* *

Pocas palabras puedo destinar ya á la tarea propiamente dicha de la Asamblea. La impresión general es que despertaron gran interés y que reinó en todas las discusiones un alto espíritu de concordia y un buen deseo de acierto.

Por de pronto, la Asamblea aprobó por aclamación la ponencia del Sr. Azcárate, mostrándose así partidaria del prin-

cipio de la autonomía, aunque sea encerrado éste en los límites, más que prudentes, del proyecto de ley resucitado por el Sr. Azcárate.

Al llegar á la ponencia del Sr. Unamuno, aprobó la Asamblea desde luego la conclusión primera, discutiendo la relativa á la bifurcación de la segunda enseñanza, y tomando el buen acuerdo, en cuanto á la independencia del profesor, de renovar la conclusión de la Asamblea de Valencia, favorable á la libertad de la cátedra.

La ponencia del Sr. Lázaro, relativa al profesorado, como era natural, por lo importante del tema y por las complicadas cuestiones que suscita, dió lugar á muy detenida discusión, en la que intervinieron varios asambleístas. Por fin, la Asamblea se mostró en general conforme con las tesis de la ponencia.

También se debatieron las ponencias sobre los temas especiales anteriormente indicados.

Por último, la Asamblea tomó los siguientes acuerdos:

«Nombrar una Comisión que mantenga los acuerdos de la Asamblea, siendo elegidos para formarla los Sres. Azcárate, Menéndez y Pelayo y Barrio y Mier.

Mejorar la situación económica de los empleados de los Centros docentes.

Celebrar la tercera Asamblea universitaria en Madrid, durante la Semana Santa de 1907, y para ello eligióse la Junta organizadora, compuesta de los Sres. Sela, rectores de las Universidades de Madrid, Barcelona y Valencia, y los catedráticos de la de Madrid Lozano, Royo, Ortega, González, Martín y Fernández.

Además se aprobaron las siguientes conclusiones, presentadas por el Dr. Moliner:

1.ª Que los 25 millones de pesetas de la renta de alcoholes se apliquen á instrucción pública.

2.ª Ver con simpatía la conducta de aquellos profesores que por falta de medios de enseñanza se vean precisados á abandonar sus cátedras.

3.ª Hacer lo conducente para resolver estos conflictos en favor de la enseñanza.

A propuesta de D. Hermenegildo Giner de los Ríos, se acordó solicitar del Gobierno que las escuelas de Roma y Bolonia dependan del Ministerio de Instrucción pública.

***

Tal es, hasta donde mis datos alcanzan y el espacio de que dispongo permite, la labor de la segunda Asamblea universitaria. Como mi propósito al escribir este artículo no era otro que el de reseñar sus trabajos é incidentes más notables, nada he de decir en són de crítica, de las conclusiones aceptadas. Repito lo que al principio decía: estas reuniones de profesores tienen su importancia, aun independientemente de sus acuerdos y de la eficacia inmediata de éstos.

No he de terminar mi trabajo sin dedicar algunas palabras á una de las fiestas celebradas con ocasión de la Asamblea: á la fiesta de extensión universitaria. Por lo que he leído en la prensa, y lo que he oído á algunas personas que la presenciaron, fué un acto hermoso, admirable. Miles de obreros acudieron á rendir tributo de reconocimiento á los beneméritos maestros que en Barcelona trabajan por establecer relaciones de simpatía y de cariño entre la Universidad y el pueblo. Satisfecho puede estar el rector de Barcelona, Sr. Rodríguez Méndez, del excelente éxito de sus gestiones en este movimiento regenerador y cultísimo de armonía social, que llamamos Extensión universitaria.

A los que discutan el éxito de la Asamblea de Barcelona, bastará oponerles, con las ponencias, adhesiones y debates tan interesantes que hemos reseñado, este acto magnífico de la clase obrera, unida en aspiraciones elevadas con los elementos universitarios de la gran ciudad industrial.

ADOLFO POSADA

YANG-HUN-TSY

(EL DIABLO EXTRANJERO)

NOVELA DE COSTUMBRES CHINAS

III

EN HU-TCHEN

Las sombrías murallas de la ciudad se destacaban cada vez más perceptibles sobre el fondo lejano de las montañas y parecían agrandarse, como un monstruo de piedra que se hubiera torpemente alzado en medio de las llanuras amarillas. Nada acusaba la vida tras de aquel recinto, nada se movía por encima de sus almenados baluartes: el camino ancho y recto iba á perderse bajo la bóveda del portalón. La ciudad por aquel lado carecía de barrios extramuros, y las movedizas arenas llegaban hasta el pie de las murallas.

La caravana se acercaba lentamente, precedida del tintineo de sus campanillas. De repente, un chino, que se recataba á orillas del camino, avanzó, hincó una rodilla en tierra y tendió al primer guía un rollo de papel rojo cubierto de letras de oro. Era un correo, enviado por las autoridades de la ciudad para saludar á «los huéspedes de al otro lado de los mares».

El papel venía á ser la tarjeta de un funcionario, que esperaba á más distancia, bajo un suntuoso quitasol de color escarlata con anchas franjas. A su lado un servidor joven sujetaba por las bridas á un caballo ensillado.

En cuanto se mostró el barón, el mandarín se adelantó á su encuentro y le saludó con una genuflexión, agitando varias veces seguidas sus puños cerrados. Invitado cortésmente á enderezarse, se resistió algo, después montó con ligereza en su caballo y se unió á la comitiva; comenzó entonces toda una serie de ceremonias.

A los pocos pasos se encontraba formado á ambos lados del camino un destacamento de caballería, cuyos individuos iban uniformados con túnicas rojas, botas de paño blanco y sombreros negros con plumero de color. Eran los «Dragones invencibles del Celeste Imperio». Llevaban en el pecho y en la espalda unos dragones amarillos y verdes ricamente bordados; sus armas resplandecían al sol, y en sus manos los abanicos se movían cadenciosamente, refrescando sus rostros de soldados, marciales, serios, inundados de sudor por el calor del mediodía.

Los caballos y los camellos de la caravana, asustados, se negaron á penetrar en aquel desfiladero semejante á un bosque incendiado; se encabritaban y relinchaban alzando la cola; varios dieron con su carga en tierra.

Afortunadamente, de una tienda azul salieron unos oficiales que invitaron á los viajeros á tomar un refrigerio.

En el interior de la tienda, sobre mesas de laca negra, esperaban á los extranjeros vasos de todas dimensiones, á docenas, platos minúsculos, dulces, pasteles y frutas. Se sirvió el té.

A Juan, que lo miraba todo con ávida curiosidad, le llamaron la atención las maneras sueltas y distinguidas de los oficiales chinos. Después de los miserables albergues de los mongoles, aquella tienda bien alhajada, fresca, bañada por un día azulado, le procuraba una satisfacción.

—Doctor, si sale usted por la ciudad no deje de llevarme con usted, se lo ruego—dijo en voz baja.

—¿Y el fotógrafo?

—¡Bah! Suceda lo que quiera.

Cuando hubieron franqueado el portalón, comprendieron

por qué les había parecido tan sombrío: la entrada estaba medio interceptada en el interior por un trozo de muro, al que había que dar vuelta para pasar del pórtico á la calle principal, ancha y recta, formada por casas bajas. El alojamiento asignado á la expedición consistía en un edificio vasto, sucio, pero adornado con banderas. Allí también estaba dispuesta una mesa provista de manjares y de té hirviendo. Mandarines con trajes de gala y cubiertos con los sombreros de ceremonia hacían los honores. El barón, que con el fotógrafo se había adelantado á la caravana, estaba sentado en medio de aquéllos, con aspecto huraño y de mal humor.

—Me felicito de que por fin hayan llegado ustedes; aquí me fastidio solo, como un imbécil, entre estas gentes que se obstinan en no marcharse; me encuentro fatigadísimo, tengo sueño y están aquí sin moverse... ¿Ha llegado el intérprete?

—No; llegará pronto.

Malykh entró.

—¿Y Dor, dónde está? ¿Qué ha hecho usted del perro?

—Se ha quedado con Sin.

—¿Por qué con Sin? Ya sabe usted que á esta chusma asiática no le gustan los perros: son capaces de hacerle daño.

Malykh se excusaba, mientras que los oficiales chinos escuchaban atentamente el diálogo, que por las entonaciones le suponían de gran importancia.

Por fin aparecieron Sin y Dor, el cual, en contra de toda etiqueta china, fué introducido en la habitación. Aprovechó la ocasión para ir á olfatear las pantorrillas de los dignatarios. Estos no demostraron con ningún gesto su repugnancia, pero en sus ojos brilló un vivo disgusto.

Por fin comenzó la conversación mediante los dos intérpretes.

—Ka-ka, ta-ka, ga-ga.

Brzeski reprimía á duras penas sus ganas de reir al escuchar tartamudear á Sin; tanto más, cuanto que el topógrafo no cesaba de murmurar comentarios irónicos.

—¿Qué es eso? ¿Ka-ka, ga-ga, Gota? ¡Le faltan al respeto! ¡qué infracción á la ley de las estepas! ¿Y por qué? Porque en vez de elegir un solo intérprete bueno, tenemos dos malos. ¡Peregrina invención, que nunca se apreciará bastante!

—¡Cállese, escuche!... Parece que se trata en este momento de algo grave—les hizo observar el doctor.

Efectivamente, los chinos, después del cambio de las cortesanías de rúbrica, estaban explicando algo á Sin, que éste no podía ó no quería traducir. El barón se impacientaba.

—¿Qué dicen?

Sin reflexionó largo rato antes de contestar, con expresión de espanto en los ojos.

—¡La ba... talla!

—¿Qué batalla? ¿Con quién?

—Los Dungares... los insurrectos... me parece, por lo que dicen—manifestó Malykh.

El barón se volvió bruscamente hacia el intérprete.

—¿Y entonces, qué?

—Dicen que es imposible pasar por Khawi, por Tsian-Yui-Guan y por Lan-Tchu-Fu; que es preciso ir por Kobdo, Urga, Kalgam, como hacen de ordinario los extranjeros.

—¿Volver atrás? Que se les quite esa idea de la cabeza. Que nos proporcionen una escolta más importante, un escuadrón, un regimiento, lo que quieran; pero no hemos llegado hasta aquí para volver sobre nuestros pasos.

—Ciertamente, señor barón—apoyó con calor el topógrafo. —De ninguna manera podemos retroceder. Eso es un pretexto... los conozco: no quieren dejarnos ver su nuevo camino.

El barón se puso lívido y perdió toda noción de las conveniencias.

—Dígales que tengo la autorización de Bogdo-Khan, de Khuan-Chan-Di mismo—vociferó en chino.

Las gruesas venas de su cuello y de su frente se hinchaban, y dirigiéndose directamente á Sin, volvía casi por completo la espalda á los mandarines.

Sin se había atemorizado de tal manera, que no conseguía articular una palabra; y cuando oyó el nombre de Khuan-Chan-Di, cerró los ojos, alzó los hombros y se quedó completamente inerte. En vano rugía el barón:

—Dígales, dígales que están perdiendo el tiempo.

El intérprete permanecía mudo, como si se hubiera petrificado. En cuanto á Malykh, no sabía hablar el chino.

—Entiendo un poco, pero no puedo explicar—repetía con embarazo.

—En fin, ¿qué dicen?

—Dicen *chi*, que quiere decir algo como sí, pero esto no significa que consientan; lo dicen únicamente por cortesía. Dicen también *Tso-tsun-tan*, que viene á ser como si dijeran su general, su gobernador. Dicen también que Ti-Dun está ausente, que se ha marchado.

—Dígales que nos iremos sin escolta—ordenó el jefe.

Tras una breve y ruidosa explicación en dialecto de Kiachta, Malykh consiguió, por fin, decidir á Sin á que tradujera aquella amenaza.

Los funcionarios oponían reverencias corteses y hablaban largamente; en sus respuestas se percibían á menudo las palabras Tso-tsun-tan, Ti-Dun, Hun-huz (bandido).

—No quieren consentir en la marcha del convoy sin escolta: dicen que los lugares por donde quiere usted pasar están sublevados; que se ha ordenado no dejarnos ir á ninguna parte sin escolta; que Ti-Dun está ausente, que les cortaría la cabeza...—explicó Malykh.

—Pues bien, ¡que se las corte!—gritó el barón.—¿Qué nos importa de su Ti-Dun, que volverá no se sabe cuándo? Tenemos un salvoconducto del mismo Bogdo-Khan.

—Ti-Dun es el comandante superior de la plaza—insistió Malykh.

—Tú eres un imbécil. Traduce lo que se te ha ordenado traducir.

Pero, por fortuna, ni Sin ni Malykh se atrevieron á trans-

mitir las palabras del barón. Los funcionarios, con amables saludos, repetían lo dicho; por último, se retiraron preocupados y descontentos. Dor, asustado por las reverencias de despedida, se puso á ladrar.

—¿Qué resolver?—dijo el barón á media voz.

—Seguir adelante, sin vacilar; y si no nos dejan pasar por Khawi, volver al Este, cortando por el Gobi, y llegar á Kalgan. Atravesaremos así comarcas no holladas todavía por ningún pie europeo. Pero no retroceder bajo ningún pretexto—aconsejaba enérgicamente el topógrafo.

El barón, muy perplejo, se atusaba nerviosamente la barba. El peligro, apaciguando por un instante las enemistades personales, aproximaba á los elementos adversos de la expedición. El doctor se adelantó para emitir su parecer. Pero inmediatamente el barón frunció el ceño y le detuvo con un ademán:

—Está bien; reflexionaré.

El doctor retrocedió y, seguido del topógrafo y de Brzeski, salió para dirigirse al alojamiento que les habían asignado en las dependencias.

La ciudad dormitaba en las tinieblas. De cuando en cuando se oían el sonido estridente de las trompetas y el ruido de los gongs, sobre los que la guardia que velaba en el baluarte, encima de la puerta principal, anunciaba las horas.

—Serán ustedes víctimas de mi *iniciativa*... En mi calidad de jefe de la expedición, respondo de todo; y le advierto á usted, doctor, y á usted, joven, que les enviaré á un mundo mejor—decía el topógrafo, fingiendo la voz del barón.

. . . . . .

Hu-Tchen era una plaza fuerte. Consistía esencialmente en cuatro campos fortificados, rodeados de murallas y atravesados en el centro por una calle de tiendas pobres, en donde se vendían principalmente productos alimenticios y los objetos necesarios á los soldados. Sin embargo, la comida enviada á los viajeros por las autoridades locales pareció excelente y va-

riada mucho más de lo que se esperaba. Se componía de unos cuarenta manjares cortados en trozos pequeños y dispuestos con gusto en exiguos platos de laca y de porcelana. En primer término figuraba, por de contado, la sopa de nidos de golondrina, obligatoria en todo festín selecto. Unos servidores llevaron la comida en vastas fuentes cubiertas con manteles ricamente trabajados. El conjunto tenía una apariencia halagadora y relucía de limpio.

—¡Ah, ah! quieren amansarnos. ¡Qué bien ha hecho el señor barón en tratar á esas gentes como se merecen!—observó el fotógrafo, para que lo oyera el jefe.

El barón sonrió con satisfacción, y, mientras engullía la sabrosa comida china, formuló varios aforismos sobre la necesidad de un «método» en las relaciones con aquellos «astutos asiáticos».

Concluída la comida, el doctor y el topógrafo tomaron por guía á un agente de policía, y salieron á visitar la población. Brzeski fué con ellos. No descubrieron nada notable: tiendas idénticas á las que se ven en los barrios chinos de las poblaciones siberianas; cuarteles uniformemente grises, terrosos y miserables. En las calles, los transeuntes, poco numerosos, pertenecían casi exclusivamente al elemento militar. En cuanto á niños y mujeres, no se les veía por ninguna parte. Al paso de los extranjeros, los curiosos se paraban, se volvían; otros salían de las tiendas; el populacho les seguía; pero en ninguno de aquellos rostros se veía nada que recordase al chino, de ordinario tan alegre y tan cortés. Les examinaban por encima del hombro, con aire sombrío y huraño. Hasta percibieron un murmullo ahogado:

—¡Yang-hun-tsy!...

—He aquí los resultados del triple «método»—refunfuñó el topógrafo, que por todas partes veía al barón.

Probablemente, aquello era nada más que la consecuencia de la guerra civil que había asolado la comarca poco tiempo antes.

Pero cuando los naturales comprendieron que el doctor se disponía á dibujar, acudieron de todas partes y le rodearon, formando un círculo tumultuoso. Hubo un diluvio de observaciones, de bromas, de exclamaciones joviales, mezclado todo con una hilaridad general, pero benévola.

—¡Khao! (bien)—gritaban, alzando los puños, con los pulgares tendidos.

—¡Khua-dy-kao! (bien dibujado)—declaraban los que estaban más próximos al doctor.

La multitud aumentaba de tal manera, que los agentes de policía no lograban contenerla. Por lo demás, á ellos mismos los interesaba de tal manera el dibujo, que en vez de agitar sus cañas y apartar á los curiosos aventuraban ojeadas por encima de los hombros del doctor. El público continuaba afluyendo.

Los chinos que estaban en primera fila se veían obligados, á pesar suyo, á apoyarse casi en la espalda del infortunado doctor.

En vano éste les demostraba que le estorbaban, en vano los más cercanos trataban de retroceder: aquel amontonamiento paralizaba todo esfuerzo particular; viendo por último que el extranjero doblaba el papel, le suplicaron todos:

—Kagn-Kagn (enseña).

El doctor vaciló un momento, después tendió el dibujo hacia las filas más lejanas: alargáronse cientos de brazos, la multitud se quedó quieta y el doctor se apresuró á hacer otro croquis; mientras tanto, á medida que el papel circulaba, pasado con respeto de mano en mano, se alzaban exclamaciones de admiración:

—¡Khao!

Brzeski estaba asombrado, más lo estuvo cuando, después de tanta peregrinación por las manos de aquella multitud sucia y oliendo á ajo, volvió el dibujo absolutamente intacto, sin una mancha.

—¿Pero dónde estaba usted?—le preguntó el fotógrafo

cuando volvió.—Precisamente quería ir á tomar algunas vistas.

—¿Por qué no me lo previno usted?—replicó el joven.

—A usted le incumbe preocuparse de sus obligaciones, no á mí.

—Está bien; vamos.

—¡Sí, ahora que está usted rendido!

—Eso no es cuenta de usted.

Escoltados por agentes de policía provistos de enormes cañas, tomaron por las fangosas calles de la ciudad. La muchedumbre, alerta por el reciente espectáculo, les rodeó de nuevo.

Pero el manejo del aparato, incomprensible para aquellas gentes; el exterior antipático del fotógrafo, que vociferaba y amenazaba con el puño á los curiosos agrupados hasta delante del objetivo, indispusieron á la multitud. Brzeski, por su parte, observaba ahora á la concurrencia con aire sombrío.

—¡Yang-hun-tsy! ¡Yang-hun-tsy!—fué el grito que se propagó á lo lejos.

Cuando el fotógrafo metió su cabeza bajo el paño negro, el rumor se calmó de pronto, pero al punto estalló una risa homérica, inextinguible. Volaron inmundicias y bolas de lodo; un proyectil dió en la pierna del operador.

—¿Qué es esto? ¿Qué hay? ¿Quién me ha tirado eso?—exclamó el fotógrafo, pálido y demudado, y cuyas manos temblaban.

Se obstinó, sin embargo, y dió al botón del obturador. Ante aquel ruido seco, insólito, inesperado, la multitud enojada retrocedió; pero, un instante después, avanzó con mayor tenacidad y violencia.

Los agentes de policía distribuían á derecha é izquierda, sin misericordia, recios garrotazos.

—¡Yang-hun-tsy! ¡Bu yao! ¡Clic bu yao! (No hay que hacer clic)—rugían de todas partes con castañeteos de lengua para imitar el ruido del obturador.

—¡Vámonos, vámonos!—exclamó el fotógrafo.

—Por Dios, no se apresure usted; si ven que huímos suce-

derá una desgracia—le respondió Brzeski en voz baja, moderando el paso.—En el liceo, cuando nos asaltaban en la calle, nunca nos batíamos en retirada sino al paso.

De bueno ó mal grado el fotógrafo hubo de imitarle, porque el populacho, vociferando y gesticulando, les estrujaba por todas partes; aunque lo hubiesen intentado, no hubieran podido andar de prisa. La multitud, aunque enardecida y agresiva en alto grado, no se había atrevido aún á entregarse á vías de hecho.

De repente, Brzeski sintió un violento golpe en la espalda. Se paró en el acto, y volviéndose, se encontró cara á cara con un gigantesco obrero, con blusa azul, de Nankin.

—¿Qué quieres?—le preguntó en polaco.

El chino se turbó y retrocedió; la multitud se echó á reir y cesó de avanzar. Varios le reconocieron.

—Yeng-gen (extranjero)—exclamaron,—Hua dy-khao (bien dibujar). Clic bu yao (no hay que hacer clic).

Iba acompañado esto de gestos explicativos, imitando, ya al doctor, ya al fotógrafo, y pronto se formaron dos coros ruidosos, uno de los cuales repetía:

—¡Hua dy-khao!—Mientras que el otro respondía:

—¡Clic bu yao!

—Clic bu yao—repitió Brzeski, con gran satisfacción de los chinos.

Le acompañaron con joviales aclamaciones hasta la puerta de su alojamiento. El fotógrafo ya estaba allí, metiendo mucho ruido y contando cómo se habían visto asaltados, cómo Brzeski había sido golpeado, muerto tal vez...

El oficial de guardia escuchó con sonrisa irónica la relación de la horrible catástrofe, traducida por el intérprete, y mandó, sin embargo, algunos soldados á la calle. En la puerta encontraron á Brzeski; los curiosos se mantenían á distancia, y en señal de amistad le presentaban sus manos con los dedos tendidos; el joven se volvió y saludó á la china, agitando sus puños. En cambio le aclamaron con entusiasmo. La puerta se cerró

tras él; la multitud y el ayudante de fotógrafo se separaron igualmente satisfechos.

Así fué cómo Brzeski entró por primera vez en relaciones con los chinos.

. . . . . .

La misión parecía que se iba á inmovilizar por un tiempo indefinido en Hu-Tchen. Los mandarines enviaban comidas cada vez menos magníficas, y habían dejado de presentarse en absoluto. El barón callaba, según su costumbre, y nadie sabía nada de lo que se propusiera. Había despedido inmediatamente á una parte de los conductores y de los camelleros. Los otros, contratados por toda la duración del viaje, querían igualmente marcharse; él no les detuvo. Pero les ofreció por el trayecto efectuado una remuneración tan irrisoria, que protestaron abiertamente.

—Nosotros no podemos perder el tiempo en balde; vivimos de nuestro oficio y sostenemos á nuestras familias. Que la caravana se vuelva á poner en camino en seguida, ó que se nos pague. No es culpa nuestra; no queremos esperar—decían.

—Explíqueles—replicaba el barón al intérprete—que tampoco es culpa mía, y que yo también desearía ponerme en camino.

—Que nos dé lo que es debido, y nos iremos.

—Que vayan á pedírselo á sus funcionarios—exclamaba el barón, y desaparecía en su alojamiento, mientras que los conductores se quedaban echando pestes.

Tales escenas se repetían diariamente; los viajeros se enervaban y se aburrían terriblemente, porque á consecuencia de la aventura del fotógrafo el barón había prohibido que saliese nadie por la población. Solamente el oficial de guardia y los soldados de centinela en la puerta conservaban la imperturbable calma de los primeros días y su obsequiosa cortesía.

—¿Cuándo vuelve Ti-Du? — preguntaba continuamente el topógrafo al oficial.

—¿Ti-Du?—repetía éste con una sonrisa, y agitaba negati-

vamente su mano delante de la nariz, para expresar que no comprendía.

—Mienten estos tales. Seguramente está aquí—exclamaba el gigante.—El barón ha hecho muy mal en no devolver la visita á los funcionarios. Pero esto es un hecho consumado; cuando una condenada bestia china cornuda cae sobre algún serenísimo consejero de sociedad comercial, los resultados son fatales. Ahora van á administrarse recíprocamente lecciones de saber vivir. Los chinos son superlativamente corteses. Los conozco; ya en Kauldja no nos dieron poco que hacer. Hacen como que no comprenden, pero ¿ha observado usted, doctor, con qué atención escuchan? Solamente por la entonación saben á qué atenerse. Son astutos animales.

Por fin, una mañana Sin trajo la noticia de que Ti-Du había llegado. El barón, sin perder un minuto, envió con el oficial de guardia su tarjeta, caligrafiada con arreglo á los modelos clásicos, en una larga tira de papel amarillo. Dos ó tres horas después recibía la respuesta.

«La noticia de que mis queridos huéspedes del poderoso Estado vecino nuestro desean derramar el raudal de su luz en mi pobre cabaña, me ha llenado de una alegría sin límites. Les esperaré impacientemente hoy, vigésimotercero día de la décima luna, á las tres de la tarde. Su estúpido hermano menor,

TI-DU-LO»

Hubo que ocuparse en alquilar los palanquines de gala con arreglo á la etiqueta, de cuatro individuos en vez de dos, y dirigirse al principal yamen de Hu-Tchen. En la ciudad estaban ya al corriente de la entrevista, y en las calles se habían agolpado los curiosos.

Abría la marcha un criado indígena, llevando en la mano, en un inmenso sobre, las tarjetas de cada uno de los viajeros. A sus lados iban cuatro agentes de policía, armados de estacas y gritando á plenos pulmones para invitar á la muche-

dumbre á despejar el camino. Venían después los palanquines de Brzeski, del fotógrafo, del topógrafo, del doctor, y en último término el del barón. Sin y Malykh, con algunos criados, seguían á pie.

Dor había quedado encerrado en el alojamiento.

La multitud corría á derecha é izquierda del cortejo, vociferaba, se empujaba, se peleaba, para tratar de entrever por los vidrios de las portezuelas un «mandarín de ultramar», aquel extraordinario fenómeno con cabellera, de nariz larga, de ojos azules y vestido de una manera extravagante. Los viajeros, prestamente transportados, llegaron, en medio de los gritos y del tumulto, al primer patio del yamen, lleno de vendedores ambulantes y también de soldados ocupados en afeitarse, limpiar los uniformes y lavar su ropa blanca. Un centinela, colocado en el fondo de aquel patio ante una triple puerta, les detuvo alzando la mano; las hojas de la puerta, hasta entonces entreabiertas, se cerraron; los portadores de los palanquines dejaron las andas, y distendieron sus miembros. Llegó un centinela á tomar el sobre de las tarjetas, y se fué á anunciar la llegada de los extranjeros.

Momentos después se abrió de nuevo la puerta, y los viajeros penetraron en el patio siguiente, más allá del cual se veía toda una serie de patios semejantes rodeados de muros.

Todos estaban desiertos y sucios. En el fondo de casuchas abiertas al pie de las murallas, algunos soldados en traje de faena, ocupados en menudas tareas, miraban con curiosidad; perros sucios y escuálidos rondaban en torno de tronchos de berza seca y de diversas basuras, en donde picoteaban grandes gallinas indígenas; sobre cuerdas y empalizadas veíanse prendas de vestir y calzado que se aireaban. No se veía nada imponente en parte alguna. En los últimos patios se manifestó por fin alguna limpieza y hasta cierto prurito de ornamentación; árboles añosos agitaban una gran sombra temblorosa sobre el empedrado. Bajo un pórtico labrado, un grupo de funcionarios esperaba á los europeos.

Estos salieron de los palanquines; se les condujo lentamente á través de los patios, siguiendo hasta el sexto. Después de franquear una elegante puerta, se encontraron en un jardinillo lleno de plantas desconocidas para ellos; allí había un nuevo grupo de funcionarios, quienes se apartaron en silencio ante los extranjeros, dejándoles frente á un muro. Sorprendidos los viajeros, buscaban con la mirada á Ti-Du, pero en vano; todos los asistentes llevaban los mismos trajes de casa, usados en toda China por las personas de alto rango: túnicas negras, hopalandas grises ó azules de seda con vueltas primorosamente bordadas.

Los ojos del irascible barón se inyectaron de sangre; el general chino que guiaba la misión hizo por fin que cesase el embarazo de los extranjeros presentándole cortésmente á su superior.

Ti-Du, un mandchue alto y robusto, había tenido ya tiempo de examinarles; apoyando sus dos puños en el pecho, les saludó con afabilidad; después con un ademán les invitó á entrar. Su rostro plácido, un poco altanero, no dejaba parecer que hubiese observado la pequeña comedia muda que acababa de representarse.

Todos, sin quitarse los sombreros, se sentaron en bajos escabeles de ébano, en torno de una mesa de ébano también, llena de pasteles, frutas y dulces. Sirvieron el té; Ti-Du en persona cogía cada taza, la alzaba sobre su cabeza, pasándola después á uno de los invitados.

La conversación se entablaba con trabajo, porque Sin, turbado, se negaba á traducir nada que no fuesen preguntas vulgares sobre la edad, sobre los parientes, y algunas observaciones amables sobre el «imponente aspecto de los graciosos huéspedes». El barón, furioso, le acribillaba á invectivas, le amenazaba hasta con quitarle su empleo... No consiguió nada, y fué preciso dejar para las calendas griegas la parte de la conversación relativa á la continuación del viaje.

—¿Y qué? ¿no les había dicho á ustedes que todo esto no

serviría para nada? Yo sé cómo hay que tratarles—dijo el barón dirigiéndose al doctor:—¡ninguna concesión!

—¡Concesiones!—exclamaba el topógrafo cuando terminó la audiencia;—ellos son los que no quieren conceder absolutamente nada... ¿Y por qué ese sajón se dirige á nosotros, siempre á nosotros, en cuanto tropieza con cualquier obstáculo?

—¿Por qué no se lo ha dicho usted á él?—gruñó el doctor.

—¿Sí? ¿Y se ha olvidado usted del Código de las estepas? Ese triple animal tiene derecho á hacer que me fusilen... Y yo no he venido con ese objeto á China. Todo se puede esperar de él. ¿Qué me importa que le quiten su botón de mandarín, después de haber yo desaparecido? Prefiero cobrar mi dinero. Luego puede derrumbarse todo; con tal de que yo vuelva con mi cabeza... ¿No es cierto, joven?—añadió volviéndose á Brzeski.—Conservemos nuestra libertad de lenguaje, pero hasta la hoguera exclusivamente, como lo aconsejaba Erasmo de Rotterdam, el cual de esta suerte llegó á salir á flote en su tiempo. ¿Qué le parece á usted?

Brzeski le dirigió una mirada irónica.

—Usted habla siempre peor de lo que obra.

—¡Ah, ah! ¿ha observado usted eso, joven? Lleva usted un nombre breve, y se adivina en sus ojos la impetuosidad de un halcón: el consejero de la Compañía Coburguesa no le querrá á usted.

.....

Al día siguiente, Ti-Du devolvió la visita al barón. Primero apareció un mensajero, portador de la tarjeta; poco después en el otro extremo de la calle repercutieron los gongs de bronce.

Brzeski salió á la puerta. Todo el pueblo, formando filas á ambos lados de la calle, se había ya instalado para el espectáculo. Por el espacio dejado libre avanzaba con solemnidad la comitiva. Delante, formados de cuatro en fondo, unos jóvenes, con trajes deslumbradores, empuñaban banderas multicolores; seguían ocho muchachos con carteles pintados de rojo

en los que se mencionaban los títulos y dignidades de Ti-Du; después, cuatro verdugos: dos golpeaban sin descanso en unos gongs resplandecientes; los otros dos agitaban largos látigos y cadenas, cuya vista debía espantar á los criminales. Luego, dos servidores sostenían un inmenso quitasol escarlata, y otros dos el monumental «abanico de la modestia», tras el cual Ti-Du podía, en caso de necesidad, mudarse de traje durante la marcha.

Venían después otros dos criados con un cofre lleno de trajes variados, y seguidos de una guardia de infantería; detrás de éstos se veía otro quitasol, menor que el primero; por fin, Ti-Du, en el fondo de un rico palanquín llevado por ocho soldados uniformados con el dragón bordado en las espaldas y en el pecho. El palanquín iba precedido de un destacamento de «tigres intrépidos», semejantes con sus uniformes multicolores á un enjambre de mariposas recién salidas de sus capullos.

Unos oficiales á caballo, con uniformes espléndidos, penachos vistosos y unas bolitas resplandecientes sobre sus sombreros negros, cerraban la marcha.

En la atmósfera serena y límpida, con la suave irradiación de un cielo apenas velado por algunas ligeras nubes, el cortejo se destacaba con magnificencia sobre el fondo uniforme de aquella multitud vestida de azul ó de gris.

Le parecía á Brzeski que repetía una lección de Historia, que asistía á una ceremonia de la Edad Media, ó bien á la entrada del lord corregidor en Londres. Bruscamente le llamaron desde el patio. En el terrado que conducía á la sala común estaba el barón, rodeado de los miembros de la misión.

Ti-Du se apeó y comenzó la serie de saludos y de congratulaciones, después de lo cual se dirigieron todos á los salones en donde estaba servido el té; en la puerta se operó la ceremonia obligatoria en todos los países civilizados, y tomada de China, que consiste en querer cederse mutuamente el paso.

Sin estaba más locuaz que la primera vez; así fué que se pudo orientar la conversación hacia cuestiones más serias.

Pero si Ti-Du interrogaba sobre las «regiones del Norte», sobre sus inventos, sobre los caminos de hierro, los cañones, los armamentos, no deslizó una sola palabra sobre la expedición del barón.

—Dígale—exclamó en fin al intérprete el jefe, exasperado,—dígale que quiero saber cuándo se decidirá á dejarnos marchar; ó bien que envíe en seguida á Pekín un correo portador de una carta que yo le entregaré.

—Tenemos mucho gusto en poseer á nuestros huéspedes; no tenemos por costumbre abreviar su estancia. Sin embargo, si nuestro hermano mayor está harto de nuestra presencia, libre es de castigar la negligencia de sus indignos servidores dejándoles inmediatamente...

—Muy bien; que nos proporcione guías.

—Sea; pero nuestro hermano mayor escuchará con condescendencia nuestro torpe consejo, y querrá seguir el itinerario que le indicaremos... No podemos dejar que nuestro querido huésped vaya por otro camino: nos interesamos demasiado por su seguridad y su salud. Los bandidos...

—¡Los bandidos infestan la China entera!... ¡que no nos maree más!... No tengo tiempo... yo sé: Vo-tchi-do—exclamó el barón en chino.

—China es mi patria. Aunque llena de imperfecciones, como todas las cosas humanas, es sin embargo el mejor país bajo el cielo—replicó altivamente el mandchue, y se levantó en señal de despedida.

—¡Nosotros no queremos volver atrás!... Es absolutamente inútil—exclamó bruscamente el topógrafo;—poseemos un mapa, nos dirigiremos con arreglo al mapa... Podemos sesgar por el Gobi...

El dignatario saludaba cortésmente, llevándose las manos al pecho, pero sus labios estaban cerrados y entornaba los ojos con irritación...

—Le ruego que no se mezcle usted en esto—dijo el barón interrumpiendo al topógrafo con tono de enfado.—Pasando

por el Gobi se encontrarían arenas y ni una gota de agua... Tomaremos el camino que me parezca mejor.

La visita de Ti-Du, á pesar de sus medianos resultados, fué sin embargo motivo para nuevas relaciones con las autoridades locales. Después de largas deliberaciones y de rechazar un número indefinido de proyectos, el barón se decidió á adoptar la combinación del topógrafo, la cual, naturalmente, con el tiempo había pasado á ser suya, del barón.

—Pero sé que, aunque ofreciera un lingote de oro puro, todavía encontraría descontentos y me crearía adversarios—declaró el jefe con amargura.

Sin embargo, la combinación del «lingote de oro» tropezó largo tiempo con un obstáculo imprevisto: la falta de guías. Casi nadie conocía el camino al través de los desiertos.

Llevábanse, sí, por aquella vía, innumerables cantidades de rebaños; pero rara vez, y solamente en invierno, cuando los otros caminos estaban impracticables, ó bien por orden especial del Gobierno. El transporte de mercancías se efectuaba por allí más raramente aún, y con seguridad la arena habría cegado las fuentes.

—Eso no importa: las limpiaremos—dijo el barón con tono perentorio.

Las autoridades chinas encontraron, por fin, dos guías, dos hermanos mongoles: el lama Sodmun y el pastor Ba-ghé.

Wenceslao Sieroszewski

(*Continuará.*)

CRÓNICA LITERARIA

UN LIBRO SOBRE EL FEMINISMO

De algún tiempo á esta parte ha aumentado mucho en España la publicación de libros de ciencias ó estudios sociales... naturalmente, traducidos. Se multiplican las bibliotecas populares, que lanzan, sin sujeción á plan, los libros más vulgarizables, por su índole y estilo, de filosofía, de historia religiosa, de sociología, mezclados con novelas famosas, y á veces con libros de propaganda anarquista. Tolstoi, Spencer, Renan, Schopenhauer, Haeckel, están en camino de hacerse populares en España, al mismo tiempo que Gorki, el novelista del hampa rusa, y Kropotkine, Juan Grave, Salvador Faure y otros propagandistas de la anarquía.

Tal vez estos libros están escribiendo un capítulo, todavía inédito, de la historia de la cultura en España. ¿Quién sabe la germinación de ideas que van á producir esas obras, generalmente mal traducidas, esos estudios filosóficos, esas novelas sociológicas, esos trabajos de propaganda reformista, en cerebros vírgenes de cultura ó poco trabajados por ella? El libro es un factor social. Tal vez lo más interesante de esas publicaciones de textos, que no son una novedad para las personas ilustradas, es la labor callada, misteriosa, obscura, pero positiva, que esos libros van á ejercer en inteligencias para las cuales serán una revelación, en el estudiante, en el obrero, en el dependiente de comercio, en el empleado de poco sueldo que un día, por curiosidad, compraron un libro de Tolstoi

como se compra una novela, lo leyeron con avidez, y tras él compraron otro, y así han ido haciendo su viaje por el país antes desconocido del pensamiento moderno. Esos libros van extendiendo así en muchos espíritus cierto baño de cultura; pero de una cultura incompleta, parcial, desequilibrada, absurda, como una casa que se empezara por el tejado ó un árbol que tuviese copa antes que tronco y raíces.

Entre estas bibliotecas nuevas que explotan el campo de las ciencias morales y políticas, usando la denominación de antaño, que hasta ahora no ha encontrado mejor sucesora, sobresale la *Biblioteca Sociológica internacional*. Es una biblioteca modesta y popular por su precio, de aspecto simpático, y que ofrece hasta ahora más variedad y mayor novedad en la elección de autores que sus congéneres. Emerson, el *ensayista* americano; Harnack, con su *Esencia del Cristianismo*, que dió lugar á los libros del Abate Loisy; el moralista William James; Anatolio France, con su delicado y sutil *Jardín de Epicuro;* Sergi, con su estudio sobre Leopardi, y algunos sociólogos profesionales como De Greef, Kautsky, Loria, han desfilado por esta biblioteca. También en sus índices aparecen algunos nombres españoles: Azcárate, Giner de los Ríos y, últimamente, el joven y erudito escritor Edmundo González Blanco.

Hay cierta temeridad en hacer alternar en estas bibliotecas, con las obras de pensadores famosos, las de otros que podrán serlo, pero que todavía están faltos de aquella autoridad que marcha unida al renombre. Cuando se trata de autores extranjeros, la mayoría de los lectores no advierte la diferencia; pero ésta es visible cuando los principiantes son españoles, por aquello de que nadie es profeta en su tierra. Mas al cabo estas bibliotecas no son una asamblea de iguales. Y hay que reconocer, aparte de eso, que el Sr. González Blanco ha salido airoso de la prueba. Su libro es interesante, revela mucha lectura, una laboriosidad extraordinaria, sentido crítico, un espíritu curioso y razonador, y, en lo que toca á la forma, buen gusto literario.

El Sr. González Blanco trata del feminismo. El tema es para mí simpático é interesante, por lo que suelen ser simpáticos los asuntos á los hombres: porque se enlaza con recuerdos de mi pasado, con algo personal. En último término, lo que nos interesa es lo que guarda alguna relación con nuestras ideas y sentimientos ó con episodios de nuestra vida, pues por obscura y vulgar que ésta sea, para nosotros es la página más interesante de la historia del Universo. Esa cuestión del feminismo que estudia en su libro el Sr. González Blanco ha traído á mi memoria un ensayo de ya lejanos tiempos de estudiante, un olvidado estudio de la juventud, escrito como suele escribirse al salir de la Universidad: pensando más en los libros que en la realidad, con la preocupación de marchar al compás de las ideas últimas, sin pensamiento propio, meditado y maduro. Si yo volviese á leer aquellas páginas, que no podría repasar sin la melancolía que despierta el revivir nuestro pasado, probablemente tendría que repudiar parte de lo que escribí y que enmendar mucho de ello. El Sr. González Blanco las cita con una benevolencia que le agradezco más, por lo mismo que me parece inmerecida. Y ciertamente le acredita de rebuscador incansable en libros y papeles, lleno de curiosidad erudita, el hecho de haber hallado en alguna antigua revista de hace quince años aquellas páginas olvidadas.

No participo yo de la opinión de los que creen que el feminismo es uno de los principales problemas de los tiempos actuales. No lo es todavía. El hecho de que en algún Estado de la Unión Americana empiecen á participar las mujeres del derecho de sufragio, ó el de que en Inglaterra formen parte de Comisiones benéficas y escolares; el que haya doctoras y licenciadas en Filosofía, Medicina y Derecho (bachilleras ha habido siempre), influye poco hasta ahora en la marcha del mundo y en los destinos de las sociedades. En lo que tiene de fenómeno real é histórico, en aquella parte que, saliendo de la esfera del pensamiento y de la controversia, se ha incorporado á la legislación y á las costumbres, el feminismo es aún una ex-

cepción, un hecho naciente de viabilidad dudosa. Su triunfo implicaría ciertamente una gran transformación en el mundo, uno de los mayores y más trascendentales cambios que puede presenciar la humanidad; pero todavía aparece lejano y problemático.

Sin embargo, la cuestión del feminismo, considerada doctrinalmente, es muy importante y arroja mucha luz sobre los cambios operados ya en la organización y en las costumbres de las sociedades contemporáneas y sobre los futuros que se vislumbran. Los libros consagrados á este asunto se prestan naturalmente á la meditación. El del Sr. González Blanco, que se titula *El feminismo en las sociedades contemporáneas*, más que un estudio completo del feminismo, es una preparación científica para ese estudio. Claramente se ve por la estructura del libro que el autor concibe el feminismo como un problema que hay que dilucidar á la luz de las ciencias naturales y de las ciencias del espíritu. Está dividida la obra del Sr. González Blanco en dos partes: preparación al estudio del problema feminista; contribución al examen de ese mismo problema. La preparación abarca varios puntos de vista: el punto de vista biológico, el psicológico, el antropológico, el histórico. Y la contribución, á su vez, comprende también varios aspectos: el doméstico, el económico, el histórico, el moral, el intelectual, el jurídico y el religioso. Pero con ser tantos y tan varios estos puntos de vista y estos aspectos, creo yo que una gran parte del feminismo, como fenómeno real ó posible, queda fuera del libro del Sr. González Blanco ó no hace más que asomarse á él.

Este erudito escritor ve el feminismo como un problema científico, como un tema de estudio. Pero esa parte del feminismo, que pertenece á la esfera especulativa, es tal vez una pequeña parte de él. Las cosas no abren y entregan al conocimiento más que una parte superficial y pequeña de su sér. Es probable que los destinos del feminismo dependan muy poco, al menos en la realidad inmediata, del concepto científico que

merezca. Este concepto es, tal vez, obscuro y dudoso. Lo que representa el sexo en la evolución biológica, las diferencias entre machos y hembras en las especies animales y en la humana, la diversidad de relaciones sociales entre varones y mujeres en el curso de la evolución histórica desde las sociedades primitivas hasta las actuales, acaso no nos ofrecen datos decisivos para conjeturar del porvenir del feminismo. En todo lo tocante al orden y disposición de las sociedades, sólo el dato experimental, el dato histórico, la observación *á posteriori*, es decisivo. Si á un brahmán de la India, contemporáneo de los Puranas, ó á un sátrapa persa de la época de los Aquemenides, se les hubiera anunciado el advenimiento de una sociedad como la actual, sin clases, sin esclavitud, regida por el voto de las multitudes, esta concepción política les hubiera parecido un manifiesto absurdo.

En la ciencia hay mucho de ilusión, de noble y luminosa ilusión. Es una ventana desde la cual contemplamos, á la media luz de una caída de la tarde, un vasto panorama que se pierde en la lejanía del horizonte, tras el cual no vemos lo que hay. Nuestra mirada es receptora, pasiva, no puede influir en lo que sucede fuera. Hay en el pensador una inclinación natural á atribuir á la ciencia una eficacia práctica, un influjo en la marcha de los hechos muy superiores á los que realmente posee. Es una preocupación de especialista. Sobre todo en la juventud, edad de fe y de ilusiones, en que el saber adquirido se señorea fácilmente del espíritu y pesa más que la experiencia, escasa en tales años, suele brotar robusta y sincera en los espíritus estudiosos, esa fe en la ciencia, no ya como contemplación del universo, pero como agente eficaz en la vida. Mas la flor lozana de esa fe suele secarse pronto. A medida que avanzamos en la vida, esa seducción que la ciencia ejerce en los primeros años, ese respeto con que abrimos los primeros libros, van reduciéndose á proporciones más humildes y pequeñas. Vemos que fuera de cierto número de resultados adquiridos, lo que se designa con el nombre de cien-

cia no representa más que un estado histórico del conocimiento en cierta época determinada, que, como los estados anteriores, ya modificados ó desechados, ha de experimentar probablemente muchas alteraciones en el curso del tiempo. Como Polífilo, en el diálogo que escribió *Pierre Noziere* en las márgenes de su voluminoso Plutarco, advertimos que «la inteligencia no ha determinado los instintos hondos de los seres, los sentimientos generales de los pueblos, ni sus usos y costumbres». La historia nos dice que las sociedades y las instituciones humanas no se han modelado con arreglo á un plan científico, sino que han nacido y crecido de un modo espontáneo y natural. Rara vez las utopías ó invenciones de los filósofos políticos salieron de los libros al mundo. Más que un actor, la ciencia es un testigo de la historia. Y á lo más que llega su acción, respecto de las instituciones sociales, es á señalar lo que deberían ser, pero no lo que serán. Nuestras conjeturas sobre la posibilidad de los hechos sociales son en extremo falibles. Muchas veces lo que parecía imposible, es.

Para el que tenga algún sedimento conservador en el espíritu, el feminismo es un tema triste, porque se ve en él la decadencia del hogar, y no sólo la desintegración de ese noble ideal de la relación entre los sexos que fué el matrimonio cristiano, sino la debilitación de las instituciones familiares que han venido existiendo en nuestra raza desde los días del Código de Manú. Es una extinción lenta, insensible obra de siglos, que en los tiempos modernos se precipita por el influjo de factores morales y económicos. Asistimos á los comienzos del ocaso del hogar. Gran parte de lo que hacía útil, amable y sagrada la vida familiar va desapareciendo. Exteriormente se conservan las paredes maestras del venerable edificio: la indisolubilidad del vínculo conyugal, la potestad marital y paterna; pero por dentro todo es agrietamiento y ruina, y algunas de las grietas son ya harto visibles al exterior, como el divorcio.

Vosotros, lectores, habréis asistido alguna vez á una boda

y habréis escuchado la lectura de la Epístola de San Pablo. La más ligera experiencia de la vida basta para apreciar cuánto se aleja la práctica del matrimonio del ideal á que respondían los consejos del apóstol á los casados. Leed después el libro de Gyp *Alrededor del matrimonio*, y os explicaréis claramente la crisis del hogar. Ciertamente, la Epístola expresa un ideal de perfección, y la sátira de costumbres de la escritora francesa agrava la pintura de la realidad, como es uso en satíricos y moralistas. Pero entre los dos textos hay un estado real, un cambio en la moral privada y doméstica, que hace que el tomar el matrimonio como sacramento sea la excepción. Privado de su antiguo espíritu religioso, de los principios morales que le sostenían, el vínculo matrimonial, perpetuo é indisoluble, resulta carga pesada y contrasta con el carácter temporal, amovible, de las relaciones contractuales corrientes, hacia las cuales se inclina, al quedar destituído en la práctica, de aquellos principios que le mantenían en más elevada esfera. La disminución de los matrimonios y el incremento de las uniones ilegítimas, la tendencia filosófica y jurídica á mejorar la condición de los hijos naturales, revelan la crisis del matrimonio, cuya quiebra proclama el divorcio. Y con la crisis del matrimonio aparece la crisis de la mujer.

Contribuyen también al cambio causas económicas. La industria en grande, abaratando y poniendo al alcance de todos los objetos necesarios para la vida, ha matado ó reducido mucho las pequeñas industrias del hogar. La mujer no hila ya el lienzo para las camisas de su marido, como hacía la Reina Católica. Es más barato comprarlas hechas. Sólo en las clases inferiores de los pueblos más atrasados subsisten las condiciones económicas de la antigua vida de familia. El aumento de la vida de relación, la actividad á que obliga el trabajo moderno, reducen en duración y en intensidad la vida íntima de la familia. Y el ambiente exterior libre, amoral, cuando no inmoral, conspira igualmente á la debilitación de los vínculos familiares.

La transformación política operada en las sociedades modernas engendra también condiciones propicias al feminismo. Hay en las sociedades cierta tendencia á la homogeneidad, á extender todo lo posible la aplicación de los principios con arreglo á los cuales están organizadas. Así como en una sociedad jerárquica todo conspira á multiplicar y extender la jerarquía, las clases, las diferencias sociales y políticas, en una sociedad igualitaria la tendencia es á borrar diferencias y á atenuar ó á suprimir especialidades. La mujer no forma una clase. Pero generalizado el sufragio, el problema de su participación en él se plantea casi por sí solo. Cuando se admite en las urnas el voto de un patán, se debilitan mucho las razones que puede haber para rechazar el de una mujer, que acaso sea culta, inteligente, rica, que tal vez esté más interesada en la buena marcha de la cosa pública que los ejemplares inferiores del elector masculino. Algo parecido ocurre en el derecho privado. Suprimida la *sexus tutela*, igual en derechos civiles al varón la mujer soltera y viuda, con leves diferencias, la *capitis diminutio* civil que experimenta la mujer al contraer matrimonio resulta una excepción, casi una anomalía.

Otro factor es la evolución de los pueblos civilizados en sentido industrial, que va alejándoles de la antigua organización guerrera. Los Estados fundados por los bárbaros á la caída del imperio romano, de los cuales proceden las naciones modernas, fueron en su origen sociedades militares; ese fué el carácter de sus aristocracias y de sus primeras magistraturas, ese el nervio de su constitución. Guerras hay y habrá por largos siglos en el mundo; pero la decadencia del régimen militar es evidente. El gobierno de las sociedades civilizadas se aparta cada vez más del tipo guerrero. Las naciones modernas son naciones de régimen civil. He ahí otra condición favorable para el feminismo, pues en las sociedades de base militar la superioridad recae forzosamente en el varón. La igualdad social de los sexos resulta allí una utopía, pugna con el predominio de una función esencialmente varonil como la guerra.

De estos hechos, á los cuales podrán sin duda agregarse algunos otros, como el aumento de la cultura de la mujer, y hasta la introducción de la enseñanza mixta, saco una inducción en extremo modesta, una pequeña inducción, que diría el pequeño filósofo Azorín: que hay en la época actual un concurso de circunstancias favorables al feminismo, circunstancias que más parecen destinadas á acentuarse que no á desaparecer, y que son independientes de la razón de ser científica que asista al feminismo ó que le falte. El feminismo, en sus manifestaciones más avanzadas, como aspiración á la igualdad social, jurídica y política de los individuos de uno y otro sexo, está muy lejos; no ha salido aún del estado de utopía ni casi del de extravagancia. Su propaganda está en los principios. Le falta hasta conquistar á la mujer. La inmensa mayoría de las mujeres es todavía antifeminista. Quizás en el poco entusiasmo de la mujer ante la doctrina emancipadora hay que ver algo más que el espíritu conservador, propio de su sexo, y que el influjo de una larga herencia de mujeres sometidas al hombre. Acaso una revelación secreta del instinto dice á la mujer que el triunfo del feminismo no traería para ella una edad de oro, sino una época dura, de lucha y de porfiada competencia. Y acaso en esos futuros tiempos del feminismo triunfante, si llegan, la mujer recordará alguna vez como un bello ensueño romántico, como los Edenes y las Arcadias con que embellecemos las lejanías del pasado, los tiempos de la desigualdad.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Supersticiones: La fascinación en España. = Historia. Costumbres inglesas á fines del siglo XVIII y comienzos del XIX.=Literatura: La vida literaria en España.—*Sigurd el Temerario*, de Björnstjerne Björnson.—Un gran poeta castellano.=Criminología: La criminología moderna.=Enseñanza: Las Universidades francesas.=Psicofísica: Conciencia y voluntad.—La audición coloreada.=Costumbres: Las desgracias de una gran dama en el siglo XVIII.=Impresiones y notas: La decadencia de la Farmacia.—El contagio del crimen por la prensa.—Neovitalismo.—El crecimiento en el hombre.—Los caprichos del rayo.

SUPERSTICIONES

La fascinación en España.—Es curiosísimo el trabajo que D. Rafael Salillas publica en la *Revista Penitenciaria*, y en el que ha logrado aprovechar los ricos materiales de la información que hace dos años se abrió en el Ateneo bajo su dirección para recoger cuanto en España hiciera referencia á supersticiones, ritos, creencias y dichos populares supersticiosos.

El *mal de ojo* es conocido en España con diferentes nombres; en Asturias, todos se derivan de *güeyu* (ojo en bable), y son *agüeyaus*, *agüeyar*, *echar mal güeyu*, *agüeyadura*, *agoyar*, *agoyaores;* en Vasconia, son términos procedentes de *beguia* (ojo), tales como *beguisco*, *biguisko* ó *beguizko;* en Cataluña y Valencia se dice (de *ull*, ojo) *ull prés*, *ull pressa*, *péndrels d'ull;* y en las comarcas castellanas, *aojar*, *aojao*, *aojador*, *aojadura*. Todos estos términos hacen referencia al mal mis-

mo; otros se refieren á su causante, y de ahí el *embruixat* de Barcelona y el *embrujamiento* de Castilla y otras comarcas; algunos intentan definir la naturaleza del daño como el *mal intencionado* de Santander, y *mal de envidia* en Canarias; y otros parecen corresponder al instrumento del mal, como el *mal de filu* de Avilés y otros pueblos asturianos, y la *espigueta* de Maguilla (Badajoz).

Salillas pasa revista á los diversos informes recibidos, clasificados por provincias, para fijar la difusión de la creencia en el *mal de ojo* y en sus productoras las *brujas*, resultando que esta creencia está bastante arraigada en el vulgo de las diversas comarcas españolas, si bien convienen todos los informes en que la superstición va desapareciendo paulatinamente, siendo de esperar que no tarde en pasar á la categoría de invención ridícula de tiempos de ignorancia y de atraso. Realmente, de todos los informes recogidos y citados, los únicos que merecen reseñarse son los que se refieren á testimonios de hechos presentes, concretos, por ser los que prueban lo viviente de la superstición, pues la mayor parte se reducen á afirmar que en tal ó cuál localidad «creen en brujas», «creen en el mal de ojo», etc.: así, en Monumenta (Zamora), «es difícil poder ver la cara de los chicos mientras los están criando», para que no se les haga mal de ojo; en Encinas de Abajo (Salamanca), «hasta hace poco, cuando miraba al recién nacido una tía que la creían bruja, decían que le había hecho mal de ojo»; en Sedano (Burgos), «entre las clases humildes es frecuente creer en brujas, y por esta circunstancia han ocurrido hechos lamentables»; en Frechilla (Palencia), se cree que las gitanas son las que *sacan de ojo*, afeando á los niños ó produciéndoles enfermedades desconocidas; en Villavaquerín (Valladolid), «creen que se les puede hacer mal de ojo á los niños si no se les pone en el fajero la Regla de San Benito ó los Evangelios», superstición muy extendida por toda España; en Torrijos (Toledo) y en Madrid mismo, «algunos creen que la persona que ha hecho alabanzas del recién nacido le ha hecho mal de

ojo, si el niño bosteza ó lagrimea»; en Cogolludo (Guadalajara) y en Tarazona (Albacete), acostumbran, para que desaparezca el mal de ojo, dejar secar durante tres días el rabo de una lagartija y luego lo ponen en una bolsita que cuelgan del cuello de la criatura; en Guernica (Vizcaya), el mal de ojo lo hacen los que miran á los niños con fijeza diciéndoles: «¡qué hermoso!» sin añadir «¡Dios le bendiga!»; en Castejón de Monegros (Huesca), se preserva con cuidado al niño de tres ó cuatro mujeres viejísimas y pobres, pues creen que tocando á los niños les hacen mal de ojo; en Ansó (Huesca), se prohibe que nadie bese al recién nacido antes de bautizarlo, excepto las personas de su familia, para evitar que le den lo que llaman *los enemigos;* en Crevillente (Alicante), es creencia generalizada que los que tienen en vez de niñas de los ojos una figura en forma de sapo pueden *tomar de ojo* á los niños hermosos; en Benilloba (Alicante), se cree que siempre que nace un niño hermoso le puede *tomar de ojo* una mujer sin familia y con vivos deseos de sucesión; en Santa Fe (Granada), previenen las madres el mal de ojo colgando de sus hijos un cuernecito de hueso ó de otra materia; en Aracena (Huelva), creen que quienes hacen mal de ojo son las mujeres, dando al niño un beso y apretándole el cuerpecito hasta hacerle llorar; en Santa Cruz de las Palmas, por último, previenen el mal de ojo poniendo unas tijeras en cruz y colocando estampas benditas en manos del niño.

Como resumen de este trabajo preliminar, Salillas llega á las conclusiones siguientes: 1.ª La creencia en el *mal de ojo* es de origen primitivo, y tan arraigada que subsiste no obstante el influjo disipador de las preocupaciones.—2.ª Que la creencia ha sido general, y tiene en todas las regiones de España algún vestigio.—3.ª Que varía de intensidad según las localidades y las capas sociales.—4.ª Que, apreciándola en su distribución regional, parece más intensa en Galicia, Asturias, León, Castilla la Nueva, Extremadura, Murcia y algunas provincias andaluzas, y menos intensa, y en parte borrada, en

las Provincias Vascongadas, Navarra, Aragón, Cataluña y Valencia (1).

En otro artículo daremos cuenta de las investigaciones subsiguientes del sabio sociólogo.

HISTORIA

Costumbres inglesas á fines del siglo XVIII y comienzos del XIX.—Es la época más brillante de la literatura, del arte y de la aristocracia en Inglaterra, como dice Pedro Argenvillier en *La Grande Revue*; pero es también la época de la mayor depravación de costumbres en las altas clases sociales: el juego y la orgía eran los pasatiempos corrientes de la nobleza de los políticos y de los artistas; los diputados iban borrachos á las sesiones, y los magistrados dictaban sus sentencias entre una opípara comida y una partida de juego; los mismos soberanos seguían la corriente, y bebiendo y jugando como sus súbditos, sólo utilizaban su rango para no pagar sus deudas; Georgiana, la duquesa de Devonshire, era una de las más empedernidas jugadoras, y aunque sus deudas de juego la arruinaban, jamás abandonaba la partida, y para engañarse á sí misma convenía con sus compañeros en que la suma realmente jugada sería doble ó triple de la cifra anunciada, y así la ocurrió perder en una noche 1.500 libras (37.500 pesetas), teniendo que llevarla al coche por lo quebrantada que la dejó aquella pérdida sobre las muchas que siempre tenía.

---

(1) El orden en que aparecen clasificadas las regiones es el resultante de la información; pero esta información, como todas, es deficiente y no siempre sincera, pues muchos de los informantes sustituyen los hechos reales, lo que es, por lo que ellos quisieran que fuera, y de ahí muchas denegaciones, por mal entendido amor á la comarca en que se vive, que tienden á falsear los hechos. Esta clasificación tiene un valor muy relativo. Las que son exactas son las tres primeras conclusiones.

Ninguna extravagancia parecía excesiva: en una comida en casa de lord Temple, lord Nugent apostó con el dueño de la casa á que había de escupir en el sombrero del conde de Bristol, que era uno de los asistentes á la brillante reunión; mantuvo la apuesta, y escupió en efecto, aunque al día siguiente tuvo que dar al conde plena satisfacción. Cuando Byron publicó su *Childe Harold*, muchas damas de la aristocracia le hicieron sin recato proposiciones amorosas, distinguiéndose lady Lamb, cuyo marido, lord Melbourne, fué después primer ministro; lady Lamb escribió un día al poeta que, si necesitaba dinero, sus alhajas estaban á su disposición; y si Byron iba á alguna fiesta á la que ella no estaba invitada, le esperaba á la salida, sin que semejante conducta asombrara á nadie ni afectara al prestigio del noble marido.

Las costumbres parlamentarias no eran menos desarregladas, y el vaso de agua de los oradores de hoy era entonces desconocido; así se vió á Pitt, al gran Pitt, entrar en la Cámara con tres botellas de Oporto bajo el brazo, terminando su discurso de tal modo, que en lugar de un presidente veía dos; un día entró con Dundas en una taberna del camino de Wahuer, y allí se pasaron la noche bebiendo, en los momentos quizá más críticos de la historia de Europa. Fox no era más arreglado: de joven era un dandy, un snob, y como la moda entonces era no llevar nada que no procediese de Francia, Fox y Carlisle hicieron el viaje—largo entonces y penoso—de Londres á Lyon sin otro objeto que comprar chalecos; después se dió al juego con tal pasión, que una vez estuvo jugando desde las diez de la noche hasta las seis de la tarde del día siguiente; casi siempre le tocaba perder, y cuando se quedaba sin un cuarto, se refugiaba en su biblioteca y se enfrascaba en la lectura de los clásicos griegos y latinos. Tenía multitud de acreedores, y entre ellos un proveedor á quien debía 300 guineas, que nunca encontraba ocasión de pagar; un día el acreedor, harto de repulsas, se presentó en casa de Fox, empujó al criado que le cerraba el paso, y encontró á Fox sentado ante

una mesa en la que había varios miles de francos en oro; reclamó se le pagara, y Fox le dijo:

—Este dinero no es mío; todo lo que veis aquí está destinado á pagar una deuda de honor: anoche me ha ganado Sheridan 800 guineas, y no tiene más garantía que mi palabra; si me ocurriera cualquier accidente antes de pagarle, ¿qué pruebas tendría para acreditar que yo era su deudor? Usted tiene mi firma, que mi familia no dejaría de reconocer.

—¿De modo—replico el acreedor—que por tener yo vuestra firma en este pagaré es por lo que no puedo recibir mi dinero? Muy bien; pues rompo este papel—y lo rompió;—y ahora ya no tengo más garantía que vuestra palabra, siendo mi crédito anterior al que pretendéis pagar.

Fox cogió 300 guineas ó doblones, y los entregó en el acto al acreedor, dándole gracias por la confianza que tenía en su palabra. Más tarde Fox se enmendó de todos estos extravíos de su juventud.

Rogers, que trató á Byron, pinta al poeta como hombre fantástico, susceptible, caprichoso y rencoroso; en una comida que le dió para conocerle, y á la que asistía Moore y Campbell, el anfitrión preguntó al poeta si le servía sopa.

—No, no tomo nunca sopa.

—¿Quiere usted pescado?

—No, no tomo nunca pescado.

—¿Quiere usted carnero?

—No, no tomo nunca carnero.

—Pero por lo menos beberá usted un poco de vino.

—No, nunca bebo vino.

—Pero ¿qué va usted á tomar entonces?

—Nada: pan de munición y agua gaseosa.

Como no había en casa tales cosas, comió unas patatas aplastadas en el plato y rociadas con vinagre. Pero en cuanto salió de allí se fué al club y se hizo servir una cena copiosa; de estas manías tenía Byron muchas.

Sheridan fué tan bebedor como jugador, y sus vicios le hi-

cieron morir en la miseria, cuando hubiera debido nadar en la opulencia, lo mismo que Morland, el famoso pintor. Este sólo gozaba en compañía de pilletes, jockeys y luchadores de feria, pasando la vida entre ellos jurando, bebiendo y haciendo vida de crápula. Cuando se le concluía el dinero se ponía á trabajar con encarnizamiento, y se asegura que pintó más de 4.000 cuadros, sin que tan enorme número bastara á satisfacer á los aficionados, que tenían que contentarse con malas copias por no poder Morland dar abasto á los pedidos que se le hacían. Sus acreedores solían recibir cuadros en vez de dinero, y Morland prodigaba así su talento sin lograr salir de la desastrada posición á que le llevaban sus vicios y sus malas compañías. Pilkington cuenta cómo le encontró en su chiribitil de Somers Town: «Su nieto—dice,—muerto hacía unas tres semanas, estaba en su ataúd; en un rincón del cuarto un asno y un pollino comían la paja que sacaban de la cuna; una cerda con sus lechones estaban echados debajo de un aparador viejo, y Morland mismo, con una botella de vino al lado en tierra, silbaba distraído terminando un cuadro, mientras en el suelo un ratón le miraba gravemente, como si estuviera allí plantado para que le retratasen». ¡Singular sociedad y costumbres singulares las de aquellos pintorescos tiempos, precursores del romanticismo!

LITERATURA

La vida literaria en España.—En un *compte rendu* de Boris de Tanenberg, inserto en *La Renaissance Latine*, encontramos algunas noticias interesantes y, ¡cosa rara tratándose de asuntos de España estudiados por extranjeros!, exactas hasta cierto punto, sobre las condiciones materiales de la vida literaria en nuestra patria.

Hace treinta años, la literatura no era aquí más que un pasatiempo de aficionados ó una puerta de entrada en la carrera política. Juan Valera ha contado que su célebre *Pepita*

Jiménez no le ha valido el precio de un traje de baile para su señora; la poesía hizo á Campoamor consejero de Estado y á Núñez de Arce ministro de Ultramar. Hoy la situación ha variado; los pocos autores que se han impuesto al público obtienen del cultivo de la literatura honrosa remuneración, y los principiantes pretenden buscar en ella un medio de vivir. Las condiciones de la vida literaria son, sin embargo, medianas todavía, y fuera del teatro y del periodismo es difícil vivir de la pluma. Las causas de esta ingrata situación son tres: la indiferencia del público, el poco apoyo de la prensa y la falta de iniciativa de los editores.

En España se lee poco; no se ve á nadie leyendo en trenes ni en tranvías, y hay que ver lo que son en España las librerías. Un autor desengañado escribe á Tanenberg: «Puede decirse que en este país hay un centenar de lectores, que son al mismo tiempo escritores; cada cual hace su tirada de cien ejemplares, y los cambian entre sí como los saludos y los mordiscos de la envidia». Aparte la exageración, la pintura es exacta. Los libros de crítica y de historia no tienen público, y el español no gusta de gastarse tres ó cuatro pesetas en la novela en boga; prefiere esperar á que un amigo le preste su ejemplar, ofrecido por el autor, y así un solo ejemplar corre indefinidamente. Algo empiezan á cambiar las cosas con los tomos baratos de Barcelona y Valencia; pero si esto es síntoma consolador para el porvenir, el presente es todavía bastante lastimoso.

La prensa podría prestar grandes servicios á la literatura; pero entregada á los chismes de una política mezquina, concede muy poco sitio á la crítica y á la información literaria. Novelas de primer orden, como las de Pereda, y estudios de alta crítica, como los de Menéndez Pelayo, aparecen frecuentemente sin merecer la más ligera mención en los periódicos; nada de estudios serios ni de crítica sustancial puede buscarse en sus columnas, donde á lo más, y por excepción, puede tropezarse con una noticia seca y desdeñosa de su aparición

en librería. Se puede leer á diario un gran periódico de Madrid sin llegar á saber, ni siquiera por una sencilla nota bibliográfica, las principales novedades que aparecen en librería.

En cuanto á la ineptitud profesional de los libreros, las pruebas abundan: si se escribe á Londres para tener un libro, se sabe que se recibe á correo vuelto; pidiéndolo á Madrid, nunca hay día seguro. Desde hace un siglo, no hay un solo editor español que haya tenido el genio de su profesión. Los autores suelen editarse á su costa, depositando la edición en manos de un librero, si es que no la administran ellos mismos, como han hecho la señora Pardo Bazán y Galdós. Este sistema es nocivo, pues el engañado es siempre el autor. El editor español no conoce el arte del reclamo sino para las traducciones, de las que llega á vender 100.000 ejemplares, como en el *Quo vadis?*

Actualmente, los dos novelistas cuyos libros se venden mejor son Galdós y Blasco Ibáñez, que hacen tiradas de 12.000 ejemplares ordinariamente; Pérez Galdós tiene tras de sí una labor colosal, más de 100 volúmenes, cuya venta se continúa sin interrupción. Pereda publica sus novelas en dos ediciones: una de 5.000 ejemplares, que se agota pronto, y otra que entra en la colección completa de sus obras, que se vende poco á poco; sus libros le producen de siete á ocho mil pesetas anuales. Palacio Valdés tira de 3.000 á 4.000 ejemplares; es muy traducido en la América del Norte y le pagan bien. La Pardo Bazán calcula en 75.000 duros lo que ha sacado de sus libros, unas 15.000 pesetas anuales; pero confiesa que sus libros se venden poco, y que la mayor parte de sus ganancias las debe al periodismo.

Hoy es difícil vivir en España de la pluma fuera del periodismo; las traducciones se pagan tan mal, que hay casas que dan 50 pesetas por tomo, y las más generosas llegan á 125; el periodismo da de comer, pero es un peligro para el literato, que se gasta pronto en él inutilizándose para toda labor de empeño. La esperanza mayor de los principiantes es entrar en el

teatro, sobre todo el del *género chico*, que es el que da dinero. Los Quinteros y otros seis ó siete autores cobran de 50.000 á 60.000 pesetas anuales, y hay gran número de autores que perciben 20.000 ó 30.000, muchísimo más de lo que sus dramas y altas comedias producen á Echegaray ó á Benavente.

*
* *

«Sigurd el Temerario», de Björnstjerne Björnson.—Antes de escribir sus comedias sociales, que, jaleadas por la prensa de la extrema izquierda, han sacado de la obscuridad de las brumas escandinavas los nombres de Ibsen y de Björnstjerne Björnson, éstos habían dedicado su juventud y gran parte de su virilidad—dice en la *Revue Bleue* Ernesto Tissot—á componer largos y tumultuosos dramas históricos, entre los que merece especial mención y análisis la trilogia de *Sigurd el Temerario*.

Björnstjerne Björnson tenía treinta años cuando la escribió. Tras un viaje por Italia, se retiró á Munich, y allí compuso de un tirón el drama en tres actos *Sigurd en el extranjero* y la tragedia en cinco *La vuelta de Sigurd*; más tarde, en el Tirol, hizo un prólogo en un acto, *La fuga de Sigurd*, y así apareció la trilogia en Copenhague en 1862, con tal éxito que el Gobierno le ofreció una pensión de 1.000 thalers. Las tentativas para representar la trilogia en Trondhjem, en Cristianía y en Sajonia fueron un fracaso: *Sigurd* es un poema dramático, y no una pieza teatral. Sus nueve actos son un microcosmo entre nieblas. Para llevarlo á la escena, se necesita una inteligencia latina que acierte á poner orden y vida en todo aquello. En la lectura, sin embargo, parece que es de efecto maravilloso, semejando una verdadera Saga.

La fuga de Sigurd, prólogo en un acto.—La escena representa la capilla privada de San Olaf, en la catedral de Stavanger. Entra Sigurd, y dirige al santo una valiente tirada, mitad suplicando, mitad casi amenazando, diciendo que ha ve-

nido á Beintein, que él es el campeón del país y que quiere saber su origen, pues se encuentra con ánimos para conquistar un reino, como Balduino, Raymundo, Adhemar, Tancredo y Roberto. En otra escena violenta, Sigurd consigue arrancar á su madre el secreto de su nacimiento, y sabe que es hijo bastardo del rey Magnus III. La vergüenza que pesa sobre su origen le priva de la herencia paterna; pero Sigurd proyecta restablecer el imperio de la justicia, conquistando su parte de herencia con la punta de su espada, si es preciso; y su madre, al oirle, se espanta y le suplica la ahorre aquella última y dolorosa prueba. Vacilante Sigurd, escucha el cántico de los Cruzados, y se une á ellos, resuelto á seguirles en la reconquista de Jerusalén.

Cambia la escena, y aparece el fiordo de Mayo con la flota á punto de levar anclas; Sigurd la contempla; su madre, Thora, comprendiendo que conviene dejar partir aquel hirviente joven, le entrega el anillo que puso el rey Magnus en su dedo; le hace prometer que, vencedor ó vencido, volverá á sus lares, y Sigurd parte, seguro de su éxito y resuelto á no dejarse arrollar por ningún obstáculo.

Sigurd en el extranjero, drama en tres actos.—Han pasado tres años. En un viejo castillo de Catanas dos ancianas lamentan su suerte. Son Helga y Frakark, desterradas allí con el hijo de la primera, Haraldo, á quien su hermano ha despojado de la herencia paterna. Las dos mujeres esperan el momento de vengarse, pero Haraldo sólo piensa en la caza y en el juego, y, no contando con él, suspiran por la llegada de cualquier extraño, y sobre todo por la de un tal Sigurd, de cuya temeridad han oído hablar con grandes elogios. Por última vez han enviado á Jarl una embajada, á fin de decidirle á compartir con su hermano Haraldo el trono, y entretanto discuten, contando con la negativa, el modo con que podrían contar con el brazo de Sigurd. Nada mejor para ello que el amor, y no era por cierto la mujer la que faltaba, pues allí estaba Audhilda, hermosa como ninguna otra, pero cuyo corazón no

había todavía latido por nadie; entregada á la caza, corría los bosques con su puñal á la cintura, sin que fieras ni bandidos se atrevieran impunemente á molestarla. Al ver á Sigurd, sin embargo, desembarcando con su fama de intrepidez, Audhilda comprendió que allí estaba su dueño. El mensajero enviado á Jarl regresa, y su respuesta era la esperada: recibirá á su hermano como vencido, pero nada más, y dejará que su madre y su tía sean castigadas. Un insulto que se desliza de sus labios respecto al aventurero Sigurd hace que éste recoja la ofensa y en singular combate venza al mensajero. La guerra estalla; Frakark hace prestar á los suyos juramento de sumisión á Sigurd; el mismo Haraldo se reanima, y la contienda, tras sangrienta batalla, se resuelve en favor de Sigurd, y el trono de Orkney se divide entre Jarl y Haraldo.

La suspicaz Frakark tiene celos del poder de Sigurd, y hace asesinar á los rehenes para culpar á Sigurd de su muerte y levantar al pueblo contra él; Sigurd lo descubre, pero no se atreve á castigar aquel crimen, aunque nada le era más fácil que hacerlo y ser proclamado rey; y para escapar á la tentación, sacrificándose por Audhilda, vuelve á tomar las armas del cruzado y se junta con los que van á Jerusalén, después de jurar eterno amor á la hermosa virgen Audhilda, y resuelto á conquistar el trono de Noruega, desdeñando el de Orkney, que tan fácil le hubiera sido retener después de la muerte de Haraldo, sacrificado voluntariamente al revestir la túnica envenenada de oro que la vengativa Frakark había hecho fabricar para su hermano.

La vuelta de Sigurd, tragedia en cinco actos.—La tercera parte de la trilogia es tan interesante como las anteriores. Sigurd, tras multitud de peripecias, declara la guerra á Noruega, aliándose con los daneses, y triunfa en todos los encuentros; la víspera de la batalla decisiva se ve á los grandes señores noruegos reunidos en la isla desierta donde Sigurd ha consentido en ir á ver á su anciana madre, Thora; los noruegos, lejos de estar desesperados, cuentan con la traición de

los daneses á Sigurd, y en efecto, los buques daneses le abandonan; y en el momento supremo, cuando ya iba á ser coronado rey, Sigurd es derrotado, y aparece solo en la isla, con el traje destrozado y los ojos huraños; vencido, pero nunca humillado.

Como dice Tissot, de las grandes trilogias *Fedia* encierra la monografía del amor incestuoso; *Antigona*, la del amor filial; *Otelo*, la de los celos; y *Sigurd*, la de la ambición.

*
* *

Un gran poeta castellano.—El telégrafo anunció, y todos los diarios publicaron, la triste é inesperada noticia de la muerte de D. José María Gabriel y Galán, el modestísimo maestro de escuela de Guijo de Granadilla, que había acertado á expresar, con inimitable gracia y energía, los más hermosos sentimientos en versos dignos de Meléndez Valdés, de Fray Luis de León y de Quintana, por la forma, la delicadeza y la profundidad, con la originalidad más genial del lenguaje. En esta misma *Revista de Revistas* tuvimos hace cuatro años el honor de ser los primeros en dar á conocer á los intelectuales el nombre de Galán, entonces totalmente desconocido, reproduciendo su bellísima é incomparable poesía *¡Varón!*; y justo es que, al desaparecer del mundo poeta en quien tan fundadas esperanzas se cifraban, dediquemos estas líneas á su memoria.

El autor de *Castellanas*, como dice *Z* en *La Época*, no es un profesional, no es un literato adulterado por el estudio, según la feliz expresión de Cánovas; era un labrador castellano que, allá en un rincón de Extremadura, confinante con Salamanca, su tierra natal, buscó descanso á las prolijas faenas que impone la dirección de una gran labor agrícola, en lo que nuestros antepasados llamaban el cultivo de las Musas. Allí ha sorprendido la traidora muerte al insigne cantor de *El ama*, cuando, herido por la enfermedad, acababa de afirmar su deseo de vivir, revolviéndose la grandeza de su espíritu contra las miserias de su cuerpo, en una poesía, tal vez la última,

que encontramos en un modesto periódico de Plasencia, *El Dardo*, y que no nos resistimos al deseo de transcribir íntegra, como tributo pagado á la memoria del poeta. Hela aquí:

CANCIÓN

No piense nunca el lloroso
que este cantar dolorido
es un capricho tejido
por la musa de un dichoso.
No piense que es armonioso
juego de un astro liviano;
piense que yo no profano,
ni con mentiras sonoras,
las penas desgarradoras
del corazón de un hermano.

—

Una canción de dolores
me piden mis padeceres,
tal como ayer mis quereres
pidieron cantos de amores;
que así como son mayores,
si se cantan, los contentos,
así los tristes acentos
de las trovas doloridas,
si no curan las heridas,
amansan los sufrimientos.

—

Mis penas son tan vulgares
como esas espinas duras
que erizan las espesuras
de todos los espinares.
Más hondas son que los mares...
más hondas y más sombrías
que un horizonte sin días,
pues no hay abismo tan hondo
como el abismo sin fondo
de unas entrañas vacías.

—

Dios me las hizo de fuego...
¿Por qué no les dió dureza,
si quiso su fortaleza
probar golpe á golpe luego?
¿Por qué enriqueció con riego
de sementera de amores
huerto que sabe dar flores,
si luego le manda días
de matadoras sequías
y vientos asoladores?

—

¡Ay! Al llegar á las puertas
de la tarde de mi vida,
voz de los cielos venida
me ha dicho: ¡Ya están abiertas!
¡Entra y sigue, y no conviertas
la mente á tiempos mejores;
que en vez de aquellos amores
de santidades pristinas,
verás las desiertas ruinas
del solar de tus mayores!

—

—¡Mejor es cegar, Dios mío!
¡Mejor es ir paso á paso
cayendo hacia el propio ocaso,
solo, con pena y con frío!
¡Mejor es ir al vacío
que á ruinas y á sepulturas!
¡Mejores son las negruras
de la noche más sombría,
que las negruras del día,
que son dos veces oscuras!

—

Así, loco de dolor,
dije con vil vocecilla...
¡Esto que tengo de arcilla
fué quien lo dijo, Señor!

Pero esto, que es resplandor
de Tí venido hasta mí,
cuando tu rayo sentí,
bien sabes Tú que te dijo:
«¡Señor! La frente del hijo
tienes rendida ante Ti!»

—

Con sólo llorar mi suerte,
con sólo dejar abierta
de tal herida la puerta,
muriera de triste muerte.
Mas, hijo yo del Dios fuerte,
me he resignado á vivir,
y voy dejándome ir
sobre el polvo de la senda,
caminando á media rienda
por el campo del sentir.

—

Porque si rindo la frente
sobre las manos crispadas;
si hacia las ruinas sagradas
dejo que vaya la mente;
si de mi llanto el torrente
dejo que anegue mi vida;
si abriese más esta herida
que en lumbre de fiebres arde,
viviera como un cobarde,
muriera como un suicida.

—

¡Quiero vivir! Las dulzuras
de los gozados placeres,
con hieles de padeceres
se tornan del todo puras.
Visión de mis desventuras:
¡yo no te cierro mis ojos!
Camino de los abrojos:
¡yo no me cubro las plantas!
Cruz que mis hombros quebrantas:
¡yo te acepto sin enojos!

—

¡Quiero vivir! Dios es vida.
¿No veis que en vida convierte
la ancianidad que en la muerte
cayó con dulce caída?
¿No soy yo vida nacida
de vidas que á mí se dieran?
Pues vidas que en mí se unieran,
si vivo, no han de morir.
¡Por eso quiero vivir,
porque mis muertos no mueran!

—

¡Y no morirán conmigo,
que el huerto de mis amores
está rebosando flores
que pinta Dios y yo abrigo!
¡Y atrás el cierzo enemigo
de esas mis vivas canciones,
pues son santos eslabones
de una cadena florida
para corona tejida
del Dios de las creaciones.

—

¡Quiero vivir! A Dios voy,
y á Dios no se va muriendo;
se va al oriente subiendo
por la breve noche de hoy.
De luz y de sombra soy
y quiero darme á las dos.
¡Quiero dejar de mi en pos
robusta y santa semilla
de esto que tengo de arcilla,
de esto que tengo de Dios!

José María Gabriel y Galán

CRIMINOLOGÍA

La criminología moderna.—El ilustre barón Garofalo va á publicar una nueva edición, la quinta, completamente refundida, de su famosa *Criminología*, y *La Revue*, de París, ha lo-

grado comunicación del prólogo que resume el pensamiento del autor.

¿Cómo se las ha compuesto el autor del Código—se preguntaba Garofalo siendo estudiante—para saber cuál era exactamente el género ó grado de pena conveniente y suficiente para cada crimen ó delito? ¿Cómo ha podido asegurarse, por ejemplo, de que cinco años de presidio bastan para castigar el robo calificado, y dos años de prisión son justo castigo del robo sencillo ó del hurto? ¿Cómo se las ha arreglado para apreciar el valor de una ú otra circunstancia, agravante ó atenuante, de modo tan exacto que ha podido determinar el aumento ó la disminución de seis meses, un año, cinco años ó diez años de pena? ¿Dónde está el criterio, cuál ha sido el hilo que le ha guiado en este laberinto?

Garofalo había tenido la ingenuidad de creer que el autor del Código había procedido experimentalmente; sólo más tarde supo que no se había cuidado, al establecer sus reglas, de probar su eficacia; no ha seguido el método sin el cual ningún médico se atrevería á anunciar un remedio; no nos ha dicho qué efectos habrá producido tal ó cuál género de pena, su duración más ó menos larga, su relación con la naturaleza del crimen ó del criminal, con el objeto de la defensa social ó con el de la enmienda del culpable. Cierto es que en los últimos veinticinco años los juristas han declarado que aceptaban la alianza del derecho con la sociología, la psicología y la antropología; sólo que esta declaración ha sido puramente teórica, y la ciencia del derecho penal sigue desconociendo el imperio del método experimental que en nuestros días domina en todas partes. El libro de Garofalo tiene por objeto introducir ese método en la criminología para buscar los medios más adecuados de combatir el crimen. Antes de afirmar que hay que corregir á los culpables, hay que ver si todos ó algunos culpables son susceptibles de corrección, y hay que ver en seguida por qué medios es posible la enmienda; y cuando se habla de asegurar á la sociedad de los ataques de los criminales,

hay que empezar por ver si hay penas capaces de desarmarlos y en qué medida deben emplearse.

¿Cómo operar la reconciliación entre la lógica judicial y el interés social, que están en desacuerdo? Hay que reconocer que la responsabilidad individual está muy atenuada por los malos ejemplos, por el contagio del medio social, por las tradiciones de familia ó de raza, por los hábitos, por las pasiones, por el temperamento; pero, según las teorías jurídicas, en cuanto la responsabilidad se atenúa el criminal es excusable; y si la pena se aplica, teniendo en cuenta todas las circunstancias de impulsión al crimen, se llega á un mínimum de pena insignificante é ineficaz. No hay criminal que no tenga circunstancias de éstas en su favor; no hay crimen donde no sea fácil descubrirlas. Si la penalidad debiera depender de la responsabilidad moral, la consecuencia sería el perdón de los criminales más feroces, en cuanto se probara su extrema brutalidad natural; y así la represión obraría en razón inversa de la perversidad é incorregibilidad de los criminales. Las ideas filosóficas de una época influyen irresistiblemente hasta sobre los que tienen que luchar contra ellas, y eso explica la pendiente que arrastra ya á la justicia, los veredictos de inculpabilidad de ciertos jurados y la indulgencia de ciertos tribunales. Es el triunfo de la lógica judicial, pero á expensas de la seguridad y de la moralidad sociales. Imposible remediarlo si no se cambia el criterio de la penalidad, llevándolo al principio de la nece sidad social y abandonando el de la responsabilidad moral del individuo.

En nuestras sociedades civilizadas, muchos miles de personas—10.000 son *condenadas* por término medio sólo en Europa, y sabido es que los condenados no representan más que un tercio de los criminales—son asesinadas anualmente, y cientos de millones de ahorros son presa de los malhechores, sin que la sociedad se inquiete por ello tanto como debiera. Lo que hace el Estado para prevenir tantas desgracias es bien poca cosa. Es absurdo que penas que sólo tienen un valor con-

vencional, y que no tienen ninguno para los malhechores profesionales, sean las únicas que éstos hayan de temer. Es más: tales penas, en muchos casos, representan para el criminal una ventaja positiva; el Estado le aloja, le viste y le alimenta, y luego le deja en libertad pretendiendo que ha expiado, que ha pagado su delito. Todo eso es retórica pura; el que ha pagado es el Estado, y el criminal sigue siendo lo que era, si no algo peor, y vuelve al seno de la misma sociedad en que antes vivió, con las mismas tentaciones y las mismas ocasiones de delinquir.

Esta situación es general en Europa; en Francia, sin embargo, se ha tratado de disminuir el estrago de los criminales mediante leyes contra la reincidencia, cuyos buenos efectos no han tardado en hacerse sentir. El principio de la defensa contra los enemigos de la sociedad se entiende allí mejor que en otras partes, y por un acuerdo tácito se subordinan á este principio todos los demás. Por otra parte, gracias á la iniciativa de Prins y Liszt, varios juristas no metafísicos han organizado la *Unión internacional de Derecho penal,* en la que estudian experimentalmente el crimen y el criminal, saliendo de estos trabajos leyes y proyectos para la represión de la reincidencia, el tratamiento de los delincuentes novicios y de los niños criminales y la individualización de la pena.

Ya es hora de proclamar que la divisa de la ciencia penal debe ser la lucha contra el crimen en nombre de la civilización. A los ojos del pueblo, los Códigos, los procedimientos y los Tribunales están destinados á proteger al criminal contra la sociedad; el papel de los hombres de Estado es invertir estos términos, destruir esta idea y justificar el sacrificio anual de cientos de millones en la lucha contra el crimen, pues sólo en siete naciones (Francia, Alemania, Inglaterra, Austria, Italia, Rusia y España) se invierten al año 221.484.174 francos sólo en el sostenimiento de los presos y en la administración carcelaria, sin contar agentes de policía, jurados, etcétera.

«Mi obra — dice Garofalo — ha sido clasificada entre las de la escuela de antropología criminal; y si se admite que la psicología criminal es el capítulo más importante de esa ciencia, acepto que me llamen, como lo ha hecho Leveillé, un *antropologista razonable*». Cierto que no se ha logrado descubrir un signo exterior que permita distinguir á los criminales; pero existe en ellos una anomalía psíquica que los diferencia moralmente de la generalidad. Hay fisiólogos que estiman desprovista de todo valor científico esa afirmación; pero fuerza es reconocer que la anomalía existe, siquiera nos sea desconocida la verdadera causa de la misma, relacionada con la organización histológica de los individuos, con sus nervios y su sangre.

Hase acusado de fatalismo á la nueva escuela, por una falsa interpretación de sus ideas. Hase imaginado que para el antropologista es el hombre imagen de transformación, teniendo siempre que obrar en una dirección determinada; error jamás sostenido por Garofalo. Lo que la experiencia ha demostrado es que el hombre, hallándose en las mismas condiciones intelectuales y morales y en las mismas circunstancias exteriores, obra siempre de la misma manera, y por eso es ridículo pretender la enmienda del criminal por la prisión ó por cualquier otro castigo, si después de la expiación se le vuelve á colocar en el mismo medio social y en las mismas condiciones de existencia que antes; pero Garofalo y su escuela no creen imposible la «transformación de la actividad del culpable», cuando el medio ambiente cambie y se convenza de que no le conviene la vida de animal de caza. Los fatalistas son los que se empeñan en considerar el crimen como un mal necesario que siempre ha existido y existirá, sin querer cambiar el sistema penal, á pesar de estar tan plenamente demostrada su ineficacia; esos son los fatalistas y los materialistas, los que tarifan el crimen y para quienes el hecho criminal lo es todo, y la naturaleza individual del delincuente, nada.

Hay, por otra parte, que sonreir cuando se oye decir: «en

lugar de castigar, ocupaos en suprimir las causas del crimen». ¿Dónde están las leyes que supriman la miseria, la ignorancia, la codicia, la vanidad y todas las pasiones? Dejemos á Tolstoi sus sueños, admiremos en él al filántropo y al escritor; pero no discutamos siquiera su teoría de la *no resistencia al mal*, pues el perdón comedido á todas las ofensas sólo significa la opresión de los buenos por los malos. La lucha directa contra el crimen no debe cesar ni un instante, y ese es el primer deber del Estado. En esa lucha el Estado debe abandonar las armas cuya inutilidad se ha demostrado, empleando siempre las más perfeccionadas. Y como para combatir á un enemigo lo mejor es conocerlo, y los juristas no conocen al criminal, hay que buscarlo en las cárceles y en los presidios, y allí estudiarlo de cerca, observarlo bien, y traducir después en leyes el fruto de esas observaciones y estudios, transformando el Código penal para ponerlo en armonía con las necesidades sociales.

ENSEÑANZA

Las Universidades francesas.—Desde la ley de 10 de Julio de 1896, que empezó á ejecutarse en 1.° de Enero de 1898, concediendo á las Universidades personalidad civil y autonomía financiera, han transcurrido siete años, pudiendo ya apreciarse algunos de los resultados que el Parlamento y el país esperaban de la reforma y la repercusión que hayan podido tener en la enseñanza, en el presupuesto y en la vida de las Universidades.

La ley del 10 de Julio de 1896, según la ponencia de Bouge, hace entrega al presupuesto de cada Universidad de los derechos de ingreso, inscripción, biblioteca y trabajos prácticos pagados por los estudiantes, continuando percibidos por el Tesoro los derechos de examen, certificaciones y títulos. Así, pues, la ley ha hecho de los ingresos dos partes: todo lo que se refiere á los estudios, para la Universidad; todo lo que

afecta á los exámenes y grados, para el Tesoro. En cuanto á gastos, las Universidades han de emplear sus ingresos en laboratorios, bibliotecas y colecciones, construcción y entretenimiento de edificios, creación de nuevas enseñanzas y obras en interés de los alumnos.

El importe de los derechos de estudios, inscripciones y biblioteca se había calculado, tomando como promedio el año 1890, en 1.200.000 francos; pero claro es que el Estado, al hacer esta cesión, había de disminuir los créditos asignados para ciertos servicios, como el de construcción y entretenimiento de establecimientos y el de material de prácticas y laboratorios, de donde vino á resultar que si por un lado el Estado abandonaba 1.200.000 francos á las Universidades, por otro imponía á ésta una carga que evaluaba en 800.000 francos para construcciones y reparos (aunque en 1895 y 1896 la cifra presupuesta al efecto era de 1.300.000 francos) y otra de 400.000 afecta al material. La realidad ha sido, como asegura Alfredo Massé en la *Revue Bleue*, que las Universidades han comprado su derecho de autonomía, tasado en 1.200.000 francos, por 1.700.000.

Es evidente que la cifra de 1.200.000 francos representaba un ingreso inicial susceptible de aumento, especialmente si las provincias, los pueblos y los particulares respondían con subvenciones, donaciones y legados que permitieran adquirir vida propia á las Universidades, á semejanza de las de Alemania y de las antiguas de España, Italia é Inglaterra. Estas liberalidades se han producido, en efecto, pero han sido insuficientes en casi todas partes; pues las gentes prefieren todavía en general dejar legados á la Iglesia, y hay que contar, por otra parte, con que el radio de acción de cada Universidad es harto reducido para que en poco tiempo pueda recoger extensos frutos.

No puede negarse que la situación, desde 1898, ha mejorado, surgiendo multitud de felices y fecundas iniciativas. Las Facultades de Ciencias, sobre todo, han dado á su enseñanza

otra orientación, adaptándose á las necesidades del medio en que viven, y trocando el estudio permanente teórico en el de aplicaciones industriales, convirtiéndose así en verdaderas escuelas profesionales superiores. De aquí su éxito; los estudiantes, antes alejados, han acudido en masa, y los industriales no han vacilado en cooperar á tan útil labor con donaciones y subvenciones por una parte, y con la preferencia otorgada por otra á los alumnos de estas Facultades para colocarlos como ingenieros, jefes de taller y contramaestres en sus fábricas y explotaciones. Marsella cuenta con un Instituto de investigaciones coloniales; Nancy posee un Instituto electrotécnico que rivaliza con el de Montefiore, antes único en el mundo, un Instituto químico y otro de Mecánica aplicada; Burdeos cuenta con una estación vitícola; París, un laboratorio de Química práctica; Dijon, un Instituto enológico; Caen, una estación agronómica; Besançon, un laboratorio de fermentos; Grenoble y Lille, Institutos electrotécnicos, etc.

A pesar de esto, las Facultades de Ciencias, aunque se mantenga el número de sus estudiantes, atraviesan una crisis económica que requiere el auxilio del Estado. En cuanto á las Letras, su situación es angustiosa: como estos estudios son desinteresados, rara vez son objeto de subvenciones ni de liberalidades; las inscripciones son pocas, y el personal docente es escaso, imposibilitado de adaptarse á los progresos científicos, y sin poder crear por falta de recursos nuevas enseñanzas, especialmente en lingüística. Todo lo más que han podido hacer, fuera de su misión de preparar para el profesorado, es organizar cursos para extranjeros, especialmente en Grenoble y Montpellier. Las Facultades de Derecho también han ganado poco, y siguen siendo escuelas de preparación para la abogacía y la magistratura; carecen de anfiteatros, laboratorios y bibliotecas, y la falta de recursos les impide evolucionar para fijar la atención en las diferentes funciones públicas.

Ha llegado el momento de que los poderes públicos estu-

dien soluciones para el conflicto presente, á fin de que la reforma de 1896 no sea un fracaso. España, donde el problema de la autonomía universitaria viene hace años planteado, debe estudiar á fondo lo hecho en Francia, para buscar soluciones que permitan evitar los escollos con que actualmente tropieza tan deseada innovación, en la que tantas esperanzas deben fundarse.

PSICOFISICA

Conciencia y voluntad. — Estas dos palabras, según afirma Sergi en la *Rivista d'Italia*, se aplican por los psicólogos á hechos claros y determinados, constituyendo, sin embargo, la base de un equívoco.

Conciencia, en su sentido genuino, es revelación de un fenómeno del laboratorio cerebral; la conciencia por sí misma no es nada: ni sustancia, ni cualidad, ni siquiera estado de ánimo; es solamente la forma reveladora del fenómeno, no siempre necesaria ni siempre verdadera. Si es así, todos los hechos mentales se elaboran en estado inconsciente, y de ellos sabemos sólo algo cuando se revelan, pasando muchísimos inobservados y siendo no pocos inobservables.

En Psicología y Psiquiatría, sobre todo en las declaraciones periciales, es corriente leer: «Este acto voluntario ha sido ejecutado con plena conciencia», deduciéndose de aquí la responsabilidad y la culpa. Pero ¿cómo se entiende la conciencia? En general, como un alma—conciencia,—actividad autónoma, á cuyo concepto conduce la psicología especulativa, con sus datos introspectivos y su vetusta concepción del alma, explicable en el vulgo, pero no en los fisiólogos, que siguen, sin embargo, hablando de la conciencia como de algo autónomo, pareciendo esto una contradicción con los datos de la psicofísica experimental. No es actividad el estado de conciencia en el pensar, pero es estado semejante á pasividad, siendo la conciencia simple reveladora de los fenómenos que se producen y

se suceden hasta sin nuestra intención y actividad. En la naturaleza, ninguna actividad se desenvuelve espontáneamente; para desenvolverse debe ser provocada por una acción exterior á sí misma.

La respiración y los movimientos del corazón son fenómenos vitales automáticos, aunque parezcan á algún fisiólogo reflejos; estos fenómenos, como todos los demás, requieren para manifestarse un impulso exterior. El pensamiento mismo requiere ese impulso, que es el que llamamos *sugestión*. La sugestión se tomó al principio como un fenómeno morboso; pero hoy es sabido que tiene un valor universal en la vida mental de los hombres normales ó anormales, constituyendo el impulso que pone en acción la mentalidad. Esta sugestión es varia y multiforme: una palabra, una visión, un sonido, un olor, un relato, un sentimiento provocado por cualquier causa, el tema de una conferencia ó de un artículo es sugerido por una persona, una lectura ó un acontecimiento; luego el impulso primario es externo. Tenida y aceptada la sugestión—el *sugerimiento*, si se quiere, — el pensamiento entra en actividad, y adquiere todo su desarrollo de un modo pasivo. Cuando escribimos un discurso, sabemos que escribimos sobre un tema cuya materia hemos recogido, pero ignorando los períodos en que lo hemos de desarrollar, á menos de que previamente hayan pasado cinematográficamente por nuestro pensamiento; sólo en el momento de escribir vamos viendo cómo la materia se dispone y se desenvuelve, sin que haya conciencia anticipada de su desenvolvimiento, siendo por lo tanto evidente que el pensamiento es inconsciente. Es, pues, una ilusión creer que un hombre ha obrado con plena conciencia porque tiene íntegra su razón y sabe discurrir normalmente.

Lo que se define como *voluntad* es todavía más ilusorio para Sergi, tanto por hacerse de la voluntad una entidad psicológica, cuanto por darse á este fenómeno la conciencia plena. Sin entrar de lleno en el eterno conflicto entre el libre arbitrio y el determinismo, y recordando sólo lo sustancial del

problema, se ve que el determinismo admite que un hecho que se suele llamar voluntario es provocado por un impulso externo á la voluntad y al acto voluntario mismo; esto es exacto, porque en la naturaleza nada sucede espontáneamente; pero el determinismo admite, explícita ó implícitamente, que existe una energía volitiva distinta de los demás fenómenos psicológicos; los que afirman la libertad ó, mejor, la independencia para determinarse, admiten una energía autónoma con tendencia á la acción sin coacción de causas externas ni determinantes, lo que es absurdo. Unos y otros tienen un concepto común: la energía volitiva, como fuerza propia, estando sólo desacordes en el modo de funcionar; también admiten una conciencia definida, anterior al acto mismo.

Cuando ambas teorías pasan á la aplicación práctica en los casos de responsabilidad é imputabilidad, el acuerdo es casi completo; prácticamente los deterministas se conducen como los que sostienen el libre arbitrio: poniendo conciencia y voluntad, es decir, voluntad consciente en el hombre que ha ejecutado una acción como si supiera lo que va á hacer antes de hacerlo, determinándose á la acción por aquella energía volitiva, autónoma y consciente que constituye la libre individualidad, lo cual es una forma larvada del libre arbitrio, ó libertad de indiferencia. Todo eso es una invención poética de los filósofos, aceptada hasta por la llamada psicología positiva y experimental, lo que prueba que en este mundo cambian las formas, pero en el fondo todo sigue sustancialmente igual.

Nada de lo inventado por los primitivos se ha perdido, aunque venga revestido de nuevas formas: del animismo al espiritismo actual; del culto de los muertos al de los santos; de la deformación y mutilación del lóbulo de la oreja á los pendientes de brillantes verdaderos ó falsos; del sacrificio de propiciación al purgatorio; de la psicología prehistórica que ha inventado el alma á la experimental contemporánea, nada se ha mudado en lo sustancial, y de aquí el que tengamos una voluntad, una conciencia, muchas entidades del alma; las en-

tidades de los primitivos se han hecho símbolos, y los símbolos vuelven á ser entidades reales. No tenemos más que acciones y reacciones. Si la acción se ejerce sobre seres inanimados, éstos no sabrán que la han sufrido, pero reaccionan del modo que le es propio; nosotros, como seres sensitivos y conscientes de cuanto pasa en nosotros, podemos saber de la acción y hasta de la reacción ó movimiento correspondiente.

Las formas afectivas son provocadas ó por excitaciones orgánicas en forma de sensaciones, ó por hechos intelectuales, ideas y pensamientos; pero puede ocurrir que la acción no sea seguida de la reacción, y entonces hay una suspensión en que persiste el estado de excitación, estado que tiende á la liberación del estado de tensión, y es lo que se llama *deseo*. El deseo no es un nuevo estado psicológico, sino la persistencia del sentimiento no satisfecho, persistencia que le hace consciente, y por eso conocemos nuestros deseos. ¿Qué falta hace introducir aquí otro nuevo factor que se llame *voluntad?* ¿Dónde está la *voluntad?* No existe voluntad, sino deseo ó persistencia del sentimiento que exige la actividad y la satisfacción, la liberación con la reacción. En Derecho penal se habla de *premeditación*, considerándose más graves los delitos premeditados. Esta teoría extraña es producto de la ilusión de la voluntad y de la conciencia; la premeditación se reduce á la persistencia del impulso; la voluntad es una superfluidad inútil. ¿Quién es el autor de sus deseos? ¿Cómo se puede hacer cesar el deseo y con qué medios? Lo que hay que refrenar es el impulso, no el movimiento, y el impulso es el sentimiento, es el deseo; el freno de la *inhibición* de los fisiólogos, de que tanto se ha hablado, creyendo que existía en el cerebro un centro inhibitorio, como en un coche eléctrico que además del motor lleva un freno, es otra ilusión inventada para dar explicación á hechos que la tienen en otra parte.

***

La audición coloreada.—El hombre es, ante todo, *vidente*—dice en la *Revue de Philosophie* su director, Peillaube, re-

produciendo su interesante comunicación al VI Congreso de fisiólogos de Bruselas.—Nuestros sueños están formados en su mayor parte por imágenes visuales; nuestros pensamientos se expresan en el lenguaje de los colores y de las formas, y así decimos que vemos claro ú obscuro un problema. Hasta puede abusarse de la imagen visual, y hay personas que llegan en esto á las mayores extravagancias: una señora se representa el 1, el 2 y el 3 en forma de niños que están jugando; el 4, como una fiera pacífica; el 5, como un hombre joven; el 7, como un hombre gastador, mal sujeto, pero espiritual; el 9, como un marido de mal genio, casado con el 8 y poco satisfecho de este matrimonio, pues si se hubiera casado con otro 9, harían 18 en lugar de 17.

Menos extraña y menos rara es la audición coloreada, que no es una enfermedad, sino un caso muy instructivo de la asociación afectiva. Peillaube ha tenido la fortuna de encontrar un excelente sujeto, ilustrado é inteligente, capaz de analizarse, que le ha suministrado los hechos más significativos para este estudio. El día en que Ch** descubrió que era una excepción se quedó muy sorprendido; le había parecido natural asimilar los sonidos á los colores, y creía que todo el mundo hacía otro tanto; su hermano y él habían comprado un harmonium, y, encantado de su sonoridad, Ch** manifestó que tenía en los bajos hermosas notas *violetas*; su hermano calificó de extravagante aquella expresión; sorprendido de su asombro, Ch** apeló á otras personas, y se quedó estupefacto al ver que todas se quedaban tan sorprendidas como su hermano; entonces comenzó á observarse, para darse clara cuenta del fenómeno.

Peillaube ha recogido las observaciones de Ch** y otras muchas en número de 125. Ch** colorea sobre todo las vocales y los sonidos de los instrumentos de música; otros colorean también las consonantes, los diptongos, los nombres propios, las palabras y las cifras.

Vocales.—Para Ch**, *A* es azul pálido; *E*, amarillo más ó

menos claro, según que el sonido sea abierto ó cerrado; *I*, verde muy vivo; *O*, entre rojo y gris; *U*, violeta. La coloración varía con las personas y hasta con la edad, como puede verse en el cuadro siguiente, que encierra las observaciones de cuatro personas:

A = Blanco, rojo, rojo, negro.
E = Gris, gris azul, amarillo, blanco.
I = Rojo violeta, amarillo, blanco, rojo.
O = Amarillo, gris hierro, negro, azul.
U = Negro muy vago, pardo, azul, verde.

Hay quienes no colorean las vocales pronunciadas aisladamente; en cambio, Ch** no puede evocar un color en el cuerpo de una palabra, sino que ve el objeto designado por la palabra; la imagen visual del objeto ocupa el puesto de las imágenes cromáticas de las vocales.

Consonantes.—En general, no tienen color. *S* final suele tener brillo metálico; *R*, dice la Srta. M**, obscurece el color de la vocal que la sigue, y después de la vocal la hace brillar. Hay sujetos, sin embargo, que colorean todas las consonantes: para A**, el sonido *b* es moreno obscuro; *c*, amarillo; *d*, pardo; *f*, gris; *g*, negro; *h*, negro; *j*, blanco; *k*, verde; *l*, negro; *m*, pardo; *n*, pardo; *p*, amarillo; *q*, negro; *r*, azul; *s*, verde; *t*, amarillo pálido; *v*, anaranjado; *x*, verde; y *z*, amarillo.

Diptongos.—Para Ch**, *au* es blanco plata; *ou*, rojo aterciopelado; *oi*, gris blanco sucio; *iu*, amarillo cobrizo; *ou*, verde cobrizo (1).

Nombres y palabras.—La Srta. M** ve el nombre *María* rojo y amarillo; *Ursula*, pardo; *Paulina*, granate y amarillo; *Marcelo*, rojo de oro; *Genoveva*, pajizo; y *Marta*, rojo y blan-

(1) Como Peillaube no es fonetista, hay que tomar la palabra *diptongo* que emplea para llamar los sonidos que cita, ninguno de los cuales forma diptongo en el sentido en que suele emplearla el vulgo de los gramáticos. Aquí, además, hay una confusión entre la audición coloreada y la representación gráfica coloreada, pues *au* suena *o*, y produce sensación distinta de ese mismo sonido representado por la letra *o*.

co (1). Las palabras y las lenguas tienen también su color. «No recuerdo bien la palabra—decía un sujeto,—pero sé que es amarilla»; para ese mismo sujeto, que es políglota, el alemán es gris; el inglés, casi negro; el francés, gris muy claro; y el italiano, amarillo, carmín y negro.

Gounod prefería la lengua francesa á la italiana para matizar la frase musical: «Es menos rica en colorido, pero es más variada y fina en matices; tiene menos rojo en su paleta, pero tiene violeta, lila, gris perla y oro pálido, que el italiano no conocerá nunca; en una de mis melodías *le vallon* hay un verso—*mais la nature est là qui t'invite et qui t'aime*—que una habilísima cantante italiana vino á cantarme traducido al italiano; llegada al final, *che t'ama*, levantó con fuerza la primera sílaba, *t'ama*. ¡Ah, señora!—exclamé,—no es eso. ¿Por qué tánta fuerza en ese acento? ¡Apagad, apagad! ¡No se trata de una declaración de amor! La Naturaleza no nos ama con tanta pasión: es un cariño maternal, contenido... ¡Velad el acento! Pero no pudo velar ni apagar: la ley inflexible de la prosodia italiana la obligaba á elevar el T'AMA, y comprendí que para expresar mi frase musical no había nada como nuestra silabita modesta y algo gris de *qui* T'AIME...: es una mujer de medio luto».

El mismo Gounod cita otro ejemplo en que *chaste* ha sido traducido por *casta*; es del *Fausto*: «Salut, demeure *chaste* et pure»; en italiano, «Salve, dimora *casta* e pura». «*Casta*—dice Gounod—es lo contrario de *chaste*; ese acento expansivo que estalla como un cohete en *casta* destruye todo el misterio, to-

(1) La niña T**, que yo he observado, goza también de la audición coloreada de los nombres propios; desde la edad de cuatro años me ha llamado la atención la precisión con que daba su color á cada nombre, sin equivocarse jamás. Hoy tiene once años y medio, y, al trascribir este trabajo de Peillaube, la he llamado, y continúa viendo los nombres con su color peculiar: para ella, *María* es blanco; *Ursula* y *Paulina*, azules; *Marcelo*, pardo; *Marta*, encarnado obscuro; *Teresa*, plateado; *Elia*, amarillento, etc.

do el pudor de mi armonía; ese terrible *casta* hace demasiado ruido en torno de la casita, turba su reposo, mientras que con mi modesto *chaste*, con su *a* empañada y como algodonada por la *s*, esa *t* y esa *e* semimuda final, yo llego á pintar el semisilencio, la semisombra, que es la imagen de lo que pasa en el alma de Margarita».

Instrumentos de música.—Hay personas que colorean las notas musicales según la altura y el timbre y según los instrumentos. Para Ch**, en el clarín las notas bajas son rojas; las medias, amarillas, y las más agudas, verdes; en la trompeta de caballería son los mismos colores, pero empañados y como fundidos en una media tinta gris; el clarinete le parece recorrer toda la gama de los amarillos, desde los más obscuros al más claro. Para otros sujetos el clarinete es rojo; el piano, blanco; el violín, azul. Para Huysmans las armónicas son verdes. Hay quienes colorean toda la labor de un autor, diciendo que Mozart es rojo y Beethoven blanco. En cuanto á los ruidos, evocan colores sombríos y vagos; así una histérica veía verde el ruido de los coches.

Cifras.—El señor A**, que colorea las consonantes, colorea también los números: para él, 1 es negro; 2, azul pálido; 3, rojo; 4, azul obscuro; 5, pardo; 6, verde empañado; 7, amarillo; 8, verde brillante; 9, pardo, y 0, blanco.

Explicación.—Hay varias explicaciones de los hechos expuestos.

1.ª La explicación anatómica supone que el órgano visual y el auditivo están en comunicación, en continuidad; de ahí una anastomosis. Esta explicación no pasa de ser una hipótesis, no probando nada la anastomosis entre las fibras sensitivas ópticas y las acústicas, aunque estén próximas entre sí.

2.ª La explicación embriológica ve en la audición coloreada un hecho primitivo universal; al principio todo el mundo tenía la audición coloreada, y la diferenciación que se ha producido en la generalidad no se ha extendido á todos, y de

ahí el fenómeno estudiado. Es una hipótesis por nada justificada.

3.ª La explicación patológica supone que la audición coloreada es un fenómeno morboso, una alucinación. Pero este fenómeno se produce en personas perfectamente normales, y sólo cuando la representación cromática de los sonidos, y sobre todo de los gustos y de los olores, se hace alucinatoria, es cuando constituye un caso patológico.

4.ª La explicación fisiológica da cuenta de las sinopsias coloreadas por la *difusión nerviosa*. Toda sensación, al mismo tiempo que pone en juego sus propios órganos, obraría sobre los demás por medio de las fibras comisurales. Esta hipótesis es insuficiente, como toda hipótesis fisiológica, para explicar adecuadamente un hecho de conciencia; sólo da la base física general, pero no explica el fenómeno mismo.

5.ª Las sinopsis coloreadas resultan de una «asociación mediata é inconsciente por semejanza afectiva». Dos términos heterogéneos, x é y, se asocian por su analogía con un tercer término, a, que puede ó no percibirse; el intermediario entre el color y los sonidos, los olores y los sabores, es inconsciente. Una de las propiedades de la sensación es precisamente acompañarse de cierta tonalidad afectiva más ó menos consciente. La sensación de color es agradable ó desagradable. ¿Quién no tiene su color preferido? Un sujeto decía: «El rojo brillante, vivo, púrpura, es para mí una alegría, un goce extremo; mi ideal sería tener un cuarto rojo, una biblioteca encuadernada en rojo y trabajar con traje rojo; el rojo es una embriaguez». Pablo de San Víctor cuenta que los indios tienden su teatro con los colores de la pasión que domina en el drama; para ellos el amor es azul obscuro; la alegría, blanco; la ternura, rosa; el furor, rojo; el heroísmo, gris; el terror, negro; el asco, azul pálido; el asombro, amarillo. Lo que decimos de los colores, decimos de los sonidos; supongamos ahora que dos sensaciones heterogéneas produzcan el mismo sentimiento: la una evocará la otra por esa semejanza; esas sensaciones serán aná-

logas representando lo que Baudelaire llama *correspondencias*.

Para Ch** las notas graves del órgano son violetas. ¿Por qué? «Las notas graves—dice—son á la vez dulces y profundas; ahora bien, la violeta, sobre todo la aterciopelada, es un color muy *dulce* de mirar, acariciadora para la vista; al mismo tiempo es un color *profundo*, un color sombrío, que hace que el objeto se hunda bajo la mirada, en lugar de acercarse, como si fuera blanco, por ejemplo». Como se ve, por el intermedio de los sentimientos *dulce* y *profundo* se asocian el sonido grave y el color violeta. «Si investigo por qué *A* me parece azul claro—dice Ch**,—un azul no azureo como el del cielo, sino lechoso como el almidón de planchar, es porque *A* me parece una letra sosa en *douceâtre*, *blanchâtre*, en la misma palabra *fade* (soso) ó en el vocablo *pâle* (pálido); ahora bien, el blanco de leche es también un color soso.» *U* es violeta. ¿Por qué? «La letra *u* es sorda, y la voz, pronunciándola, da una nota grave; luego *u* me parecerá violeta.» Sabemos que para nuestro sujeto (Ch**) las notas graves del órgano son violetas. *I* es verde muy vivo, «porque es una letra viva, y el verde claro es para mí un color vivo y alegre.» *Ou* (*u* española) es rojo aterciopelado *(velours, rouge)*, quizá á causa de la consonancia repetida en estas dos palabras (1).

«Lo que me ha puesto en el camino—dice Ch**—para descubrir el intermediario son los casos en que he tenido que tantear para encontrar el valor correspondiente á un sonido; en el momento en que, recorriendo la serie de los colores, llegaba al color buscado, me parecía establecerse un contacto entre ambas imágenes. Ese contacto era á la vez como un choque cerebral y la conciencia obscura de una razón de ser de esa

(1) Compárese, en efecto, este hecho con el de la niña T**, observada por mí, para quien *Ursula* y *Paulina* son *azules*, probablemente porque la combinación *ul*, que figura en ambos nombres, se asocia con *azul* por la correspondencia del sonido.

aproximación.» Las sinopsias coloreadas tienen, pues, una base fisiológica, como todos los fenómenos interiores: son síntesis psicológicas, asociaciones por semejanza afectiva y subjetiva; son síntesis operadas por el sentimiento.

COSTUMBRES

Las desgracias de una gran dama en el siglo XVIII.—Tal es el título de una obra de Coynart, que Ernest-Charles juzga interesante, y que lo es en efecto por ser algo así como la reconstitución de una sociedad curiosa. La heroína es la condesa de Montboissier, personaje de invención, fiel reflejo de una existencia vulgar de aquellos tiempos.

Coynart nos muestra el ardor de los aristócratas del siglo por la hechicería, menos por deseo de conocer el porvenir que por acertar á enriquecerse; el lujo corroía aquella sociedad, y las familias más ilustres estaban acribilladas de deudas; unos pedían oro á las casas de juego, precipitando su ruina, y otros recurrían al diablo reclamando su horóscopo; el diablo les engañaba con frecuencia, pero entretanto eran felices ó soñaban con llegarlo á ser. Todo esto es sin duda interesante para comprender aquel siglo; pero el interés de la corta vida de la señora de Montboissier es mucho más profundo, por ser más sencillo.

Luisa Isabel Colins de Montaigne nació en París el 4 de Febrero de 1718. Su padre era viejo y su madre algo loca; en cuanto supo andar sola la metieron en el convento de Pauthcinout, donde se enseñaba la moralidad y las artes de adorno. Muerto su padre y recasada su madre, la hicieron saber un día, cuando tenía quince años, que iba á desposarse con Felipe de Beaufort-Conillac, conde de Montboissier, capitán á los veintiún años de un regimiento de caballería, y en seguida dieron comienzo las visitas y preparativos, pues entonces las madres se desentendían así de sus hijas, metiéndolas primero

en un convento y casándolas después. La futura suegra pretendía deslumbrar con sus liberalidades á la inocente nuera, y ora se presentaba en el convento con una hermosa carroza ofreciéndola que sería suya cuando se casara, ora la entregaba un bolsillo con 50 luises para que Isabel pudiera hacer de «gran señora» en el convento.

Y así se llevó á cabo el matrimonio; después viene la presentación á la reina, visitas á las princesas y á las duquesas, paseos por el Cours la Reine y las Tullerías, jardín entonces del buen tono, donde sólo los domingos se permitía la entrada «á los lacayos y á la canalla». Pero de pronto la suegra quita á la nuera la carroza ofrecida, y el marido reclama el bolsillo de los 50 luises. Comienzan las disputas por cuestiones de dinero, y la pobre joven se ve tiranizada; ya la impiden tomar un coche de alquiler para una visita, ya la obligan á ponerse tal traje para no estropear tal otro, ya llegan á discutirla si tiene en la chimenea más ó menos tizones; la suegra asegura que su nuera está enferma, y la envían para curarse al castillo de Housay y al de Dienne, rodeándola de criados espías é imponiéndola como confidente al abate Courboulet, uno de tantos intrigantes licenciosos de la época.

Cansada de tanta persecución, Isabel logra separarse amistosamente de su marido, que conserva las 23.000 libras de renta de su mujer, pasándola una pensión. La condesa trata entonces—era la moda—de crearse un salón, que es uno de tantos, formado principalmente por las dos plagas del tiempo: los abates y los caballeros, tan impertinentes, fatuos y lascivos los unos como los otros. La condesa distinguió entre sus contertulios al marqués de Souvré, que se había enamorado de ella, aunque sin corresponderle más que con cierta indulgencia. Un tal Antonio Lafosse, muy bien recibido en los salones, protegido de la condesa de Bethune y aficionado á la hechicería, era también de los más asiduos concurrentes, y él fué quien excitó á Isabel á entenderse con el diablo, ya que tan mal le iba con los hombres.

Nada más chusco que la partida organizada para ir por la noche á la llanura de Montrouge á fin de obtener los favores del demonio. La condesa de Montboissier llevaba escritas sus condiciones en una piel de macho cabrío: pedía primeramente al diablo «los 15 millones que la había prometido; después, que la preservase de toda enfermedad, y sobre todo de ataques de vapores y de locura; y luego, que le diese el poder de mantener siempre en sus cadenas al marqués de Souvré, sin que él por eso pudiera nada sobre ella, y que la garantizase de las persecuciones de su marido». Por su parte el duque de Olonne había estipulado con el diablo «que le diese los 15 millones prometidos para el 9 del mes siguiente, y que le entregase los secretos de la naturaleza y la virtud de hacerse amar de todas las mujeres en general». La querida del duque firmaba también un pacto en el que reclamaba «saber á fondo música sin tener el trabajo de estudiar, ser siempre amada del duque, y recibir diez ó quince millones». Por fortuna, el jefe de la policía, Berryer, tuvo soplo de la reunión, é hizo prender al diablo y á la bruja que iban á embaucar á los excursionistas de Montrouge.

Isabel se entregó entonces á Lafosse, ya que la faltaba el diablo, y tuvo de él un hijo. El abate Courboulet denunció el hecho, y tras varias trágicas escenas el conde hizo prender á su mujer y á Lafosse. Éste logró salvarse merced á la protección de la condesa de Bethune, y la condesa fué encerrada en la abadía de Mouchez, en completa incomunicación. Pleiteó con su marido, que vivía públicamente con otra mujer, teniendo tres hijos naturales, y perdió el pleito, quedando obligada á reunirse con el conde cuando éste lo quisiera. El golpe fué rudo, y la desgraciada condesa, víctima de los errores y de los vicios de aquella sociedad, murió en 1757, á los treinta y nueve años de edad.

IMPRESIONES Y NOTAS

La decadencia de la Farmacia.—En el *World's Work* hace notar el Dr. Saleeby la decadencia de la Farmacia. La Medicina, es decir, los médicos en general, reconocen que la Farmacia no desempeña más que un papel auxiliar en la curación de las enfermedades; el papel principal corresponde á la Naturaleza, y para facilitar su acción, guiarla y robustecerla, están la Higiene y la Farmacia. No es esto decir que no se vendan ya drogas ni se administren recetas, pues á cada momento salen al mercado nuevos específicos; pero fuera de unos cuantos productos, como la quinina para la fiebre, el hierro para la anemia, el mercurio para la sífilis y el salicilato para el reumatismo, los medicamentos responden poquísimas veces á la influencia bienhechora que de ellos se espera.

El nuevo método de la sueroterapia, debido, como se sabe, á los Dres. Hericourt y Richet, está hoy reconocido como el único eficaz para neutralizar los efectos de una toxina. Así se combate victoriosamente la difteria, sin emplear ya otros remedios, sucediendo lo mismo con el mixedema y con ciertas formas de cretinismo propias de la opoterapia, porque resultan de la falta de glándulas tiroides ú otras. A un niño atacado de idiotismo se le administran jugos extraídos de la glándula tiroides del carnero, y se ve que su rostro se anima, su talle se endereza y su inteligencia reaparece en mayor ó menor grado. Las curas de luz y de aire figuran al lado de la sueroterapia sustituyendo á las drogas, y éstas pierden de día en día más terreno, aunque será difícil que jamás desaparezcan del todo.

***

El contagio del crimen por la prensa.—El Dr. Pacheco, de Buenos Aires, presentó en el último Congreso Internacional de Medicina una Memoria solicitando se tomara el acuerdo

de invitar á la prensa de gran circulación á que se abstuviera de relatar los crímenes terroríficos, especialmente los pasionales, para evitar la comisión de los delitos que pudiera producir la lectura de tales relatos.

«Hay numerosos suscriptores—dice el Dr. Pacheco,—especialmente en las clases bajas, que no compran el periódico más que para leer las crónicas criminales, donde aparecen los hechos, apoyados en excelentes grabados, con minuciosos detalles, siendo semejante lectura una verdadera cátedra del robo, el suicidio y el asesinato. Estas descripciones obran eficazmente sobre los cerebros desequilibrados de los degenerados que pululan en las grandes poblaciones. El año último tuvimos un caso de suicidio muy curioso, en el que el contagio por la prensa es evidente: un empleado de la Compañía de transportes urbanos se dirige á una funeraria y pide un servicio de segunda clase para un amigo que acaba de morir; con su propio nombre y domicilio manda hacer esquelas de defunción, se va tranquilamente á su casa, y se pega un tiro en las sienes que le mata en el acto; la noticia fué ampliamente relatada y comentada por los periódicos, y dos meses después un oficial copió literalmente la receta, desapareciendo del mundo por el mismo procedimiento. Hace dos años un amante mató á su querida á martillazos; como el hecho era poco común, fué vivamente discutido y extensamente narrado por la prensa; desde entonces, sólo en la ciudad de Buenos Aires se han producido cuatro asesinatos del mismo género. Allí hay una especie de orden de caballería que se parece un poco á la Mafia de Sicilia; tienen su pundonor especial, y no se dejan coger por la policía sino después de una lucha á mano armada, en la que manejan el cuchillo con rara habilidad; los llaman los Juan Moreno, del nombre de un famoso bandido gaucho de las Pampas: son raros hoy estos casos; pero basta uno solo, cuyos hechos sean celebrados por la prensa, para que inmediatamente se vea reproducido el caso por seres ambiciosos de esa gloria efímera que rodea al falso héroe».

El Dr. Pacheco ha combatido en la prensa misma la publicidad que se da á los crímenes; después, siendo diputado, ha presentado un proyecto de ley para refrenar ese afán de publicidad, y por último, presentó al Congreso médico de Madrid su proposición, que fué aprobada por unanimidad, y que sería muy de desear fijara la atención de los poderes públicos para que adoptaran medidas eficaces para corregir la insana curiosidad y punible deleite del pueblo bajo y de la burguesía pseudoculta por los relatos de hechos criminosos.

***

Neovitalismo.—Con el nombre de *neovitalismo* se designa, según la *Revue de Philosophie*, de París, una tendencia que se ha abierto recientemente paso en biología, y acerca de la cual se han presentado en el segundo Congreso internacional de Ginebra varias interesantes Memorias.

Puede caracterizarse el neovitalismo diciendo que es crítico y heurístico, por oposición á las tendencias biológicas anteriores, que eran dogmáticas y estaban llenas de prejuicios. El neovitalismo no toma partido ni por el antiguo vitalismo con sus fuerzas vitales y su teleología, ni por el mecanismo corriente con sus fuerzas naturales y su causalidad mecánica. Si se intentara borrar toda finalidad en biología sería mutilar esta ciencia, convirtiéndola en trozos sin relación, que ni el nombre de ciencia merecerían. La finalidad de los seres vivos resplandece sobre todo en el orden y en la armonía maravillosa de su cuerpo y en su adaptación al medio. El neovitalismo tiene por legítimos el sistema del vitalismo y el del mecanismo, á título ambos de máximas neurísticas, de hipótesis directoras, de principios de investigación.

***

El crecimiento en el hombre.— Carlos Henry y Luis Bastieu han estudiado la marcha que sigue el desarrollo de la es-

tatura y del peso del hombre en el curso de la vida, que comienza por un período de crecimiento, sigue con otro de persistencia invariable y termina con otro de decrecimiento. La ley de crecimiento en peso está representada por cuatro curvas hiperbólicas: la primera se refiere á la vida intrauterina; la segunda, del nacimiento á los dos años; la tercera, de dos á diez y nueve años; y la cuarta, desde los diez y nueve á la muerte. Las especies que llegan más pronto á su completo desarrollo son las que viven menos tiempo. De las observaciones hechas, resulta que lo que se designa con el nombre de edades notables, duración de la gestación y período de crecimiento, constituyen fracciones constantes absolutas de la vida normalmente posible del individuo.

Se distinguen cuatro períodos durante los cuales el peso aumenta ó disminuye más aprisa que la estatura, según casos diferentes: 1.° De nueve meses á un año. 2.° De un año á trece. 3.° De trece á treinta años. 4.° De treinta años hasta la muerte. Durante este último período, el peso y la estatura, sensiblemente constantes al principio, disminuyen en seguida. El máximum de estatura y de peso se alcanza, con ligera diferencia, á los treinta años. El decrecimiento en peso de la materia viva, á partir de cierta edad, debe estar sin duda relacionado con la disminución de energía de ciertos elementos catalisadores del organismo. El problema de la senilidad, según Henry y Bastieu, se plantea así de un modo preciso y práctico, gracias al concurso de la química y de la biología general.

*
* *

Los caprichos del rayo. — El 25 de Noviembre último— dice Flammarion en *La Revue*—el rayo cayó en Malo-Centre, cerca de Dunkerque, en un chalet habitado desde hacía unos días por el capitán Clavel, levantando la techumbre, derribando dos chimeneas y un balcón, y penetrando en una sala donde estaban Clavel, su mujer, sus hijos y su cuñada; el rayo quitó

sutilmente dos peines de la cabellera de la señora Clavel, enrojeciéndole apenas los cabellos, sin otro daño, y luego, con violencia terrible, lo destrozó todo, derribando los muebles, rompiendo las ventanas, triturando y fundiendo las vidrieras, arrancando las maderas de sus goznes y arrojándolas á las demás, agujereando los pisos y precipitándose en el pozo después de hacer pedazos una losa de 80 kilos de peso. Según escribe á Flammarion Clavel, la casa ha quedado destrozada, techos y pisos arrancados, siendo lo más raro que toda la familia haya salido ilesa de semejante revolución.

El caso no es único. El 1.° de Junio de 1809, en un colegio de señoritas de Burdeos, el rayo fundió una cadena de oro que llevaba al cuello una de las profesoras, dejando en su lugar una línea negruzca dentada que no tardó en borrarse; la señora estuvo seis horas sin sentido, y no hubo más. En otra circunstancia, dos señoras hacían media tranquilamente, y el rayo las robó las agujas. Otra vez una señora, en traje de etiqueta, escotada, sacó el brazo por un balcón para ver si llovía, en el preciso momento de brillar un relámpago, que se la llevó la pulsera. En una taberna, un vaso de metal que tenía un bebedor en la mano, se lo quitó el rayo y lo arrojó al patio. En un camino arrebató el látigo á un jinete. Una joven, sentada ante una máquina de coser durante una tormenta, sintió que la quitaban las tijeras, y ella misma fué cogida y volteada, quedando sentada encima de la máquina sin sufrir daño ninguno. El 25 de Julio de 1868, en Nantes, en el muelle, un viajero se ve envuelto en un relámpago; el rayo quitó una capa de plata á un franco que llevaba en el portamonedas, y cubrió con ella las dos caras de una moneda de oro de diez francos, á través de un compartimiento de piel que separaba á una de otra, etc., etc.

Esta sutileza del rayo sugiere á Flammarion, en el estudio de los 6.839 casos de hombres y mujeres relampagueados en Francia desde que hay estadística, la idea de que los caprichos del rayo se parecen á los de una mujer; claro es que no hay

efecto sin causa; pero ¿por qué esa manía tan frecuente de desnudar á las mujeres? ¿por qué la de rasurarlas? A veces parecen las jugarretas del rayo verdaderas farsas, como la siguiente, tomada de los informes de la Academia de Ciencias, y que hay que reproducir en latín. Una señorita es derribada por el rayo, y pierde el conocimiento; sus amigas la levantan; se queja de cierto picor; la desnudan, la examinan, y ven, no sin admiración, «pudendum perustum ruberrimum, labia tumefacta, pilos deficientes usque ad bulbum, punctosque nigros pro pilis, inde cutim rugosissimam; ejus referunt amicæ primum barbatissimam, et hoc facto semper imberbem esse».

En los casos de 1904 hay dos curiosos, diametralmente opuestos: el 16 de Septiembre, el cura Ritter, visitando el Righi, fué sorprendido por una tormenta; iba á llegar á un abrigo, cuando el rayo le alcanzó; dos personas que le acompañaban quedaron ilesas; se apresuraron á levantar al pobre cura, y era ya cadáver; la sotana estaba intacta, y la camisa estaba completamente quemada. El 6 de Agosto, en Beverst (Bélgica), el rayo cayó en la granja de Enrique Vaudenholt, que estaba en la cama, hacia las seis de la mañana; lo mata y lo arroja al suelo; el desgraciado estaba carbonizado desde los pies hasta la cabeza, pero su camisa no tenía la menor huella de quemadura.

Fernando Araujo

INDICE

Págs.

Algo sobre el problema latino, por P. Dorado 5

Clínicas de la Historia, por Pascual Santacruz 51

Recuerdos, por José Echegaray 74

Radicalismo y reacción, por Eloy L. André 86

La Asamblea Universitaria de Barcelona, por Adolfo Posada 113

Yang-Hun-Tsy (el diablo extranjero), por Wenceslao Sieroszewski. 130

Crónica literaria (Un libro sobre el feminismo), por E. Gómez de Baquero 148

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 157

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGÍA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas. — El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.— Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey. — El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa. — Trueba, 1 peseta.

Bergeret.— Mouton (Merinos), 1 peseta.

Boissier. — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.— Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor. — Zorrilla, 1 peseta.— Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas. — Heine, 1 pta.

Goncourt.—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas. —La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne. — Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville. — La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.— Memorias, 3 pesetas.

Lange.— Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.

Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

Gumplowicz. — Derecho político filosófico, 10 pesetas.

Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, y Garofalo, Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Macaulay. — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens. — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

Meyer.—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 ptas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil. 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sighele.—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sohm.—Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen. 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde. — Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida).—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera).—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante. — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwhac-

ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy-Beaulieu. — Economía política, 8 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Virgilii.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Emerson.—La ley de la vida, 5 pts. —Hombres simbólicos, 4 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas. — Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas. — Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. — Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas. Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.— El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 ptas. —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg. — *Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

HISTORIA

Boissier.—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.

Campe. — Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.

Carlyle.—La Revolución francesa, 8 pesetas.

Dowden.—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.

Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.

Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

Renán.—Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los santos, 6 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la Literatura Inglesa: Los contemporáneos, 7 pesetas. — Los Orígenes, 7 pesetas.—El Renacimiento, 7 pesetas. —La Edad Clásica, 6 pesetas.— —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

Tolstoy.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Waliszewsky. — Historia de la Literatura Rusa, 9 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Wolf.—Historia de las Literaturas Castellana y portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

MISCELÁNEA

Alcofurado.—Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.

Baudelaire.—Los paraísos artificiales, 3 pesetas.

Castro.—El libro de los galicismos, 3 pesetas.

Gautier.—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.

Gay.—Salones célebres, 3 pesetas.

Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.

Lemonnier. — La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Stead.—El Gobierno de New-York, 3 pesetas.

Stendhal.—El Amor, 3 pesetas.—Curiosidades amatorias, 3 pesetas.

Tolstoy.—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 ptas.

Varios autores.—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

NOVELA

Balzac.—Eugenio Graudet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mironet, 3 pesetas. — César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.

Barbey d'Aurevilly.—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.

Cherbuliez.—Miss Rovel, 3 pesetas. La tema de Juan Tozudo, 3 pese-

tas.—Amores frágiles, 3 pesetas. Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.

Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.

Daudet.—Jack, 2 tomos, 6 pesetas. —La Evangelista, 3 pesetas.—El sitio de París, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarín en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.

Dostoyuski.—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La novela del presidio, 3 pesetas.

Ferrán.—Obras completas, 3 pesetas.

Flaubert.—Un corazón sencillo, 3 pesetas.

Goncourt.—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.

Heiberg.—Novelas danesas, 3 ptas.

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Sardou.—La Perla Negra, 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.

Tolstoy.—La sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas. El Ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3 pesetas.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas. —Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.

Turguenef.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas. El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Varios autores.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.

Zola.—Las veladas de Medan, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los hombros de la Marquesa, 3 pesetas.

PEDAGOGÍA

Buisson.—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pts.

Huxley.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Macaulay.—La educación, 7 ptas.

Tolstoy.—La escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

POESÍAS

Campoamor.—Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en

un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

Ferrán. — Obras completas, 3 ptas.

SOCIOLOGÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 vols., 16 pesetas.

Caro.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

Fouillée.—La ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Garofalo. — La superstición socialista, 5 pesetas.

Giddings. — Principios de Sociología, 10 pesetas.

Grave.—La sociedad futura, 8 ptas.

Gumplowicz.—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de Sociología, 9 ptas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.—La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Janet.—La familia, 5 pesetas.

Kid.—La Evolución social, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

Spencer.—*Principios de Sociología.* Comprenden: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. —Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

Spencer.—*Principios de moral.* Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 ptas. —La justicia, 7 ptas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El organismo social, 7 pesetas.—El progreso, 7 pesetas.— Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Etica de las prisiones, 10 pesetas.

Sumner-Maine. — Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

Tolstoy.—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—El Trabajo, 3 pesetas.— Los Hambrientos, 3 pesetas. — ¿Qué hacer?, 3 pesetas.— Lo que debe hacerse, 3 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, Pello, Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 ptas.

TEATRO

Ibsen.—Casa de muñeca, 3 pesetas. —Los Aparecidos y Edda Gabler, 2 dramas, 3 pesetas.—La dama del mar y Un enemigo del Pueblo, 2 dramas, 3 pesetas.

Zola.—El Naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.

VIAJES

Darwin.--Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 ptas.
Heine.—Alemania, 6 pesetas.
Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.
Taine.—La Inglaterra, 7 pesetas. — Notas sobre París, 6 pesetas.—Viaje á Italia, 6 tomos, 18 pesetas.
Tcheng-Ki-Tong.—La China contemporánea, 3 pesetas.

LOS GRANDES AUTORES
CONTEMPORÁNEOS

Neera.—Teresa, 3 pesetas.
Rod.—El Silencio, 3 pesetas.
Lemonnier. — La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.
Sudermann.—El deseo, 3,50 ptas.
Korolenko.—El desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.
Turguenef.—Tierras vírgenes, 5 pts.
Heiberg.—Novelas danesas, 3 ptas.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 17. NÚM. 195.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

MARZO 1905

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, núm. 22.—Teléfono 2.000.
10.291

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

MADRID EN 1833

(RECUERDOS DEL PASADO)

Al mediar del mes de Diciembre del pasado año de 1904, el anuncio de que iba á ser «España» objeto de especial conferencia por parte de uno de los Profesores de la Facultad de Letras en aquella tan docta como célebre Universidad de Lieja, al Salón para tales actos destinado en la misma, llevaba público distinguido y numeroso, en el cual figuraba la gran mayoría, ya que no la totalidad, de los españoles que en ciudad tan famosa hacen sus estudios particulares.

El Conferenciante, no sólo iba á desarrollar el cuadro de nuestra pobre España contemporánea en el concepto social, económico, industrial, artístico y literario, amén del científico, hablando así á la inteligencia de su auditorio, sino que, ayudado por el aparato proyector, desplegaría á la vista del concurso el espectáculo que en la actualidad ofrecen nuestras principales poblaciones. No hay para qué decir cómo la curiosidad se despertaría en aquella parte del público para quien España es aún desconocida, y cuál no sería el entusiasmo de la colonia española, tanto por la honra discernida á su patria con la anunciada conferencia, como por contemplar alguna porción de ella en país extranjero, evocando en nuestros compatriotas recuerdos muy queridos y jamás por ellos olvidados: que lleva siempre el hijo, en los pliegues más recónditos del corazón y de la memoria, la amorosa y preferida de la madre, á quien debió la existencia.

Llegado el momento, el Conferenciante—que debía, sin

duda, conocer personalmente y á fondo España,—en medio del más profundo y respetuoso silencio, dió principio á su tarea con la indispensable descripción geográfica del país, aunque por extremo elemental y breve; y, una vez terminada con toda sobriedad la reseña, el aparato proyector desplegó á la vista del concurso, en rápida revista, poblaciones como San Sebastián, Burgos, Segovia, Madrid, Toledo, Valencia, Tarragona y Barcelona, representadas por algunos de sus monumentos. A cada proyección acompañaba el Conferenciante datos y noticias ilustrativos, y con esto dió fin la conferencia. Quizás el público belga que á ella asistió ganoso de conocer nuestra España, creería conseguido su objeto; pero los españoles que habían ido á escuchar las doctas lucubraciones y los juicios del Profesor de la Universidad de Lieja, y á contemplar á tal distancia la patria, abandonaron descorazonados y silenciosos el Salón, llevando muy tristes impresiones.

De ellas se hacía eco uno de sus compatriotas, quien, con fecha 14 del citado mes de Diciembre, enviaba al periódico *La Meuse*, de Lieja, el siguiente artículo, inserto en el número correspondiente al 18 del referido mes; artículo que firmaba *Un Español* y que reproduzco íntegro, porque da idea exacta de la conferencia á que vengo aludiendo y de la manera como es todavía España conocida hoy en el extranjero:

«Une conférence donnée ces jours derniers à la Salle Académique de l'Université, avait pour sujet *l'Espagne*.—Ce sujet a été traité d'une façon très particulière. L'impression que m'a laissée le conférencier est: 1. Qu'il n'a jamais visité l'Espagne; 2. Qu'il n'a jamais rien lu de bien sérieux concernant ce pays. Je me propose de le démontrer.

»M. le conférencier, après une sommaire description géographique du pays, passe en revue, à l'aide de projections, plusieurs villes de l'Espagne: St-Sébastien, Burgos, Ségovie, Madrid, Tolède, Valence, Tarragone et Barcelone. Partout des clichés très anciens, archaïques même, et mal choisis; partout des inexactitudes dans les renseignements, très sobres

d'ailleurs, qu'il a bien voulu donner. Ainsi Saint-Sébastien, ville très importante du Nord de l'Espagne au point de vue de le beauté de sa situation, de son industrie, de son caractère de ville de plaisance, rivale incontestée de Biarritz et d'Ostende, et qui compte, l'hiver, 40.000 âmes, est, de l'avis du conférencier, une ville à peu près insignifiante de 20 mille habitants.

»Burgos, Ségovie, Tolède, n'ont pour lui rien de notable que leur Cathédrale, l'Aqueduc romaine, et une Porte mauresque.

»Après Ségovie nous voilà à Madrid. Le premier cliché nous montre la Banque d'Espagne, que M. le conférencier prend pour le Palais Royal. Quel honneur pour cet excellent établissement de crédit! Ensuite l'appareil de projections joue et éclair un cliché, vieux d'une cinquantaine d'années, montrant une petite partie de la Puerta del Sol. Une troisième vue comprend l'église de San José située rue d'Alcalá. Et c'est tout. Je dis mal: M. le conférencier fait quelques réflexions très originales et très inexacts aussi, sur le vie madrilène.

»A Valence, l'orateur se rappelle que c'est le pays des oranges, et il fait un court aperçu de la fécondité de sa *huerta*. Passons Tarragona, dont les murailles romaines avec quatre mendiants en première ligne nous éffraie.

»Barcelone, la belle cité catalane de 600.000 habitants, qui avec Gênes et Marseille constitue le trio des grands ports méditerranéens, ne mérite non plus que quelques paroles de la part du conférencier. Des trois vues de cette ville presentées au public, il y en a une qu'il a intitulée *Hôtel International dans la Rambla de Canaletas*. C'est un hôtel bâti en 1888, à l'époque de l'Exposition Universelle de Barcelone, et qui a été démoli l'année suivante. C'était un superbe bâtiment construit en *cinquante-trois jours*, et il était situé non à la Rambla de Canaletas, mais bien au *Paseo de Colon*, devant le port.

»M. le conférencier s'est préoccupé fort peu de l'industrie, du commerce, de la littérature, de l'art... Pourtant, il n'igno-

re certainement pas que l'Espagne a un mouvement commercial international de quatorze cent millions de piécettes par année, que le Musée du Prado, à Madrid, l'Armería Royale, la Bibliothèque Nationale, les Musées Archéologique et de Sciences naturelles, etc., etc., etc., ne sont pas à dédaigner, non plus que l'Escurial et la Cathèdrale de Tolède, et tant d'autres merveilles artistiques et historiques dont l'Espagne est fière. Un simple Bottin ou le Baedecker auraient pu mieux préparer le conférencier à découvrir ce pays.

»L'Espagne est loin d'être aussi inconnue que le Pôle Nord. Ces conférences semblables constituent, à mon humble avis, un abus de la crédulité du public. Si, à une distance de 36 ou 40 heures de Madrid on entend encore juger l'Espagne et les Espagnols comme l'a fait M. le conférencier, qué croire de ce qu'on nous raconte souvent du Japon, de la Chine, etc.?»

Tristes, bien tristes, han de ser, con efecto, las consideraciones que habrán de hacer conmigo cuantos españoles, dentro y fuera de España, lean las líneas precedentes, y vean en qué forma somos juzgados en Europa, á tan corta distancia de la Península, y cuando, con nosotros, franceses, ingleses y alemanes, especialmente, y con más ó menos exactitud y fundamento de juicio, han procurado dar á conocer nuestro país, sobre todo en la parte monumental y artística. Lejanos están ya aquellos tiempos en que el autor del famoso *Voyage pittoresque d'Espagne*, M. De Laborde, reputaba á España como región inexplorada todavía, y en que el insigne Alejandro Dumas (padre) sabía, con la excelencia incomparable y la inagotable fecundidad de su poderoso ingenio, sacar partido de nuestras costumbres para presentarnos en la escena europea en condiciones poco ventajosas; y aunque no seamos del todo conocidos y apreciados, aunque subsistan aún en el vulgo extranjero las preocupaciones y los errores que difundieron quienes nos descubrieron en el pasado siglo XIX, hay derecho para esperar que, por lo menos, personas que ejercen en Universidades como la de Lieja el sagrado sacerdocio del magisterio,

y bañan su espíritu investigador en los manantiales puros de la ciencia, que es toda verdad, no nos desconozcan tan en absoluto, ni nos presenten á los ojos del público tal y como nos han presentado en la conferencia de la cual protesta cortésmente el artículo copiado y publicado en *La Meuse*.

País de holgazanes, de mendigos, de bravucones y rufianes, de frailes y de ladrones, España, por lo que parece, es todavía aquella misma que pintaron los noveladores del tiempo de la casa de Austria; la que aparece en el *Lazarillo del Tormes*, la del *Pícaro Guzmán de Alfarache*, la de *Rinconete y Cortadillo*, la que Lesage retrata en su *Gil Blas*, y copiaron María de Zayas y otros muchos que no debo enumerar, porque son harto conocidos. Aquí todo mendigo es un fijodalgo que se envuelve en los jirones de su raída y agujereada capa con la majestad y el empaque del Cid Campeador, ó de cualquiera de las grandes figuras de nuestra historia; aquí, como todos somos de sangre azul, y todos descendemos de reyes y de héroes, tenemos horror al trabajo, y preferimos tomar el sol, ahitos de necesidad, á ensuciarnos las manos pecadoras en cualquier ramo de la industria; aquí, donde las trotaconventos y las Celestinas imperan, no hay virtud segura, ni dama que realmente lo sea, ni galán que no escale los conventos, ni caballero que no sea rufián, y pase la vida á lo Tenorio en tabernas y chirlatas y mancebías, y enredos de toda clase y naturaleza.

Aún tiene el fraile, en el concepto de tales gentes, entrada franca y libre lo mismo en la casa del encopetado aristócrata, que en la del endiosado y poderoso *financiero*; en la del desventurado individuo de la calumniada clase media, que en la del menestral y el menesteroso, y el fraile sigue siendo por medio de la mujer el dueño soberano de España, viviendo á costa de todos, burlándose de todos, y acumulando bienes y riquezas sin medida. Y si bien es verdad, y forzoso es con rubor confesarlo, que la reacción operada á la sombra de la libertad ha vuelto á España legión innúmera de frailes, de otras partes arrojada, ha-

ciendo estériles así los esfuerzos de José Napoleón Bonaparte en 1808 y los de los liberales en 1834; y es cierto que en las clases superiores imperan y mandan, decidiendo de la suerte del país y arrastrándole á soluciones extremas,—no lo es menos que ni la clase media, ni los menestrales, ni los obreros, ni ninguno, en fin, de los que dan vida á España con su trabajo y su substancia propia, les consienten ni les toleran las libertades de otros tiempos, ni hallan aquéllos franco el paso hasta lo más recóndito de la morada de estas clases sociales, no siendo ya lícito afirmar como antaño, por consiguiente, que dentro de cada español hay siempre un fraile.

Hoy que los ferrocarriles, el telégrafo, el teléfono, la fotografía, el cinematógrafo y otra porción de medios de aproximación, casi puede asegurarse han borrado las distancias, y en mucha parte desvanecido las fronteras, no es permitido difundir errores tan crasos como los que por imperdonable desconocimiento del asunto ha propalado en Lieja el Profesor conferenciante de aquella Universidad, según la protesta reproducida. Hartos son, por desventura, nuestros defectos, más ó menos peculiares á la raza, para que por inconsciencia los acreciente y agigante la incalificable ligereza de quien se permite hablar de un país que notoriamente no ha visitado, y respecto del cual no se ha preocupado siquiera en adquirir en los libros las noticias indispensables. ¡Cuántos de los compatriotas del docto Profesor, de los que á España vienen, con España viven, en España comercian, y empresas fundan y acometen de todo género—pues para ellos es España país explotable y explotado—se habrán reído de las explicaciones y juicios del conferenciante, si les ha movido el espíritu de la justicia!

Si San Sebastián, *la parvenue*, como con desdeñosa altanería apellidan á esta población los que se sienten molestados en algún modo por lo rápido de su engrandecimiento, derecho tiene en la actualidad por tantos títulos á mayores consideraciones que las que se la han tributado en la conferencia á que

aludo,—Burgos, la *Caput Castellae*, Segovia, la antigua corte, y la imperial Toledo, nada han perdido de su grandeza monumental y artística, familiar por cierto entre los extranjeros que con tanta frecuencia acuden á España para conocer personalmente cuanto de las edades fenecidas conserva, porque no hayan en ellas merecido del conferenciante recuerdo alguno más que la hermosa Catedral de la primera, el famoso *Acueducto romano* de la segunda, y una *puerta morisca* (mudejar) de la tercera.

No es Madrid, la Villa denominada del Oso y del Madroño, población, cual es sabido, que atesore riquezas de esta índole monumental, dado que su importancia fué debida, principalmente, al capricho de Felipe II, al trasladar á ella la corte, aunque en su Alcázar hicieran con frecuencia morada de tiempos muy anteriores los monarcas de Castilla. Xerif Al-Edrisí decía en el siglo XII que era población pequeña, situada al pie de los montes del Clima de la Sierra á que pertenecía, y castillo fuerte bien poblado, la cual en los días del Islam tenía una *Mezquita-Aljama* ó mayor, en la que se hacía siempre la *jotba* ú oración por el califa (1). La historia de Madrid es conocida, y han sido sus escasos monumentos ponderados con más ó menos justicia en distintas obras, no habiendo quien dentro y fuera de España los desconozca, sobre todo los modernos, entre los cuales ha merecido siempre, y no sin motivo, particular mención el *Palacio Real*, obra de los Borbones, cuyo emplazamiento, con corta diferencia, fué el del antiguo Alcázar, reconstruído por Enrique IV, reformado en tantas ocasiones antes y después principalmente de Felipe II, y destruído por horroroso incendio finalmente la Nochebuena del año 1734.

Por esta causa, por ser expresión característica de una época determinada y fruto de un estilo especial, sorprende y extraña sobremodo que el Profesor de Lieja en su conferencia

(1) *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, publicada por Dozy y De Goeje, página 188 del texto arábigo, 229 de la traducción francesa.

haya presentado el *Palacio del Banco de España* en la calle de Alcalá, como el *Palacio* de nuestros reyes, con el cual no tiene semejanza remota, cual maravilla que, aun con no haber logrado Madrid todavía condiciones en su totalidad para poder ser comparada con otras capitales de Europa, se crea que en nada ha variado material y moralmente desde el primer tercio del pasado siglo XIX.

Según el censo de policía del año 1833, Madrid, en fines de 1831, tenía 211.127 habitantes, con 49.400 vecinos, repartiéndose la población en esta forma:

Varones	122.549
Hembras	88.578
TOTAL	211.127

VARONES

Menores de diez y seis años	51.324
Solteros mayores de edad	29.364
Casados	34.052
Viudos	5.808
Eclesiásticos seculares	692
Regulares	1.309
TOTAL	122.549

HEMBRAS

Solteras menores de edad	33.006
Idem mayores de edad	4.370
Casadas	33.467
Viudas que no son cabeza de familia	10.458
Idem que lo son	6.524
Religiosas	753
TOTAL	88.578

Medía la circunferencia ó casco de la villa 15.553 varas castellanas, equivalentes á 2 ¼ leguas de 20 al grado, y cerrada toda ella de tapiales,—en los que abrían nueve *Puertas* y seis *Portillos*,—la cerca iba desde el *de San Bernardo*, situado al NO., en lo que es hoy *calle de la Princesa*, y poco más ó menos á la altura del *Café* del Barrio de Pozas, al *Portillo del Conde Duque*, en el N., el cual *Portillo* se hallaba al extremo

del cuartel del propio nombre, con salida á la *Cuesta de Areneros*, que estaba franjeada de árboles. De allí, la cerca proseguía á la *Puerta de Fuencarral*, colocada á la altura de la *calle del Divino Pastor*, en el extremo superior de la *Ancha de San Bernardo*, y llegaba á la denominada por el titular del *Hospicio Puerta de San Fernando*, en la *calle de Fuencarral*, entre los *Pozos de la Nieve* y, aproximadamente, la antigua *calle Peninsular*, hoy *de Malasaña*, para continuar su marcha á la *Puerta de Santa Bárbara*, dejando fuera la *Real Fábrica de Tapices*, encaramada en modesta altura, desaparecida, y bajando á la monumental *Puerta de Recoletos*, emplazada, con no grande diferencia, donde el *Monumento á Colón* de Arturo Mélida.

Por lo que es actualmente *Casa de la Moneda*, que trazó Jareño, y quedando á la derecha la *Plaza de Toros*, la cerca llegaba así á la *Puerta de Alcalá*, erigida por Carlos III el año 1778 en reemplazo de la antigua, que estuvo situada casi donde el moderno *Palacio de Portugalete;* allí formaba una curva, y cerrando el *Real Sitio del Buen Retiro*, seguía por la carretera de Alcalá, á dar vuelta al hoy *Parque de Madrid*, doblándose cerca de lo que se dijo en él el *Campo Grande*, para correr por detrás de la *Basílica de Atocha*, pasar próxima á ella con el *Portillo de la Campanilla*, y en línea recta intestar en la *Puerta de Atocha*, la cual se tendía con aspecto monumental á lo ancho del *boulevard* recientemente y con discreto acuerdo allí hoy establecido. Interrumpida en tal paraje por el edificio del *Hospital General*, continuaba la indicada cerca por la *Ronda de Valencia*, donde, en pos del *Portillo* de este nombre, se abría el *de Embajadores*, demolido hacia 1868, confundiéndose ya con los tapiales del *Casino de la Reina*, en el que está al presente la *Escuela de Veterinaria*, como estuvo desde 1867 á 1893 el *Museo Arqueológico Nacional*, para subir hasta la *Puerta de Toledo*, aún subsistente, y que, comenzada á labrar en 1813, fué en 1827 terminada, más abajo de la antigua.

Torcía en este punto al O. la cerca, que fué bien humilde siempre, hasta el *Portillo de Gil Imón;* y con una pequeña interrupción y el *Portillo de las Vistillas,* llegaba á la *Puerta de Segovia* ó *de la Vega,* donde bajaba por la *Tela*, rodeando el *Campo del Moro,* y en línea recta seguía á la *Puerta de San Vicente*, oblicuando desde allí en torno de la *Montaña del Príncipe Pío*, para doblarse luego dos veces y morir en el *Portillo de San Bernardino*, donde tenía origen.

Poco es lo que de tal cerca subsiste en nuestros días, pues por una parte la resolución del Ayuntamiento en los primeros momentos de la revolución de 1868, y por otra el natural crecimiento de la Villa, la han hecho desaparecer casi por completo, así como muchas de las entradas que abrían en ella. De estas entradas, cinco sólo eran llamadas *Puertas Reales*, lo cual indica su superior categoría; y en este concepto figuraban la *de Alcalá*, la *de Atocha*, la *de Toledo*, la *de Segovia* y la *de San Fernando* ó *de los Pozos*, quedando reducidas á la condición de simples *Portillos* las restantes, aunque algunas tenían aspiraciones monumentales, según fué arriba insinuado. Unicamente subsisten de ellas las *Puertas de Alcalá* y *de Toledo;* la primera al E., gallardeando en el centro de la ancha plaza que sirve como de enlace al Madrid moderno con el antiguo, y la segunda al S., en el extremo inferior de la *calle de Toledo*, pidiendo con mucha necesidad y con mucha urgencia, por decoro de la población, y sin que nadie le haga caso, ejecuten con ella algo parecido á lo que se ha hecho con la anterior, por más que no sean una y otra iguales en méritos artísticos.

Aún habrá, seguramente, muchas personas que recuerden la *Puerta de Recoletos*, desmontada y perdida, y gran parte de cuyos materiales fueron repartidos como asientos por las calles de los paseos de Recoletos y la Castellana. Cerraba el extremo superior del *Prado de Recoletos*, que era estrecha calle, formada á un lado por las altas y polvorientas tapias de la extendida huerta propia de las *Salesas Reales*, y á otro por el edificio mísero en que se hallaba la *Escuela de Veterinaria*

establecida, y en cuyo emplazamiento, con corta diferencia, se levanta hoy el pretencioso *Palacio de Bibliotecas y Museos.* Erigida en 1756 por Fernando VI como complemento del real monasterio Salesiano de la Visitación, fundado por el indicado príncipe y su esposa la reina doña Bárbara de Braganza,—la *Puerta,* cuya mole de granito recuerdo vagamente, era del propio gusto que el monasterio, y en ella procuraba el pseudoclasicismo de la época atemperarse á los patrones indispensables.

Constaba de tres huecos: el central, que correspondía al paseo de carruajes, era alto, de medio punto, flanqueado en una y otra fachada por apareadas y recias columnas dóricas que sostenían el entablamento, sobre el cual se alzaba triangular frontón con las armas reales y militares trofeos, y dos figuras alegóricas de la Abundancia reclinadas; los huecos laterales, más bajos, adintelados y con balaustres, correspondían á los paseos de peatones, y en las tarjetas cuadradas que las puertas llevaban encima del dintel por uno y otro lado, tenía otras tantas inscripciones latinas, *á cual más ridículas*, según la expresión de Mesonero Romanos, diciendo por la parte que miraba al campo, ó sea á la Castellana:

D. O. M.—Ferdinando VI regnante. Ad umbram continuae Salesianae molis, Regis imperio porta haec constructa, anno D. MDCCLVI.

Por el lado opuesto se leía:

D. O. M.—Ferdinando VI regnante, viae et aquaeductus ampliati et in pulchriorem et commodiorem formam redacti.

Completaban la decoración epigráfica de la *Puerta* por uno y otro lado dos leyendas más, que promovieron la burla de los madrileños, tan propensos á ella, y que fueron sin duda las que al grave Mesonero Romanos inclinaron á tildar de ridículas en común las inscripciones. Por el lado del campo, decían: *Munit, ornat, miratur, delectat.*—Por el interior: *Pulchrè, munificè, stratum erectum.*

De fábrica de ladrillo, y levantada en 1748, la *Puerta de*

Atocha, que yo ya no he conocido, estaba al S. en la terminación de la pendiente calle de aquel nombre, mirando por su parte interior al *Prado* y por la exterior al *Paseo de las Delicias*. Constaba de tres arcos iguales, y de su estilo originario, de mal gusto, no podía formarse entero concepto, pues había sido sucesivamente reformada en 1828 y 1829. En 1833 decía de ella el autor de las *Escenas Matritenses* que presentaba «una perspectiva más lisonjera, tanto por haberla descargado de sus ridículos adornos, cuanto por haberla pintado del color de piedra berroqueña y del Colmenar, coronando el final de su ático por la parte del campo un escudo de armas reales, sostenido por dos genios y acompañados de trofeos de guerra, y en el lado que mira al *Prado* el escudo de armas de la Villa con genios y varios atributos». En los extremos del sotabanco se adornaba también con trofeos y grupos escultóricos, que eran de D. José Tomás, autor, juntamente con D. José de Agreda, de la restante decoración reformadora.

Humilde, y de dos huecos de medio punto, era la *Puerta de Segovia*; construída de fábrica de ladrillo como la anterior, cuando á principios del siglo XVII fué abierta la calle que se dijo *nueva de Segovia*, cuyo principio estaba en la *Costanilla de San Andrés*,—la puerta carecía de importancia en el sentido artístico, miraba á Ocaso, y por ella se salía al camino real de Castilla y Galicia, siendo su aspecto por extremo deplorable.

Desmontada y perdida como la de *Recoletos*, recordada será por muchos la *Puerta de San Vicente*, en la terminación de la *Cuesta* de este mismo nombre, pues hasta no hace muchos años se ha conservado. Apoyada en los tapiales del *Campo del Moro* y de la *Montaña del Príncipe Pío* por Mediodía y Norte respectivamente, tendíase mirando á Ocaso, y labrada en piedra berroqueña y de Colmenar, reemplazó por orden de Carlos III, en 1775, á la entrada que allí existía. Aunque diseñada y dirigida por Sabatini, el autor del *Arco triunfal* dedicado al propio Carlos III tres años adelante,—el cual *Arco* es cono-

cido de todos con el nombre de *Puerta de Alcalá*, pues de tal ha venido sirviendo efectivamente,—distaba mucho del del *Arco* referido el mérito de la *Puerta de San Vicente*, aunque ésta no carecía de pretensiones, dentro del estilo pseudo-clásico á que correspondía. Con arreglo á las prescripciones de éste, que inspiraron las otras Puertas más ó menos monumentales de la Villa, formábase la presente de tres distintos cuerpos, de mucha menor altura los laterales, cuyos adintelados huecos servían para los peatones, y daban á los paseos de los extremos de la *Cuesta*, inmediatos á las tapias; adornábanse con sendos y sencillos pilastrones en los ángulos, corrido entablamento, y labradas piñas y trofeos guerreros por remate, mientras el cuerpo central sobresalía sólido, con su arco de medio punto almohadillado, su dóricas columnas que le flanqueaban soportando el entablamento ornado de triglifos y castillos en las metopas ó espacios intermedios, y su triangular frontón descansando en el cornisamento, con guerrero trofeo por remate. En la parte central del entablamento figuraba una lápida que declaraba:

«*Carolus III aperta via, porta structa, commoditati ac ornamento publico consultum volvit, anno MDCCLXXV*».

De estructura y forma asemejables era, también labrada en piedra, bien que con menos pretensiones, la *Puerta de San Fernando*, que daba por la *calle de Fuencarral* salida á la carretera de Francia. Tenía tres huecos, dos de ellos más pequeños y adintelados, que flanqueaban el central, como siempre, de medio punto, y fué erigida en 1767, no mereciendo en realidad los honores de esforzar la memoria para evocar la de la *Puerta de Santa Bárbara*, adosada al *Saladero*, y la de la *Puerta de Fuencarral* ó de *Santo Domingo*, pues eran «poca cosa en forma y en materia». Mucho mayor era la importancia artística del denominado *Portillo de Embajadores*, que todos hemos conocido, y que, erigido en 1782, ha seguido la suerte de las demás entradas de la Villa, desapareciendo con ocasión del ensanche y saneamiento de Madrid, población tan necesitada

de reformas, que debían ser acometidas con energía y ejecutadas con tesón y sin desfallecimientos.

Dentro de este circuito, que como férrea cintura la oprimía, desarrollábase la urbe en forma tan irregular y caprichosa, de tal modo desordenada y falta de condiciones, que en realidad no se concibe hoy, ya en el siglo xx, cómo no se acuerda y acomete la empresa de convertir la Capital de España en población europea, siguiendo el ejemplo que ofrecen Londres, París, Berlín y Bruselas, ciudades que han logrado regenerarse con arreglo á las necesidades de la vida moderna, y que han sabido prescindir y vencer enérgicamente cuantos obstáculos se oponían á la realización de un plan beneficioso en todos conceptos, bastando recordar, por lo que á Madrid se refiere, que hasta el año de 1865 han imperado en la Villa las ordenanzas dictadas para ella á principios del siglo xvii, lo cual arguye no ya sólo desidia por parte del Municipio, sino por la de las autoridades obligadas á residir en la Corte por su categoría.

Estrechas, sin dirección, tortuosas, con rasantes diferentes y caserío tan humilde como heterogéneo,—á manera de urdimbre quebrantada y rota, las calles discurrían sin verdadero concierto dentro de aquel recinto, pareciendo creadas más por la casualidad y el capricho que por las necesidades de la vida. Contaba entonces Madrid con 492 vías de todas clases, 4 plazas y 79 plazuelas; y aunque á la transformación de la Corte aspirase José I con la demolición de edificios religiosos cuyos solares quedaron convertidos por su mayor parte en plazuelas, —lo cual dió ocasión á que con burlona frase fuera apellidado el hermano de Napoleón I el *Rey Plazuelas*,—nada hubo de lograrse, cuando todo podía acometerse, siendo como era la Villa población realmente nueva, en la que los grandes prestigios monumentales no embarazaban por modo alguno para trazar con propósito y fin deliberados el plan á que su urbanización definitiva debía de someterse.

No serán, para fortuna suya, pocos los que recuerden como

yo aquellos edificios que se decían *construídos á la malicia*, con estrecho, lóbrego zaguán, nauseabundo, provisto á un lado de urinario recipiente que parecía vedar el ingreso, y al fondo, de escalones altos, desiguales y muchas veces carcomidos, sin luz ni ambiente, de muros negros y lustrosos en que á veces se sujetaba á guisa de pasamanos desfilachada cuerda, la escalera, de caja también angosta y maderos sin color, alumbrada de piso en piso por pequeño hueco provisto de verdes, polvorientos y brumosos vidrios, que apenas dejaban penetrar tibias ráfagas de claridad dudosa, suficientes sólo para distinguirla, según lo consentía el húmedo patinillo á que se hallaba abierto el hueco.

Pudo el Madrid de entonces, cuyas costumbres hubo de reproducir nuestro Mesonero Romanos con exactitud escrupulosa en sus *Escenas Matritenses*, merecer las diatribas y las censuras que se le dirigieran, y ser acaso con corta diferencia la población de que en Lieja hablaba á su auditorio, á fines de 1904, el Profesor de aquella Universidad en la curiosa conferencia de que dejo hecho mérito; pero desde entonces acá, si bien no ha obtenido nunca expresión cierta de amoroso afecto por parte de los madrileños, que son hijos suyos de ocasión en su mayoría, y ha concitado en cambio contra sí la enconada odiosidad de las provincias, algo ha cambiado el aspecto de la antigua Villa, más por las necesidades crecientes del comercio y de la industria que por el noble generoso anhelo de levantarla á la altura que su capitalidad exige, y que demandan de consuno la higiene y la conveniencia de asegurar la vida siempre amenazada de sus allegadizos habitantes.

Centro de la Monarquía, residencia del príncipe y de los ministros, bien á las claras demuestra aún su irregular perímetro, cómo ha ido formándose la coronada Villa desde que Felipe II se resuelve á establecerse en ella y Felipe III abandona á Valladolid, hasta los tiempos democráticos actuales, en que á la pasión política, en otros tiempos omnipotente, han reemplazado las ideas universalmente trastornadoras, expre-

sivas de la aspiración suprema que para lograr el advenimiento y la emancipación del que llaman todavía cuarto estado, profesan ciertas clases sociales. Como en los tiempos medioevales, al amparo de los resistentes muros de enhiesta fortaleza encaramada sobre riscosa altura surgían pequeños poblados, origen de ciudades notables muchas veces,—así, á espaldas de aquel Alcázar erigido sobre el valle del Manzanares, reedificado por Enrique IV en el siglo xv y modificado por Luis de Vega en el xvi de orden del hijo de Carlos de Gante, la lisonjera solicitud de afanosos cortesanos, mirando como centro y eje de la vida la casa del monarca, hubo de agrupar sin plan preconcebido el caserío, contribuyendo á la condensación con aquellos edificios, de que aún queda rastro en el valle de la calle de Segovia, no escaso número de fábricas religiosas de todo orden y categoría.

Trajo consigo el establecimiento de la Corte en la Villa multitud de pobladores de las lejanas provincias, que hizo necesario el ensanche de la ciudad, con vías todas ellas encaminadas como á su norte hacia el palacio del Monarca; y conforme fueron acrecentándose las inmigraciones, arenales, egidos, huertas y jardines desaparecían para ser reemplazados por el caserío, siempre sin plan, y no con otro propósito que el de facilitar hospedaje á los que entonces recibían nombre de *andantes en corte:* sin que nadie se preocupase de otra cosa que de su interés personal, ni á lo porvenir dirigiese una mirada. Sólo cuando el triunfo de las ideas liberales despojó de sus facultades absolutas á la corona; sólo cuando dejó ésta de ser manantial de gracias y de mercedes, y comprendió la masa popular que todo debía esperarlo de su propio personal esfuerzo, fué cuando, rompiendo cuanto la oprimía, buscó expansión la Villa coronada, y surgieron barrios y se levantaron edificios que, dignificándolos, contribuyen al engrandecimiento de la Corte.

Por eso, si en 1833 tenía Madrid 492 calles, 4 plazas y 79 plazuelas, según dejé notado, medio siglo después contaba con

846 calles, esto es, 354 más, 6 glorietas, 24 paseos y 73 plazas y plazuelas; si su población era de 211.127 habitantes, en el mismo período de tiempo había subido á 472.228 de hecho y 473.815 de derecho, es decir, 261.101 ó 262.688 más en un concepto ú otro; si su circunferencia era de 15.553 varas castellanas, poco más de 13 kilómetros, llegó á cerca de 24; si el número de agrupaciones ó manzanas de edificios era el de 540, con el de 1495 aparece en el período marcado, no debiendo perder de vista que desde 1887, fecha á que son en su mayoría referibles estos últimos datos, ha aumentado considerablemente Madrid en todos estos conceptos, bastando no obstante cuanto consignado queda, para demostrar por superabundante modo lo progresivo, aunque lento, de la transformación que viene experimentando desde el año 1833, señalado como punto de partida. Para que resalte mejor el desarrollo en poco más de medio siglo alcanzado por la Villa, puede la comparación ser resumida en el siguiente cuadro, que es bien expresivo:

	1833 — Kilómetros.	1887 — Kilómetros.	DIFERENCIAS — Kilómetros.
Superficie total de la Villa	13	24	11
Número de calles	492	846	354
Idem de plazas, plazuelas, glorietas, etc.	83	103	20
Idem de manzanas	540	1.495	955
Población	211.127	473.815	262.688

En el orden eclesiástico, estaba Madrid dividido en 17 Parroquias, dentro de la cerca comprendidas, y 2 extramuros, figurando á la cabeza la *Parroquia de Santa María*, que se levantaba en la calle Mayor, frente al edificio llamado *Los Consejos,* construído á principios del siglo XVII, para morada suya, por los duques de Uceda. Fué demolida dicha Parroquia en 1869, y su primacía sobre todas las de Madrid tenía por fundamento la antigüedad remota que le era atribuída, asegurándose fué en tiempos de los musulmanes mez-

quita, acaso—si la afirmación es tan cierta como verosímil—la mayor ó *Aljama* de que hablaba en el siglo XII Al-Edrisí, la cual se dice purificada y consagrada por Alfonso VI á la Virgen María. El edificio, aunque restaurado por Ventura Rodríguez, quien hizo todo lo posible por darle aspecto artístico, acomodado al gusto de la época, resultaba, no obstante, mezquino y pobre, recordándose como lo más notable en la Parroquia la *Capilla de los Bozmedianos*, construída en el siglo XVI, y á la cual debe pertenecer, si no estoy equivocado, la interesante reja que, procedente de aquella iglesia, figura por donación del Ayuntamiento en el *Museo Arqueológico Nacional* al presente (1).

En categoría, en antigüedad y en importancia, seguía por ello á la anterior la *Parroquia de San Martín*, cuya feligresía era tan extensa, que en 1833 comprendía no menos de 105 calles y 2.300 casas. Correspondía al monasterio de Benitos que, con el título citado, fué fundado, cual se asegura, al tiempo de la Reconquista en el *Arrabal* del mismo nombre, y ocupaba entera la manzana que en la actualidad circunscriben la *Plazuela de San Martín* al N., la calle de la propia denominación al E., la *del Arenal* al S. y la *de las Hileras* á Poniente. El templo avanzaba hacia la estrecha calle que aún es apellidada *Postigo de San Martín*, y parte de su solar, que he conocido abandonado, lo ocupan hoy el jardincillo en que se alza la estatua de Pontejos labrada por Alcoverro, y el edificio del *Monte de Piedad*, proyectado por los arquitectos D. José María Aguilar y Vela y D. Fernando Arbós y Tremanti.

Dicho templo había sido todo él trastornado ó reconstruído, á lo que parece, en los principios del siglo XVII, reinando Felipe III, y era notable en él la *Capilla de Nuestra Señora de Valvanera*, donde en soberbios sarcófagos yacían Alonso

(1) Con ella remitió el Municipio una pequeña caja de plomo que estaba en el interior de la bola de la torre, y que contenía, con varias oraciones impresas, medallones de cera con distintas imágenes en relieve, todo ello descompuesto por el óxido de plomo.

Gutiérrez, Contador mayor del emperador Carlos V, su Tesorero general y de su Consejo, y la mujer del dicho Contador, doña María de Pisa. Los bultos yacentes de ambos personajes fueron, según Quintana, labrados por Berruguete, lo cual, ya que no sea cierto, resulta verosímil, á juzgar por lo que de ambas esculturas, aunque por extremo deformado, después de muchas vicisitudes subsiste, pues los restos á que aludo figuran en el *Museo Arqueológico Nacional*, adonde fueron trasladados desde los sótanos del antiguo y demolido Ministerio de Fomento. Asegúrase que en esta Parroquia estaban, además, los enterramientos del P. Sarmiento y los del famoso marino Jorge Juan, y que cuando en 1809 los franceses hicieron derribar el templo, exhumaron las reliquias del célebre general de la Armada, trasladándolos, con todos los honores de Ordenanza, al Ayuntamiento, donde se han perdido (1).

El amplio edificio del Convento fué sucesivamente destinado, después de la exclaustración de 1834, á Gobierno Civil, Diputación Provincial, Bolsa y Tribunal de Comercio, Junta de Sanidad y Cuartel de la Guardia Civil por último, que es como yo le he conocido. La Parroquia tenía por auxiliares y anejos, dada la extensión de su feligresía, las iglesias de *San Ildefonso* y *San Marcos*.

San Ginés, en la calle del Arenal, inmediata á la anterior, era la tercera en categoría y daba ó dió, mejor dicho, nombre á otro de los arrabales de la antigua Villa. Supónese fué Parroquia muzárabe, si bien nada hay que lo pruebe ni lo contradiga, y sólo de cierto se sabe que existía en tiempo del rey don Pedro. No debía ser su fábrica de grande solidez ni de mayor importancia, cuando amenazaba en los días de Felipe IV inminente ruina, por lo cual, ó acaso también por el afán inmoderado de renovaciones, que tanto daño ha hecho en los monumentos y que tan singular desarrollo tuvo por entonces, fué demolido el templo y reconstruído en 1645 de

(1) Mesonero Romanos, el *Antiguo Madrid*, pág. 100, nota.

nueva planta. El año de 1824, voraz incendio hubo de quebrantarle, y no hace muchos ha sido renovado todo su exterior al gusto plateresco por medio de yesones, que dan al edificio cierto aspecto artístico, pero que falsean su historia, pues en la época del desvanecido Felipe IV no imperaba ya estilo semejante. Como todas las de Madrid, es pequeña la iglesia, incapaz é impropia de la dignidad del pueblo al cual ha sido impuesta la capitalidad de España.

No otras eran con verdad las condiciones con que hasta 1842 vino, á fuerza de estériles reparos, subsistiendo en la *calle Mayor*, frente á la denominada *Plaza de la Villa,* la antiquísima *Parroquia del Salvador,* que había dado nombre á la referida *Plaza*, siendo una de las primitivas de Madrid, y en cuya sala capitular, colocada sobre el pórtico y harto menguada, había celebrado el Concejo de la Villa sus sesiones. Hacíanla notable no sólo esta principal circunstancia, merced á la cual adquiría no dudoso interés su incolora fábrica, sino la de que en ella fué sepultado el insigne don Pedro Calderón de la Barca, como lo estuvo el Conde de Campomanes. La torre, de bastante elevación, recibía título de *la atalaya de la Villa*, por servir sin duda al Concejo, de quien era propiedad, así como las campanas y el reloj que la adornaban; pero á pesar de todo, su parroquialidad se hallaba en 1833 tan reducida, que fué preciso acrecentarla con la de *San Nicolás,* allí inmediata, y que mísera y pobre de edificio, desdichadamente restaurado en el siglo XVIII, continúa en la calle á que ha dado nombre, siendo, sin embargo, digna de respeto por haber sido en ella bautizado don Alonso de Ercilla, y haber recibido sepultura en ella los restos del célebre arquitecto Juan de Herrera. La *Parroquia del Salvador* al fin, por lo ruinoso de su estado, fué demolida en 1842, y su solar ha sido edificado.

Avanzando hacia los soportales de la pequeña plaza irregular á que dió nombre, y cerrando casi el extremo superior de la empinada *calle de Esparteros*—hasta los comienzos de la revolución de 1868, en que fué derribada, levantábase volvien-

do en línea oblicua á la *Plaza de la Leña* la *Parroquia de Santa Cruz*, vulgar, aunque no exenta de pretensiones en su fábrica, la cual, por otra parte, no ofrecía interior ni exteriormente sino la poco agradable monotonía arquitectural de los templos erigidos durante la XVII.ª y la XVIII.ª centurias. Devorada por las llamas de terrible incendio en 1620, la iglesia antigua fué reconstruída á toda prisa; pero destruída también de igual manera la nueva construcción de 1763, volvía á ser reedificado el templo en 1767, conforme al gusto de la época. Su torre—que era ponderada entre los madrileños por lo inusitado de su altura, y tomada siempre como supremo tipo de comparación, lindante con lo hiperbólico — cuadrada y sin mérito artístico, medía, con efecto, no menos de 144 pies, cerca de 40 metros de elevación, y así como la de la *Parroquia del Salvador* fué llamada, cual dejo dicho, *Atalaya de la Villa*, esta de *Santa Cruz*, colocada en una eminencia, fué denominada *Atalaya de la Corte*, recordando todavía, como muchas personas, el regocijado efecto que producía el toque de sus campanas en los días de Navidad, y cuando, entonces como ahora, se agrupaban en la *Plaza* los alegres puestos de figuras de barro, nacimientos, rabeles y panderas y tambores, encanto de aquellos niños que hoy nos gobiernan y dirigen.

Respetable por su antigüedad — en las pendientes rápidas que buscan como cauce común á que por una parte y otra afluyen, el que constituye la *calle de Segovia*, — cual témpano milagrosamente detenido, perdura allí el templo mísero de la *Parroquia de San Pedro*, que alguien ha supuesto fué mezquita, que se dice trasladada por Alfonso XI de una casa fronteriza llamada San Pedro *el Viejo* (1), y que era en 1833, según lo es hoy, testimonio vivo en Madrid del olvido y del abandono en que caen las reliquias del pasado por doquiera. De exiguas

(1) Dicha casa era no obstante un beaterio, llamado de *San Pedro el Viejo*, fundado en 1448 por Marina Mejía, mujer de Francisco de Ávila, alcaide y vecino de Madrid.

dimensiones, tal cual las exigencias de la población entonces demandaban, labrada era con arreglo á las prescripciones tradicionales de aquel estilo genuinamente nacional, que tantas obras estimables ha vinculado en la Península, y que da carácter y color á la mayoría de los templos erigidos en la imperial é incomparable Toledo.

Pobre y mísera, repito, no hicieron en ella de seguro alardes vanos ni el *estilo mudejar* en el exterior, ni el ojival en el interior del templo; pero sí la dotaron, á semejanza de las que surgen esbeltas entre el apiñado caserío de la ciudad del Tajo, de erguida cuadrada Torre de ladrillo, perforada por estrecha mira convertida en elegante arquillo exteriormente (1), y coronado el conjunto en cada frente por dos anchos elegantes ventanales de herradura en que volteaban las campanas. Es aquella Torre el último ejemplar vivo que del *estilo mudejar* en Madrid se conserva; pero sobre que nadie ha cuidado de impedir su deformación en tiempo alguno, recientemente, al ser la pobre iglesia blanqueada, pintada y adecentada al gusto de oratorio casero, ó de iglesia de lugar humilde, pero limpio, no sólo se ha falseado la construcción, fingiendo ser el paramento de sillería, sino que la torre, inicuamente repintada para simular *fábrica de ladrillo,* cuando de ladrillo está labrada, ha perdido su fisonomía y su carácter, viendo deformados los huecos superiores y estropeado el ajimecillo ornamental de que antes hablo. Llamé acerca de esto la atención de mis compañeros en la Academia de Bellas Artes; pero nada se ha hecho para despertar el interés del Prelado, quien, á sospechar el valor relativo de la Torre, no habría consentido ciertamente que fuese profanada como con la mejor intención lo ha sido.

De la *Parroquia de San Andrés*, cuyo edificio subsiste, na-

(1) Mientras para el insigne Mesonero Romanos no existía nada de notable en esta torre, sino la campana de *tocar á nublado*, Fernández de los Ríos, quien también cita la campana, dice que en esta torre «se conserva un estrecho ventanillo de forma *arábigo-bizantina*», que no sé qué cosa sea, pues á lo que alude es al arquillo mudejar decorativo mencionado.

da habré de decir, así como tampoco del de la de *San Justo,* erigido en las postrimerías del siglo XVIII por el cardenal de Borbón, en el emplazamiento de la antigua iglesia; á esta última Parroquia estaba agregada la de *San Miguel*, situada en la plazuela que aún conserva el nombre, y demolida en tiempo de los franceses, siguiendo en pos la *Parroquia de San Sebastián* en la calle de Atocha, cuya fachada es motejada de ridícula, tanto que el diligente Fernández de los Ríos, cuyos proyectos respecto de Madrid es muy de sentir no hayan sido llevados todos á la práctica, recordaba aquel ocurrente diálogo que fingía el poeta, diciendo:

—Santo de tanto valor,
¿Qué hacéis en tal frontispicio?

A lo que contestaba el santo:

—Os aseguro en rigor
Que á no estar en el Hospicio,
No pudiera estar peor.

Tampoco he de decir nada en orden á la *Parroquia de Santiago*, demolida en la reforma ideada por José Bonaparte para facilitar las avenidas del Palacio Real, y reedificada en 1811; pero á su feligresía fué agregada la de la antigua *Parroquia de San Juan*, también entonces derribada, y una de las más antiguas, en la que fué sepultado el inmortal Velázquez. Estaba en la desembocadura de las calles *de Santiago* y *de la Cruzada,* y en balde han sido cuantas investigaciones se han hecho en ocasiones diferentes para encontrar los restos del autor del cuadro de *las Meninas*. *San Luis*, que fué anejo primeramente de *San Ginés*, se conserva en la *calle de la Montera* tal como fué edificada en 1689, según, con corta diferencia, acontece con la iglesia parroquial de *San Lorenzo*, construída en 1662, y con la de *San José,* fundada en 1745 por el duque de Frías. Las dos últimas Parroquias con que en 1833 contaba Madrid, fuera de la de Palacio y el *Retiro*, eran la de *San Millán*, de fábrica poco interesante, en la *Plaza de la Cebada*, y

Nuestra Señora del Buen Suceso situada en la *Puerta del Sol*, formando el frente entre la *calle de Alcalá* y la *Carrera de San Jerónimo*. Tampoco ofrecía nada de particular en su edificio, siendo sólo digno de ser recordado que en el patio de esta iglesia fueron fusilados no pocos madrileños el glorioso día 2 de Mayo de 1808, según lo conmemoraba la inscripción colocada en el crucero al lado de la Epístola, y que en el presbiterio, al mismo lado de la Epístola, como los de varón venerable, la pasión política depositó dentro de una urna los restos mortales del célebre *Cura de Tamajón*, D. Matías Vinuesa, muerto por las turbas dentro de la Cárcel de la Corona, el 4 de Mayo de 1821.

En la actualidad son treinta las Parroquias, cuyo orden procesional abre, como es consiguiente, la de *Nuestra Señora del Buen Consejo* en la iglesia Catedral de San Isidro, siguiendo la de *Santa María* en el hermoso templo del Convento de Bernardas del *Sacramento*, fundado en 1615 por el duque de Uceda y terminado en 1744; la de *San Martín*, en la iglesia de *Porta Coeli*, cuya fábrica es de 1725; la de *San Ginés;* la del *Salvador* y *San Nicolás*, en la iglesia de *San Juan de Dios*, situada en la *Plaza de Antón Martín;* la de *Santa Cruz*, en el nuevo templo erigido sobre el solar de *Santo Tomás;* la de *San Pedro*, en la *calle de la Paloma;* la de *San Andrés;* la de *Santos Justo y Pastor*, en las *Maravillas*, calle de la Palma; la de *San Sebastián;* la de *Santiago y San Juan* las de *San Luis*, *San José* y *San Lorenzo*, erigida ésta en 1662; la de *San Millán*, en la iglesia de *San Cayetano*, dirigida á principios del siglo XVIII por Churriguera y Rivera, y situada en la *calle de Embajadores;* la de *San Ildefonso*, que fué anejo de *San Martín*, y cuyo templo, destruído por los franceses, fué reedificado en 1827; la de *San Marcos*, anejo también en 1833 de *San Martín*, construída en la *calle de San Leonardo* el año 1753 por Ventura Rodríguez; la de *Santa Teresa* y *Santa Isabel*, en la iglesia de Chamberí; la del *Purísimo Corazón de María*, en la *Plaza de las Peñuelas;* la de *Nuestra Señora de las Angustias*, en la *calle del General*

Lacy (paseo de las Delicias); la de *San Antonio de Padua* ó *de la Florida*, templo enriquecido por los famosos frescos de Goya, que ahora va á ser declarado Monumento Nacional; la de *San Jerónimo*, en la iglesia del antiguo *Convento de San Jerónimo del Paso*, en el Retiro; la de *Nuestra Señora de la Concepción*, en el Barrio de Salamanca; la de *Nuestra Señora de los Dolores;* la de *Nuestra Señora del Carmen*, en la calle de este nombre; la de *Nuestra Señora del Pilar*, en la Guindalera; la de *Nuestra Señora de Covadonga*, en la iglesia del derruído *Convento de San Plácido*, en la *calle de San Roque;* la de *Nuestra Señora de los Angeles*, en Bellas Vistas; la de *San Miguel*, y por último, la de *Santa Bárbara*, templo erigido por Fernando VI para el *Convento de las Salesas reales*, en la calle de *Doña Bárbara de Braganza*.

Rodrigo Amador de los Ríos

LA CONCORDANCIA GRAMATICAL EN EL "QUIJOTE,,

Famosa fué entre griegos y romanos la divergencia de principios gramaticales que dividió á las escuelas de Alejandría y Pérgamo, y luego á los gramáticos romanos. La primera optaba por la *analogía*, la segunda por la *anomalía*. Después tomó otro giro la controversia, y los unos, continuadores de los analogistas, ponían por principio supremo *las reglas*; los otros, sucesores de los anomalistas, anteponían el *uso*, conforme al dicho de Horacio: *penes quem est ius et norma loquendi*. Estas dos tendencias han continuado en todo tiempo, aunque los rígidos legisladores hayan tenido que ceder generalmente, y más hoy día, cuando toda la ciencia del lenguaje se funda en el hecho averiguado é incontestable de que los idiomas son producto del pueblo, no sistema que haya salido del cerebro de un sabio, y que por consiguiente no hay leyes que valgan, si no son el resultado de los hechos reales. El habla hay que tomarla tal cual es, sin mixtificaciones de escuelas ni de teorías de los que las estudian para formular su gramática. ¿Hay que decir así, ó hay que decir asá? Todas las reglas huelgan, y la misma pregunta contiene resabios añejos. ¿Cómo se dice entre el pueblo? Tal es la verdadera pregunta, cuya respuesta le toca dar al pueblo, al uso. Y llamo pueblo á los que escriben y á los que no escriben, con tal de que los que escriben lo hagan conforme al uso de los que hablan. De aquí la autoridad de los más afamados escritores, cuyos escritos nos muestran el uso de un idioma en una época determinada. Su valor como autoridades en materia de lenguaje se funda en que

todos convengan en aceptar su manera de escribir como castiza y conforme al genio del idioma. Si alguno, Cervantes es tenido con razón por maestro de lengua castellana.

Pero suele suceder que el reglamentarismo transforma los fenómenos gramaticales en algunas cabezas por maneras tan subjetivas que, al darnos una gramática como conjunto sistemático de dichos fenómenos reales, aparecen no pocas veces coloreados por ciertas teorías apriorísticas del gramático, de modo que en vez de ser una gramática de tal idioma tenemos una gramática del idioma fantaseado por Fulano de Tal. En semejantes casos urge contrastar las doctrinas en esa gramática asentadas con los hechos verdaderos, y acudimos á los escritores de mayor autoridad si el uso no nos despeja enteramente la incógnita.

*
* *

La concordancia es uno de los asuntos que más se han resentido en las gramáticas del subjetivismo teórico de sus autores. Se parte del principio general de que han de concordar las formas en la oración; y cuando no se halla en los hechos esa concordancia, no porque no exista, sino porque no aparece en la sobrehaz, se condenan temerariamente los hechos, sacrificándolos torpemente á la ignorancia revestida de sabia. Clemencin rèprueba como viciosa esta concordancia de Cervantes: «Lo mismo *confirmó* Cardenio, don Fernando y sus camaradas».

Confirmaron debió decirse, puesto que el sujeto del verbo está en plural. La regla de concordancia reza que sujeto plural exige verbo plural.

Muy bien; pero ¿cuál es el sujeto de *confirmó?* Sin vacilar se dirá: un plural, es decir, *Cardenio, don Fernando y sus camaradas.* Pues permítame Clemencin que le diga de nones; el sujeto es singular, y usted no lo ve.

Viene Salvá, y efectivamente le corrige. Si el verbo *precede* á varios sujetos singulares ligados por la conjunción y,

puede ponerse en plural ó concertar con el primero: «*(Causaron* ó) *causó* á todos admiración la hora, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba» (Cerv.). «*Crecía* el número de los enemigos y la fatiga de los españoles» (Solís). «Crecieron al mismo tiempo el cultivo, el ganado errante y la población rústica» (Jovellanos).

Salvá cayó en la cuenta de que nuestros autores no se atenían á la regla supuesta por Clemencin, y le dió mayores ensanches. Viene Bello, y dice: «Observando con atención el uso, se encontrará tal vez que estas dos autoridades son conciliables aplicadas á diferentes casos: que si se habla de cosas rige la regla de Salvá, y si de personas la de Clemencin: «*Acaudillaba* la conjuración Bruto y Casio», «*Llegó* el gobernador y el alcalde», son frases que incurrirían, cuando menos, en la nota de inelegantes y desaliñadas».

Todo esto por partir de una regla teórica y querer ajustar á ella los hechos, en vez de partir de los hechos, deduciendo de ellos la regla verdadera. ¿Qué es *inelegancia* y qué es *desaliño?* Negro se vería Bello para contestar á esta pregunta. El ideal de la elegancia y del aliño se pone en la regla teórica de la concordancia á lo Clemencin: no hay otra razón. Y ¿por qué ha de ser ese el ideal? El ideal del idioma, ¿lo hemos de forjar nosotros á fuerza de combinar reglas, escuadras y compases en nuestra fantasía, ó lo lleva consigo el mismo idioma?

*
* *

Ni la regla de Clemencin, ni la de Salvá, ni la de Bello, se encuentra observada en nuestros clásicos. Cervantes pone el verbo en singular ó en plural, ya precedan, ya sigan varios nombres; véanse estos ejemplos: El buen passo, el regalo y el reposo, allá *se inuento* para los blandos cortesanos (I, 13, 41) (1).

(1) El primer número es el del capítulo, el segundo del folio de las ediciones de Cuesta de 1608 y 1615.

El lenguaje no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro cauallero *acrecentaua* en ellas la risa, y en el el enojo (I, 2, 5). *Ordenó*, pues, la suerte, y el diablo, que no todas veces duerme (I, 15, 52). Esta marauillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro cauallero traîa... le *truxo* a la imaginacion una de las estrañas locuras que (I, 16, 58). Y ya se â que *sabe* el vizcocho, y el corbacho (I, 22, 92). A los que Dios y naturaleza *hizo* libres (I, 22, 92). El calor, y el dia que alli llegaron, *era* de los del mes de Agosto (I, 27, 121). La hora, el tiempo, la soledad, la voz, la destreza del que cantaua, *causô* admiracion, y contento en los dos oyentes (I, 27, 122). Orden, y mandato *fue* este, que me *puso* (I, 27, 125). No me *dio* lugar mi suspension y arrobamiento (I, 27, 127). Pero a todo esto *se opone* mi honestidad y los consejos continuos, que mis padres me dauan (I, 28, 134). Mas la honesta presencia de Camila, la grauedad de su rostro, la compostura de su persona, *era tanta*, que *ponia* freno a la lengua de Lotario (I, 38, 171). Es (Camila) archiuo donde assiste la honestidad y *viue* el comedimiento, y el recato, y todas las virtudes (I, 34, 172). Porque en el *se desengaño* el mundo, y todas las naciones, del error en que *estauan* (I, 39, 203). De lo qual *quedô* Camacho y sus valedores tan *corridos* (II, 21, 80). Con las quales *quedo* Camacho y los de su parcialidad *pacificos* y *sossegados* (II, 21, 81). *Consolado* pues y *pacifico* Camacho y los de su mesnada (ídem). La *esplendida* comida y fiestas de Camacho (ídem). Y el con otro *auian* entrado en el monasterio (I, 36, 193). Otro, y otro le *sucede* (I, 38, 200). Yo me auendre con *quantas* espias, y matadores, y encantadores vinieren (II, 47, 176). Y aunque la hambre, y desnudez *pudiera* fatigarnos a vezes (I, 40, 208). *Auia* el, y todos nosotros de tener libertad (I, 40, 210). Y que podria ser, que el poco animo que aquel tuuo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco fauor del otro, y finalmente el torcido juyzio del juez, *huuiesse* sido causa de vuestra perdicion (I, 22, 92). Las donzellas, y la honestidad *andauan*... por donde quiera, *sola* y *señera*, sin te-

mer que la agena desemboltura y lasciuo intento *la* menoscabassen (I, 11, 34).

*
* *

Este último ejemplo, y los demás en que el adjetivo parece chocar, prueban manifiestamente que tales concordancias nacen de tener solamente presente el vocablo más cercano, prescindiendo de los demás. No pueden atribuirse á erratas de imprenta los casos en que se falta á las leyes de los dichos gramáticos, porque son innumerables. Hay que confesar que Cervantes, siguiendo en esto al habla vulgar, no tenía por descuido, sino por ley, el concordar el verbo y el adjetivo con el sustantivo más cercano, en singular, prescindiendo de que precedieran ó siguieran otros sustantivos. Así en: «de lo qual *quedô Camacho* y sus *valedores* tan *corridos*», el verbo va en singular y el adjetivo en plural; ejemplo bien instructivo y fehaciente.

Son descuidos de Cervantes, se dirá. Pero es que en todos los clásicos se encuentra lo mismo.

Nuestros clásicos eran muy descuidados.

Entonces ¿para qué sirve la autoridad de los clásicos? ¿Para aceptar lo que nos guste y desechar lo que nos disguste? En ese caso no son ellos los que forman autoridad, sino nosotros, nuestro gusto, nuestras reglas *á priori*. Será más correcto lo contrario á nuestros clásicos. Pero ¿á qué se da el nombre de corrección? ¿A lo que pueden legislar algunos gramáticos atendiendo á una lógica que ellos *á priori* se han forjado? Lo correcto en el habla es lo que se usa por brotar del genio del idioma. ¿Y por qué hemos de creer que es lógico lo que *á priori* se fantasea, y hemos de tener por poco lógico lo que el habla da de sí? Tan lógico es que la mente atienda tan sólo al sustantivo más cercano, para concordar con él el verbo ó el adjetivo, como que atienda á la suma total de sustantivos de la oración. El verbo ó el adjetivo se refiere en el primer caso tan sólo al sustantivo inmediato, y *se suple* el verbo ó el adjetivo de los demás sustantivos; en el segundo caso todos

los sustantivos forman un todo lógico plural, con el cual concuerda el verbo ó el adjetivo. Esto es lo que no han considerado los gramáticos aludidos. Los hechos son muy respetables, harto más respetables que todas nuestras filosofías, que si en ellos no se fundan, se reducen á burbujas fantasmagóricas, á entes de razón. Esos entes de razón los creen sus autores de carne y hueso, los niños los aprenden á conocer por sus nombres en los bancos de la escuela, se familiarizan con ellos y, llegados á mayores, les parece oir una necedad de chiflados si alguien les dice que no hay tal. Esa necedad es la que acabo yo de decir. Yo mismo, como todos los demás, he creído por largo tiempo en tales patrañas, condecoradas con el rimbombante calificativo de *reglas gramaticales*. Cercioréme al cabo de su falsedad, busqué el origen que les dió la existencia, y no lo hallé. ¿Quién ha inventado leyes de concordancia tan acatadas? Del castellano no han salido. ¿Vendrán acaso del francés? El francés dicen que es muy lógico y muy claro. De la lógica ya he hablado. Esa claridad del francés se me antoja á mí como la del agua; pero... mejor es el vino que el agua, como dice el dicho vulgar. La claridad, cuando proviene de pobreza de elementos y de rigidez de movimientos, no es cosa muy de alabar. Eso es como el hombre libre que envidia al encarcelado porque todo lo tiene conforme á ordenanza de antemano. Prefiero la libertad castellana, que es tan lógica como el libre pensamiento.

***

No faltará alguno que crea que esas reglas de concordancia no son exclusivas de nuestros gramáticos, sino naturales, necesarias en toda lengua culta, y aun quién sabe si se llegará á sospechar que existían en latín. No estará, pues, de más advertir que en latín no existen semejantes trabas. Dice Cicerón *(Ad famil.*, 9, 18, 2): «Pompeius, Lentulus tuus, Scipio, Afranius foede *perierunt*»; pero también escribe *(De offic.*, 1, 13,

81): «quom tempus necessitasque *postulat*». Terencio *(Andr.*, 54): «aetas, metus, magister *prohibebant*»; pero también *(Ad.*, 340): «tua fama et gnatae vita in dubium *veniet*». Lo mismo precediendo el predicado: «in omnibus rebus *difficilis* optim perfectio atque absolutio» (Cic., *Brut.*, 36, 137); «*dixit* hoc apud vos Zossipus et Ismenias, homines *nobilissimi*» *(Verr.*, 3, 42, 91).

Y no hay autor latino que no tenga idéntico criterio. César *(De bello gal.*, 2, 19, 1): «ratio ordoque agminis aliter *se habebat*». Salustio *(Cat.*, 52, 6): libertas et anima nostra in dubio *est*». Livio (10, 20, 10): «caedes ac tumultus *erat* in castris». Tácito *(Hist.*, 475): «urbem atque Italiam interno bello *consumptam* (esse)».

¿De dónde, pues, se ha sacado tan tradicional y consagrado principio de concordancia? No es fácil averiguar quién fuese el primero que dió en él, porque todos los gramáticos, salvas raras excepciones, parece que han llevado unas mismas antiparras. De dónde se haya sacado ya es más fácil decidirlo: del espíritu apocado y atado de los del oficio.

*
* *

Vamos á poner ahora de manifiesto la necedad de esa estrecha regla, para hacer ver que no sólo el uso, sino también la *lógica del castellano* va contra ella. Porque cada lengua tiene su lógica, que es la del pensamiento del pueblo que la habla; sinó la gramática de todas las lenguas sería idéntica. Hay una lógica universal del pensamiento *humano;* pero dentro de ella existen tantas lógicas particulares como lenguas, y dentro de cada lengua tantas como individuos. Mi lógica no es la de Clemencin, Salvá y Bello, por lo menos en el punto de que tratamos y en otros varios. No se trata aquí de examinar cuál es la mejor; veamos la lógica castellana respecto de la concordancia, que es lo que hace al caso.

En castellano *el verbo* de la proposición principal, que tie-

ne por sujetos subordinados dos ó más proposiciones, va necesariamente en *singular:* aora me *falta* rasgar las vestiduras, *esparzir* las armas y *darme* de calabaçadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez, que te han de admirar (I, 25, 111). Aquí hallamos la misma ley que acabamos de ver en los ejemplos de Cervantes, donde los gramáticos sólo hallan un descuido intolerable. Sujetos de *falta* son esos tres infinitivos, como lo son *partida* y *locura* del verbo *va* en este otro ejemplo: Y en verdad señor cauallero de la triste Figura, que si es que mi *partida*, y su *locura* de v. m., *va* de veras, que será bien tornar a ensillar a Rozinante, para que supla la falta del ruzio (I, 25, 110). Puédese decir «*faltan* la escopeta y los perdigones», ó «*falta* la escopeta y los perdigones», por lo menos tal es la concordancia cervantina. Qué extraño se diga: «falta rasgar... esparcir... y dar». Y á la verdad, tan nombre es el infinitivo como otro cualquiera, sobre todo como el abstracto *locura* y el de acción *partida*, que equivale á *partir*.

Pero aun fuera de los infinitivos, la ley es general: *lo* más *acertado será..., que cortes* algunas retamas..., y las *vayas* poniendo de trecho en trecho (I, 25, 115). Ten memoria: y no se te *passe* della, *como* te recibe, *si* muda las colores el tiempo, que la estuuieres dando mi embaxada, *si* se desasossiega, y turba, oyendo mi nombre, *si*no cabe en la almohada... (II, 10, 32). El verbo singular con varias subordinadas que hacen de sujeto.

Sólo va el verbo en plural cuando los sujetos, por indicarse reciprocidad, deben separarse en la mente como distintos, ó cuando hay sustantivo predicativo plural: «Holgazanear y aprender *son incompatibles*», «Sentir y moverse *son cualidades* características del animal».

Otro caso. El verbo puede ir en singular ó en plural cuando varios sujetos, ya le precedan, ya le sigan, van unidos con la conjunción *ni*; pero si con el primero va *no*, y con los demás *ni*, el verbo sigue al *no*, concertando con el primer sujeto, y *subentendiéndose,* al modo antes dicho, con los demás. Y era

tanta la ceguedad del pobre hidalgo que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas... *no* le *desengañauan* (I, 16, 58). Hombre, ni gigante, ni cauallero de quantos v. m. dice, *parece* por todo esto, á lo menos yo *no los veo* (I, 18, 68). *No* te *ygualó* en ligereça el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino (I, 25, 110).

El verbo puede ir en singular ó en plural cuando varios sujetos, ya le precedan, ya le sigan, van unidos con la conjunción *ó*: qual *auia sido* mejor cauallero, Palmerin de Ingalaterra, ó Amadis de Gaula (I, 1, 2). Alguna fuente, o arroyo, que estas yeruas *humedece* (I, 20, 75). El tiempo, ô la muerte *ha de acabar* el enojo de sus padres (I, 21, 88).

Está visto que en todos estos casos puede ir el verbo en singular, *subentendiéndose* con los demás sujetos. Tal es la razón de permitirse el singular en Cervantes, aun cuando los varios sujetos estén unidos con *y* ó no lleven conjunción alguna. Y esa razón general no es otra más que el concordar el verbo con un solo sujeto, el más próximo, supliéndose con los demás.

Preguntábamos al principio: ¿cuál es el sujeto en esos casos? Sólo el próximo al verbo; los demás lo son de los verbos que se omiten.

***

Y es que la elipsis juega un gran papel en el habla, y más en castellano. La ley de la economía rige en el habla lo mismo que en los demás fenómenos del universo.

Cualquier parte de la oración se omite una vez empleada con el primer sustantivo, ya precedan, ya sigan, los demás, á no ser que se pretenda hacer resaltar, que entonces se repite cuanto se quiera. Mudar *esse* seruicio y montazgo (I, 22, 94); en vez de: *esos* servicio y montazgo; ó de: *ese* servicio y *ese* montazgo. *El* llagado y falto de sueño (I, 26, 119); en vez de: *el* llagado y *el* falto de sueño, que precisamente indicaría ser dos distintos. Falto de *todo* buen sentido, y conocimiento

(I, 27, 123); en vez de: falto de *todos* buen sentido y conocimiento, ó de *todo* buen sentido y de *todo* conocimiento. Començô su lastimada historia, casi por *las mismas* palabras, y passos que (I, 27, 124); en vez de: con *las mismas* palabras y *los mismos* pasos, ó con *los mismos* palabras y pasos. No porque no tuuiesse bien *conocida* la calidad, bondad, virtud y hermosura de Luscinda (I, 27, 124); en vez de: *conocidas*, ó *conocida* la calidad, *conocida* la bondad, etc. *Daua* el harriero a Sancho, Sancho a la moça, la moça a el, el ventero a la moça (I, 16, 59); en vez de: *daban* el harriero á Sancho, Sancho á..., ó *daba* el harriero á Sancho, *daba* Sancho á, etc.

Pueden, sin embargo, ir en plural *los mismos*, *los dichos*, *los referidos*, etc., ante varios nombres propios ó apelativos de persona. «*Los mismos* Antonio Pérez y hermanos», «Las referidas madre é hija», «Los magnánimos Isabel y Fernando». Pero es porque en la mente se toman como un todo compuesto de varios, y, por consiguiente, como un todo plural.

*
* *

La tendencia entre literatos hoy día es á emplear en plural el verbo ó el adjetivo que se refiere á varios sujetos. Esta tendencia existía también en tiempo de Cervantes, ó mejor dicho, entonces había libertad en el empleo del singular ó del plural. La tendencia moderna se debe á los gramáticos que han enseñado esa regla del plural. Esa no es razón para tener lo contrario en Cervantes, por descuido. Esos gramáticos han atado la construcción castellana. ¡Gran servicio, por cierto! Y esa atadura la tienen por más lógica, digo mal, por únicamente lógica. Lo será, como he dicho, en la lógica de tales gramáticos, no en la lógica castellana, que de suyo es libérrima, y nos la están trabando en muchas cosas que es una compasión. Pero campee la verdad, ante todo. Cervantes no puede ser tachado de descuidado por esa libertad, como ni por otras parecidas. Ni esa regla debe constar en las gramáticas como

regla del castellano, sino como *tendencia moderna*, y como tendencia debida al artificio literario y nacida en la hueca mollera de dómines sandios y cortos de vista.

Eso de llamar *descuidos* á lo que no se ajusta con nuestras reglas, aun en el caso de que éstas fueran reflejo de la realidad de los hechos, indica, por lo menos, aviesa manera de concebir el lenguaje.

El lenguaje vive en continua evolución, y lo que hoy nos parece mal ó descuido, estaba bien en otra época. César fué un descuidado, un tío Calzorras, pues nunca usó medias á pesar de que Suetonio le tilde de extremadamente esmerado en su manera de vestir. Eso se dice, cuando se tacha de descuidado á Cervantes en cosas que eran del habla de su tiempo y que no lo son del habla actual. Porque, cuando se trata de puntos como el que acabo de exponer, lo que hay que decir es que nuestros mayores no iban á aprender el castellano á París para que les pusiesen trabas, tenidas por muy lógicas, en su hablar; y que nuestros gramáticos y escritores, desentendiéndose del habla del pueblo, que es el habla castellana, se han ido fuera de casa á traer modas que no ajustan á nuestro talle.

Julio Cejador

LOS ÉMULOS DE MORATÍN

En la representación de las tres últimas obras dramáticas de Moratín, desde *La comedia nueva ó el café* (1792), *El Barón* (1803) y *La mojigata* (1804), hasta el aspecto de la clase social del público del teatro había cambiado. La buena sociedad, retraída de los coliseos por el chabacanismo del arte y la ineptitud y extravagancias de los autores, volvió á hacerse presente en palcos y lunetas. En la representación de *El sí de las niñas* (1806) quedó bosquejado el teatro social del porvenir. Aquello no fué una representación, sino un verdadero besamanos de veintinueve días continuados. Pero ¿estaban ya vencidos los émulos de Moratín? Los cimientos de la reformación del teatro urbano nacional estaban echados; con todo, los enemigos de *Inarco Celenio* estaban en pie y no eran todos los que podían señalarse con la mano.

Más de un año había transcurrido desde la representación de *El sí de las niñas* y de su impresión en las prensas de Villalpando, cuando el 14 de Marzo de 1807 presentóse una instancia al protector de Moratín, el Príncipe de la Paz, y al solapado enemigo de éste y de los protegidos todos del gran ministro, el marqués Caballero, que desempeñaba la secretaría universal de Gracia y Justicia, en queja contra el juez de imprentas D. Juan Antonio Melon, por no haber concedido licencia al testaferro D. Bernardo García para publicar un papel en que, con la firma anónima de *Un vecino de Guadalajara,* se criticaba juntamente *El sí de las niñas*, de Inarco

Celenio, y las *Odas* de D. Manuel José Quintana y de D. Juan Bautista Arriaza al *Combate de Trafalgar*. Al golpe conoció Godoy de dónde venía y á dónde paraba el tiro; pero cuando se le presentó su instancia al despacho del mismo día, al margen decretó, como tenía de costumbre: «No hay inconveniente». Con todo, este decreto no se comunicó por escrito al interesado.

Pasados otros diez días, el bueno de D. Bernardo recurrió de nuevo á Caballero, y esta vez con dos papeles, uno público y otro particular y privado. En el primero repetía su solicitud; pero en el segundo había ciertas confidencias á manera de denuncias, á que García sabía que el ministro de Gracia y Justicia había de prestar benigno oído. El primero de estos memoriales expresaba que, «deseando imprimir la *Censura* de las obras referidas, de que acompañaba nueva copia, como crítica lícita de la comedia de Moratín y de las odas de Arriaza y Quintana sobre el combate del cabo de Trafalgar el 21 de Octubre de 1805, la había presentado al juez de imprentas, que la pasó para su examen á uno de los autores; que éste había sido de dictamen que no debía permitirse la impresión por no contener nada instructivo, útil ni deleitable, pero explicándose con expresiones generales, sin más pruebas ni autoridad que su opinión, la cual descubría una notoria parcialidad en favor de los tres autores criticados; pero en el nuevo papel se contestaban estos argumentos y se manifestaban más puntualmente las muchas equivocaciones de la censura, y los defectos poéticos de las tres piezas»; á pesar de lo que, la licencia impetrada se volvió á denegar absolutamente al cabo de cincuenta y cuatro días en que se había detenido esta contestación.

Entrando con intención capciosa en otro género de argumentos, la nueva solicitud decía:

«El crédito que logran en el público los tres autores criticados, en especialidad Moratín y Quintana, exigía desde luego el mayor pulso y cuidado en la censura de sus obras, para no chocar contra el torrente de la opinión pública por la mul-

titud de apasionados y entusiastas de su mérito poético; y por lo mismo, era preciso que los defectos que se expusieran al público, de estas tres piezas, fueran muchos, sustanciales, claros, hasta tocar en el punto de la evidencia, contrarios á las principales reglas de la poesía de que tratan todos los autores más clásicos en ella, y que se manifestasen con sencillez y moderación hacia sus personas. Todas estas circunstancias se han tenido muy presentes en esta crítica, y todas se hallan en ella, habiendo rebatido con la mayor fuerza las débiles razones del censor y probado geométricamente sus equivocaciones con las mejores y más corrientes doctrinas en esta materia, y los muchísimos defectos de estas tres piezas; y por lo mismo parece que el prohibirse esta impresión es una parcialidad conocida hacia los tres autores expresados, que no puede permitir la notoria justificación de V. E., ni sus grandes conocimientos en la literatura, por los perjuicios que resultarían á los progresos de ella, de que así se inutilicen las críticas moderadas que tanto han contribuído á aumentarlos, como así se observa en otras naciones».

Todavía la astucia de los que se escondían tras la ignorante irresponsabilidad de García, tocaba en este memorial otro punto de la mayor habilidad: el que se refería á la intermediación del Príncipe de la Paz en este asunto, sabiéndose como se sabían las hondas predilecciones que éste tenía por Moratín. La solicitud á continuación hería esta dificultad de la manera siguiente:—«Como la comedia *El sí de las niñas* está dedicada al serenísimo señor Príncipe de la Paz, me pareció sería en algún modo faltar al respeto que se merece su persona tratar de publicar la crítica de una obra dedicada á S. A. S. sin ponerlo antes en su noticia y tomar su venia; y á este fin he dirigido á dicho serenísimo señor una representación en 14 de éste, en que le expuse se dignase declarar su voluntad de si tenía algún reparo en que se diese al público la crítica de esta comedia. S. A. S. puso al margen de esta representación el decreto de *No hay inconveniente,* lo que, sin duda, de orden de S. A. me

hizo saber *de palabra* en esta corte, la noche del día 16 de éste, su secretario D. Manuel Carrasco, manifestándome dicho decreto».

La carta reservada era de mayor curiosidad:—«Aunque en la representación adjunta, decía en ella á Caballero, doy alguna idea de los motivos que han impedido la publicación de la *Carta crítica* contra la comedia de Moratín *El sí de las niñas* y las dos *Odas* de Quintana y Arriaza, hay otros más poderosos, que de intento he omitido en el recurso de oficio, por no ser justo nombrar en él á nadie, y que voy á manifestar á V. E. en esta carta reservada, para su debido conocimiento. Moratín y Quintana, dos de los autores criticados, son unos de los censores de que se vale el Juzgado de Imprentas para las obras de poesía y demás ramos de literatura de su conocimiento, y además, el primero tiene una amistad tan íntima con el juez de imprentas, D. Juan Antonio Melon, que para todo cuenta con él como persona adicta enteramente á sus opiniones y dictámenes: de forma que, cuantas obras de estas materias se presentan, tantas pasan bajo su inspección y voto, sepultándose en olvido las que sean contra sus principios ó contra alguno de los *de esta trinca de eruditos*, que tiene también formado su sistema en este ramo literario, á semejanza de los médicos del día, que, asidos obstinadamente á sus remedios estimulantes, narcóticos y eméticos, van acabando bien apriesa con el género humano. Los dichos censores acabarán igualmente dentro de poco con la afición á las ciencias, con el gusto de escribir y con los talentos, queriendo sujetar los trabajos á su nuevo sistema destructor y á que ellos solos sean los que arreglen y publiquen sus obras.

»En comprobación de este concepto, que es general en Madrid, se escandalizó el oficial de la secretaría del Juzgado de Imprentas cuando se presentó la *Carta crítica* en cuestión y supo que era contra Moratín y su comedia *El sí de las niñas*, explicándose á su modo con estos términos:—*¡Jesús, hombre!* ¿Qué trae usted aquí? *¿Contra un Moratín se atreve usted á es-*

cribir? ¡Vaya, vaya! ¡No le arriendo á usted la ganancia!—Las propias ó mayores exclamaciones hizo el impresor á quien tanteé para ver á cuánto podía subir la impresión, aunque se explicó por otro estilo; pues este juicioso y hábil artista me desengañó desde luego que no se le daría el pase á esta *Crítica* por ser contra Moratín, uña y carne, según él dijo, de Melon; pues apoderados aquél, Quintana y otros ingenios del ánimo del juez, tenían perdido el arte de la imprenta, sepultadas muchas obras de mérito, sólo porque no eran de los de *su trinca* ni de su modo de pensar, y que apenas tenían que trabajar los impresores con estos partidos y sistemas. Todo esto nace, proseguía, del amor propio de estos autores, y la violencia que cuesta á uno descender del alto puesto y concepto en que el público le ha colocado ó él se ha sabido poner con maña. En efecto, á un Moratín que realmente sobresale entre los autores dramáticos de nuestros días, los Comellas, los Zavalas y otros miserables autores y traductores de piececitas francesas, que han corrompido el teatro y que han recibido del público los más altos elogios por sus comedias, y que en cafés, tertulias y teatros acoge y defiende con furor su mérito, no puede serle indiferente en que al público, ciego adorador de sus producciones, se le desengañe, manifestándole los errores de sus comedias; y por esto, si tiene poder y facultad para sepultar estas críticas, como se la proporciona su amistad con Melon, es consiguiente que lo haga, si son justas y arregladas, y que no las permita si son disparatadas, porque así como las unas deprimirán el mérito, las otras lo realzarán. La comedia *El sí de las niñas* está llena de faltas de inverosimilitud y carácter en todos los personajes de ella, contándose más de veinte de estos defectos. La moral también es de malísimo ejemplo: ridiculiza sin necesidad las monjas y los conventos de éstas, destinados para educación de las niñas, señalando y nombrando el que hay á este fin en Guadalajara. Las casas religiosas, como asilos de piedad y de virtud, no son á propósito para sacarlas al teatro, y menos para ridiculizar á sus individuos, atribuyén-

doles descuidos voluntarios y poco fundados en unas casas religiosas que por su instituto deben excitar el respeto y veneración de los católicos. ¿Y es justo que haya un católico que le advierta al público el veneno que envuelve en sí esta sátira, para que se vaya con tiento en celebrarla y se persuada que no es lícito ni aun á los ingenios de primer orden excederse en sus escritos con estas bufonadas indecentes é irreligiosas, llenas por otro lado de defectos capitales contra las principales reglas de la poesía? Esto es lo que se hace ver con toda consideración en los papeles que no se me han permitido publicar, y por lo mismo espero que enviándololos V. E., bien sea al Seminario de Nobles, donde hay excelentes sujetos, ó á los Estudios de San Isidro, Escuela Pía, Universidad de Alcalá ó cualquiera Cuerpo, para que le informen del mérito de ellos, atajará todos estos inconvenientes y dejará libertad para que cada uno manifieste al público sus ideas».

No era preciso ser muy lince para adivinar qué manos y qué sentimientos impulsaban estas querellas valiéndose del testaferro de Bernardo García; de modo que puede decirse que en agua de rosas se bañó las manos el marqués Caballero para decretar, apoyado en las razones que *reservadamente* le daba el suplicante, que el asunto pasase «al Inquisidor General para que informase por lo perteneciente á la religión y buenas costumbres» (14 de Abril de 1807). De los odios que contra sí Moratín concitaba, nada hay que hablar que no se sepa; si los que le levantó la revelación en el primor de la caricatura humana con los personajes de *El Café* estaban lejanos, no lo estaban los de las rivalidades que despierta siempre todo reformador, y sobre todo los nuevos que le había creado desde 1793 su plan tan discutido para la reforma de los teatros, enfrente del cual se opuso el que formó D. Santos Díez González, cuyas intrigas alcanzaron que el suyo fuera preferido al de Moratín, pero no que éste dejase de ser nombrado *Director de los Teatros*, ofensa que no se le perdonó ni aun después de haber renunciado este cargo tan pronto como le fué dado conocimien-

to oficial de él (25 de Noviembre de 1799). Respecto á Quintana, las animosidades de los que no estaban *en la trinca* de Melon se fundaban en su reciente nombramiento para el cargo de censor de teatros (24 de Mayo de 1806), que estaba vacante por el fallecimiento de D. Casiano Pellicer, que lo había desempeñado, y para cuyo puesto se cruzaron las pretensiones del catedrático de Sintaxis de los Reales Estudios de San Isidoro, D. Joaquín Ezquerra; D. Demetrio Ortiz, del gremio de la Universidad de Salamanca; D. Jacinto Manrique, catedrático de Latinidad de la Real Casa de los Caballeros Pajes; D. Carlos Bosch y Mata, oficial de la Real Biblioteca; D. Antonio Salas, catedrático de Humanidades del Real Seminario de Nobles; D. Juan Antonio Pellicer y D. Domingo Dueñas, todos pertenecientes á alguno de los establecimientos literarios, adonde D. Bernardo García solicitaba que se enviasen á censurar los papeles que había escrito ó que con su nombre presentaba con pretensión de imprimirlos contra Moratín, Quintana y Arriaza. Contra este último, en realidad, no existían las mismas pasiones hostiles que contra Moratín y Quintana, pero su nombre se hizo jugar con el de éstos para disimular mejor los sentimientos enconados contra éstos.

D. Manuel Silvela, en la *Biografía de Moratín*, dice que la tempestad que trató de formarse al hacer intervenir á la Inquisición en estas denuncias «se desvaneció con la presencia del Príncipe de la Paz». En realidad, contra él, más que contra sus hechuras, iba el tiro. La mano alevosa que se escondía tras el arriesgado testaferro D. Bernardo no iba esta vez á herir á Moratín por Moratín, ni á Quintana por Quintana, el cual, desempeñando la secretaría de la Real y Suprema Junta de Comercio y Moneda, en la que Melon era ministro, y casi *fac-totum*, también, había tenido ocasión de revelar sus varias y grandes aptitudes para todo, con la que aquella *trinca*, ávida de hombres de verdadero talento con que sustituir las corrompidas ineptitudes del favor y de la rutina, le habían dispensado aquella protección, que es más un reconocimiento de

facultades que se desean fecundar, que una designación de la arbitrariedad ó del capricho. Quintana ya había venido desempeñando en la Imprenta Real el encargo que se le dió de corregir y adicionar las obras de Humanidades que se imprimieran por cuenta del establecimiento, había publicado y adicionado, en virtud de este encargo, el *Salustio hispano-latino,* del serenísimo señor infante D. Gabriel, y los seis tomos de la *Colección de poetas castellanos,* corregido el *Quijote* y aumentádolo con la vida de su autor, y compuesto más de treinta sumarios de las vidas de *Varones ilustres españoles*, que se imprimieron con sus retratos. Tenía títulos suficientes para la *Censura de teatros*, que se le dió, y en realidad su elección no debía suscitar las rivalidades que se escondían tras los papeles de D. Bernardo García. Mas siendo hechura de Melon, se le conceptuaba hechura del Príncipe de la Paz, como lo era Moratín y aun Arriaza; y aunque en las denuncias hechas para que fueran las obras de los tres á las manos del Tribunal terrible no había *chorizos* ni *polacos*, contienda de ingenios ni cuentas de contaduría, público de lunetas ni declamadores de patio, el blanco para aquel asalto se buscaba por choques de reflexión, pues lo que se quería poner á prueba era el prestigio de Godoy. En la complicidad del hecho entraban ministros y palaciegos, generales y prelados, primogénitos de grandes y monseñores; y el ojo de Melon acusó en sus apuntes, como intermediarios entre el centro donde se fraguó esta trama y el honrado y religioso testaferro que la llevaba adelante, á los hijos del conde del Campo de Alange, al primogénito D. Manuel María Negrete y Adorno, y á su hermano monseñor Agustín María, protonotario apostólico y arcediano de Mora, en connivencia con otros hijos de grandes, de los que para galantear las damas de los teatros se hacían compinches de los ingenios que los explotaban, y á otras personas de mayor suposición, entre las que se contaba el siempre desleal ministro marqués de Caballero.

El decreto de éste se expidió el 14 de Abril, y el inquisi-

dor general no evacuó su informe hasta el 4 de Junio, en Aranjuez. Su contexto era el siguiente:

«En cumplimiento de la Real orden que V. E. me dirigió en 14 de Abril próximo pasado, para informar lo que se me ofreciese y pareciese sobre la solicitud que ha hecho á S. M. D. Bernardo García, para que se le permita imprimir la *Carta crítica* anónima que escribió *Un vecino de Guadalajara* sobre la comedia *El sí de las niñas*, publicada por Inarco Celenio, y otras dos *Odas* que con motivo del combate naval de Trafalgar dieron á luz D. Manuel José Quintana y D. Juan Bautista Arriaza, cuya licencia de impresión se había negado en el Juzgado de Imprentas al expresado García, sin embargo de la contestación que se dió á la censura presentada en el mismo, he mandado examinar la mencionada comedia *El sí de las niñas* á cinco calificadores, á saber: dos curas párrocos de Madrid y tres maestros de distintas órdenes religiosas, los cuales convienen unánimes en que la expresada comedia no contiene proposición ni cláusula alguna digna de censura teológica y, por consiguiente, que sea contraria á la religión y buenas costumbres, y que esto mismo sucede en las *Odas* compuestas por Quintana y Arriaza. No puede negarse que la publicación del papel presentado por García ofrecería, como él mismo expone, dos utilidades de bastante consideración si se diese á la prensa. La una, el hacer más cautos á los autores cómicos en sus composiciones teatrales, para que se abstuvieran de mezclar con ellas asuntos equívocos é inconsiderados que coinciden en algo con los puntos religiosos, y que, aunque en sí no sean malos, atendida la calidad del teatro, de los farsantes y de los espectadores, pueden dar motivo á profanaciones y á interpretaciones malignas. La otra utilidad que propone García es la de fomentar los adelantamientos de la bella literatura y del buen gusto, que con la crítica y contestaciones mutuas adquieren su mayor rectificación y firmeza. Mas, á pesar de estas utilidades, debe tenerse presente en el caso del día que el espíritu de partido, el acaloramiento y la animosidad

que sugieren la *Carta crítica*, la contestación del anónimo y el recurso hecho por D. Bernardo García contra el juez de imprentas, contra los censores de su Juzgado y contra la comedia publicada con las licencias necesarias y autorizada con la respetable dedicatoria que la exorna, presentan un cúmulo de inconvenientes tan abultados que hacen perder de vista, si no las expresadas utilidades, á lo menos la proporción de los medios con que se aspira á conseguirlas. Por todo lo cual me parece que será lo más prudente el negar á García el permiso que solicita para imprimir los manuscritos que ha presentado con los impresos, que devuelvo, dejando correr éstos libremente, y que se sobresea en estas contiendas literarias, para no dar motivo á que se enciendan más los ánimos de los escritores, con perjuicio de unos y de otros y con ninguna edificación y ventajas del público. Y para evitar en lo sucesivo el perjuicio que podía seguirse á la religión y al Estado en la impresión de los escritos de este género y de las comedias, que deben ser dirigidas á la reforma de las costumbres por medio de una diversión instructiva é inocente, sin enseñar otras máximas perjudiciales á la tranquilidad y al orden público, como las que se leen en la comedia, recientemente mandada recoger por S. M., *El falso Nuncio de Portugal*, y otras semejantes, entiendo que sería muy conveniente se expidiese Real orden al juez de imprentas para que no permita la impresión de piezas teatrales ni cualesquiera otras obras que se hallen intempestivamente exornadas con asuntos eclesiásticos ú otros equívocos é inconsiderados que por las circunstancias de los tiempos, del teatro, de los farsantes y de los espectadores, puedan dar margen á profanaciones irreligiosas, á interpretaciones malignas y á sugestiones eversivas del orden público, de la armonía entre el Altar y el Trono ó entre la educación cristiana y las diversiones autorizadas por el Gobierno».

No hay que decir que después de este informe era indispensable esperar la Real orden que se expidió en Aranjuez el 15 de Junio siguiente, la cual abrazó dos puntos cardinales: la

negación absoluta á las pretensiones de García y el mandato al Juzgado de Imprentas y de Teatros para que en lo sucesivo no se concedieran licencias ni para imprimir ni para representar obras teatrales que «intempestivamente se hallen exornadas con asuntos eclesiásticos ú otros equívocos ó inconsiderados que por las circunstancias de los tiempos, del teatro, de los comediantes ó de los espectadores, pudieran dar margen á profanaciones religiosas, á interpretaciones malignas ó á sugestiones eversivas del orden público, de la armonía entre el Altar y el Trono ó entre la educación cristiana y las diversiones autorizadas por el Gobierno». Mas si con esto se acalló por el momento á los émulos de Moratín, de Quintana y de Arriaza; si después de las revoluciones políticas del año siguiente de 1808, Moratín, en el campo donde prevalecían los partidarios del rey José Napoleón, Quintana y Arriaza en Cádiz, centro de la protesta y de la defensa nacional contra la invasión y las obras de las armas y de las ideas de Napoleón en la Península, tuvieron algunos años de completa licitud para la publicidad ó la representación pública y libre de sus obras, cuando la reacción vino, después de la expulsión de los franceses y del rescate del rey Fernando VII, la vena de los odios volvió á destaparse, lo mismo contra Moratín que contra Quintana, que no sólo sufrieron la proscripción de sus personas del suelo de la patria y otras aún más rigorosas persecuciones, sino que la saña de esta proscripción se unió inexorablemente á sus obras. Los émulos de Moratín en 1815 lograron que, por un edicto publicado por el inquisidor general restablecido en 22 de Julio, se mandase recoger, entre otra multitud de obras teatrales, *El sí de las niñas*, de Moratín, á fin de impedir que pudiera ser representada en los teatros públicos ni privados. El pretexto para esta recogida fué «el de reconocerla y examinarla». Mas de la misma manera que en 1806 y 1807, Moratín tuvo quien le pusiera á cubierto de toda agresión jurídica personal en la presencia del Príncipe de la Paz, como escribió Silvela, después de la segunda época constitucional, es decir, des-

pués de 1826 y hasta 1827, erigióse en defensora de su obra y de su nombre... ¿quién? una mujer, aquella actriz Josefa Virg, que Moratín buscó en 1806 para que la representase en su estreno en el teatro de la Cruz. La relación de este suceso se hace en un informe que en 2 de Mayo de 1827 dió sobre esta obra teatral, á instancias del Ministerio del Interior, el entonces censor político de teatros, D. Francisco Caballer Muñoz. Este documento, también precioso, dice así:

«En cumplimiento del decreto que antecede, he examinado este expediente, en el cual la actriz de carácter jocoso del teatro de la Cruz, Josefa Virg, solicita, por las razones que expresa, que V. S. se sirva declarar que la comedia del célebre poeta español D. Leandro Fernández de Moratín, titulada *El sí de las niñas*, puede representarse en los teatros de esta corte; y con presencia de todo, debo manifestar á V. S. que la comedia que desea ejecutar la referida actriz es sin disputa una de las mejores piezas dramáticas que se han presentado en el teatro español acaso de muchos años á esta parte, y ella fué recibida con tan general aplauso, que cuando se dió al público en el año pasado de 1806, que se representó con todas las licencias necesarias en el teatro de la Cruz, se ejecutó veinte y nueve días seguidos, con tan grande entusiasmo del pueblo madrileño, que produjeron las entradas 196.000 reales vellón, habiendo cesado su representación porque se concluyó con ella el año cómico. Así siguió, siempre con igual aceptación, hasta que en el año de 1815, por edicto publicado por el señor Inquisidor general en 22 de Julio del mismo año, se mandó recoger, con conocimiento de S. M., entre otras muchas obras, para reconocerla y examinarla, cuyo último extremo no ha tenido efecto hasta el día, resultando de aquí un conocido perjuicio á su autor y á la compañía cómica, privándoles, al primero, de su venta, y á la segunda, de la utilidad que hubiera sacado de una tan buena como acreditada pieza, que tanto honra al ingenio español. Sin embargo, en la época desgraciada del sistema revolucionario constitucional se re-

presentó en dicho teatro de la Cruz, con la misma aceptación que anteriormente, en los días 15, 16, 17 y 28 de Noviembre de 1820, habiendo producido una considerable cantidad de reales; todo lo cual manifiesta no sólo la perfección y belleza de la comedia, sino que también el gusto con que se miran por los españoles las buenas producciones de sus ingenios, con lo cual el público ilustrado premia, por decirlo así, á sus autores los muchos afanes y trabajos que les cuesta una obra completa como la de que se trata. Así las cosas, y no habiéndose representando más desde dicha fecha la referida pieza, restablecido S. M. felizmente á su soberanía según y en los términos que la hubo y heredó de sus augustos predecesores, los cómicos esperaron justamente el examen y reconocimiento de dicha comedia, lo que tampoco tuvo efecto, ni ya puede tenerlo por ahora, por no haberse dignado S. M. todavía restablecer el Santo Tribunal de la Inquisición, el cual, y no otro, habrá de hacer el reconocimiento y examen de la misma, pues que él fué quien mandó recogerla para dicho intento. Quedó, pues, en olvido *El sí de las niñas*, tan aplaudido de nacionales y extranjeros, hasta que la casualidad hizo que la benemérita y singular actriz Josefa Virg se trasladase al Real Sitio de Aranjuez el año 1825, é invitada por personas de buen gusto y conocedoras de sus talentos y mérito á que ejecutase una comedia en aquel teatro, le ocurrió la feliz idea de representar la pieza referida de *El sí de las niñas;* pero como ésta estaba recogida para su examen con conocimiento de Su Majestad, según el expresado edicto, se presentó al rey nuestro señor, para obtener, como era justo, su Real permiso, y S. M., lleno de la bondad que le es tan natural y amante siempre de la literatura y mérito, concedió á dicha actriz su Real licencia para la representación de *El sí de las niñas*, que ejecutó con todo aplauso; cuyo Real permiso renovó la bondad de S. M. en el año siguiente de 1826, en el Real Sitio del Escorial, para el beneficio de la misma actriz, que fué acogida y aplaudida por el público como siempre, así por su mérito

como por el de la pieza de que se trata. Tal es la historia exacta de *El sí de las niñas* desde el día primero que se dió al público en el teatro de la Cruz hasta en el que la expresada Josefa Virg ha acudido á V. S. con la solicitud referida al principio, contenida en su *Memorial* de 17 de Abril último y que V. S. se ha servido pasarme para que informe lo que se me ofrezca y parezca sobre el particular. Fundado, pues, en los antecedentes referidos, no puedo dejar de manifestar á V. S. que la comedia *El sí de las niñas* no está, á mi entender, prohibida, según el mencionado edicto, sino recogida para examinarse por un Tribunal que en el día no existe, y que, habiéndose dignado S. M., con cuyo conocimiento se recogió para el indicado fin, conceder por dos veces su Real permiso para la representación de dicha comedia, yo no dudaría un momento, manifestada como está ya la voluntad soberana, en permitir la ejecución de *El sí de las niñas* y en que ésta se representase según y como se ejecutó hasta la citada suspensión, puesto que obtuvo todas las licencias necesarias, si el respeto debido á S. M. no me hiciese concebir la idea justa de que pudo, cuando concedió su Real permiso, ser su ánimo soberano el que sólo se representase en los teatros de los Sitios Reales; y para que V. S. pueda resolver sobre el particular con el acierto que acostumbra, sin exposición alguna de desagrado, y evitar cualquiera inesperado accidente que pudiese sobrevenir, soy de parecer que V. S., si lo cree oportuno, eleve al conocimiento de S. M. la solicitud de la actriz Josefa Virg, á fin de que, si lo tiene á bien, se sirva extender á los teatros de Madrid la Real gracia dispensada á los de los Reales Sitios de representar la comedia *El sí de las niñas;* haciendo presente á S. M., en apoyo de la solicitud, no sólo lo que queda expuesto, si que también que dicha comedia podrá producir á los teatros de la corte una conocida utilidad, de la cual tanto necesitan, así para el pago de los atrasos en que se se encuentran, como para atender á los grandes gastos que se les ocasionan con la nueva diversión de la músi-

ca que dan al público, que no deja de serles muy costosa.»

Es necesario arribar á la época en que, muerto Fernando VII, tuvieron principio sólido y fundamental las instituciones representativas y el régimen sostenido de la libertad política y civil, para que el teatro de Moratín, desembarazado de las trabas que durante más de cuarenta años le había creado la obstinación de sus émulos, pudiera salir al relieve verdadero de su mérito sin aquellas dificultades. Pero la cuestión era que en ese lapso de tiempo las ideas y las costumbres sociales se habían transformado completamente; que el teatro había tomado de improviso nuevos vuelos propios de inspiración nacional, en los cuales no sólo se había dibujado brillantemente el drama de nuestro especial período romántico, con las producciones del duque de Rivas, García Gutiérrez, Hartzenbusch y Zorrilla, sino que la comedia urbaná, bajo las inspiraciones geniales de Bretón de los Herreros, se había convertido en la fotografía moral de la sociedad española, en medio de la profunda crisis que atravesaba para despojarse enteramente de todos los caracteres de su pasado. Con todo, en el año 1849, hallándose actuando en el entonces llamado Teatro Español la compañía dirigida por D. Joaquín Arjona, vínole en mientes volver á representar *El sí de las niñas*, desde el miércoles 18 de Abril hasta el lunes 23. Todo el público educado ya en la comedia bretoniana y en el drama trágico-histórico, que tanto tiempo había estado en auge, concurrió anhelante á saborear la obra insigne del reformador afortunado del teatro moderno nacional. Dirigía á la sazón, aunque entonces de edad muy joven, el periódico *La Patria*, fundado por el inolvidable estadista D. Joaquín Francisco Pacheco, el después tan ilustre D. Antonio Cánovas del Castillo, y él mismo, como á la sazón fué bastante frecuente, tuvo gusto en descender del fondo político al artículo crítico de teatros, en el número correspondiente al lunes 23. En este artículo Cánovas escribía: «El triunfo de Moratín en el Teatro Español debe contarse por uno de los más señalados acontecimientos que

haya visto nuestra escena tiempo hace. No se trataba sino de vindicar la gloria de un hombre, aunque este hombre fué una de las mejores flores de nuestro Parnaso, que por el falso genio y la ignorante arrogancia de casi todos nuestros poetas jóvenes, era mirado con desdén, y decimos mal con desdén, hasta con ceño. Ni se ha limitado el triunfo á justificar una escuela de arte perdida acaso y para siempre en el porvenir, mas no por eso menos ilustre, mirada por el prisma del pasado. Para nosotros, que no vemos en el arte hechos absolutos y aislados, sino relaciones necesarias y armónicas, el triunfo de Moratín tiene más importancia que todo esto. Es una idea de lo que se ha rehabilitado, siquiera sea por pocos instantes; es una sociedad entera á la que hemos hecho justicia: la sociedad de nuestros padres, que se levanta delante de nosotros como una cosa á medio olvidar, como una reminiscencia casi perdida, como un remordimiento para algunos y como una esperanza para los demás». Cánovas, á quien entre los aplausos conquistados por los sobresalientes dramaturgos de aquella época que habían sabido imprimir al teatro español, movido por las auras del romanticismo francés, un marcado sello nacional, veía invadida nuestra escena, insaciable en devorar producciones y más producciones, y para cuyas exigentes necesidades se hacía necesario suplir el relleno de lo que aquí no se producía con tanta abundancia, con el transporte de las obras del país vecino, que como una peste ahogaba los esfuerzos del talento español, al ver representados por la compañía de Arjona aquellos personajes de *El sí de las niñas*, tan diestramente tomados del natural de la antigua y sana sociedad española por el genio de Moratín, no podía dejar de sentirse entusiasmado, diciendo: «Aquí, aquí está la fuente del saber y la savia del ejemplo: este D. Diego, tan generoso como enamorado, es enteramente español; esta doña Inés, tan bien determinada por su intérprete la señora Llorente, tan simple, pero tan bien intencionada, es enteramente española; y en toda la contextura de *El sí de las niñas*, el ambiente nacional es el que forma la ma-

gia del arte supremo con que la realidad de la vida es llevada por Moratín á la escena». Después de estos juicios, Cánovas vindicaba á Moratín de las imputaciones de vulgaridad y frialdad que le habían dirigido, á título de críticos, sus obstinados rivales. Su encanto era la modelación de aquel D. Diego, que por lo que tenía de español y de noble, no era un viejo ridículamente enamorado, como lo hubiera concebido Scribe ú otro cualquier autor en Francia, y que lo habrían presentado con los grotescos delineamientos de los sainetes en boga. El teatro de Moratín, desde aquella fecha, desde la representación de Arjona y la crítica de Cánovas, dejó de ser el blanco contumaz de la emulación que á aquel ilustre autor siguió durante toda vida y mucho tiempo después de su muerte. En lo sucesivo se representó con más frecuencia, y aunque modelado por la fisonomía moral de otra sociedad, de otras ideas y de otras costumbres que las que después han prevalecido, siempre toca al fondo del ideal español, como tocan las reminiscencias del teatro clásico de Lope y de Calderón, que entrañan siempre las envolturas de nuestro carácter. Los émulos que en vida tuvo, los que le mordieron durante su larga proscripción, y hasta después de la muerte, pasaron, y sus nombres fueron borrados eternamente de la memoria humana por la muerte. El nombre de Moratín vive siempre con el resplandor de sus obras. ¡Tales son en la humanidad los éxitos de la envidia! Afligen momentáneamente; pero cualesquiera que sean los resortes de que se valga, son insuficientes al cabo para disminuir ni un átomo de su gloria permanente, á los que por encima de la saña de la emulación imponen el triunfo definitivo de su mérito en el valor permanente de las obras que dejan al respeto y á la admiración de la posteridad!

Juan Pérez de Guzmán

RECUERDOS

Emprendí, como decía en el artículo anterior, mi viaje de Madrid á Londres por etapas, combinando horas y trayectos de manera, que nunca había de hacer noche en el camino.

El primer trayecto fué hasta Valladolid, y en Valladolid me detuve dos días visitando, entre otras cosas, una casa de dementes en que estaba hacía muchos años un lejano pariente de mi familia. Era deber piadoso.

Y como fué la primera casa de locos que visitaba, produjo en mi espíritu gran impresión; triste, dolorosa y dramática, mezclada con notas cómicas todas crueles.

¡Quién sabe si en la casa de dementes de Valladolid estaba el germen de algo que me sirvió mucho después para escribir la escena de los loqueros de mi drama *O locura ó santidad!* Los gérmenes se van sembrando, y más tarde brotan.

Es el único recuerdo recogido en aquel viaje, que conservo de la simpática ciudad castellana; después la he visitado muchas veces.

En la segunda etapa llegué á Burgos, y también me detuve dos días visitando, entre otras cosas, como era de rigor, su admirable catedral, encaje de piedra, y acaso única en el mundo. También fuí á las Huelgas, y aquí la memoria no me da más que una impresión: sombras blancas pasando tras una gran reja.

Las demás sensaciones convertidas en recuerdos se refieren á la fonda en que paré, la cual fonda estaba situada enfrente

de un *cuartel*, y á una sala que nos servía de alcoba, tan sobria de adornos como de muebles, con piso de madera y dos balcones que daban, como he dicho, al cuartel de enfrente. Mucho frío en esta alcoba por las mañanas y al acostarme, y mucho frío en el espolón al caer el día.

Mecanismo extraño es este de los recuerdos: no son las cosas más dignas de ser recordadas las que mejor se recuerdan.

Lo grande, lo hermoso, lo artístico, se borra muchas veces al poco tiempo, como figuras trazadas en un encerado sobre el cual se pasase una esponja.

Y en cambio objetos insignificantes, vulgarísimos, que no nos interesan ni nos han interesado nunca, quedan grabados como si en el encerado hubiera mordido un cuerpo duro.

Yo no recuerdo de la catedral más que sus líneas generales, y estoy viendo en este instante el piso de madera encerada de mi alcoba, los dos rectángulos de luz de los dos balcones, y por ellos el cuartel que hacía frente á la fonda.

En la tercer etapa fuí á parar á San Sebastián; pero como en San Sebastián he estado después muchísimas veces, los nuevos recuerdos á este primer recuerdo se superponen, y ahora tengo ante mi vista el San Sebastián de hoy, que debe ser muy distinto del que vi la vez primera.

En la cuarta etapa llegué á Burdeos, y Burdeos produjo en mí gran efecto, más efecto aún que Marsella; pero de esta primera visita á una de las más ricas ciudades de Francia conservo una nota desagradable que, dados mis gustos culinarios, era para mí nota importantísima, y que resultaba por todo extremo desafinada: y fué que comí muy mal. Desgracia fué, porque ya sé que en Burdeos se come muy bien, y muy bien he comido en otros viajes. Pero esta vez no pude comer peor.

No hay que decir si se desatarían en el interior de mi sér tempestades de enojo.

Ser una de las ciudades más notables de Francia, rica, comercial, espléndida, con sus grandes avenidas, con su sober-

bio teatro rodeado de monumentales columnatas, con la fila interminable de sus muelles, con su hermoso puente de hierro, por aquel tiempo notable entre los ingenieros por sus trabajos de fundación, con su ancho y obscuro río cargado de naves, con sus hermosas tiendas, con el hervidero de mujeres bonitas, robustos marineros y burgueses afanados en sus asuntos y negocios... ¡tanta riqueza, tanto lujo, tanta esplendidez, y con todo esto no ser capaces las fondas bordelesas de darme una comida mediana! ¡Y siendo, como era, la primera vez que me dignaba visitar aquel centro poderoso del comercio!

Dígame el lector imparcialmente si no hay motivo para renegar del comercio, de la industria, y de la civilización por añadidura. Si el progreso no sirve para preparar carnes tiernas y jugosas, platos bien condimentados, frutas, y del vino no hablo, porque por entonces yo no lo bebía, ¿para qué diablos puede servir el progreso?

Claro es que digo esto reflejando mis impresiones de aquella época; impresiones que se han modificado de todo en todo en otros viajes y en otras visitas á la noble y poderosa ciudad bordelesa. Recuerdo que algunos años después firmamos tratado de paz y simpatía Burdeos y yo en un *café-restaurant* que daba frente á la fachada principal del gran teatro.

Mis impresiones visuales, por decirlo de este modo, ya están señaladas: repetiré como resumen su relación.

Un río muy turbio y muy ancho y muy agitado, de corriente poderosa, como es corriente poderosa el comercio, aunque turbia muchas veces. Las grandes fuerzas en acción pocas veces se visten de armiños.

Una fila muy larga de muelles con enormes grúas, brazos de hierro gigantescos, que cogen fardos del buque y giran lentamente alrededor de sus hombros metálicos, y depositan en tierra su carga.

A lo lejos, sobre el río, una línea recta, severa, pero poco arquitectónica, como cuerpo estrecho y largo de enorme reptil que pasa el río sepultando sus patas metálicas en el agua.

El teatro, con la columnata que le rodea; y á su pie, cafés de menor cuantía. Enfrente, una gran avenida; á un lado, una calle estrecha llena de tiendas y de gente.

Esta es la primera instantánea que recogí de Burdeos; las siguientes han reforzado aquélla.

Se dirá que esto no es describir una población; pero téngase en cuenta que yo no trato de describirla. Se dirá que esto no es estudiarla ni en la fisonomía de sus gentes ni en sus faenas civilizadoras; pero, repito que yo no trato de estudiarla tampoco. Y en cuanto personas, sólo traté camareros del hotel y mozos de los *restoranes* en que probé fortuna, seres todos ellos de uniformidad cosmopolita.

¡Qué buena memoria tiene el rencor! Dos ó tres veces fuí á un *restaurant*, que debía de ser de tercer orden, con un jardín que al pronto parecía bonito y que luego resultaba sucio y vulgar, con sus espejos de pacotilla, con sus palmeras imitadas en zinc, que concluyeron por desatar mi indignación contra aquellos convencionalismos antiartísticos. Muy pocas veces estuve en aquel *restaurant* de pega, pues bien recuerdo su nombre: se llamaba el *Chaperon Rouge*. Si existe, que lo dudo, supongo que con el tiempo transcurrido se habrán ido ablandando sus carnes y tendrán dátiles azucarados sus palmeras de zinc.

Salimos de Burdeos, y á la quinta etapa llegamos á París. ¿Qué decir de París?

Sólo diré que París cuanto más lo veo más lo admiro, más me asombra, más simpático me es.

Supongo, por lo tanto, aunque no se trata ya de un recuerdo vivo, sino de una hipótesis lógica, que la segunda vez me gustaría aún más que la primera.

Pero ya el viaje se iba prolongando demasiado. En Londres suponía yo que me esperaba impaciente mi amigo y deudo C. con su señora, pues íbamos á vivir en la misma casa el tiempo de la Exposición; y me decidí á pasar el estrecho, esperando sufrir otro tanto de lo que había sufrido en la primera

travesía, aunque resuelto también á poner de mi parte todo el esfuerzo de voluntad que pudiera para no marearme.

Bajé á la pequeña sala del vapor, y me senté en un extremo del diván que la rodeaba; dí á mi cuerpo toda la rigidez posible; dí rigidez y tensión á mi voluntad como á mi cuerpo; levanté mi cabeza como desafiando al destino; apreté el diván por uno y otro lado con mis manos, y me convertí en una verdadera estatua: estaba dispuesto á luchar con los balanceos y cabeceos del vapor.

Tomadas estas precauciones, miré en torno para enterarme del lugar de la escena.

Era una cámara bastante chica, en forma de herradura prolongada; en la base de la herradura estaba un mostrador, y detrás una cantina con vinos, cervezas y bebidas alcohólicas de diferentes clases.

A uno y otro lado del mostrador se veían dos pequeñas puertas, y de ellas arrancaban los dos ramales de la escalera que conducía á cubierta.

En el diván estaban sentados ó tendidos algunos pasajeros, á los que debían asaltar aprensiones y temores muy parecidos á los míos, porque todos tenían muy mala cara.

Toda aquella gente desde el primer instante me fué antipática y me causó molestia. Si temían marearse, ¿á qué venían al camarote? Mareáranse allá arriba, al aire libre, y sin provocar el mareo de ninguno de sus compañeros de viaje. ¡Qué egoísmo! Decididamente, el mareo desata todas las malas pasiones.

Muy cerca de mí, tan cerca que sólo nos separaba uno de los brazos del diván, habíase colocado en una actitud muy parecida á la mía, es decir, sentado, recto, rígido, un señor corpulento, sin barba ni bigote, con una sotabarba á lo marinero; y el caso es que debía sufrir bastante, porque observé en su frente anchas gotas de sudor.

De su pasado, nada sabía; por su presente, y por el porvenir que adivinaba, y por tenerlo tan cerca, me fué aún más antipático que los demás compañeros de viaje.

El vapor se puso en movimiento, y á los pocos instantes bajó un marinero, que me pareció de cara brutal, y hasta cruel, con una porción de escupideras superpuestas en forma de columna repugnante, y no muy firme; y dando la vuelta al diván, sin decir una palabra, con una indiferencia estoica y hasta con cierta sonrisa de desprecio, fué poniendo en el suelo, arrojándolas más bien, una escupidera delante de cada uno de nosotros.

Profunda indignación, mejor dijera, una tempestad de ira se desató dentro de mí.

¿Con qué derecho ponía la asquerosa escupidera delante de un pasajero como yo, que hasta aquel momento no había dado ningún indicio de mareo y que conservaba todavía toda su dignidad?

¿Quién le decía á aquel imbécil, que yo iba á marearme, ni tenía tal propósito?

¿Me conocía acaso?

¿Me había seguido en alguno de mis viajes marítimos?

¿Me había visto nunca en tan triste y ridícula situación?

Ponerme la escupidera delante ¿no era una verdadera provocación al mareo?

Dado que yo la hubiese necesitado, la habría pedido, que estas iniciativas del paciente deben partir, y no de gente extraña. ¡Qué solicitud tan estúpida!

Si nada le dije, si no le separé de mí con el ademán, fué porque en aquellos momentos críticos no, me atrevía á moverme, ni aun á respirar con demasiada fuerza; pero separé con el pie la escupidera, á modo de protesta.

A todo esto, ya navegábamos en pleno estrecho, y habían empezado los balances.

Algunos pasajeros, gente avezada al mar sin duda alguna, ó refractaria al mareo, bajaban por uno y otro ramal de la escalera, se ponían delante de la cantina y bebían, bebían de todo con indiferencia, con desahogo supremo, hasta gruñendo en inglés frases que yo no entendía, y riendo unos con otros

como si no existiese ni el mar, ni su vaivén, ni sus mareos.

Aquello me pareció un alarde de mal gusto: bajaban sin duda para insultarnos á nosotros, pobre gente, pegados, asidos casi al diván, y esperando de un momento á otro las repugnantes bascas.

Mi vecino, el señor corpulento, se iba congestionando cada vez más; por las arrugas de su frente corrían arroyos de sudor, y su boca se entreabría de cuando en cuando siguiendo el ritmo de las bascas.

Yo me iba defendiendo gracias á esfuerzos increíbles de voluntad.

A cada momento miraba el reloj.

—Ya llevamos media hora, y todavía no me he mareado. Verdad es que me laten las sienes, que un agüilla agria me sube á la boca, y que el estómago ya empieza á agitarse; pero esto no es todavía el mareo. Es desagradable, pero estas manifestaciones de la ridícula enfermedad aún puedo dominarlas.

De reojo miro á mi vecino: ya se desató la corbata, respira como un cachalote, y hubo momento en que abrió la boca de una manera amenazadora.—¡Ya llega, ya llega!—pensé yo.

—¡Maldito—dije para mí,—cierra esa boca, ó vete al otro extremo del diván, que yo no te vea!

Y seguía el buque sin cuidarse de nosotros, y seguía yo sacando el reloj cada cinco minutos.

Ya llevábamos más de una hora de viaje: según mis cálculos y los informes que había tomado, nos faltaba poco tiempo para llegar á Dover.

Un poco de valor y de energía, y por esta vez me había librado del mareo; pero ya iba siendo tiempo de llegar, porque mis fuerzas se agotaban, mi voluntad cedía; iba sintiendo bascas y repugnancias en la garganta, y de cuando en cuando bajaba la vista hacia la escupidera que estaba delante de mí, y hasta hubo un instante de desfallecimiento en que, cercándola cariñosamente con los dos pies, la aproximé al diván.

—No importa; aún puedo resistir la tentación.

Miré de nuevo el reloj.

—Estamos cerca, muy cerca; sólo nos falta un cuarto de hora de marcha.

¡Ah, quién pudiera darle un empujón al tiempo, y otro empujón al barco, y otro empujón al vecino!

Sin embargo, aunque las angustias del mareo iban en aumento, aunque me encontraba en equilibrio inestable, iban creciendo mis esperanzas á cada minuto que corría.

En esto, mi endemoniado vecino se revolvió, dió un resoplido mayor que los anteriores, dos ó tres bascas enormes agitaron su corpulencia, su esférico estómago se contrajo como poderoso resorte, abrió el imprudente su enorme boca, buscó con los turbios ojos la escupidera, y el asqueroso cráter reventó, inundando el hueco del utensilio nauseabundo y las llanuras circunvecinas ó, de otro modo, el suelo del camarote.

No pude más: este espectáculo colmó la medida, acabó con mis escasas fuerzas, y, lanzando maldiciones con el pensamiento, me puse á hacerle el dúo al mastodonte del diván.

A los diez minutos habíamos llegado; aquella bestia humana había marchitado una de mis glorias marítimas: pasar el estrecho sin marearme, al menos una vez.

*
* *

Llegamos á Londres y nos posesionamos del cuarto que habíamos de ocupar durante todo el tiempo de la Exposición.

Cosa singular: yo, que tengo una memoria pésima para los nombres y para los números, que no sé la fecha del día en que nací y que tengo que hacer un gran esfuerzo para dar á los cocheros las señas de la casa en que vivo; yo, que algunas veces hasta he olvidado de pronto el nombre de mis amigos más íntimos; que he leído una biblioteca entera de Historia, y que, si bien conservo el recuerdo de las líneas generales y del carácter de cada época, pierdo toda memoria de fechas, nombres y por-

menores; á pesar de estas deficiencias y debilidades de mi organismo cerebral, recuerdo sin vacilación, mecánicamente pudiera decir, las señas de esta casa de Londres en que viví sólo tres meses, casa que ni conocía antes, ni he vuelto á ver después.

Las señas eran éstas:

Gilford street, Rusell square, fifty nine.

Los que se dedican á la psicofísica, ayudados por los fisiólogos, podrán explicar, si lo saben, estas anomalías de la memoria: yo sólo como dato curioso cito el hecho; que, por lo demás, ya me figuro que al lector no ha de importarle gran cosa el que yo recuerde las señas de la casa que habité durante la Exposición Universal de Londres del 1862.

Durante todo este tiempo, mi vida fué uniforme, tranquila, laboriosa y ordenada, pero á 200 leguas de la literatura y de la dramática.

Iba á estudiar el ramo de ingeniería en la Exposición, y yo he desempeñado siempre á conciencia todas las comisiones que se me han confiado. Bien ó mal, pero á conciencia.

Yo he sido siempre un hombre de conciencia, aunque esta afirmación redunde en alabanza propia.

Me levantaba temprano todos los días, y me iba á pie al palacio de Kensington, que está situado á una buena distancia de mi casa; y hablo en presente, porque la casa y el palacio supongo que todavía existirán, y donde los dejé se habrán quedado.

Unas veces iba por un camino, otras por otro, combinando calles á capricho, variando el itinerario, procurando perderme en aquel Londres desconocido para mí, y sin perderme nunca, porque yo tengo buen instinto para la orientación—tal vez habré sido perro ó palomo,—y había escogido dos ó tres líneas de referencia, ya conocidas de antemano, y siempre daba con ellas, con lo cual en terreno conocido me encontraba al fin. Fué una zona de Londres que estuve explorando durante tres meses.

En la Exposición permanecía estudiándola y recogiendo datos y noticias durante tres ó cuatro horas.

Después salía, tomaba un *cab*, iba á buscar á mi mujer, y nos íbamos á almorzar á un *restaurant* francés muy bueno y no muy caro, situado en Regent-Street, algo más allá del Cuadrante.

Otro dato para el estudio de la memoria: no recuerdo el nombre de este *café-restaurant*, pero sé que empezaba por una V; esa letra la veo dibujarse ante mí, clara y luminosa, como si fuera la realidad misma.

Al terminar, nos íbamos los dos á la Exposición hasta la caída de la tarde.

Después á paseo, algunas noches al teatro, y los domingos y los días en que me proponía descansar, á visitar los alrededores de Londres: las orillas del Támesis, Richmond, el palacio de Enrique VIII, etc., etc.

Fueron tres meses deliciosos: ni un solo recuerdo ingrato, ni la más pequeña preocupación, ni el más insignificante disgusto, ni la más mínima contrariedad. ¡Y dicen que el cielo de Londres no es azul!

Me equïvoco: tuve un momento de angustia; pero uno solo y rápido.

El primer domingo que pasé en Londres fuimos mi mujer y yo, á eso de las once, al *restaurant* de la V; y ¡estaba cerrado! no precisamente á piedra y lodo, según el dicho vulgar, pero sí cerradas por completo todas sus puertas y ventanas.

Quedé aterrado. En aquel *café-restaurant* comíamos muy bien; y como yo creí que se había cerrado para siempre, me pregunté con espanto dónde íbamos á comer en adelante. Ya veía yo la comida inglesa, que entonces me repugnaba, aunque hoy me agrada mucho siendo buena. Veía el rosbif insustancial; la mostaza, primera materia del sinapismo; la grosella, de color agradable, pero agria y desabrida; y todo esto muy caro. Largo rato me quedé perplejo, paseando por la acera, llegando hasta el Cuadrante, volviendo hasta el café y

sin saber qué determinación tomar, hasta que en una de las vueltas el café se abrió y nos acogió en su seno.

Interrogué al camarero, y el camarero nos lo explicó todo y yo lo comprendí todo. El café no podía abrirse hasta que no terminaran los divinos oficios.

Era el *descanso dominical*; el terrible descanso ya desde el año 62 empezaba á atormentarme.

En París nunca, porque París es la primera capital del mundo; en Londres muchas veces, aunque, á decir verdad, las últimas que he visitado la gran metrópoli no he sentido las molestias del tiránico descanso. Londres se civiliza cuando nosotros nos *ensalvajamos*.

Más que en Inglaterra me hace sufrir el tal descanso en España con la nueva ley, que respeto por ser ley, pero con un respeto muy parecido al que sentía el alcalde de Zalamea hacia el capitán burlador.

Pero, en fin, en Londres la molestia se redujo á retrasar el almuerzo una hora; en Madrid la molestia es mucho mayor, porque todos los domingos me veo obligado á comer *pan duro*; y no comprendo, por más que me devano los sesos, en qué podrá contribuir al progreso y al bienestar de la clase obrera el que yo coma pan duro los domingos.

¿Qué misteriosa relación existe entre la cuestión social y la mayor ó menor dureza de un panecillo?

Si hay quien quiera sacar una hornada á las doce y otra á las seis de la tarde, y hay quien está dispuesto á comprarlas, aunque sean más caras, este contrato libre y por todas las señas lícito y honesto, ¿en qué puede perturbar el orden social?

¿Es egoísmo tan grande, es crimen tan monstruoso, es tan pecaminosa gula querer comer pan tierno los domingos, como los demás días de la semana, que deba castigarse con multa, previa la correspondiente delación?

Podrá ser, pero yo no lo comprendo.

Y aún me parece más perturbador del orden social incitar á la delación la misma la ley, diciendo: «Ciudadano, entérate

de quién come pan tierno, y entrégalo sin piedad á los tribunales; y no te remuerda la conciencia ni tengas escrúpulos, que con este acto, al parecer repugnante, prestarás señalado servicio á la sociedad».

Pero no quiero seguir en este camino.

Respetemos la ley, comamos pan duro, y todo sea por el amor de Dios y en beneficio de la clase obrera, que también tendrá que comer pan duro.

***

De esta época de mi estancia en Londres conservo muchos recuerdos. Es un cuadro gris, pero con numerosos puntos y líneas brillantes. El tiempo fué delicioso. Pocas lluvias, casi ninguna niebla, y días de mucho calor.

Paseos por la orilla del Támesis, ó por las posesiones reales, ó por los parques, que eran paseos deliciosos.

Yo siempre iba á pie al palacio de la Exposición, y recuerdo que en la calle de Picadilly, junto á la verja de un parque, había de ordinario un pobre, pero no de los que usamos nosotros: era un pobre más culto, más respetable, más artista.

Me parece que le veo: muy alto, muy flaco, aspecto severo y reposado; apoyado contra la verja del parque, parecía una estatua.

Las facciones finas, la barba rubia, la cabeza descubierta, y una pequeña bandeja á sus pies.

No pedía limosna, no hablaba con nadie, no pronunciaba una sola palabra.

En la ancha acera dibujaba todos los días con un lápiz blanco y otro negro diferentes motivos: platos rotos, tazas desportilladas, un gato jugando con un ratón, un gato y un perro durmiendo juntos, pájaros volando, otros pájaros picándole la cabeza á un gato, y cien pequeños bocetos ó apuntes del mismo género.

Y como sentencia filosófica, siempre escribía encima del pequeño museo callejero:

Many can to aide one.

Es decir, *Muchos pueden ayudar á uno.*

Y, en efecto, le ayudaban y le ayudábamos.

¡Cómo se graban estas cosas en mi retina!

No es sólo que recuerdo la escena con recuerdo puramente verbal, por decirlo de este modo; es que *la veo*, ¡y han pasado cuarenta y dos años!

Si fuera pintor, podría pintarla.

Es un recuerdo plástico, es un recuerdo puramente *visual.*

Subiendo por la calle de Picadilly, á mano derecha, en una acera muy ancha, junto á una barandilla de hierro, creo que del parque de San Jaime, vi durante muchos días al mendigo artista, que no pedía limosna, sino que escribía con lápiz negro y blanco y con letra muy clara la sentencia que antes he indicado.

Sigamos recordando.

José Echegaray

LOS JUDÍOS ESPAÑOLES DE ORIENTE

«Salónica, 24 de Julio de 1904.

Sr. Benito J. Alonso.

Orense.

»Muy Sr. mio; muchas gracias por su invio y por la buena carta que lo acompañaba. Leí con muy grande interés el diligente estudio sobre los Judios en Orense; extraeré de él varios datos que muy utiles puedran serme en mis búsquedas de las origenes de las comunidades judias de Turquia.

Me permito solicitar de Vd algunos datos cumplimentares sobre la vida y la situacion de los Judios en Galicia y mucho le agradeceré su repuesta.

—Qual era el numero de la poblacion de los Judios de Galicia á la fin del xv siglo?

—De qualos paises eran ellos originarios?

—Que lengua usaban entre ellos?

—Habia diferencias entre sus habla y aquella de sus conciudanos?

—Moraban ellos en gheltos?

—Que traje vestian? Era sus traje diferente de aquel de sus conciudadanos no judios?

—Que vestigios hay hoy de los judios gallegos? (sinagogas, gheltos, nombres de localidades ó de calles ecc[a]).

Non me atrebo á alungar mas esta lista bastante importuna y quedo de v. muy grato amigo. — J. Nehama. —*Ecole de l'alliance israélite*».

En algunas cuartillas que, días antes de llegar á mis manos

la carta de Nehama, remití al Sr. Vicenti para *El Liberal*, van contestados algunos particulares del cuestionario que se inserta; y hoy con gusto respondo en lo que puedo á la misiva del señor director de la *Alliance Israélite*, de Salónica, fijando en catorce mil próximamente el número de judíos que á fines del siglo xv residían en Galicia; y esta cifra no es exagerada, si se parte de la base de que en toda España habitaban por entonces cerca de unos doscientos mil, de los cuales, aun rebajando veinte mil y pico, resultarán correspondiendo á la región gallega por lo menos los catorce mil referidos, si se tiene en cuenta su tráfico en nuestros puertos y el continuo movimiento de mercancías que se cruzaban entre los de España y Portugal, favorecidos por el fácil acceso de las respectivas fronteras.

Hay que advertir que sólo se trata aquí de los judíos que han emigrado, pero no de los que, aceptando el bautismo (que fueron muchos), se quedaron. En cuanto al país de donde vinieron y la lengua que han usado, me permito decir al Sr. Nehama mi parecer.

Antes de la llegada de los moros, no se encuentran dentro de España, incluso la región gallega, más nombres que los griegos, fenicios y romanos. Dispersos los judíos desde Jerusalén y otros pueblos de Palestina, vinieron poco á poco, desembarcando en nuestros puertos y extendiéndose al interior de los conventos romanos de que entonces se componía la *Tarraconense* y la *Lusitania;* puede tenerse como cierto —*salvo meliori* — que hasta el siglo iv de nuestra Era, se hace dudoso creer que en los conventos *Lucense*, *Asturicense* y *Bracacense*, que formaban por entonces la región de los antiguos *Galaicos* ó gallegos de que hablan Ptolomeo, Plinio, Silio Itálico, Antonino y otros, existiese ningún israelita.

Desde dicho siglo en adelante, suscitóse en Galicia la empeñada lucha de la herejía de Prisciliano y Agape, ambos naturales del país; y aunque la doctrina de aquel sabio puso en rara conmoción al mundo, no se sabe que los judíos gallegos,

si es que los había, llevaran su favor á la candente arena de la pelea, ni en pro de los dos principios supremos de los maniqueos ni de los cristianos, ni aun, como se dijo siglos después, que hubiesen aprovechado la lucha para lucrarse de los contendientes de uno y otro bando; y si alguna tribu dispersa residía dentro del territorio, no dió señales de vida.

Esto no obstante, es opinión aceptada que ya entonces existían, y algo así debía ocurrir, cuando se asegura que con la irrupción de los bárbaros y llegada aquí de los suevos, se tiene por seguro el aumento de la raza israelita, que por estas fechas alcanzó abundante número; y aun parece que el odio general que durante el dominio de Roma se había conjurado contra ellos, permitíales un poco de aliento en el destierro incipiente que se les imponía. Pero á los días de bienandanza sobrevinieron otros de infortunio y amargura. Los visigodos no tardaron mucho tiempo en desconfiar de los hebreos, albergando en sus pechos un odio implacable que en breve se manifestó, llevando al Concilio de Toledo y al Fuero Juzgo capítulos de represión, coartando las libertades israelitas y fijando prohibiciones, con el fin de limitar su vida. Por primera vez se les obligó á vivir en juderías, separados de los cristianos, alejándolos de los cargos públicos y prohibiendo que tuviesen á su servicio ni mujer ni esclava cristiana.

Más adelante, otro Concilio de Toledo concede privilegios á los conversos, y los habilita para las carreras del Estado. Witiza también los favorece; pero con estos vaivenes y alejamientos, los hebreos tienen que vivir concentrados en sus barrios, y con tan escaso afecto hacia los naturales que se quejan, como rencor á los poderes que los cohiben. Sin embargo, es de presumir que, dos ó tres siglos andados desde su venida á Galicia, hubiesen olvidado por completo la lengua materna y hablasen la romana. Cuando fueron cautivos á Babilonia la perdieron en setenta años: los desterrados, como los vencidos, pierden su lengua y reciben la vulgar de las regiones en que tienen que vivir.

En todas las provincias dejaron de hablar la lengua hebrea y sira, y únicamente los rabinos y eruditos continuaron aprendiéndola para interpretar la ley de los profetas, sin perjuicio de traducir, como solían hacerlo, el *Talmud*, el *Misrva* y toda la escritura en arábigo, como se deduce de las siguientes palabras alusivas á Rabbi Samuel: *nostra auten translatio aliter, sicut iacent in Arabico auctoritates quos Samuel iste adducit, non sient in nostra Biblia.* Además, la lengua Santa dada por Dios á Moisés en el Sinaí, no fué la lengua vulgar; esto aparte de que aun trayendo á Galicia la de Palestina, ó la que se hablara en Jerusalén, probablemente no duraría más de un par de generaciones, porque los hijos y nietos de los judíos, aun suponiendo que sus abuelos y sus padres no hayan tardado algunos lustros en llegar aquí, hablaban ya la lengua de los pueblos donde habían nacido. Los rabinos, escribas y doctores de la ley conservaron, repetimos, la lengua Santa; pero se acomodaron á la que se hablaba en las provincias en que hicieron su habitación, y nunca la Jerosolimitana, como dice Nehemías: *vidi judeos ducentes uxores Arotidas, Anmonitidas et Mohabitidas, et filii eorum ex media parte loquebantur azotice et nesciebant loqui iudaice, et loquebantur justa linguam populi et populi.* Esto que sucedió en Roma y en toda Italia, no es mucho que les ocurriese en Galicia y en todas las regiones de España.

También los gallegos olvidaron la lengua celtibérica, tomando la de los romanos, que fué la que se habló hasta el siglo v, entrando después en formación la vulgar ó latín corrompido, llamado bárbaro, del cual se ha derivado más tarde el *romance,* origen primitivo del gallego, castellano y otras, que aún siguen hablándose en España.

Cada nación de las que vinieron á España—dice Terreros—permitieron el uso de la lengua latina; pero después de su corrupción, á contar de principios del siglo XII, los gallegos, que la conservaban con más pureza, aunque en tono diferente y pronunciación diversa de las demás provincias, elaboraron

la gallega, que ha quedado circunscrita al territorio que ocupan hoy España y Portugal.

Los israelitas vivían por entonces en sus aljamas y sinagogas con entera libertad en el uso de su ley, gobernados por jueces y alcaldes de su raza, y supone el notable paleógrafo citado que los muzárabes, moros y judíos hablaban el árabe como lengua nativa, aunque los judíos también conservaban el uso de la hebrea. Insistiendo en lo que atrás decimos, hay que agregar la opinión de Aldrete, que este filólogo toma del Abulense, Arias Montano y Belarmino, resumidas en lo siguiente: *de hebreorum lingua cum divisissen in omnem populum et nationem sub cœlo et pauci essent in qualibet regione, paulisper cesaverunt á lingua propria, et usi sunt lingüis earum regionum in quibus manebant: ita ut per disuetudinem obliviscerentur linguæ propriæ quia parvuli eorum, qui nascebantur, linguam ipsorum non adiscebant sed illarum gentium inter quas erant, unde factum est, ut nihil de lingua hebrea maneret, nisi quod in codicibus sacris habetur quia illud non potuit ire in oblivionem.*

Y agrega el Abulense que, por las razones dichas, los judíos no saben hablar la lengua judaica, por otra parte escasa de palabras, que suelen suplir con dicciones encontradas en otros libros en arábigo y no en hebreo.

En lo que se refiere á los judíos gallegos y á la lengua que usaban, no dudo en responder al Sr. Nehama que en el siglo xv era la misma que hablaban los cristianos, con quienes más que en ninguna otra región convivían, y de la cual lengua doy bastantes documentos originales en mi libro de *Los Judíos en Orense*, que el Sr. Nehama puede consultar en las páginas 10, 11, 12, 13, 16, 17, 19 y 25.

La lengua gallega ha sido, pues, la que estos judíos hablaban, y con saberla tuvieron de sobra para su comercio y relaciones con los pueblos de la región castellana, porque la de Castilla era por entonces casi idéntica á la gallega, y ésta en un todo igual á la portuguesa, como puede apreciarse todavía

leyendo alguna estancia de *Os Lusiadas*, de Camoens, y otros originales que tenemos á la vista. Una prueba irrefragable de que aquí no usaban lengua distinta de la que hablaban los naturales hállase patente en que, á pesar de los cuatro siglos de transcurso y de las variantes por que unos y otros hemos venido pasando en el pueblo israelita, se conserva todavía mucho de la procedencia gallega, como se demuestra leyendo el hermoso libro *Los Israelitas españoles*, de mi amigo el Dr. Pulido. En párrafos transcritos del sabio húngaro M. Kayserling, del rabino Abrahán Danon y otros, nos entera de los romances, proverbios, usos y costumbres de los hebreos en los países donde residen.

Como en Galicia siguen llamándose al padre y á la madre, hermano, hermana mayor y demás parientes de edad, «señor padre, señora madre», sin tutearlos; y á la persona mayor ajena, dicen «el tío fulano, la tía fulana». Continúan los modismos de nuestro dialecto mezclados con el castellano, que al fin era ya lengua de la corte, la lengua oficial en el siglo XV y mucho antes de la partida de los israelitas. Así tendrán nuestras consejas y fábulas de aquellos tiempos algunas más puras que las conservamos hoy: por eso no es de extrañar que, como se dice (p. 37), hablen el español más ó menos suave, pronunciándose nombres que aun hoy se usan en el país gallego, tales como (p. 39) *Consuela* por Consuelo, en castellano; *Climente*, por Clemente; *Dona*, por dueña; *Dolza*, por Dulcia; *Flor*, por Flora; *Fermosa*, por hermosa; *Gentila*, gentil; *Palomba*, paloma; *Castro*, castillo, pico de montaña; Rodríguez, Pérez, y tantos otros que en dialecto abundan todavía.

Entre los proverbios de Kayserling (p. 77) hay también palabras gallegas, como:

«Quien vende el sol *merca* la candela».
«León que está durmiendo no lo *espiertes*».
«El comer y *arrascar* todo es comenzar».
«A ti te lo digo mi hija, que lo entienda la mi nuera».

Y este último es tomado por entero del gallego originario,

de otro más breve y mejor hecho: *digocho, sogra, y entendeme, nora.*

En las cartas israelitas que con tanta oportunidad inserta en su libro el Sr. Pulido (1), originales de los señores Enrique Bejarano, David Bally, Lázaro Ascher, M. Gañy, Moises Fresco y Moises dal Medico, fechadas en distintas poblaciones del extranjero, también hallo bastantes palabras que se usan en Galicia. Tales son: conoscencias, vusted, deputado, articolo y articlo, contente, simpatisado, mesclar, resia, fieldad, pacencia, ainda, judeo, necisitar, asufrir, vistido, *è* (por y), vero, dentre, abastar, influenza, roga, indo, onde, mesma, resumido, acorda, libraria, proeba, rego, rua, defunto, estrada, coñada, lus, prédica, esforzo, tempo, alongar, topar, osted, lingua, má, reconocencia, giuntas, ripoesta, boeno, apreta, alcansar, cuido, desconosido, guerto, quererá (3.ª persona), arremendar, impresar, sigun, iñorante, ciudá, bonda, corrumpida, etc., etc.

Por lo que toca al sitio donde los judíos moraban, dicho queda ya desde cuándo fueron obligados á vivir en barrios á ellos destinados, en los cuales tenían Sinagoga, de donde en la Coruña, Monforte y otras villas y ciudades, tomaron el nombre de calle ó barrio de la *Sinagoga.* En Orense ocuparon, como he dicho en mi ya citado estudio, el barrio y calle de la Rua nueva, hoy del Instituto, en donde tenían Sinagoga y casas de morada, al igual de los demás ciudadanos. Respecto á los de Allariz, hemos hablado de su barrio (*Judíos en Orense*, página 25) con la necesaria detención.

En Pontevedra tenían su *Campo dos xudeos*, del cual también he tratado, y en él, según tradición, tuvieron muchos años sus chozas, transformadas luego en casas de la Moureira, y aun en *Campo longo* ó *La Tablada.* En esta pregunta dejamos contestada, si bien sucintamente, la que el Sr. Nehama interesa respecto á los vestigios que hoy se encuentran de los

(1) Páginas 135 y siguientes.

judíos gallegos; cuatro siglos de transcurso no es de extrañar que hayan borrado con su efecto demoledor los vestigios de una raza que, si por completo no se alejó del país, no se cuidó más que de la extinción de su pasado, ya por evitar el estigma, ya por hacer viable la existencia de los que, aceptando la conversión, evolucionaron, transigiendo así bien con sus vecinos los cristianos.

Ahora, por lo que con el traje de los judíos se relaciona, y si era ó no igual á los del país, en una región donde se cree que habitaban los celtas, pasando por ella después cartagineses, fenicios, griegos, romanos, suevos, etc., no sé cómo arreglarme para decir cuáles fuesen los naturales en el siglo xv, ni aun los no judíos. Lo que no habrá gran peligro en afirmar es que judíos y cristianos anduvieron muy bien entendidos, y no hallaron gran reparo en pasar á uno ú otro campo siempre que en ello jugaron amor, posición, dinero...; en otro lugar ya dijimos cómo aquí en Orense y otras poblaciones los israelitas emparentaron con nobles y bien acomodadas familias, y ocuparon puestos del Ayuntamiento, Capítulo, Catedral, etc., etc., en donde los parientes de mi tocayo *Benito de Espinosa* tanto han figurado, por lo menos en lo que se refiere á la ciudad de Orense y su provincia.

El siglo xv empezó mal para los hebreos, por la intervención de D. Fernando de Antequera y la reina viuda Doña Catalina en la menor edad del rey Don Juan II, y más combatidos, si se quiere, por Enrique III, que no sólo decretó su encierro en lugares apartados, sino que les privó de ejercer cargos públicos, usar armas y vender nada á los cristianos, y otras cosas que aquí en Galicia, salvo vivir aparte, nunca se han observado. En su gente, á pesar de las prohibiciones, continuaron los albéitares, carpinteros, sastres, tundidores, zapateros, calceteros, carniceros, pellejeros y otros oficios que los cristianos tenían por denigrantes.

Nuestros peones, lanceros y pecheros estaban al servicio de los señores de casas solariegas, fortalezas y castillos, de que

abundaba el país gallego. El Comercio, la Medicina, Cirugía, Leyes y otras carreras científicas eran también inteligentes judíos quienes las desempeñaban, y de éstos quedan anotados en mi librito algunos ilustres hombres.

Para que unos estuviesen dedicados á las armas, otros lo estaban al ejercicio del comercio, ciencias y oficios; por eso se necesitaban, y por ello también las leyes y decretos que se dictaron allá en la Corte trashumante no sólo llegaban tarde á Galicia, sino que muchos de ellos no tenían cumplimiento si al país no convenía, como convino, por ejemplo, la demolición de 90 castillos y fortalezas que la Reina Católica mandó arrasar en el país gallego, y á cuya obra concurrieron cristianos, judíos y moros. No fueron así obedecidos algunos otros mandatos.

En el primer tercio del siglo xv se ha decretado, pues, que á lo sucesivo los judíos no usasen «capirotes con chias luengas, ni mantones, pero que pudiesen llevar mantos grandes hasta los piés sin cendal, é sin pena é toca». No podían llevar paño cuyo valor excediese de 30 maravedises la vara, y no llevar cortado el cabello ni la barba. Ni á judíos, ni á nadie, estaba permitido llevar bordaduras, pasamanos de oro, franjas, plata ni sortijas en los dedos, á no ser las que se creían necesarias para sellar cartas ó contra ciertas enfermedades.

Las calzas, jubón, capotes, etc., eran lisos, sin bordado alguno. Para la cabeza, sombrero de copa más ó menos alta, corto de falda; montera ó pasamontañas, bajando hasta los hombros, con abertura por delante para boca y ojos. Paisanos, como judíos, llevaban sayos de buriel ó paño pardo, con solapas de grana ó de bayeta blanca; calzones de pana azul, con botones esmaltados del grandor de una de nuestras piezas de cinco pesetas. Los elegantes, frac y calzón, sombrero apuntado, espadín á la cintura, cabeza empolvada, media de seda, capa de grana ó paño blanco y zapato bajo con hebilla.

A los hombres de letras fué permitido usar capillas y delanteras de paño, con forro de terciopelo ó seda, en fieltros, albornoces, jubones, cueras y ropillas.

Las mujeres, así cristianas como judías, llevaban indistintamente cofias engalanadas con cintas de color, jubón de pliegues, y aun de telilla de oro ó plata guarnecidos; basquiña ó saya, manteo, sombrero de fieltro con trenza de pasamanería ó cairel de oro, plata y seda; la cabeza con peinado de copete, jaulilla, guedeja con crespo ó rizo bajando de la oreja; algunas veces cubierta con gorrete ó caperuza.

Las judías, que aquí, como en todas partes, las hubo hermosísimas, solían llevar el rostro medio velado, como las moras y algunas cristianas. Así continuaron hasta muy entrado el siglo XVI, que Felipe II las mandó «que no tapasen todo ni parte». Los hombres israelitas, más observantes de la tradición y más celosos del cumplimiento de la ley, llevaban *tabardos* ó casacón ancho y largo, de paño buriel más ó menos tosco, y las mangas bobas, *con una señal vermeja* que los distinguía de los copieces verdes de los moros, que éstos llevaban con una luna clara.

En cuanto á la barba, los judíos, como los demás, solían llevarla sin afeitar, bastante larga, terminando en punta, si no eran sacerdotes, porque éstos la llevaban redonda, bajándola cada tres semanas á punta de tijera, bajo pena de seis días de cárcel.

Por aquellos tiempos, nadie se daba maña para afeitar la cara, ni se conocían más instrumentos que la tijera, y aun ésta se empleaba muy poco, dada la antigua costumbre que los gallegos tenían de llevar, como los antiguos lusitanos, largo el cabello y la barba.

BENITO F. ALONSO

INFLUENCIA ESPAÑOLA SOBRE LA LITERATURA INGLESA

I

LA INFLUENCIA DE ESPAÑA SOBRE LA CULTURA EUROPEA EN LA EDAD MEDIA Y EL NACIMIENTO DE LA LITERATURA CASTELLANA

La forma literaria en que los hechos y las fantasías se presentan puede definirse como una revelación de la inteligencia individual que el escritor ha heredado de las idiosincrasias combinadas de innumerables progenitores, ampliamente dominados por influencias nacionales y de raza. Así como no hay dos personas tan iguales de cara que se confundan, y como las circunvoluciones en la epidermis de todos los pulgares del mundo varían en trazado, así dos espíritus humanos nunca trabajan exactamente en la misma dirección, aunque pulgares y espíritus puedan clasificarse en amplios grupos característicos. Las naciones y las razas no son más que agregados de individuos. Todos los chinos, y naturalmente todos los ingleses, tienen entre sí là natural semejanza física que les distingue de otras razas; sin embargo, cada individuo posee caracteres que le distinguen de otros miembros del mismo grupo étnico. Una regla semejante puede aplicarse á las inteligencias nacionales ó de raza, que, debido á circunstancias anteriores, difieren en el agregado tanto una de otra como las más superficiales particularidades físicas; y así el estudio evolutivo de una litera-

tura nacional sólo puede llevarse á cabo satisfactoriamente haciéndolo simultáneo con una consideración de las variadas influencias políticas y de raza que han operado sobre los pueblos que la produjeron. Esto es, indudablemente, una perogrullada; pero la necesidad de ampliar así el plan del estudio literario se pierde de vista con frecuencia por los lectores superficiales, que se contentan con considerar cada obra maestra literaria de una nación como la producción espontánea de una individualidad aislada. Verdad es que las grandes obras parécenles á los irreflexivos que han salido al mundo maduras y espléndidas del cerebro de un genio. Pero nunca sucede así. El genio que produce la obra no hace más que reunir y moldear los elementos de dentro y de fuera que han estado conspirando en silencio, y acaso desapercibidos, muchos años antes de que se llegase al punto culminante de la producción. Toda la literatura no es más que evolución, y para comprender cualquier literatura plenamente es necesario adoptar los mismos métodos que emplea el historiador filosófico. No se contenta con enumerar los hechos escuetos de lo que sucedió en el pasado: necesita trazar las razones de que hayan sucedido así, indagando su génesis en acontecimientos anteriores. Así, en el estudio de una literatura ó de cualquier obra importante de la literatura, es necesario comprender cómo y por qué, históricamente considerada, tomó la forma que tomó.

Generalmente hablando, hay tres series de influencias que pueden obrar sobre el desarrollo literario de una nación: la primera y más fundamental es el carácter dominante de la raza que la produce, derivando de las condiciones naturales y de las vicisitudes etnográficas; segunda, las influencias ejercidas por otras naciones ó por la invasión extranjera; y tercera, el genio individual de algún gran maestro. Puede proclamarse con seguridad que siempre que la segunda de estas influencias se ejerce sobre una literatura, la primera influencia, á saber, la del carácter dominante de la raza nativa, transforma rápidamente el elemento extranjero introducido, y, al paso

que recibe influencia de ella, la modifica de acuerdo con el carácter nativo.

Deseo vivamente poner en evidencia estos principios, porque intentaré aplicarlos al bosquejar el desarrollo de la literatura castellana (especialmente la literatura de prosa, por razones que explicaré más adelante), y hacer notar cómo, y dónde, y por qué la literatura de nuestro país recibió en ciertos períodos efluvios de la de España. Esto exigirá una consideración progresiva de las causas naturales y políticas que dieron á la literatura española sus caracteres peculiares, su vigor y su debilidad, y la pusieron en condiciones de ejercer influencia apreciable sobre nuestra literatura en ciertos puntos específicos de contacto.

La Península Ibérica ha sufrido quizás mayores transformaciones etnográficas y sociales que cualquier otro país de Europa. Oleadas de inundación humana la han arrasado: iberos, celtas, fenicios, cartagineses, griegos, romanos, afrosemitas, godos, francos y vándalos y las hordas abigarradas del Islam han dejado huellas profundas sobre la raza que llamamos española, y han modificado profundamente el pensamiento y la forma literaria. Pero aunque los idiomas pueden cambiar, y los jefes ir y venir, y las culturas de otros países introducir nuevos rasgos en las letras españolas, el carácter natural y espontáneo de la literatura española, derivado de las razas aborígenes de los tiempos prehistóricos, ha conservado siempre ciertas cualidades que la han distinguido de todas las demás. Estas cualidades pueden resumirse así: una invención vívida y exuberante, una verbosidad florida, una sátira burlona y, sobre todo, la clave del carácter de raza, ese sentido predominante de individualidad que induce á cada hombre á considerarse como el centro del universo, estando de cierto modo en comunión mística con las potencias superiores. Cuando Roma se iba haciendo cada vez más corrompida y espléndida, y las colonias más ricas y más cultas, la influencia provincial en la metrópoli se hizo más considerable,

y desde entonces la Roma imperial fué condenada á la decadencia. España, una de las provincias más ricas, con una civilización que había avasallado casi altaneramente la civilización latina, y ahora se había cruzado con la sangre romana, después de algunos siglos de dominación, contribuyó acaso más que ninguna otra á la grandeza aparente que fué la decadencia inevitable del Imperio. En los días mejores de la última República, los romanos instruídos, Cicerón entre ellos, á la vez que ensalzaban la irresistible superioridad literaria de los españoles, ridiculizaban su extraña pronunciación provincial del latín. Pero en los últimos días, los mejores de los Césares fueron españoles. Trajano, Adriano y Marco Aurelio, aunque hablaban el dialecto español, rigieron el mundo. Los autores españoles infundieron su espíritu peculiar en la literatura latina, y crearon la manera de preciosismo exuberante que la llevó á la decadencia. Séneca el viejo (nació 54 antes de J. C., murió 39 después de J. C.), profundamente imbuído de la tradición del mejor período de la literatura latina, fué un español puro, y escribió su colección crítica de joyas de la oratoria antes de que la tendencia florida de sus paisanos hubiese corrompido las letras latinas. De su más famoso hijo, Séneca el joven (5 antes de J. C., 65 después de J. C.), dice John Morley: «No hay ningún antiguo moralista á quien los modernos, de Montaigne para abajo, deban más que á Séneca. Toca los grandes y eternos lugares comunes de ocasión humana (la amistad, la salud, la pobreza, la riqueza y la muerte) con un tacto que le coloca muy elevado entre los divinos maestros de la vida. Los hombres han encontrado en sus ensayos y cartas más abundantemente que en cualquier otro escritor secular palabras de buen consejo é importancia». Esto es cierto; pero ya en los bellos, ataviados y pulidos períodos Séneca el joven comenzó á insinuarse el amor ibérico á las palabras escogidas para revestir el pensamiento didáctico. En su sobrino Lucano (nació 39 antes de J. C., murió 65 después de J. C.) es todavía más marcada la tendencia al ornamento oratorio, especial-

mente en *La Farsalia*. Marcial (43-104 después de J. C.), como muchos españoles después de él, hizo reir á todo el mundo con risa escandalizada, por el ingenio y la desvergüenza de sus vehementes sátiras. Quintiliano, de Calahorra, dió al mundo una de las obras más notables de la literatura. Todos éstos fueron españoles de nacimiento que vivieron en el primer siglo de la Era cristiana. Todos ellos, excepto el primero, mostraron las cualidades arraigadas de la raza; y aunque en ellos su genio doró su exuberancia, sus huestes de imitadores, poseyendo toda su exuberancia sin su genio, apilaron ornamento sobre ornamento, un concepto rebuscado sobre otro y un vocablo excéntrico de nuevo cuño sobre otro, hasta que el estilo literario latino se rebajó á la flatulencia pomposa por la cual se distinguió cuando la ciudad imperial fué presa de los invasores góticos (400 después de J. C.). El esplendor del Imperio romano, el carácter deslumbrante y ostentoso del idioma latino, había penetrado en lo más profundo del corazón de la raza romanizada que pobló la Península, y el espíritu ibérico contribuyó á la caída del Imperio.

Los recién llegados á España, los godos, que todo lo conquistaban, autocracia militar que había peleado por espacio de varias generaciones de Este á Oeste, fueron los antípodas de los españoles naturales. No eran una raza literaria; tenían poca poesía ó imaginación; su sátira se administraba con una espada afilada más bien que con una lengua picante, y fueron hombres rústicos de pocas palabras. Formaron una aristocracia cuyas tierras hereditarias eran inalienables, y se les prohibía casarse con españoles genuinos. Así, aunque vivieron y dominaron en España por espacio de cerca de tres mil años, dejaron poca huella sobre la literatura del país. Así, lejos de influenciar á los españoles, tardaron mucho en verse finalmente obligados á adoptar el idioma latino de sus súbditos, y en someterse á la forma atanasiana de cristianismo que los españoles habían sostenido arrogantemente á instancias de los sacerdotes ortodoxos. Hay pocos ejemplos en la Historia que mani-

fiesten más enérgicamente que éste el poder absorbente y asimilativo de una mayoría de vasallos conquistados, cuando los últimos son mentalmente superiores, como lo eran indiscutiblemente los españoles respecto de los godos. Así los godos pasaron por España y dejaron poco rastro, más que un código de leyes adaptadas al latín del gran código de Teodosio. Los españoles, con su irreprimible amor al lenguaje escrito, continuaron durante toda la dominación gótica escribiendo en latín florido y pomposo. Tenían una inspiración más sublime que ahora. El cristianismo les había dado una fuerza mayor que á ningún otro pueblo. Que cada hombre era igual delante de Dios, y que el Altísimo se interesaba por la más humilde de sus criaturas, fué una revelación de la verdad de su más enérgico instinto de raza, de su individualismo consciente, y el primer poeta cristiano y latino que escribió sobre temas sagrados fué Juvenco, español (330 después de J. C.). Prudencio, un poeta todavía más ilustre del Cristianismo, español de pura sangre, escribió sus ardientes versos religiosos, sediento del martirio cristiano, mientras se abrasaba de amor y adoración por las formas bellas que el paganismo le había enseñado á admirar. Orosio, español también, fué el primer escritor de la Historia que dió á sus escritos la nota general de universalidad que vino al mundo con la doctrina cristiana de la igualdad humana. Estos y otros como éstos mantuvieron viva todavía la luz de la literatura latina en España mientras los reyes teutones conservaron su Corte bárbara en Toledo.

Acaso el español cuya influencia sobre la cultura europea fué mayor en este período de decadencia, fué San Isidoro, arzobispo de Sevilla (600-636 después de J. C.), el último de los grandes escritores latinos antes de que se bajase el negro telón. Su obra principal, además de su *Historia de los Reyes Godos* (1), fué una especie de diccionario enciclopédico titulado las *Etimologías*, resumiendo una enorme masa de erudición

(1) *Historia de Regibus Gothorum.*

sobre todos los asuntos conocidos, tomados de autores anteriores, muchos de ellos ignorados ahora. Obispo cristiano como era, se vió obligado á condenar austeramente de palabra el placer de los ojos y de los sentidos, «las vanas ficciones de los poetas que con fábulas mueven el ánimo á la liviandad»; á tronar contra la aparatosa y vacía elocuencia de los autores paganos, en comparación con la grave sencillez de los Evangelios. Pero Isidoro era español después de todo, y había de ser un admirador tan florido de la belleza en abstracto como cualquiera de sus antecesores paganos. La obra de Isidoro, didáctica ante todo, influyó profundamente en el pensamiento fuera de la Península, especialmente en Francia. Los hombres comenzaron á comprender vagamente que, por mucho que se condenase oficialmente la belleza, la armonía y la elegancia, en cuanto que guiaban á los espíritus á adorar otra cosa que el verdadero Dios, sin embargo, propia y humildemente consideradas, podían servir de criadas á la misma religión; y en realidad, debían reconocerse como buenos dones de Dios hechos á sus criaturas. Esta idea ó su exposición se propagó de España á Francia é Italia, y se dejó sentir más tarde en el Renacimiento italiano. Pero no en España. Ocurrió en 711 un acontecimiento que trastornó el orden de cosas y encauzó la cultura española por otros canales.

Allende el estrecho bullía el conquistador musulmán: los salvajes bereberes recién conquistados á la fe del Profeta, y frenéticos en su celo, como todos los conversos; los instruídos sirios y los filosóficos persas. Hombres de todas las razas orientales, hijos del Shem en su mayor parte, parientes cercanos, muchos de los de Africa oriundos de España, avanzaron hacia el Norte sin resistencia, y en pocos meses contemplaban desde las vertientes de los Pirineos un país sobre el cual ondeaba la bandera verde del Islam. La media luna había derrotado á la Cruz.

Desde entonces, el ideal cristiano en España cambió durante varios siglos. Desde el extremo noroeste céltico comen-

zó la reconquista del país, y un aguerrido puñado de rebeldes avanzó paso á paso por los territorios del rey cristiano. La mayoría de los españoles se contentaron con vivir en paz y seguridad al principio, bajo sus vencedores musulmanes; porque no había intolerancia. Las armas humanas solas nunca hubieran bastado para que la guerrilla de Asturias hubiese conquistado á los conquistadores. El fervor religioso, la comunión mística con las potencias divinas, las voces en el aire y las estrellas que guían; el ayuno, la mortificación y la austeridad, combinadas con la creencia innata en todo español de que es un escogido de Dios: éstas fueron las causas de que la reconquista cristiana cobrase ímpetus. Todo lo que era delicado y suave y bello fué odioso, porque el infiel se solazaba en la molicie, en el lujo y en la belleza. La España cristiana era demasiado activa y demasiado austera durante los primeros tres siglos de la reconquista para hacer algo por la literatura, á no ser escribir algunas vidas eclesiásticas de santos y cosas semejantes. Y así, en la España cristiana como en el resto de Europa, asolada por los rudos teutones, toda cultura dormitaba donde no había sido destruída adrede.

Pero no así en la España mora. Allí los califas de Córdoba, uno después de otro, cultos, ilustrados é instruídos, juntaron á su alrededor todo lo que el dinero, el gusto y la sabiduría podían lograr de la cultura de los pueblos antiguos. Desde el primer califa Abd-er-Rahman, que vivió en el siglo octavo, pasando por su hijo Al-His ham, su nieto Al-Ha kam, su biznieto Abd-er-Rahman II, y más tarde el mayor de los califas, Abd-er-Rahman III, y su hijo, doscientos años después, al fin del siglo décimo, sólo Córdoba, de las ciudades europeas, fué la que conservó viva la antigua instrucción. Palacios más espléndidos que el sueño de un poeta; una mezquita que hoy subsiste, y es casi incomparable entre los más hermosos edificios del mundo; el lujo y el fastidio que condujo últimamente al enervamiento y á la decadencia: todo esto constituía á Córdoba bajo los califas. Pero esto no fué todo. Córdoba, que era

en los tiempos romanos la colonia patricia, ha sido el hogar de la literatura y el lugar de nacimiento de poetas y escritores innumerables. Pero bajo los califas se convirtió en el centro de la instrucción del mundo. Estudiantes de todas partes de Europa concurrían á sus escuelas privadas, y se echaron á los pies de los hombres instruídos que enseñaban en ellas; no sólo los árabes, sino también los judíos y los cristianos mozárabes. Duns Escoto vino á aprender y propagar por Europa la filosofía del gran poeta y filósofo judío Avicebron (año 1070). Al principio se enseñaron principalmente la literatura, la filosofía y la retórica, y más tarde se estudiaron todas las ramas de la ciencia, especialmente medicina y cirugía. La astronomía, la geografía, la química, la historia natural, la horticultura y las bellas artes: todas tenían su literatura, sus maestros y sus devotos. La gran biblioteca del califa Al-Ha-kam era el asombro del mundo. En todas las ciudades del Este, sus agentes buscaban y coleccionaban vigilantemente para él raros manuscritos en las lenguas orientales: en persa, hebreo y griego. Bagdad, Damasco y el Cairo fueron saqueadas para recoger tesoros y venderlos á Córdoba; y copistas pagados por los califas españoles transcribían en las bibliotecas del Este los textos que el dinero no podía comprar; y antes de que el instruído Ha kam muriese, en 961, unos 400.000 preciosos manuscritos estuvieron al servicio de los sabios de Córdoba. Aunque el lujo excesivo produjo desastres al califato, y los fanáticos musulmanes destruyeron mucha parte de la preciosa biblioteca, sin embargo, la tradición de la cultura subsistió todavía en Córdoba. Aun los cristianos españoles, al menos durante los primeros dos siglos, hablaban y escribían el árabe tanto como el dialecto latino que habían heredado de sus padres; y los hebreos, que habían seguido á los moros en gran número, estaban también en peligro de perder su antiguo lenguaje por el cultivo del árabe cortesano, cuando cayó el califato y vino la reacción.

Como la conquista cristiana avanzaba gradualmente y el

fervor religioso se exaltaba por ambas partes, cada pueblo en la España sarracena comenzó á emplear su lenguaje propio, mientras la mayoría hablaban el árabe. Las ciudades provinciales de la España musulmana, ahora capitales de provincias pequeñas, Toledo, Zaragoza, Sevilla, Murcia, Badajoz y otras, se convirtieron á su vez en centros de cultura, y de ellas, y especialmente de Córdoba, con sus tradiciones eruditas, brotó el primer renacimiento griego, en el siglo XII, mucho antes de que se hubiese pensado en el de Italia. Durante el califato, Córdoba había sido especialmente la residencia de los poetas y de la poesía, porque el credo fatalista de los árabes no les animaba al principio á estudiar las ciencias exactas. Por consiguiente, el renacimiento español no fué debido á los árabes. A los judíos de España debe tributarse el honor de abrir el camino, aunque mozárabes y árabes les siguieron después. La astronomía se había inmovilizado desde los tiempos de los antiguos griegos, hasta que los descubrimientos de los judíos españoles y árabes la elevaron á una altura á que no había llegado hasta entonces. Averröes, uno de los filósofos más ilustres de todos los tiempos, fué cordobés (1116-1198), y tradujo las obras de Aristóteles, no del griego, sino del hebreo al árabe. Oxford, Padua y París mandaron activamente copistas, que tradujeron al latín el texto resucitado, y todos los sabios de Europa discutieron en el siglo XIII las doctrinas que Averröes había deducido de Aristóteles. La doctrina, cuando se aplicó al cristianismo, fué á favor de la idea de la religión natural ó revelada, que no necesitaba justificación por la razón; é inculcó indiscutiblemente una aceptación más implícita del dogma religioso que la formulada desde España algunos años después de la muerte de Averröes por otro español, Raimundo Lulio el mallorquín. Este viajó por el mundo entero, enseñando y predicando su teoría filosófica de que las verdades del Cristianismo habían de ser demostradas por la razón y por la lógica. Su influencia sobre las Universidades medioevales fué enorme, y á él se debe primariamente el estudio de las lenguas

orientales en Oxford y en otras partes. Lo que ahora se llama Cristianismo racional, y que tan admirablemente responde á las exigencias del espíritu moderno, es debido al español Raimundo Lulio, á quien la Iglesia romana ha anatematizado y bendecido alternativamente, y que, á pesar de la Inquisición, ya está en el grado que conduce á la santidad.

La poesía, lo mismo que las ciencias, se propagó hacia el Norte desde las moriscas Córdoba y Toledo, gracias principalmente á los judíos. Otros españoles, además de los escritores y maestros, llevaron al mundo ecos de la lengua que las ciudades españolas habían conservado. Estos fueron los médicos, nigrománticos y alquimistas hebreos, que por espacio de algunos siglos habían de encontrarse en cada corte de Europa. Toledo fué considerada especialmente como la mansión de las ciencias exotéricas y ocultas; y los secretos de los pueblos antiguos fueron difundidos en el mundo por ellos, hasta que la nueva sabiduría ahogó á la antigua en el siglo XVI. A Moisés Ben Maimón (Maimónides), el más ilustre de los judíos europeos, se le ofreció el puesto de Ricardo I de Inglaterra, pero prefirió el servicio de Saladino. En su famoso libro *Yadha-Haza-Kah (La mano fuerte)* y en su *Guía para los que viajan perplejos sobre el camino recto*, trató de dar una interpretación racional del Talmud, como hizo Lulio con el Evangelio cristiano. Otra docena de grandes nombres de judíos españoles pudieran mencionarse, para demostrar cómo propagaban la instrucción por el mundo; menos en España que en otras partes, si ha de decirse la verdad, á consecuencia del fanatismo religioso, por el cual los fanáticos mantenían aislados á los pueblos españoles; pero ya he escrito bastante para demostrar que, si no fuese por la España musulmana, hubiera perecido mucho de la sabiduría de los antiguos. Reuníanse en todas partes manuscritos griegos, persas y coptos, por la ilustrada prodigalidad de los califas y de los reyes, y se traducían al árabe en Córdoba y Toledo, mientras los judíos y mozárabes traducían al hebreo y latín. Después de la caída del califato,

en los siglos XII y XIII, se estudió filosofía en todas las capitales pequeñas, cuyos reyezuelos competían unos con otros como protectores del arte y de las letras. La medicina y la cirugía fueron llevadas á una perfección antes desconocida por los más profesores de la época, Abd-el-Kamin y Aben Zoar, de Sevilla. La botánica fué el dominio de Aben Abaithar, de Málaga, que escribió un libro titulado *Colección de remedios*, anticipando muchos descubrimientos de medicina y describiendo científicamente doscientas especies nuevas de plantas. Las matemáticas y la astronomía fueron activamente cultivadas, y se establecieron observatorios en todos los centros de cultura donde podía estudiarse el firmamento. El observatorio más importante que había entonces en Europa era la famosa torre, que todavía existe y no tiene rival en belleza desde hace ocho siglos: la Giralda de Sevilla. Viajes y descripciones de lejanos países pertenecían á muchos profesores árabes y judíos. Tales abu Hamid Algarnati de Granada, y Aben Chobair de Valencia, viajaron por el Este y describieron lo que habían visto. El Abdari de Valencia visitó Egipto, Arabia y Caldea, y escribió sobre estos países, y todavía se citan los viajes de Benjamín de Tudela. La filosofía, que fué la primera manifestación de la cultura de Córdoba, continuó dividiendo á los sabios todo el mundo después que Córdoba cayó. Avempace (murió 1138), que precedió al gran Averröes, escribió su *Régimen del Solitario* con arreglo al plan de la *República* de Platón, y ninguna escuela medioeval quedó sin una copia del libro. *La fuente de la vida*, del español judío Salomón Ben Gebirol (1621-1070), produjo una profunda influencia en toda Europa (1). Abraham Ben David, de Toledo, escribió obras sobre astronomía, y su ensayo filosófico *La fe exaltada*, tentativa hecha para conciliar la filosofía con la religión revelada, le granjeó partidarios á

(1) Ha sido correcta y elegantemente traducida del latín al español, en la biblioteca del Sr. Rodríguez Serra, por el culto pensador, injustamente olvidado, Don Federico de Castro, catedrático de la Universidad de Sevilla, muerto no ha mucho.—*N. del T.*

centenares en Italia, Francia é Inglaterra. La literatura, y especialmente la poesía, floreció brillantemente, como los numerosos textos originales de poemas y cuentos en hebreo y árabe que ahora están en la Biblioteca del Escorial lo testifican, y como lo prueban, además, las obras impresas de Gebirol, Judah, Ben Levi y otros.

Y así, desde el siglo VIII hasta el siglo XII, la España musulmana siguió siendo la residencia de la instrucción y la literatura, mientras los reyes cristianos del Norte avanzaban hacia las fronteras, demasiado ocupados en pelear, demasiado fervientes en su fe religiosa, de elección especial, para tratar de aprender mucho de los infieles, ó para adoptar la lengua de sus enemigos. La conquista se había llevado á cabo en dos ramas principales: una, de origen francés y provenzal, en el Nordeste de la Península; la otra, gótica y sacerdotal en cuanto á la dirección, había congregado en el Noroeste gótico á todos esos españoles romanizados, cuya adhesión á sus dueños ó su amor á la independencia les habían inducido á rehusar la dominación morisca. El reino del Nordeste, Aragón y Cataluña, continuando la antigua conexión con los pueblos de la misma sangre y soberanía en el golfo de Lyon y en el Sur de Francia, hablaban el dialecto del latín, que llamamos provenzal, mientras que los reinos de Galicia y León hablaban una lengua afín al portugués. Por lo que atañe á los mozárabes cristianos, que, como hemos visto, en los primeros años de la dominación musulmana habían adoptado en gran parte el árabe como idioma, fanáticos por ambas partes, habían ejercido tal influencia sobre la raza y sobre el odio religioso durante el siglo XI, que cuando los reinos cristianos avanzaron y la Cruz derrotó á la media luna en una provincia después de otra, los hombres de origen español adoptaron otra vez universalmente el dialecto peculiar del latín que los españoles romanizados de Córdoba habían hablado, muy modificado ahora, como es de suponer, por dos ó tres siglos de vecindad árabe. Con cada extensión de las fronteras cristianas entraban á formar parte

de la España cristiana mayor número de personas que hablaban este dialecto, y éstas eran personas en su mayor parte mucho más adelantadas en civilización que los otros habitantes de los reinos cristianos. En el ínterin, la situación más pacífica de la parte septentrional de la Península, distante de las fronteras beligerantes, fué causa de que la poesía y los ensayos dramáticos fuesen cultivados allí. Pero el ímpetu, en este caso, vino de los trovadores y juglares provenzales que vivían en las cortes de los reyes y de los nobles, y viajaban de casa en casa, siendo siempre bien acogidos como huéspedes para recitar sus versos épicos y diálogos dramáticos, para cantar y decir chocarrerías y contar anécdotas en lengua provenzal, que la mayoría de las personas pudiesen comprender. Por medio de éstos y las imitaciones de ellos en lengua gallega (el lenguaje cortesano de Castilla) floreció la poesía de España. Pero la influencia fué menos indígena que francesa, aun en el ejemplar de la poesía castellana, debiendo claramente su forma el famoso *Poema del Cid* á las *Chansons de Geste*, que habían cruzado los Pirineos con los trovadores.

Aquí tenemos, pues, nada menos que tres, si no cuatro, distintos dialectos del latín hablado en España, como ocurre, en verdad, aun hoy día. Dos de éstos, la lengua de oc ó romance y el gallego, fueron y son lenguas capaces de mucha expresión poética y con una considerable literatura; pero eran idiomas en que, por razones políticas que he indicado, se había escrito poco de erudición científica ó filosófica. Su sonido, por otra parte, era menos sonoro y majestuoso al oído qne el dialecto que se había hecho grave por haberse hablado durante varios siglos en unión del árabe, enfático y gutural. Este dialecto era más rico y más flexible porque se le habían anexionado muchos vocablos árabes, y su construcción gramatical se había hecho mucho menos rígida que las formas del latín vulgar de Galicia y Provenza. Con la conquista de la ciudad imperial de Toledo por Alfonso VI en 1085, se dió el primer paso hacia la generalización del dialecto mozárabe. Las severida-

des de las sectas fanáticas musulmanas, que se habían apoderado del poder en los distritos mahometanos, ya habían impulsado á gran número de cristianos é indecisos mozárabes á domiciliarse en los territorios de Castilla; y el establecimiento de la corte de Alfonso VI en Toledo le rodeó á él y á sus nobles de personas que hablaban ese dialecto, el cual se hizo así familiar al oído. Sólo cincuenta años después, á la mitad del siglo XII, se escribió el primero y más notable poema épico castellano, el *Poema del Cid;* pero como la poesía épica y lírica de España ejerció poca ó ninguna influencia sobre nuestra literatura, me propongo hablar ahora sólo del desarrollo de la prosa castellana.

Cuando Córdoba fué conquistada por San Fernando en 1241, éste juzgó necesario promulgar el Código de las leyes que habían derivado del Código godo durante los cuatro siglos de la reconquista, no en latín ni en gallego, sino en el dialecto que hablaban los mozárabes de Córdoba; y, aunque indudablemente se habían escrito en el mismo lenguaje antes de ésta muchas cartas conferidas á ciudades recién ocupadas por los moros, sólo existen, que se sepa, dos fragmentos en prosa, indudablemente anteriores (1). En Sevilla, en 1248,

(1) El primero de éstos es la *Disputa del alma y el cuerpo*, en el cual el alma de un hombre muerto poco ha vitupera al cuerpo las molestias que ha hecho sufrir á la parte imperecedera de él. El fragmento comienza así:

Si quereedes oir lo que uos quiero dezir
dizre uos lo que ui, nol uos i quedo fallir,

por el cual se verá que en la época de que data el fragmento—probablemente la mitad del siglo XII—la lengua estaba ya formada por completo.

El segundo fragmento es parte de un auto sagrado, representando la visita de los tres reyes magos al Niño Salvador, y es de la misma fecha aproximadamente. Las primeras líneas, que son un soliloquio del primer rey, Gaspar, cuando ve la estrella de Belén, comienza así:

¡Dios Criador! ¡Qual maravila
no se qual es achesta strela!
Agora primas la e ueida
poco timpo a que es nacida.

cuando San Fernando estableció allí su capital, ocurrió lo mismo; y los edictos del conquistador fueron redactados en el dialecto de los mozárabes. Desde entonces, aun algunas de las crónicas é historias comenzaron á escribirse en el mismo idioma, para que las entendiese el pueblo recién conquistado. Rodrigo Ximenez de la Rada, arzobispo de Toledo, había escrito en latín una *Historia de los Reyes Godos*, y tan ansioso estaba San Fernando de recordar á los mozárabes cristianos su origen pre-morisco, que ordenó al obispo que tradujese su libro al dialecto de aquéllos.

Pero con la muerte de San Fernando en 1253, sobrevino el cambio que decidió la batalla de las lenguas, é hizo que lo que ahora llamamos castellano fuese el lenguaje predominante de España. El nuevo rey Alfonso X fué uno de los reyes más eruditos que han existido, un literato de nacimiento, con una insaciable sed de sabiduría. Había oído en la corte de su padre, de boca de sabios, judíos, mozárabes y mudéjares, las pasadas glorias de la gran biblioteca del califa Al-Hakam en Córdoba, de la sabiduría amontonada por siglos enteros que primeramente habían hecho de la ciudad de los califas el centro intelectual del mundo. Ahora veía cómo los suntuosos palacios, las librerías imperiales y las activas escuelas habían sido destruídas por la ignorancia y el fanatismo. Era él mismo un poeta dulce, en su lengua familiar de Galicia, así como en el dialecto mozárabe, que escribía tan bien como el propio. Tenía, al menos, dos lenguajes en que escoger, si no tres; y en su vasto proyecto de formar una literatura nacional, debió ser guiado en su elección por muchas consideraciones. El dialecto mozárabe era, indiscutiblemente, el más rico en palabras y más fácil en la construcción que el gallego. Era el dialecto de los hombres más letrados de su reino, así como del mayor número de súbditos castellanos, y, sobre todo, era un lenguaje español puro, formado en suelo español, y que no debía nada á la Provenza. Cuando el gigante Eduardo Plantagenet, con su turba de nobles ingleses y franceses, vino á Burgos en 1254 á

casarse con su amada Blanca de Castilla, hermana de Alfonso, cuando en las espléndidas diversiones que acompañaron á la boda y la ceremonia de armar caballero al príncipe inglés en la antigua forma, reunidos los príncipes y los nobles de ambos países, pocas dificultades habría en comprender unos el lenguaje de otros, porque el bajo latín de Galicia y el bajo latín de Aquitania eran afines. Pero considerad por un momento que, en vez del provenzal ó el gallego, Alfonso y sus cortesanos hubiesen hablado el dialecto mozárabe con sus abundantes elementos árabes y exóticos: entonces no hubieran podido entenderse con sus huéspedes anglofranceses. Es, pues, evidente que Alfonso X, cuando escogió la forma mozárabe del lenguaje como vehículo para la formación de una literatura nacional, debió haber comprendido que, con todas las ventajas de sonoridad y flexibilidad que poseía, aislaría á Castilla de la corriente de cultura europea mucho más que hubiera sucedido si hubiese adoptado el gallego ó el provenzal, que eran lenguas más íntimamente unidas á las otras, derivadas del latín literario. ¿Por qué, pues, escogió ésta á propósito?

En primer lugar, era el lenguaje común de la mayoría de su pueblo en la parte más fértil de sus reinos, ahora que Córdoba, Toledo y Sevilla y la mayor parte de Andalucía se habían anexionado á Castilla. Esto se demuestra claramente por la introducción de uno de los poemas sobre asuntos sagrados escritos por Gonzalo de Berceo, uno de los primeros escritores conocidos en castellano. Era un monje benedictino que vivía en Calahorra, y comienza así un poema sagrado, manifiestamente destinado á la recitación y escrito antes de 1260:

> Quiero far una prosa in roman paladino,
> en qual suele el pueblo fablar á su vecino
> ca non so tan letrado á far otro latino,
> bien valdrá como creo un vaso de bon vino.

Pero una razón más importante que el uso general del dialecto fué probablemente que el gran proyecto de Alfonso dependía principalmente de la traducción, adaptación y utiliza-

ción de los textos árabes y hebreos, que habían sobrevivido al fanatismo berebere en la España morisca. Gonzalo de Berceo, en sus muchos versos toscos, el escritor del *Libro de Alejandro*, el autor del *Poema de Jusuf*, *José y Putifar*, el escritor del *Poema del Cid*, y muchos otros, habían escrito poesía popular castellana para la recitación, sagrada y profana, por espacio de muchos años antes del advenimiento de Alfonso X, aunque el tratado y asuntos de todos estos versos imperfectos derivaban de orígenes franceses ó provenzales. La *Historia de los Reyes Godos* había sido traducida del latín al castellano, y durante los últimos años del padre de Alfonso, San Fernando (1252), muchos traductores árabes y judíos habían estado ocupados en adaptar al castellano las obras morales que los judíos y árabes habían sacado del sánscrito (lo cual será el tema principal del capítulo siguiente). Así se verá que al advenimiento de Alfonso X estaba preparado el camino para un gran movimiento literario, tal como él lo había proyectado. Acaso no ha existido ningún otro rey que concibiese un plan tan vasto como Alfonso X. Extender los dominios es un sueño vulgar, porque los dominios se van como vinieron; pero la creación de una nueva literatura nacional con arreglo á un plan establecido, y adrede escoger el dialecto en que se ha de escribir, es una obra que puede dejar su huella en la civilización de todos los tiempos futuros; y esto es lo que hizo Alfonso.

A las tendencias naturales y heredadas de esta nueva literatura, y á su influencia en Inglaterra, dedicaré la mayor parte de este libro. Mi empresa por ahora es, no obstante, demostrar cómo se creó la misma literatura. En primer lugar, era evidente que una literatura indígena española no debía tomarse de Francia, que hasta entonces había influído tanto en la forma poética española. Alfonso vióse, por consiguiente, obligado á volver á la rica mina de los textos árabes, hebreos y griegos, que se habían estudiado y escrito en España durante la dominación musulmana. Para ayudarle en su inmensa

tarea no le servían clérigos ignorantes como Berceo, que no sabían más que su idioma. Así que llamó á sí, como se veía obligado á hacer, una hueste de judíos, árabes y mozárabes instruídos, que le compilasen y arreglasen, en la única lengua española que les era familiar, la instrucción que estaba misteriosamente encerrada en los idiomas de sus antepasados. Ninguna rama de la literatura fué desdeñada por Alfonso el Sabio. Ninguna restricción social ni prejuicio religioso le detuvo en el camino de su gran proyecto. Nunca hasta entonces se había concebido el plan de una historia universal. El rey sabio se dedicó á escribir esa obra ayudado por eruditos que descifraban los clásicos antiguos y el idioma de la Biblia. *La Grande et General Historia* sólo llega hasta el comienzo de la Era Cristiana, y no puede satisfacer á un historiador moderno; pero es una gran empresa, no obstante, y un plan todavía más grande. He tenido el gusto de descubrir el texto más antiguo conocido quizás, en la biblioteca del duque de Wellington, en Strathfieldsaye, fechado no muchos años después de la muerte de Alfonso; y lo que más sorprende al lector inteligente, además del catolicismo del texto, es su curiosa modernidad. Esto se observa también en *La Estoria de Espanna*, escrita indudablemente por Alfonso mismo. Será interesante un ejemplo del estilo. Tomado indiscutiblemente del capítulo diez y siete del Korán, este extracto lo entenderá cualquiera que lea español moderno. Recuérdese que fué escrito en 1260 ó 1270, y entonces tómese un pasaje del original de Chaucer, que escribió más de un siglo después, y veréis cuánto más ha cambiado el inglés en 650 años que el castellano. El extracto refiere el sueño de Mahoma.

«Tomó me el ángel Gabriel (decía Mahoma) y leuome suso fasta et primero cielo, et los ángeles que y estavan, venieron contra mí, et recisbieronme muy bien, et fueron mui alegres conmigo. Et con gran placer, que cude ouieron, cataronse unos á otros et dezian. Ay que bien! Ay que bien es este! Et orauame todos, todo el bien et toda salud. Sinon nuo que es-

tava ahy, que non se alegrava conmigo nin se reya con los otros. Et yo pregunté entonze al ángel Gabriel, que quien era aquel é porqué se fazia aquello. Et Gabriel me dixo. Sepas qu'neste ángel nunca se reyó, nin se reyera. Que este es el ángel guardador del fuego.»

Si las ideas históricas de Alfonso se adelantaron á su siglo, también se adelantaron sus servicios como legislador. Ya he hablado del gran código gótico romano de leyes redactado en latín gótico y promulgado en el siglo séptimo en España. Seiscientos años habían pasado, y la dominación musulmana ya había alterado todo el país etnológica y socialmente. Alfonso se dedicó á trabajar en transcribir este código en castellano y dividirlo en siete partes, llamadas las *Siete Partidas*, que trataban ampliamente de los deberes y derechos de toda clase de ciudadanos de Castilla, desde el soberano hasta los siervos. Esta obra tremenda fué comenzada en 1255 y acabada en 1263, y fué la base de todas las leyes españolas hasta la gran transformación napoleónica. Nada puede aventajar á la libertad y al mismo tiempo á la corrección y á la belleza del lenguaje de este código. Esto se verá por el siguiente ejemplo, que trata de las reglas referentes á los sitios donde se debían establecer escuelas superiores ó universidades. Es tan claro, que cualquier español moderno puede entenderlo sin dificultad.

«Las escuelas del estudio general deben seer en logar apartado de la villa, las unas cerca de las otras, porque los escolares que hobiessen sabor de aprender aina, puedan tomar dos liciones, ó mas si quisieren, en diversas oras del día, et puedan los unos preguntar á los otros en las cosas que dubdaren; pero deben las unas escuelas seer tan acredradas de las otras que los maestros no se embarguen oyendo los unos lo que leen los otros.»

«De buen ayese et de fermosas salidas debe seer la villa do quieren establescer el estudio, porque los maestros que muestran los saberes, et los escolares que los aprenden, vivan sa-

nos, et en él puedan folgar et rescibir placer á la tarde cuando se levantasen cansados del estudio: et otro sí debe seer abondada de pan et de vino, et de buenas posadas en que puedan morar et pasar su tiempo sin grant costa. Et otro sí decimos que los cibdadanos de aquel logar do fuere fecho el estudio deben mucho honrar et guardar los maestros et los escolares»; y así sucesivamente por espacio de muchas páginas, que no han de citarse. Además de este código, Alfonso escribió otro libro jurídico, llamado *El espejo de las leyes*.

Pero por grande que sea todo esto, fué un simple aspecto de la vasta actividad literaria de Alfonso. Con ayuda de judíos y mudéjares compiló una multitud de obras científicas. Las *Tablas Alfonsinas* fueron una reproducción y corrección completa de las tablas astronómicas de Tolomeo, y estuvieron en uso hasta el fin del siglo diez y ocho; *La Sphera Redonda*, el *Astrolabio*, y otra docena de obras traducidas ó adaptadas de las lenguas orientales, pusieron al alcance de las personas que hablaban español, y por ellas del resto del mundo, los conocimientos cosmográficos, astronómicos y filosóficos que habían estado ocultos en las bibliotecas de la España musulmana. Los más curiosos de todos son los libros de Alfonso sobre las propiedades de los minerales, adaptados de los *Lapidarios* del judío Abolays y del árabe Mahomed aben Zuich. Alfonso nos dice, en uno de sus poemas *(Versos de Arte Mayor)*, que había aprendido actualmente y practicado con éxito la alquimia, y da el secreto como se lo enseñó un filósofo egipcio. Otra dirección en que se empleó la actividad literaria de Alfonso fué en guías de varias diversiones y juegos: ajedrez, dados y damas, libros sobre caza y otros de la misma clase; y para coronar los servicios hechos á la posteridad, recogió una colección de poesías, el primer *Romancero,* algunos de los poemas escritos por él y algunos por otros, todos de tendencia religiosa y mística, que no tiene precio para demostrar la evolución del verso español *(Cántigas de Sancta María)*. Creóse, pues, una literatura nacional en un lenguaje prácticamente nuevo du-

rante la vida y por los esfuerzos de un solo hombre. Aun en estos sus primeros días quedó grabada sobre ellos la indeleble marca de la raza; marca que, como veremos después, subsistió hasta nuestros tiempos, y dejó su huella sobre la literatura de Europa. Estas cualidades de raza eran la exuberante fertilidad de expresión y el misticismo devoto, derivado del celtibérico romanizado, y ensalzado ahora por el sentencioso didactismo que había sido la tradición de las letras orientales y hebreas que habían dado nacimiento á la nueva literatura castellana. Por los ejemplos de la prosa más antigua puestos anteriormente, se habrá reconocido que antes de la muerte de Alfonso, el castellano había sido en la práctica el mismo hermoso lenguaje que ha seguido siendo desde entonces, aunque indudablemente la pronunciación era distinta, siendo probablemente adquisiciones posteriores las guturales *j* y *x*, y seguramente el ceceo de la *c* y *z*.

En este primer capítulo me he limitado á enumerar las circunstancias que presidieron á la aparición de la literatura castellana. Esto ha sido necesario para que pueda comprenderse la dirección en que su influencia se dejó sentir posteriormente sobre la literatura inglesa. En los capítulos siguientes no sólo insistiré sobre el desarrollo de la misma literatura, sino también sobre su influencia en la prosa y en el drama de nuestro país.

MARTÍN HUME

YANG-HUN-TSY

(EL DIABLO EXTRANJERO)

NOVELA DE COSTUMBRES CHINAS

IV

EN EL DESIERTO

El barón estaba en lo cierto: apenas había salido la expedición de Hu-Tchen, y ya estaba maldiciendo el topógrafo:

—En verdad que la extravagancia humana no tiene límites. No poseer ninguna de las cualidades indispensables en un jefe, absolutamente ninguna; no conocer nada de las costumbres locales, y atreverse á ponerse al frente de una expedición, aunque fuese tan nula como la de este Sajonia Gotha del diablo... La verdad es que sería una broma divertidísima si no arriesgase uno la piel. ¿Creerán ustedes que no llevamos forraje para los caballos?... No me he atrevido á hacer por mí mismo la observación; me he decidido á hablar á los chinos del asunto. Pero ¡que si quieres! Según el barón, los chinos son mentirosos, son engañadores, son vándalos. Tratan de asustarnos, nos aturden los oídos... En suma, que no saben nada... Se pasan la vida en las ciudades, y no se ocupan más que de fumar opio... En cambio, nosotros conocemos las estepas: en ellas se encuentran víveres á cada paso, profusamente; en ellas pastan caballos salvajes; conocemos las estepas ¡porque fuimos hace dos ó tres años á Urga en silla de postas!... ¡Ah! le juro á usted, doctor, que pronto no quedará de nosotros sino los tí-

tulos de médico particular y de cartógrafo en jefe del difunto consejero titular íntimo de las Cámaras comercio-científico-sajonia-coburgo-góthicas... ¿Sabe usted que hemos estado igualmente á punto de olvidarnos de los recipientes para el agua? Hasta ayer no fuimos advertidos de una omisión tan insignificante por esos mismos chinos mentirosos, que no se ocupan sino en fumar opio en las ciudades. Quedamos un poco perplejos... y enviamos al mercado en busca de recipientes: entonces nos encontramos con que no se vendían los que necesitábamos. Los toneles tienen que ser chatos, para que puedan cargarse fácilmente en los camellos; había que mandarlos hacer, y esperar por lo menos cinco días. Afortunadamente, los chinos nos han enviado algunos; solamente el orgulloso Ti-Du nos ha enviado dos. ¿Me escucha usted, doctor?... A usted no le interesan más que los mosquitos, los reptiles y las malas hierbas; los hombres no son para usted sino un suplemento sin importancia.

El doctor reía.

—Exagera usted, amigo mío. Evidentemente nos conducimos con ligereza al unirnos á esta expedición; evidentemente el barón no es un águila; pero, en fin...

—¿Cómo? ¿un águila? ¡Pero, Señor! ¿quién exige de él las facultades de un águila? Sería divino si poseyera únicamente tanto cerebro como un abejorro.

El doctor se complacía en el papel de conciliador: defendió al barón. Sin embargo, concluyó por ceder, como siempre, y consintió en comprar, en sociedad con el doctor y Brzeski, un caballo de reserva y una provisión de forraje.

—Es que allí un caballo es la vida. Todo mongol dirá: «Ama á tu caballo más que á tu prójimo... y codicia el caballo de tu prójimo más que á su mujer...»—dijo el topógrafo con tono alegremente sentencioso.

Por fin, en una hermosa mañana de otoño, al amanecer, la expedición volvió á franquear las puertas de Hu-Tchen. La muchedumbre la escoltaba riendo. Un grupo de funcionarios,

con un destacamento de tropas que tocaban una marcha triunfal en unas cornetas, les recondujeron, con gran pompa, más allá del recinto.

Brzeski dirigió una mirada postrera á aquellas murallas, tras las que habían pasado tantos días, sin necesidad, en la ociosidad y la discordia. Lamentaba la pérdida de aquel tiempo transcurrido sin provecho, y deseaba ardientemente llegar á Pekín, para tener noticias de su madre y del trabajo.

La puerta del Sur se parecía por completo á la puerta del Norte, por la que habían entrado: abovedada, sombría, dominada por un baluarte de dos pisos. Pero en uno de los flancos se ofreció un espectáculo nuevo: dos jaulas que contenían cinco cabezas cortadas, lívidas, teñidas por los sangrientos rayos del sol poniente; aquellas horribles cabezas miraban ávidamente, con lo blanco de sus pupilas, á la caravana que se alejaba.

Brzeski se apresuró á volver la cabeza; pero la visión le persiguió y no le permitió ni despedirse con toda la cortesía requerida de los amables funcionarios de Hu-Tchen, ni saborear los exquisitos pasteles, las frutas y el té que aquéllos ofrecieron á sus «queridos huéspedes» bajo una tienda azul, elevada á algunas verstas de la población, «en el umbral de la despedida».

El barón estaba de mal humor, porque, en vez de los cincuenta hombres prometidos para el convoy, no le habían enviado más que nueve. Cinco soldados con un oficial, Tan-Loé, precedían á la caravana; los otros cuatro marchaban á la retaguardia... Los vivos colores de las banderolas de las lanzas animaban algo el prolongado rosario gris de las mulas y de los camellos.

El doctor y el topógrafo se mantenían obstinadamente detrás; Brzeski se retrasaba, con visible tendencia á acercarse al «rincón de la oposición». El barón, con su acompañamiento, marchaba á la cabeza, precedido de los guías á pie. Sud-mun, con casaca de seda amarilla, sucia, con una mitra de lana

amarilla en la cabeza, miraba vagamente á lo lejos, pasando las cuentas de su rosario y murmurando oraciones; á medio paso tras él iba Ba-ghé, sujetando con sus dos manos los pingajos de su piel mongólica. Muy cerca de ellos cabalgaba Malykh, que poseía perfectamente el idioma mongol.

—Sud-mun, ¿qué río es ése?

—Sud-mun, ¿qué montañas son esas que se ven á lo lejos?

—Sud-mun, ¿qué pueblo es aquel de la derecha?

—Sud-mun, ¿llegaremos pronto á la etapa?

A cada momento hacía preguntas; el lama interrumpía su rezo y decía:

—Ba-ghé.

Después cambiaba algunas palabras con su hermano, que respondía con tono perezoso á las interrogaciones, acariciándose antes con una mano la barbilla.

—Ese río es el río de la «Suprema felicidad»—explicaba el lama.

—Esas montañas son montañas chinas.

—Podremos hacer etapa cuando queramos.

—En cuanto á pueblo, no existe ninguno.

—¿Cómo? ¿Pero si se está viendo?

—No lo hay—respondía misteriosamente Sud-mun; y sus dedos volvían á pasar las cuentas del rosario.

Un camino de estepas, ancho, cubierto por una espesa alfombra de polvo, se dirigía hacia el Sudeste, recto como la flecha lanzada del arco. Su huella, ó bien se perdía en las arenas rojas, amontonadas en masas enormes, ó bien atravesaba praderas, en medio de las cuales, en una profusión de canales de irrigación, brillaban los hilos de plata del agua corriente. De un lado, hasta el horizonte, se extendía el sombrío desierto estéril; del otro, hasta el pie de las montañas desvanecidas por la distancia, se sucedían surcos, prados, jardines y aldehuelas ocultas entre los árboles, y sonrientes cabañas solitarias. Pero ningún sér humano se mostraba por parte alguna.

De los desiertos campos se alzaban volando bandadas de alondras; en los trigos maduros, tumbados por el viento, picoteaban las perdices; á menudo se alzaban faisanes de entre los mismos pies de los caballos, liebres asustadas corrían dando saltos delante de la caravana, después se sentaban sobre sus patas traseras pareciendo reflexionar, y adivinando el peligro se iban á refugiar en la maleza.

Todo esto proporcionaba á Dor una singular ocupación; pero, harto pesado para la caza, se sofocaba, se fatigaba y no cogía nunca nada. Destrozó únicamente algunas muestras muertas por el doctor.

La ausencia de todo sér humano en el camino, de todo trabajador en los campos, concluyó por impresionar hasta al barón.

—Sud-mun, ¿qué significa esto? ¿Es hoy alguna fiesta?

—Sud-mun hará ver en seguida—respondió brevemente el lama alargando su cuello hacia adelante.

Por mucho tiempo estuvieron viendo unos camellos que estaban á lo lejos del camino. Por fin uno de ellos lo interceptó por completo. Atardecía, y á espaldas de la caravana se apagaba el sol poniente enrojecido, mientras que, al frente, una luna clara se alzaba por encima de blancas líneas de casitas. Ni una luz, ni un indicio de vida; todo dormía con pesado sueño.

Cuando por fin, entre el ruido de los pasos de sus caballos, hubieron los jinetes franqueado la puerta del pueblo, un espectáculo terrible sobrecogió á todos los corazones. Hasta perderse de vista, el suelo, á la claridad de la luna, estaba sembrado de escombros de casas incendiadas, y por encima los árboles de los jardines alargaban sus ramas desnudas, carbonizadas. En la atmósfera reinaba un insoportable olor á quemado y á carne podrida. Entre los ladrillos y las vigas yacían repugnantes esqueletos. Perros salvajes, molestados por la llegada de la caravana, habían huído enseñando sus colmillos, para ir á agruparse más lejos, siempre sobre ruinas, en donde no cesa-

ban de aullar. La caravana atravesó en medio de un lúgubre silencio aquel Gólgota humano; nadie profirió una palabra ni dió un grito; solamente los cascos de los caballos resonaban sordamente sobre el suelo endurecido, y los pies de los camellos le golpeaban cadenciosamente. El mismo Dor se había callado y se apretaba contra las piernas del caballo de su amo.

—¿Qué es esto?—interrogó al fin el barón cuando se encontraron fuera de las ruinas.

—La guerra—respondió tranquilamente el oficial chino.

—Yang-genu (los extranjeros)—murmuró Sud-mun,—vinieron de allí—señaló al Occidente;—siempre vienen de allí.

—Los dungans... —pensó el barón; pero no pudo saberlo positivamente.

Se ensombreció, no obstante, y quiso poner centinelas durante la noche.

—Chi—asintió al punto el oficial.

Toda la noche resonaron los gongs de cobre furiosamente golpeados por los vigilantes chinos, mientras que el topógrafo se volvía de un lado á otro profiriendo espantosos juramentos.

—¡Váyase al diablo! ¡Siempre como en el Estado Mayor General alemán! ¿A quién pretenden asustar? Sin duda, á esos desgraciados muertos. Lo que me consuela es que el gran sajón no duerme más que los otros.

El barón, efectivamente, no durmió; al día siguiente se levantó furioso, y organizó en seguida «una escena», según la frase del topógrafo. Primero ordenó á los guías que buscasen un antílope que había matado la víspera, y suspendió la marcha hasta que regresaron. Los camellos, con la carga á cuestas, permanecieron arrodillados, con los ojos entornados y apretando sus labios inmóviles; los caballos, ensillados, relinchaban impacientemente; los muleteros continuaron tumbados en la arena junto á sus bestias. Los soldados chinos clavaron sus picas en el suelo y se sentaron en círculo, metiéndose las manos en sus anchas mangas para preservarlas

del fresco de la mañana. El sol naciente iluminaba con creciente vigor el pequeño oasis viviente.

Por fin se emprendió la marcha, é inmediatamente Dor reanudó su caza incesante y vana.

—¡Dor, aquí, á mi lado!... ¿Dónde está Dor?—gritaba rabiosamente el barón.

Malykh galopaba hacia todos lados, ya para buscar al perro, ya para transmitir ó rectificar las órdenes contradictorias del barón. El fotógrafo perdía la cabeza; luchaba con su caballo y gritaba:

—¿A dónde ha ido usted, señor Brzeski?

—No se aleje usted, señor Brzeski.

—Señor Brzeski, el barón dice que vaya usted al lado de las cajas de clichés.

El joven cada vez se iba poniendo más irritable, pero obedecía. Durante toda la jornada trotó su caballo entre el olor acre de los camellos y los torbellinos de polvo que levantaban.

La vista de los servidores infatigables que iban á pie, con el rostro quemado, semejante á cobre, y polvoriento como papiros de Egipto, le enseñaba la perseverancia.

Pero un día se desbordó la medida.

—¿Y Dor? ¿Dónde está Dor? ¿Está usted sordo, señor Brzeski? Vaya usted en seguida á la cola de la caravana y vea si está allí el perro—dijo el fotógrafo adelantando su caballo hacia Brzeski.

Juan se estremeció, y, sin decir palabra, trató de seguir adelante; pero el otro le cerró el paso con su caballo.

—¿Qué es esto? ¿Por qué no me obedece usted?

—Dor, que yo sepa, no es un aparato fotográfico; el camino es amplio... puede usted correr tras de Dor...

—¡Ah! ¿se niega usted á la obediencia? Está bien; sé quién le da á usted esas lecciones, y se lo diré todo al barón.

—Ignoraba yo que además de la fotografía ejerce usted el oficio de delator—exclamó Juan, exasperado.

El fotógrafo se puso lívido, volvió grupas y partió al ga-

lope. Brzeski le vió hablando acaloradamente con el barón, á quien relataba sin duda el incidente.

El joven se sintió irritado contra sí mismo, y más aún contra su tío, que le prescribiera respetar y querer á aquellas gentes.

El doctor, que había observado el conflicto, se acercó inmediatamente á Brzeski, quien le puso al corriente de lo sucedido.

—¡Mal negocio! Usted tenía razón, estaba usted en su derecho al no ejecutar la orden; pero es de lamentar que le haya respondido usted de esa manera. Créame: los actos exponen á las gentes á menos peligros que las palabras; es usted joven, desconfíe de lo que dice; conociendo al barón como le conozco, estoy seguro de que habrá jaleo.

—Sí, habrá jaleo—repitió el topógrafo cuando le contaron la aventura.—Óigame bien: que no se le escape á usted una palabra, ni una sola. Es el mejor sistema con el consejero de la Sociedad comercial; se despachará á su gusto y se deshinchará del viento que le llena.

—Nada me importa el barón... pero me es imposible soportar los caprichos de ese señor, y á menudo me bulle la sangre en las venas—replicó Brzeski.

—Ya lo sabemos, joven, pero tenga usted cuidado. Ese buey de alemán es capaz de cometer cualquier violencia, cualquier abuso del poder. Se expone usted á un disgusto; además nos pondría usted, al doctor y á mí, en una situación difícil. Nosotros no podemos negar abiertamente obediencia al barón. Le aconsejo por su madre...

Brzeski dirigió una mirada recelosa á su interlocutor; después volvió sus ojos al doctor; éste guardaba silencio, pero su rostro estaba entristecido. Durante toda la tarde la actitud de pseudomodestia y de melancolía del fotógrafo, así como el aire de misterio de los criados, confirmaron á los amigos de Brzeski en sus temores. Después de la cena, que terminó en medio de un silencio elocuente, el barón congregó en su tienda á todos los miembros de la comisión.

—Señores — comenzó diciendo con tono solemne, — un miembro de la misión se ha permitido faltar á la disciplina y dirigir al señor fotógrafo un epíteto injurioso. Su poca edad, mi antigua amistad con su tío, y más aún, mi convicción de que es solamente el instrumento ciego de otros culpables, me ordenan que le perdone por esta vez. Pero ésta será la primera y la última, tanto para él como para los demás. Porque ya es tiempo, señores, de que os persuadáis de que el éxito, la integridad y los frutos de la expedición no pueden realizarse sino con la unidad de dirección y la subordinación de los miembros. Todos habéis consentido de buen grado en formar parte de la expedición y aceptado mis condiciones; soy un jefe de fila probado y experimentado. Desde que ha penetrado en territorios desiertos ú ocupados por pueblos hostiles, la expedición se ha revestido de un carácter militar. No olvidéis, os lo ruego, que vamos á la conquista de la ciencia y de la gloria, y que aquí solamente mis órdenes conducen á todo. Veo, sin embargo, que la hidra de la oposición no lo tiene en cuenta, y alza la cabeza. Os prevengo, pues, que no soportaré ningún murmullo, ninguna intriga. Pondré término á esto... Os defenderé contra vuestros propios defectos eslavos; sabré imponer la obediencia y reprimiré la indisciplina... Sí, castigaré el desorden, aun cuando hubiera de sufrir yo mismo duramente. Por lo demás, no temo á nadie, y los soldados chinos están á mi absoluta disposición. A la faz del universo entero soy yo el responsable de vuestros destinos, y no vacilaré en sacrificar una cabeza para salvar á todos los otros. Les ruego, pues, que se acuerden de esto, porque no lo repetiré. He dicho; pueden ustedes retirarse.

—Ya lo ve usted, joven—dijo al salir el topógrafo:—lo dicho significa que si uno de nosotros comete una infracción puede recibir cuatro tiros.

. . . . . .

La caravana continuaba caminando por interminables arenales, sin que se encontrara una sola gota de agua, y hacía

ya tiempo que se había perdido el menor indicio de camino.

Brzeski oyó una vez que el barón preguntaba á Sin:

—¿Por qué dijo que conocía el camino, si no era cierto?

—Dice—contestó el intérprete después de un breve diálogo con el lama—que era el único de la ciudad que hubiese venido por aquí, y que se lo mandaron.

—Pues que no se les dé del agua que llevamos hasta encontrar con qué renovarla—replicó el barón.

Los dos hermanos mongoles, cuando se les tradujo la orden, abandonaron el círculo de los que esperaban la distribución del agua, hecha por el fotógrafo, y fueron á sentarse aparte.

Llegaba la noche. De repente se oyeron gritos.

—¡Allí, allí!

Bo-ghé indicaba hacia adelante.

—¡Mu! (árbol)—exclamaron alegremente los chinos.

La caravana se precipitó hacia aquel lugar. Brzeski comenzó á distinguir un árbol, en efecto; pero no estaba verde, sino desecado, muerto, podrido, y en vano se buscó agua en los alrededores.

—Pues aquí había una fuente—repetía Sud-mun.

—Dile, Sin—replicó el barón,—que la busque. Que se vaya con su hermano y que la busque; todavía no es noche cerrada; que no vuelva sin agua... ¿Por qué dijo que conocía el camino? Que la busque.

A media noche volvieron los guías extenuados, sedientos. No habían encontrado nada.

—¡Una gota de agua! ¡Dadnos!—imploraron arrastrándose hacia el barón, que había salido de su tienda al tener noticia de la llegada de aquéllos.

—¿Habéis encontrado?

—¡Dadnos una gota!

El barón se volvió sin emoción.

—¡Que nadie se atreva á dársela!—ordenó con tono amenazador.

Bo-ghé, que se retorcía á los pies del barón, adivinó sin duda la negativa, porque se levantó con un rugido y le cogió por la nuca. El oficial y algunos soldados chinos se apresuraron á sujetar al mongol.

—¡Atadles! ¡atadles á los dos! ¡Dor, aquí! ¡Malykh!—gritaba el alemán, loco de rabia, golpeando con los pies á los dos desgraciados tendidos en el suelo y fuertemente amarrados.

—¡Chui! (agua)—gemía en chino Sud-mun, con voz que parecía un sollozo.

—¡Su! (agua)—rugía Bo-ghé en mongol.

Brzeski, obsesionado por aquella escena, no podía conciliar el sueño; y cuando reino algún silencio en el campamento, cogió su calabaza, en la que guardaban algunos sorbos de agua, y salió en busca de los dos prisioneros.

Estaban en la misma posición que los dejaron, tendidos boca abajo. Bo-ghé parecía desmayado; Sud-mun gemía aún. Brzeski cortó las ligaduras del pastor, le abrió la boca y vertió en ella algunas gotas de agua. El mongol hizo un movimiento, tragó el líquido, respiró profundamente y después se sentó como si despertase de un profundo sueño. Juan se dirigió entonces á Sud-mun. Le desató y le tendió la calabaza; el lama bebió ávidamente el contenido y después cogió la mano del joven y se la puso en la frente.

Se oyó un ruido vago entre el grupo de los soldados que dormían, y Juan huyó rápidamente á su tienda.

. . . . . .

—¡Los guías se han escapado y se han llevado los dos mejores camellos!... Alguien los ha desatado... Las ligaduras están cortadas... hay huellas de pasos.... El barón, loco de rabia, busca á los culpables—decía el topógrafo con precipitación.

Brzeski dormía aún; se despertó sobresaltado. Reinaba el mayor tumulto en el campamento, y casi todos se agolpaban en el lugar donde fueron derribados Bo-ghé y Sud-mun.

El barón, con los ojos inyectados, gritaba algo que Sin

repetía en el acto; de repente, los soldados chinos, que permanecían aparte, empuñaron sus lanzas y cercaron á los camelleros. Los rumores aumentaron. El topógrafo y el doctor corrieron en aquella dirección... Brzeski se vestía apresuradamente con mano temblona.

—¡Que no se les dé agua! ¡No tendréis agua hasta que no haya sido denunciado el culpable!—gritaba el barón fuera de sí.

—No lo sabemos... No hemos sido nosotros. Si no nos dan agua, no nos moveremos de aquí...—decían los conductores.

—¿Una rebelión? Está bien... Oficial Tan-Loé, mande usted á sus soldados que les calienten las costillas.

El oficial dió una orden, y los soldados se adelantaron á disgusto contra los amotinados.

Brzeski estaba ya allí.

—Barón, yo soy el que ha hecho eso—exclamó con voz alterada.

—¿Cómo?

—Yo desaté á los guías... De otra suerte, se hubieran seguramente asfixiado.

Reinó un silencio de muerte. Los camelleros, los soldados, todos se volvieron hacia el joven. No comprendían, pero adivinaban de qué se trataba.

El barón quedó un momento como petrificado. Por fin, dijo:

—¡Ah!... Doctor, quite usted las armas á ese joven y arréstele. Marchemos inmediatamente—añadió.

El doctor, con el rostro contristado, se aproximó á Brzeski; éste se quitó el revólver y se lo entregó al mismo tiempo que su cuchillo de caza.

El topógrafo siguió al barón y entraron en la tienda; llamaron también al oficial Tan-Loé.

—Barón, si es casi un niño—decía el topógrafo.

—Eso es asunto mío. Le ruego que no se mezcle en esto. Por el momento se trata de otra cosa: en este momento no sabemos hacia dónde dirigirnos; por eso le he llamado.

Convocóse igualmente al doctor, y todos se agruparon en torno de una mesa.

Después de discutirse largo rato dijo el barón:

—Decididamente, nos dirigiremos hacia el Sur. Tan-Loé, haga usted que el prisionero vaya entre dos soldados; Malykh le vigilará.

La caravana continuó su marcha, que cada vez era más penosa. Cada hombre no recibía más que un vaso de agua y un pedazo de galleta. Todos estaban convencidos de que entonces comenzaban realmente las pruebas y los sufrimientos.

Llegada la noche, la caravana acampó en un estado de desfallecimiento extraordinario; ni siquiera se encendieron hogueras.

Solamente la tienda del jefe estaba iluminada. Sobre una maleta ardían dos velas, al lado de un tintero y de un cuaderno. En medio de la tienda, con expresión huraña, estaba sentado el barón, rodeado del fotógrafo, el topógrafo y el doctor; detrás, en pie, permanecían Malykh, Sin y Tan-Loé.

—Tráele, Malykh—ordenó el barón.

—¿Pero es necesario, barón? ¿no vale más diferirlo hasta Pekín?—dijeron el topógrafo y el doctor, en tono de ruego.

—Mañana tal vez hayamos muerto. Hay que satisfacer á la justicia. La obediencia es indispensable. Sin ella, no tardarían los hombres en devorarse unos á otros... Se necesita un ejemplo; no es gusto mío, es mi deber. Que lo traigan.

Malykh salió y fué á despertar al joven.

—¿Qué hay?

—El juicio.

—¿Qué juicio?

—Yo no sé; me han enviado... Sin duda es el tribunal de la estepa; el barón hablaba mucho de él... Levántese usted, no hay más remedio...

Brzeski se levantó; el fresco de la noche y la emoción le agitaban violentamente. Pero no quería que Malykh supusiera que tenía miedo, y dominó el temblor.

—Esto no es serio... no temo á nadie. Me llevarán á Pekín... mi tío pagará los gastos del viaje—replicó vivamente.

—¿Qué va á hacer su tío? Está lejos. Lo que el barón mande se ejecutará.

Brzeski vaciló un segundo; después, sin decir palabra, echó á andar. Entró en la tienda y miró cara á cara al barón. Este entornó los párpados. Hubo un silencio, y por fin dijo el alemán:

—Acusado, su nombre.

—Yo no soy un acusado... no he hecho nada...

—Bien, bien... su nombre.

—¿Para qué preguntármelo, puesto que se sabe?

—Sea; Juan Brzeski, ¿no es así? ¿veinte años?

Brzeski siguió callado.

—¿No responde usted? Piense que la obstinación agrava su delito.

El joven miró al doctor y al topógrafo.

—Está usted acusado de rebelión y de faltar á la disciplina obligatoria de la expedición. Durante todo el viaje ha demostrado usted turbulencia é insubordinación, y ha concluído por poner en libertad á los guías y hacer que huyan.

—No, yo no les he hecho huir. No sabía...

—¿De manera que niega usted la evidencia? Cuando los desató usted, se quedaron con las piernas libres y huyeron.

—Recuso el derecho de usted á juzgarme... Reclamo los tribunales ordinarios.

—No le corresponde al acusado decidir quién ha de juzgarle. Eso es de la incumbencia de otros.

—Esos hombres se morían... Ba-ghé estaba desvanecido.

—No era cuenta de usted. Responda: ¿reconoce usted haberlos libertado?

—Lo reconozco.

—Y ¿lo siente usted?

—No, no me arrepiento... No podía...

El barón se turbó un instante y pestañeó; pero en seguida

sus mejillas tomaron el tinte violáceo de los momentos de cólera.

—Bien, que se lo lleven—gruñó sordamente.

Cuando Brzeski se encontró fuera, comenzó por frotarse los ojos, para asegurarse de que estaba despierto y de que la escena que acababa de desarrollarse era real. ¡Ah! no, no era una pesadilla.

—¿Por qué no ha dicho usted que estaba arrepentido?—dijo Malykh.—Si hubiera usted tenido una crisis de lágrimas, el barón le hubiera perdonado... Es extraordinario lo que le gusta la sumisión. Yo le digo siempre «tengo la culpa», aunque no sea nunca la culpa mía... Tal vez se hubiera limitado sencillamente á que le fustigasen á usted delante de todos, para escarmiento... Ahora ¿qué sucederá? ¡Dios lo sabe!

De la tienda llegaban voces cada vez más violentas.

—Permítanme, señores; les citaré un ejemplo—gritaba el barón.—Llevaron á un soldado condenado á arresto el registro de los detenidos; el soldado, en un movimiento nervioso, rompió el papel en presencia de su sargento y de sus compañeros: le fusilaron.

—Sí; pero era un soldado, mientras que éste es un niño...

—De ninguna manera... A su edad era yo suboficial. Nuestra misión es completamente asimilable á una expedición guerrera... Lo que ha pasado aquí es sumamente grave... Podemos perecer todos... Si no le castigo, será un ejemplo desastroso para los demás. Por último, los votos están divididos, y yo soy presidente.

—Pero ¿qué quiere usted hacer?

—Esa es otra cuestión. Comiencen, señores, por decir si es culpable ó inocente.

—Nosotros protestamos contra todo esto. Brzeski es un buen muchacho, ni más ni menos...—gritaba el topógrafo.

—No firmaremos el acta—dijo tranquilamente el doctor.

—Yo tengo derecho á castigar á cada miembro de la mi-

sión con mi propia autoridad. Si les he llamado á ustedes, ha sido por pura condescendencia... Un buen muchacho, sea, pero un mal subordinado. Yo no puedo permitir la desobediencia... Sería la pérdida de la expedición.

Las voces se callaron. La cortina de la entrada de la tienda se levantó y salió el topógrafo.

—Esto es un crimen, una locura. Yo no puedo asistir—gritaba exasperado.

—Le ruego que se calme. Usted es un hombre maduro y un soldado—chillaba el barón, saliendo detrás.

—¡Ah! ¿Estaba usted aquí?... Entonces lo habrá usted oído todo—dijo el topógrafo, al encontrarse á Brzeski delante de la tienda.

El joven movía los labios, pero no podía articular palabra y esbozaba solamente una pálida sonrisa.

—No tema usted. No le harán nada. O entonces... á mí también me...

—¿Cómo es esto, Malykh? ¡Eres un animal!—gritó desde el fondo el barón.—¿Por qué no le has llevado más lejos? Llévatelo, y vuelve inmediatamente. Y di que lo aten. Señor topógrafo, le ruego que vuelva á la tienda.

Un instante después, Brzeski se encontró en su lecho. Malykh esperó á que los soldados chinos le hubiesen atado, cosa que hicieron éstos con una dulzura y unos miramientos inusitados. El joven sufría por primera vez las ligaduras, y el sentimiento de una inmensa injusticia y de un ultraje indeleble le llenó de amargura.

Se echó, con el rostro encendido, en el lecho, para ocultar sus lágrimas, y repetía desde el fondo de su corazón, con voz penetrante:

—¡Madre! ¡madre! ¡madre mía! Y todo esto, ¿por qué?... Al mismo barón, en último término, le hubiera terriblemente apenado el que se hubieran ahogado los guías. ¡Pero también esos guías no pensaron en lo que me esperaba, y han huído!...

Recordó la voz cortante del barón, sus miradas fijas, ve-

nenosas, y se representaba la mañana del día siguiente, cuando la aurora tiñese de rosa las arenas y se operara en el campamento un movimiento solemne, fúnebre... Los criados, los muleteros, los soldados, se reunirán y formarán en fila. Murmurarán entre sí y se compadecerán de él, porque le querían y le gratificaban siempre con una sonrisa... Después, de la tienda saldrá el doctor, pálido, consternado, que le saludará desde lejos, con circunspección. El fotógrafo no se atreverá á mirarle á los ojos, pero él le dirá: «Te perdono, aunque esto sea obra tuya». El topógrafo, atado, gritará desde lejos: ¡criminales! El mismo barón sentirá remordimientos, pero... será demasiado tarde. Malykh se acercará á él y le pondrá el cañón del revólver en la sien... Pero él no vacilará, no. Un instante de valor... un relámpago... una detonación, y todo habrá concluído... Pensó en su madre, que esperaría con ansiedad noticias suyas... ¡Muerto!... ¡muerto!... Experimentó una angustia tal en su corazón, que no pudo reprimir un gemido...

.....

De repente, sintió que unas manos le cogían, que le quitaban las ligaduras de las piernas, que le arrastraban. Se puso á temblar como una hoja; pero no dió un grito, porque había comprendido que aquello era el fin, y quería estar valiente... «Dios tenga piedad de...», comenzó á murmurar.

Le pusieron en pie, le desataron las manos. Una sangre caliente se precipitó á torrentes por sus miembros entumecidos; después un dolor agudo le hizo vacilar y perder el conocimiento. Grandes sombras disformes se balancearon muy cerca, ante él, sobre el fondo lejano de los cielos estrellados... En su olor acre reconoció á unos camellos. Las mismas manos le empuñaron y le pusieron sobre un sitio duro, después de lo cual se oyó un gemido; la silla y algo tibio bajo la silla se elevaron, oscilaron bajo él; después avanzaron cadenciosamente por el fresco espacio. Brzeski sintió que tras él un hombre le sostenía en sus brazos; adivinó que le salvaban.

—El topógrafo, probablemente—pensó.

Pero la emoción, el dolor y, más que todo, el olor y el balanceo del camello en marcha, parecido á los vaivenes de una barca mecida por las olas, nublaron de nuevo sus sentidos. Un círculo de plomo ceñía su frente; su corazón latía apenas en su pecho, sólidamente sostenido. A la verdad, ciertos momentos hubiera preferido la muerte á aquel sufrimiento sin fin y sin objeto.

Seguramente se hubiese caído sin los robustos brazos de su compañero. Galopaban sin descanso; bajaban y subían prominencias. Brzeski cerró los ojos; sufría y esperaba.

Por fin el alba vino á acariciar sus párpados. Miró, y vió que el arenal iba á parar á un terreno llano, pedregoso, tras el cual se percibían de nuevo prominencias amarillas y peladas.

Al llegar al terreno pedregoso, el camello moderó su marcha. Brzeski respiró y echó una mirada circular. Tras él vió á cinco hombres en fila, montados en camellos. Reconoció al mongol que le sostenía, y le dijo en chino:

—¡Do-sié! (gracias).

Una sonrisa descubrió los dientes blancos del pastor, que se puso á espetar con volubilidad un discurso, en el que Brzeski no percibió más que la palabra Sud-mun.

—¿Sud-mun?

—Khao, Khao—asintió el mongol, meneando la cabeza.

A medida que su insoportable dolor de cabeza le abandonaba, el joven sentía con mayor claridad lo equívoco de su situación. Tal vez sus compañeros habrían sido muertos y sobre él pesaría desde entonces la acusación de traición, ¡de asesinato!... Tal vez los que le llevaban eran Dun-gaus, bandidos, «hun-huz», y se lo llevaban para venderle como esclavo, siendo como era joven y apto para el trabajo...

El sol ascendía soberbio, enrojecido; la estepa palidecía, azuleaba; las alondras mongólicas, desde hacía tanto tiempo invisibles, se alzaban bajo los pies de los camellos y remontaban el vuelo; hacia el azul del horizonte se delineó una cade-

na de montañas, altas, resplandecientes, con nieve en las cimas.

—¡El bosque!—gritó el mongol, y tendió el brazo por encima del hombro de Brzeski.

A lo lejos, muy á lo lejos, casi al pie de las montañas, se destacaba en negro una línea fugitiva, delgada, semejante á una lejana orilla. Brzeski alzó la mano para santiguarse, y se le llenaron de lágrimas los ojos. Los camellos reanudaron el galope. No tardaron en penetrar de nuevo en las arenas, y la visión desapareció. De nuevo subían y bajaban pendientes movedizas; de nuevo el balanceo de su cabalgadura entorpeció los pensamientos y los sentidos de Brzeski... Volvió en sí cuando se detuvieron.

Las montañas estaban aún muy lejos; pero ante ellos, muy cerca, se extendía un campo inmenso de altas hierbas desecadas. El mongol dirigió en torno miradas investigadoras. Los demás llegaron, y se entabló una discusión ruidosa, tras la cual se puso uno al frente y llevó á sus compañeros á lo largo de la linde del campo herboso.

No lejos, tras el ángulo de una inmensa duna, se apearon de los camellos y esperaron. El guía se metió en la maleza, se puso á buscar, y por fin dió un alegre grito. Los otros acudieron, conteniendo á duras penas á los camellos, que se apresuraban estremecidos de impaciencia. Apareció una excavación, en cuyo fondo brillaba un agua límpida. El guía bebía ya, sumergiendo el rostro como un animal.

Bebieron todos, y después dieron de beber á los camellos, con precaución y uno á uno, por miedo de que las bestias, al apresurarse, cegasen el manantial; después los dejaron que pastasen; se echaron, y se durmieron inmediatamente, inertes como cadáveres.

El sol descendía hacia Occidente, y tras las altas hierbas apenas se percibía su disco en el cielo límpido, cuando se despertó Brzeski. Los mongoles no dormían ya.

Tres de ellos marcharon por un sendero hacia la desembo-

cadura del valle; los otros hablaban en voz baja, prestando oído de cuando en cuando.

Aproximábase un ruido bien conocido de campanillas y de voces.

Brzeski se sintió invadir por un sentimiento mezcla de alegría y de aprensión. ¿Eran sus compañeros abandonados? Oíase una monótona canción mongólica.

—No, no son los nuestros. Hace tiempo que no canta ninguno de ellos.

Los mongoles que vigilaban el sendero desaparecieron, y de pronto se oyeron exclamaciones; los que se habían quedado echaron á correr. Brzeski les siguió.

A una veintena de pasos vió una caravana, compuesta por algunos camellos ligeramente cargados y varios caballos pequeños. El grupo de mongoles, con hopalandas azules y gorras de piel de cordero, gritaba, reía y gesticulaba. Pero el asombro de Brzeski no tuvo límites cuando reconoció en medio de ellos á Sud-mun. Este se adelantó á Brzeski y le saludó á la china.

—¿Khao-bu-chao? ¿Tchi-la-fan-lé? (¿Está bien, ó no bien? ¿Has comido la ración?)

—Sud-mun—dijo el joven, y señaló la dirección de la caravana abandonada.

El lama se encogió de hombros, se acercó al manantial y bebió. Mientras tanto, sus compañeros se ocuparon en descargar á las bestias y encender fuego.

Brzeski bebió varias tazas de té con voluptuosidad, mientras escuchaba con avidez una grave discusión que se había suscitado en el grupo de indígenas.

Uno de los tránsfugas, soldado chino, insistía — por lo que Brzeski podía adivinar cogiendo el sentido de algunas palabras aisladas, y fijándose en los gestos—en decidir á los otros que no se apresurasen en dirigirse hacia la caravana, por cuanto valía más esperar á que todos hubiesen sucumbido, y así podrían apoderarse sin temor de las mercancías. El único

europeo superviviente, el que estaba allí, atestiguaría que ellos no habían matado á los viajeros, que no habían hecho más que escapar de un jefe atacado de locura para salvar la vida.

Brzeski no apartaba los ojos de Sud-mun. Este no decía nada, no miraba á nadie. Por fin alzó la cabeza, y encontró la mirada de Brzeski.

—¡Sud-mun, no! ¡Sud-mun comprende!...

Y el lama le enseñó su rosario budista. Las lágrimas brotaron de los ojos del extenuado joven; se inclinó y llevó á sus labios la mano sucia del monje asiático.

—Llévame... pero pronto... en seguida.

—¡En seguida!...

La fila de camellos de carga, con odres de cuero llenos de agua, se puso en marcha con Brzeski y el lama á caballo.

No tardaron en encontrar la caravana de Sajonia-Coburgo.

Los hombres iban á pie. Habían dejado en el camino á los animales moribundos con los bagajes. El barón se había rezagado bajo la protección del topógrafo; no quería andar, y se había sentado en un montón de arena, diciendo que no podía más. Divagaba, gemía, imponía castigos extravagantes.

Cuando Brzeski se arrodilló junto á él é hizo sonar el agua de su odre, el barón alzó los párpados mortecinos, y en sus ojos brilló el asombro con mezcla de espanto.

V

EN EL REINO DE LAS FLORES

«A mi madrecita queridísima, que tan lejos está de mí.

»Ya estoy en mi casa,—en mi propio estercolero, como se dice entre nosotros. Y aquí el término es exacto, porque no es poca la basura que ha quedado en mi piso recientemente

barrido: todo un montón en un rincón. Pero ya cambiará esto con el tiempo.

»En la embajada no carecía de nada; todos me trataban con amabilidad; el mismo embajador me habló varias veces. ¡Pero son todos allí tan ricos y tan grandes señores!... Me aburría horriblemente. Sin el doctor y el topógrafo, no hubiera sabido á dónde ir frecuentemente. Los dos me han tratado hasta el fin como compañeros. Pero han ocurrido tales acontecimientos, que me han obligado á dejar la embajada. Tendría que escribirte largamente sobre esto; que te baste saber que yo he tenido razón. Además, la pensión que me ha señalado mi tío no me hubiera bastado, de haber continuado viviendo allí. Los alumnos diplomáticos cobran una pensión enorme, unos 2.000 rublos al año, y todavía se quejan de que no les basta. Las comidas, los bailes, los paseos á caballo ó en coche, cuestan mucho. Los productos indígenas son muy baratos, pero todo lo que viene de Europa es excesivamente caro. Ahora bien: en la embajada, hasta los criados se avergonzarían de servirse de los artículos de aquí. Siempre está uno obligado á comprar de lo mejor y lo que más cueste; además, no es digno salir á pie: hay que alquilar un palanquín. Parece que esto es para sostener el prestigio de las embajadas, y que, sin ello, el populacho las asaltaría y saquearía. Además, allí me encontraba como en una jaula; siempre la misma vida: continuamente cambios de visitas entre las diferentes nacionalidades.

»Todas las embajadas están situadas á lo largo de la misma calle, en el fondo de jardines rodeados de muros; son antiguas moradas de príncipes y de señores chinos. En los jardines y en el patio reinan eternamente el silencio y la soledad. A veces, un vendedor se pára allí, pero sin ruido; no vocea como lo haría en el centro; habla con los criados, pasa á la cocina ó al recibidor, trata con la persona que necesita, después desaparece. El rumor de la ciudad llega allí, procedente de los barrios comerciales, sordo, semejante al bramido de la mar leja-

na. Los personajes más importantes de la embajada, es decir, el embajador, el secretario, los dragomanes, el doctor, los capellanes, ocupan pabellones separados. Cada cual colecciona, quién dibujos, quién libros, bronces, objetos de malfil, esmaltes, bordados: con esto adornan artísticamente las habitaciones.

»Nuestros jóvenes diplomáticos organizan continuamente partidas de placer con sus colegas de las embajadas extranjeras, á fin de ejercitarse en la diplomacia. Saben, poco más ó menos, tanto chino como yo. El padre Paolo, de la misión católica, establecido aquí desde hace mucho tiempo y muy al corriente de todo, me asegura que nunca sabré más; que para poseer bien su lengua hay que vivir entre los chinos y como éstos. Resuelto á estudiarlos á fondo, he ido á vivir con un sabio de segundo grado, conocido del padre Paolo. Ese chino frecuenta desde hace mucho tiempo las embajadas, conoce tanto francés como yo, y pronuncia las palabras europeas como Sin. Le llaman en las embajadas «las diez mil ceremonias», aunque su nombre es en realidad Vann-Sinn-Li, lo que, por lo que dice él, significa «Señor de la Puerta Occidental». Se dice «un poco» cristiano. En la embajada de Alemania, pretende que es «doblemente cristiano», que se ha bautizado ya dos veces; pero en la misión católica, asegura que eso es una fábula inventada por los protestantes.

»El padre Paolo afirma que Vann es pobre, pero honrado, y espera hacer de él, con el tiempo, un ferviente católico. Vann ha consentido en ser mi siann-chann-li, es decir, mi profesor, por 10.000 tchoques al mes. No te asustes de esta cifra, madrecita: no es enorme; representa solamente 10 rublos, incluyendo la casa y la comida, y recibo de mi tío mucho más. Hasta podré ayudarte, con el tiempo. Por consejo de los padres misioneros, me he vestido de chino, lo que disminuirá sensiblemente mis gastos de vestir. Todos los misioneros se visten aquí de la misma manera. He conocido entre ellos á un compatriota, al abate Plonski. Es un joven delgado y maci-

lento. Le sorprendió mucho oirme hablar en polaco. «¿Qué hace usted aquí?», me preguntó. Le conté los proyectos y los deseos de mi tío. Se encogió de hombros y me dijo que en todas partes encontraremos compatriotas, porque andamos dispersos por el mundo como los judíos después de la ruina de Jerusalén; como los judíos, llegaremos á ser con el tiempo una nación sin patria... ¿Es esto posible, madrecita? ¿Llegaremos á eso algún día? Me duele el alma cuando pienso en ello...

»Vivo ya en casa de Vann. Conseguimos entendernos mediante una mezcolanza chino-francesa, salpicada de gestos. Tengo una habitación grande, pero incómoda, parecida á una linterna. Todo un lado lo ocupa una inmensa ventana de cuadritos, con papel transparente...»

...Brzeski dejó la pluma, se estiró, examinó su habitación para describirla mejor... ¿Pero qué describir? La mesa en que escribía, la silla en que estaba sentado, una maleta, y algunos efectos pendientes de clavos, todo esto se perdía en la inmensa «linterna» polvorienta. En un rincón, en el fondo de una alcoba pequeña, un lecho; en otro, un montón de basura bajo una escoba de paja de arroz. La luz rojiza del sol poniente se deslizaba trabajosamente al través del papel sucio de la ventana é iluminaba tenuemente las paredes grises, los muebles pobres y el rostro pálido del joven, que inventariaba su habitación bostezando.

De pronto, se oyó un ruido tras la hoja de cartón de la puerta, y apareció el cráneo afeitado de un muchacho. Los ojuelos del chinito, negros, alargados, se fijaron con curiosidad en Brzeski.

—La harina—dijo, é inmediatamente desapareció su cabeza.

Brzeski se echó á reir, y se levantó. Había comprendido que le llamaban para cenar.

Salió. Un crepúsculo inflamado invadía el cielo, lleno de nubes pesadas y tempestuosas. El patio sucio, de cantos obscuros; las paredes, pintadas de gris, del edificio oficial; los ven-

tanales de la miserable vivienda de Vann-Sinn-Li, llameaban como bocas de horno.

Sobre las ramas desnudas de los dos grandes árboles negros del fondo del patio, brillaban relámpagos de rubíes, y parecían haces de fuego sus añosas y rugosas cortezas.

La superficie de los techos en zig zag, y las fauces abiertas de los dragones de barro cocido acurrucadas en las esquinas, relucían como recientemente barnizadas. Los antiguos dorados y las pinturas rojas de las anchas goteras esculpidas brillaban en la obscuridad y parecían palpitar pesadamente, como guiñotean los ojos de un hombre que despierta sobresaltado.

Brzeski desconocía la «barraca», nombre que diera, bajo la primera impresión, á la casita del «Señor de la Puerta Occidental». De las resquebrajaduras de la pared, el lodo y hasta de las piedras y basuras del patio, se desprendió de repente, en medio de una decrepitud secular y serena, algo venerable y bello.

La habitación de Vann se parecía, como la de Brzeski, á una linterna llena de polvo, pero con muchos más muebles. En el centro, frente á la puerta, se abría en la pared una minúscula cocina. En el fondo, á la izquierda, había una mesa redonda, rodeada de groseros escabeles; adosado á la pared, se alzaba el altar de los antepasados, especie de mesita, adornada con tabletas grabadas de los abuelos, estampas baratas y un tiesto de porcelana, roto, del que salía una pluma de pavo real. A la derecha de la cocina, contra la pared, un tubo de ladrillos almacenaba el calor é iba á perderse tras una barricada de biombos de papel de colores chillones.

Cuando Brzeski entró, Vann estaba sentado á la mesa, sobre la que Tchang, un criado viejo horriblemente sucio, disponía escudillas con arroz y cerdo frito. El sian-chann saludó á su discípulo, alzando gravemente los brazos, y le sirvió por sí mismo la primera taza de té.

—Cada país tiene sus costumbres—hizo observar, con calma, en el curso de una conversación dislocada sobre el tiem-

po, el orden de las futuras ocupaciones y los métodos de enseñanza.—Así, entre nosotros, aun aquellos que pagan sumas considerables, son los primeros en saludar á sus profesores.

Brzeski se puso encarnado, porque, entretenido en examinar la habitación, se había olvidado de cumplir con aquel deber. Una risa ahogada detrás del biombo le turbó más todavía. Oyó cuchicheos:

—Lienn, Lienn, ya hace mucho tiempo que estás mirando por el agujero. Sin embargo, yo soy el que lo encontró. Déjame mirar ahora.

El joven se sintió observado; el crujir de un vestido femenino le desconcertó por completo.

Los palitos para coger los alimentos, que todavía no manejaba con bastante destreza, se negaban á obedecerle; los granos de arroz se escapaban tercamente y se esparcían por la mesa. El viejo Tchang, muy pensativo, miraba al bárbaro y meneaba la cabeza, mientras que detrás del biombo las risas tímidas amenazaban á cada instante convertirse en ruidosas carcajadas. Brzeski soltó los palitos y se levantó de la mesa, hambriento y de mal humor; dió las buenas noches al amo de la casa, y se retiró.

La iluminación del crepúsculo se había apagado. La noche, con el aditamento de las espesas nubes, había cambiado de nuevo los edificios en ruinas informes, y los árboles en monstruosos esqueletos, al través de los cuales el viento silbaba lastimeramente.

Brzeski entró en su cuarto, frío y húmedo; encendió la luz, y añadió á su carta:

«Estoy muy triste, mamaíta, muy triste. Escríbeme á menudo, lo más á menudo posible, y háblame de todo: me interesa la menor noticia de cuanto proceda de nuestra casa. Saluda, de mi parte, á las personas conocidas, así como á Teodoro y á su mujer. Tu hijo, que te adora,

JUANITO.»

.....

En China se madruga. Brzeski se levantaba, de ordinario, al amanecer: un frío penoso, húmedo, le echaba prontamente de su cuarto, helado por el aire glacial de la noche de otoño. Se ponía aprisa su vestidura china, y corría á la morada del sian-chann, en donde, al través del papel de las ventanas, brillaba ya el fuego encendido en la chimenea, y en donde veía agitarse sombras de perfiles chatos y largas trenzas colgantes.

—Muy buenos días, amable señor — le decía el viejo Tchang, frotándose vivamente con sus dedos la nariz, siempre destilante.

—Muy buenos los deseo al cocinero decrépito Tchang— respondía Brzeski con tono solemne, espiando con descofianza las manos del chino, por temor de que distraídamente se las limpiase, no en su traje, sino en el de Brzeski.

Se quitaba en seguida la túnica y se lavaba la cara y las manos á la moda china: con un pedazo de franela mojado en agua caliente. Tchang, mientras tanto, hacía las veces de mesa de tocador, teniendo la jofaina en las manos y examinando al joven con sus ojuelos.

—Los fríos llegan.

—¡Oh! sí.

—Mi amo, el generoso «Señor de la Puerta Occidental», me ha dado ya la orden de buscar una estufita para el cuarto del señor.

Brzeski estaba oyendo hablar desde el primer día de aquella estufa estipulada en el trato; pero siempre se oponía alguna dificultad á la compra: unas veces, la estufa que habían encontrado era demasiado pequeña; otras, demasiado grande, ó bien demasiado fea ó demasiado vieja, ó los obreros que debían ponerla se encontraban precisamente trabajando fuera.

—Buenos días—decía el amo de la casa, que salía de detrás del biombo.—Dentro de dos ó tres días tendrá usted una estufa. Me encargaré yo mismo de ello; este tonto de Tchang no consigue procurarse una. Pero tal vez el amable señor extranjero preferirá un braserillo.

—¡Oh, no! Deseo una estufa. Un braserillo despide tufo.

—Se podría encontrar un braserillo sin tufo. Pero á los extranjeros no les gustan los braserillos, ya lo sé. Será, pues, una estufa.

Detrás del biombo se oían á veces rumores de enfado, acompañados de recriminaciones en voz baja, ó el roce de vestidos que se ponen; después aparecía un niño de ocho años, Madgi, que ejecutaba con precisión ante su padre «una de las ocho reverencias». En el mismo momento se oía en el patio el cuotidiano anuncio de un vendedor ambulante:

—¡Ko-le-min-tsy! ¡Ko-le-min-tsy!

Madgi, Tchang y el mismo Vann acudían á la puerta, y al mismo tiempo, tras el biombo, se abría una hoja de la ventana. A los pocos momentos volvía el niño con la cara alegre: traía en una bandeja de madera barnizada un montón de galletas de trigo calientes. Se sentaban para el té. Detrás del biombo se realizaba evidentemente la misma ceremonia, porque desde la parte contigua á la chimenea se adelantaba una mano que salía de una flotante manga azul, y cogía del fuego una tetera de porcelana.

Por las voces, Brzeski había adivinado á dos mujeres; pero observó que siempre era una mano fina la que se mostraba.

Después del desayuno, Tchang se iba á la compra con su cesta, Madgi desaparecía y Vann comenzaba la lección.

Señalaba un objeto, pronunciaba el nombre en chino y se lo hacía repetir. A menudo, para articularlo bien, Brzeski se veía obligado á repetirlo varias veces; pero la paciencia de Vann parecía no conocer límites. Lo más difícil eran los acentos; había varios, y daban á las mismas consonancias las significaciones más diversas. En seguida el alumno se ejercitaba en transcribir con tinta, con un pincel, los signos correspondientes de los modelos trazados en rojo, mientras que junto á la ventana, sobre una mesita, el profesor copiaba diferentes papeles.

Vann trabajaba muy asiduamente de la mañana á la no-

che, sin enderezar el espinazo, sin descansar más que durante las comidas, ó para limpiar sus anteojos, ó para preparar la tinta. Estaba muy satisfecho de su letra, y con bastante frecuencia llamaba á Brzeski para enseñarle, bajo pretexto de enseñanza, algún bello arabesco.

—Que mi sabio discípulo mire. ¿Reconocería este signo?

—Eso se parece extraordinariamente á una mosca á la que hubieran metido en la tinta y aplastado después en el papel—murmuraba Brzeski en polaco.

Pero fingía que le interesaban mucho aquellos jeroglíficos, pues había comprendido que la caligrafía de Vann constituía la fuente de los ingresos de la familia, que era muy pobre. La llegada de Brzeski fué para ella un acontecimiento providencial.

El joven quería mostrarse magnánimo hasta el fin, y no insistía en la compra de la estufa. Pero reinaba perpetuamente en su cuarto un frío tan insoportable, que permanecía días enteros en la habitación de Vann, prestando atento oído á lo que pasaba detrás del biombo. Aquello, seguramente, era una agradable distracción, comparándola con el fastidio de chapurrear palabras inglesas ó sumirse en la ciencia de los jeroglíficos chinos y el caos de la historia del Imperio del medio.

—En suma, también esto es una enseñanza—cuando se percataba de que estaba siguiendo en el techo las sombras de los personajes ocultos detrás del biombo.—Para conocer á fondo á los chinos, hay que conocer sus costumbres domésticas. Jamás se presentará mejor ocasión.

La primera vez no había percibido tras el biombo sino voces sordas y el ruido de un huso; pero de día en día, los sonidos se acentuaban y se hacían más varios. Mezclábanse gradualmente con toses, ruidos de utensilios, suspiros, á veces maldiciones.

—¿Qué es esto? ¿Cómo estás sentada?—chillaba una voz agria y ronca.—¡Desvergonzada! ¡Retírate al instante! ¡Oh miseria! ¿Cuándo desaparecerá de mis ojos semejante espanta-

jo? ¿Pero quién va á cargar con ella, quién? Esos virtuosos cristianos de tu padre tampoco se casan con muchachas sin dote, aunque tengan los pies dos veces más grandes que los tuyos. ¡Oh hija desnaturalizada! Jamás te acuerdas de tu anciana madre. También ahora me has olvidado. Ya estoy sin pipa.

—Pero, mamá, no puedo salir: está ahí un extranjero.

—¿Un extranjero? ¿Ese bandido rojo?

—Mamá, que entiende... y no es rojo.

—¿Le has visto, descarada? Confiesa que le has mirado.

De ordinario, en estos momentos, Vann entablaba una conversación en alta voz con Brzeski, ó bien le hacía leer. Transcurrían días de relativa calma detrás del biombo; entonces se escuchaba el chisporroteo de la pipa, y el olor nauseabundo del opio se esparcía por la habitación.

. . . . . .

Salvo estos incidentes, los días se deslizaban monótonos, sin variar más que en algunos detalles.

Cuando hacía buen tiempo, percibíase más claro el ruido de las calles comerciales próximas; el sol trataba de introducirse en la habitación por los cuadros sucios de las ventanas; acudían en mayor número al patio los vendedores y obreros ambulantes, tocando, cantando, haciendo resonar los instrumentos más extraños.

En los días de lluvia, el chapoteo del agua en el techo, el golpear en las ventanas del papel mojado, á impulsos del viento, hacían más sensibles aún la fealdad gris de las cosas y el fastidio de aquella vida uniformemente mediocre.

Uno de aquellos días, el rumor habitual de la ciudad aumentó de repente hasta un estrépito extraordinario, que iba en aumento y llegaba cada vez más claro á los oídos de los habitantes de la casita.

Vann había dejado su pincel: escuchaba.

—Vienen á casa — dijo; y su rostro, inmóvil y amarillo, amarilleó más.

Brzeski, asombrado, miró hacia la puerta.

—¿Qué es?

—Vienen.

—¿Quiénes? ¿De dónde?

El ruido de los pasos y de las voces se oyó en el patio, bajo las ventanas. Vann desapareció. Brzeski, turbado, se dirigió á la entrada. De la multitud de chinos que se agolpaban á la puerta, salieron el doctor y el topógrafo con dos criados del consulado, y al verle se adelantaron alegremente hacia él.

—¿Por qué parece usted tan asombrado?

—No esperaba...

—Es que nos vamos, y venimos á despedirnos.

—¿Se van ustedes? ¿Se han decidido por fin? — preguntó Brzeski con cierto disgusto.

—Sí—contestó alegremente el topógrafo.—¿Cómo se dice, doctor? *Teineo Danaos et dona ferentes*... Me encantan las citas latinas; en cuanto leo en un periódico un argumento de ese género, me siento inmediatamente convencido... Así, pues, tenía que elegir: ó satisfacer mi ambición aceptando un puesto aquí y enviando al diablo el magnífico mapa del interior de China, dibujado por mí mismo, ó sacrificarme á marchar... Me he sacrificado. He sido siempre educado en un profundo respeto del sacrificio.

—Añadiré que el barón nos ha encargado que le digamos á usted...—dijo el doctor.

El joven meneó vivamente la cabeza.

—¿Por qué? Escuche usted hasta el final—insistió el doctor.

—Entren entonces — dijo Brzeski, y les condujo á su cuarto.

—Creía que vivía usted con Vann Sinn—dijo el topógrafo, sentándose en una silla y examinando el cuarto, mal arreglado y lleno de polvo.

—Sí, pero duermo aquí.

Brzeski sintió con cierto pesar que se ruborizaba... sin motivo.

—¡Hum, hum!—gruñía el topógrafo, prosiguiendo su inspección.

—Pues bien, el barón ha cambiado mucho — continuó el doctor.

—«Baron e mobile...» Pero lo más importante—añadió el topógrafo — es que él se dirige á Chang-Hai por mar, dejándonos ir por tierra al barón y á mí.

—Me ha autorizado que le proponga á usted que se una á nuestra expedición como ayudante mío — exclamó triunfalmente el doctor.

Brzeski meneó de nuevo la cabeza.

—Mi tío...

—Deje usted á su tío. Déjelo todo. Abandone lo que no puede ser. Nunca echará usted raíces en China, no... No se haga usted ilusiones.

—Basta de broma. Telegrafiaremos al tío—dijo el doctor. —Seguramente no se opondrá. Este viaje le asegura á usted inmediatamente una posición. Obtendrá usted fácilmente un puesto lucrativo, ya en la frontera, ya en la misma China. Y si prefiere usted consagrarse á los trabajos científicos, la Compañía le empleará con gusto.

En aquel momento hicieron un rasgón en el papel de la ventana, por el que asomó un dedazo sucio.

—¿No es éste el dedo de Dios? ¿Qué quieres, pillastre? ¡Se acerca el invierno y destrozas los inmuebles!—dijo gravemente el topógrafo, atrapando el dedo.

Éste se retiró con viveza, y por el agujero brilló un ojo negro y luciente.

—Veo que no vendrá usted—exclamó el doctor con tristeza.—¿Por qué? Reflexione. Nos sería usted útil. Juntos los tres tendríamos más ánimos en el viaje. Si uno de nosotros pereciera, quedarían dos para concluir la obra.

Brzeski, de pie, con la cabeza inclinada, no respondía nada.

—Déjele tranquilo—dijo el topógrafo.—Si yo fuera más

joven y más fuerte, tampoco me marcharía. Después de todo, en el fondo, le invitamos á que ayude á unas gentes que han querido perderle. ¿Y para qué semejante proposición? En realidad, todo esto no es más que aire... ¿Pero qué hacer? Yo no entiendo más que los relieves y las líneas del suelo, y el doctor tiene una ternura exclusiva por los reptiles y los bactracios... Venga usted á vernos; marchamos dentro de algunos días. Y ahora, ¿no podríamos tratar del té, «tchin-tsi»?... Qué bien hablo el chino, ¿eh? Hay que reconocer que ha elegido usted un domicilio muy lejano, y estamos rendidos de la caminata.

Brzeski se dirigió hacia la puerta, en la que, muy oportunamente, se presentó el «Señor de la Puerta Occidental», quien saludó solemnemente á los huéspedes, á los que ya conocía de la embajada.

Tras él entró Tchang con la tetera y tazas en una bandeja.

—¡Qué buen tipo es este viejo! ¡Tchinn, Tchinn!—exclamó el topógrafo amablemente, agitando sus puños ante el criado.

El cocinero le miró sonriendo y colocó la bandeja, y se limpió las narices con los dedos.

.....

La visita de los dos europeos con uniforme tuvo por primer resultado el hacer menos ruidosas las conversaciones detrás del biombo; se corrieron las cortinas con mayor cuidado, y la mano que cogía la tetera avanzó más tímidamente, para desaparecer con mayor rapidez. En el patio se deslizaban á cada instante chinos que entablaban con Tchang largos y misteriosos coloquios. Algunos intentaron introducirse en la habitación, pero Vann tuvo buen cuidado de impedirlo.

—Perdone, amable señor de ultramar, la tontuna de nuestros vecinos, ignorantes y pobres, que no poseen más que su curiosidad. Con el tiempo se olvidará todo. El olvido lo sepulta todo: la virtud y el crimen, la gloria, el amor, la cólera... El olvido es un presente de los dioses. Sin él, el mundo esta-

ría lleno de tristeza—declaraba sentenciosamente Vann ante su alumno entristecido.

—¿Podría llevarme Madgi mañana á la misión católica?—preguntó de repente el joven.

—¿A la misión católica? ¿Tan lejos? ¿Con el lodo que hay? Veo que mi estudioso discípulo tiene un asunto importante. ¿Ha recibido usted alguna carta de su casa?—exclamó Vann con solicitud.

Como Brzeski no respondiera, añadió dulcemente:

—No le aconsejaré que se aleje mucho de la casa en estos momentos... y Madgi está ocupado.

—Entonces iré solo.

Vann alzó los brazos, arqueó las cejas y dejó de protestar; hasta prometió que Madgi estaría libre.

La proposición del barón había turbado la tranquilidad de espíritu de Brzeski. Invadiéronle vacilaciones, pensamientos y deseos contradictorios, dudas de las que era incapaz de salir por sí mismo. Experimentaba la imperiosa necesidad de someter sus dudas á alguien, y se acordó del abate Plonski.

Le encontró en el fondo del jardín de la misión, con un libro en la mano.

El sacerdote le recibió con afabilidad, casi alegremente, y le interrogó solícitamente sobre su vida. Brzeski respondía distraídamente y dirigía hacia todos lados miradas escrutadoras.

—¿Ha visto usted al padre Paolo?—preguntó Plonski.

—No.

—Iremos á saludarle.

—No, señor cura. Quería ante todo... ¿Podríamos dar una vuelta por las fortificaciones de la ciudad? No las he visitado —añadió mirando hacia la muralla, almenada y sombría, que se veía al otro lado de la cortina de los árboles sin hojas.

—Con mucho gusto. Es mi paseo favorito.

La entrada estaba próxima, y á los pocos momentos el sacerdote y su amigo, precedidos por Madgi, caminaban por

medio de la calle aérea. Los rumores de la ciudad no llegaban hasta allí. La solemnidad del silencio no era turbada sino por el viento que gemía entre las hierbas crecidas en las hendiduras de las piedras. Bandadas de palomas grises corrían largo trecho delante de los paseantes, antes de alzar el vuelo y desaparecer asustadas á derecha é izquierda, tras las balaustradas bajas, más allá de las cuales se extendía, como en el fondo de un abismo, un vasto mar de techos multicolores, fantásticamente conformados. Sus matices amarillos, rojos, violados, azules, verdes, abrillantados por las recientes lluvias, relucían al sol, como pedazos de tela policromos sobre el fondo pardusco de los jardines despojados por el invierno. Las nubes, interponiéndose entre el sol y la ciudad, proyectaban una sombra suave sobre el amontonamiento de los techos. Al través de una columna azulada de brumas, asomábanse en el espacio, en el límite del horizonte, las torres de techos lanceolados y los edificios de los templos de la tierra y del cielo.

De lo alto llegaba á veces un murmurio extrañamente melodioso.

—Son las flautas sujetas en las alas de las palomas... ¿No es verdad que se parece mucho al canto de nuestras alondras?

—También en Mongolia hay alondras—respondió gravemente Brzeski.

El abate Plonski sonrió.

—¿No tenía usted que decirme algo, hijo mío?

—Sí, señor. No sé á quién consultar. Pero es preciso que le cuente todo, desde el principio, y sin duda será muy largo y muy enojoso. Tal vez no tendrá usted tiempo...

—Habla, hijo mío, habla. Soy, por vocación, un consejero y un confidente.

Brzeski contempló el rostro joven del sacerdote, en el que se leían, no obstante, las huellas de grandes dolores ya vividos; la voz vibraba grave, pero dulce, extrañamente cordial.

El joven se puso á hablar de su madre, de la casita del barrio siberiano, de sus sueños universitarios, de Teodoro, del

tío, de su marcha á China, del resultado de la expedición, del fotógrafo, del doctor, del topógrafo, del barón, del juicio, de la fuga, del socorro que salvó á la caravana; en fin, de la última proposición del barón.

—He rehusado... Tal vez no he hecho bien. Quizás no tengo derecho á ello, á causa de mi madre... Me dicen que renuncio á un porvenir brillante, que no se volverá á presentar semejante ocasión, que el barón ha dado el primer paso y que nada, por consiguiente, debe detenerme, estando á salvo mi dignidad.

El sacerdote contemplaba los tejados de la ciudad extranjera, que brillaban al sol, y escuchaba atentamente.

—¿De qué porvenir hablas, hijo mío? ¿Marcharías con ellos, con la esperanza de llegar á ser un sabio explorador, miembro de sus diversas sociedades? ¿Te he comprendido bien?... No hagas eso, hijo mío... A ese precio, tu madre no aceptaría el bienestar, porque equivale al suicidio. Desde el día en que comiences á modificar la ortografía de tu apellido y en que le hagas preceder de un *von* ó de un *de*, perecerá en ti una parte de algo grande, de que Dios, en sus impenetrables designios, te ha hecho el depositario, la encarnación frágil. Una vez encadenado en sonidos extranjeros, tu pensamiento perderá sus alas. Ciertos sentimientos enmudecidos morirán en ti, porque no viven sino en las palabras oídas en la cuna. Conocerás momentos de terrible melancolía, ó lo que es peor todavía, te convertirás en el sepulcro ambulante de un hombre... Tenemos muchos sepulcros de esos, y se multiplican sin cesar. Cierto es que sus negocios marchan bastante bien: no carecen de nada, tienen comodidades, un trabajo agradable, la consideración de todos; pero no creo en la duración de su obra. Hijo mío, el mundo es un lugar de sacrificio; Dios ha creado los pueblos por designios que Él conoce, y ha querido que cada individuo, por su pueblo, sirva á la humanidad entera; la fuerza de un pueblo descansa en el corazón de sus conciudadanos. No busques los umbrales extranjeros, los honores y las rique-

zas de los extranjeros; conserva intactas las virtudes de tus antepasados. Limpia de toda mancha lo que se manchó en el pasado, pero no trueques tus vestiduras por vestiduras extranjeras. Permanece siendo tú mismo y no te avergüences de ser inerte en apariencia. Trata de aventajar á los otros solamente por tus virtudes. Sé puro, sé animoso, sé bueno...

—Sí, padre mío; quiero ser bueno.

—Las circunstancias te han traído hasta aquí. Tal vez, con el tiempo, llegarás á ser el director de la fábrica de tu tío... No oprimas á las gentes del país. Que el nombre de tus compatriotas se una, en la imaginación de los pueblos extranjeros, á una imagen generosa y grandiosa. Hubo un tiempo en que así era... Pero, sobre todo, en cuanto puedas vuelve, vuélvete con los tuyos. Allí está el campo que debes cultivar.

—¡Ah! ¿Y...?—articuló Brzeski; pero, turbado, no concluyó su pregunta.

El sacerdote sonrió tristemente.

—Adivino, hijo mío, lo que quieres preguntarme. Yo soy del ducado de Posen. Nosotros los sacerdotes somos como los soldados. Por no haber querido prestar la mano en la destrucción de las flores de Dios, me encuentro aquí. Que se esté más cerca ó más lejos, poco importa, desde el momento en que ya no se está con los suyos... Lo peor es que no creo en la conversión de los chinos. El comercio y la política han abierto un abismo insondable entre estas almas y la enseñanza de Cristo. No hay calamidad más terrible que nuestras relaciones con los indígenas; hablamos de amor y de caridad, y tras estas palabras se esconden instrumentos de opresión y de exacción.

Seguían andando y asustando á las palomas grises. De las garitas, colocadas á distancias de doscientos ó trescientos pasos, salían soldados ó sus mujeres, y después de haber saludado á los paseantes agitando sus puños, los examinaban atentamente.

Brzeski les oyó murmurar:

—Son extranjeros, cristianos. ¿Qué hacen aquí?

—Vuélvete, joven, vuélvete...—dijo el sacerdote.

—Sí, padre; volvamos. Nos han reconocido y nos espían.

—No hablo de esa vuelta... Pero es cierto que nos siguen. Nunca me ha ocurrido eso...

—Allí, cerca de la misión, están acostumbrados á los extranjeros. Entretenidos en la conversación, hemos llegado á un barrio lejano. ¡Vamos, Madgi, que volvemos! — gritó Brzeski en chino.

El muchacho, inclinado sobre la balaustrada, seguía atentamente las evoluciones de las piedras que tiraba, y no oyó que le llamaban.

—¡Madgi!—volvió á gritar Brzeski.

—¡Magdi!—repitió servicialmente un soldado que iba tras ellos.—El paseo es agradable en la muralla—añadió, volviéndose hacia Brzeski.—Aquí no hay ruido ni polvo.

—Así es—contestó el joven, dándole unas monedas.

El padre Paolo les recibió en el umbral de la misión.

—Ya sé, ya sé, joven. Le felicito y le deseo buena suerte. ¿Se va usted con el barón?

—No, padre; me quedo en Pekín para estudiar.

—Tanto mejor, tanto mejor; está muy bien. Se dice que el barón se dispone á ir muy lejos. Ya lo creo: me han contado que tiene la intención de buscar un camino cómodo para el establecimiento de una vía férrea que pasaría por el Tibet y el Asia Menor, é iría á parar al Bósforo. Es una concepción espléndida. Usted podría, joven, adquirir una ventajosa situación en ese camino de hierro; pero puesto que prefiere usted el estudio...

—Nadie me ha hablado de ningún camino de hierro...

—Comprendo y apruebo esa discreción. ¿Pero quién es ese chinito?

—El hijo de mi propietario: Madgi.

—Ya es un mozo. Sabía que Vann tenía hijos, pero me había dicho que eran muy pequeños. ¿Vas á la escuela, chiquito?

—Sí.

—¿Y qué aprendes?

—He empezado el *Libro de las Tres Palabras.*

—¡Ah! veo que eres un muchacho inteligente. ¿Y cuándo está en casa tu padre?

Madgi miró de reojo al misionero.

—Mi padre... está escribiendo siempre—respondió entre dientes.

El padre Paolo le dió un dulce, y le envió á la cocina; después pasó á su cuarto con Brzeski, reanudando la conversación del ferrocarril.

.....

El barón se marchaba.

En la embajada se aprovechó la ocasión para organizar, en honor de la expedición, una comida de despedida.

A las seis y media los invitados se sentaron en derredor de una gran mesa larga.

Erguíanse en el centro seis enormes ramos. Los blancos cálices de los lirios se mezclaban con las lengüetas de fuego de los tulipanes; las corolas de las rosas amarillas se inclinaban sobre las pálidas azaleas; enormes claveles formaban un lindo tejido con los menudos pétalos de las flores de azahar y las aterciopeladas tuberosas. Cada ramo estaba rodeado de hierbas delicadas y ligado á los otros por lazos de laurel.

Cintas de color de rosa pendían de los altísimos candelabros de plata y unían las flores con las luces.

A los dos lados de la florida barrera formaban botellas y esbeltas ánforas de cristal; los fruteros contenían pirámides de frutas amarillas, rojas y violadas; frente á cada cubierto se hallaba dispuesto un juego de copas de colores y formas diversos; las servilletas salían de las copas para agua como blancos abanicos.

Al lado de los platos, cuya blancura, animada por un filete de oro, resaltaba apenas sobre la blancura de nieve del mantel, brillaban á intervalos iguales los cubiertos de plata, semejantes á tiras de cristal pulimentado.

Cada convidado tenía ante él un salero japonés diferente, primorosamente trabajado. Esparcíanse por la estancia aromas de flores y de vinos.

Bajo la luz verde suave de la alta lámpara eléctrica proyectaban los objetos sombras indecisas, temblonas, como las sombras de un día de invierno. En el techo, encima de la lámpara, inmensos abanicos con armaduras de caña balanceaban sus brillantes colores, como gigantescas mariposas.

En medio de los vapores ligeros y perfumados que despedían los manjares, un grupo de señoras con trajes claros y de señores vestidos de negro hablaban alegremente y hacían resonar los cubiertos.

De los escotados corpiños brotaban, blancas como el mármol, tibias como frutas caldeadas al sol, las carnes de las damas. Los ojos y los labios prodigaban sonrisas. Los hombres ostentaban una actitud digna y elegante.

Mezclábanse amigablemente las conversaciones en inglés, en francés, en alemán, en italiano. Por detrás de los invitados, en la fresca penumbra, circulaban los criados chinos, vestidos de blanco, silenciosos y diligentes.

Brzeski estaba sentado, taciturno y silencioso, al lado del topógrafo, y sus dedos arrugaban maquinalmente el bordado del mantel. ¿Qué hacía allí? ¿De qué podía ser útil su presencia? Luchaba en vano contra la timidez que le irritaba, le apretaba la garganta.

Su levita europea, á la que se había deshabituado, y su postiza trenza, arrollada sobre su afeitado cráneo, acababan de hacerle perder su sangre fría. Observó ciertas miradas curiosas que se dirigían discretamente hacia él, y temía á cada momento ver que alguno de los invitados le dirigiese una serie de preguntas formuladas en cualquiera lengua extranjera, ininteligible. Así fué que, cuando le interpeló el topógrafo, la voz ronca de éste le pareció una música celeste.

—Se encuentra usted cohibido, joven, porque, á pesar de sus teorías, respeta usted todavía todo esto. El aparato le impone...

Mire mejor: son salvajes de las cavernas, que se han perfumado... Tenga usted conciencia de sí mismo: usted vale por todos. Desprécielos como yo. Enamórese de algún jeroglífico chino, como me he enamorado yo de las convexidades del suelo y de sus depresiones.

Brzeski no sabía qué hacer, si reirse ó enfadarse.

—Siempre es usted el mismo—dijo en tono de censura.

—¡A tu salud, muchacho! Bebe—exclamó el topógrafo con su voz natural.—Mereces la salvación eterna. Gracias á ti fallaron las leyes de la estepa, y además tendremos un soberbio mapa. El «Sajón» ha capitulado por completo. Nos concede una autonomía australiana. Ha permitido al doctor que lleve un océano de alcohol: si no nos lo bebemos, habrá para todos los animales de la creación... Bebe, muchacho, no economices: es el vino de la embajada. Vale más que lo beban los hombres que uno de esos individuos decorativos. ¡A tu salud! Continúa siendo, en lo posible, lo que eres, y reza alguna vez por mi alma. Estudia la China á fondo. Tienes suerte: he visto una linda carita en la ventana de tu propietario... Pero no te dejes encadenar... Vuelve al país—concluyó diciendo con enternecimiento el viejo vagabundo.

—Volveré, seguramente que volveré. Sé lo que quiere usted decir. ¡Por el pueblo, por la humanidad!—exclamó Brzeski.

—¿Cómo? ¡Por la humanidad! No. Es una filosofía demasiado profunda, no es ese mi género. Vuélvete, porque aquí la vida no conduce á nada. Te diré confidencialmente que, por bien que te fuera, lo sentirías como alguno que conoces, y al morir lamentarías no haber vivido de tu propia vida... Hubo un perro, el perro cazó, el perro murió, ya no hay perro. Además—¡cosa terrible!—estos asiáticos no se lavan nunca, y desean todo el mal posible... á sus enemigos. Cada uno de ellos necesitaría, por lo menos, media onza de jabón y una libra de virtud. Dado lo muchos que son, sería un gasto considerable... y hay varios proveedores dispuestos á añadir á esos artículos

otros muchos. Pero... nuestra «civilización» no triunfa aquí, y el que la propaga no cosecha ningún agradecimiento. Deja ese cuidado á los demás. Todo es polvo vano y volverá al polvo. ¿Te acuerdas de aquel mongol de las arenas que enseñaba los dientes? Todos moriremos. Mientras tanto, bebamos el vino de la embajada para tener algo que trasudar en lágrimas. ¡Qué bodas de cocodrilo las de Caná en Galilea! Ilumina tu rostro, joven, bebe, y habla... de ti.

Brzeski se animó un poco y se enterneció. Experimentó un violento deseo de demostrar alguna simpatía, aunque no fuese más que en palabras, al mocetón aquel, gastado y solitario.

—Tal vez más que nunca, no...—balbuceó conmovido.

—Habla de ti, joven—le interrumpió alegremente el topógrafo.

Brzeski sonrió, vació un vaso de vino, y se puso á hablar de su propietario, de Madgi, de Tchang y de su nariz eternamente húmeda, de las voces de detrás del biombo y del chisporroteo de la pipa.

El topógrafo le escuchaba atentamente.

—Eso no está bien—dijo por fin.

—¿Por qué?—preguntó Brzeski, asustado.

—No dices nada de la joven.

—No digo nada, porque no sé nada. No la he visto nunca.

Sin embargo, ante la mirada del coloso, se puso encarnado como una cereza.

Felizmente, se levantaban de la mesa. Entre el tumulto, el topógrafo fué abordado por unas señoras que, al parecer, deseaban conocer á Brzeski. Durante un momento estuvo en peligro de convertirse en la *great attraction* de la comida de la embajada: numerosos ojos curiosos convergían hacia él; pero pudo esquivarse á tiempo.

Llamó al doctor y al topógrafo en el vestíbulo, les abrazó afectuosamente y salió, disimulando sus lágrimas.

Un criado chino la acompañaba llevando una linterna. La ciudad dormía ya, sepultada en la humedad y en las tinieblas.

El agua chapoteaba bajo los pies de los caminantes; se hundían á cada paso en el fango, aunque el guía distinguía hábilmente, al vago resplandor de su linterna, el sendero que serpenteaba entre dos surcos de un negro de tinta. Iban uno tras otro, deslizándose con circunspección á lo largo de las paredes, de las tiendas cerradas y de los tinglados abandonados. A veces, sobre sus cabezas, bajo los rayos indecisos de la linterna, brillaba un escudo dorado, ó bien se agitaba una muestra roja; en la obscuridad vacilaba á veces á lo lejos la estrella amarilla de la linterna de un transeunte, retrasado como ellos. A intervalos iguales resonaban sordamente los gongs de madera de los vigilantes nocturnos.

Brzeski ignoraba absolutamente en qué se guiaba el criado para la elección de camino. Él no distinguía nada, salvo las manchas negras y confusas de los edificios y el cielo nuboso, sin ninguna estrella.

De repente, el guía se detuvo, alzó la linterna y dió un grito. Ante ellos había un espectro, un esqueleto revestido con tiras de paja que desde su cuello colgaban á todo lo largo del cuerpo como un tejido de escamas.

Antes de que Brzeski hubiera podido examinarle, otro espectro, igualmente descarnado, completamente desnudo, surgió de las tinieblas y se apoderó del paquete que contenía el traje europeo de Brzeski; después, los dos fantasmas desaparecieron.

—Unos mendigos, unos leprosos, sin duda—murmuró el chino, asustado.—Ya había dicho yo que era mejor no salir de noche. No sé verdaderamente cómo he de volver á casa.

—Pasarás la noche en nuestra casa... ¿Leprosos? ¿Hay leprosos aquí?—preguntó Brzeski con repugnancia.

—Sí, hay. Pero les está prohibido entrar en la ciudad. Viven en los cementerios. Ha sido una suerte que no hayan conocido que era usted un extranjero: nos hubieran restregado su suciedad. Creen que de esta manera se libran de su mal.

Al día siguiente supo Brzeski que durante su ausencia ha-

bía estado el padre Paolo en casa de Vann. Este permaneció sentado, absorto en su caligrafía y con los labios estudiosamente apretados; en cambio, tras del biombo, las regañinas menudearon todo el día. La manecita larga y fina no volvió á mostrarse, porque se habían dispuesto los biombos de tal manera, que se podía ya coger el té sin que lo viera el extranjero.

.....

Las lluvias y las nieves, con violentos huracanes, hicieron de las suyas. El techo de la habitación de Brzeski se llenó de goteras; el papel de la ventana se desgarró en varios sitios. El «Señor de la Puerta Occidental» no pensaba para nada en reparaciones.

—En nuestra ciudad hace frecuentemente frío en invierno —declaraba cuando su huésped se quejaba del rigor de las noches.—¡Qué no hará en sus países del Norte!

Brzeski le explicaba el arreglo y la calefacción de las casas europeas, y Vann respondía invariablemente, con afectada cortesanía:

—La alta inteligencia de las gentes de Ultramar sabe obviar las vicisitudes.

Pero no hablaba ya de la estufa, ni siquiera del braserillo. Cuando por fin Brzeski, exasperado ya, le declaró sin ambages que no quería continuar habitando en un lugar frío y húmedo, y le obligó á que comprobase el estado de cosas, Vann entró en la habitación, meneó su cabeza como ante un espectáculo inesperado, y propuso al joven, mientras que se arreglara el techo y se pusiera un calorífero, que se fuese á vivir con ellos á la cocina.

Hacía ya mucho tiempo que Brzeski pensaba en aquella solución; pero no había dicho nada para no dar lugar á la desconfianza del chino. No quería cambiar de profesor, y dudaba de encontrar otro que uniese á una sólida instrucción china algún conocimiento de las lenguas y costumbres europeas. Trasladó, pues, su cama sin más tardar, y la puso en el rincón relativamente más seco y más caliente, al lado de la chime-

nea. No había seguramente lugar más confortable, excepto quizás tras del biombo, adonde llegaba el calor de la chimenea por un grueso tubo de barro cocido.

El joven sentía curiosidad por saber cómo se las iban á arreglar las dos mujeres. Suponía que por fin la señora y señorita Vann tendrían que mostrarse. Pero se engañaba. El biombo sufrió un nuevo arreglo, y todo continuó lo mismo; sin embargo, en adelante no cesó de oir consonantes chinas, é hizo rápidos progresos, tanto más cuanto que Vann escribía menos por entonces y le consagraba más tiempo.

Tras el biombo continuaban los mismos rumores, los mismos pasos sordos, las mismas risas ahogadas, el mismo ruido del huso, y las exclamaciones de cólera, y las respuestas tímidas, y el ligero chisporroteo de la pipa, y, de cuando en cuando, conciliábulos secretos con Tchang, en ausencia de Vann.

—¿Qué significa esto, cocinero? ¿Por qué tenemos tan pocos guisantes? No hay carne. Sin embargo, te he dado el mismo dinero de siempre—recriminaba por su parte Vann, irritado ante una comida en exceso frugal.

—Había bastantes guisantes cuando los compré, en apariencia por lo menos. Pero el tuno del tendero los debe de haber escamoteado—replicaba Tchang.

—¿Por qué los tomaste? ¿Estabas ciego?

—Ha encarecido todo de una manera terrible en el mercado. Sin duda ha llegado á la corte algún vasallo eminente, y su innumerable acompañamiento ha acaparado los géneros.

—Te ruego que no compres nada en donde se surten los grandes personajes.

—Está bien—respondía humildemente el criado.

Pero no tardaba en escasear la comida.

—¿Qué es esto? ¿Algún otro eminente vasallo?

Tchang se encogía de hombros, como quien no puede remediar una cosa.

—¿Adónde vamos á parar?—exclamaba Vann.—Se acerca el nuevo año. Cada vez tengo menos trabajo y ningún ahorro.

El dinero se va como agua. Y en casa no hay nada: parece la del más pobre menestral.

—Cállate: me mareas con ese torrente de palabras—gritaba, desde detrás del biombo, la voz ronca de la señora de Vann.

—Estáis de acuerdo para robarme tú y este viejo diablo, al que me voy á ver obligado á ponerle en la calle.

—¡Que te robamos! ¡Pobre de mí! ¡Qué vida! ¿No soy una dama, una hija de elevada familia? ¿No han sido varias veces mis hermanos gobernadores de provincias? Ingrato, ¿hubieras llegado á ser lo que eres sin la ayuda de ellos? ¿Lo has olvidado ya? Con la esperanza de que rodearías de todos los cuidados necesarios á su hermana, á la madre de tu hijo, te consiguieron un puesto en Mongolia. Pero tú, por amor á una mongola de pies grandes, preferiste perder tu honor y dejarla á ella y á su progenitura todo lo que adquiriste. Y ahora... ¡dices que te robamos! ¿A quién robamos? Tú me has robado mi juventud, mis encantos. ¿A quién echaron del servicio por sus rapiñas sin límites, á mí ó á ti? Hiciste que se sospechara de mis hermanos, y ahora haces que su hermana viva en la miseria. La privas de todo. No tengo marido, no tengo hijos... sin lo cual no sufriría tan horriblemente; ellos encontrarían el medio de aliviar á su anciana madre, á la esposa de elevado nacimiento. No, yo no puedo soportar esto por más tiempo, y estoy resuelta á morir de una manera ruidosa y grandiosa.

Ante esta amenaza, Vann se callaba por lo general, y á veces tomaba la puerta precipitadamente.

Pero cuando por acaso había algún ingreso extraordinario, la humareda del opio se esparcía por la habitación, y reinaban períodos de paz. Entonces el «Señor de la Puerta Occidental» cogía por la noche un libro y leía, á la luz de la lámpara de petróleo de Brzeski, la relación de las aventuras del «heroico estudiante Tien-Tchung-Yu y de la bella y fiel Chuei-Ping-Sinn».

El pequeño Madgi apoyaba los codos en la mesa y no apartaba los ojos de su padre.

El viejo Tchang se sentaba sobre los talones, apoyado en la pared, y de cuando en cuando hacía observaciones llenas de buen sentido y de sensatez; los biombos se apartaban un poco, y al ruido monótono de los husos se mezclaban á veces sordas exclamaciones de admiración ó de indignación.

.....

Por Navidad recibió Brzeski una carta de su madre.

«Hijo mío, queridísimo—escribía la buena anciana,—¡qué lejos estás de mí! ¿Qué haces? ¿En dónde estás? ¡Qué martirio no saber de ti sino de tarde en tarde!... Espero tus cartas como se espera la salud, y cuando llega una, ¡es siempre tan breve y me hablas tan poco de ti! Dímelo todo, querido mío. He llorado mucho al saber que has tenido que vestirte de pagano y hasta ponerte una trenza. ¡Qué fácil es perder el alma en semejante país! El mal se desliza como un ladrón. Al principio nos inspiran aversión las costumbres extrañas, después nos son indiferentes, y á la larga concluímos por adoptarlas nosotros mismos. ¿Rezas, hijo mío, por lo menos una vez al día? Me has escrito que tu profesor es cristiano, pero confieso que no creo en el cristianismo de un hombre que se viste como las mujeres y gasta trenza. No me dices si tiene alguna hija, ni si su mujer es joven ó vieja, fea ó bonita. Vuelve sin mancha, hijo mío, como se lo pido siempre á Dios en sus oraciones. A veces me enfado con tu tío por lo que ha hecho. Vuelve lo antes posible. He pensado en lo que te ha dicho el abate Plonski, y he decidido que cuando vuelvas compremos en nuestro país un pedacito de tierra donde instalar definitivamente nuestro nido. Te casarás, y mis nietecillos corretearán por el jardín, como lo hacías tú por el jardincillo que ahora cultivo sola... Teodoro sigue bebiendo y sin pagar el alquiler, pero es un buen hombre».

La carta era larga, estaba llena de detalles; conmovió á Brzeski y le puso pensativo. Se le ocurrió ir á enseñársela al abate Plonski; pero le hubiera hecho perder todo el día: mejor era esperar á las fiestas para hacer tal visita.

Estudiaba asiduamente el chino y el inglés, leía las obras sobre China, su comercio y el cultivo del té.

Transcurría el tiempo monótonamente, pero con rapidez. En la casa de Vann se habituaban á Brzeski poco á poco; por detrás del biombo comenzaron á mostrarse no solamente manos, sino cabezas de mujeres.

Se acercaba el día de Año Nuevo, la principal de las fiestas nacionales de China; también se preparaban en casa de Vann. La víspera de la primera neomenia del primer mes del invierno, se barrió cuidadosamente el cuarto, se quitó el polvo y se pusieron flores naturales en todos los rincones; el propietario compró un cesto de ellas en el mercado. En el altar de los antepasados se desparramaron pétalos de rosas y de camelias y flores de azahar traídas á la capital de las lejanas regiones del Mediodía.

Las flores alternaban con bandejas de frutas y alimentos consagrados, bujías de resina coloreada y vasos con aromas. Toda la noche estuvo encendida la cocina; y la grasa chisporroteaba, cociendo galletas, carnes, pescados y legumbres. Las mujeres no se acostaron.

El día de la fiesta empezó por la lectura de varios pasajes del libro de familia de los Vann; quemóse incienso, se encendieron las bujías de ritual, se prendió fuego á largas tiras de papel dorado con diferentes dibujos. En aquel momento se separó el biombo, y las mujeres permanecieron cerca de la entrada. Brzeski oía sus movimientos y sus cuchicheos; pero, durante la ceremonia, no se atrevía á volverse; cuando se decidió á ello, habían desaparecido.

Hacía un hermoso día: el sol inundaba con un raudal de oro la ventana de papel. La nieve recién caída avivaba el resplandor de la luz. Después de comer, los hombres se pusieron unas gorras de piel y marcharon á la ciudad; Madgi, por supuesto, acompañaba á su padre.

Por las calles, empavesadas, circulaba la multitud, de preferencia en la misma dirección. Parecía un río de nankin azul.

De aquel río emergían miles de cabezas, miles de abanicos rojos, sombrillas multicolores, linternas de extrañas formas y caprichosos emblemas. Los sonidos de las campanas y los profundos rugidos de los enormes gongs de cobre ensordecían las voces humanas y se esparcían por el espacio; el viento agitaba innumerables banderas.

Brzeski se perdió con sus compañeros entre aquella multitud que se divertía. Tomó parte, con sincera complacencia, en la procesión del «Gran Dragón de la Prosperidad»; bailaba, reía, gritaba al igual de todos, y agitaba las guirnaldas de flores que le daban para que las sujetase.

Pasaron la noche en el teatro, en donde los fenómenos «de la Tierra, del Cielo y del Agua» desfilaron ante ellos en fantástica danza. Cuando volvieron á casa, á eso de las doce, las calles, iluminadas con linternas y luces de bengala, adornadas con banderas y guirnaldas, parecían avenidas de fantásticas flores movientes. Quemábanse en todas partes fuegos artificiales, y bajo los pies estallaban petardos á cada paso. Los cantos, las risas, la música, la algarabía, duraron toda la noche.

Mientras tanto, la señora de Vann y su hija recibían la visita de sus amigas y parientes. Tomaron pasteles, dulces, bombones, y bebieron una cantidad incalculable de tazas de té.

Jamás se había sentido Brzeski tan unido con lo que le rodeaba como durante aquellos regocijos. Y lo que había considerado más de una vez como ridículo y estúpido en las costumbres chinas, le pareció racional y lleno de poesía.

.....

Poco tiempo después de las fiestas recibió la visita del padre Paolo. El sacerdote llegó calado por una lluvia torrencial.

—¡Qué tiempo de paganos! Cuando salí estaba raso... ¿Dónde está Vann?—preguntó, examinando la habitación y dejándose caer pesadamente en una silla.

—No está en casa; se encuentra en la ciudad desde esta mañana.

—¡Hum! ¿Sale á menudo?

—Algunas veces... Frecuentemente ahora... Antes trabajaba escribiendo.

—Veo que vive usted con ellos, en la misma habitación. ¿Hace mucho? ¿Se encuentra usted bien?

—El techo de mi cuarto estaba lleno de goteras.

—Eso es otra cosa. ¡Ah! ¿qué es esto? ¿Cómo puede usted soportar sus diablerías?...—añadió el padre, indicando con la cabeza el altar de los antepasados.—¿Cómo pasa usted el tiempo?... ¿Qué ha hecho usted durante las fiestas? ¿Por qué no ha venido usted con Vann á la iglesia?

Brzeski se turbó. Espontáneamente comprendía que su madre le hubiera hecho la misma pregunta, y se le oprimió el corazón.

—Como está tan lejos...

—¡Lejos! ¿Para ir á la casa de Dios? ¡Sapristi!—exclamó el italiano con relámpagos en los ojos... —Pensaba que me ayudaría usted á convertir á estos paganos, que viviendo con ellos les arrastraría usted con el ejemplo; pero veo que pertenece usted á los paganos del siglo... ¿Reza usted siquiera todos los días?

El mal francés del padre Paolo, al que apenas entendía Brzeski, amortiguaba sensiblemente el efecto de la amonestación. Pero la pregunta de su madre, «¿Rezas siquiera por lo menos una vez al día?», repetida por el misionero, turbó al joven. Creía en Dios, amaba la dulce imagen de Cristo; pero nunca había sido devoto. En su casa cumplía puntualmente las prácticas religiosas, por cariño á su madre; desde su marcha no había rezado más que una vez, durante aquella memorable noche, en las arenas de la Mongolia. No experimentaba la necesidad de rezar, y consideraba la oración que se hace con los labios solamente como una injuria á la clarividencia del Eterno.

Gracias á la carta de la madre, el padre Paolo hubiera tal vez logrado volverle á los hábitos de su infancia, si no hubiese

abrumado desde luego al joven pecador con una descripción harto detallada de los lazos de toda especie tendidos por el diablo á las almas inocentes, y no le hubiese fatigado con la enumeración, pintoresca pero penosa, de las condiciones en que los condenados moran en el infierno.

Brzeski interrumpió en seco el largo discurso italo-francés del padre.

—¿Se ha marchado ya el abate Plonski?

—¿Si se ha marchado?—repitió el misionero, asombrado de aquella inesperada pregunta.—Veo que nada tengo que hacer aquí. Que vaya Vann á verme uno de estos días—añadió, y se despidió en el acto.

Brzeski quiso detenerle; pero antes de que hubiese encontrado una fórmula adecuada á las circunstancias, los pasos del padre resonaban ya en el patio.

—Se ha marchado. Ha reñido violentamente y se ha marchado. Agitaba furiosamente los brazos... Es un bonzo terrible—cuchicheaban detrás del biombo.

A Brzeski le apenó realmente este incidente. Después de la marcha del topógrafo, del doctor y del abate Plonski, el enfado del padre Paolo rompía el último lazo que le unía con la colonia europea. Resolvió ir con Vann á presentar sus excusas al sacerdote.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha ocurrido? ¿De qué enorme disgusto se trata?—interrogaba el «Señor de la Puerta Occidental», alarmado por la narración de su mujer y de su hija.

—No ha sucedido nada: el padre Paolo quiere, sencillamente, ver á usted.

Vann desapareció tras el biombo, en donde comenzó á disputar en voz baja con su mujer. La conferencia acabó á gritos.

—A pesar de tu edad, te conviertes, por sortilegio de su Ya-Su, en un verdadero bruto. Te olvidas del respeto debido al pasado y al nacimiento. ¿No me elegiste en una familia ilustre? ¿No han sido mis hermanos gobernadores de provin-

cia, y no construyó mi abuelo un puente sobre el río Hoanké, para que te atrevas á sospechar que haya hablado yo con un hombre extranjero?... No solamente no me das las comodidades á que una esposa tiene derecho, sino que todavía me ofendes y quieres privar á mi alma de la protección y las oraciones de mi hijo. ¡No! prefiero sufrir todos los géneros de muerte que entregar á mi hijo á su maldita escuela. Ya es bastante que, por culpa de ellos, se vea Lienn afligida con pies grandes. Diles, sí, diles que para eso deberían darte dinero, mucho dinero. Nuestra hija tiene aspecto monstruoso, no encontrará marido. ¿Lo oyes? Tú la has perdido. ¡Y ahora quieres vender á tu hijo! No, no lo conseguirás. Antes que tolerar tal infamia, me quejaré inmediatamente al Che-Fu—chillaba la señora de Vann.

El «Señor de la Puerta Occidental» reculó vencido.

Al día siguiente, Brzeski se dirigió á la misión con Vann, vestido con el traje de los días de fiesta. El chino no quería una ruptura definitiva y franca.

El tiempo les favorecía. Enjambres de transeuntes apremiados llenaban las calles. Las gentes, aprovechándose de un claro, marchaban, corrían, se cruzaban, iban á caballo, en burro, en literas, cuyos portadores medio desnudos gritaban para abrirse paso. Pululaban por todas partes vendedores ambulantes de pasteles, flores, frutas, legumbres y pescados.

En cocinas partátiles, los cocineros preparaban lo que se pedía; barberos afeitaban en silencio los cráneos de sus clientes; médicos, sentados bajo sombrillas, ensalzaban sus medicinas; herreros trabajaban en fraguas al aire libre. Los camellos, procedentes de las lejanas estepas, andaban torpemente por el fango de las calles; los cocheros juraban y se injuriaban. Por el puente no se podía pasar: un búfalo enorme, enganchado á un carro, se había caído en el centro y no quería moverse.

Vann y Brzeski hubieron de pararse y aguardar pacientemente á que se pusieran en movimiento las primeras filas. De pronto se oyeron gritos salvajes, y la multitud empezó á mo-

verse bruscamente. Cundió el tumulto. No tardaron en aparecer unos jinetes europeos, que fustigaban despiadadamente á cuantos se les ponían por delante.

Los ojos de Brzeski relampaguearon. Todo se hubiera reducido, sin embargo, á esa indignación muda, si un inglés, al tropezar el asno que montaba con un anciano, no le hubiese dado un palo en los dientes. La sangre brotó de los labios del chino, cuyo único delito era el no haberse apartado demasiado pronto.

Brzeski cogió el asno por las riendas, y en el mismo momento recibió un bastonazo en la cabeza. Entonces perdió su sangre fría: se precipitó sobre el inglés y le tiró de la silla. Se originó un escándalo; los espectadores se pusieron á golpear á los dos combatientes, hasta que los dispersaron los jinetes europeos y los agentes de policía, provistos de estacas. Los dos delincuentes, llenos de sangre y de lodo, fueron llevados á la embajada.

.....

«Mi querido tío:

»Me ha ocurrido una aventura imprevista. Un inglés me ha pegado en la cabeza y le he devuelto el golpe. El embajador, aun dándome la razón en principio, me ha censurado por haber obrado á la ligera y provocado un conflicto internacional, y me ha dicho que se vería probablemente obligado á expulsarme de la ciudad. Los periódicos ingleses y americanos me tratan de agente pagado para sublevar contra las dos naciones al populacho chino. No puedo soportar esto, y le ruego que me autorice para salir inmediatamente de esta población. Sé ya bastante chino para poder casi sostener una conversación. Por lo demás, mi Siann-Chann consiente en marchar conmigo, con tal de que le prometiera usted un puesto en la fábrica. Ha perdido, á consecuencia de esta historia, lo que podía ganar en las embajadas, en donde copiaba los documentos chinos. El padre Paolo le ha negado también su apoyo; cuando le he hablado de Vann, me ha respondido que tenían

á su cargo bastantes pobres cristianos y que mi Siann-Chann no iba á la iglesia ni enviaba á su hijo á la escuela de la misión. El desgraciado se encuentra en una situación muy penosa. Es pobre, virtuoso, muy inteligente, y conoce perfectamente las costumbres chinas. Quedará usted muy satisfecho de él si le emplea. Como por mi culpa se encuentra en ese caso, sufragaré sus gastos de viaje con mis ahorros, de suerte que no costará nada á la casa. Tenemos bastante dinero. Avíseme, querido tío, lo antes posible, por telégrafo si es preciso; porque si me expulsan antes de su respuesta, no sé verdaderamente qué podré hacer. Perdone usted tanta molestia; pero ¿me iba á quedar sin responder á ese inglés?... Sé que usted desea mi felicidad, y, por mi parte, procuraré corresponderle.

»Su afectísimo sobrino,

JUAN BRZESKI».

Después de haber enviado esta carta, el joven se calmó un poco. La vida recobró su curso ordinario. Únicamente, por las noches se hablaba del próximo viaje y de la futura estancia en el lejano Mediodía.

—Compraremos un coche cerrado, dos caballos de tiro y uno de silla para el muy respetable extranjero.

—Yo también iría con gusto á caballo—dijo Madgi.

—No nos importunes. Eres demasiado pequeño: viajarás en el coche con tu madre y Lienn... Siguiendo á lo largo del gran canal tardaremos un mes en llegar á Tchen-Tsian.

—En vez de correr el mundo, deberías más bien buscar trabajo, viejo—gruñía la señora de Vann tras el biombo.

—En Ju-ku alquilaremos una casita con un jardinillo, en donde podremos cultivar flores. La venta de las flores puede procurar también recursos. Lienn encontrará en ello una ocupación.

Detrás del biombo se oyó un suspiro débil, medroso. Y de nuevo resonó la voz de la madre:

—Tonta, pereceremos de mil muertes antes. No suspires y no te quiebres la cabeza. ¿Se ha visto nunca á ningún bárbaro extranjero hacer algo por un chino? Se necesita la estupidez de tu padre para entregarse á sueños dorados, mientras que negras ideas torturan á su esposa abandonada, privada de toda comodidad.

El mal humor del ama de la casa se hizo permanente á partir del momento en que se despidió á Tchang, y Vann tenía que ir en persona á la compra, al volver de la cual preguntaba casi todas las mañanas:

—¿Ha habido carta?

—No—respondía Brzeski,—y no puede haberla hasta dentro de dos meses. Esté usted tranquilo: en cuanto venga se lo diré. De todos modos, no le abandonaré en la miseria. Busquemos juntos alguna combinación.

El chino callaba, pero cada vez se mostraba más taciturno. Despachaba en un vuelo las lecciones y se esquivaba.

—Mi mujer chilla cuando estoy aquí. Esto molesta el trabajo de mi discípulo eminentemente asiduo—decía á modo de excusa á Brzeski.

Su mujer, en efecto, se callaba durante sus ausencias; pero, en cambio, la casa se despojaba poco á poco, hasta de los utensilios de primera necesidad. Pero cuando hubieron desaparecido objetos más importantes, tales como una tetera de cobre y un jarrón de porcelana, ornamento del altar de los antepasados, se arrebató Vann. Abrumó á su hija de censuras por haberse hecho cómplice de su madre. Esta, sumida en aquel instante en una somnolencia beatífica, gruñía indistintamente.

La carta no llegaba.

Brzeski seguía con inquietud creciente las peripecias del drama doméstico. Escuchaba dolorosamente los conciliábulos secretos de madre é hija, los gritos de rabia de aquélla, las tímidas observaciones de ésta, hasta que por fin, cediendo á las órdenes y amenazas, salía Lienn con un paquete.

Por su parte, Vann se llevaba también de cuando en cuan-

do algún objeto. Llegó un instante en que no hubo más en la casa que las mesas, los bancos, el biombo, la marmita, el altar de los antepasados y los efectos de Brzeski.

. . . . . .

Era un hermoso día de primavera. Brzeski estaba solo. El joven no podía leer: los hálitos primaverales le enervaban... Sus vecinas cuchicheaban y disputaban...

De repente apartaron bruscamente el biombo. Se volvió. En el umbral estaba la joven china, con la cabeza baja; su pecho palpitaba bajo su larga túnica azul, que pendía de su cuello en dos medios círculos; sus manos finas colgaban á lo largo del cuerpo; sus párpados medio cerrados proyectaban dos sombras sobre sus mejillas pálidas y mates; sus labios frescos, rojos, como trazados por una delicada pincelada, temblaban.

—¡Anda pronto, más cerca!—decía tras ella la madre empujándola suavemente.

De menor estatura que su hija, tenía el cuerpo inclinado, largas manos flacas, una cara amarilla, huesuda y arrugada. Con sus dedos engarabitados sobre los hombros de la joven, se parecía á una repugnante araña que hubiese atrapado una bonita mariposa y la atormentara.

—¡Más cerca!, que vea que eres bonita, que vales. Salúdale, ruégale que te dé algo. Todos estos bárbaros son ricos y codiciosos de mujeres... ¡Anda!

Brzeski estaba asombrado.

—¿Qué es esto? ¿Qué quieren ustedes?—pregunto al fin, cuando la joven, empujada con mayor fuerza, dió un paso hacia él.

—¡Dinero, monedas!... Abre los ojos, extranjero. Mírala bien. Ningún hombre la ha visto todavía. El tendero gordo de la esquina me ofrecía diez liangs por tenerla en su casa solamente un mes. Tú la tendrás siempre á tu lado. Dame tan sólo con qué pagar una pipa... ¡Hace tanto tiempo que no he fumado! Dame aunque no sean más que unos sapeques.

Brzeski sacó, con mano temblona, un portamonedas, cogió un dólar y lo puso sobre la mesa. Los ojos de la vieja brillaron; empujó á su hija hacia el dinero; y como ésta no se moviese, agarrada al biombo, la madre se acercó á la mesa con paso vacilante, diciendo:

—Los hijos deben atender á sus padres ancianos: así lo quiere el cielo y lo ordenan las leyes... Le he dicho á usted que le entregaba mi hija, sin pensar en ello, para probar su magnanimidad, extranjero... Lienn, el señor es bueno, no te tocará, lo leo en sus ojos. Este extranjero se compadece de nosotros. Ahora vuelve á poner el biombo: podría verte alguien.

Brzeski miró involuntariamente á la joven, la cual al mismo tiempo alzó los párpados. El rostro de la joven se puso encendido. Brzeski sintió con delicioso asombro que de sus propios ojos brotaron tiernas chispas que fueron á sumergirse en los ojos de Lienn.

Desde este momento, los llamamientos á su bolsa menudearon. Él daba, y pensaba en un nuevo encuentro con los ojos de gacela de la linda china.

Por fin llegó el tan esperado aviso del tío, que telegrafió diciendo:

«Convenido. Liann-Chann más adelante. Toma el vapor. Escribo director. Dinero, banquero Ta-Yu-Tché. Bien hecho lo del inglés. Salud. *Snietycki*».

. . . . . .

He aquí lo que escribía Brzeski á su madre la víspera de la marcha:

«Aunque mi tío no haya respondido claramente respecto á lo de Vann, yo no podía dejarle aquí en la miseria: le hice concebir ilusiones que le apartaban de buscar trabajo. Por lo demás, no costará caro. Carezco, es verdad, de ahorros, lo que me apena mucho, porque no puedo enviarte nada, mamita; pero, en cambio, exploraré en el viaje una importante parte de la China, lo que representa un capital para lo futuro. Si Vann no consigue desde luego un empleo en la fábrica, le

ayudaré yo. Me pagará en lecciones. ¿Hago bien, mamá? Me han tenido en su casa como á uno de los suyos y me estiman. Además, me sería difícil encontrar un profesor mejor. Partimos los cinco: Vann, su mujer, sus dos hijos (Lienn y Madgi) y yo.»

. . . . . .

Compraron un vehículo usado. Se procuraron tres cabalgaduras, vendieron una parte del mobiliario, empaquetaron lo restante y se pusieron en marcha hacia el Mediodía, hacia el sol y la primavera florida.

Los caminos estaban llenos de viajeros, jinetes, peatones, correos. Á cada paso se cruzaban con vendedores cargados de frutas, de vituallas, de bebidas, panaderos con tortas y galletas, campesinos con legumbres, carnes y aves vivas. Caravanas de asnos y de mulos, con cargas de heno, leña, harina, caminaban con paso lento y regular.

Á medida que avanzaban hacia el Sudoeste, el movimiento aumentaba. El camino se parecía á una calle, y el campo á unos jardines. Los campos verdeaban con un verde teñido, ya por el color propio de tal cereal, de cuál planta leguminosa. Los árboles frutales ondulaban bajo la aromática nieve de sus flores. Las viñas trepaban por las colinas. Las plantaciones de té cubrían los montículos con sus alineaciones regulares. En el valle, las cañas de azúcar bordeaban los canales; las palmeras y los bambúes agitaban suavemente sus penachos. Por todas partes murmuraba el agua. Sus pálidos reflejos brillaban bajo el tapiz de los campos de arroz nuevo: en pequeñas venas argentadas lucía aquí y allí, entre los macizos de legumbres; en anchos anillos resplandecientes circundaba las alturas. El agua corría de colina en colina, muy alto, por encima de los valles, en lechos de piedra, sobre las arcadas de los acueductos. Brillaba en todas partes, caía á cascadas, se desparramaba en gotas de luz: adornaba todo el paisaje con colores del arco iris. La tierra parecía recubierta de un filete de metal y de piedras preciosas.

Aquí y allí, á orillas de un torrente, giraban las sombrías aspas de un molino.

En los jardines, rodeados de muros de piedra, se ocultaban las blancas granjas, como nidos entre floridos árboles.

Los viajeros avanzaban lentamente. Se ponían en marcha antes de amanecer y descansaban largamente durante el día, á fin de evitar las horas de calor. Atravesaban numerosas aldeas, ciudades comerciales, sucias y ruidosas, y otras ciudades habitadas por religiosos ó funcionarios, silenciosas, limpias y ricas, en las que había elevadas casas con techos esculpidos, en donde, en calles sombreadas por añosos árboles, veíanse escaleras de piedra que conducían á vestíbulos enriquecidos con pinturas. Elegían para pasar la noche aldeas apartadas, en donde su reposo no se veía turbado por el ruido de los huéspedes de paso.

Pero, por lo general, las mujeres dormían en el coche, y los hombres se acostaban bajo el vehículo ó en cuartuchos alquilados cerca de las cuadras, al lado de las caballerías.

El viaje hizo que Brzeski intimase más con la familia Vann. Las dos mujeres dejaron de esconderse de él; no evitaban ya su conversación y se descubrían francamente el rostro en su presencia. El «Señor de la Puerta Occidental» parecía mostrarse satisfecho con su suerte.

WENCESLAO SIEROSZEWSKI

(Concluirá.)

CRÓNICA LITERARIA

EL HOMENAJE Á ECHEGARAY

Toman á veces los sucesos humanos bien extraños caminos. El premio de Nobel, otorgado á D. José Echegaray á medias con Mistral, ha venido á ser causa remota de que se discuta, no sólo la personalidad literaria del autor de *Ó locura ó santidad*, sino su significación en la España contemporánea y hasta el discurso que pronunció en el Senado defendiendo al Banco de España. Reconozcamos también que el destino de los discursos políticos y económicos puede ser misterioso y extraño. Hasta puede salir de ellos un argumento contra un homenaje literario.

La Asociación de Escritores y Artistas de Madrid quiso organizar un homenaje á Echegaray, una muestra de simpatía, de admiración, de entusiasmo, ó simplemente de júbilo por la distinción que acababa de alcanzar nuestro compatriota. La Asociación creyó que ese homenaje podía ó debía ser un homenaje nacional. La Asociación ó los periódicos á quienes pareció bien la idea, se figuraron que al promoverla y propagarla representaban tácitamente, y podían atribuirse tal representación, las aspiraciones de toda la intelectualidad, de toda la mentalidad española. Estas graves y sonoras palabras, intelectualidad, mentalidad, provocaron en seguida el cisma. Vino la protesta. Varios escritores, de buena y merecida fama algunos de ellos, reivindicaron su derecho á ser tenidos por parte de la consabida intelectualidad española, sin perjuicio

de no estar conformes con el homenaje á Echegaray; dos derechos en verdad indiscutibles.

La protesta es mesurada y cortés; tiene, además, el mérito de la brevedad. «Parte de la prensa — dice — inicia la idea de un homenaje á D. José Echegaray, y se abroga la representación de toda la intelectualidad española. Nosotros, con derecho á ser incluídos en ella—sin discutir ahora la personalidad literaria de D. José Echegaray,—hacemos constar que nuestros ideales artísticos son otros, y nuestras admiraciones muy distintas». Dentro de lo desagradable que es toda protesta contra un homenaje, contra una muestra de admiración (desagradable ha de entenderse para el festejado y para los promotores de la idea), hay que reconocer la moderación de este acto de discrepancia. Es un chorro de agua fría que cae con suavidad y discreción, sin causar demasiado estrépito; una nota discordante que se hace presente sin una desafinación brutal. ¿Cómo extrañarse de que haya quien tenga ideales artísticos diferentes de los que inspiran el teatro de Echegaray? ¿Cómo sorprenderse de que los firmantes de la protesta reivindiquen para sí una parte de la representación de la intelectualidad ó de la inteligencia militante española?

Puede ponerse en tela de juicio la oportunidad de la protesta. Puede echarse de menos, al considerarla, cierta falta de benévola y generosa indulgencia hacia las exageraciones tan corrientes en nuestro lenguaje, y más todavía en nuestra retórica. Ciertamente, la Asociación de Escritores y Artistas, ó los periódicos, ó quien fuera, pecaron de ambiciosos, ó sencillamente de altisonantes, al hablar de homenaje nacional y de toda la intelectualidad española. Es conveniente la moderación en los vocablos y en las frases; hay que pesar con cuidado los adjetivos y huir de conceptos demasiado absolutos. Todo es relativo en el mundo. Pero aun sin escribirse la protesta, sus firmantes no hubieran representado más ni menos de lo que representan en la intelectualidad española, y de aquellos cuyas opiniones literarias son más conocidas, no hubiera podido

pensarse que la dramática de Echegaray era su dramática ideal, ni las ideas y sentimientos de esa dramática los de literatos que diariamente expresan otras ideas y otros sentimientos. El silencio puede ser una opinión. Y hasta con una opinión discrepante respecto al mérito y á las tendencias de la obra de un escritor, se puede ver con serena neutralidad, y aun con simpatía, una recompensa material y honorífica que corone en él una larga, fecunda y brillante carrera literaria, un potente y dilatado esfuerzo de fantasía creadora que supo llegar en ocasiones al corazón de las multitudes y estremecerle con la emoción de la tragedia.

Pero esa protesta, inatacable desde el punto de vista del derecho estricto de los escritores que la suscriben, ha tenido una glosa y una explicación. Las glosas son á veces terribles. Sacan del texto glosado lo que no dice, le agregan interpretaciones, le prestan finalidades que tal vez no se albergaron en las palabras primitivas de aquél. Aquí la glosa ha corrido á cargo de *Azorín*. ¿Qué mosca le ha picado al pequeño filósofo del paraguas rojo y la tabaquera de plata, para que en esta ocasión se haya apartado tan violentamente de la serenidad filosófica, de la cómoda y amable postura de espectador sonriente de las pequeñeces del mundo, de la ironía suave é inofensiva que suele animar sus escritos? ¿Cómo, por qué ha vuelto á salir agresivo y batallador como en los tiempos del *Charivari*? No lo sabemos, no nos explicamos bien las iras de *Azorín*, del *Azorín* de la segunda época, contra el Sr. Echegaray. El hecho es que lo acerbo de la protesta queda cristalizado en los artículos de *Azorín*, con los cuales no están conformes, al parecer, algunos firmantes de ella, que han hecho saber públicamente que se atienen al texto de la misma y no quieren ir más lejos, ni añadir otros motivos á los de una simple discrepancia literaria. Manuel Bueno, Unamuno, *Caramanchel*, en artículos llenos de consideración hacia Echegaray, han explicado también por qué no se asociaban al homenaje. De todas estas explicaciones á la protesta se infiere que, á no ser

por aquella frase poco feliz de *toda* la intelectualidad española, quizás la protesta hubiera quedado reducida al voto en contra del pequeño filósofo, que infiel en este caso á su pequeña y simpática filosofía, se ha ido de aventuras con esa mala hembra, atractiva pero alborotadora y engañosa, que llaman la pasión.

El voto en contra de *Azorín* se sale de la literatura. Es un voto político ó sociológico, si se quiere, más que literario. Plantea, echa sobre el tapete de la actualidad una porción de cuestiones interesantes: la disputa de los viejos y los jóvenes, el tema arrinconado de la regeneración española, la psicología de nuestro desastre colonial en relación con la dramaturgia de Echegaray. Hasta el Banco de España es citado á residencia en esta vivisección de un homenaje literario.

Azorín cree que los viejos están obligados á retirarse, y cita el ejemplo de Moratín. «Hay una hora de retirarse, como hay una hora de aparecer», decía M. de Jaucourt en la Enciclopedia. Pero ¿ha sonado para un escritor dramático esa hora de retirarse, cuando hay públicos que le aclaman con entusiasmo, como á Echegaray acaban de aclamarle en los mismos días en que se le exigía el retiro? Más radical que *Azorín*, un mi amigo que, sin darlas de intelectual, es ingenioso y gran partidario del avance de la juventud y de la retirada de los viejos, dice tener proyectado un Código penal en que se establece la pena de muerte para todo el que llegue á los setenta años, y la de inhabilitación absoluta perpetua para todo el que cumpla los sesenta y cinco. La naturaleza, poco amiga de la vejez, no anda muy disconforme con ese proyecto de Código, pero admite excepciones. Los impacientes deben admitir también los casos de longevidad del ingenio.

Los viejos perjudican menos de lo que se cree á los jóvenes, si es que los perjudican. El mayor mal para éstos es seguir á una generación inculta, estéril en letras y en estudios. Entonces es cuando tienen que emprender el trabajo herculino de formar públicos, de ser roturadores de espíritus. Es bien

tener precursores, predecesores, antepasados. Los viejos han preparado el camino á los jóvenes, han hecho más fáciles los senderos de la notoriedad, han enseñado á leer á las gentes y las han aficionado, lo poco ó mucho que están, á las letras. La fama y el buen éxito literario no tienen un número fijo y tasado de titulares, como los sillones académicos, de suerte que haya que esperar las vacantes que la muerte produzca para ocupar los puestos.

Pero *Azorín* alega otras razones contra el homenaje á Echegaray. Le hemos honrado, le hemos recompensado de mil maneras, ha monopolizado las glorias y los éxitos. La nación no está en deuda con él. Aquí surge otra vez la mala inteligencia que hay desde el origen en esta cuestión del homenaje. Es injusto, es absurdo decir que el premio Nobel nos ha revelado á Echegaray, que hemos desconocido su mérito hasta que le vino este galardón de Suecia. Pero ¿impiden sus triunfos teatrales, impide el aprecio de su saber científico, que de algún modo le manifiesten los españoles que sean gustosos en ello, ya se precien de intelectuales, ya se contenten con la medianía del nivel ordinario de la inteligencia, que esa distinción les ha sido grata y que se asocian á ella por un impulso de simpatía ó simplemente de solidaridad nacional?

Peor me parecen los motivos de índole política ó social que aduce el pequeño filósofo contra el homenaje. La literatura de Echegaray representa, á su juicio, el lirismo, la exageración, el olvido de la realidad, la exaltación de la personalidad, el estado de espíritu que nos llevó al desastre. En términos más suaves dicen algo semejante Unamuno y el escritor balear don Miguel S. Oliver, aunque enderezado hacia diferentes conclusiones. Castizo, casticísimo, le parece á Unamuno el espíritu de la dramática de Echegaray, y ve en ella el Sr. Oliver una exageración ó exacerbación del ideal calderoniano. Es dudoso que pueda hacerse cargo á un escritor, y menos á un escritor de un género esencialmente popular y en cierto sentido inferior, como la dramática, de haber seguido la inspiración

de sentimientos de su raza, vivos todavía en el público, cual lo demuestran las ovaciones que alcanzó Echegaray en su triunfal carrera dramática. Ser castizo en el espíritu, no en la forma, que es el casticismo más hondo, cuando sea un mal por la substancia de ese casticismo, será un mal colectivo antes que un defecto individual.

Para considerar con equidad la obra dramática de Echegaray, hay que atender á los tiempos y hay que mirar también la índole de la literatura dramática, que nunca puede prescindir de convencionalismos, que empieza por basarse en uno tamaño como la representación, que tiende á sintetizar, á compendiar, á simbolizar en personajes y escenas la trama compleja y menuda de la vida, cuyos pormenores no puede ir presentando el autor dramático uno por uno. Empezó Echegaray su carrera de autor dramático hace treinta años; ¿puede hacérsele un reproche serio de que no se adelantase á las nuevas tendencias de la dramática? El teatro de Galdós, por ejemplo, es, á mi parecer, un teatro más humano, más hondo, más artístico, pero no es un teatro contemporáneo del de Echegaray. Ha venido después. Y en el de éste, á pesar de todo lo artificial, de todo lo falso, de todo lo convencional que pueda hallarse en los personajes, en el curso de las acciones, en la encarnación del pensamiento; á pesar de todos los reparos que pueda poner, no sólo el burgués de la verosimilitud de que hablaba un crítico famoso, sino cualquier espíritu observador é inclinado á la humanización de la literatura, palpita una inventiva potente, una vena poética caudalosa, aunque desordenada; una facultad creadora de verdadero poeta, una expresión noble y magnífica, en ocasiones, de los ideales á que ha rendido y rinde culto la mayor y mejor parte de la humanidad.

Pero, además, estos sentimientos no nos llevaron al desastre. Recientes, frescos están aún los sucesos, para que de tal modo los desnaturalicemos. Nos hacemos una extraña y falsa ilusión al figurarnos que fuimos á la guerra por quijotismo,

con gallardo arranque de caballero andante. Fuimos con el temor y el desgano con que acompañaba Sancho á su señor en las aventuras. Fuimos con un mínimum de heroísmo y un máximum de anticipada resignación á la derrota, viendo que los molinos de viento eran molinos, los batanes batanes, y las estacas de los yangüeses estacas recias y muy de temer. Marchamos de mala gana, por la negra honrilla, como el duelista que se bate por el bien parecer, á causa de no haber tenido padrinos acertados que encontrasen á tiempo salida honrosa para evitar el lance. Hicimos lo posible por no pelear, hasta que los Estados Unidos nos presentaron su altiva notificación de desahucio. A torpeza, por no haber hallado coyuntura de evitar, marchándonos de Cuba, que nos echaran á viva fuerza, y no á un ilusorio quijotismo, hay que achacar aquel desastre. Esa es la pura verdad, y en decir lo contrario hay mayor lirismo que en todos los dramas de Echegaray juntos.

Pero Echegaray pronunció un discurso á favor del Banco de España, y lo pronunció á raíz del desastre. ¿Cabe abominación mayor? ¿Cabe tributar un homenaje literario á un hombre que defiende al Banco de España? *Azorín*, al llegar á este punto, llama en su auxilio al Sr. Moret y retrata al Banco con los pinceles de este hombre político, contemporáneo, amigo y colaborador de Echegaray en empresas de propaganda económica en los días brillantes del librecambismo. Pero el discreto filósofo del paraguas rojo ha de reconocer que la cuestión del Banco es de las que están entregadas á las disputas de los hombres, y que la infalibilidad del Sr. Moret no se ha decretado todavía. El que estime que el Banco es un órgano útil ó necesario en la economía nacional y lo defienda, puede hacerlo dignamente, sin desdoro, y si lo hace elocuentemente, como el Sr. Echegaray lo hizo, sin mengua de su fama literaria, en todo caso sin peligro para su renombre de autor dramático, si lo es y lo tiene. Pero ¿á qué insistir? ¿Tiene algo que ver el Banco con la dramática ni con el premio Nobel?

Mas el insaciable *Azorín* no se satisface con impugnar el

homenaje, sacando á colación estas razones traídas de tan varios y diferentes parajes. Quiere más. Quiere que sea éste el punto de partida de una agrupación de la juventud española, el origen de la formación de un núcleo de fuerzas vivas, como dicen los políticos, tal vez el cimiento de un partido con sus correspondientes ramificaciones en provincias. ¡Un partido naciendo de la oposición al homenaje á Echegaray! La aspiración es un poco, ¿qué un poco? excesivamente lírica.

Hay que decirlo con franqueza. La división entre una España citerior y una España ulterior separadas por Cavite, de que habla el citado escritor Sr. Oliver, ó de una España vieja anterior á 1898, y otra España nueva posterior á esa siniestra ó lamentable fecha, me parece pura ilusión, achaque de incomprensible optimismo. Hay que pedir una muestra, siquiera del tamaño de un grano de trigo, como la que pedían los mercaderes á Don Quijote, de esa renovación de España. Todo está igual, como cantan en la zarzuela. Triunfa como soberana la oratoria frondosa y palabrera en nuestras Asambleas, retoña en los Ateneos, inunda los periódicos, fijando en letra de molde la hinchazón oratoria. ¿Dónde hay en esa España nueva un movimiento de renovación, un esfuerzo como el que representó en la España de hace treinta y tantos años la Revolución de Septiembre, cualquiera que sea el juicio que sobre sus errores y sus desviaciones se forme? La renovación española posterior á 1898 es una renovación de palabras, de retórica, de renacimiento del arbitrismo. Conversación, en pura plata. Unos cuantos centenares de artículos de periódicos y un par de docenas de libros forman todo el activo de su balance.

No sería equitativo comparar la obra de los viejos con la de los jóvenes. La de aquéllos está hecha, terminada ó casi terminada; la de éstos empieza. Podrá hacerse esa comparación cuando los jóvenes de hoy sean ya viejos, y otros jóvenes futuros encuentren que tardan demasiado en morirse ó en irse á su casa. Mas, por ahora, la nueva generación literaria, en que hay escritores muy dignos de estima, no ha dado aún se-

ñales ciertas de que eclipsará á aquella otra en que se dieron á conocer ó llegaron á la plenitud de su renombre Galdós, Núñez de Arce, Campoamor, Valera, Pereda, Castelar, Echegaray y otros cultivadores ilustres de nuestras letras. Los jóvenes han aprovechado el progreso de la técnica literaria, los adelantos científicos, las nuevas ideas, la mayor cultura del ambiente y la mayor depuración del gusto: todo lo que es obra del perfeccionamiento gradual que se opera en las sociedades civilizadas. Pero esa juventud, considerada en conjunto, no ha demostrado hasta ahora una efectiva superioridad sobre la generación que la precedió, y que, en parte, convive con ella. Veremos si andando el tiempo la supera ó siquiera la iguala. Hasta ahora no parece llevarla otras ventajas que las que son hijas del progreso de los tiempos; en una palabra: la ventaja de haber nacido treinta años después.

***

Á pesar de todo lo que dejo escrito al correr de la pluma, abrigo yo también mis dudas acerca del homenaje á Echegaray. No dudo que lo merezca, sí que pueda ser lo que sus iniciadores pretendan.

Este hombre, que llega á la ancianidad conservando todavía fresca y vigorosa la inspiración poética; que sobresale desde las aulas en una ardua carrera científica; que profesa las ciencias exactas al par que escribe dramas románticos; que tomó parte en una de las campañas de propaganda más dignas de ocupar un lugar en la Historia moderna de la Economía política en España; que brilló como orador en las Constituyentes del 69; que fué ministro cuando se requería para serlo otra altura intelectual que en los días actuales, tan fáciles para cualquier abogado listo; que deja tras sí una docena de obras científicas y alrededor de cuarenta obras dramáticas; que ha sido traducido á cinco ó seis idiomas europeos; que ha alcanzado triunfos delirantes en la escena; que ha hecho revivir en la forma en que podía hacerlo un escritor del siglo XIX

la dramática calderoniana, me parece digno de que sus compatriotas le den el parabién por el lauro que acaban de otorgarle en tierras extrañas.

Mas ¿puede hablarse de un homenaje nacional? Hay que estirar mucho el concepto; hay que volverle muy acomodaticio para que sea de aplicación. En los tiempos que corren hay pocas, poquísimas figuras nacionales pertenecientes á las letras, por el fraccionamiento de los ideales que antes formaban fortísimos bloques, y por la consiguiente oposición y lucha de ideas. Y esa dificultad de hallar figuras literarias verdaderamente nacionales es todavía mayor en España, tierra de intolerancia, de una intolerancia que, después de haber sido bárbara y feroz en tiempos, se conserva hoy solapada y rencorosa. Y ¿cómo hablar sino en sentido muy lato de homenajes nacionales por merecimientos literarios en un país en que la masa de analfabetos es tan grande y son relativamente tan pocos, aun entre aquellos que tienen algunas letras, los que se interesan por las artes y la literatura? Hay que suponer una especie de tutela ó de representación, basada en títulos de cultura y ejercida por una corta minoría, para dar á los homenajes y á los aplausos que esa minoría otorgue el carácter de homenajes y aplausos nacionales.

Somos, además, actualmente, un pueblo poco dado al entusiasmo, muy accesible á un mezquino espíritu iconoclástico, que sufre impaciente las superioridades y se complace más en verlas rebajadas que en contribuir á su ensalzamiento. Con la misma avidez envidiosa con que se disputa el pedazo de pan, se disputa y se regatea también el aplauso, como si cada cual temiese que el triunfador fuese á usurparle algo de su porción. Achaque tal vez de pueblo p bre, en que cada uno tiene clavados los ojos en el plato del vecino y se desasosiega ante el bien ajeno, por si no queda para él.

La forma de estos homenajes es también difícil. Pareció mal el que proyectaba la Asociación de Escritores y Artistas. Quizás no satisfaga el que prepara el Ateneo. Y es que el es-

píritu ceremonial está en decadencia, y los actos que en otras épocas crédulas y entusiastas resultaban majestuosos y solemnes, parecen hoy teatrales y forzados.

Tal vez la protesta ha venido á favorecer al homenaje, haciendo que por afán de desagravio se le den proporciones mayores de las primitivas y se vigilen con más cuidado los detalles... Y entonces le habrá salido bien la cuenta al diablo.

Porque han de saber ustedes que el diablo tiene la culpa de que el premio Nobel viniese á parar á manos de Echegaray. Estaba acordado, según cuenta *Azorín* con referencia á periódicos italianos, que el premio se repartiese entre Mistral y Carducci. Y he aquí que uno de los patronos de la fundación Nobel, varón piadoso y timorato, recuerda que el poeta italiano escribió el célebre *Himno á Satán*, y se opone á que se le otorgue el premio, por donde Echegaray le obtiene. El diablo, que probablemente estará versado en la historia contemporánea, se sonreiría maliciosamente recordando que, si Carducci escribió la oda á Satán, Echegaray pronunció el discurso de la trenza del quemadero. Tal vez en España lo habrán recordado algunos en estos días y les habrá parecido de perlas la protesta. Pero el diablo es muy listo, y puede que se salga con la suya.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Literatura: La poesía científica. contemporánea.=Historia: La ironía en la Academia Francesa.=Costumbres: Cómo se viaja en tren á principios del siglo xx.—Lo que se encuentra en los periódicos. =Psicoterapia: Lo maravilloso en la ciencia.=Enciclopedia: Los alemanes y la civilización.=Supersticiones: La fascinación ó mal de ojo.=Impresiones y notas: El alma española.—El fin de las escuelas literarias.—El latín, lengua universal.—Imprenta sin tipos.—El servicio doméstico.

LITERATURA

La poesía científica contemporánea.—¿Hay poetas científicos? ¿Existe la poesía científica? ¿Son incompatibles la poesía y la ciencia? Después de la Enciclopedia de Fontenelle y de Buffon, era natural que los primeros poetas del siglo xix trataran de componer poemas sobre la ciencia, materia de la educación de su tiempo, como dice en *La Revue* M. A. Leblond, y entre ellos sobresalió Delille con más éxito del que se cree. Los poetas del romanticismo, realistas y reaccionarios, nada sabían de la ciencia; pero los parnasianos, contemporáneos del positivismo, tuvieron el gusto, el sentido y á veces hasta el conocimiento de la ciencia: Leconte de Lisle era profundamente darwinista, y su labor poética, impregnada de la idea de la evolución, es una Historia natural épica; Sully-Prudhomme, apartado de la carrera científica á que se destinaba, ha conservado siempre sus aficiones á la Física y á la Astronomía, y hasta ha sido mirado como el único poeta científico, aunque es más bien un espíritu filosófico, lo que no es lo mismo.

La brutalidad estrepitosa de Richepin hubiera bastado

para apartar de la ciencia á los jóvenes artistas, una vez apurado el tema de la desilusión que sigue á los análisis científicos, y demostrado, sin hablar de los célebres versos sobre los espermatozoides, que las lágrimas, antes «diamantes del corazón», sólo son

«agua, sal, sosa, mocos y fosfato de cal».

Sus *Sonetos amargos* se burlan de los deseos de infinito y de los impulsos hacia el misterio, y sus *Verdaderos sabios* de la vanidad de la ciencia; en *Los blasfemos* no hay más que romanticismo modernizado y pervertido; pero en *El mar* se encuentra ya un espíritu maduro y un talento tenue; este poema es un poema científico, por la concepción general, por los pormenores y por la forma misma.

Por entonces apareció el manifiesto de Renato Ghill *Tratado del verbo*, publicado anualmente con retoques, y exornado con crudezas críticas muy leídas y comentadas; el manifiesto se divide en dos partes: en la primera pretende sacar de los estudios acústicos de Helmoltz los principios de la música verbal, sin éxito ninguno, y en la segunda estudia la inspiración poética en sí misma; según Ghill, el deber del poeta es la intuición de la ciencia del porvenir por la posesión de la de hoy, sin lo cual «la poesía no tiene derecho de existir»; esto es negar la poesía, pero fijando las verdaderas condiciones de la poesía especulativa. La poesía de Ghill es más bien filosófica que científica, una especie de escolástica adaptada al transformismo, siendo los asuntos de que trata materia de la ciencia, é inspirándose siempre en la evolución, con términos no siempre claros y con frases trabajadas y confusas.

Hacia la misma época llegó el *simbolismo* á su apogeo, reaccionando á la vez contra el naturalismo y el parnasismo, oponiendo al positivismo del primero la reacción espiritualista, y empeñándose en hacer prevalecer el verso libre contra las formas clásicas del segundo. Sus símbolos inmutables fracasaban ante las ideas triunfantes de la evolución universal; pero

sus reformas prosódicas, que respondían á las aspiraciones de la ciencia, tropezaban con la oposición de los apóstoles de la poesía, siendo curioso notar que la reforma del verso es la única que encontró tenaz oposición en Sully-Prudhomme. Según Becq, el principio generador de la versificación francesa «consiste en una ecuación fisiológica entre la longitud del acto espiratorio y la duración de los doce sonidos teóricos percibidos por el oído»; lo que no impide al decámetro ó al exámetro subsistir á su lado y hasta casarse con ellos, no pretendiendo en el fondo los versolibristas sino variar hasta lo infinito sus uniones como varían las emociones en nosotros.

Sebastián Carlos Leconte es también un poeta filósofo más que sabio, que ha llamado al libro más importante de su última colección *La tentación de la Ciencia*, en el que se siente el vicio fundamental de su inspiración, completamente oriental, especie de neoclasicismo cuya tiranía sufren desde Leconte de Lisle todos los poetas, como antes se sufría la tiranía de la mitología griega. Emilio Verhaeren nos ofrece un hermoso ejemplo con su transformismo, ilustrado por el conocimiento de la embriología y marchando á la conquista de la ciencia, siendo todo el libro un himno «á la triunfante Necesidad, reina del Mundo». Tras él, Roberto de Humieres ha publicado *Del deseo á los destinos*, en el que expresa el convencimiento de que el poeta debe á la ciencia la más alta poesía, pero sin indicar qué es lo que debe sustituir á las invocaciones, á las Musas y al Señor; Humieres ha escrito versos con alma científica, pero sin expresar la poesía de la ciencia contemporánea, como tampoco acaban de expresarla Moreas, Gustavo Kahn, Enrique Regnier, Stuart Merril, Fernando Gregh, etc.

La poesía científica, aunque todavía no se haya manifestado en obras capitales, tiene su tradición francesa, y la poesía del porvenir será esencialmente científica. No hay que temer con Renan que el porvenir repudie la poesía. No sabemos en qué términos se efectuará la alianza; pero, de un modo general, puede decirse que será tratando siempre los grandes

temas primordiales y naturales, profundizando y renovando el culto de la Naturaleza, algo vago y confuso en los románticos, que sólo fueron intuitivos y precursores.

HISTORIA

La ironía en la Academia Francesa.—A pesar de la gravedad de rigor, que es como el emblema de la Academia, la ilustre sociedad cultiva tiernamente la ironía, haciendo de ella su mejor adorno en los días de gala. ¿Qué serían las recepciones si la ironía no brillase en ellas? ¿Se va allí por otra cosa más que por espiar finos sarcasmos y por sonreir á los ligeros chispazos de la sátira? Pedro Lalande cuenta en *La Revue* el origen de esta tradición de burlarse de los recipiendarios, y hace la historia de este fino entretenimiento.

La Academia, después de haber tenido por protector al cardenal Richelieu y al canciller Seguier, fué regentada por Luis XIV mismo; la Academia no trató de defenderse de su omnipotente director, pero acogía sus iniciativas malhumorada, aunque en público las acatara y aplaudiese. Luis XIV, sabedor de la crítica menuda y privada que los académicos se permitían, tuvo el capricho de someter á la Compañía á una singular vejación, imponiéndola la elección de M. de Noyon, obispo-conde de la poderosa familia de Clermont-Tonnerre, alto y ventrudo, fatuo como él solo, y repitiendo constantemente en sus inagotables peroratas la misma cantinela: su nobleza, sus títulos y sus méritos, pues pretendía ser descendiente de doce emperadores de Oriente y otros doce de Occidente. Su jactancia ridícula contrastaba con el ideal de aquella sociedad refinada, y el mismo Luis XIV se divertía en dar ocasión al obispo-conde para que hiciera alguno de sus discursos bufonescamente presuntuosos.

La indignación de la Academia al saber que el rey quería hacer nombrar á Noyon fué tan grande como unánime; pero era el golpe preparado por el rey para herir el orgullo de sus

protegidos, y había que recibirlo; y la Academia eligió por unanimidad al obispo-conde. El rey tuvo una gran satisfacción, pues además de humillar á los académicos suministraba á Noyon una ocasión más de ponerse en ridículo. ¡Qué énfasis no emplearía el hinchado descendiente de los Tonnerre, él, que ordinariamente era ampuloso y grotescamente enfático! La Academia confió el cuidado de la contestación al abate Caumartin, que, aunque sólo tenía treinta años y no había impreso nada, era citado por lo castizo de su frase, enemigo de toda exageración y de toda ampulosidad.

El día de la solemnidad toda la corte asistió á la recepción en el Louvre. El nuevo académico habló, y no fué inferior á sí mismo; pero la diversión de oirle no dejaba de ser fatigosa, y al terminar todo el mundó respiró. El abate Caumartin se levantó, y el silencio reinó en la sala. ¿Qué iría á contestar? Su discurso empezó por un elogio brillante del muerto á quien reemplazaba Noyon; el abate lo pintaba como tipo de perfecto académico, y las cualidades que le atribuía eran precisamente las que le faltaban al nuevo académico; el efecto era tan acertado como inédito, y el auditorio gozaba con el contraste, cuando el abate, cambiando de táctica, pasa del ataque embozado al directo, haciendo el elogio del obispo-conde con causticidad incomparable. «Nosotros conocemos—decía—esa sangre ilustre en que se hallan reunidas todas las grandezas de la tierra y que se enlaza por tantos sitios á tantas casas soberanas... conocemos esa elocuencia, que todavía nos tiene deslumbrados, y cuyo modelo habéis creado; las figuras más atrevidas y más marcadas, las que los más grandes escritores no emplean sino temblando, vos las derramáis con profusión y las hacéis pasar á países que hasta el presente les eran desconocidos». La mordacidad continuaba cebándose en todos los defectos del elegido en el mismo tono, y el auditorio saboreaba con sorpresa y con deleite los rasgos de ironía de Caumartin, preguntándose hasta dónde llegaría en su atrevida respuesta; el abate no se detenía ante nada; y, para terminar, aplicaba su

causticidad al mismo rey. «El rey—decía—sabe mejor que nadie lo que valéis; os conoce á fondo, se complace en conversar con vos, y cuando os habla, la alegría se difunde por su rostro; ha deseado que fueseis de esta Compañía, y hemos debido responder á sus deseos con consentimiento unánime; después del elocuente panegírico que acabáis de hacer de este gran príncipe, no obscureceré con débiles rasgos las ideas grandes y luminosas que de él habéis trazado; diré solamente que mientras sostiene el derecho de los reyes y la causa de la Religión, se digna todavía prestar atención á la pérdida que hemos sufrido con la muerte de vuestro antecesor, y para repararla nos da un sujeto en quien, sin él, jamás nos hubiéramos atrevido á pensar». La Academia estaba vengada, el ídolo había sido tocado; todos desfilaron en silencio, como aterrados; sólo un hombre corrió á felicitar calurosamente á Caumartin, abrazándole y dándole gracias: era el obispo-conde, á quien su coraza de vanidad hacía invulnerable, y que estaba persuadido de que le habían tributado todo género de elogios. Cuando más tarde llegó á comprender la burla, se encolerizó y obligó al abate á darle toda clase de disculpas, haciéndole pagar caro su atrevimiento, pues los veinte años que todavía vivió Luis XIV tuvo que pasarlos Caumartin obscurecido.

Al lado del discurso de Caumartin todas las demás citas palidecen. La ironía del atrevido abate no reapareció hasta la recepción de otro obispo, el de Senlis, impuesto por el duque de Richelieu en 1770 contra el candidato de los enciclopedistas, y que fué atrozmente y hasta algo groseramente maltratado por el abate de Voisenon en su discurso; después hay que saltar hasta la recepción de Nodier para volver á tropezar con hechos semejantes; pero desde entonces apenas se presenta ninguna recepción sin que unos ú otros, ya por proceder de distintas escuelas literarias, ya por la diversidad de las opiniones políticas, ya porque á ello se presten defectos personales, dejen de aprovechar la ocasión para propinarse alfilerazos más ó menos irritantes, y hasta estocadas á fondo, como la que el

conde de Molé dirigió en su discurso de contestación á Alfredo de Vigny, y que dejó tan herido al recipiendiario que jamás quiso volver á poner los pies en la Academia. El reinado de la ironía se ha impuesto, y durante muchos años tuvo su cetro Renan, haciendo oir en el palacio Mazarino los acentos seductores de su pérfida palabra.

COSTUMBRES

Cómo se viaja en tren á principios del siglo xx.—El viajar representa en nuestros tiempos uno de los indicios principales de la intensidad de la vida económica y social de un país; pueblo que viaja, como dice en *La Nuova Antologia* el diputado Maggiorino Ferraris, es pueblo más laborioso ó más feliz que otro. El articulista se queja de que en Italia, con sus 16.000 kilómetros de ferrocarriles, no se viaja, y, al efecto, compara el movimiento de viajeros de varios países, según la estadística de 1899, presentando el cuadro siguiente del número medio de viajes de cada habitante al año:

Inglaterra	27,40	Holanda	5,90
Suiza	20,00	Hungría	3,53
Prusia	17,39	Suecia	2,01
Bélgica	17,18	Italia	1,43
Francia	9,57	Rumania	1,17
Dinamarca	7,54	Rusia	0,74
Austria	6,33		

Las razones que pueden determinar un viaje son tres: la necesidad, la utilidad ó el placer. En los tres casos, el que viaja experimenta la satisfacción de una necesidad, que es lo que constituye el goce ó la felicidad económica, que no siempre puede confundirse con la felicidad moral. Los elementos principales que determinan la intensidad de los viajes en un país son: 1.° La riqueza de las poblaciones y la actividad de los cambios. 2.° La instrucción. 3.° Los hábitos de la vida individual y social. 4.° La intensidad de las redes. 5.° Las co-

modidades del viajar. 6.° Las tarifas ferroviarias. Estos elementos se influyen y reaccionan unos sobre otros, pues un pueblo rico ó instruído viaja más que un pueblo pobre é ignorante; y cuando los viajes se facilitan y multiplican, el pueblo se enriquece y se instruye.

La extensión é intensidad de las redes ferroviarias de Europa eran en 1901 las siguientes:

Longitud absoluta.

Alemania	52.985 Km.	Hungría	17.271 Km.
Francia	43.607 —	Italia	15.494 —
Inglaterra	35.462 —	Bélgica	6.476 —
Austria	19.581 —	Suiza	3.764 —

Longitud en relación con la superficie del país. (Km. por 100 Km.²)

Bélgica	2,20	Francia	8,1
Inglaterra	11,3	Austria	6,5
Alemania	9,8	Italia	5,4
Suiza	9,0	Hungría	5,3

Longitud en relación con la población. (Km. por 100.000. habitantes.)

Suiza	113,1	Alemania	94,0
Francia	111,9	Hungría	89,6
Bélgica	97,0	Austria	74,8
Inglaterra	94,0	Italia	47,0

En las vías férreas, como en todo, renovar es vivir, y la inferioridad de Italia (¿qué diremos de España entonces?) se revela en la restricción del número de viajes; en la lentitud de los trenes; en lo deficiente en calidad y cantidad del material móvil; en la ausencia de caminos y medios de transporte; en los servicios accesorios, fondas, tocadores, retretes, etc.; en la excesiva distancia de muchas estaciones á la población respectiva; en el desconocimiento de las necesidades de cada comarca para subdividir é individualizar el tráfico, etc.

Las tarifas son generalmente el factor dominante del tráfico. Los billetes se acomodan á varios sistemas que á veces se combinan entre sí. 1.° Tarifa de un tanto fijo por kilómetro. 2.° Tarifas decrecientes con la distancia. 3.° Tarifas de zonas. 4.° Billetes á precio único, independientes de la distancia. En general pueden considerarse como países en que domina el primer tipo de billetes Italia, Bélgica, Francia, Alemania y Suiza; el segundo, Austria, Holanda, Rusia, Suecia y Noruega; y el tercero, Hungría. Para dar una idea de la diferencia de tarifas, véase lo que cuesta un billete de 100 kilómetros en un tren ómnibus, según los países:

PAÍSES	1.ª clase.	2.ª clase.	3.ª clase.	PAÍSES	1.ª clase.	2.ª clase.	3.ª clase.
Austria.....	8,92	5,41	2,97	Holanda	9,45	7,56	4,72
Hungría....	7,64	5,09	3,18	Baviera.....	10,00	6,62	4,25
Dinamarca..	9,56	6,04	3,51	Prusia.....	10,00	7,50	5,00
Bélgica.....	9,40	6,40	3,80	Francia.....	11,20	7,56	4,93
Noruega....	9,16	7,05	4,40	Suiza.....	10,40	7,30	5,20
Suecia.....	»	7,38	4,92	Italia.....	11,60	8,15	5,25

Hay que contar con que en Prusia hay todavía una cuarta clase (2,50 francos los 100 kilómetros) que transportó, en 1902, 276 millones de viajeros. Y si se toman trayectos de 500 kilómetros, se verá que todavía las diferencias son mayores, pues van desde 23,47, 14,76 y 8,71 francos que cuestan, según la clase, en Dinamarca, hasta 58, 40,60 y 26,10 que cuestan en Italia, sucediendo otro tanto en los trenes directos ó expresos.

Comparando Italia con Austria, véanse las consecuencias de los diversos sistemas de tarifas, material, etc., de ambos países:

CONCEPTOS	Italia.	Austria.	DIFERENCIA
Superficie en kilómetros cuadrados	286.000	300.000	— 14.000
Población.....	33.000.000	27.000.000	+ 6.000.000
Kilómetros de ferrocarril.....	16.000	20.000	— 4.000
Número de viajeros	69.000.000	173.000.000	— 104.000.000
Viajeros-kilómetros	3.100.000.000	5.500.000.000	— 2.400.000.000
Kilómetros por habitante al año...	94	204	— 110
Producto de viajeros.....	135.000.000	166.000.000	— 31.000.000
Producto por habitante al año.....	4,10	6,15	— 2,05
Producto por kilómetro.....	8.840	8.300	+ 540

Sin consignar más hechos, bastan los apuntados para hacer la crítica y formular la condena de la política ferroviaria italiana, que es exactamente la misma—bastante mejor, sin embargo, por todos conceptos—que la española.

*
* *

Lo que se encuentra en los periódicos.—Paula Lombroso declara que lee periódicos, y que su lectura excita su curiosidad y la apasiona, sin sentir la necesidad de disculparse por ello, pues la interesan los periódicos porque representan cómo es el mundo de la calle.

¿No habéis sentido, al cruzar las calles de una gran ciudad en donde fluye la multitud, el deseo agudo, punzante, de saber el destino y la vida de toda aquella gente, dónde va, qué hace, cómo piensa? Leyendo los periódicos parece que se penetra en el alma de aquella multitud, en el laberinto de sus pasiones, de sus sentimientos, de los misterios en que el destino envuelve á los hombres.

A veces surge en el periódico una gigantesca representa-

ción, como en el asunto Dreyfus, donde aparecen conjuras, traiciones, duelos, falsificaciones, damas veladas, suicidios y todo el andamiaje de un drama emocionante, cuyos actores son ministros, generales, embajadores y diputados. Y tras el drama viene la farsa colosal de los Humbert, con banqueros y financieros, los hombres que parece debieran ser los más expertos y avisados, y que caen como novatos en las redes que les tiende la astucia de una mujer que sabe sacar partido de su codicia. Y luego vienen los dramas políticos, con los hombres que en un instante ven toda su carrera destruída, todo su porvenir destrozado...

¡Las aventuras! Esa es otra página de vida que el periódico revela, con todas sus intrigas de antecámara, misterios de alcoba y vergüenzas de tapete verde, llena de peripecias y extravagancias dignas de la fantasía de un Dumas. No hace mucho era la historia de una mundana polaca que inventa y hace creer á su marido que es hija natural de su amante, y cuando éste la abandona le intenta un proceso para que la reconozca como hija, sugestionada por su misma ficción, y cuando él se niega le pega tres tiros. Después ha sido la historia de aquella criada genovesa que á los diez y seis años se casa con un zapatero que la maltrata y la abandona marchándose á América; atormentada por instintivo deseo de goce, ella se hace camarera de un Gran Hotel y luego amante de un rico señor francés; comprendiendo el partido que puede sacar de una buena educación, aprende lenguas vivas, el piano y el canto; y de amante en amante, siempre refinándose y perfeccionándose, toma el título de condesa y hace vida de gran dama; el conocimiento del ruso la permite hacerse espía del gobierno francés en San Petersburgo, donde logra ser presentada en la corte; marcha á Puerto Arturo, y desde allí envía telegramas por miles y miles de francos á la potencia á que sirve de corresponsal; discretamente despedida, marcha á París y á Montecarlo, y vuelve á Génova; allí el marido, á quien se creía muerto, reaparece y formula sus exigencias, hasta que, irrita-

do un día, la mata horriblemente, atrayéndola á una emboscada y acabando con aquella vida de energía, de astucia y de tenacidad. Historia menos tristemente torpe que la de aquella vieja hetaira parisiense que á los ochenta años no renunciaba todavía á sus hábitos de cortesana, y con la piel cubierta de menjurjes, los dientes postizos y una peluca roja, con el pecho lleno de diamantes, invitaba á los jovencillos á sus festines orgiásticos, hasta que uno de ellos la mató en la alcoba para robarla.

Más interesante todavía es la vida de los reyes y de los príncipes, que parece debieran vivir en un ambiente de bienestar, dignidad y serenidad completas, y que viven, sin embargo, muy de otro modo: como aquella princesa que á los treinta años, y madre ya de cinco hijos, se enamora de un pobre maestro de 120 pesetas mensuales, y huye con él; ó como aquella otra que á los cuarenta años cree poder comenzar un nuevo idilio de ternura, ya que tan mal le había salido el que soñó con su marido en el trono; como la que en su primer baile se enamora del primer teniente que la pide una vuelta de vals, y casada con él, vencidas las razones de Estado, tropieza con una carta en que se hallan las mismas expresiones que conquistaron su corazón dirigidas á ¡una bailarina!; ó como aquel pobre muchacho que, apenas libre de las faldas maternales, quiere probar su realeza arrojando flores y besos á las muchachas y embriagándose de licores y de tabaco. Oprime el corazón ver el trono rodeado de tantas flaquezas.

Otro misterio que revelan las crónicas periodísticas es el de los suicidios: no ha mucho contaron el de un hombre rico é inteligente, adorado por su mujer y por sus hijos; un día, dada cuenta á una asamblea bancaria de la memoria anual, y mientras los socios acordaban un expresivo voto de gracias por su brillante gestión y le esperaban para un banquete de honor, él se extiende sobre la verde hierba en un ángulo de un jardín desierto, y se salta de un tiro la tapa de los sesos; no era por cansancio de la vida, ni por desilusiones ni contrariedades:

era que sentía las primeras acometidas de una enfermedad horrible, la parálisis general, y no podía soportar la idea, después de haber estado á la cabeza de cientos de hombres, de verse como envilecido y deformado, humillado por la compasión de los que antes había sabido dirigir. Son misterios que se explican; pero hay otros inexplicables, como el de la pequeña Sicora, muchacha de quince años nacida en Madagascar é hija de un gran explorador africano, con el que había corrido en su niñez todos los peligros de los bosques vírgenes y de los países salvajes; muerto su padre, la madre volvió con ella, de trece años, á Viena, de donde procedía; y en la gran ciudad austriaca la niña se aburría, y ni los comercios, ni la animación de las calles, ni los teatros, ni los circos, podían dominar su terrible nostalgia; hasta que un día, sucumbiendo á la melancolía, aprovechó una salida de su madre, y apoderándose de un revólver se disparó un tiro, y murió poco después pidiendo perdón á su madre y diciendo: — No puedo vivir en este desierto de piedra.

Donde el confuso correr y el cruzarse y afanarse de la gente callejera está reproducido con admirable viveza es en los anuncios de la cuarta plana: en aquellos rengloncitos lacónicos, todo lo que la vida contiene de cómico, de lamentable, de triste, de alegre, de fantástico y de novelesco pasa ante nuestros ojos como un cinematógrafo. He ahí una agencia matrimonial para viudas y núbiles, para oficiales del Ejército y para simples comerciantes, que dispone de dotes en bienes inmuebles y en títulos de renta; hay también jóvenes disponibles que, llenos de delicada idealidad, avisan que no quieren tratar más que con los padres, y cuando las cuentas están bien ajustadas y todo puesto en claro, se reservan un desenlace de novela: los novios se encontrarán como por casualidad en un café, y, antes de terminar el helado y la música, se producirá el *coup de foudre* que ha de hacerles enamorados y á propósito el uno para el otro.

Hay toda una colección de estos pequeños avisos á cinco

céntimos línea: tal el de una viuda «dispuesta á vender, por contraer segundas nupcias, el mobiliario del primer matrimonio: muebles de buen gusto, comodidad, poquísimo usados»; no le falta al anuncio más que una juiciosa advertencia, «muerto de simple apoplejía», para animar á los compradores; es una viuda sincera que da al segundo marido conocimiento exacto de lo que ha de hacer si se le ocurre morirse también antes que ella. Luego hay un tal que vende «una levita de sociedad, puesta una sola vez, y que ha costado 300 liras, ¡en 50 liras!» ¡Qué de historias se imagina uno ante semejante anuncio! ¿Y la elocuencia de este otro, de sólo seis palabras: «Cambio gustoso mandolina por cochecito infantil»? Se adivina toda la historia: algún obrero distinguido, tipógrafo ó mecánico, con buena parroquia, que en las horas libres de soltero se divertía en tocar la mandolina, dando con ella serenatas á su novia, y, casado después, la hermosa doncella se convirtió en máquina de hacer hijos, y volvió á casa un día diciendo á su marido: «¡Si tuviéramos un cochecito en lugar de la mandolina!» Luego viene una excantante que perdió la voz por el tifus, y que, con gran dominio de la escena, se ofrece como mima ó figurante. Luego, una planchadora que se ofrece por 15 céntimos, á domicilio, aunque sea en cuarto piso, y nos parece verla á la infeliz bajar y subir sudando, fatigada, consumiendo en zapatos y pan el flaco producto de su labor. Luego, una señora distinguida que consiente en tener á su cuidado perros, gatos y canarios de familias distinguidas que salen al campo. Luego, el eterno desocupado, inútil para todo trabajo, que ensaya todos los empleos, sin servir para ninguno, y que ofrece 100 liras á quien le proporcione una ocupación duradera...

Y el vasto hormiguero humano sigue desfilando á nuestra vista con todos los episodios de la vida que el periodismo revela, mostrando la cruz que cada hombre está condenado á llevar desde el nacimiento hasta la muerte.

PSICOTERAPIA

Lo MARAVILLOSO EN LA CIENCIA.—Los descubrimientos más recientes de la ciencia, desde la telegrafía sin hilos y los rayos Rœntgen hasta las propiedades del radio y de los rayos N, llevan constantemente la atención hacia el magnetismo, la magia, el ocultismo y los fenómenos espiritistas.

¿Qué hay de real, de útil, de instructivo—se pregunta Guillermo Evans en *La Italia Moderna*—en todo esto? ¿Cuáles son los descubrimientos ilusorios y cuáles las promesas fructuosas que nos reserva el porvenir? Con las quimeras de la piedra filosofal echaron los alquimistas los cimientos de la química; muchas creencias consoladoras serán abandonadas; pero esas concepciones preliminares no habrán sido inútiles, y no conviene despreciarlas.

Las *almas* de los muertos, por ejemplo, habrán tenido, como el polvo de proyección y los horóscopos, su razón de ser, como hipótesis y excitaciones á la investigación. Las curaciones casi milagrosas del hipnotismo y de la sugestión, los beneficios de la psicoterapia, los privilegios incontestables de la fe y de la voluntad, los extraordinarios mensajes de la telepatía, los presentimientos, la lectura del pensamiento, el desdoblamiento de la personalidad, la exteriorización de la fuerza vital, que hoy se llega á fotografiar y medir; las enseñanzas de nuestros sueños, las adivinaciones, las acciones frecuentemente sinceras y auténticas de los médium y de los fakires, componen un gran conjunto de fenómenos que no es posible despreciar, so pena de que, abandonados por la ciencia, se apodere de ellos la charlatanería, como decía Víctor Hugo: «Donde Laplace no aparece, interviene Cagliostro». Este consejo ha sido al fin escuchado, y hoy las Sociedades de investigaciones físicas de Londres, Nueva York, Italia, Francia, Alemania y Rusia estudian los hechos.

Todos nos damos cuenta del magnetismo humano; las brus-

cas y en apariencia absurdas emociones de simpatía ó antipatía atestiguan el incontestable ascendiente que un temperamento puede tomar sobre otro; en la vida hay que ser yunque ó martillo: tal es la imagen del hipnotismo. Todos los hombres, y sobre todo los inteligentes, son sugestibles en diversos grados; á veces esta impresionabilidad es enfermiza, y de ahí el histerismo y la demonialidad; en la Edad Media, la oración y las aspersiones curaban estos desórdenes; se creía en el mal de ojo y se bosquejaba la teoría del fluido magnético, que dió á Mésmer su nombradía; muchos mesmeristas practicaban sus curas por la mirada, el aliento y los apretones de manos; pero todos ellos, como los doctores, carecían de espíritu crítico, y muchos desconocían la fisiología; los sonámbulos contaron historias fabulosas que hicieron desconfiar de ellos al mundo científico, hasta que apareció Braid, sustituyendo la acción de la mirada por la de un simple botón de cristal ó de metal, bastante brillante para producir la catalepsia en los nerviosos que lo miraban, haciendo así el fenómeno explicable y analizable; el braidismo preparó el hipnotismo, como el abate Faria fué el precursor de la sugestión terapéutica al mandar dormir á sus enfermos. Charcot, el Napoleón del histerismo, consiguió hacer la hipnosis científica, evidente, indiscutible, despejando radicalmente las nieblas del misticismo con la repetición á voluntad de los fenómenos mediante sus espejos, focos eléctricos y demás medios puramente materiales de acción. La escuela de Nancy, con Liebeault á la cabeza, sostuvo, por su parte, que las crisis de los modernos demoníacos, el letargo, la catalepsia y el sonambulismo eran debidos, no á procedimientos físicos, como se creía en la Salpetrière, sino á la educación del cerebro, proclamando así la supremacía de la idea.

¿Qué es lo que cura la psicoterapia? El cuerpo y el alma. Ante todo, los trastornos nerviosos y psíquicos: las neuralgias, lumbagos y hemicráneas; puede insensibilizar el cuerpo, sin peligro, para las operaciones quirúrgicas; corta las convulsiones y ciertas fiebres; atenúa la dispepsia; disuelve las paráli-

sis y hasta tumores de origen histérico; mejora los síntomas de las enfermedades orgánicas, como la ataxia y la tuberculosis, y reproduce los milagros que tanto prestigio dieron á los fundadores de religión. «Recuerdo una joven—decía á Evans un docto médico—que desde los tres años tenía paralizada la parte derecha del cuerpo, estando, además, ciega del ojo izquierdo; sus primeras palabras al entrar en el gabinete fueron éstas:

—Doctor, no quiero que me duerman.

—No, no, no hay necesidad—repliqué;—sentaos en ese sillón, y al levantaros estaréis curada; decís que estáis paralizada del lado derecho, ¿verdad? ¿Sentís la picadura de un alfiler? ¿No? Pues os equivocáis: el lado paralizado es el izquierdo; mirad: no sentís la picadura á la izquierda, y sí á la derecha, ¿eh?; no podéis sosteneros sobre la pierna izquierda, pero sí sobre la derecha. ¡Probad, levantaos!

—Es verdad, doctor.

—Pues bien, ahora sentís la picadura á la izquierda y á la derecha: podéis andar; ¡pasead!

Y la joven dió algunos pasos, lloró de emoción y se echó en brazos de sus padres.

Yo continué: —¡No es eso todo! ¿Es el ojo izquierdo el que está ciego?

—Sí.

—Os engañáis: es el ojo derecho; ¡mirad!

—¡Oh! Es verdad.

—Pero tampoco estáis ciega del ojo derecho: veis con los dos ojos.

—Sí, sí, es verdad.

Y la muchacha salió de mi gabinete con los ojos sanos y andando con sus propias piernas. Esto sucedió en 1893, y desde entonces la joven está completamente curada».

Esta ciencia racional de la voluntad está hoy todavía en formación, pero está en camino de ser el descubrimiento más eficaz del siglo xx. Los estudios decisivos de F. Reymond,

después de Charcot, el maestro; las investigaciones de Janet sobre las neurosis; las atrevidas indagaciones de Julio Ochorowicz; las tentativas de pedagogía sugestiva y de ortopedia mental del Dr. Besillon; la medicina del espíritu bosquejada por Mosse; los sutiles informes de Binet, de Max Nordau, de Postigliotti, de Jenani, etc., sobre las de Charcot, Liebeault, Bemheim, etc., nos han conducido al otro lado de esta revelación laica y experimental, y la educación, la moral, el derecho y la sociología aprovechan los resultados de esta labor.

En los Institutos de Psicología y en las clínicas se desenvuelven á veces verdaderos dramas curativos. Ante un borracho adormecido se trazó una raya blanca.

—¿Veis esta raya? Pues es la puerta de una taberna—le dijeron.

En seguida el borracho se movía para pasar la raya tentadora, pero una orden le detuvo.

—¡Alto! No podéis pasar esa línea, y cuando os despertéis tampoco podréis pasar esa puerta peligrosa.

La táctica dió buen resultado; pero la afición á beber triunfó, y unos días después volvió más borracho que nunca; cuando se le adormeció, todo quedó explicado: el umbral de la taberna seguía siéndole infranqueable; pero su mal genio le había sugerido la idea de que le sirvieran el vino fuera, y tomó la costumbre de beber en un banco. Había que buscar otro remedio: se llenó un vaso de vino, y, en el momento en que el borracho lo acercaba á los labios, el doctor le inmovilizó el brazo con una orden enérgica.

—Cuando os ofrezcan de beber—le dijo el hipnotizador,—la pereza de vuestro brazo incitará vuestras reflexiones y vuestra resistencia; os acordaréis del abatimiento que sigue á vuestras libaciones, y renunciaréis con razón á vuestro vicio.

Con estos ejercicios de psicoterapia se transforman completamente ladronzuelos de doce y catorce años, sucediendo lo mismo con los morfinómanos y los que se roen las uñas, reaccionando así contra tan deplorables costumbres.

El más atractivo de todos los misterios es, sin embargo, el de la autosugestión. Los americanos lo han comprendido, y se han dedicado con ahinco á formular proyectos y á crear hasta «profesores de voluntad». El deficiente—afirma uno de ellos—no es más que un perezoso, y no tener fortuna significa tener un carácter nefasto ó demasiado débil. Estos profesores propenden bastante al charlatanismo, pretendiendo obrar sobre su clientela por medio de carteles, por ejercicios respiratorios semejantes á los de los fakires de la India, etc. Pero en medio de todas las exageraciones, charlatanerías, lo evidenciado ya científicamente é indiscutiblemente es que podemos hacernos más fuertes ó más felices por medios físicos ó mentales. Antes de conquistar los espíritus del otro mundo es más prudente pensar en los de éste. El hipnotismo y la sugestión han demostrado que se puede hacer á las demás almas la caridad de un poco de voluntad y de inteligencia; pero la caridad bien ordenada empieza por sí mismo, y la autosugestión nos hace esperar que podremos ser más vivaces, más vigorosos, más atentos, y que podremos librarnos totalmente de todos esos pequeños disgustos que son como los parásitos del yo. Saber esto es ya mucho; descubrir los medios de lograrlo, ó sea la receta para hacer grandes hombres, es asunto de estudio y de paciencia, y por lo tanto fácilmente realizable.

ENCICLOPEDIA

Los alemanes y la civilización.—Entre los papeles póstumos de Nietzsche figuran, con el título que encabeza estas líneas, unos fragmentos interesantes, que *La Renaissance Latine* reproduce y de los que ofrecemos amplio extracto á nuestros lectores.

El alemán provoca hoy en el extranjero cierto asombro y estimación porque se recuerda lo que fué en otro tiempo, pero su vista no agrada; el prusiano, especialmente, produce impresión penosa, sobre todo en el Mediodía, no por su orgullo,

sino por su arrogancia y por sus malas maneras; el alemán del Sur es pesado, bonachón y de facha aldeana, pero con todo eso, no inspira confianza: se sienten en él las «dos almas en un solo pecho», de famosa memoria.

Quizá los alemanes han caído en un clima que no es el suyo; su modo de alimentarse fué también una fatalidad que engendró el espíritu filisteo. La reforma de Lutero fué una de las erupciones más embusteras de los instintos groseros; Lutero es un tipo psicológico: es un aldeano inculto y desviado, que por medio de la «libertad evangélica» abre paso á todas las necesidades violentas, largo tiempo acumuladas. El efecto de la oración repetida, que envilece y hasta priva de toda virilidad, es también uno de los perjuicios causados al carácter alemán desde la Reforma; es una prueba de mal gusto rogar mucho en lugar de dar mucho; las relaciones con Dios en la oración provocan esa actitud de rebajamiento que conserva sus derechos por herencia hasta en tiempos de impiedad.

El alemán es místico por naturaleza; todavía no ha habido cultura alemana; ha habido ermitaños que con asombrosa habilidad han sabido mantenerse ocultos en medio de la más grosera barbarie. Lo que me gusta observar en los alemanes es su naturaleza mefistofélica; pero el verdadero Mefistófeles alemán es mucho más peligroso, más audaz, más malo, más astuto y por consiguiente más sincero que el de Gœthe; pensad en el alma íntima de Federico el Grande. El verdadero Mefistófeles alemán pasa por encima de los Alpes y cree que del otro lado todo le pertenece; considera *Fausto* y *Hamlet* como caricaturas que se han inventado para hacer reir, y Lutero lo mismo; Gœthe mismo ha tenido buenos momentos *alemanes* en que se reía de todo en su fuero interno; pero volvía á caer por sí mismo en estados de alma *húmedos*.

Hasta ahora todavía no ha habido civilización en Alemania; sólo ha habido separatistas místicos. ¡Siempre individuos... es un consuelo! Gœthe es una excepción; vivió de un modo sutil, sabiendo encastillarse y disfrazarse. Schiller es de

los que gustan de oropeles y de las actitudes pomposas de la virtud; si hay algo que honre á los alemanes de hoy, es que no pueden ya soportar la grandilocuencia de Schiller. La pequeñez del alma alemana, su «perspectiva de rana» respecto á toda cosa elevada, es muy dolorosa.

Me parece que soy algo así como un alemán de una especie que se extingue; «ser un buen alemán es dejar de ser alemán», he dicho un día, pero hoy no me quieren conceder esto; Gœthe me lo hubiera concedido. En Alemania ha faltado siempre el espíritu; lo que más se aprecia es la aplicación y la perseverancia, y cierto juicio frío y crítico; por tales cualidades se han apoderado de Europa la filología alemana y la ciencia militar alemana.

Entre los hombres superiores y los pueblos hay que distinguir los que conciben el mundo en su conjunto, con contornos sólidos, y los que lo ven entre nubes; y los alemanes son de estos últimos. Los alemanes se creen profundos cuando se sienten pesados y melancólicos; traspiran cuando piensan, y el sudor es para ellos la prueba de su «seriedad»; su espíritu es pesado, el espíritu de la cerveza es potente, hasta en las ideas que les vienen, y ellos llaman á eso su «idealismo». Verdad es que los alemanes han ido muy lejos con ese idealismo, muy lejos... «hasta las estrellas».

Los alemanes son un pueblo peligroso: se entienden hasta embriagarse; han inventado el gótico y quizá el rococó; el sentido histórico y el exotismo; Hegel, Wagner y también Leibnitz y el alma de criado, idealizada bajo el nombre de virtud de sabio ó de soldado.

La pequeñez y pobreza del alma alemana no eran ni son consecuencia del sistema de pequeños Estados; el que oye en el fondo de su alma el imperativo de los esclavos, «hay que arrodillarse», se encorvará más en el «Imperio» y lamerá con más fervor el polvo de los pies del gran soberano que el de los pequeños; un pobre gondolero veneciano tiene mejor apariencia que un verdadero consejero íntimo berlinés; y hasta

como hombre, vale mucho más. ¡Preguntadlo á una mujer!

Todos los verdaderos germanos fueron al extranjero; la Alemania actual es una estación avanzada del mundo eslavo, y prepara el camino de la Europa panslavista.

¿Dónde se encuentra una familia noble que no tenga la sangre corrompida por el contagio de las enfermedades venéreas? Bismarck es un eslavo. Examinad los rostros de los alemanes: todos los que tenían en sus venas sangre viril han ido al extranjero; la población quedada en el país, esa población de alma de lacayo, fué mejorada por una infusión de sangre venida del extranjero; sangre eslava sobre todo. La nobleza de las Marcas prusianas en particular, y la prusiana en general, encierran actualmente las naturalezas más viriles de Alemania, que son las que gobiernan, como es natural.

Bismarck está tan lejos de la filosofía como pudiera estarlo un labriego; desconfía de los sabios, ha rechazado todo lo que la estúpida cultura alemana, con sus gimnasios y universidades, quiso enseñarles, es evidente que prefería una buena comida, con vino, á la música alemana, que no es frecuentemente más que una especie de hipocresía femenina para envolver la ansiosa inclinación que impulsa á los alemanes á embriagarse. Bismarck quería hacer del Parlamento una especie de pararrayos para el uso del hombre de Estado que gobierna, una fuerza *contra* la corona, y, en ciertas circunstancias, una palanca para ejercer presión sobre el extranjero: así como Federico el Grande se burlaba del *feminismo* en la regencia de los Estados vecinos, así Bismarck se burlaba del «parlamentarismo», que consideraba como un modo nuevo de hacer lo que se quiere. Tal vez los Parlamentos sean excesivamente útiles á un hombre flexible y fuerte; yo, sin embargo—dice Nietzsche,—desearía que la locura del mayor número y la superstición de las mayorías no se implantase todavía en Alemania como en los pueblos latinos, y que se acabe, en fin, por inventar algo nuevo en el dominio de la política; no hay apenas sentido y sí un gran peligro en dejar que se arraigue más profundamente el

hábito reciente del sufragio universal, todavía tan fácil de extirpar; deseo que Europa produzca pronto un gran hombre.

«¡Alemania! ¡Alemania por encima de todo!» es acaso la consigna más estúpida que se haya dado jamás. Alemania no es, en suma, sino un Estado más, una tontería más en el mundo. La era bismarckiana es la era del embrutecimiento de Alemania, que tiene su origen en aquel año 1815, en que la noche cayó sobre el espíritu alemán con las ideas de patria, frontera, terruño, antepasados. Desde entonces, es decir, desde que Alemania se ocupa de política, perdió la dirección intelectual de Europa, y ya no ha salido ningún hombre eminente de Alemania, pues Wagner es de 1813 y Bismarck mismo de 1815. La locura de las nacionalidades y la torpeza patriotera no tienen encantos para Nietzsche. ¿Cómo puede uno interesarse por el Imperio alemán? ¿Dónde está ahí la idea nueva? ¿No es, quizá, más que una nueva combinación de potencias? Dominar y ayudar á la victoria del más alto pensamiento es todo el interés que puede ofrecer Alemania con su Imperio. ¿Qué importa que en eso haya Hohenzollern ó no los haya? La pequeñez de espíritu propia de Inglaterra, he ahí, en nuestros días, el gran peligro sobre la tierra. Hay en los sentimientos de los nihilistas rusos más inclinaciones á la grandeza que en los de los utilitarios ingleses. Una mezcla de la raza alemana y de la eslava, con hombres hábiles de dinero, como los judíos, eso es lo que se necesita para conquistar el dominio de la tierra.

Por lo que hace á los dos imperativos del instinto alemán, «no dejéis entrar más judíos» y «tened cerradas las puertas al Este», un sabio examen aconsejará esta reglamentación de fronteras á los judíos alemanes mismos. Si el talento, la aplicación y la habilidad se tuvieran sólo en cuenta, los judíos prusianos tendrían ya el poder *entre las manos* como lo tienen *en los bolsillos*. Lo que les excluye del poder es su incapacidad para representarlo. Los judíos no han sido casta dominante ni siquiera en su patria. El modo con que un judío monta á ca-

ballo no deja de suscitar objeciones, y deja entender que los judíos jamás fueron de raza caballeresca. Si se considera que son frecuentemente incapaces de desempeñar funciones de juez, no se entiende por eso que se condene su moralidad, sino la falta de seguridad que tienen cuando representan esa moralidad. De todo esto puede deducirse que el judío de Prusia debe ser una especie de semita caída y degenerada. Los peligros del alma judía son éstos: trata de instalarse dondequiera que sea de un modo parasitario; sabe «asimilarse», como dicen los naturalistas; por ende, los judíos se han hecho cómicos de nacimiento, semejantes al pólipo, que toma el color de la roca á que se adhiere.

Los americanos se gastan demasiado pronto. Es posible que sólo sean en apariencia una potencia mundial del porvenir.

Me parece—dice Nietzsche—que la capacidad inventiva y la acumulación de fuerza de voluntad se encuentran en grado superior, sin que haya todavía síntomas de agotamiento en los eslavos, gracias al régimen absoluto. Una dominación mundial germano-eslava no sería imposible. Los ingleses no saben dominar las consecuencias de su *self government*, que llevan hasta la terquedad, de modo que siempre hay hombres nuevos que llegan al poder, y las mujeres acabarán por entrar en el Parlamento. Los alemanes deberían disciplinar una casta dominante, y el judío es un ingrediente indispensable á una raza que haga política mundial.

Lo interesante es la unidad de Europa. El verdadero propósito de los hombres profundos de amplias miras en el siglo XIX, ha sido preparar esa síntesis y anticipar en una especie de ensayo el *europeo* del porvenir; sólo en sus horas de debilidad y en su vejez es cuando recaían en las estrecheces nacionales y se hacían «patuolas»; piénsese en hombres como Napoleón, Gœthe, Beethoven, Stendal, Heine, Schopenhauer, quizá hasta Wagner.

Un gran hecho económico acompaña á esa necesidad de

unidad; los Estados de la actual Europa acabarán por ser insostenibles, gracias á ese impulso general hacia los grandes cambios y las grandes relaciones que empujan nuestras fronteras sin cesar. Pero para entrar en lucha por el dominio del mundo con probabilidades de éxito (inútil es decir contra quién irá dirigida esa lucha) Europa tendrá probablemente necesidad de entenderse seriamente con Inglaterra, pues las colonias inglesas serán entonces un elemento de lucha tan indispensable á Europa como las colonias holandesas á Alemania. Nadie cree ya que Inglaterra pueda ser bastante fuerte para seguir representando durante cincuenta años más su antiguo papel. En suma: en eso, como en otras cosas, el siglo xx marchará sobre las huellas de Napoleón, el primer hombre de los tiempos modernos que haya sabido anticiparse.

Las condiciones de Europa durante el siglo xx formarán de nuevo virtudes viriles, porque se vivirá en medio de peligros perpetuos. La cuestión importante es el dominio del mundo. ¿Pertenecerá á los anglosajones? El elemento alemán es un buen fermento, pero no saben gobernar. Francia ocupa el primer rango de la civilización. Es preciso que Rusia se haga dueña de Europa y de Asia, que colonice y gane la China y la India. Europa se parecerá entonces á Grecia bajo el dominio de Roma.

Es inevitable: el poder está entre los eslavos y los anglosajones; pero el poder intelectual podía estar en manos de los europeos más típicos. Si Europa, sin embargo, cayera en manos del populacho, ¡adiós civilización europea! Asistimos á la lucha de los pobres contra los ricos, y hay que apartar todo lo que pueda salvarse. Después de todo, Europa es una mujer, y la fábula enseña que en ciertas circunstancias las mujeres se dejan arrebatar por ciertos animales; en tiempo de los griegos fué un toro. Hoy... ¡el cielo nos guarde de nombrar el animal!

SUPERSTICIONES

La fascinación ó mal de ojo.—En la *Revista Penitenciaria* prosigue Rafael Salillas el interesante estudio sobre la superstición del *mal de ojo* en España, de que dimos cuenta en el número anterior.

Para definir el mal de ojo, parte de dos indicaciones, una general y otra particular: el mal de ojo afecta á la paz de la familia, á la salud de las personas, á la pérdida de bienes materiales; pero también individualmente produce trastornos, como abortos, deformidades en el feto, retirada de la leche de la madre y hasta cambios de personalidad; tales son los casos citados por los alumnos de Maldonado, de Salamanca; según los cuales, una bruja á quien un vecino se negó á dar limosna se vengó secando los pechos á su mujer, recién parida, y dejando también seca á una burra que compró para amamantar á su hijo, teniendo el padre que dar una soberana paliza á la bruja para que la madre, el hijo y la burra recobraran la salud; siendo más notable todavía el caso de aquel individuo de San Bartolomé (Avila) que, según su familia, lo convirtió en gato la tía Clavelina, costando no poco trabajo volverle á su primitivo estado. Pero el hecho verdaderamente típico del aojamiento es el de que afecta especialmente á los niños de corta edad. Entonces son tan tiernos, que cualquier influencia les daña, y de ahí las preocupaciones andaluzas de no mirar al niño cuando duerme, porque se le revienta la hiel; de no tenderlo boca arriba sobre una mesa, de que lo vista una sola persona, de no mecer la cuna vacía, etc. La endeblez del niño, por un lado, y la mala intención ó la envidia de los que le miran, por otro, son los determinantes del mal de ojo.

La causante del mal de ojo es generalmente la mujer; sólo por excepción lo es el hombre; las aojadoras, atendiendo á los resultados estadísticos de la información, pueden clasificarse del siguiente modo:

1.°	Por la clase de personas.	Brujas	65
		Gitanas	20
		Extrañas	8
		Indeterminadas	18
2.°	Por el estado fisiológico.	De embarazo	3
		De menstruación	1
		De menopausia	2
3.°	Por caracteres anómalos.	Pelo rojo	1
		Vena en el entrecejo	1
		Entrecejo cerrado	1
		Ojos anormales	2
		Bizcos	7
		Tuertos	5
		Legañosos	4
4.°	Por el estado pasional...	De envidia, malquerencia	15
		De mirar con fijeza, con pasión	4
		De alabanza	2

Según el informe de D. Eugenio Carrizo, las que hacen mal de ojo son de tres clases: las *ab-origine*, por haber tenido *agoyaoses* en su familia; las *a nativitate*, como las *biliesgas* (bizcas), y las que adquieren tal condición á fuerza de envidiar los hijos y bienes ajenos. En parte coincide con esta opinión la del Dr. Bethencourt, que *dice que los ojeadores* lo son unos por ley de herencia, otros por bien querer y otros por envidia; no siendo peligrosos los segundos, porque cuando notan que tienen esa facultad, la anulan persignándose y diciendo todas las mañanas: «Lo que he visto y he de ver—bendígalo Dios; amén».

A los de *ojo rabioso* se les conoce en la fijeza de la mirada, con repiqueteo de las pestañas. Su fuerza es muy variable, llegando algunos á matar aves al vuelo, tirar á tierra las bestias y hacer caer á los conejos como heridos por el rayo; pero en general no llegan más que á producir enfermedades.

El origen de las brujas, según la tradición de Segovia, es curioso. Cuando antiguamente se reunían las mujeres para hilar, sintieron una vez varias viejas ganas de beber al terminar su labor; no teniendo vino, y no queriendo beber agua, inventaron unos *untos verdes* que, aplicados al sobaco, tenían la virtud de convertirlas en perros, gatos, ratones, hormi-

gas, etc.; hecha la transformación, bajaban á las bodegas y allí bebían hasta alegrarse, corriendo, brincando y bailoteando después montadas en escobas y por el aire, ó haciendo alguna jugarreta á cualquier prójimo, sacándolo de la cama en paños menores y haciéndole dar algún porrazo dejándolo caer desde lo alto. Según Bethencourt y la tradición canaria, se llega á bruja por dos caminos: ó por herencia del *ovillo*, *novelo* ó *muñeco*, que pone la madre paciente ó amiga, que no puede morir sin entregarlo antes, ó por petición de la interesada al Peno grande: en el primer caso, la inician en los misterios y la hacen dueña del ovillo y el ungüento para volar; y en el segundo, basta que diga con toda su alma «quiero ser bruja», para que en el acto se le presente un elegante caballero, con el que celebra su contrato, firmándolo con sangre de la vena del corazón del brazo izquierdo, recibiendo el ungüento y el muñeco y pudiendo desde entonces transformarse en cualquier otro sér, animado ó inanimado, oir todas las conversaciones y averiguar los más ocultos secretos, trasladarse súbitamente de un lugar á otro, hacer enfermar á las personas que se les antoja, chupar la sangre de los niños, etc.

El tipo de la bruja está caracterizado por la vejez, la fealdad, la suciedad y la pobreza. Es un tipo representativo, la atribución á una persona de ciertas condiciones por la voz popular; la bruja no nace ni se hace, sino que la hacen; para que una persona sea bruja es preciso que la *conceptúen*, la *tengan*, la *crean*, la *consideren* ó la *señalen* como bruja, en virtud de reunirse en ella los caracteres que las preocupaciones del vulgo y la tradición han asignado á la bruja.

IMPRESIONES Y NOTAS

El alma española. — Manuel Ugarte publica en *La Revue* un artículo dedicado á pintar «el alma española». En el artículo hay de todo: notas exactas y exageraciones, atisbos felices y paradójicas afirmaciones. Recogeremos de todo un po-

co para ofrecerlo al lector, á fin de que forme juicio propio.

En España no se reclama nada, no se desea nada, pero se espera todo. No se cree en la eficacia del trabajo, pero se cree en la lotería. Los españoles están siempre dispuestos á dejarse seducir por lo que viene de fuera. El alma española es pasiva, y no activa; admite, pero no busca; recibe, pero no solicita; comprende, pero se abstiene de investigación. El espíritu revolucionario es la inyección Brown-Séquard con que trata de reanimarse; pero todo movimiento revolucionario implica una abulia, y se traduce frecuentemente por travesuras pueriles, como la de detener los tranvías.

El viajero que llega á España cree vivir en un país quimérico; nada es allí más lógico que lo absurdo: los fanáticos que se pasan el día en las iglesias, vomitan injurias contra la Virgen y los santos á la menor contrariedad. El patriotismo y la vanidad se colocan bajo la invocación del santo á quien se sirve, lo que prueba que en España no hay fe ni religión, sino fanatismo. El café es para el español lo que el caparazón para la tortuga: muchos de los que pasan en Madrid por escritores no lo son sino porque han sabido elegir á tiempo una mesa en Fornos.

El chiste resume toda la vida española: razón, derecho, justicia, todo depende de un juego de palabras. El español vive bajo el terror de dos cosas: el contrabando y el duro falso. El español se burla del teatro francés, que, según él, sólo gira en torno de un problema: el adulterio; olvidando que su propio teatro sólo gira en torno de otro problema: el matrimonio. París tiene en España un prestigio inmenso; los que sueñan con el premio gordo, se dicen siempre: «si nos sale, iremos á París». Pero nada se hace en España por imitar á París; el alma nacional está hecha de recuerdos, y hay muchos anarquistas que niegan la familia, pero que evitan hacer alusiones á la Iglesia.

Cuando se quiere uno librar en España de una reclamación, ó hacer aceptar algo, se recurre al argumento supremo: «es la

costumbre»; la costumbre es para el español un hecho superior á la humanidad y á la vida, algo eterno é indefectible que hace inútil todo razonamiento. Por eso lo espera todo del Estado, y todo español aspira á ocupar un puesto en la administración pública; es la costumbre. El comercio no conduce á nada: un hidalgo puede recibir un socorro anual por hablar y fumar en una oficina; pero su honor no le permite abrir una tienda, fabricar un producto, ganar realmente su dinero. El madrileño, sobre todo, es de una pereza insigne: en sus discursos de café lo construye y lo derriba todo; pero que le inviten á poner en práctica lo que acaba de decir, y se recusaría. Las gentes llegan en España á simplificar sus necesidades de un modo prodigioso: la nación esta anémica porque se come poco y mal. Todo está sumergido en un marasmo que tiene sin duda el atractivo del opio, pero que es fatal á la colectividad.

Fuera de esto y de otros muchos defectos del alma española, Ugarte reconoce que el español es político, cortés, amable, deferente, dócil, recto y sincero; pero nada de eso, añade, basta para asegurar el porvenir de una nación; como cualidades fundamentales, como músculos del pueblo, no encontramos en él sino el apego al territorio y la sobriedad; pero con eso solo no puede un país defender su posición en el mundo. Por eso puede decirse que la decadencia de España no es resultado de sus derrotas históricas; es debida al alma nacional, perezosa, inconsistente y romántica.

*
* *

El fin de las escuelas literarias. — Las escuelas literarias se han acabado, dice Jorge Pellissier. No hablemos de la escuela romana, de la decadente, de la suprarrealista ó de la evoluto-instrumental; pero el naturalismo y el parnasismo, el psicologismo y el simbolismo, ¿á qué corresponden hoy? Son ya términos arcaicos, sin relación con nada viviente y actual. Pasemos revista á la novela, el teatro y la poesía, y nos convenceremos de ello.

En la novela, ¿qué autor puede hoy llamarse naturalista ó psicologista? Zola mismo últimamente celebraba su visión del ideal, y sus novelas son verdaderos poemas líricos ó épicos; en cuanto á Bourget, representa ahora personajes, tipos y tesis sociales más bien que análisis psicológicos. En el teatro estaban antes la escuela de Dumas hijo y la del teatro libre; tras un violento conflicto, ambas escuelas se han hecho mutuas concesiones, y los autores de hoy, libres de toda teoría arbitraria, sólo se preocupan de escribir obras inspiradas en la verdad. En la poesía, simbolistas y parnasianos se disputaban al público; pero hoy tan pronto se es de una escuela como de otra, ó, por mejor decir, no se es de ninguna; y poetas como Samain, Regnier, Rivoire y Greg no pertenecen en realidad á ninguna escuela.

Y es que las escuelas se forman por lo que tienen de exclusivo, y perecen por sus propias negaciones. Zola estudia que el arte era «la naturaleza vista á través de un temperamento»; pero, truncando la naturaleza, sólo pintó sus miserias y fealdades, la parte bruta de la humanidad, é hizo brotar así la escuela psicológica, que sólo veía en el hombre el organismo cerebral; así cada una mutilaba á su modo á la naturaleza, y al abrirse paso la verdad, ambas escuelas desaparecen.

No es fácil que se forme ninguna escuela nueva: para ello se necesitaría una fórmula, y todas las fórmulas están gastadas. Cada escuela ha dejado, por otra parte, en las obras maestras que ha producido su parte de influencia y de poder, que se ha transmitido á las escuelas siguientes, ensanchándose así cada vez más el campo de las doctrinas y de la técnica literaria; hoy es tan rica y tan variada la herencia que nos han dejado las generaciones pasadas, que no se siente la necesidad de admitir ninguna nueva doctrina exclusiva, faltando por lo mismo la base para la fundación de nuevas escuelas.

*
* *

El latín, lengua universal.—La necesidad de una lengua universal, dice *L'Aurore*, se hace sentir cada vez más. Si ha de creerse al Dr. Colombo, sólo una lengua muerta tiene alguna probabilidad de vivir, y la más viable es el latín. Por de pronto, esta lengua está ya hecha, se la enseña en todos los países; diez millones de hombres la hablan (según el articulista) ó pueden hablarla (en lo cual todos estamos conformes); más sintética que ninguna otra, es por excelencia la lengua del telégrafo, y por lo tanto la que mejores servicios puede prestar á todo el mundo.

Se dirá que el latín es difícil, lo que es cierto si se trata del latín literario, por lo cual los periódicos que se imprimen en esta lengua en Boston, en Leipzig, en Berlín y en Roma, reclutan sus suscriptores exclusivamente entre los sabios; pero si se trata del latín comercial, es la lengua más sencilla del mundo; los marinos, las legiones y los comerciantes de Roma lo habían enseñado sin trabajo á los bárbaros del Sena, del Támesis, del Rhin, del Nilo y del Eufrates.

El Dr. Colombo declara que ha encontrado ese latín comercial entre las cenizas de Pompeya. No tiene verbos deponentes; la pasiva entera está construída con el auxiliar *sum*; emplea las palabras más cortas con una Gramática muy reducida y sin anfibologías. Es la claridad misma, y un niño de doce años la aprende en algunas lecciones. Adóptese como lengua universal, y los años que pierden en los Institutos tantos niños aprendiendo latín se convertirán en tiempo útilmente empleado.

***

Imprenta sin tipos.—Tres compañías, una de ellas con diez millones de duros de capital, están ya dispuestas, según afirma *El Progreso Industrial y Mercantil*, para lanzar al mercado el último invento tipográfico: la tipografía sin tipos; una verdadera paradoja.

La cosa, según parece, es sencillísima. En una máquina

corriente de escribir se pone una tira de papel sin fin, y se escribe lo que se quiere publicar por medio de perforaciones, semejantes á las de los rodillos automáticos de música de las pianolas. Estos rodillos pasan á una máquina de imprimir, y con ellos se imprime, ya justificado y listo, el contenido del rodillo, en columnas ó en hojas; luego con estas impresiones se hacen otras en planchas de aluminio ó de zinc delgadísimas, que se colocan en prensas de cama ó de cilindro, empleando una fuerte presión, y así se han llegado á sacar hasta 164.000 ejemplares de una de estas planchas sin que se note el menor desgaste. El principio del invento está en que el agua y la grasa no se mezclan; el texto se imprime con tinta grasa, y al pasar los rodillos por la superficie de la plancha metálica sólo depositan tinta en la parte escrita, pues los blancos y espacios entre las letras están cubiertos de agua por otro rodillo que se hace pasar antes y que no permite que la tinta se adhiera.

Muy de celebrar es que se lleve á cabo tan gran adelanto en el arte de imprimir, que ha de producir una verdadera revolución si llega á generalizarse, haciendo cambiar por completo la actual organización de las imprentas y cambiando radicalmente al obrero tipógrafo; pero mucho tememos que la perfección del trabajo hecho en esas condiciones llegue á igualar á la producida por medio de los tipos movibles, con sus contornos perfectamente definidos y su exacta justificación.

***

El servicio doméstico.—De un interesante artículo que publica en *La Revue* J. Hudry-Menos sobre el servicio doméstico, tomamos los siguientes curiosos datos:

No hay profesión más favorable á la salud y á los intereses de las mujeres que el servicio doméstico, y sin embargo, cada vez son más las mujeres que se resisten á dedicarse á él, y mayores las exigencias y pretensiones de las mismas. En los Es-

tados Unidos, el servicio doméstico atraviesa por una verdadera crisis, y en el campo, sobre todo, es casi imposible asegurárselo cuando no se tiene más que una criada, ni aun haciendo concesiones que en Europa parecen inauditas, pues para retener á tan exigentes criaturas las amas de casa llegan á concederlas periódicos y revistas, libros, lecciones, las noches, salón para recibir á sus visitantes sin intervención alguna, uso del cuarto de baños, caballo ó coche para ir á la iglesia si está lejos de la casa, y puesto en la mesa de los señores si no hay convidados, con más ciertas horas fijas libres cada semana y vacaciones anuales con ó sin salario, según los casos.

En Europa estamos, afortunadamente, muy distantes todavía de tales extremos; pero de día en día las dificultades aumentan por la repugnancia que se siente á desempeñar el papel de criado, aunque en realidad el nombre lo hace todo, pues tan servidor es un criado de su amo como un aprendiz de su maestro de taller. En Francia, los salarios oscilan entre 20 y 80 francos mensuales, siendo raras las plazas de cocineras á 100 francos y de doncellas á 80; los hombres ganan de 20 á 30 francos más que las mujeres, aunque hay algunos que cobran salarios crecidísimos, lo mismo que los cocheros; pero son excepciones, y el promedio es de 90 á 150 francos.

En los Estados Unidos, el promedio del salario para la mujer es de 65 francos mensuales; la mejor pagada es la cocinera, que gana 70 francos por término medio, llegando á 126 y excepcionalmente á 270 francos; una criada puede ganar 94 francos, llegando rara vez á 200; y una doncella, de 60 á 70 francos. Los hombres ganan de 90 á 156 francos al mes.

En Inglaterra, los precios ordinarios son los mismos que en Francia; pero los excepcionales son más frecuentes y mucho más elevados. El duque de Northbrook, por ejemplo, da á su lacayo 1.500 francos anuales; pero este lacayo saca además, de las propinas de los huéspedes y convidados, de 10.000 á 12.500 francos al año.

En Alemania, los salarios son muy reducidos, bajando á 12 francos y llegando rara vez á 40. En cambio, los criados de ambos sexos suelen recibir insultos y bofetadas, sin que puedan por eso abandonar la casa sin previo aviso; pues, según una sentencia del Tribunal de apelación de Berlín, «un criado no puede dejar á su amo sin previo aviso, aunque haya recibido del mismo alguna ligera corrección corporal», entendiendo por tal, por ejemplo, «cuatro bofetones que no pongan en peligro la vida del sujeto». Allí se comprende perfectamente que sea popular la cantinela: *Ich will nicht mehr Diener sein* (no quiero ya ser servidor).

Si se comparan los salarios apuntados con los que ganan las obreras de los diversos oficios, no se comprende—sino por el amor á la independencia y á la libertad, al que todo se sacrifica—la preferencia que dan las mujeres á cualquier oficio sobre el servicio doméstico. En París, para no citar más que un ejemplo, las modistas sombrereras ganan de 50 á 60 francos al mes, trabajando desde las ocho de la mañana hasta las siete de la noche, y en días de apuros hasta las doce y la una de la madrugada; las planchadoras ganan de 1,50 á 2,75 francos diarios, de siete de la mañana á siete de la noche; las obreras tipógrafas, con doce horas de trabajo, siempre de pie, sólo perciben de 1,75 á 3 francos; las costureras, de ocho á ocho, y en tiempo de urgencias hasta las diez ó las doce de la noche, ganan, después de dos ó tres años de aprendizaje, desde 75 céntimos hasta 3 y 4 francos, llegando á 5 francos las cortadoras hábiles.

Hudry-Menos cree que con el tiempo dejará de existir el servicio doméstico, tal como hoy lo conocemos, y no habrá *amos ni criados, sino empleantes y empleados.*

FERNANDO ARAUJO

INDICE

Págs.

Madrid en 1833, por Rodrigo Amador de los Ríos..... 5
La concordancia gramatical en el ***Quijote***, por Julio Cejador.... 30
Los émulos de Moratín, por Juan Pérez de Guzmán..... 41
Recuerdos, por José Echegaray..... 58
Los judíos españoles de Oriente, por Benito F. Alonso 71
Influencia española sobre la Literatura inglesa, por Martín Hume. 81
Yang-Hun-Tsy (el diablo extranjero), por Wenceslao Sieroszewski. 103
Crónica literaria (El homenaje á Echegaray), por E. Gómez de Baquero..... 162
Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 173

AP
60
E8
año 17
no.193-95

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY